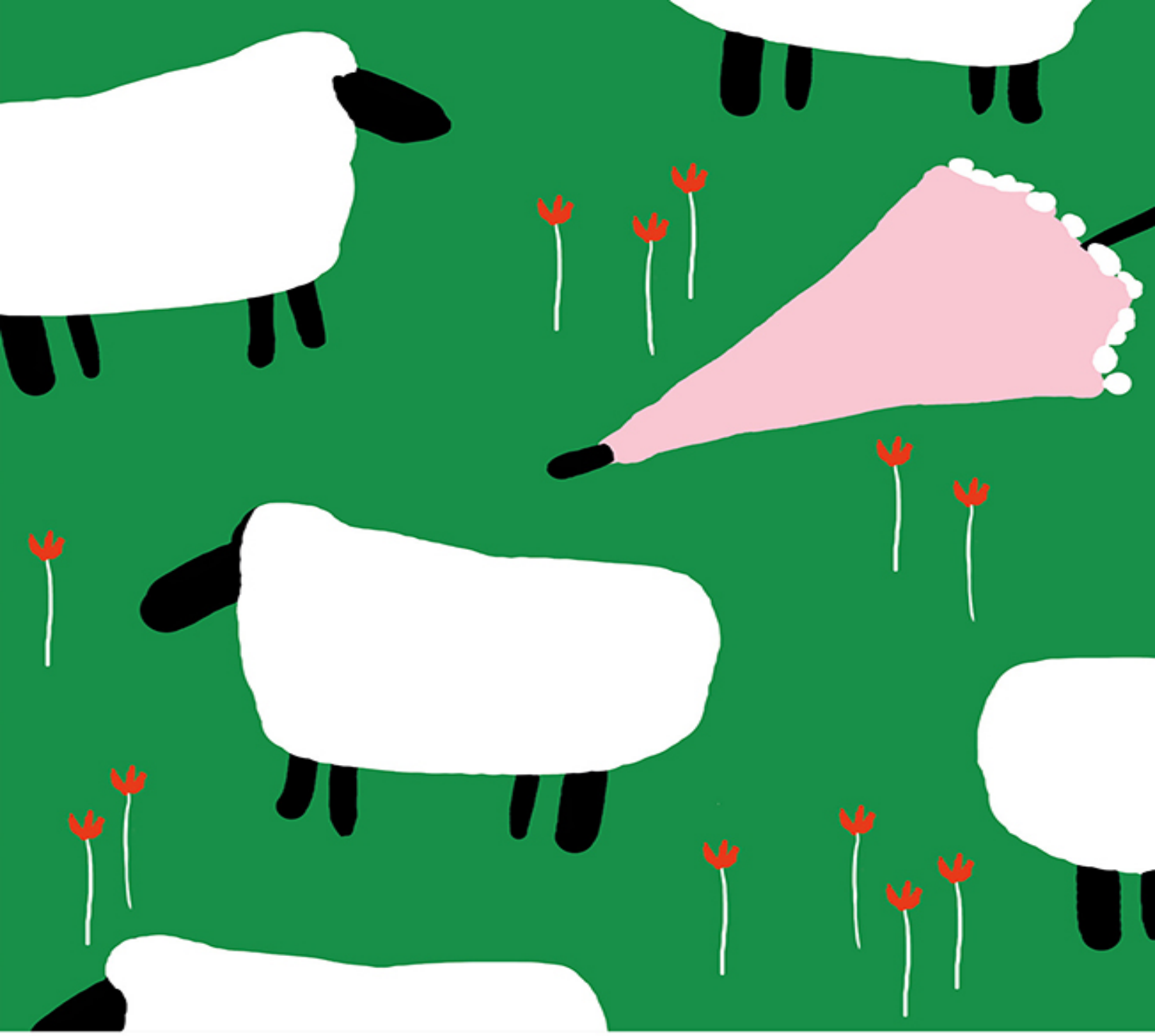
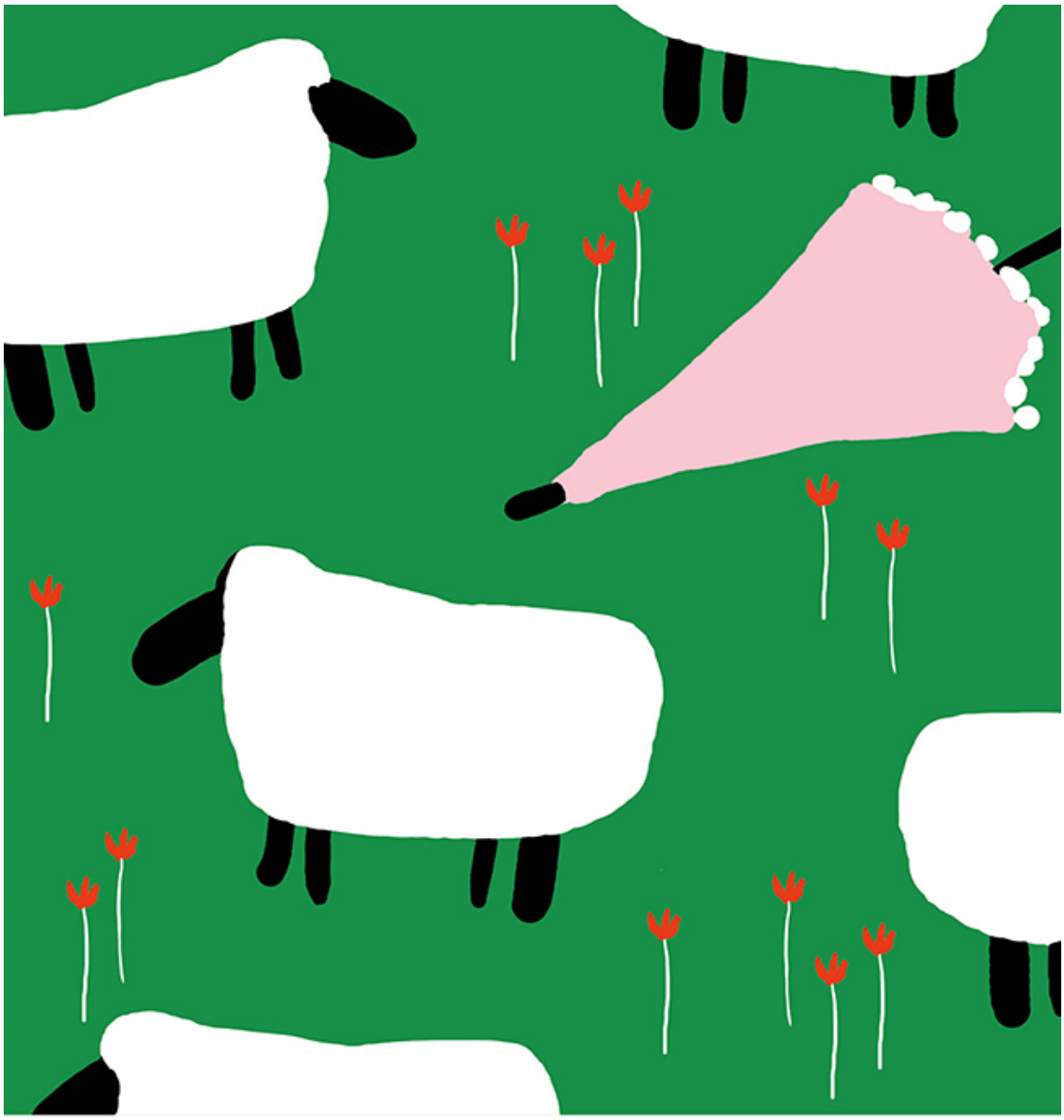


PENGUIN CLÁSICOS

MIGUEL DE CERVANTES

La Galatea

Edición de FLORENCIO SEVILLA ARROYO



PENGUIN CLÁSICOS

MIGUEL DE CERVANTES

La Galatea

Edición de FLORENCIO SEVILLA ARROYO

MIGUEL DE CERVANTES

La Galatea

Edición de
FLORENCIO SEVILLA ARROYO

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleer

@megustaleer

Penguin Random House Grupo Editorial

Introducción

1. Perfiles de la época

A Miguel de Cervantes le tocó vivir, pues nació a mediados del siglo XVI y murió en 1616, la España de Felipe II y Felipe III: uno de los períodos más controvertibles —con la grandeza imperial a la espalda— de nuestra historia, a la vez que, paradójicamente, el más resplandeciente de nuestra literatura. Más concretamente, el autor desarrolla su actividad literaria, *mutatis mutandis*, en los cincuenta años centrales de lo que solemos denominar «Siglo de Oro»: en los últimos veinte años del siglo XVI y en los dieciséis primeros del XVII; justamente a caballo entre el Renacimiento y el Barroco o, lo que es lo mismo, en el eje central tanto de la decadencia imperialista como del máximo esplendor de nuestra literatura clásica. Pero no es sólo que le tocase asumir biográfica y estéticamente tal coyuntura histórica y cultural, sino que, además, la vida y la obra de Cervantes se alzan como el mejor exponente de uno y de otro extremo: acaso, uno de los hombres más desafortunados y controvertidos de su época; con absoluta seguridad, nuestro mayor escritor de todos los tiempos y el mejor novelista universal.

Desde el punto de vista histórico y político, en efecto, durante el período en cuestión, la España Imperial, con todo su esplendor, es conducida hasta su desmoronamiento definitivo: en los últimos años de Felipe II merma alarmantemente la hegemonía exterior (la Armada Invencible); luego, con Felipe III, arrecia el resquebrajamiento interior y, en fin, con el cuarto

Felipe, cuaja la ruina más absoluta (separación de Portugal, independencia de Holanda, etc.); la Paz de Westfalia (1648) daría la puntilla a un imperio decadente desde hacía tantos y tantos años. Las incesantes guerras exteriores —ya expansionistas, ya religiosas—, el endeudamiento y la presión de los banqueros extranjeros, la emigración a Indias y el retorno muchas veces fracasado, la despoblación y el abandono del campo, las pestes, la inexorable expulsión de los moriscos… sumieron ciertamente a la España áurea en una insalvable penuria económica, luego agravada por el gobierno veleidoso de los grandes validos y privados (el duque de Lerma o el conde-duque de Olivares servirán de muestra inequívoca).

Al mismo tiempo y compás, el humanismo renacentista, tan abierto de miras y tan impregnado de las ideas reformistas de cariz erasmiano, queda soterrado por las intransigencias contrarreformistas hispanas. Los españoles seguirán inmersos en su obsesión casticista de cuño religioso, con sus distingos entre cristianos viejos y nuevos (judíos y moros convertidos al catolicismo desde hacía poco), según marcan los consabidos estatutos de limpieza de sangre, atizando así vivamente el malestar social (comercio de títulos seudonobiliarios, represión inquisitorial convertida en espectáculo público mediante los Autos de Fe, expulsión masiva de los moriscos, etc.) y obstaculizando de forma catastrófica el desarrollo económico (exención de tributos a los nobles, desprecio del trabajo manual, condena de la actividad financiera, etc.). La decadencia histórica estaba garantizada desde todos los frentes: militar, político, económico, social, religioso…, pero de ella germinaría la *Edad Dorada* de nuestra literatura clásica.

Afortunadamente, en contraste frontal con la crisis generalizada, durante los años que nos ocupan escriben nuestros autores más sobresalientes (Fray Luis, San Juan, Alemán, Cervantes, Lope, Góngora, Quevedo, etc.) y, como consecuencia, ven la luz las obras clásicas por excelencia de nuestra historia

literaria (el *Guzmán de Alfarache*, *Fuenteovejuna*, las *Soledades*, el *Buscón*… y, claro está, el *Quijote*), a la vez que se perfilan poco a poco sus grandes géneros: la novela moderna, el teatro clásico y la poesía lírica; o lo que tanto monta, Cervantes, Lope y Góngora. Gracias a tan frenética y fructífera actividad creativa, el legado renacentista, de ascendente italiano, se aclimata definitivamente a la cultura hispana impuesta por las circunstancias históricas antes reseñadas: la literatura adquiere el cuño «áureo» del Barroco y, en consecuencia, las grandes ficciones idealistas del quinientos ceden su espacio a una cosmovisión desilusionada y pesimista, donde parecen imperar sólo el engaño y el desengaño; en la misma línea, los perfiles rectilíneos y heroicos del XVI se ven suplantados por un canon artístico cifrado en el extremismo y la desproporción, sin más objetivos que el retorcimiento y la distorsión; y, por el mismo camino, el «escribo como hablo», tenido por ideal estilístico desde Valdés, deja paso al conceptismo y al culteranismo, encaminados a potenciar y complicar hasta el delirio las posibilidades ya semánticas, ya estéticas, del lenguaje.

Pero mucho más relevante que todo eso, por lo que aquí interesa, es notar que Cervantes se desenvolvió en el cogollo mismo de esa coyuntura histórico-cultural; y no sólo eso, sino que la protagonizó, la sufrió y la rentabilizó como ningún otro: la protagonizó encarnando biográficamente el viejo ideal de la conjunción entre armas y letras que, si por un lado, lo animaría a alistarse como soldado y participar, no sin orgullo imperialista, en Lepanto, por otro, lo arrojaría a competir literariamente, aunque con muy desigual fortuna, en los tres grandes géneros a partir siempre de una formación claramente renacentista; la sufrió —decimos—, pagando sus ínfulas de grandeza imperial con un cautiverio seguido de un penoso cargo de recaudador de abastos, a la vez que teniendo que ceder terreno creativo ante el empuje de Lope de Vega en teatro y ante los grandes poetas del

tiempo en el arte de las musas; y, en fin, la rentabilizó —queremos sostener —, concibiendo una literatura sin parangón, siempre apegada a la realidad de su tiempo y siempre comprometida con el experimentalismo estético, que lo convertiría en el escritor inmortal que es. Sin duda alguna, en la trayectoria que va de *La Galatea* (1585) al *Persiles* (1617), pasando por el *Quijote* y las *Ejemplares*, se plasma, mejor que en la obra completa de ningún otro escritor, el proceso que va del Renacimiento al Barroco, pasando en este caso por el Manierismo. Claro que Cervantes es Cervantes, ni más ni menos: aun alzándolo como exponente inconfundible de su tiempo y de la literatura de su época, sus creaciones quizá no sean definibles ni como renacentistas, ni como manieristas, ni como barrocas; al menos, trascendieron con mucho a su tiempo y desde hace mucho son y seguirán siendo, simplemente, cervantinas.

En el caso concreto de *La Galatea*, empero, conviene perfilar un tanto los trazos generales de ese apresurado esbozo histórico, literario y biográfico, pues como título inaugural de la brillante trayectoria novelesca cervantina, distanciado nada menos que veinte años de su inmediato sucesor, el *Quijote*, participa de estos antecedentes de una manera muy particular; representa, desde luego, un arranque sólido, claramente dependiente de las circunstancias reseñadas, que dejará su huella en el devenir narrativo del autor, pero, como es lógico, ni se ve afectado por los acontecimientos venideros ni alcanza los logros artísticos futuros. En efecto, ni la España regida por Felipe II en la década de 1580, afanada a la sazón en anexiones expansionistas, es la misma que la de sus sucesores en la corona, expuesta a las veleidades de los grandes validos; ni el panorama novelesco, todavía enseñoreado por las grandes tendencias idealistas de raigambre medieval o renacentista, tiene mucho que ver con el correctivo ascético, contrarreformista y barroco que impondría Mateo Alemán; ni muchísimo

menos, en fin, el todavía joven y primerizo creador, aunque ya había pasado su peor travesía, el cautiverio, y no andaba muy boyante, es ni remotamente comparable con el escritor maduro y novelista sin par en que terminaría convirtiéndose. *La Galatea*, pues —como no podía ser de otro modo—, queda en buena medida anclada en las circunstancias que condicionaron los inicios de la andadura literaria cervantina, sin que por ello dejase de sembrar las semillas que tantos años después florecerían, pero ya en tiempos nuevos.

2. Cronología

AÑO	AUTOR-OBRA	HECHOS HISTÓRICOS	HECHOS CULTURALES
1547	Cervantes es bautizado, el 9 de octubre, en Santa María la Mayor (Alcalá de Henares). Quizá nació el 29 de septiembre, día de San Miguel.	Batalla de Mühlberg. Enrique II sucede a Francisco I en Francia.	J. Fernández: *Don Belianís de Grecia* (1547-1579).
1551	Traslado de los Cervantes a Valladolid, a la Corte, y encarcelamiento del padre por deudas.		
1553	Regreso de la familia a Alcalá y comienzo del deambular por el sur (Córdoba). Cervantes podría haber asistido allí		

	al colegio jesuítico de Santa Catalina.		
1554		El futuro Felipe II, hijo de Carlos V, casa con María Tudor y es nombrado rey de Nápoles.	Aparecen las cuatro primeras ediciones del *Lazarillo de Tormes*.
1555		Paz de Augsburgo.	D. Ortúñez de Calahorra: *El caballero del Febo*.
1556		Abdicación de Carlos V y coronación de Felipe II.	M. de Ortega: *Felixmarte de Hircania*.
1558		Mueren Carlos V y María Tudor. Dieta de Francfort. Advenimiento de Isabel de Inglaterra.	
1559		Paz de Cateau-Cambrésis. Felipe II casa con Isabel de Valois.	J. de Montemayor: *Los siete libros de la Diana*.
1561		La Corte se traslada a Madrid, capital del reino.	*Historia del Abencerraje y de la hermosa Jarifa*.
1563		Comienzo de El Escorial. Fin del Concilio de Trento.	A. Pérez: *Diana segunda*. P. de Luján: *El caballero de la Cruz* (II).
1564	Su padre en Sevilla, de nuevo metido en deudas. Miguel pudo asistir al colegio de los jesuitas.	Fracaso turco ante Orán.	G. Gil Polo: *Diana enamorada*. A. de Torquemada: *Don Olivante de Laura*.

1565	Su hermana Luisa ingresa en el convento carmelita de Alcalá, del que sería priora (Luisa de Belén).	Fracaso turco ante Malta. Revuelta de los Países Bajos.	J. de Contreras: *Selva de aventuras*. J. de Timoneda: *El Patrañuelo*.
1566	Los Cervantes en Madrid, donde el escritor hace sus primeros pinitos poéticos con la ayuda de Alonso Getino de Guzmán.	Compromiso de Breda. El duque de Alba gobernador de los Países Bajos.	L. de Zapata: *Carlo famoso*.
1568	Cervantes discípulo de López de Hoyos, quien le encarga unos poemas laudatorios para las exequias de Isabel de Valois.	Mueren el príncipe Carlos e Isabel de Valois. Sublevación de los moriscos de Granada en las Alpujarras.	B. Díaz del Castillo: *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*.
1569	Se traslada a Roma, quizá por haber herido a Antonio de Sigura, donde sirve de camarero al futuro cardenal Acquaviva.		A. de Ercilla: *La Araucana*. J. de Timoneda: *Sobremesa y alivio de caminantes*.
1570	Inicia su carrera militar, luego compartida con su hermano Rodrigo en la compañía de Diego de Urbina.	Los turcos ocupan Chipre. Felipe II casa con Ana de Austria. Se organiza la *Liga Santa*.	A. de Torquemada: *Jardín de flores curiosas*.
1571	Desde el esquife de la galera *Marquesa, Cervantes* combate en la batalla de Lepanto, donde recibe dos disparos en el	Batalla de Lepanto. Fin de la guerra de las Alpujarras.	

	pecho y uno en la mano izquierda («El manco de Lepanto»).		
1572	Aun tullido de la mano izquierda, sigue en la milicia y participa, como «soldado aventajado», en varias campañas: Navarino, Túnez, La Goleta, etc.		Fr. Luis de León es encarcelado por la Inquisición. L. de Camoens: *Os Lusiadas*.
1573		Don Juan de Austria toma Túnez y La Goleta. Mateo Vázquez, secretario de Felipe II.	A. de Lofrasso: *Los diez libros de Fortuna de Amor*. J. Huarte de San Juan: *Examen de ingenios*.
1574			M. de Santa Cruz: *Floresta española*. El Brocense comenta a Garcilaso. Fundación del Corral de La Pacheca en Madrid.
1575	Provisto de cartas de recomendación de don Juan de Austria y del duque de Sessa, embarca en Nápoles, rumbo a Barcelona, frente a cuyas costas es apresada su galera, *Sol*, por unos corsarios berberiscos al mando de Arnaut Mamí. Es conducido a Argel, donde sufrirá cinco años	Segunda bancarrota de Felipe II.	

	de cautiverio, pues, debido a las cartas, se fija su rescate en quinientos escudos de oro.		
1576	Primer intento de fuga fallido.	Don Juan de Austria, regente de los Países Bajos.	Fr. Luis de León es liberado.
1577	Segundo intento, también fallido, por delación de *El Dorador*. Cervantes se declara único responsable.	Hasán Bajá rey de Argel.	San J. de la Cruz es apresado.
1578	Tercer intento, otra vez frustrado. Condenado a recibir dos mil palos.	Asesinato de Juan de Escobedo, secretario de don Juan. Proceso contra Antonio Pérez. Muere don Juan de Austria. Sebastián de Portugal muere en la batalla de Alcazarquivir. Nace el futuro Felipe III.	A. de Ercilla: *Segunda parte de La Araucana*.
1579	Cuarto intento, junto con sesenta cautivos, ahora abortado por Juan Blanco de Paz.	Caída de Antonio Pérez.	Se inauguran los primeros teatros madrileños.
1580	Es rescatado por los trinitarios fr. Juan Gil y fr. Antón de la Bella cuando estaba a punto de partir a Constantinopla. El 27 de octubre desembarca en Denia.	Felipe II es nombrado rey de Portugal.	P. de Padilla: *Tesoro de varias poesías*. F. de Herrera: *Anotaciones a las obras de Garcilaso*. T. Tasso: *La Jerusalén liberada*.

1581	Procura rentabilizar su hoja militar, sin conseguir más que una oscura misión en Orán, desde donde viaja a Lisboa para dar cuentas a Felipe II.	Independencia de los Países Bajos.	
1582	Solicita a Antonio de Eraso, secretario del Consejo de Indias, alguna vacante en América, sin resultado. Mientras, se integra en las camarillas literarias y se dedica al teatro y a redactar *La Galatea*.		L. Gálvez de Montalvo: *El pastor de Fílida*. F. de Herrera: *Poesías*.
1583	El *Romancero* de Padilla lleva al frente un soneto de Cervantes.	Expedición a la isla Terceira, en la que interviene Lope de Vega.	P. de Padilla: *Romancero*. J. de la Cueva: *Comedias y tragedias*. Fr. Luis de León: *De los nombres de Cristo*.
1584	El joven escritor tiene una hija, Isabel de Saavedra, con Ana Franca de Rojas, pero acto seguido viaja a Esquivias y a los dos meses se casa con Catalina de Salazar, aunque la dobla en edad.	Felipe II se traslada a El Escorial.	J. Rufo: *La Austriada*.
1585	Son fechas dedicadas de lleno al teatro (*El trato de Argel* y *La Numancia*), a la poesía y a la novela.		P. de Padilla: *Jardín espiritual*. San J. de la Cruz: *Cántico espiritual*.

	Logra publicar *La Galatea*.		Santa Teresa: *Camino de perfección*.
1586	Se dedica a viajar, sobre todo a Sevilla; desde allí regresa para recibir la dote de Catalina de Salazar.		L. Barahona de Soto: *Las lágrimas de Angélica*. López Maldonado: *Cancionero*.
1587	Está instalado en Sevilla, en calidad de comisario real de abastos para la Armada Invencible, al servicio de Antonio de Guevara; cargo que lo arrastraría a soportar unos quince años de vagabundeos por el sur (Écija, La Rambla, Castro del Río, etc.), sin lograr más que excomuniones, denuncias y algún encarcelamiento.	Comienzan los preparativos para la Armada Invencible.	Lope de Vega es desterrado de Madrid. C. de Virués: *El Monserrate*. B. González de Bobadilla: *Ninfas y pastores de Henares*.
1588	Sigue con las requisas en Écija y sus alrededores.	Fracaso de la Armada Invencible.	El Greco: *El entierro del conde de Orgaz*. Santa Teresa: *Libro de la vida y Las Moradas*.
1590	A principios de año está en Carmona, comisionado para requisar aceite en la región. Vuelve a solicitar al Consejo de Indias una vacante, que también se le deniega. De esta década son algunos poemas	Antonio Pérez se fuga a Aragón.	

	sueltos y varias novelas cortas: *El cautivo, El celoso extremeño, Rinconete y Cortadillo*, etc.		
1591	Prosigue con sus requisas por Jaén, Úbeda, Estepa, etc.	Revuelta de Aragón.	A. de Villalta: *Flor de varios y nuevos romances*. B. de la Vega: *El pastor de Iberia*.
1592	El corregidor de Écija lo encarcela, por venta ilegal de trigo, en Castro del Río. Se compromete, mediante contrato, a entregarle a Rodrigo Osorio seis comedias.	Cortes de Tarazona. Clemente VIII, Papa.	S. Vélez de Guevara: *Flor de romances (4.ª y 5.ª partes)*.
1593	Últimas labores como comisario de abastos. Escribe el romance de *La casa de los celos*.		
1594	Como ex comisario, se hace cargo de la recaudación de las tasas atrasadas en Granada, con tan mala fortuna que quiebra el banquero, Simón Freire, donde deposita el dinero y vuelve a ser encarcelado.		
1595	Gana las justas poéticas dedicadas a la	Advenimiento de Felipe IV de Francia.	G. Pérez de Hita: *Guerras civiles de Granada*.

	canonización de San Jacinto.		
1596	Escribe un soneto satírico al saco de Cádiz.	Saco de Cádiz por los ingleses, al mando de Howard y el conde de Essex.	A. López Pinciano: *Philosophía antigua poética*. J. Rufo: *Las seiscientas apotegmas*.
1598	Muere Ana Franca. Compone el soneto *Al túmulo de Felipe II*.	Paz de Vervins con Francia. Muere Felipe II. Felipe III, rey. Gobierno del duque de Lerma.	Se decreta el cierre de los teatros. Lope de Vega: *La Arcadia* y *La Dragontea*.
1599	Su hija Isabel entra al servicio de su tía Magdalena, bajo el nombre de Isabel de Saavedra.	Epidemia de peste en España. Felipe III casa con Margarita de Austria.	M. Alemán: *Guzmán de Alfarache* (I). Lope de Vega: *El Isidro*.
1600	Cervantes abandona Sevilla y debe de andar dedicado de lleno al *Quijote*.		Se abren los teatros. G. Mercader: *El prado de Valencia. Romancero general de 1600*.
1601		La Corte se traslada a Valladolid.	J. de Mariana: *Historia de España*.
1603	El matrimonio Cervantes se instala en Valladolid, en el suburbio del Rastro de los Carneros, acompañado de toda la parentela femenina.	Muere Isabel de Inglaterra.	A. de Rojas: *El viaje entretenido*. F. de Quevedo redacta *El Buscón*.
1604	El *Quijote* anda en imprenta y surgen las	Toma de Ostende.	M. Alemán: *Guzmán de Alfarache* (II). Lope de

	primeras alusiones al mismo.		Vega: *Primera parte de Comedias* y *El peregrino en su patria*.
1605	Publicación de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, en la imprenta madrileña de Juan de la Cuesta, a costa de Francisco de Robles, con éxito inmediato y varias ediciones piratas. Nuevo y breve encarcelamiento del escritor por el asesinato de Gaspar de Ezpeleta a las puertas de su casa, debido a la mala fama de la familia.	Nacimiento del futuro Felipe IV. Embajada de lord Howard.	F. López de Úbeda: *La pícara Justina*.
1606	Otra vez tras la Corte, Cervantes se muda a Madrid, donde luego se instalará en el barrio de Atocha.	La Corte vuelve a trasladarse a Madrid.	
1607		Nueva bancarrota en España.	J. de Jáuregui: *Aminta*.
1608			B. de Valbuena: *Siglo de oro en las selvas de Erifile*.
1609	Ingresa en la Congregación de los	Tregua de los Doce Años en los Países Bajos. Se	C. Suárez de Figueroa: *La constante Amarilis*. Lope

	Esclavos del Santísimo Sacramento del Olivar.	decreta la expulsión de los moriscos.	de Vega: *Arte nuevo de hacer comedias*.
1610	Intento fallido de acompañar al conde de Lemos a Nápoles, por el rechazo de Lupercio Leonardo de Argensola, a cargo de la comitiva.	El conde de Lemos es nombrado virrey de Nápoles. Toma de Larache. Enrique IV es asesinado en Francia.	
1612	El matrimonio Cervantes se traslada a la calle Huertas. El célebre novelista asiste a las academias de moda (la del conde de Saldaña, en Atocha). El *Quijote* es traducido al inglés por Thomas Shelton.		D. de Haedo: *Topographía e historia general de Argel*. J. de Salas Barbadillo: *La hija de Celestina*. Lope de Vega: *Tercera parte de comedias y Los pastores de Belén*.
1613	Ingresa en la Orden Tercera de San Francisco, en Alcalá. Salen las *Novelas ejemplares*, en Madrid, por Juan de la Cuesta.		L. de Góngora: *Primera Soledad* y *El Polifemo*.
1614	El novelista tiene muy avanzada la segunda parte del *Quijote* cuando sale el apócrifo de Avellaneda. Publica el *Viaje del Parnaso*, en Madrid, por la viuda de A. Martín. César Oudin traduce el primer *Quijote* al francés.		Lope de Vega: *Rimas sacras*.

1615	Se muda, con su esposa, a la calle de Francos, frente al mentidero de los comediantes. Publica sus *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos nunca representados*, en Madrid. Aparece la *Segunda parte del ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*, en Madrid, por Juan de la Cuesta, en casa de Francisco de Robles.	Luis XIII de Francia casa con Ana de Austria, hija de Felipe III. Isabel de Borbón, futura reina, llega a España.
1616	Enfermo, de hidropesía, el 22 de abril, una semana después que Shakespeare, el autor del *Quijote* fallece y es enterrado al día siguiente, con el sayal franciscano, en el convento de las Trinitarias Descalzas de la actual calle de Lope de Vega (Madrid). Al año siguiente, su viuda publica *Los trabajos de Persiles* y *Sigismunda*.	Muere Shakespeare.

3. Vida y obra de Miguel de Cervantes

3.1. Vida

Cervantes fue bautizado, el 9 de octubre de 1547, en la parroquia de Santa María la Mayor, de Alcalá de Henares, con el nombre de Miguel, por lo que se ha supuesto que pudo haber nacido el 29 de septiembre, día del santo. Era el cuarto hijo del matrimonio formado por Rodrigo y Leonor, sin más posibles que el oficio de «médico cirujano» del padre, lo que debió de acarrearle una infancia llena de privaciones y quizá de vagabundeos familiares (Córdoba y Sevilla) en busca de mejor suerte. El caso es que desde 1566 la pareja está instalada en Madrid y el joven Cervantes estudiando con Juan López de Hoyos, bajo cuyo amparo se estrena poéticamente con unas composiciones dedicadas a la muerte de Isabel de Valois.

Tres años después lo hallamos en Roma al servicio del cardenal Acquaviva, sin que sepamos cómo ni por qué —acaso por algún altercado con Antonio de Sigura—, y, enseguida, convertido en soldado, junto con su hermano Rodrigo, y embarcado en la galera *Marquesa* para participar en la batalla de Lepanto (1571) —reputada por él como «la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros» (*Quijote,* II- prólogo)— con notable valor, lo que le acarrearía dos arcabuzazos en el pecho y uno en la mano izquierda que se la dejaría tullida. Así y todo, sigue unos años en la milicia hasta que en 1575 decide regresar a España con cartas de recomendación del duque de Sessa y del mismísimo don Juan de Austria, sin duda con la esperanza de obtener algún cargo oficial como recompensa a su hoja de servicios. Pero, fatídicamente, la galera que lo traía, *Sol*, es apresada por los corsarios berberiscos y nuestro soldado aventajado hecho cautivo en Argel, donde permanecería durante cinco largos años, no sin volver a dar muestras de su valor al intentar fugarse, asumiendo toda la responsabilidad, hasta cuatro veces, bien que sin lograrlo y, sorprendentemente, sin que lo ejecutasen por ello.

Tendría que esperar a septiembre de 1580 para que lo rescatasen los padres trinitarios y poder pisar la tierra patria un mes después, cuando desembarcase en Valencia. Por si no bastase de miserias, a su llegada a la Corte comprobaría que sus méritos militares no serían recompensados nunca; ni siquiera con alguna vacante en Indias, a la que aspiró y le fue denegada de manera sistemática.

Pero el valeroso «manco» había aprendido a «tener paciencia en la adversidad» y, pese a tan desalentadora suerte, éstos son para él tiempos relativamente felices y aun triunfales: con la euforia del regreso y el orgullo imperialista sin desmoronarse, se dedica de lleno a las letras. Se integra bien en el ambiente literario de la Corte, mantiene relaciones amistosas con los poetas más destacados y se dedica a redactar *La Galatea*, que vería la luz en Alcalá de Henares en 1585. Simultáneamente, sigue de cerca la evolución del teatro, acelerada por el nacimiento de los corrales de comedias, llevando a cabo una actividad dramática —si fiamos de su palabra— muy fecunda y exitosa («compuse en este tiempo hasta veinte comedias o treinta, que todas ellas se recitaron sin que se les ofreciese ofrenda de pepinos ni de otra cosa arrojadiza», *Ocho comedias*, prólogo), aunque tan sólo se nos han conservado dos piezas (*El trato de Argel* y *La Numancia*) —o tres, si aceptamos *La conquista de Jerusalén*— y algún contrato referente a títulos no conservados.

Entretanto, saca tiempo para relacionarse con Ana Franca de Rojas (esposa de Alonso Rodríguez), de quien nacería, en 1584, su única hija: Isabel. Sin embargo, muy pronto viaja a Esquivias, donde conoce a Catalina de Salazar, de diecinueve años, con quien contrae matrimonio, cuando él rondaba los treinta y ocho, ese mismo año. De momento, se instala con su mujer en Esquivias, pero los viajes continuos irán en aumento y, pasados

tres años, el recién casado abandonará a su esposa para no reunirse con ella definitivamente hasta principios del siglo XVII.

En 1587 reaparece instalado en Sevilla, donde al fin obtiene el cargo de comisario real de abastos para la Armada Invencible; años después sería encargado de recaudar las tasas atrasadas en Granada, habiéndosele denegado una vez más el oficio en Indias («Busque por acá en qué se le haga merced») que volvería a solicitar en 1590. Tan miserables empleos lo arrastrarían a soportar, hasta finales de siglo, un continuo vagabundeo mercantilista por el sur (Écija, Castro del Río, Úbeda, etc.), sin lograr más que excomuniones, denuncias y algún encarcelamiento (Castro del Río, en 1592, y Sevilla, en 1597), al parecer siempre turbios y nunca demasiado largos. Como contrapartida, el viajero entraría en contacto directo con las gentes de a pie, y aun con los bajos fondos, adquiriendo una experiencia humana magistralmente literaturizada en sus obras.

Tan largo período administrativo, lleno de sinsabores, lo aparta del quehacer literario: «Tuve otras cosas en que ocuparme, dejé la pluma y las comedias» —diría él mismo—, pero sólo relativamente. El escritor se mantiene en activo: como poeta, sigue cantando algunos de los sucesos más sonados (odas al fracaso de la Invencible, soneto al saqueo de Cádiz o «Al túmulo de Felipe II» y numerosas composiciones sueltas aparecidas en obras de otros autores amigos); como dramaturgo, se compromete en 1592 con Rodrigo Osorio a entregarle seis comedias, entre las cuales han de contarse varias de las incluidas en el tomo de *Ocho comedias y ocho entremeses* (1615); como novelista, redacta varias novelas cortas (*El cautivo*, *Rinconete y Cortadillo*, *El celoso extremeño,* etc.) y, mucho más importante, esboza nada menos que la primera parte del *Quijote* y, quizá, el comienzo del *Persiles*. En esta etapa se cimenta, por tanto, el grueso de su creación futura, que no vería la luz hasta los últimos años de su vida.

Con el comienzo del siglo, Cervantes se despide de Sevilla y sólo sabemos de él que anda dedicado al *Quijote* de lleno, seguramente espoleado por el éxito alcanzado por Mateo Alemán con el *Guzmán de Alfarache* (1599-1604). Lo seguro es que en 1603 el matrimonio Cervantes está en Valladolid, nueva sede de la Corte con Felipe III, conviviendo con la parentela femenina: sus hermanas Andrea y Magdalena, su sobrina Costanza, hija de la primera, su propia hija Isabel y, por añadidura, una criada, María de Ceballos. Todas estaban bien experimentadas en desengaños amorosos, aunque debidamente cobrados, lo que les valió el mal nombre de «Las Cervantas», pero nuestro desventurado soldado y recaudador, ahora empeñado en imponerse como novelista, sin oficio ni beneficio, no tenía dónde caerse muerto y no podía sino refugiarse al arrimo de sus parientas…

Por fin, casi al filo de los sesenta años, la fortuna le daría un respiro al viejo ex cautivo y, a principios de 1605, de forma un tanto precipitada, ve la luz *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha,* en la imprenta madrileña de Juan de la Cuesta, con un éxito inmediato y varias ediciones piratas. Aunque la alegría se vería turbada enseguida por un nuevo y breve encarcelamiento, también injusto, motivado por el asesinato de Gaspar de Ezpeleta a las puertas de los Cervantes, la suerte de nuestro escritor estaba echada y la gloria de nuestro novelista era ya imparable. ¡Le rondaba en la cabeza tanta literatura por perfilar y dar a la imprenta…!

Otra vez al arrimo de la Corte, se traslada a Madrid en 1606, para dedicarse exclusivamente a escribir, sin mayor impedimento que alguna que otra mudanza (Atocha, Huertas, Francos) y el ingreso en alguna orden religiosa (Orden Tercera de San Francisco), pues la edad no andaba ya «para burlarse con la otra vida» (aunque no le faltaron ganas de integrarse en la camarilla literaria que acompañó al conde de Lemos a Nápoles, de la

que sería excluido por uno de los Argensola). Amparado en su prestigio como novelista, se centra en su oficio de escritor y va redactando gran parte de su producción literaria, aprovechando títulos y proyectos viejos. Así, tras ocho años de silencio editorial desde la publicación de la novela que lo inmortalizaría, da a la luz una verdadera avalancha literaria: *Novelas ejemplares* (1613), *Viaje del Parnaso* (1614), *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos nunca representados* (1615) y *Segunda parte del ingenioso caballero don Quijote de la Mancha* (1615). La lista se cerraría, póstumamente, con la aparición, gestionada por su viuda, de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, *historia setentrional* (1617).

Pero tan febril actividad creativa no se iba a imponer a la edad, que rondaba ya casi los setenta años, y el genial escritor arrastraba una grave hidropesía que acabaría con su vida en 1616: el 18 de abril recibe los últimos sacramentos; el 19 redacta, «puesto ya el pie en el estribo», su último escrito: la sobrecogedora dedicatoria del *Persiles*; el 22, poco más de una semana después que Shakespeare, el autor del *Quijote* fallece y es enterrado al día siguiente, con el sayal franciscano, en el convento de las Trinitarias Descalzas de la actual calle de Lope de Vega. Sus restos mortales, al parecer, fueron encontrados en 2015, pero aún están en vías de identificación fidedigna.

3.2. Obra

Ante una andadura biográfica tan sobrada de calamidades y penurias, bien cabría esperar una literatura acompasadamente sombría y resentida… Pues nunca tan al revés: se nos manifiesta resplandeciente, humanamente grandiosa y estéticamente radiante; en cabal contraste con su peripecia vital,

la trayectoria literaria cervantina evoluciona desde los buceos experimentales en los tres grandes géneros (poesía, prosa y teatro), hasta la consolidación de una factura inconfundiblemente personal en cada uno de ellos; irrepetiblemente cervantina en el caso de la novela y definitivamente acabada si se trata del *Quijote*. Su mayor logro estriba en ser el primero —a su decir— que noveló en lengua castellana y en habernos legado lo que denominamos «la primera novela moderna»: el *Quijote*. Pero ello no anulará sus permanentes desvelos poéticos y teatrales.

La producción poética cervantina ocupa un espacio nada despreciable en el conjunto de sus obras completas: se halla diseminada a lo largo y ancho de sus escritos y recorre su biografía desde los inicios literarios hasta el *Persiles*. Viene alentada por una vocación profunda, de raigambre entre garcilasista y manierista, cultivada sin interrupción (aunque no siempre con la inspiración necesaria) y no carente de aciertos, como bien se demuestra en algún soneto satírico-burlesco («Vimos en julio otra Semana Santa» y «¡Voto a Dios que me espanta esta grandeza!») o en el largo poema menipeo titulado *Viaje del Parnaso* (1614), donde narra autobiográficamente, en ocho capítulos, un viaje fantástico al monte Parnaso, a bordo de una galera capitaneada por Mercurio, emprendido por muchos poetas buenos con el fin de defenderlo contra la plaga de poetastros que azota el panorama de la época. Más allá de la alegoría, la primera persona responde a un planteamiento seudoautobiográfico, imbuido de evocaciones relacionadas con la vida del autor, gracias a las cuales el *Viaje* termina convertido en un verdadero testamento literario y espiritual donde se despliegan los mejores recursos literarios cervantinos: humor, ironía, perspectivismo, etc.

Al igual que la poesía, el teatro fue cultivado por Cervantes con asiduidad y empeño vocacionales: apuesta por él —decidido a medirse con

Lope de Vega— desde sus más tempranos inicios literarios, recién vuelto del cautiverio, hasta sus últimos años, de modo que la cronología de sus piezas abarca desde comienzos de la década de 1580 hasta 1615, dejando escasos períodos inactivos. Al margen de las periodizaciones establecidas por la crítica, de las vacilaciones de orientación (más o menos próxima ya a los preceptos clásicos, ya a las recetas del arte nuevo), y del fracaso en los corrales que confinaría el grueso de su producción a la imprenta, el hecho es que las piezas conservadas ofrecen un ramillete interesantísimo de experimentos dramáticos donde figuran cuantas modalidades puedan imaginarse: la tragedia (*La Numancia*), la tragicomedia (*El trato de Argel*) y la comedia; y dentro de la última, de cautivos (*Los baños de Argel*, *La gran sultana*, *El gallardo español*), de santos (*El rufián dichoso*), caballerescas (*La casa de los celos*), de capa y espada (*El laberinto de amor, La entretenida*), y aun alguna inclasificable si no es como «cervantina» (*Pedro de Urdemalas*). Y eso, olvidando los supuestos títulos perdidos (*El trato de Constantinopla y muerte de Selim*, *La confusa, La gran turquesca, La batalla naval, La Jerusalén, La Amaranta o la del mayo, El bosque amoroso, La Única*, *La bizarra Arsinda* y *El engaño a los ojos*), bajo los que podrían esconderse realidades tan tangibles como el reciente descubrimiento de *La conquista de Jerusalén*.

Mención aparte inexcusable merecen los ocho entremeses, aunque tampoco fueran representados nunca. Dejando la obsesión por las «reglas» clásicas al margen, Cervantes los aborda en absoluta libertad, tanto formal como ideológica, desplegando por entero su genialidad creativa para ofrecernos auténticas joyitas escénicas, cuya calidad artística nadie les ha regateado jamás. Logra diseñar ocho «juguetes cómicos», protagonizados por los tipos ridículos de siempre (bobos, rufianes, vizcaínos, estudiantes, soldados, vejetes, etc.) y basados en las situaciones bufas convencionales,

pero enriquecidos y dignificados con lo más fino de su genio creativo, de modo que salen potenciados hasta alcanzar cotas magistrales de trascendencia inalcanzable. Entre burlas y veras, el manco de Lepanto no deja de poner en solfa los más sólidos fundamentos de la mentalidad áurea: las relaciones maritales (*El juez de los divorcios*), las armas y las letras (*La guarda cuidadosa*), los celos (*El viejo celoso*), la justicia (*La elección de los alcaldes de Daganzo*), los casticismos más recalcitrantes (*Retablo de las maravillas*), etc.

Pero sin duda —como anticipamos— es en el terreno novelesco donde Cervantes logra imponerse a sus contemporáneos y donde obtiene logros capitales e imperecederos que le valdrían el título de creador de la novela moderna y aun del más grande novelista universal. En este género, sin acotar por las poéticas, encontraría el espacio suficiente para plasmar literariamente su compleja visión de las cosas, acertando de lleno en la elaboración de una fórmula literaria magistral, ya reconocida por sus contemporáneos y admirada por los mejores novelistas mundiales de todos los tiempos. En ella cuajarían sus mejores títulos: tras la concesión a la moda pastoril de *La Galatea* (1585), *El ingenioso hidalgo* (1605), las *Novelas ejemplares* (1613), la *Segunda parte del ingenioso caballero* (1615) y, póstumamente, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* (1617). El genial escritor había hallado, ¡por fin!, su acomodo intelectual y, consciente de ello, renovó todos los géneros narrativos de su tiempo (caballeresco, pastoril, bizantino, picaresco, cortesano, etc.), atreviéndose incluso a «competir con Heliodoro», el novelista griego por antonomasia.

Y, sorprendentemente, para llevar a cabo tan descomunal empresa no contaba con más guía que su genio creativo, pues la novela se entendía por entonces a la italiana, como relato breve, y no estaba contemplada teóricamente en las retóricas. La receta novelesca aplicada hay que ir a

buscarla a sus propias obras, y no pasa de unas cuantas claves un tanto desdibujadas: verismo poético de los hechos, admiración de los casos, verosimilitud de los planteamientos, ejemplaridad moral, decoro lingüístico, etc. Son los mismos principios, por otro lado, que rigen el resto de sus creaciones, siempre situadas en esa franja mágica que queda a caballo entre la vida y la literatura, la verdad y la ficción, la moral y la libertad… Sin más recursos, Cervantes alumbra un realismo fascinante, bautizado como «prismático» por muchos, donde sólo se salvaguarda el perspectivismo y la libertad de enfoque de quien habla, para mayor asombro y convencimiento de los que escuchamos.

Aunque *La Galatea* responde ya a ese universo creativo, como obra primeriza, lo ofrece sólo en esbozo, y hay que esperar al *Quijote* para encontrar su máxima plasmación y culminación. Entre bromas y veras, entre descalabros cómicos y reflexiones irónicas, Alonso Quijano logra vivir literariamente, al modo caballeresco, los últimos años de su hidalguía, una vez convertido, por voluntad propia, en *Don Quijote de la Mancha*. Ridículo empeño, calamitoso a más no poder, que Cervantes aprovecha, empero, para erigir una grandiosa atalaya, ética y estética, cuajada de logros definitivos e imperecederos: identidad de vida y literatura, equilibrio entre admiración y verosimilitud, perspectivismo y polifonía narrativa, libertad como eje moral y creativo, decoro lingüístico polifónico, etc.

Y lo logra entre diseños titubeantes, acaso imitados de algún celebrado *Entremés de los romances* —sin mayores expectativas que la novela corta —, que culminarían en los cincuenta y dos capítulos del *Ingenioso hidalgo* (1605), para luego ser ampliados en los setenta y cuatro del *Ingenioso caballero* (1615), y apuestas tan singulares como recias y arriesgadas: así el abandono de la propia responsabilidad narrativa en manos de moros mendaces, de traductores poco atenidos a la letra, de encantadores

trampistas o de imitadores de poca monta; así la elección del espacio lugareño como foco rector de toda la historia, sin mayores desviaciones que las decididas, a su entero capricho, por Rocinante; así la alteración de los tiempos por encima de las leyes naturales, aun a costa de resucitar a Babiecas y de enterrar al mismo protagonista; así la intercalación enojosa de historias secundarias (*El curioso impertinente*, *El cautivo*, etc.), vinieran o no a cuento con la trama principal y aunque hubiera que arrepentirse luego; así el cultivo de un registro lingüístico polifónico irreductible a receta estilística alguna; así…, en definitiva, la apuesta mantenida con pulso firme por la libertad como razón de ser única y sola de la vida y de la literatura…

Quizá no hacía falta más para conjugar brillantemente la aplastante y prosaica realidad padecida día a día por el recaudador de abastos con el fantasmagórico y descomunal mundo de los caballeros andantes, para fundir vida y literatura, o literatura y vida, en una alianza tan admirable como verosímil, capaz de borrar las fronteras entre lo uno y lo otro, haciendo posible con ello el desarrollo novelesco del viejo hidalgo: un personaje bifronte y escindido, con los pies en la tierra manchega y la mente en la ficción caballeresca, que necesitaba un espacio narrativo aglutinador de ambos extremos para hacer viable al *Quijote*. Así de ramplona y brillantemente, sin más preceptos retóricos, ni poéticas clásicas ni imitaciones reglamentadas, se ideaba un universo deslumbrante, que estaba llamado, aunque habitado por hidalgos lugareños enloquecidos, por destripaterrones zafios, por labradoras mostrencas y por un sinfín de personajes y personillas más, a sentar los fundamentos más sólidos de la novela moderna, aun a costa de cimentarlos en la sordidez de las ventas, en las polvaredas de los caminos, en la oscuridad de los bosques o en innumerables trampantojos caballerescos.

Por eso el *Quijote* —ideado sin punto de vista cerrado, sin espacio fijo y sin tiempo precisable— nacía abandonado por siempre, en su agridulce grandeza ética y estética, a los designios individuales de todos y cada uno de sus lectores, que nunca nos cansaremos de seguir vapuleándolo. Y «tú, lector, pues eres prudente, juzga lo que te pareciere» (*Quijote*, II-XXIV)…

Los «doce cuentos» incluidos en el tomo de las *Novelas ejemplares*, de 1613, recogen una tarea narrativa que arranca muy de atrás; al menos algunos de ellos, *Rinconete y Cortadillo* y *El celoso extremeño*, estaban ya escritos hacia 1600, pues andaban ya en manos de algún ventero del *Quijote*. Pero el Cervantes que los agrupa, retoca y completa, cuatro años antes de su muerte, es ya el autor del *Quijote* y, bien seguro de su talla como prosista de entretenimiento, despliega en ellos un muestreo novelesco de lo más variopinto, donde se recrea y se pasa revista a la práctica totalidad de las modalidades propias de la tradición italiana de la *novella*: bizantina, picaresca, gnómica, cortesana, lucianesca, etc. Bien que todos salen renovados y dignificados, pues, sin esquivar las situaciones moralmente comprometidas inherentes a tal corriente, se plantean y resuelven siempre de manera «ejemplar». Claro que —es innegable— se trata de una «ejemplaridad» muy peculiarmente cervantina: *La Gitanilla, El amante liberal, La española inglesa* y *La ilustre fregona* subliman el verdadero amor, ajeno a conveniencias, intereses y apetitos rastreros, para ponerlo muy por encima de convenciones clasistas y de creencias religiosas: se alza como única verdad interior humana. *La fuerza de la sangre, Las dos doncellas, El celoso extremeño* y *La señora Cornelia,* por su parte, abordan el mismo tema desde la óptica contraria: se denuncian las traiciones, las infidelidades o los abusos pasionales, sin que resulten menos aleccionadores a la vista de los desenlaces. *El licenciado Vidriera* aborda, en solitario, el caso del loco-cuerdo: aplaudido cuando demente y

menospreciado cuando lúcido. Por último, en *Rinconete y Cortadillo* se arremete abiertamente contra la poética del género picaresco, puesto de moda por el *Lazarillo*, el *Guzmán* o el *Buscón*: frente al determinismo derivado del origen vil y al dogmatismo impuesto por el punto de vista único, Cervantes opta por el diálogo festivo mantenido por dos picaruelos, Rincón y Cortado, en ventas y caminos hasta integrarse en el mundo del hampa sevillana que rige Monipodio. Y, en la misma línea, El *coloquio de los perros* se ve enmarcado en *El casamiento engañoso* para ejemplificar los contras del género bribiático: su desarrollo dialogístico se utiliza para erradicar de la novela las digresiones satírico-morales que saturaban al *Guzmán*.

Aunque publicados póstumamente (1617), *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* bien pudieran ser empresa novelesca iniciada por Cervantes en la última década del siglo XVI. En todo caso, la novela se cierra en el lecho de muerte, «puesto ya el pie en el estribo, / con las ansias de la muerte», lo que significa que está acabada por quien se sabe y autoestima como el primer novelista de su tiempo; tanto, que no vacila en medirse con Heliodoro, el autor de *Las Etiópicas* o la «novela» por excelencia. Ideado, pues, a la zaga de la novela griega, se destina a relatar la azarosa peregrinación llevada a cabo por Persiles y Sigismunda: dos príncipes nórdicos enamorados que, haciéndose pasar por hermanos bajo los nombres de Periandro y Auristela, emprenden un largo viaje desde el Septentrión hasta Roma con el objetivo de perfeccionar su fe cristiana antes de contraer matrimonio. Como era de esperar, el viaje está entretejido de multitud de «trabajos» (raptos, cautiverios, traiciones, accidentes, reencuentros, etc.), enriquecidos y complicados hasta el delirio por las historias de los personajes secundarios que van apareciendo en el trayecto (Policarpo, Sinforosa, Arnaldo, Clodio, Rosamunda, Antonio, Ricla, Mauricio, Soldino,

etc.) y por las jugosas descripciones de los escenarios —particularmente de los nórdicos— geográficos.

4. *La Galatea*

La Galatea salió de las prensas alcalaínas de Juan Gracián en 1585, aunque había sido aprobada y legalmente autorizada —según consta en sus preliminares— en febrero del año anterior, de modo que representa —como sugeríamos antes— una verdadera ave fénix en el panorama global de la producción literaria cervantina: una especie de anticipo, prematuro y aislado, con veinte años de ventaja respecto a sus sucesores, luego agolpados, por otro lado, en poco más de una década (entre 1605 y 1617). Sin duda, esta primera incursión novelesca deja entrever ya, en muchos sentidos, lo que su artífice podía dar de sí en estas lides y aun preconiza muchas de las aportaciones estéticas que terminarían consolidándose en los títulos venideros, pero, como intentona primeriza, no puede hacerlo sino en esbozo. Y siendo así, no parece muy recomendable abordarla críticamente —tal y como suele hacerse habitualmente— desde la misma óptica que al resto de las obras del autor, pasando por alto su exclusiva circunstancia cronológica, para exigirle las características y el rendimiento habitual en su creador, pues aquí el punto de partida es muy diferente y las perspectivas cervantinas muy poco o nada tienen que ver con sus magníficas apuestas novelísticas futuras: aquí no se encontrarán, ni por asomo, «pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno» (*Quijote*, I-prólogo), ingeniados para corregir autoritariamente las desviaciones literarias sancionadas por la tradición («no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías»,

Quijote, II-LXXIV), ni tampoco los alardes de originalidad capaces de competir con los más encumbrados («yo soy el primero que he novelado en lengua castellana, que las muchas novelas que en ella andan impresas todas son traducidas de lenguas estranjeras, y éstas son mías propias, no imitadas ni hurtadas: mi ingenio las engendró, y las parió mi pluma» y «te ofrezco los *Trabajos de Persiles,* libro que se atreve a competir con Heliodoro», *Novelas ejemplares*, prólogo), sino más bien un inseguro y apacible reconocimiento de la orientación genérica elegida al frente de la obra («La ocupación de escrebir églogas en tiempo que, en general, la poesía anda tan desfavorescida», *Galatea*, prólogo) que se cierra con otro similar en su final («El fin deste amoroso cuento», *Galatea*, VI), para brindarnos —en definitiva— un «amoroso cuento bucólico», inacabado —para más señas— y que nunca acabaría —para colmo—, por más que anunciase casi obsesivamente su continuación (en el escrutinio del primer *Quijote*, VI, y en el prólogo del segundo o en las dedicatorias tanto de las *Ocho comedias* como del *Persiles*). Obviamente, éste no es el Cervantes de siempre y menos el creador de la novela moderna…

Muy al contrario, el Cervantes que se dedica a «criar a Galatea» —según dijera él mismo en carta dirigida a Antonio de Eraso con el fin de conseguir algún destino vacante en Indias—, durante los primeros años de la década de 1580, en uno de los pocos respiros que le otorgó la adversidad, es un novelista inexperto, primerizo, que se deja llevar por el género narrativo de moda a la sazón, los denominados «libros de pastores» o «novela pastoril», sin reparar demasiado —a nuestro entender— en sus pros ni en sus contras estéticos y sin alentar mayor propósito renovador de su convencionalismo, por más que Avalle-Arce detecte intenciones claramente desmitificadoras. Desde luego, razones hay sobradas, y de todo tipo, para comprender semejante proceder un tanto precipitado: se trataba de un escritor

vocacional, todavía relativamente joven, bien integrado en el mundillo poético de entonces y supuestamente aplaudido en los corrales de comedias —si fiamos de su declaración en el prólogo a *Ocho comedias* («compuse en este tiempo hasta veinte comedias o treinta, que todas ellas se recitaron sin que se les ofreciese ofrenda de pepinos ni de otra cosa arrojadiza»)—, que no podía sino verse tentado a probar fortuna en el terreno novelesco, y ninguno mejor abonado por entonces que la novela pastoril; paralelamente, debía de estar exultante por su regreso a la patria, tras cinco años de calamidades en la milicia y otros tantos en el cautiverio argelino, esperanzado todavía con que se le recompensarían sus méritos militares y, acaso, con sus convicciones nacionalistas aún intactas («la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros», *Quijote*, II, prólogo), por lo que el idealismo utópico de lo arcádico no representaba ningún problema; en fin, *necesitas magistra*, su situación económica —obvio es decirlo—, tras el rescate del cautiverio y su desocupación, no podía ser precisamente holgada y la novela pastoril ofrecía opciones de éxito.

Pero, sea de ello lo que fuere, el hecho incontrovertible es que nuestro genial novelista se echó al monte de lo pastoril, inscribiéndose con ello en el género novelesco de mayor prestigio y difusión durante la segunda mitad del siglo XVI, según han demostrado numerosos estudiosos: López Estrada, Avalle-Arce, Teijeiro Fuentes, Castillo Martínez…, por limitar la cita a unos pocos. Género prestigioso, porque venían a sustituir el añejo heroísmo medievalizante de los libros de caballerías, impregnado del «amor cortés» trovadoresco, por el idealismo amoroso neoplatónico al amparo de una tradición tan sólida como autorizada: Teócrito, Virgilio, Sannazaro, Garcilaso; Ficino, Bembo, Hebreo, etc. Género con una gran difusión, porque, en los tres cuartos de siglo aproximados de su recorrido, aportó en

torno a los cuarenta títulos —algunos de ellos numerosas veces reeditados —, entre los que cuentan —limitando la lista a un muestreo variado—: Jorge de Montemayor, *Los siete libros de la Diana* (Valencia, *c*. 1559); Gaspar Gil Polo, *Diana enamorada* (Valencia, 1564); Luis Gálvez de Montalvo, *El pastor de Fílida* (Madrid, 1582); Bernardo González de Bobadilla, *Ninfas y pastores de Henares* (Alcalá, 1587); Lope de Vega, *Arcadia* (Madrid, 1598); Bernardo de Valbuena, *Siglos de Oro en las selvas de Erífile* (Madrid, 1608); Jerónimo de Tejeda, *Diana tercera* (París, 1627); Gonzalo de Saavedra, *Los pastores del Betis* (Nápoles, 1633); etc.

Y Cervantes lo hizo —no vaya a creerse lo contrario— con todas las consecuencias: aceptando de plano la matriz narrativa, o la poética novelesca si se prefiere, que lo configuraba —según veremos más adelante —, particularmente a partir de la codificación aplicada por Jorge de Montemayor a *Los siete libros de la Diana*, el modelo inaugural y arquetípico («la honra de ser primero en semejantes libros» se le otorga en el escrutinio del *Quijote*, I-VI), pero sin dejar de recurrir, de vez en cuando, a formulaciones más próximas, como al también citado *Pastor de Fílida*, de su amigo Luis Gálvez de Montalvo. Incluso, no sólo es que se acogiese al patrón genérico en sus inicios novelescos, sino que anduvo a vueltas con él durante toda su vida: ya en el *Ingenioso hidalgo* (Grisóstomo y Marcela, I-XI-XIV), ya en el *Ingenioso caballero* (Camacho, Quiteria y Basilio, II-XIX-XXI, y la «Arcadia fingida o contrahecha», II-LVIII), cuyo protagonista no dejaría de contemplar la posibilidad de transmutarse en el pastor *Quijotiz* («llamándome yo *el pastor Quijotiz*, y tú *el pastor Pancino,* nos andaremos por los montes», II-LXVII), ya en *La casa de los celos* (Lauso, Corinto, Rústico y Clori)… Aunque no dejaría de darle la puntilla literariamente desautorizadora, por boca de Berganza, en *El coloquio de los perros*,

respaldando con ello inequívocamente el planteamiento que venimos sosteniendo aquí:

> Los diferentes tratos y ejercicios que mis pastores, y todos los demás de aquella marina, tenían de aquellos que había oído leer que tenían los pastores de los libros […]. Lo más del día se les pasaba espulgándose o remendando sus abarcas; ni entre ellos se nombraban Amarilis, Fílidas, Galateas y Dianas, ni había Lisardos, Lausos, Jacintos ni Riselos; todos eran Antones, Domingos, Pablos o Llorentes; por donde vine a entender lo que pienso que deben de creer todos: que todos aquellos libros son cosas soñadas y bien escritas para entretenimiento de los ociosos, y no verdad alguna.

Otra cosa bien distinta es que la primera elección genérica del escritor en el terreno novelesco pudiera responder —estamos hablando de Miguel de Cervantes— a motivaciones y compromisos de más altos vuelos —como bien ha sostenido Rey Hazas en varios trabajos—, ya de naturaleza puramente artística y literaria, ya de corte abiertamente comprometido y político. Por el lado artístico, bien pudiera haberse sentido atraído «porque daban largo y espacioso campo por donde sin empacho alguno pudiese correr la pluma» —la única «cosa buena» reconocida por el canónigo toledano a los libros de caballerías en el primer *Quijote* (I-XLVII)—, permitiéndole integrar toda suerte de materiales cuentísticos, poéticos o tratadísticos —siempre a vueltas con la organicidad de la trama y la consabida verosimilitud; sus otras dos grandes preocupaciones teóricas—, e incluso por la identificación y solapamiento entre vida y literatura —la directriz principal de su literatura futura— que le servían en bandeja al introducir como personajes de la ficción novelesca a seres históricos bajo disfraz pastoril («que muchos de los disfrazados pastores della lo eran sólo en el hábito», *Galatea*, prólogo), dando entrada por esa vía a algunos amigos y personajes históricamente relacionados con Cervantes de uno u otro modo (Pedro Laínez, Damón; Francisco de Figueroa, Tirsi; Diego

Hurtado de Mendoza, Meliso; Juan de Austria, Astraliano; Mateo Vázquez, Larsileo; etc.), entre los que se incluye él mismo so capa de Lauso. Políticamente, bien podría haber aprovechado esa dimensión histórica del género en beneficio de su propia promoción personal —y no sólo pensando en el prestigio literario— buscando el patronazgo, ya desde la dedicatoria a Ascanio Colonna, de la camarilla del todopoderoso secretario real Antonio de Eraso y, en definitiva, del denominado partido «castellanista», capitalizado nada menos que por Mateo Vázquez (el Larsileo con quien se cartea Lauso), sin dejar de publicitar y promocionar literariamente su facción desde el castellanismo nacionalista que impregna a la novela, acaso a raíz de la enemiga cervantina contra Felipe II por su descuido del cautiverio argelino —que tan doloroso y caro le había salido a Cervantes— en beneficio de la anexión portuguesa, cabalmente novelizado en el matrimonio de la protagonista con un pastor lusitano, ordenado por el propio monarca («el rabadán mayor de todos los aperos se lo mandaba, y él era el que lo había concertado y tratado, y que era imposible deshacerse», dice Aurelio), que amenaza con aniquilar la pacífica armonía de las riberas del Tajo.

Pero aun aceptando todo ello, quedaría intacto el convencionalismo genérico, tópicamente pastoril, omnipresente a lo largo y ancho de *La Galatea* e incluso el acatamiento cervantino masivo de sus clichés —con todas las salvedades y ventajas reconocibles en su aplicación—, sin que ello vaya —por otro lado— en detrimento ni del creador ni de la creación.

4.1. Composición y significado

Así, tal y como prescribía el modelo novelesco elegido por Cervantes para pergeñar su «cuento eclógico», *La Galatea* está diseñada como una vasta miscelánea de «prosas y versos», perfectamente entrelazados, que incluye todo un «mar de historias» amorosas y un auténtico «cancionero poético» sentimental: «historias marañadas» y «canciones concertadas», ciertamente, como anunció Vargas Manrique en su soneto laudatorio preliminar y suele utilizar la crítica para encarar su estudio (Juan Motero, por ejemplo, en su reciente edición). La viabilidad compositiva de tan magnífico caudal de historias y canciones es posible gracias al recurso —también aprendido en la tradición genérica— de una historia marco o base, utilizada como cañamazo en el que se van entretejiendo todos los demás materiales y florituras destinados a aflorar en el bordado. En este caso, una historia marco de naturaleza amorosa apenas esbozada, sin apenas desarrollo argumental y sin desenlace ni visos de éste, que, sin embargo, acoge cómodamente varios relatos breves intercalados, multitud de las más diversas relaciones sentimentales, unas cuantas cartas o papeles, alguna pieza dramática representada, un debate o disputa dialogística, numerosos tópicos renacentistas… y, desperdigados entre todo ello, numerosísimos poemas o canciones de inabarcable diversidad estrófica y métrica, sin olvidar la extensa *laudatio* enumerativa de los ingenios poéticos españoles pronunciada por Calíope.

De resultas, el primer reto al que hubo de enfrentarse el inexperto narrador consistía en otorgarle organicidad, «unidad en la variedad», a tan enorme cúmulo de materiales, pues, sobre los «cuentos amorosos», tenía que acoplar a unos ochenta personajes y barajar a otros tantos poemas, en el estrecho ámbito de una historia marco apenas esbozada, con el riesgo evidente de que el libro terminase convertido en una amalgama deforme, cuando no «pepitoria», de «varia lección». Y si en eso consistía el desafío,

en la habilidad y solvencia con las que Cervantes lo superó en su primera incursión narrativa reside, acaso, el mayor mérito de *La Galatea*, anticipando ya meridianamente sus extraordinarias dotes novelescas que se verían ventajosamente ratificadas en el *Quijote*, las *Ejemplares* o el *Persiles*. Desde luego, la fluidez con la que se van concatenando los materiales aludidos a lo largo de la narración y la propiedad con la que se van acoplando unos a otros en el transcurso de ésta, son admirables y denotan un talento novelesco excepcional.

Con esas miras, la historia principal, contada en tercera persona, ha sido estratégicamente codificada como matriz compositiva de naturaleza bucólico-sentimental capaz de proporcionar las coordenadas narrativas, cronológicas y espaciales necesarias para enmarcar las prosas y los versos a ella destinados, pero sin dejar por ello de erigirse en el eje novelesco y semántico del conjunto. Se limita a plantear o a esbozar un triángulo amoroso —por llamarlo de algún modo—, protagonizado por Elicio, Erastro y Galatea, estático hasta la exasperación y sin solución de continuidad —como impone, por cierto, su codificación tópicamente sentimental—, que se conforma con perpetuar durante diez días la incondicional y estéril servidumbre amorosa de los dos pastores a la protagonista, sin más aliciente argumental que su deambular bucólico por las riberas del Tajo, ocasionalmente enriquecido con alguna que otra celebración comunal (bodas de Daranio y Silveria, III-4d; exequias de Meliso, VI-7d), hasta que, ya muy avanzada la novela, se descubren los alarmantes planes de boda inmediata con un pastor lusitano que el padre de Galatea tiene previstos para su hija, y los protagonistas, respaldados por toda la comunidad comarcal, planifican evitarlo a toda costa, con lo que se cierra esta *Primera parte*. Lo que pudiese contener de historia, relato cuento o novela amorosa queda, pues, en suspensión, por lo que nada extraña ni el

anuncio final de su continuación en la segunda parte de la obra ni la valoración de ésta hecha por el cura en el *Quijote* de 1605: «propone algo, y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte que promete; quizá con la emienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega» (I-VI).

Claro que el cura quijotesco parece no haberse percatado de que no se trataba de urdir una trama amorosa y desarrollarla argumentalmente hasta su desenlace, sino más bien de remansar el triángulo amoroso de los protagonistas en su estatismo inicial, limitando su devenir novelesco a las acciones imprescindibles para integrar, centralizándolos, al resto de los materiales previstos. Por eso, la actividad cotidiana de Elicio, Erastro y Galatea, durante los diez días que se nos cuentan, se limita a salir al alba con sus rebaños, a buscar cobijo natural durante la siesta y a regresar a la aldea al atardecer, sin perjuicio de prolongar nocturnamente sus devaneos sentimentales, siempre en el escenario arcádico de las riberas del Tajo —como bien explicó Aurora Egido—. El narrador que mueve los hilos se cuida muy mucho de rentabilizar la potencialidad aglutinadora de semejante planteamiento, limitándose a ir dando entrada a los diferentes interlocutores en cada momento, y de ahí depende todo:

1. Los diez días, ampliados casi siempre con sus correspondientes noches, absorben cabalmente los seis libros de la obra de acuerdo con el siguiente reparto (separamos *d*ía y *n*oche, cuando se marcan en el tiempo narrado): 1dn y 2d, I; 2n y 3d, II; 3n y 4dn, III; 5d, IV; 5n y 6d, V; 7dn, 8d, 9d y 10d, VI.

2. Las salidas al amanecer, las reuniones durante la siesta, los retornos al atardecer y las veladas nocturnas están estratégicamente diseñados y

distribuidos para proporcionar otros tantos encuentros fortuitos, «sobremesas» y «alivios de caminantes» capaces de acoger al resto de personajes, relatos, poemas y demás materiales. Por ejemplo: Galatea y Florisa se encuentran al amanecer del segundo día con Teolinda, que les cuenta los comienzos de su historia (I) para proseguirla durante la noche (II); durante la «siesta» del quinto día tiene lugar la disputa sobre el amor de Lenio y Tirsi (IV); de regreso a la aldea, ya en compañía de Tirsi y Damón, en el tercer día, cuenta Silerio la primera parte de su historia (II) para continuarla por la noche (III); Lisandro le cuenta a Elicio su historia tras haber sido sorprendido por éste durante la primera noche (I); etc.

3. Las riberas del Tajo, en último lugar, sitúan espacialmente cuanto ocurre, aportando los escenarios bucólicos ideales para cada situación: Fuente de las Pizarras: encuentro con Timbrio, Nísida, Blanca y Darinto (IV); un cerrado bosque: diálogo de Rosaura con Grisaldo (IV); Arroyo de las Palmas: entretenimiento con adivinanzas poetizadas (VI); Valle de los Cipreses: exequias de Meliso y Canto de Calíope (VI); etc.

Gracias a tan estratégico diseño de la trama principal como matriz enmarcadora es posible que una historia tan insulsa pueda albergar en su seno semejante aluvión de prosas y versos, y gracias al brillante aprovechamiento de todas y cada una de sus circunstancias integradoras es posible que unas y otros puedan convivir tan enmarañada como armoniosamente. Desde luego, el conjunto es espectacular, aunque aquí no podamos pasar de presentarlo reducido a lo esencial y, si acaso, ojearlo a vuelapluma:

PROSAS

Novelas cortas:

Lisandro-Leonida

Teolinda-Artidoro / Leonarda-Galercio

Timbrio-Nísida / Silerio-Blanca

Rosaura-Grisaldo

Casos amorosos:

Lauso-Silena

Arsindo-Maurisa

Lenio-Gelasia

Disputa entre Lenio y Tirsi

VERSOS

Canciones amorosas

Égloga representada por Orompo, Orfenio, Crisio y Marsilio

Canto de Calíope

Entre las prosas, descuellan los casos amorosos, más o menos desarrollados narrativamente, ya que amplían, enriquecen y diversifican el entramado novelesco desde todas las ópticas: multiplican considerablemente los puntos de vista narrativos, amplifican significativamente la temporalidad incorporando un tiempo narrado más o menos largo, ensanchan geográficamente el espacio abriendo sus fronteras sin limitación alguna, diversifican la casuística amorosa hasta agotar todos los estados sentimentales imaginables, etc. Pero si algo de esa casuística llama la atención sobre todo lo demás, es —decíamos— la facilidad y diversidad técnica con la que se incorpora, la habilidad con la que se integra e interrelaciona y, fundamentalmente, la complejidad con la que se entrelaza

—según ha explicado Muñoz Sánchez— y enmaraña hasta crear una madeja poco menos que irreconocible.

El primer plano lo ocupan, naturalmente, los cuatro casos amorosos intercalados como novelitas cortas en la historia principal, con una diversidad de planteamientos y de procedimientos integradores francamente asombrosa:

1. El primero de ellos es la historia trágica, a la italiana, de LISANDRO y LEONIDA, ocurrida a los dos nobles pastores en las riberas del Betis, cuyo desenlace cruel, el apuñalamiento de Carino por parte de Lisandro (como venganza de su maquiavélica traición que había provocado seis meses antes la muerte de Leonida), ocurre el primer día en las riberas del Tajo, en presencia de Elicio y Erastro, forzados a enterrar al difunto, perturbando gravemente el bucolismo idílico típico del género. Es una de las pocas historias nítidamente intercaladas, excepción hecha de su desenlace, pues el protagonista se la cuenta en primera persona autobiográfica esa misma noche, de un tirón, a Elicio, para dejarla zanjada y marcharse definitivamente de la aldea al día siguiente.

2. Mucho más complicado, desde todos los puntos de vista, es el segundo caso: la historia pastoril de TEOLINDA y ARTIDORO, iniciada en las riberas del Henares nueve días antes de que se incorpore —todavía en I-2d— a la novela como fracaso amoroso provocado por el milagroso parecido de la protagonista con su hermana gemela LEONARDA —según les cuenta ella misma en dos fragmentos autobiográficos a Galatea y Florisa—, que luego se duplicará con la incorporación de otro gemelo idéntico al protagonista, GALERCIO —según refiere ahora Leonarda, ya en IV-5d—, para terminar con el fraudulento enlace matrimonial —relatado en VI-8d por Teolinda—

de Artidoro con Leonarda, que suplanta a su gemela, y el consiguiente desconsuelo de ésta, dedicada a evitar los intentos de suicidio de Galercio, perdidamente enamorado de Gelasia sin que ésta le corresponda, cuya suerte queda pendiente para la continuación de la obra. El enredo es tan morrocotudo como parece, y aun mucho más, pues Leonarda entra en escena en compañía de Rosaura y los dos gemelos están al cuidado de los rebaños de Grisaldo —una y otro protagonistas de la cuarta novelita intercalada—, en tanto que la hermana menor de éstos, Maurisa, perseguida por Arsindo, también se afana en proteger a Galercio de los desdenes de Gelasia, a quien también ama desesperadamente Lenio… Esto es, lo que parecía una simple historia amorosa más, puntualmente intercalada en primera persona, se instala con todo derecho en el marco principal para desgranarse en continuas reapariciones que entrelazan y cohesionan a buen número de materiales, pese a terminar inacabada.

3. Más interesante y rico en contenidos, al par que bastante menos enrevesado en su integración, es el tercer caso: el cuento de «los dos amigos» nobles jerezanos, TIMBRIO y SILERIO, y su historia amorosa con las hermanas NÍSIDA y BLANCA —también a la italiana, entre cortesana y bizantina—, añadida a partir de II-3d, y felizmente desenlazada en V-5n, ya en las riberas del Tajo, con la unión de ambas parejas, tras haberla desarrollado en dos bloques autobiográficos bien diferenciados, previa incorporación de sus protagonistas como personajes más del relato principal: el primero de ellos —a cargo de Silerio, de camino a la aldea y luego durante la velada— relata, en tres secuencias (II y III) separadas por causa de las bodas de Daranio, el enfermizo enamoramiento de la bellísima Nísida experimentado en Nápoles por ambos amigos, con el consiguiente desgarro interior entre amor y amistad, hasta que se separan cuando

Timbrio sale vencedor de un duelo y, por un malentendido, piensa que Nísida ha muerto; el segundo —a cargo de Timbrio— prosigue contando, ya en V-5n, de un tirón, su venturoso y accidentado retorno por mar a España, pues se encuentra de manera fortuita con Nísida y Blanca en un bajel que, tras ser capturado por unos corsarios argelinos al mando de Arnaut Mamí, es milagrosamente devuelto a las costas catalanas, desde donde se dirigen a Toledo en compañía de Darinto, enamorado de Blanca, hasta que se encuentran, en la Fuente de las Pizarras (IV-5d), con el grupo de los pastores que los conducen hasta la ermita donde está Silerio.

4. Quizá el más variopinto de los casos planteados como novelitas cortas sea el cuarto y último, que ya sabemos entrelazado con el segundo, la historia también pastoril de ROSAURA y GRISALDO, pues lo único realmente intercalado —según cuenta Rosaura en IV-5d— son las causas (sus coqueteos con Artandro en la aldea de Leonarda, pese a estar enamorada de Grisaldo, provocadores de que éste acepte casarse con Leopersia y la protagonista haya venido a buscarlo en las riberas del Tajo hará ocho días) que originan de los dos episodios integrados en la historia principal, que la dejan suspendida en pleno nudo: primero, el misterioso encuentro de la pareja y su compromiso matrimonial manifestado ante las pastoras del Tajo, pendiente de que Grisaldo reconduzca su situación en su aldea y regrese; segundo, ya en V-6d, el violento rapto de Rosaura por parte del competidor agraviado, Artandro, y su huida a Aragón, que sólo se complementa con el mensaje de Maurisa anunciando el retorno de Grisaldo y el encargo de que le cuente lo sucedido, sin dejar por ello de añadirle una dimensión política a la historia.

Aunque de menor bulto y desarrollo narrativo, no son menos interesantes ni significativas las tramas amorosas secundarias, protagonizadas por numerosas parejas un tanto peculiares, pues complementan y enriquecen la casuística sentimental de la novela con toda una galería de relaciones tan variopinta como genuinamente cervantina, sin dejar de contribuir con eficacia a su organicidad compositiva: el desamorado LENIO, cuyos reniegos contra el amor resuenan reiteradamente a lo largo de los seis libros, termina rindiéndole vasallaje, cautivado por la dureza inquebrantable de GELASIA —también amada infructuosamente por Galercio—, sin más opción que implorar su piedad, aunque la trama se deja en suspenso; el discreto y refinado LAUSO, serenamente desamorado y esquivo en un principio, al par que no menos persistente en sus cantos, pasa por prendarse de la misteriosa y resbaladiza SILENA, para terminar liberándose de modo definitivo del yugo amoroso a causa de un desdén; el anciano ARSINDO, con sus venerables canas y todo, se pasa todo el libro intentando disimular lo que es sabido por todos, su fascinación amorosa por los verdes y pocos años de MAURISA, limitándose a seguirla dondequiera que va sin asomos siquiera de una posible relación, aunque el caso termina dejándose pendiente; las riquezas de DARANIO consiguen doblegar la voluntad de SILVERIA, en detrimento de las habilidades del despechado MIRENO —que termina desterrándose—, para desposarse con ella en un festejo de extraordinaria relevancia estructural: llena el cuarto día y cierra el tercer libro de la historia marco, aglutinando a la totalidad de su universo novelesco; con menor alcance, DARINTO, el compañero de travesía de Timbrio, renuncia voluntariamente a su amor por BLANCA, la hermana de Nísida, y abandona la escena, consciente de la inclinación de la muchacha, poco antes de aparecer SILERIO; en fin, puramente instrumentales a efectos discursivos son las parejas de los cuatro invitados a las bodas de Daranio que se encargarán

de poetizar sus respectivas situaciones sentimentales en la égloga: OROMPO y LISTEA (muerte), ORFENIO y EANDRA (celos), CRISIO y CLARAURA (ausencia) y MARSILO y BELISA (desdén), aunque esta última no deja de incorporarse a las exequias de Meliso y su historia es una más de las que quedan pendientes al final.

La disputa sostenida por Lenio y Tirsi, en IV-5d, sobre la naturaleza del amor incorpora a las prosas de *La Galatea* un componente tratadístico, de naturaleza académica, cuidadosamente integrado en el marco narrativo principal de acuerdo con los parámetros sancionados por los diálogos renacentistas: se celebra en presencia de «todos los más principales pastores de la aldea», sin que dejen de sumarse los refinados invitados a las bodas de Daranio ni el grupo de Timbrio, que no deja de anteponer un tópico «menosprecio de Corte y alabanza de aldea», introducido de forma oportuna por Darinto («la ventaja que hace al cortesano y soberbio trato el pastoral y humilde vuestro») y cabalmente rematado por la canción que Lauso enviara a Larsileo y ahora recita Damón, para crear el pretendido ambiente académico; se ubica en «la Fuente de las Pizarras, a la sombra que en aquel lugar hacían las entricadas ramas de los espesos y verdes árboles», un *locus amoenus* especialmente apto para el tema y atenido al entorno aldeano de la obra; y ocurre, cómo no, a la hora de la siesta («salían a tener la siesta»). Bajo esas coordenadas, los contrincantes enuncian en sendas intervenciones sus posturas sobre el tema, escindidas entre la invectiva de Lenio y la defensa de Tirsi, de acuerdo con un guión compartido que explicita el segundo al comenzar su réplica («el cual tú definiste diciendo que era un deseo de belleza, declarando asimesmo qué cosa era belleza, y poco después desmenuzaste todos los efectos que el amor, de quien hablamos, hacía en los enamorados pechos, confirmándolo al cabo con varios y desdichados sucesos por el amor causados»), para terminar, en los

dos casos, con sendas canciones conclusivas de sus posturas. Y, naturalmente, tan erudito y sesudo enfrentamiento de posturas, cuidadosamente autorizado a partir de las fuentes filográficas más difundidas (*Gli Asolani*, de Pietro Bembo; *Dialoghi d'amore*, de León Hebreo; *Libro de natura de amore*, de Mario Equicola), polariza el tema amoroso, siempre a vueltas con el neoplatónico «deseo de belleza», entre sus implicaciones carnales y espirituales, mundanas y celestiales, profanas y religiosas, proporcionándonos cifrada una de las grandes claves semánticas de *La Galatea*: la legitimación natural del «deseo» en cuestión, siempre y cuando se someta a la razón y se reglamente mediante el matrimonio, que mantiene Tirsi y acaba triunfando («Y, viendo asimesmo que la belleza humana había de llevar tras sí nuestros afectos e inclinaciones, ya que no le pareció quitarnos este deseo, a lo menos quiso templarle y corregirle, ordenando el sancto yugo del matrimonio, debajo del cual al varón y a la hembra los más de los gustos y contentos amorosos naturales le[s] son lícitos y debidos»).

Pasando ya a los «versos» incluidos en la novela, huelga insistir —según adelantamos— que su magnífico número aporta todo un cancionero poético, integrado por unas ochenta canciones, que representa la otra cara de *La Galatea* —acaso la más genuinamente bucólica si fiamos de la sobrina de don Quijote («se le antojase de hacerse pastor y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo», *Quijote*, I-VI)—, con todo derecho y en términos de equipolencia respecto a las prosas —como han demostrado Trambaioli o Trabado Cabado—, no sólo por su inagotable diversidad métrica y estrófica, sino también por su inabarcable conceptualización de lo amoroso y —sobre todo— por su habilísima concertación con lo prosístico para contribuir al desarrollo narrativo: la novela comienza, de hecho, con una canción de Elicio («Mientras que al triste, lamentable acento») y

culmina, casi acaba, con el «Canto de Calíope» («Al dulce son de mi templada lira»). Así, por una parte, la versificación empleada responde a una apuesta integradora de los metros italianizantes con los castellanos, acoplados en toda suerte de moldes estróficos o genéricos (tercetos, estancias, octavas, sonetos, coplas castellanas, canciones trovadorescas, glosas, enigmas, etc.); por otra, los poemas desmenuzan el monotema amoroso en cuantos matices seamos capaces de imaginar (pasión, dolor, queja, lamento, ausencia, desdén, celos, desamor, despecho, traición, venganza, etc.), a la vez que recopilan la tópica convencional al respecto (tiranía del amor, servidumbre del amante, transformación de los amantes, dureza y crueldad de la amada, oposición yelo/fuego, etc.); y, en fin, las canciones desempeñan múltiples funciones narrativas imprescindibles: representan buena parte del *modus vivendi* pastoril —casi todos los personajes cantan—, aportando materia propiamente novelesca a sus salidas al campo, a sus siestas en los *locus* bucólicos, a sus festejos o a sus retornos a la aldea; interrumpen con frecuencia el curso de lo narrado, incorporando nuevos motivos a su desarrollo; anticipan, en cifra, los contenidos de las historias amorosas venideras, o las rematan en el mismo sentido una vez acaecidas; etc.

En fin, dentro de ese vasto conjunto métrico, no podemos dejar de dedicarle una mención especial, por su singularidad, extensión y relevancia compositiva a dos piezas ya citadas varias veces, la «Égloga de Orompo, Marsilo, Crisio y Orfenio» y el «Canto de Calíope», pues las dos aportan materiales nuevos (entre dramáticos e histórico-literarios) —aunque no ajenos a la tradición genérica—, las dos están excepcionalmente desarrolladas y las dos han sido distribuidas de manera estratégica, en III y VI, respectivamente, para introducir dos reuniones comunales de todos los

pastores que remansan digresiva y equidistantemente el curso de la narración:

La extensa égloga («Salid de lo hondo del pecho cuitado»), representada por los pastores enumerados sobre un tablado tras el banquete nupcial de Daranio y Silveria, aporta el componente teatral a la novela —completando con ello los tres grandes géneros—, aunque tiene muy poco de acción dramática y mucho de simple recitación, pues está planteada más bien como certamen poético entre los cuatro participantes, centrado en determinar cuál de sus penas sentimentales es mayor (muerte, desdén, ausencia, celos; por ese orden), que luego será cabalmente evaluado por el docto Damón para sentenciarlo a favor de los celos —una de las grandes obsesiones cervantinas—, aunque no por ello carece de interés escénico el uso que se hace de las acotaciones internas, para ir dando paso a los distintos recitantes, ni la combinación de monólogo y diálogo para desarrollar la polémica, sin olvidar su rica polimetría, entre italianizante y castellana, que recurre incluso al verso de arte mayor. Por lo demás, la recitación escénica está perfectamente acoplada en las coordenadas narrativas de la historia marco: había sido anticipada al comenzar la relación de los invitados a las bodas con los cuatro recitantes, detallando ya sus respectivos padecimientos amorosos; se sitúa en el centro mismo del festejo nupcial —ante la comunidad pastoril entera—, supliendo así el vacío narrativo de unas bodas que realmente no se cuentan; se proyecta en el marco discursivo de la «sobremesa» pastoril generando la extensa digresión tratadística que Damón endilga para justificar su sentencia a favor de los celos («¡Oh celos, turbadores de la sosegada paz amorosa; celos, cuchillo de las más firmes esperanzas!»); etc. A ella le dedicaremos nuestro comentario de texto al final de este tomo.

El no menos extenso «Canto de Calíope» («Al dulce son de mi templada lira») también incorpora, en sus casi novecientos versos cabales, un componente nuevo, ahora de naturaleza histórico-literaria —en la línea del «Canto de Turia» incluido por Gil Polo en su *Diana enamorada*—, mucho más trascendente, desde todos los puntos de vista, y tan bien o mejor acoplado compositivamente en la totalidad de la novela, algunas de cuyas claves significativas nos da cifradas.

Como capítulo de historia literaria —entonado nada menos que por la musa Calíope—, entraña un catálogo laudatorio de cien ingenios españoles, todavía vivos y —más importante— dignos sucesores de los príncipes de la poesía (Homero, Virgilio, Dante, Petrarca, Ariosto, Garcilaso, Castillejo, Aldana, etc.), supuestamente enumerados sin orden ni concierto («no pienso guardar orden alguna […] Irélos nombrando como se me vinieren a la memoria») pero, realmente, agrupados en torno a unos cuantos ríos hispanos (Tajo, Betis, Darro, Tormes, Pisuerga, Ebro y Turia; sin olvidar a algunos nombres del «Nuevo Mundo» intercalados), tras haber sido precedidos por unos cuantos poetas soldados y verse epilogados, precisamente, por dos amigos de Cervantes: Pedro Laínez y Francisco de Figueroa; esto es, por DAMÓN y TIRSI… Así, una vez aceptada la erudición poética que la extensa nómina supone y reconocido el buen ojo crítico respecto a Góngora («En don LUIS DE GÓNGORA os ofrezco / un vivo raro ingenio sin segundo») o Lope de Vega («Muestra en un ingenio la experiencia / que en años verdes y en edad temprana / hace su habitación ansí la sciencia»), por ejemplo, se impone resaltar que el hiperbólico epílogo laudatorio final dedicado a Laínez-DAMÓN y a Figueroa-TIRSI («a dos soles que alumbran vuestra España», «satisfácese dellos todo el suelo, / y aun los admira, porque son del cielo») supone una maniobra —amiguismo elitista al margen— novelesca fascinante: supedita toda la

relación histórica de vates españoles vivos al genio poético de los dos personajes que, precisamente, han capitalizado la talla artística de las canciones incluidas, de modo que *La Galatea* termina enseñoreándose del panorama poético de la época.

Por lo que respecta a la integración, narrativa y semántica, del divino «Canto», su meticulosa elaboración es tan obvia como innegables los aciertos alcanzados: se justifica como consecuencia inmediata de las exequias celebradas por la comunidad pastoril en homenaje conmemorativo del sin par Meliso («en pago del beneficio que a las cenizas de mi querido y amado Meliso habéis hecho») —Diego Hurtado de Mendoza—, un ritual oficiado anualmente por un «antiguo sacerdote», Telesio, con una ceremoniosidad tan aparatosa como espiritualizada («tres veces dijo las piadosas plegarias»), en esta ocasión potenciada por la elegía fúnebre en tercetos que entonan Tirsi, Damón, Elicio y Lauso; se ubica en el «Valle de los Cipreses», el paraje más emblemático, mítico y sobrenatural de las riberas del Tajo, previamente «divinizadas» por Elicio («creeré que Dios, por la mesma razón que dicen que mora en los cielos, en esta parte haga lo más de su habitación»); se introduce por boca de Calíope —ya sabemos— en una «estraña visión» nocturna poco menos, o más, que milagrosa («de la mesma sepultura de Meliso se levantó un grande y maravilloso fuego, tan luciente y claro que en un momento todo el escuro valle quedó con tanta claridad como si el mesmo sol le alumbrara»); etc. Sólo faltaba que la sacra voz de Telesio cifrase los contenidos del «Canto» para descubrir, o ratificar, el sentido último de éste —la promoción personal, la exaltación castellanista, la proyección nacionalista…— y aun de toda *La Galatea:*

> Y no penséis que es pequeño el gusto que he rescibido en saber por tan verdadera relación cuán grande es el número de los divinos ingenios que en nuestra España hoy viven, porque siempre ha estado y está en opinión de todas las naciones estranjeras que no son muchos, sino pocos, los

espíritus que en la sciencia de la poesía en ella muestran que le tienen levantado, siendo tan al revés como se parece, pues cada uno de los que la ninfa ha nombrado al más agudo estranjero se aventaja, y darían claras muestras dello, si en esta nuestra España se estimase en tanto la poesía como en otras provincias se estima.

5. Opiniones sobre la obra

Texto

El camino, pues, que nos lleva al texto crítico ha de arrancar de la *princeps*, pero por fuerza ha de recorrer una a una, como estaciones de paso, las diferentes ediciones antiguas y las mejores de las modernas. En ese trayecto, el cotejo y la conjetura son las dos herramientas con que cuenta el editor para reconocer y solventar, cuando sea posible, los errores, patentes y latentes, que hayan podido deslizarse en la *princeps*, sea porque se cometieron en la imprenta, sea porque ya estaban en el apógrafo utilizado como original. Es cuestión, por tanto, de echar mano de las armas de la filología, tras ponerlas a punto con lo que hoy sabemos de los métodos de trabajo en la imprenta manual y sobre el estado de la lengua y la cultura literaria en tiempos de Cervantes. […] Pero el interés de esa práctica filológica no se limita a ofrecer soluciones para determinados *loci*, sino que también sirve como un indicativo de la variedad de males que aquejan al texto de *La Galatea* impreso por Gracián: errores de puntuación que afectan al sentido; sustitución de unos caracteres por otros; omisiones de diverso pelaje, incluyendo el salto de igual a igual; pasajes que parecen irremisiblemente deturpados, etc. Todo ello asociado alguna vez con posibles manipulaciones textuales cometidas por los cajistas a raíz de una mala cuenta del original.

(Miguel de Cervantes, *La Galatea,*
Juan Montero *et al.*, ed., Madrid, RAE, 2014, pp. 559-560)

Vida y obra

Recuperar el hilo de una existencia, más allá de las estampas consagradas por la posteridad: ese ha sido, desde hace dos siglos, el propósito mayor de cuantos han chocado en este enigma. […] Pero ¡cuántas oscuridades todavía! No sabemos nada, o casi nada, de los años de infancia y

adolescencia del escritor; en varias ocasiones, durante meses, incluso durante años, entre el final de sus comisiones andaluzas y su instalación definitiva en Madrid, perdemos su rastro. Ignoramos todo sobre las motivaciones subyacentes a la mayoría de sus decisiones: su partida para Italia; su embarque en las galeras de don Juan de Austria; su matrimonio con una joven veinte años menor que él; su abandono del domicilio conyugal, tras tres años de vida en común; su retorno a las letras, al término de un silencio de casi veinte años. Hemos perdido buen número de sus escritos; dudamos de la autenticidad de los que después le han sido atribuidos; en cuanto a los que conservamos y que constituyen su gloria, no tenemos más que indicaciones sucintas sobre su génesis. Los autógrafos que nos han llegado se reducen a actas notariales, apuntes de cuentas y dos o tres cartas. Finalmente, ninguno de sus presuntos retratos es digno de fe, empezando por el que aparece en la cubierta de este libro.

*(*Jean Canavaggio*, Cervantes. En busca del perfil perdido,* Madrid, Espasa-Calpe, 1992 [2.ª], pp. 9-10)

Vida pastoril

Porque lo primero, la vida pastoril es vida sossegada y apartada de los ruydos de las ciudades y de los vicios y deleytes dellas. Es innocente, assí por esto como por parte del tracto y grangería en que se emplea. Tiene sus deleytes, y tanto mayores quanto nascen de cosas más senzillas y más puras y más naturales: de la vista del cielo libre, de la pureza del ayre, de la figura del campo, del verdor de las yervas, y de la belleza de las rosas y de las flores. Las aves con su canto y las aguas con su frescura le deleitan y sirven.

[…]

Y a la verdad, los poetas antiguos, y quanto más antiguos tanto con mayor cuydado, atendieron mucho a huyr de lo lascivo y artificioso, de que está lleno el amor que en las ciudades se cría, que tiene poco de verdad y mucho de arte y de torpeza. Mas el pastoril, como tienen los pastores los ánimos senzillos y no contaminados con vicios, es puro y ordenado a buen fin; y como gozan del sossiego y libertad de negocios que les offrece la vida sola del campo, no aviendo en él cosa que los divierta, es muy bivo y agudo. Y ayúdales a ello también la vista desembaraçada, que de contino gozan, del cielo y de la tierra y de los demás elementos; que es ella en sí una imagen clara, o por mejor decir, una como escuela de amor puro y verdadero. Porque los demuestra a todos amistados entre sí y puestos en orden, y abraçados, como si dixéssemos, unos con otros, y concertados con armonía grandíssima, y respondiéndose a vezes y comunicándose sus virtudes, y passándose unos en otros, y ayuntándose y mezclándose todos, y con su mezcla y ayuntamiento

sacando de contino a luz y produziendo los frutos que hermosean el ayre y la tierra. Assí que los pastores son en esto aventajados a los otros hombres.

[…]

De manera que la vida del pastor es innocente y sossegada y deleytosa, y la condición de su estado es inclinada al amor, y su exercicio es governar dando pasto y acomodando su govierno a las condiciones particulares de cada uno, y siendo él solo para los que govierna todo lo que les es necessario, y endereçando siempre su obra a esto, que es hazer rebaño y grey.

(Fray Luis de León, *De los nombres de Cristo*,
C. Cuevas García, ed., Madrid, Cátedra, 1982 [3.ª],
pp. 221-224)

BERGANZA.—«Digo que todos los pensamientos que he dicho, y muchos más, me causaron ver los diferentes tratos y ejercicios que mis pastores, y todos los demás de aquella marina, tenían de aquellos que había oído leer que tenían los pastores de los libros; porque si los míos cantaban, no eran canciones acordadas y bien compuestas, sino un "Cata el lobo dó va, Juanica" y otras cosas semejantes; y esto no al son de chirumbelas, rabeles o gaitas, sino al que hacía el dar un cayado con otro o al de algunas tejuelas puestas entre los dedos; y no con voces delicadas, sonoras y admirables, sino con voces roncas, que, solas o juntas, parecía, no que cantaban, sino que gritaban o gruñían. Lo más del día se les pasaba espulgándose o remendando sus abarcas; ni entre ellos se nombraban Amarilis, Fílidas, Galateas y Dianas, ni había Lisardos, Lausos, Jacintos ni Riselos; todos eran Antones, Domingos, Pablos o Llorentes; por donde vine a entender lo que pienso que deben de creer todos: que todos aquellos libros son cosas soñadas y bien escritas para entretenimiento de los ociosos, y no verdad alguna; que, a serlo, entre mis pastores hubiera alguna reliquia de aquella felicísima vida, y de aquellos amenos prados, espaciosas selvas, sagrados montes, hermosos jardines, arroyos claros y cristalinas fuentes, y de aquellos tan honestos cuanto bien declarados requiebros, y de aquel desmayarse aquí el pastor, allí la pastora, acullá resonar la zampoña del uno, acá el caramillo del otro.»

(Miguel de Cervantes, *El coloquio de los perros*,
en *Obras completas II: Galatea, Novelas ejemplares,*
Persiles y Sigismunda, F. Sevilla Arroyo,
ed., Guanajuato [México], Museo Iconográfico
del Quijote, 2012, pp. 513ab)

Género

Y, pues comenzamos por *La Diana* de Montemayor, soy de parecer que no se queme, sino que se le quite todo aquello que trata de la sabia Felicia y de la agua encantada, y casi todos los versos mayores, y quédesele en hora buena la prosa, y la honra de ser primero en semejantes libros.

—Este que se sigue —dijo el barbero— es *La Diana* llamada *segunda del Salmantino*; y éste, otro que tiene el mesmo nombre, cuyo autor es Gil Polo.

—Pues la del Salmantino —respondió el cura—, acompañe y acreciente el número de los condenados al corral, y la de Gil Polo se guarde como si fuera del mesmo Apolo; y pase adelante, señor compadre, y démonos prisa, que se va haciendo tarde.

—Este libro es —dijo el barbero, abriendo otro— *Los diez libros de Fortuna de Amor*, compuestos por Antonio de Lofraso, poeta sardo.

—Por las órdenes que recebí —dijo el cura—, que, desde que Apolo fue Apolo, y las musas musas, y los poetas poetas, tan gracioso ni tan disparatado libro como ése no se ha compuesto, y que, por su camino, es el mejor y el más único de cuantos deste género han salido a la luz del mundo; y el que no le ha leído puede hacer cuenta que no ha leído jamás cosa de gusto. Dádmele acá, compadre, que precio más haberle hallado que si me dieran una sotana de raja de Florencia.

Púsole aparte con grandísimo gusto, y el barbero prosiguió diciendo:

—Estos que se siguen son *El Pastor de Iberia*, *Ninfas de Henares* y *Desengaños de celos*.

—Pues no hay más que hacer —dijo el cura—, sino entregarlos al brazo seglar del ama; y no se me pregunte el porqué, que sería nunca acabar.

—Este que viene es *El pastor de Fílida*.

—No es ése pastor —dijo el cura—, sino muy discreto cortesano; guárdese como joya preciosa.

[…]

Pero, ¿qué libro es ese que está junto a él?

—*La Galatea*, de Miguel de Cervantes —dijo el barbero.

—Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invención; propone algo, y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte que promete; quizá con la emienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega; y, entre tanto que esto se ve, tenedle recluso en vuestra posada, señor compadre.

(Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*,
F. Sevilla Arroyo, ed., Madrid, Alianza Editorial, 2014,
vol. I, pp. 184-187)

Los protagonistas de estos relatos son, en general, pastores, aunque no falten personajes procedentes de otros lugares, incorporados a la acción de forma escalonada, que viven en un tiempo inconcreto, en la búsqueda del inolvidable ideal del Siglo de Oro, que tan pronto rememora la antigüedad pagana como participa de la religiosidad áurea, y que habitan en una geografía campestre, dominada por una Naturaleza idealizada, ejemplificada en el *locus amoenus*, y compartida mediante el canto amebeo, suscitando el debate entre el menosprecio de la corte y la alabanza de la aldea; estos pastores sienten el amor como una experiencia dolorosa, apesadumbrados entre los recuerdos de la amada y el olvido del que son víctimas, por el empeño de la contraria Fortuna, personajes cotillas, víctimas del sueño más predestinado o reparador, que se intercambian prendas, se comunican su pasión a través de las cartas, y no dudan en recurrir a la música para expresar su dolorido sentir, propiciando la alternancia de la prosa y el verso, la inclusión de extensos monólogos, o la presencia de continuas digresiones, que convierten los relatos en auténticos tratados de cortesanía, consecuencia del hibridismo literario que los domina, y dirigidos a un auditorio cortesano bajo el disfraz pastoril que les otorga la distinción de «novelas en clave», que concluyen con un final abierto.

(Miguel Ángel Teijeiro Fuentes, «La novela pastoril,
cauce del idealismo narrativo», en *De los caballeros andantes
a los peregrinos enamorados. La novela española
en el Siglo de Oro*, M. Á. Teijeiro Fuentes
y J. Guijarro Ceballos, eds., Cáceres, Eneida, 2007,
pp. 177-228; la cita en 177)

Composición y significado

Pero conviene poner las afirmaciones precedentes en una doble perspectiva que nos dará la medida del logro efectivo de la *Galatea*. Colocada en la tradición pastoril es de una novedad absoluta, que renueva el material de acarreo, al mismo tiempo que novela con aspectos de una realidad vedada por los cánones. Dentro de la imponente perspectiva de las obras cervantinas, la *Galatea* acusa muchas características que pasarán más adelante a la historia literaria como marcas indelebles del arte novelístico de su autor. Pero la intención de recrear una realidad integral, por encima de la circulante en las letras de su tiempo, queda fallida, pues el esfuerzo es prematuro. La armonía del cosmos poetizable no se logra, y a lo más que se llega es a adosar opuestos. Hay demasiada literatura para que esto pueda ser vida, y un exceso de vida que la aleja del idealismo

del género. Mas lo que se debe tener muy en cuenta es que la *Galatea* plantea en forma cabal el problema de Vida y Literatura. Esta respuesta ha fallado, pero ya habrá otras, a cuya intelección recta ayudará la buena lectura de su primera novela.

(Juan Bautista Avalle-Arce, *La novela pastoril española*,
Madrid, Istmo, 1974 [2.ª], pp. 247)

La *Galatea* está plagada de imágenes que siguen el viejo esquema alegórico de la peregrinación amorosa. El tópico de la *peregrinatio*, tan importante en el *Quijote* y en *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, aparece también en la novela pastoril que recoge, aparte de la *religio amoris*, la tradición del solitario, el ermitaño, el enfermo, el loco, el maestro y el peregrino de amores. Los viajes emprendidos, los cambios de destino, las aventuras insertadas, características del que busca los cambios de localización, y el caminar y desplazarse de los pastores ofrecen, en su peregrinar largo o cotidiano, cambios al estatismo del solitario que recita el catálogo de sus sufrimientos y desdichas. El hecho de que a cada lugar se le asigne un destino hace que los protagonistas busquen en cada momento el espacio propicio según su estado de ánimo. El monólogo o el diálogo requieren también distintas ambientaciones. Hay así dos modos de encuadrar el discurso: uno estático —sea *locus amoenus*, floresta, bosque, lugar maravilloso, jardín, ermita o choza en la aldea— y otro dinámico, que se comprende en el caminar, con un itinerario limitado, al principio del cual se inicia el recuento y éste acaba cuando se llega al lugar previsto. […]

El peso de todos los conceptos que organizan la materia amorosa y la encaminan por los senderos de los conocidos tópicos es tan fuerte que no creo deba ser desestimado o minusvalorado a la hora de analizar la obra cervantina. […] La obra cervantina se nutre de elementos de la novela sentimental y de la novela bizantina, del diálogo renacentista y de la égloga poética y dramática, del cancionero tradicional y de la poesía italiana, del debate académico y el cuento folklórico, entre otros, pero descuella por haber sabido enriquecer y ampliar los modelos anteriores desde la *Diana*, en acabada perfección que no hay por qué juzgar desde la perspectiva del *Quijote* o de la novela picaresca. *La Galatea* —valga la expresión— si buena, porque pastoril.

(Aurora Egido, «Topografía y cronografía en
La Galatea», en *Lecciones cervantinas*, A. Egido, coord.,
Zaragoza, Caja de Ahorros, 1985, pp. 51-93;
la cita en 74 y 80-81)

Por tanto, a la vista de los acontecimientos, la estructura de *La Galatea*, desde nuestro punto de vista, es totalmente asimétrica, a pesar de estar dividida en dos partes. A saber: 1) Los cinco primeros libros por un lado, donde se desarrollan por completo las cuatro novelas insertadas y cuya

función no es sino romper la bucólica tradicional con la entrada y posterior igualación de lo particular histórico en lo universal poético, que, además, conlleva un aprendizaje en nuestros pastores al entrar en contacto con personajes no idealizados, capaces de lo mejor, como Silerio, y de lo peor, como Artandro, Leonarda, Carino, y, especialmente, Crisalvo, asesino de su propia hermana, y al poder presenciar los distintos casos de amor que se representan en cada una de las interpolaciones. 2) Por otro, el sexto y último de la obra, donde ya no hay espacio para la historias intercaladas, ya que su función ha dejado de ser pertinente, debido a que nuestros pastores ya están adoctrinados y se encuentran en el seno de la más pura realidad, esto es, han dejado de pertenecer al idealizado mundo de la bucólica tradicional, como se infiere de la resolución, más que probable, violenta, que han determinado tomar para impedir el casamiento de Galatea con el rico pastor lusitano. Por otra parte, en este libro VI, se produce el hermanamiento definitivo entre los pastores del Tajo y del Henares, como podemos colegir del Canto de Calíope y por el casamiento de Galatea.

(Juan Ramón Muñoz Sánchez, «Hacia una nueva visión
de la estructura de *La Galatea*», Epos, XIX (2003),
pp. 89-101, la cita en 97-98)

Los pastores del Tajo y del Henares, los pastores castellanos, dejan de ser meros pastores convencionales y pacíficos para pasar a la acción violenta, si llegara el caso, con lo cual su nacionalismo se pone por encima de su pastorilismo, que se quiebra ante las presiones irrefrenables de aquél. La ruptura del mundo arcádico y dorado de la bucólica es ya definitiva, a causa de la irrupción dentro de él de la realidad más ingrata y dura, concretada en las presiones de la soberanía política, de la autoridad paterna y del poder del dinero. La reacción nacionalista es lógica, desde los parámetros de la realidad coetánea castellana, que se siente postergada por la primacía de Portugal, por las prebendas que se concedieron a los portugueses para facilitar la incorporación de su reino, antes reservadas para los castellanos: así, en todo caso, quiere verlo Cervantes, quizá por los agravios personales que padeció, a causa del desdén y la ingratitud con que fueron ignorados sus muchos méritos y padecimientos en defensa de la patria, para él consecuencia directa de la anexión de Portugal y de la prioridad excesiva concedida a ella, que postergó cualquier otro reconocimiento, al menos el suyo. Los castellanos del Tajo-Henares, en todo caso, no dejarán que un forastero portugués les haga «notorio agravio» y les despoje del más representativo símbolo de su identidad nacional, de Galatea, aunque para ello tengan que renunciar a su paz bucólica y aquietada. La cuestión, tal y como se plantea, afecta a la prioridad de Castilla y a la defensa de sus derechos contra Portugal. De ahí que las riberas del Tajo, sin dejar de ser pastoriles, reaviven su nacionalismo. Desde esta óptica, la clave real y realista de esta novela

pastoril era imprescindible para que el castellanismo tuviera sentido pleno de identidad nacional sin dejar de ser, al mismo tiempo, un nacionalismo poético.

(Antonio Rey Hazas, *«Galatea, La»*,
en *Gran Enciclopedia Cervantina*. *V: entremés - García de Arrieta*, A., C. Alvar, dir., F. Sevilla Arroyo, coord., Madrid, CEC-Castalia, 2008, pp. 5061b-5083b; la cita en 5081b-5082a)

Estilo y lengua

Cervantes fija, pocas líneas antes, en el mismo prólogo, un breve decálogo de normas expresivas —un ideal de estilo— adecuado a la literatura pastoril en lengua castellana. Este ideal se cifra en la consecución del «artificio de la elocuencia» por parte de todo poeta que en el futuro quiera tratar de «empresas más altas y de mayor importancia» (esto es, elevar el castellano a la épica y a la Historia); mientras, el ejercicio de la poesía (pastoril) debe permitirle alcanzar ciertas cualidades («facilidad y dulzura», «gravedad y elocuencia») necesarias para mostrar los «conceptos agudos, greves, sotiles y levantados» connaturales al genio español.

[…]

En el caso de la materia bucólica, en concreto, el estilo *humilis* prescrito en la Antigüedad para las églogas de Virgilio, ya se había visto sustituido por el estilo mixto o medio en la *Arcadia* de Sannazaro, de manera que Cervantes no tuvo más que colocarse en esa estela de una expresividad sencilla y natural, a la vez que elegante; inevitablemente artificial por los requerimientos de su función oratoria, y sin embargo refractaria a los aderezos de un *ornatus* excesivamente recargado.

(Miguel de Cervantes, *La Galatea*,
Juan Montero et al., ed., Madrid, RAE, 2014, pp. 532-533)

6. Bibliografía esencial

Ediciones

—*Primera parte de La Galatea, dividida en seis libros,* Alcalá, Juan Gracián, 1585 (BNE: Cerv. 2538 y Cerv. 1255).

—Avalle-Arce, Juan Bautista, Madrid, Espasa-Calpe, 1987.

—López Estrada, Francisco y López García-Berdoy, María Teresa, Madrid, Cátedra, 1995.

—Montero, Juan *et al.*, Madrid, RAE, 2014.

—Schevill, Rudolph y Bonilla, Adolfo, Madrid, Impr. de Bernardo Rodríguez, 1914 (2 vols.).

—Sevilla Arroyo, Florencio, México, Museo Iconográfico del Quijote, 2012 (*Obras completas II*, pp. 5-207).

— y Rey Hazas, Antonio, Alcalá de Henares, CEC, 1994 (*Obra completa*, II, pp. 9-411 y vol. 1 de la *Obra completa*, Madrid, Alianza Editorial, 1996).

Estudios

—Avalle-Arce, Juan Bautista, *La novela pastoril española*, Madrid, Istmo, 1974 (2.ª).

—, ed., *«La Galatea» de Cervantes cuatrocientos años después (Cervantes y lo pastoril)*, Newark, Delaware, Juan de la Cuesta, 1985.

—CANAVAGGIO, Jean, *Cervantes. En busca del perfil perdido,* trad. de M. Armiño, Madrid, Espasa-Calpe, 1992 (2.ª).

—CASALDUERO, Joaquín, «*La Galatea*», en *Suma cervantina*, ed. de J. B. Avalle-Arce y E. C. Riley, Londres, Tamesis, 1973, pp. 27-46.

—CASTILLO MARTÍNEZ, Cristina, ed., *Antología de libros de pastores*, Madrid, Centro de Estudios Cervantinos, 2005.

—CASTRO, Américo, *El pensamiento de Cervantes,* nueva ed. con notas de J. Rodríguez Puértolas, Barcelona-Madrid, Noguer, 1980 (2.ª).

—EGIDO, Aurora, «Topografía y cronografía en *La Galatea*», en *Lecciones cervantinas*, Zaragoza, Caja de Ahorros, 1985, pp. 51-93.

—LÓPEZ ESTRADA, Francisco, *La «Galatea» de Cervantes. Estudio crítico*, La Laguna, Universidad de La Laguna, 1948.

—, *Los libros de pastores en la literatura española. La órbita previa*, Madrid, Gredos, 1974.

—MUÑOZ SÁNCHEZ, Juan Ramón, «Hacia una nueva visión de la estructura de *La Galatea*», *Epos*, XIX (2003), pp. 89-101.

—REY HAZAS, Antonio, «Cervantes frente a Felipe II: pastores y cautivos contra la anexión de Portugal», *Príncipe de Viana*, XVIII (2000), pp. 239-260.

—, «*Galatea, La*», en *Gran Enciclopedia Cervantina. V: entremés - García de Arrieta, A.*, dir. C. Alvar, coord. F. Sevilla Arroyo, Madrid, CEC-Castalia, 2008, pp. 5061b-5083b.

—Teijeiro Fuentes, Miguel Ángel, «La novela pastoril, cauce del idealismo narrativo», en *De los caballeros andantes a los peregrinos enamorados. La novela española en el Siglo de Oro*, eds. M. Á. Teijeiro Fuentes y J. Guijarro Ceballos, Cáceres, Eneida, 2007.

—Trabado Cabado, José Manuel, *Poética y pragmática del discurso lírico. El cancionero pastoril de «La Galatea»*, Madrid, CSIC, 2000.

—Trambaioli, Marcela, «La utilización de las funciones poéticas en *La Galatea*», *Anales Cervantinos*, XXXI (1993), pp. 51-73.

7. La edición

La presente edición de *La Galatea* no responde a otro objetivo crítico, ni entraña mayor ambición ecdótica, que ofrecerle al lector un texto absolutamente fiable de la primera novela cervantina, exento de los abusos correctistas —supuestamente académicos— a los que se vienen sometiendo los originales de nuestro autor en los últimos tiempos. Por eso, partimos directamente de la edición príncipe, salida de las prensas alcalaínas de Juan Gracián en 1585 —que hemos manejado a través de los ejemplares Cerv. 2538 y Cerv. 1255 de la BNE—, para ofrecer una transcripción esencialmente respetuosa con sus lecturas, previa revisión crítica, aunque no incluida aquí, de la tradición textual y de las ediciones más autorizadas

(Schevill y Bonilla, Avalle-Arce, López Estrada y López García-Berdoy, Montero, etc.).

De resultas, le ofrecemos al lector un texto depurado filológicamente durante muchos años de investigación y transcrito de acuerdo con los criterios de modernización propios de este tipo de ediciones: actualización de lo ortográfico sin valor fónico, de la puntuación, de los signos suprasegmentales, del empleo de mayúsculas, de la división en párrafos…, pero respetando cuantas peculiaridades (léxicas, morfológicas, sintácticas, fónicas…) son propias del español del Siglo de Oro.

En la anotación hemos rehuido todo exhibicionismo bibliográfico y erudito, en beneficio de la funcionalidad explicativa, procurando abarcar los aspectos más sobresalientes de la novela: modelos asumidos, tópicos repetidos, pasajes oscuros, autores citados, etc.

Primera parte de *La Galatea*, dividida en seis libros

[Tasa][1]

Yo, Miguel de Ondarza Zavala, escribano de cámara de Su Majestad, de los que residen en el su Consejo, doy fe que, habiéndose visto por los dichos señores del Consejo un libro que con privilegio real imprimió Miguel de Cervantes, intitulado *Los seis libros de Galatea,*[2] *tasaron a tres maravedís*[3] *el pliego escripto en molde,*[4] para que sin pena alguna se pueda vender. Y mandaron que esta tasa se ponga al principio de cada volumen de los que ansí fueren impresos, para que no se exceda dello; y, en fe dello, lo firmé de mi nombre. Fecha en Madrid, a trece días del mes de marzo de mil y quinientos y ochenta y cinco años.

Miguel de Ondarza Zavala

Erratas

Folio 2, página 2, línea 1: la desdeñaba, *le desdeñaba*; folio 3, página 1, línea 8: tal mala, *tan mala;* folio 20, página 2, línea 9: acababan, *acababa;* folio 25, página 1, línea 14: sus a padres, *a sus padres;* folio 29, página 2, línea 15: esfogado, *desfogado;* folio 69, página 2, línea última: por toda, *por todo;* folio 90, página 1, línea penúltima: valla, *allá;* folio 90, página 2, línea 10: ne se diese, *no se diese;* folio 93, página 2, línea 5: que tan doloroso, *que en tan doloroso;* folio 98, página 2, línea 1: no da la luz, *no da luz;* folio 105, página 2, línea 18: se hallase, *me hallase;* folio 107,

página 1, línea 2: acordara, *acobardara;* folio 119, página 1, línea 11: ePro, *Pero;* folio 138, página 1, línea penúltima: no pudo, *no puedo;* folio 144, página 1, línea 4: tierra, *tierna;* folio 147, página 1, línea 2: flor tierra, *flor tierna;* folio 203, página 2, línea 22: derriban, *derivan;* folio 214, página 1, línea 13: deleitar, *dilatar;* folio 219, página 1, línea 4: alegar, *alegra;* folio 221, página 1, línea 5: creer que, *creer lo que;* folio 223, página 1, línea 14*;* es gusto, *es justo;* folio 229, página 1, línea 17: al te adora, *al que te adora;* folio 262, página 2, línea 8: ímpelu, *ímpetu;* folio 278, página 1, línea 19: valeroso amo, *valeroso ánimo;* folio 330, página 2, línea 2: Y así, *Y si;* folio 335, página 1, línea 2: León el que, *León es el que;* folio 339, página 1, línea 10: Romero, *Romeo;* folio 343, página 1, línea 14: sin las obras, *sin las sombras;* folio 344, página 1, línea 16: un fin hermoso, *si un fin hermoso;* folio 354, página 2, línea 5: desechas, *endechas;* folio 355, página 1, tras el verso 5: *di este, anchas, cortas y extendidas;* folio 362, página 2, línea 1: ardiente, *ardientes;* folio 193, página 1, línea 13: después que dice el oro, el brocado, diga *que sobre nuestros cuerpos echamos. Como,* &c.

Yo, el licenciado Várez de Castro, corrector por Su Majestad en esta Universidad de Alcalá, vi este libro, intitulado *Primera parte de la Galatea,* y le hallé bien impreso conforme a su original, sacadas las erratas arriba dichas; y por la verdad, di ésta, firmada de mi nombre. Fecha hoy, postrero de febrero de ochenta y cinco años.

El licenciado Várez de Castro

[Aprobación]

Por mandado de los señores del Real Consejo, he visto este libro, intitulado *Los seis libros de Galatea,* y lo que me parece es que se puede y debe imprimir, atento a ser tratado apacible y de mucho ingenio, sin perjuicio de nadie, así la prosa como el verso; antes, por ser libro provechoso, de muy casto estilo, buen romance y galana invención, sin tener cosa malsonante, deshonesta ni contraria a buenas costumbres, se le puede dar al autor, en premio de su trabajo, el privilegio y licencia que pide. Fecha en Madrid, a primero de febrero de MDLXXXIIII.

Lucas Gracián de Antisco[5]

El rey

Por cuanto por parte de vos, Miguel de Cervantes, estante en nuestra Corte, nos ha sido hecha relación que vos habíades compuesto un libro intitulado *Galatea,* en verso y en prosa castellano, y que os había costado mucho trabajo y estudio, por ser obra de mucho ingenio, suplicándonos os mandásemos dar licencia para lo poder imprimir, y privilegio por doce años, o como la nuestra merced fuese; lo cual visto por los del nuestro Consejo, y como por su mandado se hizo en el dicho libro la diligencia que la pregmática[6] por nos ahora nuevamente hecha sobre ello dispone, fue acordado que debíamos mandar dar esta nuestra cédula para vos en la dicha razón, e nos tuvímoslo por bien, por lo cual vos damos licencia y facultad para que, por tiempo de diez años primeros siguientes, que corren y se cuentan desde el día de la data della, vos, o la persona que vuestro poder hubiere, podáis imprimir y vender el dicho libro, que desuso[7] se hace mención, en estos nuestros reinos. Y por la presente damos licencia y

facultad a cualquier impresor dellos que vos nombráredes para que por esta vez le pueda imprimir por el original que en el nue[stro] Consejo se vio, que van rubricadas las planas y firmado al fin dél de Miguel de Ondarza Zavala, nuestro escribano de Cámara de los que en el nuestro Consejo residen; y con que, antes que se venda, le traigáis al nuestro Consejo, juntamente con el original, para que se vea si la dicha impresión está conforme a él, o trayáis fe en pública forma en[8] cómo por el corretor nombrado por nuestro mandado se vio y corrigió la dicha impresión con el original, y se imprimió conforme a él, y quedan asimismo impresas las erratas por él apuntadas para cada un libro de los que así fueren impresos; y tase el precio que por cada volumen hubiéredes de haber, so pena de caer e incurrir en las penas contenidas en la dicha pregmática y leyes de nuestros reinos. Y mandamos que, durante el dicho tiempo, persona alguna, sin vuestra licencia, no lo pueda imprimir, so pena que el que le imprimiere o vendiere en estos nuestros reinos haya perdido y pierda todos y cualesquier libros y moldes que dél tuviere y vendiere; y más, incurra en pena de cincuenta mil maravedís: la tercera parte para el denunciador, y la otra tercera parte para la nuestra Cámara, y la otra tercera parte para el juez que lo sentenciare. Y mandamos a los del nuestro Consejo, presidentes, oidores de las nuestras audiencias, alcaldes, alguaciles de la nuestra Casa y Corte y chancillerías, y a todos los corregidores, asistentes, gobernadores, alcaldes mayores y ordinarios, y otros jueces y justicias cualesquier de todas las ciudades, villas y lugares de nuestros reinos y señoríos, así a los que ahora son como los que serán de aquí adelante, que vos guarden y cumplan esta cédula y merced que así vos hacemos, y contra el tenor y forma della no vayan ni pasen en manera alguna, so pena de la nuestra merced y de diez mil maravedís para la nuestra Cámara. Fecha en Madrid, a XXII días del mes de febrero de mil y quinientos y ochenta y cuatro años.

YO, EL REY.

Por mandado de Su Majestad,
Antonio de Eraso[9]

DEDICATORIA

AL ILUSTRÍSIMO SEÑOR ASCANIO COLONA,[10]

ABAD DE SANCTA SOFÍA

Ha podido tanto conmigo el valor de V. S. Ilust[r]ísima, que me ha quitado el miedo que, con razón, debiera tener en osar ofrescerle estas primicias de mi corto ingenio. Mas, considerando que el estremado de V. S. Ilustrísima no sólo vino a España para ilustrar las mejores universidades della, sino también para ser norte por donde se encaminen los que alguna virtuosa sciencia profesan, especialmente los que en la de la poesía[11] se ejercitan, no he querido perder la ocasión de seguir esta guía, pues sé que en ella y por ella todos hallan seguro puerto y favorable acogimiento. Hágale V. S. Ilustrísima bueno[12] a mi deseo, el cual envío delante, para dar algún ser a este mi pequeño servicio. Y si por esto no lo meresciere, merézcalo, a lo menos, por haber seguido algunos años las vencedoras banderas de aquel sol de la milicia que ayer nos quitó el cielo delante de los ojos, pero no de la memoria de aquellos que procuran tenerla de cosas dignas della, que fue el Excelentísimo padre[13] de V. S. Ilustrísima. Juntando a esto el efecto de reverencia que hacían en mi ánimo las cosas que, como en profecía, oí muchas veces decir de V. S. Ilustrísima al cardenal de Aquaviva,[14] siendo

yo su camarero en Roma, las cuales ahora no sólo las veo cumplidas, sino todo el mundo que goza de la virtud, cristiandad, magnificiencia y bondad de V. S. Ilustrísima, con que da cada día señales de la clara y generosa estirpe do[15] deciende, la cual en antigüedad compite con el principio y príncipes de la grandeza romana, y en las virtudes y heroicas obras con la mesma virtud y más encumbradas hazañas, como nos lo certifican mil verdaderas historias, llenas de los famosos hechos del tronco y ramos de la real casa Colona, debajo de cuya fuerza y sitio yo me pongo ahora, para hacer escudo a los murmuradores que ninguna cosa perdonan; aunque si V. S. Ilustrísima perdona este mi atrevimiento, ni tendré qué temer, ni más que desear, sino que Nuestro Señor guarde la Ilustrísima persona de V. S. con el acrescentamiento de dignidad y estado que sus servidores deseamos.

Ilustrísimo Señor, B. L. M. de V. S.

Su mayor servidor,

Miguel de Cervantes Saavedra

CURIOSOS LECTORES[16]

S. [17]

La ocupación de escrebir églogas[18] en tiempo que, en general, la poesía[19] anda tan desfavorescida, bien recelo que no será tenido por ejercicio tan loable que no sea necesario dar alguna particular satisfación a los que, siguiendo el diverso gusto de su inclinación natural, todo lo que es diferente dél estiman por trabajo y tiempo perdido. Mas, pues a ninguno toca satisfacer a ingenios que se encierran en términos tan limitados, sólo quiero responder a los que, libres de pasión, con mayor fundamento se

mueven a no admitir las diferencias de la poesía vulgar, creyendo que los que en esta edad tratan della se mueven[20] a publicar sus escriptos con ligera consideración, llevados de la fuerza que la pasión de las composiciones proprias suele tener en los autores dellas; para lo cual puedo alegar de mi parte la inclinación que a la poesía siempre he tenido y la edad, que, habiendo apenas salido de los límites de la juventud,[21] parece que da licencia a semejantes ocupaciones. De más de que[22] no puede negarse que los estudios desta facultad (en el pasado tiempo, con razón, tan estimada) traen consigo más que medianos provechos, como son enriquecer el poeta, considerando su propria lengua,[23] y enseñorearse del artificio de la elocuencia que en ella cabe, para empresas más altas y de mayor importancia, y abrir camino para que, a su imitación, los ánimos estrechos, que en la brevedad del lenguaje antiguo quieren que se acabe la abundancia de la lengua castellana, entiendan que tienen campo abierto, fértil y espacioso, por el cual, con facilidad y dulzura, con gravedad y elocuencia, pueden correr con libertad, descubriendo la diversidad de conceptos agudos, graves, sotiles y levantados[24] que en la fertilidad de los ingenios españoles la favorable influencia del cielo con tal ventaja en diversas partes ha producido, y cada hora produce en la edad dichosa nuestra, de lo cual puedo ser yo cierto testigo, que conozco algunos que, con justo derecho, y sin el empacho que yo llevo, pudieran pasar con seguridad carrera tan peligrosa.

Mas son tan ordinarias y tan diferentes las humanas dificultades, y tan varios los fines y las acciones, que unos, con deseo de gloria,[25] se aventuran; otros, con temor de infamia, no se atreven a publicar lo que, una vez descubierto, ha de sufrir el juicio del vulgo, peligroso y casi siempre engañado.[26] Yo, no porque tenga razón para ser confiado, he dado muestras de atrevido en la publicación deste libro, sino porque no sabría determinarme destos dos inconvinientes cuál sea el mayor: o el de quien

con ligereza, deseando comunicar el talento que del cielo ha rescibido, temprano se aventura a ofrescer los frutos de su ingenio a su patria[27] y amigos, o el que, de puro escrupuloso, perezoso y tardío, jamás acabando de contentarse de lo que hace y entiende, tiniendo sólo por acertado lo que no alcanza, nunca se determina a descubrir y comunicar sus escriptos. De manera que, así como la osadía y confianza del uno podría condemnarse por la licencia demasiada, que con seguridad se concede, asimesmo el recelo y la tardanza del otro es vicioso, pues tarde o nunca aprovecha con el fruto de su ingenio y estudio a los que esperan y desean ayudas y ejemplos semejantes para pasar adelante en sus ejercicios.

Huyendo destos dos inconvinientes, no he publicado antes de ahora este libro, ni tampoco quise tenerle para mí solo más tiempo guardado, pues para más que para mi gusto solo le compuso mi entendimiento. Bien sé lo que suele condemnarse exceder nadie en la materia del estilo que debe guardarse en ella, pues el príncipe de la poesía latina[28] fue calumniado en alguna de sus églogas por haberse levantado más que en las otras; y así, no temeré mucho que alguno condemne haber mezclado razones de filosofía entre algunas amorosas de pastores, que pocas veces se levantan a más que a tratar cosas del campo, y esto con su acostumbrada llaneza. Mas, advirtiendo, como en el discurso de la obra alguna vez se hace, que muchos de los disfrazados pastores[29] della lo eran sólo en el hábito, queda llana esta objectión. Las demás que en la invención y en la disposición se pudieren poner,[30] discúlpelas la intención segura del que leyere, como lo hará siendo discreto, y la voluntad del autor, que fue de agradar, haciendo en esto lo que pudo y alcanzó; que, ya que en esta parte la obra no responda a su deseo, otras ofresce[31] para adelante de más gusto y de mayor artificio.

De Luis Gálvez de Montalvo[32] al autor

Soneto

Mientra[33] del yugo sarracino anduvo
tu cuello preso y tu cerviz domada,
y allí tu alma, al de la fe amarrada,
a más rigor, mayor firmeza tuvo,
gozóse el cielo; mas la tierra estuvo
casi viuda sin ti, y, desamparada
de nuestras musas, la real morada
tristeza, llanto, soledad mantuvo.
Pero después que diste al patrio suelo
tu alma sana y tu garganta suelta
dentre las fuerzas bárbaras confusas,
descubre claro tu valor el cielo,
gózase el mundo en tu felice vuelta
y cobra España las perdidas musas.

De don Luis de Vargas Manrique[34]

Soneto

Hicieron muestra en vos de su grandeza,

gran Cervantes, los dioses celestiales,
y, cual primera, dones inmortales
sin tasa os repartió naturaleza.
Jove[35] su rayo os dio, que es la viveza
de palabras que mueven pedernales;
Dïana, en exceder a los mortales
en castidad de estilo con pureza;
Mercurio, las historias marañadas;
Marte, el fuerte vigor que el brazo os mueve;
Cupido y Venus, todos sus amores;
Apolo, las canciones concertadas;
su sciencia, las hermanas todas nueve;[36]
y, al fin, el dios silvestre,[37] sus pastores.

De López Maldonado[38]

Soneto

Salen del mar, y vuelven a sus senos,
después de una veloz, larga carrera,
como a su madre universal primera,
los hijos della largo tiempo ajenos.
Con su partida no la hacen menos,
ni con su vuelta más soberbia y fiera,
porque tiene, quedándose ella entera,
de su humor siempre sus estanques llenos.
La mar sois vos, ¡oh Galatea estremada!,

los ríos, los loores, premio y fruto
con que ensalzáis la más ilustre vida.
Por más que deis, jamás seréis menguada,
y menos cuando os den todos tributo,
con él vendréis a veros más crescida.

PRIMERO LIBRO DE *GALATEA*

Mientras que al triste, lamentable[39] acento
del mal acorde[40] son del canto mío,
en eco amarga[41] de cansado aliento,
responde el monte, el prado, el llano, el río,
demos al sordo y presuroso viento
las quejas que del pecho ardiente y frío
salen a mi pesar, pidiendo en vano
ayuda al río, al monte, al prado, al llano.

Crece el humor[42] de mis cansados ojos
las aguas deste río, y deste prado
las variadas flores son abrojos
y espinas que en el alma s'han entrado.
No escucha el alto monte mis enojos,
y el llano de escucharlos se ha cansado;
y así, un pequeño alivio al dolor mío
no hallo[43] en monte, en llano, en prado, en río.

Creí que el fuego que en el alma enciende
el niño alado,[44] el lazo con que aprieta,
la red sotil con que a los dioses prende
y la furia y rigor de su saeta,
que así ofendiera como a mí me ofende
al subjeto sin par que me subjeta;
mas contra un alma que es de mármol hecha,

la red no puede, el fuego, el lazo y flecha.
Yo sí que al fuego me consumo y quemo,
y al lazo pongo humilde la garganta,
y a la red invisible poco temo,
y el rigor de la flecha no me espanta.
Por esto soy llegado a tal estremo,
a tanto daño, a desventura tanta,
que tengo por mi gloria y mi sosiego
la saeta, la red, el lazo, el fuego.

Esto cantaba Elicio, pastor en las riberas de Tajo,[45] con quien naturaleza se mostró tan liberal, cuanto la fortuna y el amor escasos, aunque los discursos del tiempo, consumidor y renovador de las humanas obras, le trujeron a términos que tuvo por dichosos los infinitos y desdichados en que se había visto, y en los que su deseo le había puesto, por la incomparable belleza de la sin par Galatea, pastora en las mesmas riberas nacida; y, aunque en el pastoral y rústico ejercicio criada, fue de tan alto y subido[46] entendimiento, que las discretas damas, en los reales palacios crescidas y al discreto tracto de la Corte acostumbradas, se tuvieran por dichosas de parescerla en algo, así en la discreción como en la hermosura. Por los infinitos y ricos dones con que el cielo a Galatea había adornado, fue querida, y con entrañable ahínco amada, de muchos pastores y ganaderos que por las riberas de Tajo su ganado apascentaban; entre los cuales se atrevió a quererla el gallardo Elicio, con tan puro y sincero amor cuanto la virtud y honestidad de Galatea permitía.

De Galatea no se entiende que aborresciese a Elicio, ni menos que le amase; porque a veces, casi como convencida y obligada a los muchos servicios de Elicio, con algún honesto favor le subía al cielo; y otras veces,

sin tener cuenta con esto, de tal manera le desdeñaba que el enamorado pastor la suerte de su estado[47] apenas conoscía. No eran las buenas partes y virtudes de Elicio para aborrecerse, ni la hermosura, gracia y bondad de Galatea para no amarse. Por lo uno, Galatea no desechaba de todo punto a Elicio; por lo otro, Elicio no podía, ni debía, ni quería olvidar a Galatea. Parescíale a Galatea que, pues Elicio con tanto miramiento de su honra la amaba, que sería demasiada ingratitud no pagarle con algún honesto favor sus honestos pensamientos. Imaginábase Elicio que, pues Galatea no desdeñaba sus servicios, que tendrían buen suceso[48] sus deseos. Y cuando estas imaginaciones le aviva [ba]n la esperanza, hallábase tan contento y atrevido, que mil veces quiso descubrir a Galatea lo que con tanta dificultad encubría. Pero la discreción de Galatea conoscía bien, en los movimientos del rostro, lo que Elicio en el alma traía; y tal el suyo mostraba, que al enamorado pastor se le helaban las palabras en la boca, y quedábase solamente con el gusto de aquel primer movimiento, por parescerle que a la honestidad de Galatea se le hacía agravio en tratarle de cosas que en alguna manera pudiesen tener sombra de[49] no ser tan honestas que la misma honestidad en ella[s] se transformase.

Con estos altibajos de su vida, la pasaba el pastor tan mala que a veces tuviera por bien el mal de perderla, a trueco de no sentir el que le causaba no acabarla. Y así, un día, puesta la consideración en la variedad de sus pensamientos, hallándose en medio de un deleitoso prado, convidado de la soledad y del murmurio[50] de un deleitoso arroyuelo que por el llano corría, sacando de su zurrón un polido rabel,[51] al son del cual sus querellas con el cielo cantando comunicaba, con voz en estremo buena, cantó los siguientes versos:

Amoroso pensamiento,

si te precias de ser mío,
camina con tan buen tiento
que ni te humille el desvío
ni ensoberbezca el contento.
Ten un medio —si se acierta
a tenerse en tal porfía—:
no huyas el alegría,
ni menos cierres la puerta
al llanto que amor envía.

Si quieres que de mi vida
no se acabe la carrera,
no la lleves tan corrida[52]
ni subas do no se espera
sino muerte en la caída.
Esa vana presumpción
en dos cosas parará:
la una, en tu perdición;
la otra, en que pagará
tus deudas el corazón.

Dél naciste, y en naciendo,
pecaste, y págalo él;
huyes dél, y si pretendo
recogerte un poco en él,
ni te alcanzo ni te entiendo.
Ese vuelo peligroso
con que te subes al cielo,

si no fueres venturoso,
ha de poner por el suelo
mi descanso y tu reposo.

Dirás que quien bien se emplea
y se ofrece a la ventura,
que no es posible que sea
del tal juzgado a locura
el brío de que se arrea.[53]
Y que, en tan alta ocasión,
es gloria que par no tiene
tener tanta presumpción,
cuanto más si le conviene
al alma y al corazón.

Yo lo tengo así entendido,
mas quiero desengañarte;
que es señal ser atrevido
tener de amor menos parte
qu'el humilde y encogido.
Subes tras una beldad
que no puede ser mayor:
no entiendo tu calidad,
que puedas tener amor
con tanta desigualdad.

Que si el pensamiento mira
un subjeto levantado,

contémplalo y se retira,
por no ser caso acertado
poner tan alta la mira.
Cuanto más, que el amor nasce
junto con la confianza
y en ella [se] ceba y pace;
y, en faltando la esperanza,
como niebla se deshace.

Pues tú, que vees tan distante
el medio del fin que quieres,
sin esperanza y constante,
si en el camino murieres,
morirás como ignorante.
Pero no se te dé nada,
que, en esta empresa amorosa,
do la causa es sublimada,
el morir es vida honrosa;
la pena, gloria estremada.

No dejara tan presto el agradable canto el enamorado Elicio, si no sonaran a su derecha mano las voces de Erastro, que con el rebaño de sus cabras hacia el lugar donde él estaba se venía. Era Erastro un rústico ganadero, pero no le valió tanto su rústica y selvática suerte que defendiese[54] que de su robusto pecho el blando amor no tomase entera posesión, haciéndole querer más que a su vida a la hermosa Galatea, a la cual sus querellas, cuando ocasión se le ofrecía, declaraba. Y, aunque rústico, era, como verdadero enamorado, en las cosas del amor tan discreto

que cuando en ellas hablaba, parecía que el mesmo amor se las mostraba y por su lengua las profería; pero, con todo eso, puesto que[55] de Galatea eran escuchadas, eran en aquella cuenta tenidas en que las cosas de burla se tienen. No le daba a Elicio pena la competencia de Erastro, porque entendía del ingenio de Galatea que a cosas más altas la inclinaba. Antes tenía lástima y envidia a Erastro: lástima, en ver que al fin amaba, y en parte donde era imposible coger el fruto de sus deseos; envidia, por parescerle que quizá no era tal su entendimiento, que diese lugar al alma a que sintiese los desdenes o favores de Galatea, de suerte, o que los unos le acabasen, o los otros lo enloqueciesen.

Venía Erastro acompañado de sus mastines, fieles guardadores de las simples ovejuelas (que debajo de su amparo están seguras de los carniceros dientes de los hambrientos lobos), holgándose con ellos, y por sus nombres los llamaba, dando a cada uno el título que su condición y ánimo merescía: a quién llamaba *León*, a quién *Gavilán*, a quién *Robusto*, a quién *Manchado;* y ellos, como si de entendimiento fueran dotados, con el mover las cabezas, viniéndose para él, daban a entender el gusto que de su gusto sentían. Desta manera llegó Erastro adonde de Elicio fue agradablemente rescibido, y aun rogado que, si en otra parte no había determinado de pasar el sol de la calurosa siesta, pues aquella en que estaban era tan aparejada para ello, no le fuese enojoso pasarla en su compañía.

—Con nadie —respondió Erastro— la podría yo tener mejor que contigo, Elicio, si ya no fuese con aquella que está tan enrobrescida[56] a mis demandas, cuan hecha encina a tus continuos quejidos.

Luego los dos se sentaron sobre la menuda yerba, dejando andar a sus anchuras[57] el ganado despuntando con los rumiadores dientes las tiernas yerbezuelas del herboso llano. Y como Erastro, por muchas y descubiertas señales, conocía claramente que Elicio a Galatea amaba, y que el

merescimiento de Elicio era de mayores quilates que el suyo, en señal de que reconoscía esta verdad, en medio de sus pláticas, entre otras razones, le dijo las siguientes:

—No sé, gallardo y enamorado Elicio, si habrá sido causa de darte pesadumbre el amor que a Galatea tengo; y si lo ha sido, debes perdonarme, porque jamás imaginé de enojarte, ni de Galatea quise otra cosa que servirla.[58] Mala rabia o cruda[59] roña[60] consuma y acabe mis retozadores chivatos, y mis ternezuelos corderillos, cuando dejaren las tetas de las queridas madres, no hallen en el verde prado para sustentarse sino amargas tueras[61] y ponzoñosas adelfas, si no he procurado mil veces quitarla de la memoria, y si otras tantas no he andado a los médicos y curas del lugar a que me diesen remedio para las ansias que por su causa padezco. Los unos me mandan que tome no sé qué bebedizos de paciencia; los otros dicen que me encomiende a Dios, que todo lo cura, o que todo es locura.[62] Permíteme, buen Elicio, que yo la quiera, pues puedes estar seguro que si tú con tus habilidades y estremadas gracias y razones no la ablandas, mal podré yo con mis simplezas enternecerla. Esta licencia te pido por lo que estoy obligado a tu merescimiento; que, puesto que no me la dieses, tan imposible sería dejar de amarla, como hacer que estas aguas no mojasen, ni el sol con sus peinados cabellos no nos alumbrase.

No pudo dejar de reírse Elicio de las razones de Erastro y del comedimiento con que la licencia de amar a Galatea le pedía; y ansí, le respondió:

—No me pesa a mí, Erastro, que tú ames a Galatea; pésame bien de entender de su condición que podrán poco para con ella tus verdaderas razones y no fingidas palabras; déte Dios tan buen suceso en tus deseos, cuanto meresce la sinceridad de tus pensamientos. Y de aquí adelante no dejes por mi respecto de querer a Galatea, que no soy de tan ruin condición

que, ya que a mí me falte ventura, huelgue de que otros no la tengan; antes te ruego, por lo que debes a la voluntad que te muestro, que no me niegues tu conversación[63] y amistad, pues de la mía puedes estar tan seguro como te he certificado. Anden nuestros ganados juntos, pues andan nuestros pensamientos apareados. Tú, al son de tu zampoña,[64] publicarás el contento o pena que el alegre o triste rostro de Galatea te causare; yo, al de mi rabel, en el silencio de las sosegadas noches, o en el calor de las ardientes siestas, a la fresca sombra de los verdes árboles de que esta nuestra ribera está tan adornada, te ayudaré a llevar la pesada carga de tus trabajos,[65] dando noticia al cielo de los míos. Y, para señal de nuestro buen propósito y verdadera amistad, en tanto que se hacen mayores las sombras destos árboles y el sol hacia el occidente se declina, acordemos[66] nuestros instrumentos y demos principio al ejercicio que de aquí adelante hemos de tener.

No se hizo de rogar Erastro; antes, con muestras de estraño contento por verse en tanta amistad con Elicio, sacó su zampoña y Elicio su rabel; y, comenzando el uno y replicando el otro, cantaron lo que sigue:

Elicio

Blanda, süave, reposadamente,
ingrato Amor, me subjetaste el día
que los cabellos de oro y bella frente
miré del sol[67] que al sol escurecía;
tu tósigo[68] cruel, cual de serpiente,
en las rubias madejas se escondía;
yo, por mirar el sol en los manojos,
todo vine a beberle por los ojos.

ERASTRO

Atónito quedé y embelesado,
como estatua sin voz de piedra dura,
cuando de Galatea el estremado
donaire vi, la gracia y hermosura.
Amor me estaba en el siniestro lado,
con las saetas de oro,[69] ¡ay muerte dura!,
haciéndome una puerta por do entrase
Galatea y el alma me robase.

ELICIO

¿Con qué milagro, amor, abres el pecho
del miserable amante que te sigue,
y de la llaga interna que le has hecho
crecida gloria muestra que consigue?
¿Cómo el daño que haces es provecho?
¿Cómo en tu muerte alegre vida vive?
L'alma que prueba estos efectos todos
la causa sabe, pero no los modos.[70]

ERASTRO

No se ven tantos rostros figurados[71]
en roto espejo, o hecho por tal arte

que, si uno en él se mira, retratados
se ve una multitud en cada parte,
cuantos nacen cuidados[72] y cuidados
de un cuidado crüel que no se parte
del alma mía, a su rigor vencida,
hasta apartarse junto con la vida.

ELICIO

La blanca nieve y colorada rosa,[73]
qu'el verano no gasta ni el invierno;
el sol de dos luceros, do reposa
el blando amor, y a do estará *in eterno;*
la voz, cual la de Orfeo poderosa
de suspender las furias del infierno,[74]
y otras cosas que vi quedando ciego,
yesca me han hecho al invisible fuego.

ERASTRO

Dos hermosas manzanas coloradas,
que tales me semejan dos mejillas,
y el arco de dos cejas levantadas,
quel de Iris no llegó a sus maravillas;
dos rayos, dos hileras estremadas
de perlas entre grana, y, si hay decillas,
mil gracias que no tienen par ni cuento,
niebla m'han hecho al amoroso viento.

ELICIO

Yo ardo y no me abraso, vivo y muero;
estoy lejos y cerca de mí mismo;
espero en solo un punto y desespero;
súbome al cielo, bájome al abismo;
quiero lo que aborrezco, blando y fiero;
me pone el amaros parasismo;[75]
y con estos contrarios, paso a paso,
cerca estoy ya del último traspaso.

ERASTRO

Yo te prometo, Elicio, que le diera
todo cuanto en la vida me ha quedado
a Galatea, porque me volviera
el alma y corazón que m'ha robado;
y después del ganado, le añadiera
mi perro *Gavilán* con el *Manchado*;
pero, como ella debe de ser diosa,
el alma querrá más que no otra cosa.

ELICIO

Erastro, el corazón que en alta parte
es puesto por el hado, suerte o signo,[76]

quererle derribar por fuerza o arte
o diligencia humana, es desatino.
Debes de su ventura contentarte;
que, aunque mueras sin ella, yo imagino
que no hay vida en el mundo más dichosa
como el morir por causa tan honrosa.

Ya se aparejaba Erastro para seguir adelante en su canto, cuando sintieron, por un espeso montecillo que a sus espaldas estaba, un no pequeño estruendo y ruido; y, levantándose los dos en pie por ver lo que era, vieron que del monte salía un pastor corriendo a la mayor priesa del mundo, con un cuchillo desnudo en la mano y la color del rostro mudada; y que tras él venía otro ligero pastor, que a pocos pasos alcanzó al primero; y, asiéndole por el cabezón del pellico,[77] levantó el brazo en el aire cuanto pudo, y un agudo puñal que sin vaina traía se le escondió dos veces en el cuerpo, diciendo:

—Recibe, ¡oh mal lograda Leonida!, la vida deste traidor, que en venganza de tu muerte sacrifico.

Y esto fue con tanta presteza hecho que no tuvieron lugar Elicio y Erastro de estorbárselo, porque llegaron a tiempo que ya el herido pastor daba el último aliento, envuelto en estas pocas y mal formadas palabras.

—Dejárasme, Lisandro, satisfacer al cielo con más largo arrepentimiento el agravio que te hice, y después quitárasme la vida, que agora, por la causa que he dicho, mal contenta destas carnes se aparta.

Y, sin poder decir más, cerró los ojos en sempiterna noche.

Por las cuales palabras imaginaron Elicio y Erastro que no con pequeña causa había el otro pastor ejecutado en él tan cruda y violenta muerte. Y, por mejor informarse de todo el suceso, quisieran preguntárselo al pastor

homicida, pero él, con tirado paso,[78] dejando al pastor muerto y a los dos admirados, se tornó a entrar por el montecillo adelante. Y, queriendo Elicio seguirle y saber dél lo que deseaba, le vieron tornar a salir del bosque; y, estando por buen espacio desviado dellos, en alta voz les dijo:

—Perdonadme, comedidos pastores, si yo no lo he sido en haber hecho en vuestra presencia lo que habéis visto, porque la justa y mortal ira que contra ese traidor tenía concebida no me dio lugar a más moderados discursos. Lo que os aviso es que, si no queréis enojar a la deidad que en el alto cielo mora, no hagáis las obsequias[79] ni plegarias acostumbradas por el alma traidora dese cuerpo que delante tenéis, ni a él deis sepultura, si ya aquí en vuestra tierra no se acostumbra darla a los traidores.

Y, diciendo esto, a todo correr se volvió a entrar por el monte, con tanta priesa que quitó la esperanza a Elicio de alcanzarle aunque le siguiese. Y así, se volvieron los dos con tiernas entrañas a hacer el piadoso oficio y dar sepultura, como mejor pudiesen, al miserable cuerpo que tan repentinamente había acabado el curso de sus cortos días. Erastro fue a su cabaña, que no lejos estaba, y, trayendo suficiente aderezo, hizo una sepultura en el mesmo lugar do el cuerpo estaba, y, dándole el último vale, [80] le pusieron en ella; y, no sin compasión de su desdichado caso, se volvieron a sus ganados, y, recogiéndolos con alguna priesa, porque ya el sol se entraba a más andar por las puertas de occidente, se recogieron a sus acostumbrados albergues, donde no su sosiego dellos, ni el poco que sus cuidados le concedían, podían apartar a Elicio de pensar qué causas habían movido a los dos pastores para venir a tan desesperado trance; y ya le pesaba de no haber seguido al pastor homicida, y saber dél, si fuera posible, lo que deseaba.

Con este pensamiento y con los muchos que sus amores le causaban, después de haber dejado en segura parte su rebaño, se salió de su cabaña,

como otras veces solía; y con la luz de la hermosa Diana,[81] que resplandeciente en el cielo se mostraba, se entró por la espesura de un espeso bosque adelante, buscando algún solitario lugar adonde en el silencio de la noche con más quietud pudiese soltar la rienda a sus amorosas imaginaciones, por ser cosa ya averiguada que a los tristes imaginativos corazones ninguna cosa les es de mayor gusto que la soledad, despertadora de memorias tristes o alegres. Y así, yéndose poco a poco gustando de un templado céfiro[82] que en el rostro le hería, lleno del suavísimo olor que de las olorosas flores, de que el verde suelo estaba colmado, al pasar por ellas blandamente robaba, envuelta en el aire delicado, oyó una voz como de persona que dolorosamente se quejaba; y, recogiendo por un poco en sí mismo el aliento, porque el ruido no le estorbase de oír lo que era, sintió que de unas apretadas zarzas que poco desviadas dél estaban, la entristecida voz salía; y, aunque interrota[83] de infinitos sospiros, entendió que estas tristes razones pronunciaba:

—Cobarde y temeroso brazo, enemigo mortal de lo que a ti mesmo debes; mira que ya no queda de quién tomar venganza, sino de ti mesmo. ¿De qué te sirve alargar la vida que tan aborrecida tengo? Si piensas que es nuestro mal de los que el tiempo suele curar, vives engañado, porque no hay cosa más fuera de remedio que nuestra desventura; pues quien la pudiera hacer buena la tuvo tan corta que en los verdes años de su alegre juventud ofreció la vida al carnicero cuchillo, que se la quitase por la traición del malvado Carino, que hoy, con perder la suya, habrá aplacado en parte a aquella venturosa alma de Leonida, si en la celeste parte donde mora puede caber deseo de venganza alguna. ¡Ah, Carino, Carino! Ruego yo a los altos cielos, si dellos las justas plegarias son oídas, que no admitan la disculpa, si alguna dieres, de la traición que me heciste, y que permitan que tu cuerpo carezca de sepultura, así como tu alma careció de misericordia. Y tú,

hermosa y mal lograda Leonida, recibe en muestra del amor que en vida te tuve, las lágrimas que en tu muerte derramo; y no atribuyas a poco sentimiento el no acabar la vida con el que de tu muerte recibo, pues sería poca recompensa a lo que debo y deseo sentir, el dolor que tan presto se acabase. Tú verás, si de las cosas de acá tienes cuenta, cómo este miserable cuerpo quedará un día consumido del dolor poco a poco, para mayor pena y sentimiento: bien ansí como la mojada y encendida pólvora, que, sin hacer estrépito ni levantar llama en alto, entre sí mesma se consume, sin dejar de sí sino el rastro de las consumidas cenizas. Duéleme cuanto puede dolerme, ¡oh alma del alma mía!, que ya que no pude gozarte en la vida, en la muerte no puedo hacerte las obsequias y honras que a tu bondad y virtud se convenían. Pero yo te prometo y juro que el poco tiempo —que será bien poco— que esta apasionada ánima mía rigiere la pesada carga deste miserable cuerpo, y la voz cansada tuviere aliento que la forme, de no tratar otra cosa en mis tristes y amargas canciones que de tus alabanzas y merescimientos.

A este punto cesó la voz, por la cual Elicio conoció claramente que aquél era el pastor homicida, de que recibió mucho gusto, por parecerle que estaba en parte donde podría saber dél lo que deseaba. Y, queriéndose llegar más cerca, hubo de tornarse a parar, porque le pareció que el pastor templaba un rabel, y quiso escuchar primero si al son dél alguna cosa diría; y no tardó mucho que con suave y acordada voz oyó que desta manera cantaba:

Lisandro

¡Oh alma venturosa,
que del humano velo[84]

libre al alta región viva volaste,
dejando en tenebrosa
cárcel de desconsuelo
mi vida, aunque contigo la llevaste!
Sin ti, escura dejaste
la luz clara del día;
por tierra derribada,
la esperanza fundada
en el más firme asiento de alegría;
en fin, con tu partida
quedó vivo el dolor, muerta la vida.
Envuelto en tus despojos,
la muerte s'ha llevado
el más subido estremo de belleza,
la luz de aquellos ojos[85]
qu'en haberte mirado
tenían encerrada su riqueza;
con presta ligereza,
del alto pensamiento
y enamorado pecho,
la gloria se ha deshecho,
como la cera al sol o niebla al viento;
y toda mi ventura
cierra la piedra de tu sepultura.
¿Cómo pudo la mano
inexorable y cruda,
y el intento cruel, facinoroso,[86]
del vengativo hermano

dejar libre y desnuda
tu alma del mortal velo hermoso?
¿Por qué tu[r]bó el reposo
de nuestros corazones?
Que, si no se acabaran,
en uno se juntaran
con honestas y sanctas condiciones.
¡Ay, fiera mano esquiva!,
¿cómo ordenaste que muriendo viva?
En llanto sempiterno
mi ánima mezquina
los años pasará, meses y días;
la tuya, en gozo eterno
y edad firme y contina,[87]
no temerá del tiempo las porfías;
con dulces alegrías
verás firme la gloria
que tu loable vida
te tuvo merescida;
y si puede caber en tu memoria
del suelo no perderla,
de quien tanto te amó debes tenerla.
Mas, ¡oh!, cuán simple he sido,
alma bendita y bella,
de pedir que te acuerdes, ni aun burlando
de mí que t'he querido,
pues sé que mi querella
se irá con tal favor eternizando.

Mejor es que, pensando
que soy de ti olvidado,
me apriete con mi llaga,
hasta que se deshaga
con el dolor la vida, qu'ha quedado
en tan estraña suerte,
que no tiene por mal el de la muerte.
Goza en el sancto coro
con otras almas sanctas,
alma, de aquel seguro bien entero,
alto, rico tesoro,[88]
mercedes, gracias tantas
que goza el que no huye el buen sendero;
allí gozar espero,
si por tus pasos guío,
contigo en paz entera
de eterna primavera,
sin temor, sobresalto ni desvío;
a esto me encamina,
pues será hazaña de tus obras digna.
Y, pues vosotras, celestiales almas,
veis el bien que deseo,
creced las alas a tan buen deseo.

Aquí cesó la voz, pero no los sospiros del desdichado que cantado había, y lo uno y lo otro fue parte de acrescentar en Elicio la gana de saber quién era. Y, rompiendo por las espinosas zarzas, por llegar más presto a do la voz salía, salió a un pequeño prado, que todo en redondo, a manera de teatro,[89]

de espesísimas e intrincadas matas estaba ceñido, en el cual vio un pastor que con estremado brío estaba con el pie derecho delante y el izquierdo atrás, y el diestro brazo levantado, a guisa de quien esperaba hacer algún recio tiro. Y así era la verdad, porque, con el ruido que Elicio al romper por[90] las matas había hecho, pensando ser alguna fiera de la cual convenía defenderse, el pastor del bosque se había puesto a punto de arrojarle una pesada piedra que en la mano tenía. Elicio, conociendo por su postura su intento, antes que le efectuase le dijo:

—Sosiega el pecho, lastimado pastor, que el que aquí viene trae el suyo aparejado a lo que mandarle quisieres, y quien[91] el deseo de saber tu ventura le ha hecho romper tus lágrimas y turbar el alivio que de estar solo se te podría seguir.

Con estas blandas y comedidas palabras de Elicio, se sosegó el pastor, y con no menos blandura le respondió diciendo:

—Tu buen ofrecimiento agradezco, cualquiera que tú seas, comedido pastor, pero si ventura quieres saber de mí, que nunca la tuve, mal podrás ser satisfecho.

—Verdad dices —respondió Elicio—, pues por las palabras y quejas que esta noche te he oído, muestras bien claro la poca o ninguna que tienes; pero no menos satisfarás mi deseo con decirme tus trabajos que con declararme tus contentos; y así la Fortuna te los dé en lo que deseas, que no me niegues lo que te suplico si ya el no conocerme no lo impide; aunque, para asegurarte y moverte,[92] te hago saber que no tengo el alma tan contenta que no sienta en el punto que es razón las miserias que me contares. Esto te digo porque sé que no hay cosa más escusada, y aun perdida, que contar el miserable sus desdichas a quien tiene el pecho colmo[93] de contentos.

—Tus buenas razones me obligan —respondió el pastor— a que te satisfaga en lo que me pides, así porque no imagines que de poco y acobardado ánimo nacen las quejas y lamentaciones que dices que de mí has oído, como porque conozcas que aún es muy poco el sentimiento que muestro a la causa que tengo de mostrarlo.

Elicio se lo agradeció mucho; y, después de haber pasado entre los dos más palabras de comedimiento, dando señales Elicio de ser verdadero amigo del pastor del bosque, y conociendo él que no eran fingidos ofrecimientos, vino a conceder lo que Elicio rogaba. Y, sentándose los dos sobre la verde yerba, cubiertos con el resplandor de la hermosa Diana, que en claridad aquella noche con su hermano competir podía,[94] el pastor del bosque, con muestras de un interno dolor, comenzó a decir desta manera:

—«En las riberas de Betis, caudalosísimo río que la gran Vandalia[95] enriquece, nació Lisandro —que éste es el nombre desdichado mío—, y de tan nobles padres cual pluviera[96] al soberano Dios que en más baja fortuna fuera engendrado; porque muchas veces la nobleza del linaje pone alas y esfuerza el ánimo a levantar los ojos adonde la humilde suerte no osara jamás levantarlos, y de tales atrevimientos suelen suceder a menudo semejantes calamidades como las que de mí oirás si con atención me escuchas.

»Nació ansimesmo en mi aldea una pastora, cuyo nombre era Leonida, summa de toda la hermosura que en gran parte de la tierra —según yo imagino— pudiera hallarse; de no menos nobles y ricos padres nacida que su hermosura y virtud merescían. De do nació que, por ser los parientes de entrambos de los más principales del lugar y estar en ellos el mando y gobernación del pueblo, la envidia, enemiga mortal de la sosegada vida, sobre algunas diferencias del gobierno del pueblo, vino a poner entre ellos cizaña y mortalísima discordia; de manera que el pueblo fue dividido en dos

parcialidades:[97] la una seguía la de mis parientes, la otra la de los de Leonida, con tan arraigado rencor y mal ánimo, que no ha sido parte para ponerlos en paz ninguna humana diligencia. Ordenó, pues, la suerte, para echar de todo punto el sello[98] a nuestra enemistad, que yo me enamorase de la hermosa Leonida, hija de Parmindro, principal cabeza del bando contrario. Y fue mi amor tan de veras que, aunque procuré con infinitos medios quitarle de mis entrañas, el fin de todos venía a parar a quedar más vencido y subjeto. Poníaseme delante un monte de dificultades que conseguir el fin de mi deseo me estorbaban, como eran el mucho valor de Leonida, la endurecida enemistad de nuestros padres, las pocas coyunturas, o ninguna, que se me ofrecían para descubrirle mi pensamiento; y, con todo esto, cuando ponía los ojos de la imaginación en la singular belleza de Leonida, cualquiera dificultad se allanaba, de suerte que me parecía poco romper por entre agudas puntas de diamantes, para llegar al fin de mis amorosos y honestos pensamientos. Habiendo, pues, por muchos días combatido conmigo mesmo, por ver si podría apartar el alma de tan ardua empresa, y viendo ser imposible, recogí toda mi industria[99] a considerar con cuál podría dar a entender a Leonida el secreto amor de mi pecho; y como los principios en cualquier negocio sean siempre dificultosos,[100] en los que tratan de amor son, por la mayor parte, dificultosísimos, hasta que el mesmo Amor, cuando se quiere mostrar favorable, abre las puertas del remedio donde parece que están más cerradas. Y así se pareció[101] en mí, pues, guiado por su pensamiento el mío, vine a imaginar que ningún medio se ofrecía mejor a mi deseo que hacerme amigo de los padres de Silvia, una pastora que era en estremo amiga de Leonida, y muchas veces la una a la otra, en compañía de sus padres, en sus casas se visitaban. Tenía Silvia un pariente que se llamaba Carino, compañero familiar[102] de Crisalbo, hermano de la hermosa Leonida, cuya bizarría[103] y aspereza de

costumbres le habían dado renombre de cruel; y así, de todos los que le conoscían, "el cruel Crisalbo" era llamado; y ni más ni menos a Carino, el pariente de Silvia y compañero de Crisalbo, por ser entremetido y agudo de ingenio, "el astuto Carino" le llamaban; del cual y de Silvia, por parecerme que me convenía, con el medio de muchos presentes y dádivas, forjé la amistad —al parecer— posible; a lo menos, de parte de Silvia fue más firme de lo que yo quisiera, pues los regalos y favores que ella con limpias entrañas me hacía, obligada de mis continuos servicios, tomó por instrumentos mi fortuna para ponerme en la desdicha en que agora me veo.

»Era Silvia hermosa en estremo, y de tantas gracias adornada que la dureza del crudo corazón de Crisalbo se movió a amarla; y esto yo no lo supe sino con mi daño, y de allí a muchos días. Y, ya que con la larga experiencia estuve seguro de la voluntad de Silvia, un día, ofreciéndoseme comodidad, con las más tiernas palabras que pude, le descubrí la llaga de mi lastimado pecho, diciéndole que, aunque era tan profunda y peligrosa, no la sentía tanto, sólo por imaginar que en su solicitud estaba el remedio della; advirtiéndole ansimesmo el honesto fin a que mis pensamientos se encaminaban, que era a juntarme por legítimo matrimonio con la bella Leonida; y que, pues era causa tan justa y buena, no se había de desdeñar de tomarla a su cargo.

»En fin, por no serte prolijo, el amor me ministró[104] tales palabras que le dijese, que ella, vencida dellas, y más por la pena que ella, como discreta, por las señales de mi rostro conoció que en mi alma moraba, se determinó de tomar a su cargo mi remedio y decir a Leonida lo que yo por ella sentía, prometiendo de hacer por mí todo cuanto su fuerza e industria alcanzase, puesto que se le hacía dificultosa tal empresa, por la inimicicia[105] grande que entre nuestros padres conocía, aunque, por otra parte, imaginaba poder dar principio al fin de sus discordias si Leonida conmigo se casase. Movida,

pues, con esta buena intención, y enternecida de las lágrimas que yo derramaba —como ya he dicho—, se aventuró a ser intercesora de mi contento. Y, discurriendo consigo qué entrada tendría para con Leonida, me mandó que le escribiese una carta, la cual ella se ofrecía a darla cuando tiempo le pareciese. Parecióme a mí bien su parecer, y aquel mesmo día le envié una que, por haber sido principio del contento que por su respuesta sentí, siempre la he tenido en la memoria, puesto que fuera mejor no acordarme de cosas alegres en tiempo tan triste[106] como es el en que agora me hallo. Recibió la carta Silvia, y aguardaba ocasión de ponerla en las manos de Leonida.»

—No —dijo Elicio, atajando las razones de Lisandro—, no es justo que me dejes de decir la carta que a Leonida enviaste, que por ser la primera y por hallarte tan enamorado en aquella sazón, sin duda debe de ser discreta. Y, pues me has dicho que la tienes en la memoria y el gusto que por ella granjeaste, no me lo niegues agora en no decírmela.

—Bien dices, amigo —respondió Lisandro—; que yo estaba entonces tan enamorado y temeroso, como agora descontento y desesperado, y por esta razón me parece que no acerté a decir alguna, aunque fue harto acertamiento que Leonida las creyese las que en la carta iban. Ya que tanto deseas saberlas, decía desta manera:

«Lisandro a Leonida

Mientras que he podido, aunque con grandísimo dolor mío, resistir con las proprias fuerzas a la amorosa llama que por ti, ¡oh, hermosa Leonida!, me abrasa, jamás he tenido ardimiento,[107] temeroso del subido valor que en ti conozco, de descubrirte el amor que te tengo; mas, ya que es consumida aquella virtud que hasta aquí me ha hecho fuerte, hame sido forzoso, descubriendo la llaga de mi pecho, tentar con escrebirte su primero y último remedio. Que sea el primero, tú lo sabes, y de ser el último está en tu mano, de la cual espero la misericordia que tu hermosura promete y mis honestos deseos merescen, los cuales y el fin adonde se encaminan conoscerás de

Silvia, que ésta te dará. Y, pues ella se ha atrevido, con ser quien es, a llevártela, entiende que son tan justos cuanto a tu merescimiento se deben.»

No le parecieron mal a Elicio las razones de la carta de Lisandro, el cual, prosiguiendo la historia de sus amores, dijo:

—«No pasaron muchos días sin que esta carta viniese a las hermosas manos de Leonida, por medio de las piadosas de Silvia, mi verdadera amiga, la cual, junto con dársela, le dijo tales cosas que con ellas templó en gran parte la ira y alteración que con mi carta Leonida había recebido: como fue decirle cuánto bien se siguiría si por nuestro casamiento la enemistad de nuestros padres se acababa, y que el fin de tan buena intención la había de mover a no desechar mis deseos; cuanto más, que no se debía compadecer[108] con su hermosura dejar morir sin más respecto[109] a quien tanto como yo la amaba; añadiendo a estas otras razones que Leonida conoció que lo eran. Pero, por no mostrarse al primer encuentro rendida y a los primeros pasos alcanzada, no dio tan agradable respuesta a Silvia como ella quisiera. Pero, con todo esto, por intercesión de Silvia, que a ello le forzó, respondió con esta carta que agora te diré:

Leonida a Lisandro

Si entendiera, Lisandro, que tu mucho atrevimiento había nacido de mi poca honestidad, en mí mesma ejecutara la pena que tu culpa meresce; pero, por asegurarme desto lo que yo de mí conozco, vengo a conocer que más ha procedido tu osadía de pensamientos ociosos que de enamorados. Y, aunque ellos sean de la manera que dices, no pienses que me has de mover a mí para remediallos como a Silvia para creellos, de la cual tengo más queja por haberme forzado a responderte que de ti que te atreviste a escrebirme, pues el callar fuera digna respuesta a tu locura. Si te retraes de lo comenzado, harás como discreto, porque te hago saber que pienso tener más cuenta con mi honra que con tus vanidades.

»Ésta fue la respuesta de Leonida, la cual, junto con las esperanzas que Silvia me dio, aunque ella parecía algo áspera, me hizo tener por el más bien afortunado del mundo.

»Mientras estas cosas entre nosotros pasaban, no se descuidaba Crisalbo de solicitar a Silvia con infinitos mensajes, presentes y servicios; mas, era tan fuerte y desabrida la condición de Crisalbo, que jamás pudo mover a la de Silvia a que un pequeño favor le diese, de lo cual estaba tan desesperado e impaciente como un agarrochado[110] y vencido toro.

»Por causa de sus amores había tomado amistad con el astuto Carino, pariente de Silvia, habiendo los dos sido primero mortales enemigos, porque en cierta lucha que un día de una grande fiesta delante de todo el pueblo los zagales más diestros del lugar tuvieron, Carino fue vencido de Crisalbo y maltratado; de manera que concibió en su corazón odio perpetuo contra Crisalbo. Y no menos lo tenía contra otro hermano mío, por haberle sido contrario en unos amores, de los cuales mi hermano llevó el fruto que Carino esperaba. Este rancor[111] y mala voluntad tuvo Carino secreta, hasta que el tiempo le descubrió ocasión cómo a un mesmo punto se vengase de entrambos por el más cruel estilo que imaginarse puede.

»Yo le tenía por amigo, porque la entrada en casa de Silvia no se me impidiese; Crisalbo le adoraba, porque favoreciese sus pensamientos con Silvia; y era de suerte su amistad, que todas las veces que Leonida venía a casa de Silvia Carino la acompañaba. Por la cual causa le pareció bien a Silvia darle cuenta, pues era mi amigo, de los amores que yo con Leonida trataba, que en aquella sazón andaban ya tan vivos y venturosos, por la buena intercesión de Silvia, que ya no esperábamos sino tiempo y lugar donde coger el honesto fruto de nuestros limpios deseos, los cuales sabidos de Carino, tomó por instrumento para hacer la mayor traición del mundo. Porque un día, haciendo del[112] leal con Crisalbo, y dándole a entender que

tenía en más su amistad que la honra de su parienta, le dijo que la principal causa porque Silvia no le amaba ni favorescía era por estar de mí enamorada, y que él lo sabía inefaliblemente; y que ya nuestros amores iban tan al descubierto, que si él no hubiera estado ciego de la pasión amorosa, en mil señales lo hubiera ya conocido; y que para certificarse más de la verdad que le decía, que de allí adelante mirase en ello, porque vería claramente cómo, sin empacho alguno, Silvia me daba extraordinarios favores. Con estas nuevas debió de quedar tan fuera de sí Crisalbo, como pareció por lo que dellas sucedió.

»De allí adelante Crisalbo traía espías por ver lo que yo con Silvia pasaba;[113] y, como yo muchas veces procurase hallarme solo con ella para tratar, no de los amores que él pensaba, sino de lo que a los míos convenía, éranle a Crisalbo referidas,[114] con otros favores que, de limpia amistad procedidos, Silvia a cada paso me hacía; por lo que vino Crisalbo a términos tan desesperados que muchas veces procuró matarme, aunque yo no pensaba que era por semejante ocasión, sino por lo de la antigua enemistad de nuestros padres. Mas, por ser él hermano de Leonida, tenía yo más cuenta con guardarme que con ofenderle, teniendo por cierto que si yo con su hermana me casaba, tendrían fin nuestras enemistades; de lo que él estaba bien ajeno, antes se pensaba que por serle yo enemigo, había procurado tratar amores con Silvia, y no porque yo bien la quisiese. Y esto le acrescentaba la cólera y enojo de manera que le sacaba de juicio, aunque él tenía tan poco, que poco era menester para acabárselo. Y pudo tanto en él este mal pensamiento, que vino a aborrecer a Silvia tanto cuanto la había querido, sólo porque a mí me favorecía, no con la voluntad que él pensaba, sino como Carino le decía. Y así, en cualesquier corrillos y juntas que se hallaba, decía mal de Silvia, dándole títulos y renombres deshonestos; pero,

como todos conoscían su terrible condición y la bondad de Silvia, daban poco o ningún crédito a sus palabras.

»En este medio,[115] había concertado Silvia con Leonida que los dos nos desposásemos, y que, para que más a nuestro salvo se hiciese, sería bien que un día que con Carino Leonida viniese a su casa, no volviese por aquella noche a la de sus padres, sino que desde allí, en compañía de Carino, se fuese a una aldea que media legua de la nuestra estaba, donde unos ricos parientes míos vivían, en cuya casa con más quietud podíamos poner en efecto nuestras intenciones; porque si del suceso dellas los padres de Leonida no fuesen contentos, a lo menos estando ella ausente sería más fácil el concertarse. Tomado, pues, este apuntamiento[116] y dada cuenta dél a Carino, se ofreció, con muestras de grandísimo ánimo, que llevaría a Leonida a la otra aldea, como ella fuese contenta. Los servicios que yo hice a Carino por la buena voluntad que mostraba, las palabras de ofrecimiento que le dije, los abrazos que le di, me parece que bastaran a deshacer en un corazón de acero cualquiera mala intención que contra mí tuviera. Pero el traidor de Carino, echando a las espaldas mis palabras, obras y promesas, sin tener cuenta con la que a sí mesmo debía, ordenó[117] la traición que agora oirás.

»Informado Carino de la voluntad de Leonida, y viendo ser conforme a la que Silvia le había dicho, ordenó que la primera noche que, por las muestras del día, entendiesen que había de ser escura, se pusiese por obra la ida de Leonida, ofreciéndose de nuevo a guardar el secreto y lealtad posible. Después de hecho este concierto que has oído, se fue a Crisalbo, según después acá he sabido, y le dijo que su parienta Silvia iba tan adelante en los amores que conmigo traía, que en una cierta noche había determinado de sacarla de casa de sus padres y llevarla a la otra aldea, do mis parientes moraban; donde se le ofrecía coyuntura de vengar su corazón en entrambos:

en Silvia, por la poca cuenta que de sus servicios había hecho; en mí, por nuestra vieja enemistad y por el enojo que le había hecho en quitarle a Silvia, pues por sólo mi respecto le dejaba. De tal manera le supo encarecer y decir Carino lo que quiso, que con mucho menos a otro corazón no tan cruel como el suyo moviera a cualquier mal pensamiento.

»Llegado, pues, ya el día que yo pensé que fuera el de mi mayor contento, dejando dicho a Carino, no lo que hizo, sino lo que había de hacer, me fui a la otra aldea a dar orden cómo recebir a Leonida. Y fue el dejarla encomendada a Carino como quien deja a la simple corderuela en poder de los hambrientos lobos, o a la mansa paloma entre las uñas del fiero gavilán que la despedace. ¡Ay, amigo!, que llegando a este paso[118] con la imaginación, no sé cómo tengo fuerzas para sostener la vida, ni pensamiento para pensarlo, cuanto más lengua para decirlo. ¡Ay, mal aconsejado Lisandro!, ¿cómo, y no sabías tú las condiciones dobladas de Carino? ¿Mas, quién no se fiara de sus palabras, aventurando él tan poco en hacerlas verdaderas con las obras? ¡Ay, mal lograda Leonida, cuán mal supe gozar de la merced que me heciste en escogerme por tuyo!

»En fin, por concluir con la tragedia de mi desgracia, sabrás, discreto pastor, que la noche que Carino había de traer consigo a Leonida a la aldea donde yo la esperaba, él llamó a otro pastor, que debía de tener por enemigo, aunque él se lo encubría debajo de su falsa acostumbrada disimulación, el cual Libeo se llamaba, y le rogó que aquella noche le hiciese compañía, porque determinaba llevar una pastora, su aficionada,[119] a la aldea que te he dicho, donde pensaba desposarse con ella. Libeo, que era gallardo y enamorado, con facilidad le ofreció su compañía. Despidióse Leonida de Silvia con estrechos abrazos y amorosas lágrimas, como présaga[120] que había de ser la última despedida. Debía de considerar entonces la sin ventura la traición que a sus padres hacía, y no la que a ella

Carino le ordenaba, y cuán mala cuenta daba de la buena opinión que della en el pueblo se tenía. Mas, pasando de paso por todos estos pensamientos, forzada del enamorado que la vencía, se entregó a la guardia de Carino, que adonde yo la aguardaba la trujese.

»¡Cuántas veces se me viene a la memoria, llegando a este punto, lo que soñé el día que le tuviera yo por dichoso, si en él feneciera la cuenta de los de mi vida! Acuérdome que, saliendo del aldea un poco antes que el sol acabase de quitar sus rayos de nuestro horizonte, me senté al pie de un alto fresno, en el mesmo camino por donde Leonida había de venir, esperando que cerrase algo más la noche para adelantarme y recebilla; y, sin saber cómo y sin yo quererlo, me quedé dormido. Y apenas hube entregado los ojos al sueño, cuando me pareció que el árbol donde estaba arrimado, rindiéndose a la furia de un recísimo viento que soplaba, desarraigando las hondas raíces de la tierra, sobre mi cuerpo se caía; y que, procurando yo evadirme del grave peso, a una y otra parte me revolvía. Y, estando en esta pesadumbre, me pareció ver una blanca cierva junto a mí, a la cual yo ahincadamente suplicaba que, como mejor pudiese, apartase de mis hombros la pesada carga; y que, queriendo ella, movida de compasión, hacerlo, al mismo instante salió un fiero león del bosque, y, cogiéndola entre sus agudas uñas, se metía con ella por el bosque adelante; y que, después que con gran trabajo me había escapado del grave peso, la iba a buscar al monte, y la hallaba despedazada y herida por mil partes; de lo cual tanto dolor sentía, que el alma se me arrancaba sólo por la compasión que ella había mostrado de mi trabajo. Y así, comencé a llorar entre sueños, de manera que las mismas lágrimas me despertaron, y, hallando las mejillas bañadas del llanto quedé fuera de mí, considerando lo que había soñado. Pero con la alegría que esperaba tener de ver a mi Leonida, no eché de ver

entonces que la fortuna en sueños me mostraba lo que de allí a poco rato despierto me había de suceder.

»A la sazón que yo desperté, acababa de cerrar la noche, con tanta escuridad, con tan espantosos truenos y relámpagos, como convenía para cometerse con más facilidad la crueldad que en ella se cometió. Así como Carino salió de casa de Silvia con Leonida, se la entregó a Libeo, diciéndole que se fuese con ella por el camino de la aldea que he dicho; y, aunque Leonida se alteró de ver a Libeo, Carino le aseguró que no era menor amigo mío Libeo que él proprio, y que con toda seguridad podía ir con él poco a poco, en tanto que él se adelantaba a darme a mí las nuevas de su llegada. Creyó la simple —en fin, como enamorada— las palabras del falso Carino, y, con menor recelo del que convenía, guiada del comedido Libeo, tendía los temerosos pasos para venir a buscar el último de su vida, pensando hallar el mejor de su contento.

»Adelantóse Carino de los dos, como ya te he dicho, y vino a dar aviso a Crisalbo de lo que pasaba, el cual, con otros cuatro parientes suyos, en el mesmo camino por donde habían de pasar, que todo era cerrado de bosque de una y otra parte, escondidos estaban. Y díjoles cómo Silvia venía, y solo yo que la acompañaba, y que se alegrasen de la buena ocasión que la suerte les ponía en las manos para vengarse de la injuria que los dos les habíamos hecho; y que él sería el primero que en Silvia, aunque era parienta suya, probase los filos de su cuchillo. Apercibiéronse luego los cinco crueles carniceros para colorarse en la inocente sangre de los dos que tan sin cuidado de traición semejante por el camino se venían, los cuales, llegados a do la celada[121] estaba, al instante fueron con ellos los pérfidos homicidas y cerráronlos en medio. Crisalbo se llegó a Leonida, pensando ser Silvia, y con injuriosas y turbadas palabras, con la infernal cólera que le señoreaba, con seis mortales heridas la dejó tendida en el suelo, a tiempo que ya Libeo

por los otros cuatro —creyendo que a mí me las daban— con infinitas puñaladas se revolcaba por la tierra. Carino, que vio cuán bien había salido el traidor intento suyo, sin aguardar razones, se les quitó delante, y los cinco traidores, contentísimos, como si hubieran hecho alguna famosa hazaña, se volvieron a su aldea; y Crisalbo se fue a casa de Silvia a dar él mesmo a sus padres la nueva de lo que había hecho, por acrescentarles el pesar y sentimiento, diciéndoles que fuesen a dar sepultura a su hija Silvia, a quien él había quitado la vida por haber hecho más caudal de la fría voluntad de Lisandro, su enemigo, que no de los continuos sirvicios suyos. Silvia, que sintió lo que Crisalbo decía, dándole el alma lo que había sido, le dijo cómo ella estaba viva, y aun libre de todo lo que la imputaba, y que mirase no hubiese muerto a quien le doliese más su muerte que perder él mismo la vida. Y con esto le dijo que su hermana Leonida se había partido aquella noche de su casa en traje no acostumbrado. Atónito quedó Crisalbo de ver a Silvia viva, teniendo él por cierto que la dejaba ya muerta, y con no pequeño sobresalto acudió luego[122] a su casa, y, no hallando en ella a su hermana, con grandísima confusión y furia volvió él solo a ver quién era la que había muerto, pues Silvia estaba viva.

»Mientras todas estas cosas pasaban, estaba yo con una ansia estraña esperando a Carino y Leonida, y, pareciéndome que ya tardaban más de lo que debían, quise ir a encontrarlos, o a saber si por algún caso aquella noche se habían detenido, y no anduve mucho por el camino cuando oí una lastimada voz que decía: "¡Oh soberano hacedor del cielo!, encoge la mano de tu justicia y abre la de tu misericordia, para tenerla desta alma, que presto te dará cuenta de las ofensas que te ha hecho. ¡Ay, Lisandro, Lisandro!, y cómo la amistad de Carino te costará la vida, pues no es posible sino que te la acabe el dolor de haberla yo por ti perdido. ¡Ay, cruel hermano!, ¿es posible que sin oír mis disculpas tan presto me quesiste dar la

pena de mi yerro?". Cuando estas razones oí, en la voz y en ellas conocí luego ser Leonida la que las decía, y présago de mi desventura, con el sentido turbado, fui a tiento a dar adonde Leonida estaba envuelta en su propria sangre; y, habiéndola conocido luego, dejándome caer sobre el herido cuerpo, haciendo los estremos de dolor posible, le dije: "¿Qué desdicha es ésta, bien mío? Ánima mía, ¿cuál fue la cruel mano que no ha tenido respecto a tanta hermosura?". En estas palabras fui conocido de Leonida, y, levantando con gran trabajo los cansados brazos, los echó por cima de mi cuello, y, apretando con la mayor fuerza que pudo, juntando su boca con la mía, con flacas y mal pronunciadas razones, me dijo solas estas: "Mi hermano me ha muerto; Carino, vendido; Libeo está sin vida, la cual te dé Dios a ti, Lisandro mío, largos y felices años, y a mí me deje gozar en la otra del reposo que aquí me ha negado". Y, juntando más su boca con la mía, habiendo cerrado los labios para darme el primero y último beso, al abrillos se le salió el alma y quedó muerta en mis brazos. Cuando yo lo sentí, abandonándome sobre el helado cuerpo, quedé sin ningún sentido. Y si como era yo el vivo, fuera el muerto, quien en aquel trance nos viera, el lamentable de Píramo y Tisbe[123] trujera a la memoria. Mas, después que volví en mí, abriendo ya la boca para llenar el aire de voces y sospiros, sentí que hacia donde yo estaba venía uno con apresurados pasos; y, llegándose cerca, aunque la noche hacía escura, los ojos del alma me dieron a conoscer que el que allí venía era Crisalbo; como era la verdad, porque él tornaba a certificarse si por ventura era su hermana Leonida la que había muerto. Y, como yo le conocí, sin que de mí se guardase, llegué a él como sañudo león y, dándole dos heridas, di con él en tierra; y, antes que acabase de espirar, le llevé arrastrando adonde Leonida estaba; y, puniendo en la mano muerta de Leonida el puñal que su hermano traía, que era el mesmo con que él la había muerto, ayudándole yo a ello, tres veces se le hinqué por el corazón.

Y, consolado en algo el mío con la muerte de Crisalbo, sin más detenerme, tomé sobre mis hombros el cuerpo de Leonida y llevéle al aldea donde mis parientes vivían; y, contándoles el caso, les rogué le diesen honrada sepultura, y luego puse por obra y determiné de tomar en Carino la venganza que en Crisalbo; la cual, por haberse él ausentado de nuestra aldea, se ha tardado hasta hoy, que le hallé a la salida deste bosque, después de haber seis meses que ando en su demanda. Él ha hecho ya el fin que su traición merescía, y a mí no me queda ya de quién tomar venganza, si no es de la vida que tan contra mi voluntad sostengo.» Ésta es, pastor, la causa de do proceden los lamentos que me has oído. Si te parece que es bastante para causar mayores sentimientos, a tu buena discreción dejo que lo considere.

Y con esto dio fin a su plática y principio a tantas lágrimas, que no pudo dejar Elicio de tenerle compañía en ellas. Pero, después que por largo espacio habían desfogado con tiernos sospiros, el uno la pena que sentía, el otro la compasión que della tomaba, Elicio comenzó con las mejores razones que supo a consolar a Lisandro, aunque era su mal tan sin consuelo como por el suceso dél había visto. Y entre otras cosas que le dijo, y la que a Lisandro más le cuadró, fue decirle que en los males sin remedio, el mejor era no esperarles ninguno; y que, pues de la honestidad y noble condición de Leonida se podría creer —según él decía— que de dulce vida gozaba, antes debía alegrarse del bien que ella había ganado, que no entristecerse por el que él había perdido. A lo cual respondió Lisandro:

—Bien conozco, amigo, que tienen fuerza tus razones para hacerme creer que son verdaderas, pero no que la tienen, ni la tendrán las que todo el mundo decirme pudiere, para darme consuelo alguno. En la muerte de Leonida comenzó mi desventura, la cual se acabará cuando yo la torne a ver; y, pues esto no puede ser sin que yo muera, al que me induciere a procurar la muerte tendré yo por más amigo de mi vida.

No quiso Elicio darle más pesadumbre con sus consuelos, pues él no los tenía por tales; sólo le rogó que se viniese con él a su cabaña, en la cual estaría todo el tiempo que gusto le diese, ofreciéndole su amistad en todo aquello que podía ser buena para servirle. Lisandro se lo agradeció cuanto fue posible; y, aunque no quería acetar el venir con Elicio, todavía lo hubo de hacer forzado de su importunación, y así los dos se levantaron y se vinieron a la cabaña de Elicio, donde reposaron lo poco que de la noche quedaba. Pero ya que la blanca Aurora dejaba el lecho del celoso marido[124] y comenzaba a dar muestras del venidero día, levantándose Erastro, comenzó a poner en orden el ganado de Elicio y suyo, para sacarle al pasto acostumbrado. Elicio convidó a Lisandro a que con él se viniese, y así, viniendo los tres pastores con el manso rebaño de sus ovejas por una cañada abajo, al subir de una ladera oyeron el sonido de una suave zampoña, que luego por Elicio y Erastro fue conocido que era Galatea quien la sonaba. Y no tardó mucho que por la cumbre de la cuesta se comenzaron a descubrir algunas ovejas, y luego tras ellas Galatea, cuya hermosura era tanta que sería mejor dejarla en su punto, pues faltan palabras para encarecerla. Venía vestida a la serrana,[125] con los luengos cabellos sueltos al viento, de quien el mesmo sol parescía tener envidia, porque, hiriéndoles con sus rayos, procuraba quitarles la luz si pudiera, mas la que la salía de la vislumbre[126] dellos, otro nuevo sol semejaba. Estaba Erastro fuera de sí mirándola, y Elicio no podía apartar los ojos de verla. Cuando Galatea vio que el rebaño de Elicio y Erastro con el suyo se juntaba, mostrando no gustar de tenerles aquel día compañía, llamó a la borrega mansa de su manada, a la cual siguieron las demás, y encaminóla a otra parte diferente de la que los pastores llevaban. Viendo Elicio lo que Galatea hacía, sin poder sufrir tan notorio desdén, llegándose a do la pastora estaba, le dijo:

—Deja, hermosa Galatea, que tu rebaño venga con el nuestro, y si no gustas de nuestra compañía, escoge la que más te agradare; que no por tu ausencia dejarán tus ovejas de ser bien apacentadas, pues yo, que nací para servirte, tendré más cuenta dellas que de las mías proprias. Y no quieras tan a la clara desdeñarme, pues no lo merece la limpia voluntad que te tengo; que, según el viaje que traías, a la Fuente de las Pizarras le encaminabas, y agora que me has visto quieres torcer el camino. Y si esto es así como pienso, dime adónde quieres hoy y siempre apascentar tu ganado, que yo te juro de no llevar allí jamás el mío.

—Yo te prometo, Elicio —respondió Galatea—, que no por huir de tu compañía ni de la de Erastro he vuelto del camino que tú imaginas que llevaba, porque mi intención es pasar hoy la siesta en el Arroyo de las Palmas, en compañía de mi amiga Florisa, que allá me aguarda, porque desde ayer concertamos las dos de apascentar hoy allí nuestros ganados; y, como yo venía descuidada sonando mi zampoña, la mansa borrega tomó el camino de las Pizarras, como della más acostumbrado. La voluntad que me tienes y ofrecimientos que me haces te agradezco, y no tengas en poco haber dado yo disculpa a tu sospecha.

—¡Ay, Galatea! —replicó Elicio—, y cuán bien que finges lo que te parece, teniendo tan poca necesidad de usar conmigo artificio, pues al cabo no tengo de querer más de lo que tú quisieres. Ora vayas al arroyo de las Palmas, al soto del Concejo o a la Fuente de las Pizarras, ten por cierto que no has de ir sola, que siempre mi alma te acompaña, y si tú no la vees, es porque no quieres verla, por no obligarte a remediarla.

—Hasta agora —respondió Galatea— tengo por ver la primera alma, y así no tengo culpa si no he remediado a ninguna.

—No sé cómo puedes decir eso —respondió Elicio—, hermosa Galatea, que las veas para herirlas y no para curarlas.

—Testimonio me levantas —replicó Galatea— en decir que yo, sin armas, pues a mujeres no son concedidas, haya herido a nadie.

—¡Ay, discreta Galatea! —dijo Elicio—, cómo te burlas con lo que de mi alma sientes, a la cual invisiblemente has llagado, y no con otras armas que con las de tu hermosura. Y no me quejo yo tanto del daño que me has hecho, como de que le tengas en poco.

—En menos me tendría yo —respondió Galatea— si en más le tuviese.

A esta sazón llegó Erastro, y, viendo que Galatea se iba y les dejaba, le dijo:

—¿Adónde vas, o de quién huyes, hermosa Galatea? Si de nosotros, que te adoramos, te alejas, ¿quién esperará de ti compañía? ¡Ay, enemiga!, cuán al desgaire te vas, triunfando de nuestras voluntades. El cielo destruya la buena que tengo, si no deseo verte enamorada de quien estime tus quejas en el grado que tú estimas las mías. ¿Ríeste de lo que digo, Galatea? Pues yo lloro de lo que tú haces.

No pudo Galatea responder a Erastro, porque andaba guiando su ganado hacia el Arroyo de las Palmas, y, abajando desde lejos la cabeza en señal de despedirse, los dejó. Y, como se vio sola, en tanto que llegaba adonde su amiga Florisa creyó que estaría, con la estremada voz que al cielo plugo darle, fue cantando este soneto:[127]

Galatea

Afuera el fuego, el lazo, el yelo y flecha
de amor, que abrasa, aprieta, enfría y hiere;
que tal llama mi alma no la quiere,
ni queda de tal ñudo satisfecha.
Consuma, ciña, yele, mate; estrecha

tenga otra la voluntad[128] cuanto quisiere;
que por dardo, o por nieve, o red no'spere
tener la mía en su calor deshecha.
Su fuego enfriará mi casto intento,
el ñudo romperé por fuerza o arte,
la nieve deshará mi ardiente celo,
la flecha embotará mi pensamiento;
y así, no temeré en segura parte
de amor el fuego, el lazo, el dardo, el yelo.

Con más justa causa se pudieran parar los brutos, mover los árboles[129] y juntar las piedras a escuchar el suave canto y dulce armonía de Galatea, que cuando a la cítara de Orfeo, lira de Apolo y música de Anfión los muros de Troya y Tebas[130] por sí mismos se fundaron, sin que artífice alguno pusiese en ellos las manos, y las hermanas, negras moradoras del hondo caos, a la estremada voz del incauto amante[131] se ablandaron. El acabar el canto Galatea y llegar adonde Florisa estaba, fue todo a un tiempo, de la cual fue con alegre rostro recebida, como aquella que era su amiga verdadera y con quien Galatea sus pensamientos comunicaba. Y, después que las dos dejaron ir a su albedrío a sus ganados a que de la verde yerba paciesen, convidadas de la claridad del agua de un arroyo que allí corría, determinaron de lavarse los hermosos rostros, pues no era menester para acrecentarles hermosura el vano y enfadoso artificio con que los suyos martirizan las damas que en las grandes ciudades se tienen por más hermosas. Tan hermosas quedaron después de lavadas como antes lo estaban, excepto que por haber llegado las manos con movimiento al rostro, quedaron sus mejillas encendidas y sonroseadas, de modo que un no sé qué de hermosura les acrescentaba; especialmente a Galatea, en quien se vieron

juntas las tres Gracias,[132] a quien los antiguos griegos pintaban desnudas por mostrar, entre otros efectos, que eran señoras de la belleza. Comenzaron luego a coger diversas flores del verde prado, con intención de hacer sendas guirnaldas con que recoger los desornados cabellos que sueltos por las espaldas traían.

En este ejercicio andaban ocupadas las dos hermosas pastoras, cuando por el arroyo abajo vieron al improviso venir una pastora de gentil donaire y apostura, de que no poco se admiraron, porque les pareció que no era pastora de su aldea ni de las otras comarcanas[133] a ella, a cuya causa con más atención la miraron, y vieron que venía poco a poco hacia donde ellas estaban. Y, aunque estaban bien cerca, ella venía tan embebida y transportada en sus pensamientos, que nunca las vio hasta que ellas quisieron mostrarse. De trecho en trecho se paraba, y, vueltos los ojos al cielo, daba unos sospiros tan dolorosos que de lo más íntimo de sus entrañas parecían arrancados. Torcía asimesmo sus blancas manos y dejaba correr por sus mejillas algunas lágrimas, que líquidas perlas semejaban. Por los estremos de dolor que la pastora hacía, conocieron Galatea y Florisa que de algún interno dolor traía el alma ocupada, y por ver en qué paraban sus sentimientos, entrambas se escondieron entre unos cerrados mirtos, y desde allí con curiosos ojos miraban lo que la pastora hacía. La cual, llegándose al margen del arroyo, con atentos ojos se paró a mirar el agua que por él corría, y, dejándose caer a la orilla dél como persona cansada, corvando una de sus hermosas manos, cogió en ella del agua clara, con la cual lavándose los húmidos ojos, con voz baja y debilitada dijo:

—¡Ay, claras y frescas aguas!, ¡cuán poca parte es vuestra frialdad para templar el fuego que en mis entrañas siento! Mal podré esperar de vosotras, ni aun de todas las que contiene el gran mar océano, el remedio que he menester, pues, aplicadas todas al ardor que me consume, haríades el

mesmo efecto que suele hacer la pequeña cantidad en la ardiente fragua, que más su llama acrecienta. ¡Ay, tristes ojos, causadores de mi perdición, [134] y en qué fuerte punto os alcé para tan gran caída! ¡Ay, Fortuna,[135] enemiga de mi descanso, con cuánta velocidad me derribaste de la cumbre de mis contentos al abismo de la miseria en que me hallo! ¡Ay, cruda hermana!, ¿cómo no aplacó la ira de tu desamorado[136] pecho la humilde y amorosa presencia de Artidoro?[137] ¿Qué palabras te pudo decir él para que le dieses tan aceda[138] y cruel respuesta? Bien parece, hermana, que tú no le tenías en la cuenta que yo le tengo, que si así fuera, a fe que tú te mostraras tan humilde cuanto él a ti subjeto.

Todo esto que la pastora decía mezclaba con tantas lágrimas, que no hubiera corazón que escuchándola no se enterneciera. Y, después que por algún espacio hubo sosegado el afligido pecho, al son del agua que mansamente corría, acomodando a su propósito una copla antigua, con suave y delicada voz cantó esta glosa:

Ya la esperanza es perdida,
y un solo bien me consuela:
qu'el tiempo, que pasa y vuela,
llevará presto la vida.[139]

Dos cosas hay en amor
con que su gusto se alcanza:
deseo de lo mejor,
es la otra la esperanza
que pone esfuerzo al temor.
Las dos hicieron manida[140]
en mi pecho, y no las veo;

antes en l'alma afligida,
porque me acabe el deseo,
ya la esperanza es perdida.

Si el deseo desfallece
cuando la esperanza mengua,
al contrario en mí parece,
pues cuanto ella más desmengua
tanto más él s'engrandece.
Y no hay usar de cautela
con las llagas que me atizan,
que en esta amorosa escuela
mil males me martirizan,
y un solo bien me consuela.

Apenas hubo llegado
el bien a mi pensamiento,
cuando el cielo, suerte y hado,
con ligero movimiento
l'han del alma arrebatado.
Y si alguno hay que se duela
de mi mal tan lastimero,
al mal amaina la vela,
y al bien pasa más ligero
qu'el tiempo, que pasa y vuela.

¿Quién hay que no se consuma
con estas ansias que tomo?,

pues en ellas se ve en suma
ser los cuidados de plomo
y los placeres de pluma.
Y aunque va tan de caída
mi dichosa buena andanza
en ella este bien se anida:
que quien llevó la esperanza
llevará presto la vida.

Presto acabó el canto la pastora, pero no las lágrimas con que lo solemnizaba, de las cuales movidas a compasión Galatea y Florisa, salieron de do escondidas estaban, y con amorosas y corteses palabras a la triste pastora saludaron, diciéndole, entre otras razones:

—Así los cielos, hermosa pastora, se muestren favorables a lo que pedirles quisieres, y dellos alcances lo que deseas, que nos digas, si no te es enojoso, qué ventura o qué destino te ha traído por esta tierra, que según la plática[141] que nosotras tenemos della, jamás por estas riberas te habemos visto. Y por haber oído lo que poco ha cantaste, y entender por ello que no tiene tu corazón el sosiego que ha menester, y por las lágrimas que has derramado, de que dan indicio tus húmidos y hermosos ojos, en ley de buen comedimiento estamos obligadas a procurarte el consuelo que de nuestra parte fuere posible. Y si fuere tu mal de los que no sufren ser consolados, a lo menos conoscerás en nosotras una buena voluntad de servirte.

—No sé con qué poder pagaros —respondió la forastera pastora—, hermosas zagalas, los corteses ofrecimientos que me hacéis, si no es con callar y agradecello, y estimarlos en el punto que merescen, y con no negaros lo que de mí saber quisiéredes, puesto que me sería mejor pasar en

silencio los sucesos de mi ventura, que no, con decirlos, daros indicios para que me tengáis por liviana.

—No muestra tu rostro y gentil apostura, hermosa pastora —respondió Galatea—, que el cielo te ha dado tan grosero entendimiento que con él hicieses cosa que después hubieses de perder reputación en decirla. Y, pues tu vista y palabras en tan poco ha hecho esta impresión en nosotras, que ya te tenemos por discreta, muéstranos, con contarnos tu vida, si llega a tu discreción tu ventura.

—A lo que yo creo —respondió la pastora—, en un igual andan entrambas, si ya no me ha dado la suerte más juicio para que sienta más los dolores que se ofrecen. Pero yo estoy bien cierta que sobrepujan tanto mis males a mi discreción, cuanto dellos es vencida toda mi habilidad, pues no tengo ninguna para saber remediallos. Y, porque la experiencia os desengañe, si quisiéredes oírme, bellas zagalas, yo os contaré con las más breves razones que pudiere, cómo, del mucho entendimiento que juzgáis que tengo, ha nascido el mal que le hace ventaja.

—Con ninguna cosa, discreta zagala, satisfarás más nuestros deseos —respondió Florisa—, que con darnos cuenta de lo que te hemos rogado.

—Apartémonos, pues —dijo la pastora—, deste lugar y busquemos otro donde, sin ser vistas ni estorbadas, pueda deciros lo que me pesa de haberos prometido, porque adivino que no estará más en perderse la buena opinión que con vosotras he cobrado, que cuanto tarde en descubriros mis pensamientos, si acaso los vuestros no han sido tocados de la enfermedad que yo padezco.

Deseosas de que la pastora cumpliese lo que prometía, se levantaron luego las tres y se fueron a un lugar secreto y apartado que ya Galatea y Florisa sabían, donde, debajo de la agradable sombra de unos acopados[142] mirtos, sin ser vistas de alguno, podían todas tres estar sentadas. Y luego,

con estremado donaire y gracia, la forastera pastora comenzó a decir desta manera:

—«En las riberas del famoso Henares, que al vuestro dorado Tajo,[143] hermosísimas pastoras, da siempre fresco y agradable tributo, fui yo nascida y criada, y no en tan baja fortuna que me tuviese por la peor de mi aldea. Mis padres son labradores y a la labranza del campo acostumbrados, en cuyo ejercicio les imitaba, trayendo yo una manada de simples ovejas por las dehesas concejiles de nuestra aldea, acomodando tanto mis pensamientos al estado en que mi suerte me había puesto, que ninguna cosa me daba más gusto que ver multiplicar y crecer mi ganado, sin tener cuenta con más que con procurarle los más fructíferos y abundosos pastos, claras y frescas aguas que hallar pudiese. No tenía ni podía tener más cuidados que los que podían nascer del pastoral oficio en que me ocupaba. Las selvas[144] eran mis compañeras, en cuya soledad muchas veces, convidada de la suave armonía de los dulces pajarillos, despedía la voz a mil honestos cantares, sin que en ellos mezclase sospiros ni razones que de enamorado pecho diesen indicio alguno. ¡Ay!, cuántas veces, sólo por contentarme a mí mesma y por dar lugar al tiempo que se pasase, andaba de ribera en ribera, de valle en valle, cogiendo aquí la blanca azucena, allí el cárdeno lirio, acá la colorada rosa, acullá la olorosa clavellina, haciendo de todas suertes de odoríferas[145] flores una tejida guirnalda, con que adornaba y recogía mis cabellos; y después, mirándome en las claras y reposadas aguas de alguna fuente, quedaba tan gozosa de haberme visto que no trocara mi contento por otro alguno. Y cuántas hice burla de algunas zagalas que, pensando hallar en mi pecho alguna manera de compasión del mal que los suyos sentían, con abundancia de lágrimas y sospiros, los secretos enamorados de su alma me descubrían.

»Acuérdome agora, hermosas pastoras, que llegó a mí un día una zagala amiga mía, y, echándome los brazos al cuello y juntando su rostro con el mío, hechos sus ojos fuentes, me dijo: "¡Ay, hermana Teolinda —que éste es el nombre desta desdichada—, y cómo creo que el fin de mis días es llegado, pues amor no ha tenido la cuenta conmigo que mis deseos merescían!". Yo, entonces, admirada de los estremos que la veía hacer, creyendo que algún gran mal le había sucedido de pérdida de ganado, o de muerte de padre o hermano, limpiándole los ojos con la manga de mi camisa, le rogué que me dijese qué mal era el que tanto la aquejaba. Ella, prosiguiendo en sus lágrimas y no dando tregua a sus sospiros, me dijo: "¿Qué mayor mal quieres, ¡oh Teolinda!, que me haya sucedido que el haberse ausentado sin decirme nada el hijo del mayoral de nuestra aldea, a quien yo quiero más que a los proprios ojos de la cara; y haber visto esta mañana en poder de Leocadia, la hija del rabadán[146] Lisalco, una cinta encarnada que yo había dado a aquel fementido[147] de Eugenio, por donde se me ha confirmado la sospecha que yo tenía de los amores que el traidor con ella trataba?". Cuando yo acabé de entender sus quejas, os juro, amigas y señoras mías, que no pude acabar conmigo de[148] no reírme y decirle: "Mía fe,[149] Lidia —que así se llama la sin ventura—, pensé que de otra mayor llaga venías herida, según te quejabas, pero agora conozco cuán fuera de sentido andáis vosotras, las que presumís de enamoradas, en hacer caso de semejantes niñerías. Dime, por tu vida, Lidia amiga: ¿cuánto vale una cinta encarnada, para que te duela de verla en poder de Leocadia, ni de que se la haya dado Eugenio? Mejor harías de tener cuenta con tu honra y con lo que conviene al pasto de tus ovejas, y no entremeterte en estas burlerías de amor, pues no se saca dellas, según veo, sino menoscabo de nuestras honras y sosiego". Cuando Lidia oyó de mi boca tan contraria respuesta de la que esperaba de mi piadosa condición, no hizo otra cosa

sino abajar la cabeza, y, acrescentando lágrimas a lágrimas y sollozos a sollozos, se apartó de mí; y, volviendo a cabo de poco trecho el rostro, me dijo: "Ruego yo a Dios, Teolinda, que presto te veas en estado que tengas por dichoso el mío, y que el amor te trate de manera que cuentes tu pena a quien la estime y sienta en el grado que tú has hecho la mía". Y con esto se fue, y yo me quedé riyendo[150] de sus desvaríos. Mas, ¡ay, desdichada, y cómo a cada paso conozco que me va alcanzando bien su maldición, pues aun agora temo que estoy contando mi pena a quien se dolerá poco de haberla sabido!».

A esto respondió Galatea:

—Pluviera a Dios, discreta Teolinda, que así como hallarás en nosotras compasión de tu daño, pudieras hallar el remedio dél, que presto perdieras la sospecha que de nuestro conocimiento tienes.

—Vuestra hermosa presencia y agradable conversación, dulces pastoras —respondió Teolinda—, me hace esperar eso, pero mi corta ventura me fuerza a temer estotro. Mas, suceda lo que sucediere, que al fin habré de contaros lo que os he prometido:

«Con la libertad que os he dicho, y en los ejercicios que os he contado, pasaba yo mi vida tan alegre y sosegadamente que no sabía qué pedirme el deseo, hasta que el vengativo Amor me vino a tomar estrecha cuenta de la poca que con él tenía, y alcanzóme en ella de manera que, con quedar su esclava, creo que aún no está pagado ni satisfecho.

»Acaeció, pues, que un día —que fuera para mí el más venturoso de los de mi vida, si el tiempo y las ocasiones no hubieran traído tal descuento a mis alegrías—, viniendo yo con otras pastoras de nuestra aldea a cortar ramos y a coger juncia[151] y flores y verdes espadañas para adornar el templo y calles de nuestro lugar, por ser el siguiente día solemnísima fiesta y estar obligados los moradores de nuestro pueblo por promesa y voto a

guardalla, acertamos a pasar todas juntas por un deleitoso bosque que entre el aldea y el río está puesto, adonde hallamos una junta de agraciados pastores, que a la sombra de los verdes árboles pasaban el ardor de la caliente siesta, los cuales, como nos vieron, al punto fuimos dellos conoscidas, por ser todos cuál primo y cuál hermano y cuál pariente nuestro. Y, saliéndonos al encuentro y entendido de nosotras el intento que llevábamos, con corteses palabras nos persuadieron y forzaron a que adelante no pasásemos, porque algunos dellos tomarían el trabajo de traer hasta allí los ramos y flores por que íbamos. Y así, vencidas de sus ruegos, por ser ellos tales, hubimos de conceder lo que querían; y luego seis de los más mozos, apercebidos de sus hocinos,[152] se partieron con gran contento a traernos los verdes despojos que buscábamos. Nosotras, que seis éramos, nos juntamos donde los demás pastores estaban, los cuales nos recibieron con el comedimiento posible, especialmente de un pastor forastero que allí estaba, que de ninguna de nosotras fue conoscido, el cual era de tan gentil donaire y brío que quedaron todas admiradas en verle; pero yo quedé admirada y rendida. No sé qué os diga, pastoras, sino que, así como mis ojos le vieron, sentí enternecérseme el corazón, y comenzó a discurrir por todas mis venas un yelo que me encendía,[153] y, sin saber cómo, sentí que mi alma se alegraba de tener puestos los ojos en el hermoso rostro del no conocido pastor. Y en un punto, sin ser en los casos de amor experimentada, vine a conoscer que era amor el que salteado[154] me había. Y luego quisiera quejarme dél, si el tiempo y la ocasión me dieran lugar a ello.

»En fin, yo quedé cual ahora estoy, vencida y enamorada, aunque con más confianza de salud que la que ahora tengo. ¡Ay!, cuántas veces en aquella sazón me quise llegar a Lidia, que con nosotras estaba y decirle: “Perdóname, Lidia hermana, de la desabrida respuesta que te di el otro día, porque te hago saber que ya tengo más experiencia del mal de que te

quejabas que tú mesma". Una cosa me tiene maravillada: de cómo cuantas allí estaban no conocieron, por los movimientos de mi rostro, los secretos de mi corazón; y debiólo de causar que todos los pastores se volvieron al forastero y le rogaron que acabase de cantar una canción que había comenzado antes que nosotras llegásemos; el cual, sin hacerse de rogar, siguió su comenzado canto con tan estremada y maravillosa voz, que todos los que la escuchaban estaban transportados en oírla. Entonces acabé yo de entregarme de todo en todo[155] a todo lo que el amor quiso, sin quedar en mí más voluntad que si no la hubiera tenido para cosa alguna en mi vida. Y, puesto que yo estaba más suspensa que todos escuchando la suave armonía del pastor, no por eso dejé de poner grandísima atención a lo que en sus versos cantaba, porque me tenía ya el amor puesta en tal estremo que me llegara al alma si le oyera cantar cosas de enamorado, que imaginara que ya tenía ocupados sus pensamientos, y quizá en parte que no tuviesen alguna los míos en lo que deseaban. Mas lo que él entonces cantó no fueron sino ciertas alabanzas del pastoral estado y de la sosegada vida del campo, y algunos avisos[156] útiles a la conservación del ganado, de que no poco quedé yo contenta, pareciéndome que si el pastor estuviera enamorado, que de ninguna cosa tratara que de sus amores, por ser condición de los amantes parecerles mal gastado el tiempo que en otra cosa que en ensalzar y alabar la causa de sus tristezas o contentos se gasta. Ved, amigas, en cuán poco espacio estaba ya maestra en la escuela de amor.

»El acabar el pastor su canto y el descubrir los que con los ramos venían fue todo a un tiempo; los cuales, a quien de lejos los miraba, no parecían sino un pequeño montecillo que con todos sus árboles se movía, según venían pomposos y enramados. Y, llegando ya cerca de nosotras, todos seis entonaron sus voces, y comenzando el uno y respondiendo todos, con muestras de grandísimo contento, y con muchos placenteros alaridos, dieron

principio a un gracioso villancico.[157] Con este contento y alegría llegaron más presto de lo que yo quisiera, porque me quitaron la que yo sentía de la vista del pastor. Descargados, pues, de la verde carga, vimos que traía cada uno una hermosa guirnalda enroscada en el brazo, compuesta de diversas y agradables flores, las cuales con graciosas palabras a cada una de nosotras la suya presentaron, y se ofrecieron de llevar los ramos hasta el aldea. Mas, agradeciéndoles nosotras su buen comedimiento, llenas de alegría, queríamos dar la vuelta al lugar, cuando Eleuco, un anciano pastor que allí estaba, nos dijo: "Bien será, hermosas pastoras, que nos paguéis lo que por vosotras nuestros zagales han hecho, con dejarnos las guirnaldas, que demasiadas lleváis de lo que a buscar veníades; pero ha de ser con condición que de vuestra mano las deis a quien os pareciere". "Si con tan pequeña paga quedaréis de nosotras satisfechos —respondió la una—, yo por mí soy contenta". Y, tomando la guirnalda con ambas manos, la puso en la cabeza de un gallardo primo suyo. Las otras, guiadas deste ejemplo, dieron las suyas a diferentes zagales que allí estaban; que todos, sus parientes eran. Yo, que a lo último quedaba, y que allí deudo[158] alguno no tenía, mostrando hacer de la desenvuelta, me llegué al forastero pastor, y, puniéndole la guirnalda en la cabeza, le dije: "Ésta te doy, buen zagal, por dos cosas: la una, por el contento que a todos nos has dado con tu agradable canto; la otra, porque en nuestra aldea se usa honrar a los estranjeros".[159] Todos los circunstantes recibieron gusto de lo que yo hacía; pero, ¿qué os diré yo de lo que mi alma sintió, viéndome tan cerca de quien me la tenía robada, sino que diera cualquiera otro bien que acertara a desear en aquel punto, fuera de quererle, por poder ceñirle con mis brazos al cuello, como le ceñí las sienes con la guirnalda? El pastor se me humilló y con discretas palabras me agradeció la merced que le hacía, y, al despedirse de mí, con voz baja, hurtando la ocasión a los muchos ojos que allí había, me dijo:

“Mejor te he pagado de lo que piensas, hermosa pastora, la guirnalda que me has dado: prenda llevas contigo que si la sabes estimar, conocerás que me quedas deudora”. Bien quisiera yo responderle, pero la priesa que mis compañeras me daban era tanta, que no tuve lugar de replicarle.

»Desta manera me volví al aldea, con tan diferente corazón del con que había salido, que yo mesma de mí mesma me maravillaba. La compañía me era enojosa, y cualquiera pensamiento que me viniese, que a pensar en mi pastor no se encaminase, con gran presteza procuraba luego de desecharle de mi memoria, como indigno de ocupar el lugar que de amorosos cuidados estaba lleno. Yo no sé cómo en tan pequeño espacio de tiempo me transformé en otro ser del que tenía, porque yo ya no vivía en mí, sino en Artidoro —que ansí se llama la mitad de mi alma[160] que ando buscando —: doquiera que volvía los ojos me parecía ver su figura;[161] cualquiera cosa que escuchaba, luego sonaba en mis oídos su suave música y armonía; a ninguna parte movía los pies, que no diera por hallarle en ella mi vida, si él la quisiera; en los manjares no hallaba el acostumbrado gusto, ni las manos acertaban a tocar cosa que se le diese. En fin, todos mis sentidos estaban trocados del ser que primero tenían, ni el alma obraba por ellos como era acostumbrada.

»En considerar la nueva Teolinda que en mí había nacido, y en contemplar las gracias del pastor, que impresas en el alma[162] me quedaron, se me pasó todo aquel día y la noche antes de la solemne fiesta, la cual venida, fue con grandísimo regocijo y aplauso[163] de todos los moradores de nuestra aldea y de los circunvecinos lugares solemnizada. Y, después de acabadas en el templo las sacras oblaciones,[164] y cumplidas las debidas ceremonias, en una ancha plaza que delante del templo se hacía, a la sombra de cuatro antiguos[165] y frondosos álamos que en ella estaban, se juntó casi la más gente del pueblo, y, haciéndose todos un corro, dieron lugar a que los

zagales vecinos y forasteros se ejercitasen, por honra de la fiesta, en algunos pastoriles ejercicios. Luego en el instante, se mostraron en la plaza un buen número de dispuestos y gallardos pastores, los cuales, dando alegres muestras de su juventud y destreza, dieron principios a mil graciosos juegos: ora tirando la pesada barra, ora mostrando la ligereza de sus sueltos miembros en los desusados saltos, ora descubriendo su crescida fuerza e industriosa maña en las intrincadas luchas, ora enseñando la velocidad de sus pies en las largas carreras, procurando cada uno de ser tal en todo, que el primero premio alcanzase de muchos que los mayorales del pueblo tenían puestos para los mejores que en tales ejercicios se aventajasen. Pero, en estos que he contado, ni en otros muchos que callo por no ser prolija, ningunos de cuantos allí estaban, vecinos y comarcanos, llegó al punto que mi Artidoro, el cual con su presencia quiso honrar y alegrar nuestra fiesta, y llevarse el primero honor y premio de todos los juegos que se hicieron. Tal era, pastoras, su destreza y gallardía; las alabanzas que todas le daban eran tantas, que yo mesma me ensoberbecía, y un desusado contento en el pecho me retozaba, sólo en considerar cuán bien había sabido ocupar mis pensamientos. Pero, con todo esto, me daba grandísima pesadumbre que Artidoro, como forastero, se había de partir presto de nuestra aldea, y que si él se iba sin saber, a lo menos, lo que de mí llevaba —que era el alma—, ¿qué vida sería la mía en su ausencia, o cómo podría yo aliviar mi pena siquiera con quejarme, pues no tenía de quién, sino de mí mesma? Estando yo, pues, en estas imaginaciones, se acabó la fiesta y regocijo, y queriendo Artidoro despedirse de los pastores sus amigos, todos ellos juntos le rogaron que, por los días que había de durar el octavario[166] de la fiesta, fuese contento de pasarlos con ellos, si otra cosa de más gusto no se lo impidía. “Ninguna me la puede dar a mí mayor, graciosos pastores —respondió Artidoro—, que serviros en esto y en todo

lo que más fuere vuestra voluntad, que, puesto que la mía era por agora querer buscar a un hermano mío que pocos días ha falta de nuestra aldea, cumpliré vuestro deseo, por ser yo el que gano en ello." Todos se lo agradecieron mucho, y quedaron contentos de su quedada,[167] pero más lo quedé yo, considerando que en aquellos ocho días no podía dejar de ofrecérseme ocasión donde le descubriese lo que ya encubrir no podía. Toda aquella noche casi se nos pasó en bailes y juegos, y en contar unas a otras las pruebas que habíamos visto hacer a los pastores aquel día, diciendo: "Fulano bailó mejor que fulano, puesto que el tal sabía más mudanzas que el tal; Mingo derribó a Bras, pero Bras corrió más que Mingo". Y, al fin fin, [168] todas concluían que Artidoro, el pastor forastero, había llevado la ventaja a todos, loándole cada una en particular sus particulares gracias; las cuales alabanzas, como ya he dicho, todas en mi contento redundaban.

»Venida la mañana del día después de la fiesta, antes que la fresca aurora perdiese el rocío aljofarado[169] de sus hermosos cabellos, y que el sol acabase de descubrir sus rayos por las cumbres de los vecinos montes, nos juntamos hasta una docena de pastoras, de las más miradas del pueblo, y asidas unas de otras de las manos, al son de una gaita y de una zampoña, haciendo y deshaciendo intricadas vueltas y bailes, nos salimos de la aldea a un verde prado que no lejos della estaba, dando gran contento a todos los que nuestra enmarañada danza miraban. Y la ventura, que hasta entonces mis cosas de bien en mejor iba guiando, ordenó que en aquel mesmo prado hallásemos todos los pastores del lugar, y con ellos a Artidoro, los cuales, como nos vieron, acordando luego el son de un tamborino[170] suyo con el de nuestras zampoñas, con el mesmo compás y baile nos salieron a recebir, mezclándonos unos con otros confusa[171] y concertadamente, y mudando los instrumentos el son, mudamos el baile, de manera que fue menester que las pastoras nos desasiésemos y diésemos las manos a los pastores; y quiso

mi buena dicha que acerté yo a dar la mía a Artidoro. No sé cómo os encarezca, amigas, lo que en tal punto sentí, si no es deciros que me turbé de manera que no acertaba a dar paso concertado en el baile; tanto, que le convenía a Artidoro llevarme con fuerza tras sí, porque no rompiese, soltándome, el hilo de la concertada danza. Y, tomando dello ocasión, le dije: "¿En qué te ha ofendido mi mano, Artidoro, que ansí la aprietas?". Él me respondió, con voz que de ninguno pudo ser oída: "Mas, ¿qué te ha hecho a ti mi alma, que así la maltratas?". "Mi ofensa es clara —respondí yo mansamente—; mas la tuya, ni la veo ni podrá verse." "Y aun ahí está el daño —replicó Artidoro—: que tengas vista para hacer el mal y te falte para sanarle." En esto cesaron nuestras razones, porque los bailes cesaron, quedando yo contenta y pensativa de lo que Artidoro me había dicho; y, aunque consideraba que eran razones enamoradas, no me aseguraban si era de enamorado.

»Luego nos sentamos todos los pastores y pastoras sobre la verde yerba; y, habiendo reposado un poco del cansancio de los bailes pasados, el viejo Eleuco, acordando su instrumento, que un rabel era, con la zampoña de otro pastor, rogó a Artidoro que alguna cosa cantase, pues él más que otro alguno lo debía hacer, por haberle dado el cielo tal gracia[172] que sería ingrato si encubrirla quisiese. Artidoro, agradeciendo a Eleuco las alabanzas que le daba, comenzó luego a cantar unos versos, que, por haberme puesto en mí sospecha [a]que[l]las palabras que antes me había dicho, los tomé tan en la memoria que aun hasta agora no se me han olvidado: los cuales, aunque os dé pesadumbre oírlos, sólo porque hacen al caso para que entendáis punto por punto por los que me ha traído el amor al desdichado[173] en que me hallo, os los habré de decir; que son éstos:[174]

En áspera, cerrada, escura noche,

sin ver jamás el esperado día,
y en contino,[175] crecido, amargo llanto,
ajeno de placer, contento y risa,
meresce estar, y en una viva muerte,
aquel que sin amor pasa la vida.

¿Qué puede ser la más alegre vida,
sino una sombra de una breve noche,
o natural retrato de la muerte,
si en todas cuantas horas tiene el día,
puesto silencio al congojoso llanto,
no admite del amor la dulce risa?

Do vive el blando amor, vive la risa,
y adonde muere, muere nuestra vida,
y el sabroso placer se vuelve en llanto,
y en tenebrosa sempiterna noche
la clara luz del sosegado día,
y es el vivir sin él amarga muerte.

Los rigurosos trances de la muerte
no huye el amador; antes con risa
desea la ocasión y espera el día
donde pueda ofrescer la cara vida
hasta ver la tranquila última noche,
al amoroso fuego, al dulce llanto.

No se llama de amor el llanto, llanto,
ni su muerte llamarse debe muerte,
ni a su noche dar título de noche;
[que] su risa llamarse debe risa,
y su vida tener por cierta vida,

y sólo festejar su alegre día.
¡Oh venturoso para mí este día,
do pude poner freno al triste llanto,
y alegrarme de haber dado mi vida
a quien dármela puede, o darme muerte!
¿Mas qué puede esperarse, si no es risa,
de un rostro que al sol vence y vuelve en noche?
Vuelto ha mi escura noche en claro día
amor, y en risa mi crescido llanto,
y mi cercana muerte en larga vida.

»Éstos fueron los versos, hermosas pastoras, que con maravillosa gracia y no menos satisfacción de los que le escuchaban aquel día, cantó mi Artidoro, de los cuales y de las razones que antes me había dicho, tomé yo ocasión de imaginar si por ventura mi vista algún nuevo accidente amoroso en el pecho de Artidoro había causado; y no me salió tan vana mi sospecha que él mesmo no me la certificase al volvernos al aldea.»

A este punto del cuento de sus amores llegaba Teolinda, cuando las pastoras sintieron grandísimo estruendo de voces de pastores y ladridos de perros, que fue causa para que dejasen la comenzada plática y se parasen a mirar por entre las ramas lo que era. Y así, vieron que por un verde llano que a su mano derecha estaba, atravesaban una multitud de perros, los cuales venían siguiendo una temerosa liebre,[176] que a toda furia a las espesas matas venía a guarecerse. Y no tardó mucho que por el mesmo lugar donde las pastoras estaban la vieron entrar y irse derecha al lado de Galatea; y allí, vencida del cansa[n]cio de la larga carrera y casi como segura del cercano peligro, se dejó caer en el suelo con tan cansado aliento que parecía que faltaba poco para dar el espíritu. Los perros, por el olor y

rastro, la siguieron hasta entrar adonde estaban las pastoras; mas Galatea, tomando la temerosa liebre en los brazos, estorbó su vengativo intento a los cobdiciosos perros, por parecerle no ser bien si dejaba de defender a quien della había querido valerse. De allí a poco llegaron algunos pastores, que en seguimiento de los perros y de la liebre venían, entre los cuales venía el padre de Galatea, por cuyo respecto ella, Florisa y Teolinda le salieron a rescebir con la debida cortesía. Él y los pastores quedaron admirados de la hermosura de Teolinda, y con deseo de saber quién fuese, porque bien conocieron que era forastera. No poco les pesó desta llegada a Galatea y Florisa, por el gusto que les había quitado de saber el suceso de los amores de Teolinda, a la cual rogaron fuese servida de no partirse por algunos días de su compañía, si en ello no se estorbaba acaso el cumplimiento de sus deseos.

—Antes, por ver si pueden cumplirse —respondió Teolinda—, me conviene estar algún día en esta ribera; y, así por esto como por no dejar imperfecto[177] mi comenzado cuento, habré de hacer lo que me mandáis.

Galatea y Florisa la abrazaron y le ofrecieron de nuevo su amistad, y de servirla en cuanto sus fuerzas alcanzasen. En este entretanto, habiendo el padre de Galatea y los otros pastores en el margen del claro arroyo tendido sus gabanes y sacado de sus zurrones algunos rústicos manjares, convidaron a Galatea y a sus compañeras a que con ellos comiesen. Acetaron ellas el convite; y, sentándose luego, desecharon la hambre, que por ser ya subido el día comenzaba a fatigarles. En estos y en algunos cuentos que, por entretener el tiempo, los pastores contaron, se llegó la hora acostumbrada de recogerse al aldea. Y luego Galatea y Florisa, dando vuelta a sus rebaños, los recogieron, y en compañía de Teolinda y de los otros pastores hacia el lugar poco a poco se encaminaron; y, al quebrar de la cuesta donde aquella mañana habían topado a Elicio, oyeron todos la zampoña del desamorado

Lenio, el cual era un pastor en cuyo pecho el amor jamás pudo hacer morada, y desto vivía él tan alegre y satisfecho que, en cualquiera conversación y junta de pastores que se hallaba, no era otro su intento sino decir mal de amor y de los enamorados, y todos sus cantares a este fin se encaminaban. Y por esta tan estraña condición que tenía, era de los pastores de todas aquellas comarcas conocido, y de unos aborrecido y de otros estimado. Galatea y los que allí venían se pararon a escuchar, por ver si Lenio, como de costumbre tenía, alguna cosa cantaba. Y luego vieron que, dando su zampoña a otro compañero suyo, al son della comenzó a cantar lo que se sigue:

Lenio

Un vano, descuidado pensamiento,
una loca, altanera fantasía,
un no sé qué, que la memoria cría,
sin ser, sin calidad, sin fundamento;
una esperanza que se lleva el viento,
un dolor con renombre de alegría,
una noche confusa do no hay día,
un ciego error de nuestro entendimiento,
son las raíces proprias de do nasce
esta quimera antigua celebrada
que amor tiene por nombre en todo el suelo.
Y el alma qu'en amor tal se complace,
meresce ser del suelo desterrada,
y que no la recojan en el cielo.

A la sazón que Lenio cantaba lo que habéis oído, habían ya llegado con sus rebaños Elicio y Erastro, en compañía del lastimado Lisandro; y, pareciéndole a Elicio que la lengua de Lenio en decir mal de amor a más de lo que era razón se estendía, quiso mostrarle a la clara su engaño; y, aprovechándose del mesmo concepto[178] de los versos que él había cantado, al tiempo que ya llegaban Galatea, Florisa y Teolinda y los demás pastores, al son de la zampoña de Erastro, comenzó a cantar desta manera:

ELICIO

Meresce quien en el suelo
en su pecho a amor no encierra,
que lo desechen del cielo
y no le sufra la tierra.

Amor, que es virtud entera,
con otras muchas que alcanza,
de una en otra semejanza
sube a la causa primera.[179]
Y meresce el que su celo
de tal amor le destierra,
que le desechen del cielo
y no le acoja la tierra.

Un bello rostro y figura,
aunque caduca y mortal,
es un traslado y señal
de la divina hermosura.

Y el que lo hermoso en el suelo
desama y echa por tierra,
desechado sea del cielo
y no le sufra la tierra.

Amor tomado en sí solo,
sin mezcla de otro accidente,
es al suelo conviniente,
como los rayos de Apolo.
Y el que tuviere recelo
de amor que tal bien encierra,
meresce no ver el cielo
y que le trague la tierra.

Bien se conoce que amor
está de mil bienes lleno,
pues hace del malo bueno,
y del qu'es bueno, mejor.
Y así el que discrepa un pelo
en limpia amorosa guerra,
ni meresce ver el cielo,
ni sustentarse en la tierra.

El amor es infinito,
si se funda en ser honesto,
y aquel que se acaba presto,
no es amor sino apetito.
Y al que sin alzar el vuelo,

con su voluntad se cierra,
mátele rayo del cielo
y no le cubra la tierra.

No recibieron poco gusto los enamorados pastores de ver cuán bien Elicio su parte defendía, pero no por esto el desamorado Lenio dejó de estar firme en su opinión; antes, quería de nuevo volver a cantar y a mostrar en lo que cantase de cuán poco momento[180] eran las razones de Elicio para escurecer la verdad tan clara que él a su parecer sustentaba. Mas el padre de Galatea, que Aurelio el Venerable se llamaba, le dijo:

—No te fatigues por agora, discreto Lenio, en querernos mostrar en tu canto lo que en tu corazón sientes, que el camino de aquí al aldea es breve, y me parece que es menester más tiempo del que piensas para defenderte de los muchos que tienen tu contrario parescer. Guarda tus razones para lugar más oportuno, que algún día te juntarás tú y Elicio con otros pastores en la Fuente de las Pizarras o Arroyo de las Palmas, donde con más comodidad y sosiego podáis argüir y aclarar vuestras diferentes opiniones.

—La que Elicio tiene es opinión —respondió Lenio—, que la mía no es sino sciencia averiguada, la cual en breve o en largo tiempo, por traer ella consigo la verdad, me obligo a sustentarla; pero no faltará tiempo, como dices, más aparejado para este efecto.

—Ese procuraré yo —respondió Elicio—, porque me pesa que tan[181] subido ingenio como el tuyo, amigo Lenio, le falte quien le pueda requintar[182] y subir de punto, como es el limpio y verdadero amor, de quien te muestras tan enemigo.

—Engañado estás, ¡oh Elicio! —replicó Lenio—, si piensas con afeitadas[183] y sofísticas palabras hacerme mudar de lo que no me tendría por hombre si me mudase.

—Tan malo es —dijo Elicio— ser pertinaz en el mal, como bueno perseverar en el bien, y siempre he oído decir a mis mayores que de sabios es mudar consejo.

—No niego yo eso —respondió Lenio—, cuando yo entendiese que mi parecer no es justo, pero en tanto que la esperiencia y la razón no me mostraren el contrario de lo que hasta aquí me han mostrado, yo creo que mi opinión es tan verdadera cuanto la tuya falsa.

—Si se castigasen los herejes de amor —dijo a esta sazón Erastro—, desde agora comenzara yo, amigo Lenio, a cortar leña con que te abrasaran, por el mayor hereje y enemigo que el amor tiene.

—Y aun si yo no viera otra cosa del amor sino que tú, Erastro, le sigues, y eres del bando de los enamorados —respondió Lenio—, sola ella me bastara a renegar dél con cien mil lenguas, si cien mil lenguas tuviera.

—Pues, ¿parécete, Lenio —replicó Erastro—, que no soy bueno para enamorado?

—Antes me parece —respondió Lenio— que los que fueren de tu condición y entendimiento son proprios para ser ministros[184] suyos; porque quien es cojo, con el más mínimo traspié da de ojos,[185] y el que tiene poco discurso, poco ha menester para que le pierda del todo. Y los que siguen la bandera deste vuestro valeroso capitán, yo tengo para mí que no son los más sabios del mundo, y si lo han sido, en el punto que se enamoraron dejaron de serlo.

Grande fue el enojo que Erastro recibió de lo que Lenio le dijo, y así le respondió:

—Paréceme, Lenio, que tus desvariadas razones merescen otro castigo que palabras, mas yo espero que algún día pagarás lo que agora has dicho, sin que te valga lo que en tu defensa dijeres.

—Si yo entendiese de ti, Erastro —respondió Lenio—, que fueses tan valiente como enamorado, no dejarían de darme temor tus amenazas; mas, como sé que te quedas tan atrás en lo uno como vas adelante en lo otro, antes me causan risa que espanto.

Aquí acabó de perder la paciencia Erastro, y si no fuera por Lisandro y por Elicio, que en medio se pusieron, él respondiera a Lenio con las manos, porque ya su lengua, turbada con la cólera, apenas podía usar su oficio. Grande fue el gusto que todos recibieron de la graciosa pendencia de los pastores, y más de la cólera y enojo que Erastro mostraba, que fue menester que el padre de Galatea hiciese las amistades de Lenio y suyas; aunque Erastro, si no fuera por no perder el respecto al padre de su señora, en ninguna manera las hiciera. Luego que la cuestión fue acabada, todos con regocijo se encaminaron al aldea; y, en tanto que llegaban, la hermosa Florisa, al son de la zampoña de Galatea, cantó este soneto:

Florisa

Crezcan las simples ovejuelas mías
en el cerrado bosque y verde prado,
y el caluroso estío e invierno helado
abunde en yerbas verdes y aguas frías.

Pase en sueños las noches y los días,
en lo que toca al pastoral estado,
sin que de amor un mínimo cuidado
sienta, ni sus ancianas niñerías.

Éste mil bienes del amor pregona;
aquél publica dél vanos cuidados;
yo no sé si los dos andan perdidos,

ni sabré al vencedor dar la corona:
sé bien que son de amor los escogidos
tan pocos, cuanto muchos los llamados.[186]

Breve se les hizo a los pastores el camino, engañados y entretenidos con la graciosa voz de Florisa, la cual no dejó el canto hasta que estuvieron bien cerca del aldea y de las cabañas de Elicio y Erastro, que con Lisandro se quedaron en ellas, despidiéndose primero del venerable Aurelio, de Galatea y Florisa, que con Teolinda al aldea se fueron, y los demás pastores cada cual adonde tenía su cabaña. Aquella mesma noche pidió el lastimado Lisandro licencia a Elicio para volverse a su tierra, o adonde pudiese, conforme a sus deseos, acabar lo poco que, a su parecer, le quedaba de vida. Elicio, con todas las razones que supo decirle y con infinitos ofrecimientos de verdadera amistad que le ofreció, jamás pudo acabar con él que en su compañía, siquiera algunos días, se quedase. Y así, el sin ventura pastor, abrazando a Elicio, con abundantes lágrimas y sospiros se despidió dél, prometiendo de avisarle de su estado donde quiera que estuviese. Y, habiéndole acompañado Elicio hasta media legua de su cabaña, le tornó a abrazar estrechamente; y, tornándose a hacer de nuevo nuevos ofrecimientos, se apartaron, quedando Elicio con harto pesar del que Lisandro llevaba. Y así, se volvió a su cabaña a pasar lo más de la noche en sus amorosas imaginaciones, y a esperar el venidero día para gozar el bien que de ver a Galatea se le causaba. La cual, después que llegó a su aldea, deseando saber el suceso de los amores de Teolinda, procuró hacer de manera que aquella noche estuviesen solas ella y Florisa y Teolinda; y, hallando la comodidad que deseaba, la enamorada pastora prosiguió su cuento, como se verá en el segundo libro.

FIN DEL PRIMERO LIBRO DE *GALATEA*

SEGUNDO LIBRO DE *GALATEA*

Libres ya y desembarazadas de lo que aquella noche con sus ganados habían de hacer, procuraron recogerse y apartarse con Teolinda en parte donde, sin ser de nadie impedidas, pudiesen oír lo que del suceso de sus amores les faltaba. Y así, se fueron a un pequeño jardín que estaba en casa de Galatea; y, sentándose las tres debajo de una verde y pomposa parra que entricadamente por unas redes de palos se entretejía, tornando a repetir Teolinda algunas palabras de lo que antes había dicho, prosiguió diciendo:

—«Después de acabado nuestro baile y el canto de Artidoro —como ya os he dicho, bellas pastoras—, a todos nos pareció volvernos al aldea a hacer en el templo los solemnes sacrificios, y por parecernos asimesmo que la solemnidad de la fiesta daba en alguna manera licencia para [que], no teniendo cuenta tan a punto con el recogimiento, con más libertad nos holgásemos; y por esto, todos los pastores y pastoras, en montón confuso, alegre y regocijadamente al aldea nos volvimos, hablando cada uno con quien más gusto le daba. Ordenó, pues, la suerte y mi diligencia, y aun la solicitud de Artidoro, que sin mostrar artificio en ello, los dos nos apareamos,[187] de manera que a nuestro salvo pudiéramos hablar en aquel camino más de lo que hablamos, si cada uno por sí no tuviera respecto a lo que a sí mesmo y al otro debía. En fin, yo, por sacarle a barrera[188] —como decirse suele—, le dije: "Años se te harán, Artidoro, los días que en nuestra aldea estuvieres, pues debes de tener en la tuya cosas en que ocuparte que te deben de dar más gusto". "Todo el que yo puedo esperar en mi vida trocara yo —respondió Artidoro— porque fueran, no años, sino siglos, los días que

aquí tengo de estar, pues, en acabándose, no espero tener otros que más contento me hagan.” “¿Tanto es el que rescibes —respondí yo— en mirar nuestras fiestas?” “No nasce de ahí —respondió él—, sino de contemplar la hermosura de las pastoras desta vuestra aldea.” “¡Es verdad —repliqué yo —, que deben de faltar hermosas zagalas en la tuya!” “Verdad es que allá no faltan —respondió él—, pero aquí sobran, de manera que una sola que yo he visto, basta para que, en su comparación, las de allá se tengan por feas.” “Tu cortesía te hace decir eso, ¡oh Artidoro! —respondí yo—, porque bien sé que en este pueblo no hay ninguna que tanto se aventaje como dices.” “Mejor sé yo ser verdad lo que digo —respondió él—, pues he visto la una y mirado las otras.” “Quizá la miraste de lejos, y la distancia del lugar —dije yo— te hizo parecer otra cosa de lo que debe de ser.” “De la mesma manera —respondió él— que a ti te veo y estoy mirando agora, la he mirado y visto a ella; y yo me holgaría de haberme engañado, si no conforma[189] su condición con su hermosura.” “No me pesara a mí ser la que dices, por el gusto que debe sentir la que se vee pregonada y tenida por hermosa.” “Harto más —respondió Artidoro— quisiera yo que tú no fueras.” “Pues, ¿qué perdieras tú —respondí yo— si, como yo no soy la que dices, lo fuera?” “Lo que he ganado —respondió él— bien lo sé; de lo que he de perder estoy incierto y temeroso.” “Bien sabes hacer del enamorado —dije yo—, ¡oh Artidoro!” “Mejor sabes tú enamorar, ¡oh Teolinda!”, respondió él. A esto le dije: “No sé si te diga, Artidoro, que deseo que ninguno de los dos sea el engañado”. A lo que él respondió: “De que yo no me engaño estoy bien seguro, y de querer tú desengañarte, está en tu mano, todas las veces que quisieres hacer experiencia de la limpia voluntad que tengo de servirte”. “Ésa te pagaré yo con la mesma —repliqué yo—, por parecerme que no sería bien a tan poca costa quedar en deuda con alguno.”

»A esta sazón, sin que él tuviese lugar de responderme, llegó Eleuco, el mayoral, y dijo con voz alta: "¡Ea, gallardos pastores y hermosas pastoras!, haced que sientan en el aldea vuestra venida, entonando vosotras, zagalas, algún villancico, de modo que nosotros os respondamos; porque vean los del pueblo cuánto hacemos al caso los que aquí vamos para alegrar nuestra fiesta". Y porque en ninguna cosa que Eleuco mandaba dejaba de ser obedecido, luego los pastores me dieron a mí la mano[190] para que comenzase. Y así, yo, sirviéndome de la ocasión y aprovechándome de lo que con Artidoro había pasado, di principio a este villancico:

En los estados de amor,
nadie llega a ser perfecto,
sino el honesto y secreto.

Para llegar al süave
gusto de amor, si se acierta,
es el secreto la puerta,
y la honestidad la llave.
Y esta entrada no la sabe
quien presume de discreto,
sino el honesto y secreto.
Amar humana beldad
suele ser reprehendido,
si tal amor no es medido
con razón y honestidad.
Y amor de tal calidad
luego le alcanza, en efecto,
el qu'es honesto y secreto.

Es ya caso averiguado,
que no se puede negar,
que a veces pierde el hablar
lo qu'el callar ha ganado.
Y el que fuere enamorado,
jamás se verá en aprieto,
si fuere honesto y secreto.
Cuanto una parlera lengua
y unos atrevidos ojos
suelen causar mil enojos
y poner al alma en mengua,
tanto este dolor desmengua
y se libra deste aprieto
el qu'es honesto y secreto.

»No sé si acerté, hermosas pastoras, en cantar lo que habéis oído, pero sé bien que se supo aprovechar dello Artidoro, pues, en todo el tiempo que en nuestra aldea estuvo, puesto que me habló muchas veces, fue con tanto recato, secreto y honestidad, que los ociosos ojos y lenguas parleras ni tuvieron ni vieron que decir cosa que a nuestra honra perjudicase. Mas con el temor que yo tenía que, acabado el término que Artidoro había prometido de estar en nuestra aldea, se había de ir a la suya, procuré, aunque a costa de mi vergüenza, que no quedase mi corazón con lástima de haber callado lo que después fuera escusado decirse estando Artidoro ausente. Y así, después que mis ojos dieron licencia que los suyos amorosamente me mirasen, no estuvieron quedas[191] las lenguas, ni dejaron de mostrar con palabras lo que hasta entonces por señas los ojos habían bien claramente manifestado.

»En fin, sabréis, amigas mías, que un día, hallándome acaso sola con Artidoro, con señales de un encendido amor y comedimiento, me descubrió el verdadero y honesto amor que me tenía; y, aunque yo quisiera entonces hacer de la retirada y melindrosa, porque temía, como ya os he dicho, que él se partiese, no quise desdeñarle ni despedirle; y también por parecerme que los sinsabores que se dan y sienten en el principio de los amores son causa de que abandonen y dejen la comenzada empresa los que en sus sucesos no son muy experimentados. Y por esto le di respuesta tal cual yo deseaba dársela, quedando, en resolución, concertados en que él se fuese a su aldea, y que, de allí a pocos días, con alguna honrosa tercería[192] me enviase a pedir por esposa a mis padres; de lo que él fue tan contento y satisfecho, que no acababa de llamar venturoso el día en que sus ojos me miraron. De mí os sé decir que no trocara mi contento por ningún otro que imaginar pudiera, por estar segura que el valor y calidad de Artidoro era tal, que mi padre sería contento de recebirle por yerno.

»En el dichoso punto que habéis oído, pastoras, estaba el de nuestros amores, que no quedaban sino dos o tres días a la partida de Artidoro, cuando la Fortuna, como aquella que jamás tuvo término en sus cosas, ordenó que una hermana mía de poco menos edad que yo a nuestra aldea tornase, de otra donde algunos días había estado en casa de una tía nuestra que mal dispuesta se hallaba. Y porque consideréis, señoras, cuán estraños y no pensados[193] casos en el mundo suceden, quiero que entendáis una cosa que creo no os dejará de causar alguna admiración estraña; y es que esta hermana mía que os he dicho, que hasta entonces había estado ausente, me parece tanto en el rostro, estatura, donaire y brío, si alguno tengo, que no sólo los de nuestro lugar, sino nuestros mismos padres muchas veces nos han desconocido,[194] y a la una por la otra hablado; de manera que, para no caer en este engaño, por la diferencia de los vestidos, que diferentes eran,

nos diferenciaban. En una cosa sola, a lo que yo creo, nos hizo bien diferentes la naturaleza, que fue en las condiciones, por ser la de mi hermana más áspera de lo que mi contento había menester, pues por ser ella menos piadosa que advertida,[195] tendré yo que llorar todo el tiempo que la vida me durare.

»Sucedió, pues, que luego que mi hermana vino al aldea, con el deseo que tenía de volver al agradable pastoral ejercicio suyo, madrugó luego otro día[196] más de lo que yo quisiera, y con las ovejas proprias que yo solía llevar se fue al prado; y, aunque yo quise seguirla, por el contento que se me seguía de la vista de mi Artidoro, con no sé qué ocasión, mi padre me detuvo todo aquel día en casa, que fue el último de mis alegrías. Porque aquella noche, habiendo mi hermana recogido su ganado, me dijo, como en secreto, que tenía necesidad de decirme una cosa que mucho me importaba. Yo, que cualquiera otra pudiera pensar de la que me dijo, procuré que presto a solas nos viésemos, adonde ella, con rostro algo alterado, estando yo colgada de sus palabras, me comenzó a decir: "No sé, hermana mía, lo que piense de tu honestidad, ni menos sé si calle lo que no puedo dejar de decirte, por ver si me das alguna disculpa de la culpa que imagino que tienes; y, aunque yo, como hermana menor, estaba obligada a hablarte con más respecto, debes perdonarme, porque en lo que hoy he visto hallarás la disculpa de lo que te dijere". Cuando yo desta manera la oí hablar, no sabía qué responderle, sino decirle que pasase adelante con su plática. "Has de saber, hermana —siguió ella—, que esta mañana, saliendo con nuestras ovejas al prado, y yendo sola con ellas por la ribera de nuestro fresco Henares, al pasar por el alameda del Concejo, salió a mí un pastor que con verdad osaré jurar que jamás le he visto en estos nuestros contornos, y, con una estraña desenvoltura, me comenzó a hacer tan amorosas salutaciones que yo estaba con vergüenza y confusa, sin saber qué responderle; y él, no

escarmentado del enojo que, a lo que yo creo, en mi rostro mostraba, se llegó a mí diciéndome: '¿Qué silencio es éste, hermosa Teolinda, último refugio de esta ánima que os adora?'. Y faltó poco que no me tomó las manos para besármelas, añadiendo a lo que he dicho un catálogo de requiebros, que parecía que los traía estudiados. Luego di yo en la cuenta, considerando que él daba en el error en que otros muchos han dado, y que pensaba que con vos estaba hablando, de donde me nació sospecha que si vos, hermana, jamás le hubiérades visto, ni familiarmente tratado, no fuera posible tener el atrevimiento de hablaros de aquella manera. De lo cual tomé tanto enojo, que apenas podía formar palabra para responderle; pero al fin respondí de la suerte que su atrevimiento merescía, y cual a mí me pareció que estábades vos, hermana, obligada a responder a quien con tanta libertad os hablara. Y si no fuera porque en aquel instante llegó la pastora Licea, yo le añadiera tales razones, que fuera bien arrepentido de haberme dicho las suyas. Y es lo bueno, que nunca le quise decir el engaño en que estaba, sino que así creyó él que yo era Teolinda como si con vos mesma estuviera hablando. En fin, él se fue llamándome ingrata, desagradecida y de poco conocimiento; y, a lo que yo puedo juzgar del semblante que él llevaba, a fe, hermana, que otra vez no ose hablaros, aunque más sola os encuentre. Lo que deseo saber es quién es este pastor y qué conversación ha sido la de entrambos, de do nasce que con tanta desenvoltura él se atreviese a hablaros."

»A vuestra mucha discreción dejo, discretas pastoras, lo que mi alma sintiría, oyendo lo que mi hermana me contaba. Pero al fin, disimulando lo mejor que pude, le dije: "La mayor merced del mundo me has hecho, hermana Leonarda —que así se llama la turbadora de mi descanso—, en haberme quitado con tus ásperas razones el fastidio y desasosiego que me daban las importunas de ese pastor que dices, el cual es un forastero que

habrá ocho días que está en esta nuestra aldea, en cuyo pensamiento ha cabido tanta arrogancia y locura que, doquiera que me vee, me trata de la manera que has visto, dándose a entender que tiene granjeada mi voluntad; y, aunque yo le he desengañado, quizá con más ásperas palabras de las que tú le dijiste, no por eso deja él de proseguir en su vano propósito; y a fe, hermana, que deseo que venga ya el nuevo día, para ir a decirle que si no se aparta de su vanidad, que espere el fin della que mis palabras siempre le han significado". Y así era la verdad, dulces amigas, que diera yo porque ya fuera el alba cuanto pedírseme pudiera, sólo por ir a ver a mi Artidoro y desengañarle del error en que había caído, temerosa que con la aceda y desabrida respuesta que mi hermana le había dado, él no se desdeñase y hiciese alguna cosa que en perjuicio de nuestro concierto viniese.

»Las largas noches del escabroso deciembre no dieron más pesadumbre al amante que del venidero día algún contento esperase, cuanto a mí me dio disgusto aquella, puesto que era de las cortas del verano, según deseaba la nueva luz, para ir a ver a la luz por quien mis ojos veían. Y así, antes que las estrellas perdiesen del todo la claridad, estando aún en duda si era de noche o de día, forzada de mi deseo, con la ocasión de ir a apacentar las ovejas, salí del aldea; y, dando más priesa al ganado de la acostumbrada para que caminase, llegué al lugar adonde otras veces solía hallar a Artidoro, el cual hallé solo[197] y sin ninguno que dél noticia me diese, de que no pocos saltos me dio el corazón, que casi adevinó el mal que le estaba guardado. ¡Cuántas veces, viendo que no le hallaba, quise con mi voz herir el aire, llamando el amado nombre de mi Artidoro, y decir: "Ven, bien mío, que yo soy la verdadera Teolinda, que más que a sí te quiere y ama!", sino que el temor que de otro que dél fuesen mis palabras oídas, me hizo tener más silencio del que quisiera. Y así, después que hube rodeado una y otra vez toda la ribera y el soto del manso Henares, me senté cansada al pie de un

verde sauce, esperando que del todo el claro sol sus rayos por la faz de la tierra estendiese, para que con su claridad no quedase mata, cueva, espesura, choza ni cabaña que de mí[198] mi bien no fuese buscado. Mas, apenas había dado la nueva luz lugar para discernir las colores, cuando luego se me ofreció a los ojos un cortecido[199] álamo blanco, que delante de mí estaba, en el cual y en otros muchos vi escritas unas letras,[200] que luego conocí ser de la mano de Artidoro allí fijadas; y, levantándome con priesa a ver lo que decían, vi, hermosas pastoras, que era esto:

Pastora en quien la belleza
en tanto estremo se halla,
que no hay a quien comparalla
sino a tu mesma crüeza.[201]
Mi firmeza y tu mudanza
han sembrado a mano llena
tus promesas en la arena
y en el viento mi esperanza.

Nunca imaginara yo
que cupiera en lo que vi,
tras un dulce alegre *sí*,
tan amargo y triste *no*.
Mas yo no fuera engañado
si pusiera en mi ventura,
así como en tu hermosura,
los ojos que te han mirado.

Pues cuanto tu gracia estraña

promete, alegra y concierta,
tanto turba y desconcierta
mi desdicha, y enmaraña.
Unos ojos me engañaron,
al parecer pïadosos.
¡Ay, ojos falsos, hermosos!,
los que os ven, ¿en qué pecaron?

Dime, pastora crüel:
¿a quién no podrá engañar
tu sabio honesto mirar
y tus palabras de miel?
De mí ya está conoscido
que, con menos que hicieras,
días ha que me tuvieras
preso, engañado y rendido.

Las letras que fijaré
en esta áspera corteza
crecerán con más firmeza
que no ha crecido tu fe;
la cual pusiste en la boca
y en vanos prometimientos,
no firme al mar y a los vientos,
como bien fundada roca.

Tan terrible y rigurosa
como víbora pisada,

tan crüel como agraciada,
tan falsa como hermosa;
lo que manda tu crueldad
cumpliré sin más rodeo,
pues nunca fue mi deseo
contrario a tu voluntad.

Yo moriré desterrado
porque tú vivas contenta,
mas mira que amor no sienta
del modo que me has tratado;
porque, en la amorosa danza,
aunque amor ponga estrecheza,[202]
sobre el compás de firmeza
no se sufre hacer mudanza.

Así como en la belleza
pasas[203] cualquiera mujer,
creí yo que en el querer
fueras de mayor firmeza;
mas ya sé, por mi pasión,
que quiso pintar natura
un ángel en tu figura,
y el tiempo en tu condición.[204]

Si quieres saber dó voy
y el fin de mi triste vida,
la sangre por mí vertida

te llevará donde estoy;
y, aunque nada no te cale[205]
de nuestro amor y concierto,
no niegues al cuerpo muerto
el triste y último *vale*;

que bien serás rigurosa,
y más que un diamante dura,[206]
si el cuerpo y la sepultura
no te vuelven piadosa.
Y en caso tan desdichado
tendré por dulce partido,
si fui vivo aborrecido,
ser muerto y por ti llorado.

»¿Qué palabras serán bastantes, pastoras, para daros a entender el estremo de dolor que ocupó mi corazón cuando claramente entendí que los versos que había leído eran de mi querido Artidoro? Mas no hay para qué encarescérosle, pues no llegó al punto que era menester para acabarme la vida, la cual, desde entonces acá tengo tan aborrecida, que no sentiría ni me podría venir mayor gusto que perderla. Los sospiros que entonces di, las lágrimas que derramé, las lástimas que hice, fueron tantas y tales, que ninguno me oyera que por loca no me juzgara.

»En fin, yo quedé tal que, sin acordarme de lo que a mi honra debía, propuse de desamparar[207] la cara patria, amados padres y queridos hermanos, y dejar con la guardia de sí mesmo al simple ganado mío. Y, sin entremeterme en otras cuentas, mas de en aquellas que para mi gusto entendí ser necesarias, aquella mesma mañana, abrazando mil veces la

corteza donde las manos de mi Artidoro habían llegado, me partí de aquel lugar con intención de venir a estas riberas, donde sé que Artidoro tiene y hace su habitación,[208] por ver si ha sido tan inconsiderado y cruel consigo que haya puesto en ejecución lo que en los últimos versos dejó escripto; que si así fuese, desde aquí os prometo, amigas mías, que no sea menor el deseo y presteza con que le siga en la muerte, que ha sido la voluntad con que le he amado en la vida. Mas, ¡ay de mí, y cómo creo que no hay sospecha que en mi daño sea que no salga verdadera!, pues ha ya nueve días que a estas frescas riberas he llegado, y en todos ellos no he sabido nuevas de lo que deseo; y quiera Dios que cuando las sepa, no sean las últimas que sospecho.» Veis aquí, discretas zagalas, el lamentable suceso de mi enamorada vida. Ya os he dicho quién soy y lo que busco; si algunas nuevas sabéis de mi contento, así la fortuna os conceda el mayor que deseáis, que no me las neguéis.

Con tantas lágrimas acompañaba la enamorada pastora las palabras que decía, que bien tuviera corazón de acero quien dellas no se doliera.[209] Galatea y Florisa, que naturalmente[210] eran de condición piadosa, no pudieron detener las suyas, ni menos dejaron, con las más blandas y eficaces razones que pudieron, de consolarla, dándole por consejo que se estuviese algunos días en su compañía; quizá haría la fortuna que en ellos algunas nuevas de Artidoro supiese; pues no permitiría el cielo que, por tan estraño engaño, acabase un pastor tan discreto como ella le pintaba el curso de sus verdes años; y que podría ser que Artidoro, habiendo con el discurso del tiempo vuelto a mejor discurso y propósito su pensamiento, volviese a ver la deseada patria y dulces amigos; y que por esto, allí mejor que en otra parte podía tener esperanza de hallarle. Con estas y otras razones, la pastora, algo consolada, holgó de quedarse con ellas, agradeciéndoles la merced que le hacían y el deseo que mostraban de procurar su contento. A

esta sazón, la serena noche, aguijando por el cielo el estrellado carro,[211] daba señal que el nuevo día se acercaba; y las pastoras, con el deseo y necesidad de reposo, se levantaron y del fresco jardín a sus estancias se fueron. Mas, apenas el claro sol había con sus calientes rayos deshecho y consumido la cerrada niebla que en las frescas mañanas por el aire suele estenderse, cuando las tres pastoras, dejando los ociosos lechos, al usado[212] ejercicio de apascentar su ganado se volvieron, con harto diferentes pensamientos Galatea y Florisa del que la hermosa Teolinda llevaba, la cual iba tan triste y pensativa que era maravilla. Y a esta causa, Galatea, por ver si podría en algo divertirla, le rogó que, puesta aparte un poco la melancolía, fuese servida de cantar algunos versos al son de la zampoña de Florisa. A esto respondió Teolinda:

—Si la mucha causa que tengo de llorar, con la poca que de cantar tengo, entendiera que en algo se menguara, bien pudieras, hermosa Galatea, perdonarme porque no hiciera lo que me mandas; pero, por saber ya por experiencia que lo que mi lengua cantando pronuncia mi corazón llorando lo solemniza, haré lo que quieres, pues en ello, sin ir contra mi deseo, satisfaré el tuyo.

Y luego la pastora Florisa tocó su zampoña, a cuyo son Teolinda cantó este soneto:

Teolinda

Sabido he por mi mal adónde llega
la cruda fuerza de un notorio engaño,
y cómo amor procura, con mi daño,
darme la vida qu’el temor me niega.
Mi alma de las carnes se despega,

siguiendo aquella que, por hado estraño,
la tiene puesta en pena, en mal tamaño,
qu'el bien la turba y el dolor sosiega.
Si vivo, vivo en fe de la esperanza,
que, aunque es pequeña y débil, se sustenta
siendo a la fuerza de mi amor asida.
¡Oh firme comenzar, frágil mudanza,
amarga suma de una dulce cuenta,
cómo acabáis por términos[213] la vida!

No había bien acabado de cantar Teolinda el soneto que habéis oído, cuando las tres pastoras sintieron a su mano derecha, por la ladera de un fresco valle, el son de una zampoña, cuya suavidad era de suerte que todas se suspendieron y pararon, para con más atención gozar de la suave armonía. Y de allí a poco oyeron que al son de la zampoña el de un pequeño rabel se acordaba,[214] con tanta gracia y destreza que las dos pastoras Galatea y Florisa estaban suspensas, imaginando qué pastores podrían ser los que tan acordadamente sonaban, porque bien vieron que ninguno de los que ellas conocían, si Elicio no, era en la música tan diestro. A esta sazón, dijo Teolinda:

—Si los oídos no me engañan, hermosas pastoras, yo creo que tenéis hoy en vuestras riberas a los dos nombrados y famosos pastores Tirsi y Damón, [215] naturales de mi patria; a lo menos Tirsi, que en la famosa Compluto, [216] villa fundada en las riberas de nuestro Henares, fue nacido. Y Damón, su íntimo y perfecto amigo, si no estoy mal informada, de las montañas de León trae su origen, y en la nombrada Mantua Carpentanea[217] fue criado: tan aventajados los dos en todo género de discreción, sciencia y loables ejercicios, que no sólo en el circuito de nuestra comarca son conocidos,

pero por todo el de la tierra conocidos y estimados. Y no penséis, pastoras, que el ingenio destos dos pastores sólo se estiende en saber lo que al pastoral estado se conviene, porque pasa tan adelante que lo escondido del cielo y lo no sabido de la tierra, por términos y modos concertados, enseñan y disputan. Y estoy confusa en pensar qué causa les habrá movido a dejar Tirsi su dulce y querida Fili, y Damón su hermosa y honesta Amarili: Fili de Tirsi, Amarili de Damón, tan amadas, que no hay en nuestra aldea, ni en los contornos della, persona, ni en la campaña, bosque, prado, fuente o río, que de sus encendidos y honestos amores no tengan entera noticia.

—Deja por agora, Teolinda —dijo Florisa—, de alabarnos estos pastores, que más nos importa escuchar lo que vienen cantando, pues no menor gracia me parece que tienen en la voz que en la música de los instrumentos.

—Pues ¿qué diréis —replicó Teolinda— cuando veáis que a todo eso sobrepuja la excelencia de su poesía, la cual es de manera que al uno ya le ha dado renombre de «divino»[218] y al otro de «más que humano»?

Estando en estas razones las pastoras, vieron que por la ladera del valle por donde ellas mesmas iban, se descubrían dos pastores de gallarda dispusición y estremado brío, de poca más edad el uno que el otro; tan bien vestidos, aunque pastorilmente, que más parescían en su talle y apostura bizarros cortesanos que serranos ganaderos. Traía cada uno un bien tallado pellico de blanca y finísima lana, guarnecidos de leonado[219] y pardo, colores a quien más sus pastoras eran aficionadas; pendían de sus hombros sendos zurrones, no menos vistosos y adornados que los pellicos; venían de verde laurel y fresca yerba coronados, con los retorcidos cayados debajo del brazo puestos. No traían compañía alguna, y tan embebecidos[220] en su música venían, que estuvieron gran espacio sin ver a las pastoras, que por la mesma ladera iban caminando, no poco admiradas del gentil donaire y

gracia de los pastores; los cuales, con concertadas voces, comenzando el uno y replicando el otro, esto que se sigue cantaban:

DAMÓN TIRSI

DAMÓN

Tirsi, qu'el solitario cuerpo alejas,
con atrevido paso, aunque forzoso,
de aquella luz con quien el alma dejas:
¿cómo en son no te dueles doloroso,
pues hay tanta razón para quejarte
del fiero turbador de tu reposo?

TIRSI

Damón, si el cuerpo miserable parte
sin la mitad del alma[221] en la partida,
dejando della la más alta parte,
¿de qué virtud o ser será movida
mi lengua, que por muerta ya la cuento,
pues con el alma se quedó la vida?
Y, aunque muestro que veo, oigo y siento,
fantasma soy por el amor formada,
que con sola esperanza me sustento.

DAMÓN

¡Oh Tirsi venturoso, y qué invidiada
es tu suerte de mí con causa justa,
por ser de las de amor más estremada!
A ti sola la ausencia te disgusta,
y tienes el arrimo de esperanza
con quien el alma en sus desdichas gusta.
Pero, ¡ay de mí!, que adonde voy me alcanza
la fría mano del temor esquiva
y del desdén la rigurosa lanza.
Ten la vida por muerta, aunque más viva
se te muestre, pastor; que es cual la vela,
que cuando muere, más su luz aviva.
Ni con el tiempo que ligero vuela,[222]
ni con los medios que el ausencia ofrece,
mi alma fatigada se consuela.

TIRSI

El firme y puro amor jamás descrece
en el discurso de la ausencia amarga;
antes en fe de la memoria crece.
Así que, en el ausencia, corta o larga,
no vee remedio el amador perfecto
de dar alivio a la amorosa carga.
Que la memoria puesta en el objecto
que amor puso en el alma, representa
la amada imagen viva al intelecto.[223]

Y allí en blando silencio le da cuenta
de su bien o su mal, según la mira
amorosa, o de amor libre y esenta.
Y si ves que mi alma no sospira,
es porque veo a Fili acá en mi pecho,
de modo que a cantar me llama y tira.

DAMÓN

Si en el hermoso rostro algún despecho
vieras de Fili, cuando te partiste
del bien que así te tiene satisfecho,
yo sé, discreto Tirsi, que tan triste
vinieras como yo cuitado vengo,
que vi al contrario de lo que tú viste.

TIRSI

Damón, con lo que he dicho me entretengo,
y el estremo del mal de ausencia tiemplo,
y alegre voy, si voy, si quedo o vengo.
Que aquella que nasció por vivo ejemplo
de la inmortal belleza acá en el suelo,
digna de mármol, de corona y templo,
con su rara virtud y honesto celo
así los ojos codiciosos ciega,
que de ningún contrario me recelo.
La estrecha sujeción que no le niega

mi alma al alma suya, el alto intento,
que sólo en la adorar para y sosiega,
el tener deste amor conocimiento
Fili, y corresponder a fe tan pura,
destierran el dolor, traen el contento.

DAMÓN

¡Dichoso Tirsi, Tirsi con ventura,
de la cual goces siglos prolongados
en amoroso gusto, en paz segura!
Yo, a quien los cortos implacables hados
trujeron a un estado tan incierto,
pobre en el merecer, rico en cuidados,
bien es que muera; pues, estando muerto,
no temeré a Amarili rigurosa,
ni del ingrato amor el desconcierto.
¡Oh más que el cielo, oh más que el sol hermosa,
y para mí más dura que un diamante,
presta a mi mal y al bien muy perezosa!
¿Cuál ábrego,[224] cuál cierzo, cuál levante
te sopló de aspereza, que así ordenas
que huiga[225] el paso y no te esté delante?
Yo moriré, pastora, en las ajenas
tierras, pues tú lo mandas, condemnado
a hierros, muertes, yugos y cadenas.

TIRSI

Pues con tantas ventajas te ha dotado,
Damón amigo, el pïadoso cielo
de un ingenio tan vivo y levantado,
tiempla con él el llanto, tiempla el duelo,
considerando bien que no contino
nos quema el sol ni nos enfría el yelo.
Quiero decir, que no sigue un camino
siempre con pasos llanos reposados
para darnos el bien nuestro destino;
que alguna vez, por trances no pensados,
lejos, al parecer, de gusto y gloria,
nos lleva a mil contentos regalados.
Revuelve, dulce amigo, la memoria
por los honestos gustos que algún tiempo
amor te dio por prendas de victoria;
y si es posible, busca un pasatiempo
que al alma engañe, en tanto que se pasa
este desamorado airado tiempo.

DAMÓN

Al yelo que por términos me abrasa,
y al fuego que sin término me yela,
¿quién le pondrá, pastor, término o tasa?
En vano cansa, en vano se desvela
el desfavorecido que procura
a su gusto cortar de amor la tela,

que si sobra en amor, falta en ventura.

Aquí cesó el estremado canto de los agraciados pastores, pero no el gusto que las pastoras habían recebido en escucharle; antes quisieran que tan presto no se acabara, por ser de aquellos que no todas veces suelen oírse. A esta sazón, los dos gallardos pastores encaminaban sus pasos hacia donde las pastoras estaban, de que pesó a Teolinda, porque temió ser dellos conocida; y por esta causa rogó a Galatea que de aquel lugar se desviasen. Ella lo hizo, y ellos pasaron, y, al pasar, oyó Galatea que Tirsi a Damón decía:

—Estas riberas, amigo Damón, son en las que la hermosa Galatea apascienta su ganado, y adonde trae el suyo el enamorado Elicio, íntimo y particular amigo tuyo, a quien dé la ventura tal suceso en sus amores, cuanto merescen sus honestos y buenos deseos. Yo ha muchos días que no sé en qué términos le trae su suerte; pero, según he oído decir de la recatada condición de la discreta Galatea, por quien él muere, temo que más aína[226] debe de estar quejoso que satisfecho.

—No me maravillaría yo deso —respondió Damón—, porque con cuantas gracias y particulares dones que el cielo enriqueció a Galatea, al fin fin la hizo mujer, en cuyo frágil subjeto no se halla todas veces el conocimiento que se debe, y el que ha menester el que por ellas lo menos que aventura es la vida. Lo que yo he oído decir de los amores de Elicio, es que él adora a Galatea sin salir del término que a su honestidad se debe, y que la discreción de Galatea es tanta, que no da muestras de querer ni de aborrecer a Elicio. Y así, debe de andar el desdichado subjeto a mil contrarios accidentes, esperando en el tiempo y la fortuna, medios harto perdidos, que le alarguen o acorten la vida, de los cuales está más cierto el acortarla que el entretenerla.

Hasta aquí pudo oír Galatea de lo que della y de Elicio los pastores tratando iban, de que no recibió poco contento, por entender que lo que la fama de sus cosas publicaba era lo que a su limpia intención se debía. Y, desde aquel punto, determinó de no hacer por Elicio cosa que diese ocasión a que la fama no saliese verdadera en lo que de sus pensamientos publicaba. A este tiempo, los dos bizarros pastores, con vagarosos[227] pasos, poco a poco hacia el aldea se encaminaban, con deseo de hallarse a las bodas del venturoso pastor Daranio, que con Silveria «de los verdes ojos» se casaba. Y ésta fue una de las causas por que ellos habían dejado sus rebaños y al lugar de Galatea se venían. Pero, ya que les faltaba poco del camino, a la mano derecha dél sintieron el son de un rabel que acordada y suavemente sonaba; y parándose Damón, trabó a Tirsi del brazo, diciéndole:

—Espera y escucha un poco, Tirsi, que si los oídos no me mienten, el son que a ellos llega es del rabel de mi buen amigo Elicio, a quien dio naturaleza tanta gracia en muchas y diversas habilidades, cuanto las oirás si le escuchas y conocerás si le tratas.

—No creas, Damón —respondió Tirsi—, que hasta agora estoy por conocer las buenas partes de Elicio, que días ha que la fama me las tiene bien manifiestas. Pero calla agora, y escuchemos si canta alguna cosa que del estado de su vida nos dé algún manifiesto indicio.

—Bien dices —replicó Damón—, mas será menester, para que mejor le oigamos, que nos lleguemos[228] por entre estas ramas, de modo que, sin ser vistos dél, de más cerca le escuchemos.

Hiciéronlo ansí, y pusiéronse en parte tan buena que ninguna palabra que Elicio dijo o cantó dejó de ser de ellos oída, y aun notada.[229] Estaba Elicio en compañía de su amigo Erastro, de quien pocas veces se apartaba por el entretenimiento y gusto que de su buena conversación recibía, y todos o los

más ratos del día en cantar y tañer se les pasaba. Y, a este punto, tocando su rabel Elicio y su zampoña Erastro, a estos versos dio principio Elicio:

ELICIO

Rendido a un amoroso pensamiento,
con mi dolor contento,
sin esperar más gloria,
sigo la que persigue mi memoria,
porque contino en ella se presenta
de los lazos[230] de amor libre y esenta.

Con los ojos del alma aun no es posible
ver el rostro apacible
de la enemiga mía,
gloria y honor de cuanto el cielo cría;
y los del cuerpo quedan, sólo en vella,
ciegos por haber visto el sol en ella.

¡Oh dura servidumbre, aunque gustosa!
¡Oh mano poderosa
de Amor, que así pudiste
quitarme, ingrato, el bien que prometiste
de hacerme, cuando libre me burlaba
de ti, del arco tuyo y de tu aljaba!

¡Cuánta belleza, cuánta blanca mano
me mostraste, tirano!
¡Cuánto te fatigaste
primero que a mi cuello el lazo echaste!
Y aun quedaras vencido en la pelea,

si no hubiera en el mundo Galatea.
Ella fue sola la que sola pudo
rendir el golpe[231] crudo
el corazón esento,
y avasallar el libre pensamiento,
el cual, si a su querer no se rindiera,
por de mármol o acero le tuviera.
¿Qué libertad puede mostrar su fuero
ante el rostro severo,
y más quel sol hermoso,
de la que turba y cansa mi reposo?
¡Ay rostro, que en el suelo
descubres cuanto bien encierra el cielo![232]
¿Cómo pudo juntar naturaleza
tal rigor y aspereza
con tanta hermosura,
tanto valor y condición tan dura?
Mas mi dicha consiente
en mi daño juntar lo diferente.
Esle tan fácil a mi corta suerte
ver con la amarga muerte
junta la dulce vida,
y estar su mal a do su bien se anida,
que entre contrarios veo
que mengua la esperanza, y no el deseo.

No cantó más el enamorado pastor, ni quisieron más detenerse Tirsi y Damón; antes, haciendo de sí gallarda e improvisa muestra,[233] hacia

donde estaba Elicio se fueron; el cual, como los vio, conociendo a su amigo Damón, con increíble alegría le salió a rescebir, diciéndole:

—¿Qué ventura ha ordenado, discreto Damón, que la des tan buena con tu presencia a estas riberas, que grandes tiempos ha que te desean?

—No puede ser sino buena —respondió Damón—, pues me ha traído a verte, ¡oh Elicio!, cosa que yo estimo en tanto, cuanto es el deseo que dello tenía, y la larga ausencia y la amistad que te tengo me obligaba. Pero si por alguna cosa puedes decir lo que has dicho, es porque tienes delante al famoso Tirsi, gloria y honor del castellano suelo.

Cuando Elicio oyó decir que aquél era Tirsi, dél solamente por fama conocido, rescibiéndole con mucha cortesía, le dijo:

—Bien conforma tu agradable semblante, nombrado Tirsi, con lo que de tu valor y discreción en las cercanas y apartadas tierras la parlera fama pregona.[234] Y así, a mí, a quien tus escriptos han admirado e inclinado a desear conocerte y servirte, puedes, de hoy más,[235] tener y tratar como verdadero amigo.

—Es tan conocido lo que yo gano en eso —respondió Tirsi—, que en vano pregonaría la fama lo que la afición que me tienes te hace decir que de mí pregona, si no conociese la merced que me haces en querer ponerme en el número de tus amigos; y, porque entre los que lo son las palabras de comedimiento han de ser escusadas, cesen las nuestras en este caso, y den las obras testimonio de nuestras voluntades.

—La mía será contino de servirte —replicó Elicio—, como lo verás, ¡oh Tirsi!, si el tiempo o la fortuna me ponen en estado que valga algo para ello; porque el que agora tengo, puesto que no le trocaría con otro de mayores ventajas, es tal, que apenas me deja con libertad de ofrecer el deseo.

—Tiniendo como tienes el tuyo en lugar tan alto —dijo Damón—, por locura tendría procurar bajarle a cosa que menos fuese. Y así, amigo Elicio,

no digas mal del estado en que te hallas, porque yo te prometo que, cuando se comparase con el mío, hallaría yo ocasión de tenerte más envidia que lástima.

—Bien parece, Damón —dijo Elicio—, que ha muchos días que faltas destas riberas, pues no sabes lo que en ellas amor me hace sentir; y si esto no es, no debes conocer ni tener experiencia de la condición de Galatea; que si della tuvieses noticia, trocarías en lástima la envidia que de mí tendrías.

—Quien ha gustado de la condición de Amarili, ¿qué cosa nueva puede esperar de la de Galatea? —respondió Damón.

—Si la estada[236] tuya en estas riberas —replicó Elicio— fuere tan larga como yo deseo, tú, Damón, conocerás y verás en ella, y oirás en otros, cómo andan en igual balanza su crueldad y gentileza: estremos que acaban la vida al que su desventura trujo a términos de adorarla.

—En las riberas de nuestro Henares —dijo a esta sazón Tirsi— más fama tiene Galatea de hermosa que de cruel; pero, sobre todo, se dice que es discreta; y si ésta es la verdad, como lo debe ser, de su discreción nasce conocerse, y de conocerse estimarse, y de estimarse no querer perderse, y del no querer perderse viene el no querer contentarte; y viendo tú, Elicio, cuán mal corresponde a tus deseos, das nombre de crueldad a lo que debrías llamar honroso recato; y no me maravillo, que, en fin, es condición propria de los enamorados poco favorescidos.

—Razón tendrías en lo que has dicho, ¡oh Tirsi! —replicó Elicio—, cuando mis deseos se desviaran del camino que a su honra y honestidad conviene; pero si van tan medidos como a su valor y crédito se debe, ¿de qué sirve tanto desdén, tan amargas y desabridas respuestas, y tan a la clara esconder el rostro al que tiene puesta toda su gloria en sólo verle?

—¡Ay, Tirsi, Tirsi! —respondió Elicio—,[237] y cómo te debe tener el amor puesto en lo alto de sus contentos, pues con tan sosegado espíritu

hablas de sus efectos. No sé yo cómo viene bien lo que tú agora dices con lo que un tiempo decías cuando cantabas:

¡Ay, de cuán ricas esperanzas vengo
al deseo más pobre y encogido!;[238]

con lo demás que a esto añadiste.

Hasta este punto había estado callando Erastro, mirando lo que entre los pastores pasaba, admirado de ver su gentil donaire y apostura, con las muestras que cada uno daba de la mucha discreción que tenía. Pero, viendo que, de lance en lance, a razonar de casos de amor se habían reducido, como aquel que tan experimentado en ellos estaba, rompió el silencio y dijo:

—Bien creo, discretos pastores, que la larga experiencia os habrá mostrado que no se puede reducir a continuado término la condición de los enamorados corazones, los cuales, como se gobiernan por voluntad ajena, a mil contrarios accidentes están subjetos. Y así, tú, famoso Tirsi, no tienes de qué maravillarte de lo que Elicio ha dicho, ni él tampoco de lo que tú dices, ni traer por ejemplo aquello que él dice que cantabas; ni menos lo que yo sé que cantaste cuando dijiste:

La amarillez y la flaqueza mía;

donde claramente mostrabas el afligido estado que entonces poseías; porque de allí a poco llegaron a nuestras cabañas las nuevas de tu contento, solemnizadas en aquellos versos tan nombrados tuyos, que si mal no me acuerdo comenzaban:

Sale el aurora y de su fértil manto;

por do claro se conoce la diferencia que hay de tiempos a tiempos, y cómo con ellos suele mudar amor los estados, haciendo que hoy se ría el que ayer lloraba y que mañana llore el que hoy ríe. Y, por tener yo tan conocida esta su condición, no puede la aspereza y desdén zahareño de Galatea acabar de derribar mis esperanzas, puesto que yo no espero della otra cosa si no es que se contente de que yo la quiera.

—El que no esperase buen suceso de un tan enamorado y medido deseo como el que has mostrado, ¡oh pastor! —respondió Damón—, renombre más que de desesperado merescía. Por cierto que es gran cosa la que de Galatea pretendes. Pero dime, pastor, así ella te la conceda: ¿es posible que tan a regla[239] tienes tu deseo, que no se adelanta a desear más de lo que has dicho?

—Bien puedes creerle, amigo Damón —dijo Elicio—, porque el valor de Galatea no da lugar a que della otra cosa se desee ni se espere; y aun ésta es tan difícil de obtenerse, que a veces a Erastro se entibia la esperanza y a mí se enfría, de manera que él tiene por cierto, y yo por averiguado, que primero ha de llegar la muerte que el cumplimiento della. Mas, porque no es razón rescebir tan honrados huéspedes con los amargos cuentos de nuestras miserias, quéde[n]se ellas aquí y recojámonos al aldea, donde descansaréis del pesado trabajo del camino, y con más sosiego, si dello gustáredes, entenderéis el desasosiego nuestro.

Holgaron todos de acomodarse a la voluntad de Elicio, el cual y Erastro, recogiendo sus ganados, puesto que era algunas horas antes de lo acostumbrado, en compañía de los dos pastores, hablando en diversas cosas, aunque todas enamoradas, hacia el aldea se encaminaron. Mas, como todo el pasatiempo de Erastro era tañer y cantar, así por esto como por el deseo

que tenía de saber si los dos nuevos pastores lo hacían tan bien como dellos se sonaba, por moverlos y convidarlos a que otro tanto hiciesen, rogó a Elicio que su rabel tocase, al son del cual así comenzó a cantar:

ERASTRO

Ante la luz de unos serenos ojos
que al sol dan luz con que da luz al suelo,
mi alma así se enciende, que recelo
que presto tendrá muerte sus despojos.
Con la luz se conciertan los manojos
de aquellos rayos del señor de Delo:[240]
tales son los cabellos de quien suelo
adorar su beldad puesto de hinojos.
¡Oh clara luz, oh rayos del sol claro,
antes el mesmo sol! De vos espero
sólo que consintáis que Erastro os quiera.
Si en esto el cielo se me muestra avaro,
antes que acabe del dolor que muero,
haced, ¡oh rayos!, que de un rayo muera.

No les pareció mal el soneto a los pastores, ni les descontentó la voz de Erastro; que, puesto que no era de las muy estremadas, no dejaba de ser de las acordadas. Y luego Elicio, movido del ejemplo de Erastro, le hizo que tocase su zampoña, al son de la cual este soneto dijo:

ELICIO

¡Ay, que al alto designio que se cría
en mi amoroso firme pensamiento,
contradicen el cielo, el fuego, el viento,
la agua, la tierra y la enemiga mía!
Contrarios son de quien temer debría,
y abandonar la empresa el sano intento;
mas, ¿quién podrá estorbar lo qu'el violento
hado implacable quiere, amor porfía?
El alto cielo, amor, el viento, el fuego,
la agua, la tierra y mi enemiga bella,
cada cual con fuerza, y con mi hado,
mi bien estorbe, esparza, abrase y luego
deshaga mi esperanza; que, aun sin ella,
imposible es dejar lo comenzado.

En acabando Elicio, luego Damón, al son de la mesma zampoña de Erastro, desta manera comenzó a cantar:

Damón

Más blando fui que no la blanda cera,[241]
cuando imprimí en mi alma la figura
de la bella Amarili, esquiva y dura
cual duro mármol o silvestre fiera.
Amor me puso entonces en la esfera
más alta de su bien y su ventura;
y agora temo que la sepultura
ha de acabar mi presumpción primera.

Arrimóse el amor a la esperanza
cual vid al olmo, y fue subiendo apriesa;
mas faltóle el humor, y cesó el vuelo:
no el[242] de mis ojos, que por larga usanza,
Fortuna sabe bien que jamás cesa
de dar tributo al rostro, al pecho, al suelo.

Acabó Damón y comenzó Tirsi, al son de los instrumentos de los tres pastores, a cantar este soneto:

TIRSI

Por medio de los filos de la muerte
rompió mi fe, y a tal punto he llegado,
que no envidio el más alto y rico estado
que encierra humana venturosa suerte.
Todo este bien nasció de sólo verte,
hermosa Fili, ¡oh Fili!, a quien el hado
dotó de un ser tan raro[243] y estremado,
que en risa el llanto, el mal en bien convierte.
Como amansa el rigor de la sentencia
si el condenado el rostro del rey mira,
y es ley que nunca tuerce su derecho,
así ante tu hermosísima presencia
la muerte huye, el daño se retira,
y deja en su lugar vida y provecho.

Al acabar de Tirsi, todos los instrumentos de los pastores formaron tan agradable música, que causaba grande contento a quien la oía; y más, ayudándoles de entre las espesas ramas mil suertes de pintados[244] pajarillos que, con divina armonía, parece que como a coros les iban respondiendo. Desta suerte habían caminado un trecho, cuando llegaron a una antigua ermita que en la ladera de un montecillo estaba, no tan desviada del camino que dejase de oírse el son de una arpa que dentro, al parecer, tañían; el cual oído por Erastro, dijo:

—Deteneos, pastores, que según pienso, hoy oiremos todos lo que ha días que yo deseo oír, que es la voz de un agraciado mozo que dentro de aquella ermita habrá doce o catorce días se ha venido a vivir una vida más áspera de lo que a mí me parece que puedan llevar sus pocos años, y algunas veces que por aquí he pasado, he sentido tocar una arpa y entonar una voz tan suave que me ha puesto en grandísimo deseo de escucharla; pero siempre he llegado a punto que él le ponía en su canto. Y, aunque con hablarle he procurado hacerme su amigo, ofreciéndole a su servicio todo lo que valgo y puedo, nunca he podido acabar con él que me descubra quién es y las causas que le han movido a venir de tan pocos años a ponerse en tanta soledad y estrecheza.

Lo que Erastro decía del mozo y nuevo ermitaño puso en los pastores el mesmo deseo de conocerle que él tenía. Y así, acordaron de llegarse a la ermita de modo que, sin ser sentidos, pudiesen entender lo que cantaba antes que llegasen a hablarle; y, haciéndolo así, les sucedió tan bien, que se pusieron de parte donde, sin ser vistos ni sentidos, oyeron que al son de la arpa, el que estaba dentro semejantes versos decía:

Si han sido el cielo, amor y la fortuna,
sin ser de mí ofendidos,

contentos de ponerme en tal estado,
en vano al aire envío mis gemidos,
en vano hasta la luna
se vio mi pensamiento levantado.
¡Oh riguroso hado!,
¡por cuán estrañas desusadas vías
mis dulces alegrías
han venido a parar en tal estremo,
que estoy muriendo y aun la vida temo![245]

Contra mí mesmo estoy ardiendo en ira,
por ver que sufro tanto
sin romper este pecho, y dar al viento
esta alma, qu'en mitad del duro llanto
al corazón retira
las últimas reliquias del aliento;
y allí de nuevo siento
que acude la esperanza a darme fuerza,
y, aunque fingida, a mi vivir es fuerza,
y no es piedad del cielo, porque ordena
a larga vida dar más larga pena.

Del caro amigo el lastimado pecho
enterneció este mío,
y la empresa difícil tomé a cargo.
¡Oh discreto fingir de desvarío!
¡Oh nunca visto hecho!
¡Oh caso gustosísimo y amargo!
¡Cuán dadivoso y largo
[el] amor se mostró por bien ajeno,

y cuán avaro y lleno
de temor y lealtad para conmigo!
Pero a más nos obliga un firme amigo.
Injustas pagas a voluntades justas[246]
a cada paso vemos,
dadas por mano de fortuna esquiva;
y de ti, falso amor, de quien sabemos
que te alegras y gustas
de que un firme amador muriendo viva,
abrasadora y viva
llama se encienda en tus ligeras alas,
y las buenas y malas
saetas[247] en ceniza se resuelvan,
o al dispararlas, contra ti se vuelvan.
¿Por qué camino, con qué fraude y mañas,
por qué estraño rodeo
entera posesión de mí tomaste?
Y ¿cómo en mi piadoso alto deseo
y en mis limpias entrañas
la sana voluntad, falso, trocaste?
¿Juicio habrá que baste
a llevar en paciencia el ver, perjuro,
que entré libre y seguro
a tratar de tus glorias y tus penas,
y agora al cuello siento tus cadenas?
Mas no de ti, sino de mí sería
razón que me quejase,
que a tu fuego no hice resistencia.

Yo me entregué, yo hice que soplase
el viento que dormía
de la ocasión con furia y violencia.
Justísima sentencia
ha dado el cielo contra mí que muera,
aunque sólo se espera
de mi infelice hado y desventura
que no acabe mi mal la sepultura.
¡Oh amigo dulce, oh dulce mi enemiga,[248]
Timbrio y Nísida bella,
dichosos juntamente y desdichados!
¿Cuál dura, inicua, inexorable estrella,
de mi daño enemiga;
cuál fuerza injusta de implacables hados
nos tiene así apartados?
¡Oh miserable, humana, frágil suerte!
¡Cuán presto se convierte
en súbito pesar un alegría,
y sigue escura noche al claro día!
De la instabilidad, de la mudanza
de las humanas cosas,
¿cuál será el atrevido que se fíe?
Con alas vuela el tiempo presurosas,
y tras sí la esperanza
se lleva del que llora y del que ríe;
y ya que el cielo envíe
su favor, sólo sirve al que con celo
sancto levanta al cielo

el alma, en fuego de su amor deshecha,
y al que no, más le daña que aprovecha.
Yo, como puedo, buen señor, levanto
la una y otra palma,
los ojos, la intención al cielo sancto,
por quien espera el alma
ver vuelto en risa su contino llanto.

Con un profundo sospiro dio fin al lastimado canto el recogido mozo que dentro de la ermita estaba. Y, sintiendo los pastores que adelante no procedía, sin detenerse más, todos juntos entraron en ella, donde vieron a un cabo,[249] sentado encima de una dura piedra, a un dispuesto y agraciado mancebo, al parecer de edad de veinte y dos años, vestido de un tosco buriel[250] con los pies descalzos y una áspera soga ceñida al cuerpo, que de cordón le servía. Estaba con la cabeza inclinada a un lado, y la una mano asida de la parte de la túnica que sobre el corazón caía, y el otro brazo a la otra parte flojamente derribado. Y, por verle desta manera, y por no haber hecho movimiento al entrar de los pastores, claramente conocieron que desmayado estaba, como era la verdad, porque la profunda imaginación de sus miserias, muchas veces a semejante término le conducía. Llegóse a él Erastro, y, trabándole recio del brazo, le hizo volver en sí, aunque tan desacordado[251] que parecía que de un pesado sueño recordaba,[252] las cuales muestras de dolor no pequeño le causaron a los que le veían, y luego Erastro le dijo:

—¿Qué es esto, señor? ¿Qué es lo que siente vuestro fatigado pecho? No dejéis de decirlo, que presentes tenéis quien no rehusará fatiga alguna por dar remedio a la vuestra.

—No son ésos —respondió el mancebo con voz algo desmayada— los primeros ofrecimientos, comedido pastor, que me has hecho, ni aun serían los últimos que yo acertase a servir si pudiese; pero hame traído la fortuna a términos, que ni ellos pueden aprovecharme ni yo satisfacerlos más de con el deseo. Éste puedes tomar en cuenta del bueno que me ofreces; y si otra cosa de mí deseas saber, el tiempo, que no encubre nada, te dirá más de lo que yo quisiera.

—Si al tiempo dejas que me satisfaga de lo que me dices —respondió Erastro— poco debe agradecerse tal paga, pues él, a pesar nuestro, echa en las plazas[253] lo más secreto de nuestros corazones.

A este tiempo, todos los demás pastores le rogaron que la ocasión de su tristeza les contase, especialmente Tirsi, que con eficaces razones le persuadió, y dio a entender que no hay mal en esta vida que con ella su remedio no se alcanzase, si ya la muerte, atajadora de los humanos discursos, no se opone a ellos. Y a esto añadió otras palabras que al obstinado mozo movieron a que con las suyas hiciese satisfechos a todos de lo que dél saber deseaban. Y así, les dijo:

—Puesto que a mí me fuera mejor, ¡oh agradable compañía!, vivir lo poco que me queda de vida sin ella, y haberme recogido a mayor soledad de la que tengo, todavía, por no mostrarme esquivo a la voluntad que me habéis mostrado, determino de contaros todo aquello que entiendo bastará, y los términos por donde la mudable Fortuna me ha traído al estrecho estado en que me hallo; pero, porque me parece que es ya algo tarde, y, según mis desventuras son muchas, sería posible que antes de contároslas la noche sobreviniese, será bien que todos juntos a la aldea nos vamos, pues a mí no me hace otra descomodidad[254] de hacer el camino esta noche que mañana tenía determinado, y esto me es forzoso, pues de vuestra aldea soy

proveído de lo que he menester para mi sustento, y por el camino, como mejor pudiere, os haré ciertos[255] de mis desgracias.

A todos pareció bien lo que el mozo ermitaño decía, y, puniéndole en medio dellos, con vagarosos pasos tornaron a seguir el camino de la aldea, y luego el lastimado ermitaño, con muestras de mucho dolor, desta manera al cuento[256] de sus miserias dio principio:

—«En la antigua y famosa ciudad de Jerez, cuyos moradores de Minerva y Marte[257] son favorescidos, nasció Timbrio, un valeroso caballero, del cual, si sus virtudes y generosidad de ánimo hubiese de contar, a difícil empresa me pondría. Basta saber que, no sé si por la mucha bondad suya o por la fuerza de las estrellas, que a ello me inclinaban, yo procuré, por todas las vías que pude, serle particular amigo, y fueme el cielo en esto tan favorable que, casi olvidándose a los que nos conoscían el nombre de Timbrio y el de Silerio —que es el mío—, solamente *los dos amigos* nos llamaban, haciendo nosotros, con nuestra continua conversación y amigables obras, que tal opinión no fuese vana.

»Desta suerte los dos, con increíble gusto y contento, los mozos años pasábamos, ora en el campo en el ejercicio de la caza, ora en la ciudad en el del honroso Marte[258] entreteniéndonos, hasta que un día, de los muchos aciagos que el enemigo tiempo en el discurso de mi vida me ha hecho ver, le sucedió a mi amigo Timbrio una pesada pendencia con un poderoso caballero, vecino de la mesma ciudad. Llegó a término la quistión que el caballero quedó lastimado en la honra, y a Timbrio fue forzoso ausentarse, por dar lugar a que la furiosa discordia cesase que entre los dos parentales[259] se comenzaba a encender, dejando escrita una carta a su enemigo, dándole aviso que le hallaría en Italia, en la ciudad de Milán o de Nápoles, todas las veces que, como caballero, de su agravio satisfacerse quisiese. Con esto cesaron los bandos entre los parientes de entrambos, y

ordenóse que a igual y mortal batalla el ofendido caballero, que Pransiles se llamaba, a Timbrio desafiase, y que, en hallando campo seguro para la batalla, se avisase a Timbrio. Ordenó más mi suerte: que al tiempo que esto sucedió yo me hallase tan falto de salud, que apenas del lecho levantarme podía, y por esta ocasión se me pasó la de seguir a mi amigo dondequiera que fuese, el cual al partir se despidió de mí con no pequeño descontento, encargándome que, en cobrando fuerzas, le buscase, que en la ciudad de Nápoles le hallaría. Y así, se partió, dejándome con más pena que yo sabré agora significaros. Mas, al cabo de pocos días, pudiendo en mí más el deseo que de verle tenía, que no la flaqueza que me fatigaba, me puse luego en camino; y, para que con más brevedad y más seguro le hiciese, la ventura me ofreció la comodidad de cuatro galeras que en la famosa Isla de Cádiz, de partida para Italia, prestas y aparejadas estaban. Embarquéme en una dellas, y, con próspero viento, en tiempo breve, las riberas catalanas descubrimos; y, habiendo dado fondo en un puerto dellas, yo, que algo fatigado de la mar venía, asegurado primero de que por aquella noche las galeras de allí no partirían, me desembarqué con solo un amigo y un criado mío. Y no creo que debía de ser la media noche, cuando los marineros y los que a cargo las galeras llevaban, viendo que la serenidad del cielo calma o próspero viento señalaba, por no perder la buena ocasión que se les ofrecía, a la segunda guardia hicieron la señal de partida, y, zarpando las áncoras, [260] dieron con mucha presteza los remos al sesgo[261] mar y las velas al sosegado viento. Y fue, como digo, con tanta diligencia hecho que, por mucha que yo puse para volver a embarcarme, no fui a tiempo; y así, me hube de quedar en la marina[262] con el enojo que podrá considerar quien por semejantes y ordinarios casos habrá pasado, porque quedaba mal acomodado de todas las cosas que para seguir mi viaje por tierra eran necesarias. Mas, considerando que, de quedarme allí, poco remedio se

esperaba, acordé de volverme a Barcelona, adonde, como ciudad más grande, podría ser hallar quien me acomodase de lo que me faltaba, correspondiendo a Jerez o a Sevilla con la paga dello.

»Amanecióme en estos pensamientos, y, con determinación de ponerlos en efecto, aguardaba a que el día más se levantase; y, estando a punto de partirme, sentí un grande estruendo por la tierra y que toda la gente corría a la calle más principal del pueblo, y, preguntando a uno qué era aquello, me respondió: "Llegaos, señor, aquella[263] esquina, que a voz de pregonero sabréis lo que deseáis". Hícelo así, y lo primero en que puse los ojos fue en un alto crucifijo y en mucho tumulto de gente, señales que alguno sentenciado a muerte entre ellos venía, todo lo cual me certificó la voz del pregonero, que declaraba que, por haber sido salteador y bandolero, la justicia mandaba ahorcar un hombre, que, como a mí llegó, luego conocí que era el mi buen amigo Timbrio, el cual venía a pie, con unas esposas a las manos y una soga a la garganta, los ojos enclavados en el crucifijo que delante llevaba, diciendo y protestando[264] a los clérigos que con él iban, que por la estrecha cuenta que pensaba dar en breves horas al verdadero Dios, cuyo retrato delante los ojos tenía, que nunca en todo el discurso de su vida había cometido cosa por donde públicamente meresciese rescebir tan ignominiosa muerte; y que a todos rogaba rogasen a los jueces le diesen algún término para probar cuán inocente estaba de lo que le acusaban.

»Considérese aquí, si tanto la consideración pudo levantarse, cuál quedaría yo al horrendo espectáculo que a los ojos se me ofrecía. No sé qué os diga, señores, sino que quedé tan embelesado y fuera de mí, y de tal modo quedé ajeno de todos mis sentidos, que una estatua de mármol debiera de parecer a quien en aquel punto me miraba. Pero ya que el confuso rumor del pueblo, las levantadas voces de los pregoneros, las lastimosas palabras de Timbrio y las consoladoras de los sacerdotes, y el

verdadero conocimiento de mi buen amigo, me hubieron vuelto de aquel embelesamiento primero, y la alterada sangre acudió a dar ayuda al desmayado corazón, y despertado en él la cólera debida a la notoria venganza de la ofensa de Timbrio, sin mirar al peligro que me ponía, sino al de Timbrio, por ver si podía librarle, o seguirle hasta la otra vida, con poco temor de perder la mía, eché mano a la espada, y con más que ordinaria furia entré por medio de la confusa turba, hasta que llegué adonde Timbrio iba, el cual, no sabiendo si en provecho suyo tantas espadas se habían desenvainado, con perplejo y angustiado ánimo, estaba mirando lo que pasaba, hasta que yo le dije: "¿Adónde está, ¡oh Timbrio!, el esfuerzo de tu valeroso pecho? ¿Qué esperas, o qué aguardas? ¿Por qué no te favoreces de la ocasión presente? Procura, ¡oh verdadero amigo!, salvar tu vida, en tanto que esta mía hace escudo a la sinrazón[265] que, según creo, aquí te es hecha". Estas palabras mías y el conocerme Timbrio, fue parte[266] para que, olvidado todo temor, rompiese las ataduras o esposas de las manos; mas todo su ardimiento fuera poco si los sacerdotes, de compasión movidos, no ayudaran su deseo, los cuales, tomándole en peso,[267] a pesar de los que estorbarlo querían, se entraron con él en una iglesia[268] que allí junto estaba, dejándome a mí en medio de toda la justicia, que con grande instancia procuraba prenderme, como al fin lo hizo, pues a tantas fuerzas juntas no fue poderosa la sola mía de resistirlas. Y, con más ofensas que, a mi parecer, mi pecado merescía, a la cárcel pública, herido de dos heridas, me llevaron.

»El atrevimiento mío, y el haberse escapado Timbrio, augmentó mi culpa y el enojo en los jueces, los cuales, condenando bien el exceso por mí cometido, pareciéndoles ser justo que yo muriese, y luego luego,[269] la cruel sentencia pronunciaron, y para otro día guardaban la ejecución. Llegó a Timbrio esta triste nueva allá en la iglesia donde estaba, y, según yo

después supe, más alteración le dio mi sentencia que le había dado la de su muerte; y, por librarme della, de nuevo[270] se ofrecía a entregarse otra vez en poder de la justicia, pero los sacerdotes le aconsejaron que servía de poco aquello, antes era añadir mal a mal y desgracia a desgracia, pues no sería parte el entregarse él para que yo fuese suelto, pues no lo podía ser sin ser castigado de la culpa cometida. No fueron menester pocas razones para persuadir a Timbrio no se diese a la justicia; pero sosegóse con proponer en su ánimo de hacer otro día por mí lo que yo por él había hecho, por pagarme en la mesma moneda, o morir en la demanda. De toda su intención fui avisado por un clérigo que a confesarme vino, con el cual le envié a decir que el mejor remedio que mi desdicha podía tener era que él se salvase, y procurase que, con toda brevedad, el virrey de Barcelona supiese todo el suceso antes que la justicia de aquel pueblo la ejecutase en él. Supe también la causa por que a mi amigo Timbrio llevaban al amargo suplicio, según me contó el mesmo sacerdote que os he dicho; y fue que, viniendo Timbrio caminando por el reino de Cataluña, a la salida de Perpiñán,[271] dieron con él una cantidad de bandoleros, los cuales tenían por señor y cabeza a un valeroso caballero catalán,[272] que por ciertas enemistades andaba en la compañía, como es ya antiguo uso de aquel reino, cuando los enemistados son personas de cuenta, salirse a ella y hacerse todo el mal que pueden, no solamente en las vidas, pero en las haciendas: cosa ajena de toda cristiandad y digna de toda lástima.

»Sucedió, pues, que, al tiempo que los bandoleros estaban ocupados en quitar a Timbrio lo que llevaba, llegó en aquella sazón el señor y caudillo dellos, y como en fin era caballero, no quiso que delante de sus ojos agravio alguno a Timbrio se hiciese; antes, pareciéndole hombre de valor y prendas, le hizo mil corteses ofrecimientos, rogándole que por aquella noche se quedase con él en un lugar allí cerca, que otro día por la mañana le daría

una señal de seguro[273] para que sin temor alguno pudiese seguir su camino hasta salir de aquella provincia. No pudo Timbrio dejar de hacer lo que el cortés caballero le pedía, obligado de las buenas obras dél rescibidas. Fuéronse juntos, y llegaron a un pequeño lugar, donde por los del pueblo alegremente rescebidos fueron. Mas la Fortuna, que hasta entonces con Timbrio se había burlado, ordenó que aquella mesma noche diesen con los bandoleros una compañía de soldados, sólo para este efecto juntada; y, habiéndolos cogido de sobresalto, con facilidad los desbarataron, y, puesto que no pudieron prender al caudillo, prendieron y mataron a otros muchos, y uno de los presos fue Timbrio, a quien tuvieron por un famoso salteador que en aquella compañía andaba; y, según se debe imaginar, sin duda le debía de parecer mucho, pues con atestiguar los demás presos que aquél no era el que pensaban, contando la verdad de todo el caso, pudo tanto la malicia en el pecho de los jueces que, sin más averiguaciones, le sentenciaron a muerte, la cual fuera puesta en efecto si el cielo, favorescedor de los justos intentos, no ordenara que las galeras se fuesen y yo en tierra quedase, para hacer lo que hasta agora os he contado que hice.

»Estábase Timbrio en la iglesia, y yo en la cárcel, ordenando de partirse aquella noche a Barcelona; y yo, que esperando estaba en qué pararía la furia de los ofendidos jueces, [cuando] con otra mayor desventura suya, Timbrio y yo de la nuestra fuimos librados. Mas, ¡ojalá fuera servido el cielo que en mí solo se ejecutara la furia de su ira, con tal que la alzaran de aquel pequeño y desventurado pueblo, que a los filos de mil bárbaras espadas tuvo puesto el miserable cuello! Poco más de media noche sería, hora acomodada a facinorosos insultos, y en la cual la trabajada gente suele entregar los trabajados miembros en brazos del dulce sueño, cuando improvisamente por todo el pueblo se levantó una confusa vocería, diciendo: “¡Al arma, al arma, que turcos hay en tierra!”.[274] Los ecos destas

tristes voces ¿quién duda que no causaron espanto en los mujeriles pechos, y aun pusieron confusión en los fuertes ánimos de los varones? No sé qué os diga, señores, sino que en un punto la miserable tierra comenzó a arder con tanta gana, que no parecía sino que las mesmas piedras, con que las casas fabricadas estaban, ofrecían acomodada materia al encendido fuego, que todo lo consumía. A la luz de las furiosas llamas se vieron relucir los bárbaros alfanjes[275] y parecerse las blancas tocas de la turca gente, que, encendida, con sigures[276] o hachas de duro acero, las puertas de las casas derribaban, y, entrando en ellas, de cristianos despojos salían cargados. Cuál llevaba la fatigada madre, y cuál el pequeñuelo hijo, que con cansados y débiles gemidos, la madre por el hijo, y el hijo por la madre, preguntaba; y alguno sé que hubo que con sacrílega mano estorbó el cumplimiento de los justos deseos de la casta recién desposada virgen y del esposo desdichado, ante cuyos llorosos ojos quizá vio coger el fruto de que el sin ventura pensaba gozar en tiempo breve. La confusión era tanta, tantos los gritos y mezclas de las voces tan diferentes, que gran espanto ponían. La fiera y endiablada canalla, viendo cuán poca resistencia se les hacía, se atrevieron a entrar en los sagrados templos y poner las descomulgadas manos en las sanctas reliquias, poniendo en el seno el oro con que guarnecidas estaban, y arrojándolas en el suelo con asqueroso menosprecio. Poco le valía al sacerdote su santimonia,[277] y al fraile su retraimiento, y al viejo sus nevadas canas, y al mozo su juventud gallarda, y al pequeño niño su inocencia simple, que de todos llevaban el saco aquellos descreídos perros; [278] los cuales, después de abrasadas las casas, robado los templos, desflorado las vírgines, muertos los defensores, más cansados que satisfechos de lo hecho, al tiempo que el alba venía, sin impedimento alguno se volvieron a sus bajeles, habiéndolos ya cargado de todo lo mejor

que en el pueblo había, dejándole desolado y sin gente, porque toda la más gente se llevaban, y la otra a la montaña se había recogido.

»¿Quién en tan triste espectáculo pudiera tener quedas las manos y enjutos los ojos? Mas, ¡ay!, que está tan llena de miserias nuestra vida, que en tan doloroso suceso como el que os he contado, hubo cristianos corazones que se alegraron; y éstos fueron los de aquellos que en la cárcel estaban, que con la desdicha general cobraron la dicha propria, porque, en son de ir a defender el pueblo, rompieron las puertas de la prisión y en libertad se pusieron, procurando cada uno, no de ofender a los contrarios, sino de salvar a sí mesmos, entre los cuales yo gocé de la libertad tan caramente adquirida. Y, viendo que no había quien hiciese rostro[279] a los enemigos, por no venir a su poder ni tornar al de la prisión, desamparando el consumido pueblo, con no pequeño dolor de lo que había visto y con el que mis heridas me causaban, seguí a un hombre que me dijo que seguramente[280] me llevaría a un monasterio que en aquellas montañas estaba, donde de mis llagas sería curado, y aun defendido si de nuevo prenderme quisiesen. Seguíle, en fin, como os he dicho, con deseo de saber qué habría hecho la Fortuna de mi amigo Timbrio, el cual, como después supe, con algunas heridas se había escapado y seguido por la montaña otro camino diferente del que yo llevaba; vino a parar al puerto de Rosas, donde estuvo algunos días, procurando saber qué suceso habría sido el mío, y que, en fin, sin saber nuevas algunas, se partió en una nave y con próspero viento llegó a la gran ciudad de Nápoles. Yo volví a Barcelona, y allí me acomodé de lo que menester había; y después, ya sano de mis heridas, torné a seguir mi viaje, y, sin sucederme revés alguno, llegué a Nápoles, donde hallé enfermo a Timbrio; y fue tal el contento que en vernos los dos recibimos, que no me siento con fuerzas para encarecérosle por agora.

»Allí nos dimos cuenta de nuestras vidas y de todo aquello que hasta aquel momento nos había sucedido; pero todo este placer mío se aguaba con el ver a Timbrio no tan bueno como yo quisiera; antes, tan malo, y de una enfermedad tan estraña, que si yo a aquella sazón no llegara, pudiera llegar a tiempo de hacerle las obsequias de su muerte y no solemnizar las alegrías de su vista. Después que él hubo sabido de mí todo lo que quiso, con lágrimas en los ojos, me dijo: "¡Ay, amigo Silerio, y cómo creo que el cielo procura cargar la mano en mis desventuras, para que, dándome la salud por la vuestra, quede yo cada día con más obligación de serviros!". Palabras fueron estas de Timbrio que me enternecieron; mas, por parecerme de comedimientos, tan poco usados entre nosotros, me admiraron. Y, por no cansaros en deciros punto por punto lo que yo le respondí y lo que él más replicó, sólo os diré que el desdichado de Timbrio estaba enamorado de una señora principal de aquella ciudad, cuyos padres eran españoles, aunque ella en Nápoles había nascido. Su nombre era Nísida y su hermosura tanta, que me atrevo a decir que la naturaleza cifró en ella el estremo de sus pe[r]fectiones; y andaban tan a una en ella la honestidad y belleza, que lo que la una encendía la otra enfriaba, y los deseos que su gentileza hasta el más subido cielo levantaba, su honesta gravedad hasta lo más bajo de la tierra abatía. A esta causa estaba Timbrio tan pobre de esperanza, cuan rico de pensamientos, y sobre todo falto de salud, y en términos de acabar la vida sin descubrirlos: tal era el temor y reverencia que había cobrado a la hermosa Nísida. Pero, después que tuve bien conocida su enfermedad y hube visto a Nísida, y considerado la calidad y nobleza de sus padres, determiné de posponer por él la hacienda, la vida y la honra,[281] y más si más tuviera y pudiera. Y así, usé de un artificio, el más estraño[282] que hasta hoy se habrá oído ni leído; y fue que acordé de vestirme como truhán[283] y con una guitarra entrarme en casa de Nísida, que por ser, como

ya he dicho, sus padres de los principales de la ciudad, de otros muchos truhanes era continuada.[284] Parecióle bien este acuerdo a Timbrio, y resignó luego en las manos de mi industria todo su contento. Hice yo hacer luego muchas y diferentes galas, y, en vistiéndome, comencé a ensayarme en el nuevo oficio delante de Timbrio, que no poco reía de verme tan truhanamente vestido; y, por ver si la habilidad correspondía al hábito, me dijo que, haciendo cuenta que él era un gran príncipe y que yo de nuevo venía a visitarle, le dijese algo. Y si yo no me acuerdo mal, y si vosotros, señores, no os cansáis de escucharme, diréos lo que entonces le canté, con ser la primera vez.»

Todos dijeron que ninguna cosa les daría más contento que saber por estenso todo el suceso de su negocio, y que así, le rogaban que ninguna cosa, por de poco momento que fuese, dejase de contarles.

—Pues esa licencia me dais —dijo el ermitaño—, no quiero dejaros de decir cómo comencé a dar muestras de mi locura; que fue con estos versos que a Timbrio canté, imaginando ser un gran señor a quien los decía:

«SILERIO

De príncipe que en el suelo
va por tan justo nivel,
¿qué se puede esperar dél
que no sean obras del cielo?

No se vee en la edad presente,
ni se vio en la edad pasada,
república gobernada
de príncipe tan prudente.

Y del que mide su celo
por tan cristiano nivel,
¿qué se puede esperar dél
que no sean obras del cielo?

Del que trae por bien ajeno,
sin codiciar más despojos,
misericordia en los ojos
y la justicia en el seno;
del que lo más deste suelo
es lo menos que hay en él,
¿qué se puede esperar dél
que no sean obras del cielo?

La liberal fama vuestra,
que hasta'l cielo se levanta,
de que tenéis alma sancta
nos da indicio y clara muestra.
Del que no discrepa un pelo
de ser al cielo fiel,
¿qué se puede esperar dél
que no sean obras del cielo?

Del que con cristiano pecho
siempre en el rigor se tarda,
y a la justicia le guarda,
con clemencia, su derecho;
de aquel que levanta el vuelo

do ninguno llega a él,
¿qué se puede esperar dél
que no sean obras del cielo?

»Estas y otras cosas de más risa y juego canté entonces a Timbrio, procurando acomodar el brío y donaire del cuerpo a que en todo diese muestras de ejercitado truhán; y salí tan bien con ello que en pocos días fui conocido de toda la más gente principal de la ciudad; y la fama del truhán español por toda ella volaba, hasta tanto que ya en casa del padre de Nísida me deseaban ver, el cual deseo les cumpliera yo con mucha facilidad, si de industria no aguardara a ser rogado. Mas, en fin, no me pude escusar que un día de un banquete allá no fuese, donde vi más cerca la justa causa que Timbrio tenía de padecer, y la que el cielo me dio para quitarme el contento todos los días que en esta vida durare. Vi a Nísida, a Nísida vi, para no ver más, ni hay más que ver después de haberla visto. ¡Oh fuerza poderosa de amor, contra quien valen poco las poderosas nuestras! ¿Y es posible que en un punto, en un momento, los reparos y pertrechos de mi lealtad pusieses en términos de dar con todos ellos por tierra? ¡Ay, que[285] si se tardara un poco en socorrerme la consideración de quien yo era, la amistad que a Timbrio debía, el mucho valor de Nísida, el afrentoso hábito en que me hallaba [...]; que todo era impedimento a que, con el nuevo y amoroso deseo que en mí había nascido, no nasciese también la esperanza de alcanzarla, que es el arrimo con que el amor camina o vuelve atrás en los enamorados principios! En fin, vi la belleza que os he dicho, y, porque me importaba tanto el verla, siempre procuré granjear el amistad de sus padres y de todos los de su casa, y esto con hacer del gracioso y bien criado, haciendo mi oficio con la mayor discreción y gracia a mí posible. Y, rogándome un caballero que aquel día a la mesa estaba que alguna cosa en loor de la

hermosura de Nísida cantase, quiso la ventura que me acordase de unos versos que muchos días antes, para otra ocasión casi semejante, yo había hecho; y, sirviéndome para la presente, los dije; que eran éstos:

SILERIO

Nísida, con quien el cielo
tan liberal se ha mostrado,
que en daros a vos, dio al suelo
una imagen y traslado
de cuanto encubre su velo,
si él no tuvo más que os dar,
ni vos más que desear,
con facilidad se entiende
que lo posible[286] pretende
quien os pretende loar.

Desa beldad peregrina
la perfectión soberana,
que al cielo nos encamina,
pues no es posible la humana,
cante la lengua divina,
y diga: bien se conviene
que al alma que en sí contiene
ser tan alto y milagroso,
se le diese el velo hermoso
más qu'el mundo tuvo o tiene.

Tomó del sol los cabellos;
del sesgo cielo, la frente;
la luz de los ojos bellos,
de la estrella más luciente,
que ya no da luz ante ellos.
Como quien puede y se atreve,
a la grana y a la nieve
robó las colores bellas,
que lo más perfecto dellas
a tus mejillas se debe.

De marfil y de coral
formó los dientes y labios,
do sale rico caudal
de agudos dichos y sabios,
y armonía celestial.
De duro mármol ha hecho
el blanco y hermoso pecho,
y de tal obra ha quedado
tanto el suelo mejorado,
cuanto el cielo satisfecho.

»Con estas y otras cosas que entonces canté, quedaron todos tan mis aficionados, especialmente los padres de Nísida, que me ofrecieron todo lo que menester hubiese y me rogaron que ningún día dejase de visitarlos. Y así, sin descubrirse ni imaginarse mi industria, vine a salir con mi primero disignio, que era facilitar la entrada en casa de Nísida, la cual gustaba en estremo de mis desenvolturas. Pero ya que los muchos días y la mucha

conversación mía, y la grande amistad que todos los de aquella casa me mostraban, hubieron quitado algunas sombras al demasiado temor que de descubrir mi intento a Nísida tenía, determiné ver a do llegaba la ventura de Timbrio, que sólo de mi solicitud la esperaba. Mas, ¡ay de mí!, que yo estaba entonces más para pedir medicina para mi llaga que salud para la ajena, porque el donaire, belleza, discreción, gravedad de Nísida, habían hecho en mi alma tal efecto, que no estaba en menos estremo de dolor y de amor puesta que la del lastimado Timbrio. A vuestra consideración discreta dejo el imaginar lo que podía sentir un corazón a quien de una parte combatían las leyes de la amistad, y de otra las inviolables de Cupido; porque si las unas le obligaban a no salir de lo que ellas y la razón le pedían, las otras le forzaban que tuviese cuenta con lo que a su contento era obligado.

»Estos sobresaltos y combates me apretaban de manera que, sin procurar la salud ajena, comencé a dudar de la propria y a ponerme tan flaco y amarillo que causaba general compasión a todos los que me miraban; y los que más la mostraban eran los padres de Nísida; y aun ella mesma, con limpias y cristianas entrañas, me rogó muchas veces que la causa de mi enfermedad le dijese, ofreciéndome todo lo necesario para el remedio della. "¡Ay —decía yo entre mí cuando Nísida tales ofrecimientos me hacía—, y con cuánta facilidad, hermosa Nísida, podría remediar vuestra mano el mal que vuestra hermosura ha hecho! Pero préciome tanto de buen amigo que, aunque tuviese tan cierto mi remedio como le tengo por imposible, imposible sería que le acetase." Y, como estas consideraciones en aquellos instantes me turbasen la fantasía, no acertaba a responder a Nísida cosa alguna, de lo cual ella y otra[287] hermana suya, que Blanca se llamaba, de menos años, aunque no de menos discreción y hermosura que Nísida, estaban maravilladas; y con más deseo de saber el origen de mi tristeza, con

muchas importunaciones me rogaban que nada de mi dolor les encubriese. Viendo, pues, yo que la ventura me ofrecía la comodidad de poner en efecto lo que hasta aquel punto mi industria había fabricado, una vez que, acaso, Nísida y su hermana solas se hallaban, tornando ellas de nuevo a pedirme lo que tantas veces, les dije: "No penséis, señoras, que el silencio que hasta agora he tenido en no deciros la causa de la pena que imagináis que siento lo haya causado tener yo poco deseo de obedeceros, pues ya se sabe que si algún bien mi abatido estado en esta vida tiene, es haber granjeado con él venir a términos de conoceros y como criado serviros; sólo ha sido la causa imaginar que, aunque la descubra, no servirá para más de daros lástima, viendo cuán lejos está el remedio della. Pero, ya que me es forzoso satisfaceros en esto, sabréis, señoras, que en esta ciudad está un caballero natural de mi mesma patria, a quien tengo por señor, por amparo y por amigo, el más liberal, discreto y gentilhombre que en gran parte hallarse pueda, el cual está aquí ausente de la amada patria por ciertas quistiones que allá le sucedieron, que le forzaron a venir a esta ciudad, creyendo que si allá en la suya dejaba enemigos, acá en la ajena no le faltarán amigos; más hale salido tan al revés su pensamiento, que un solo enemigo, que él mesmo, sin saber cómo, aquí se ha procurado, le tiene puesto en tal estremo, que si el cielo no le socorre, con acabar la vida acabará sus amistades y enemistades. Y como yo conozco el valor de Timbrio —que éste es el nombre del caballero cuya desgracia os voy contando—, y sé lo que perderá el mundo en perderle, y lo que yo perderé si le pierdo, doy las muestras de sentimiento que habéis visto, y aun son pocas, según a lo que me obliga el peligro en que Timbrio está puesto. Bien sé que desearéis saber, señoras, quién es el enemigo que a tan valeroso caballero, como es el que os he pintado, tiene puesto en tal estremo; pero también sé que, en diciéndoosle, no os maravillaréis sino de cómo ya no le tiene consumido y

muerto. Su enemigo es amor, universal destruidor de nuestros sosiegos y bienandanzas. Este fiero enemigo tomó posesión de sus entrañas. En entrando en esta ciudad, vio Timbrio una hermosa dama, de singular valor y hermosura, mas tan principal y honesta que jamás el miserable se ha aventurado a descubrirle su pensamiento".

»A este punto llegaba yo cuando Nísida me dijo: "Por cierto, Astor —que entonces era éste el nombre mío—, que no sé yo si crea que ese caballero sea tan valeroso y discreto como dices, pues tan fácilmente se ha dejado rendir a un mal deseo tan recién nacido, entregándose tan sin ocasión alguna en los brazos de la desesperación. Y, aunque a mí se me alcanza poco destos amorosos efectos, todavía me parece que es simplicidad y flaqueza dejar, el que se vee fatigado dellos, de descubrir su pensamiento a quien se le causa, puesto que sea del valor que imaginar se puede; porque, ¿qué afrenta se le puede seguir a ella de saber que es bien querida, o a él qué mayor mal de su aceda y desabrida respuesta, que la muerte que él mesmo se procura callando? Y no sería bien que por tener un juez fama de riguroso, dejase alguno de alegar de su derecho. Pero pongamos que sucede la muerte de un amante tan callado y temeroso como ese tu amigo; dime, ¿llamarías tú cruel a la dama de quien estaba enamorado? No, por cierto; que mal puede remediar nadie la necesidad que no llega a su noticia, ni cae en su obligación procurar saberla para remediarla. Así que, Astor, perdóname, que las obras de ese tu amigo no hacen muy verdaderas las alabanzas que le das".

»Cuando yo oí a Nísida semejantes razones, luego luego quisiera con las mías descubrirle todo el secreto de mi pecho; mas, como yo entendía la bondad y llaneza con que ella las hablaba, hube de detenerme y esperar más sola y mejor coyuntura; y así, le respondí: "Cuando los casos de amor, hermosa Nísida, con libres ojos se miran, tantos desatinos se veen en ellos,

que no menos de risa que de compasión son dignos; pero si de la sotil red amorosa se halla enlazada el alma, allí están los sentidos tan trabados y tan fuera de su proprio ser, que la memoria sólo sirve de tesorera y guardadora del objecto que los ojos miraron, y el entendimiento en escudriñar y conocer el valor de la que bien ama, y la voluntad de consentir de que la memoria y entendimiento[288] en otra cosa no se ocupen; y así, los ojos veen como por espejo de alinde,[289] que todas las cosas se les hacen mayores: ora cresce la esperanza cuando son favorescidos, ora el temor cuando desechados; y así, sucede a muchos lo que a Timbrio ha sucedido, que, pareciéndoles a los principios altísimo el objecto a quien los ojos levantaron, pierden la esperanza de alcanzarle; pero no de manera que no les diga amor allá dentro en el alma: '¿Quién sabe? Podría ser...'. Y con esto anda la esperanza, como decirse suele, entre dos aguas, la cual si del todo les desamparase, con ella huiría el amor. Y de aquí nasce andar, entre el temor y osar, el corazón del amante tan afligido que, sin aventurarse a decirla, se recoge y aprieta en su llaga, y espera, aunque no sabe de quién, el remedio de que se vee tan apartado. En este mesmo estremo he yo hallado a Timbrio, aunque todavía, a persuasiones mías, ha escripto una carta a la dama por quien muere, la cual me dio para que la viese y mirase si en alguna manera se mostraba en ella descomedido, porque la enmendaría. Encargóme asimesmo que buscase orden de ponerla en manos de su señora, que creo será imposible, no porque yo no me aventure a ello, pues lo menos que aventuraré será la vida por servirle, mas porque me parece que no he de hallar ocasión para darla". "Veámosla —dijo Nísida—, porque deseo ver cómo escriben los enamorados discretos." Luego saqué yo una carta del seno, que algunos días antes estaba escripta, esperando ocasión de que Nísida la viese; y, ofreciéndome la ventura ésta, se la mostré; la cual, por

haberla yo leído muchas veces, se me quedó en la memoria, cuyas razones eran éstas:

Timbrio a Nísida

> Determinado había, hermosa señora, que el fin desastrado mío os diese noticia de quien yo era, pareciéndome ser mejor que alabárades mi silencio en la muerte, que no que vituperárades mi atrevimiento en la vida; mas, porque imagino que a mi alma conviene partirse deste mundo en gracia vuestra, porque en el otro no le niegue amor el premio de lo que ha padecido, os hago sabidora del estado en que vuestra rara beldad me tiene puesto, que es tal, que, a poder significarle, no procurara su remedio, pues por pequeñas cosas nadie se ha de aventurar a ofender el valor estremado vuestro, del cual y de vuestra honesta liberalidad espero restaurar la vida para serviros, o alcanzar la muerte para nunca más ofenderos.

»Con mucha atención estuvo Nísida escuchando esta carta, y, en acabándola de oír, dijo: "No tiene de qué agraviarse la dama a quien esta carta se envía, si ya de puro grave no da en ser melindrosa, enfermedad de quien no se escapa la mayor parte de las damas desta ciudad. Pero, con todo eso, no dejes, Astor, de dársela, pues, como ya te he dicho, no se puede esperar más mal de su respuesta, que no sea peor el que agora dices que tu amigo padece. Y, para más animarte, te quiero asegurar que no hay mujer tan recatada y tan puesta en atalaya para mirar por su honra, que le pese mucho de ver y saber que es querida, porque entonces conoce ella que no es vana la presumpción que de sí tiene, lo cual sería al revés si viese que de nadie era solicitada". "Bien sé, señora, que es verdad lo que dices —respondí yo—, mas tengo temor que el atreverme a darla, por lo menos, me ha de costar negarme de allí adelante la entrada en aquella casa, de que no menor daño me vendría a mí que a Timbrio." "No quieras, Astor —replicó Nísida—, confirmar tú la sentencia que aún el juez no tiene dada. Muestra buen ánimo, que no es riguroso trance de batalla éste a que te aventuras."

“¡Pluguiera al cielo, hermosa Nísida —respondí yo—, que en ese término me viera, que de mejor gana ofreciera el pecho al peligro y rigor de mil contrapuestas armas, que no la mano a dar esta amorosa carta a quien temo que, siendo con ella ofendida, ha de arrojar sobre mis hombros la pena que la ajena culpa meresce! Pero, con todos estos inconvinientes, pienso seguir, señora, el consejo que me has dado, puesto que aguardaré tiempo en que el temor no tenga tan ocupados mis sentidos como agora; y en este entretanto te suplico que, haciendo cuenta que tú eres a quien esta carta se envía, me des alguna respuesta que lleve a Timbrio, para que con este engaño él se entretenga un poco, y a mí el tiempo y las ocasiones me descubran lo que tengo de hacer.” “De mal artificio quieres usar —respondió Nísida—, porque, puesto caso que yo agora diese en nombre ajeno alguna blanda o esquiva respuesta, ¿no ves que el tiempo, descubridor de nuestros fines, aclarará el engaño y Timbrio quedará de ti más quejoso que satisfecho?; cuanto más que, por no haber dado hasta agora respuesta a semejantes cartas, no querría comenzar a darlas mentirosa y fingidamente; mas, aunque sepa ir contra lo que a mí mesma debo, si me prometes de decir quién es la dama, yo te diré qué digas a tu amigo, y cosa tal, que él quede contento por agora; y, puesto que después las cosas sucedan al revés de lo que él pensare, no por eso se averiguará la mentira.” “Eso no me lo mandes, ¡oh Nísida! —respondí yo—, porque en tanta confusión me pone decirte yo a ti su nombre, como me pondría el darle a ella la carta; basta saber que es principal, y que, sin hacerte agravio alguno, no te debe nada en la hermosura, que con esto me parece que la encarezco sobre cuantas son nascidas.” “No me maravillo que digas eso de mí —dijo Nísida—, pues los hombres de vuestra condición y trato, lisonjear es su propio oficio. Mas, dejando todo esto a una parte, porque deseo que no pierdas la comodidad de un tan buen amigo, te aconsejo que le digas que fuiste a dar la carta a su

dama, y que has pasado con ella todas las razones que conmigo, sin faltar punto, y cómo leyó tu carta, y el ánimo que te daba para que a su dama la llevases, pensando que no era ella a quien venía; y que, aunque no te atreviste a declarar del todo, que has conoscido della que, cuando sepa ser ella para quien la carta venía, no le causará el engaño y desengaño mucha pesadumbre. Desta suerte rescibirá él algún alivio en su trabajo; y después, al descubrir tu intención a su dama, puedes responder a Timbrio lo que ella te respondiere, pues hasta el punto que ella lo sepa, queda en fuerza esta mentira y la verdad de lo que sucediere, sin que haga al caso el engaño de agora."

»Admirado quedé de la discreta traza de Nísida, y aun no sin sospecha de la verdad de mi artificio. Y así, besándole las manos por el buen aviso, y quedando con ella que de cualquiera cosa que en este negocio sucediere le había de dar particular cuenta, vine a contar a Timbrio todo lo que con Nísida me había sucedido, que fue parte para que la tuviese en su alma la esperanza, y volviese de nuevo a sustentarle y a desterrar de su corazón los nublados del frío temor que hasta entonces le tenían ofuscado. Y todo este gusto se le acrescentaba el prometerle yo a cada paso que los míos no serían dados sino en servicio suyo, y que otra vez que con Nísida me hallase, sacaría el juego de maña[290] con tan buen suceso como sus pensamientos merecían. Una cosa se me ha olvidado de deciros: que en todo el tiempo que con Nísida y su hermana estuve hablando, jamás la menor hermana habló palabra, sino que, con un estraño silencio, estuvo siempre colgada de las mías. Y seos decir, señores, que si callaba, no era por no saber hablar con toda discreción y donaire, porque en estas dos hermanas mostró naturaleza todo lo que ella puede y vale; y, con todo esto, no sé si os diga que holgara que me hubiera negado el cielo la ventura de haberlas conocido, especialmente a Nísida, principio y fin de toda mi desdicha. Pero,

¿qué puedo hacer, si lo que los hados tienen ordenado no puede por discursos humanos estorbarse? Yo quise, quiero y querré bien a Nísida, tan sin ofensa de Timbrio cuanto lo ha mostrado bien mi cansada lengua, que jamás la habló que en favor de Timbrio no fuese, encubriendo siempre, con más que ordinaria discreción, la pena propria por remediar la ajena.

»Sucedió, pues, que, como la belleza de Nísida tan esculpida en mi alma quedó desde el primer punto que mis ojos la vieron, no pudiendo tener mi pecho tan rico tesoro encubierto, cuando solo o apartado alguna vez me hallaba, con algunas amorosas y lamentables canciones le descubría con velo de fingido nombre. Y así, una noche, pensando que ni Timbrio ni otro alguno me escuchaba, por dar alivio un poco al fatigado espíritu, en un retirado aposento, sólo de un laúd acompañado, canté unos versos, que, por haberme puesto en una confusión gravísima, os los habré de decir, que eran éstos:

Silerio

¿Qué laberinto es éste do se encierra
mi loca, levantada fantasía?
¿Quién ha vuelto mi paz en cruda guerra,
y en tal tristeza toda mi alegría?
¿O cuál hado me trujo a ver la tierra
qu'ha de servir de sepoltura mía,
o quién reducirá mi pensamiento
al término que pide un sano intento?
Si por romper este mi frágil pecho
y despojarme de la dulce vida,
quedase el suelo y cielo satisfecho

de que a Timbrio guardé la fe debida,
sin que me acobardara el crudo hecho,
yo fuera de mí mesmo el homicida;
mas si yo acabo, en él acaba luego
la amorosa esperanza y cresce el fuego.

Lluevan y caigan las doradas flechas
del ciego dios, y con rigor insano
al triste corazón vengan derechas,
disparadas con fiera airada mano;
que, aunque ceniza y polvo queden hechas
las heridas entrañas, lo que gano
en encubrir su dolorosa llaga
es rica de mi mal ilustre paga.

Silencio eterno a mi cansada lengua
pondrá la ley de la amistad sincera,
por cuya sin igual virtud desmengua
la pena que acabar jamás espera;
mas, aunque nunca acabe y ponga en mengua
la honra y la salud, será cual era
mi limpia fe: más firme y contrastada
que roca en medio de la mar airada.

Del humor que derraman estos ojos,
y de la lengua el pïadoso oficio;
del bien que se le debe a mis enojos,
y de la voluntad el sacrificio,
lleve los dulces premios y despojos
el caro amigo, y muéstrese propicio
el cielo a mi deseo, que pretende

el bien ajeno y a sí mismo ofende.
Socorre, ¡oh blando amor!, levanta y guía
mi bajo ingenio en la ocasión dudosa;
y al esperado punto esfuerzo envía
al alma y a la lengua temerosa,
la cual podrá, si lleva tu osadía,
facilitar la más difícil cosa,
y romper contra el hado y desventura,
hasta llegar a la mayor ventura.

»El estar tan trasportado en mis continuas imaginaciones fue ocasión para que yo no tuviese cuenta en cantar estos versos que he dicho con tan baja voz como debiera, ni el lugar do estaba era tan escondido que estorbara que de Timbrio no fueran escuchados, el cual, así como los oyó, le vino al pensamiento que el mío no estaba libre de amor, y que si yo alguno tenía, era a Nísida, según se podía colegir de mi canto. Y, aunque él alcanzó la verdad de mis pensamientos, no alcanzó la de mis deseos; antes, entendiendo ser al contrario de lo que yo pensaba, determinó de ausentarse aquella mesma noche e irse adonde de ninguno fuese hallado, sólo por dejarme comodidad de que solo a Nísida sirviese. Todo esto supe yo de un paje suyo, sabidor de todos sus secretos, el cual vino a mí muy angustiado y me dijo: "Acudid, señor Silerio, que Timbrio, mi señor y vuestro amigo, nos quiere dejar y partirse esta noche, y no me ha dicho adónde, sino que le apareje no sé qué dineros, y que a nadie diga que se parte. Principalmente me dijo que a vos no lo dijese. Y este pensamiento le ha venido después que estuvo escuchando no sé qué versos que poco ha cantábades, y, según los estremos que le he visto hacer, creo que va a desesperarse.[291] Y, por parecerme que debo antes acudir a su remedio que a obedecer su mandado,

os lo vengo a decir, como a quien puede ser parte para que no ponga en efecto tan dañado propósito".

»Con estraño sobresalto escuché lo que el paje me decía, y fui luego a ver a Timbrio a su aposento, y, antes que dentro entrase, me paré a ver lo que hacía, el cual estaba tendido encima de su lecho boca abajo, derramando infinitas lágrimas, acompañadas de profundos sospiros, y con baja voz y mal formadas razones me pareció que éstas decía: "Procura, verdadero amigo Silerio, alcanzar el fruto que tu solicitud y trabajo tiene bien merescido, y no quieras, por lo que te parece que debes a mi amistad, dejar de dar gusto a tu deseo, que yo refrenaré el mío, aunque sea con el medio estremo de la muerte, que, pues tú della me libraste, cuando con tanto amor y fortaleza al rigor de mil espadas te ofreciste, no es mucho que yo agora te pague en parte tan buena obra con dar lugar a que, sin el impedimento que mi presencia causarte puede, goces de aquella en quien cifró el cielo toda su belleza y puso el amor todo mi contento. De una sola cosa me pesa, dulce amigo, y es que no puedo despedirme de ti en esta amarga partida; mas, admite por disculpa el ser tú la causa della. ¡Oh Nísida, Nísida, y cuán cierto está de tu hermosura, que se ha de pagar la culpa del que se atreve a mirarla con la pena de morir por ella! Silerio la vio, y si no quedara cual imagino que ha quedado, perdiera en gran parte conmigo la opinión que tiene de discreto. Mas, pues mi ventura así lo ha querido, sepa el cielo que no soy menos amigo de Silerio que él lo es mío; y, para muestras desta verdad, apártese Timbrio de su gloria, destiérrese de su contento, vaya peregrino de tierra en tierra, ausente de Silerio y de Nísida, dos verdaderas y mejores mitades de su alma". Y luego, con mucha furia, se levantó del lecho y abrió la puerta, y, hallándome allí, me dijo: "¿Qué quieres, amigo, a tales horas? ¿Hay, por ventura, algo de nuevo?". "Hay tanto —le respondí yo— que, aunque hubiera menos no me pesara." En fin, por no cansaros

más, yo llegué a tales términos con él, que le persuadí y di a entender ser su imaginación falsa, no en cuanto estaba yo enamorado, sino en el de quién, porque no era de Nísida, sino de su hermana Blanca; y súpelo decir esto de manera que él lo tuvo por verdadero. Y, porque más crédito a ello diese, la memoria me ofreció unas estancias[292] que muchos días antes yo mesmo había hecho a otra dama del mesmo nombre, y díjele que para la hermana de Nísida las había compuesto, las cuales vinieron tan a propósito que, aunque sea fuera dél decirlas ahora, no las quiero pasar en silencio, que fueron éstas:

SILERIO

¡Oh Blanca, a quien rendida está la nieve,
y en condición más que la nieve helada!,
no presumáis ser mi dolor tan leve
que estéis de remediarle descuidada.
Mirad que si mi mal no ablanda y mueve
vuestra alma, en mi desdicha conjurada,
se volverá tan negra mi ventura
cuanta sois blanca en nombre y hermosura.

¡Blanca gentil, en cuyo blanco pecho
el contento de amor se anida y cierra!:
antes qu'el mío, en lágrimas deshecho,
se vuelva polvo y miserable tierra,
mostrad el vuestro en algo satisfecho
del amor y dolor qu'el mío encierra,
que ésta será tan caudalosa paga,
que a cuanto mal padezco satisfaga.

Blanca, sois vos por quien trocar querría
de oro el más finísimo ducado,[293]
y por tan alta posesión tendría
por bien perder la del más alto estado.
Pues esto conocéis, ¡oh Blanca mía!,
dejad ese desdén desamorado,
y haced, ¡oh Blanca!, que el amor acierte
a sacar, si sois vos, blanca[294] mi suerte.

Puesto que con pobreza tal me hallara
que tan sola una blanca poseyera,
si ella fuérades vos, no me trocara
por el más rico que en el mundo hubiera;
y si mi ser en aquel ser tornara
de Juan de Espera en Dios,[295] dichoso fuera
si al tiempo que las tres blancas buscase,
a vos, ¡oh Blanca!, entre ellas os hallase.»

Adelante pasara con su cuento Silerio, si no lo estorbara el son de muchas zampoñas y acordados caramillos[296] que a sus espaldas se oía; y, volviendo la cabeza, vieron venir hacia ellos hasta una docena de gallardos pastores puestos en dos hileras, y en medio venía un dispuesto pastor, coronado con una guirnalda de madreselva y de otras diferentes flores. Traía un bastón en la una mano, y con grave paso poco a poco se movía; y los demás pastores, andando con el mesmo aplauso[297] y tocando todos sus instrumentos, daban de sí agradable y estraña muestra. Luego que Elicio los vio, conosció ser Daranio el pastor que en medio traían, y los demás ser todos circunvecinos que a sus bodas querían hallarse, a las cuales asimesmo Tirsi y Damón vinieron, y, por alegrar la fiesta del desposorio y honrar al

nuevo desposado, de aquella manera hacia el aldea se encaminaban. Pero, viendo Tirsi que su venida había puesto silencio al cuento de Silerio, le rogó que aquella noche juntos en la aldea la pasasen, donde sería servido con la voluntad posible, y haría satisfechas las suyas con acabar el comenzado suceso. Silerio lo prometió. Y a esta sazón llegó el montón alegre de pastores, los cuales conosciendo a Elicio y Daranio, a Tirsi y a Damón, sus amigos, con señales de grande alegría se recibieron; y, renovando la música y renovando el contento, tornaron a proseguir el comenzado camino; y, ya que llegaban junto al aldea, llegó a sus oídos el son de la zampoña del desamorado Lenio, de que no poco gusto recibieron todos, porque ya conocían la estremada condición suya. Y, así como Lenio los vio y conoció, sin interromper el suave canto, desta manera cantando hacia ellos se vino:

Lenio

Por bienaventurada,
por llena de contento y alegría,
será por mí juzgada
tan dulce compañía,
si no siente de amor la tiranía.
Y besaré la tierra
que pisa aquel que de su pensamiento
el falso amor destierra
y tiene el pecho esento
desta furia cruel, deste tormento.
Y llamaré dichoso[298]
al rústico advertido ganadero
que vive cuidadoso

del pobre manso apero
y muestra el rostro al crudo amor severo.
Deste tal las corderas,
antes que venga la sazón madura,
serán ya parideras,
y en la peña más dura
hallarán claras aguas y verdura.
Si, estando amor airado
con él, pusiere en su salud desvío,
llevaré su ganado,
con el ganado mío,
al abundoso pasto, al claro río.
Y en tanto, del encienso
el humo sancto irá volando al cielo,
a quien decirle pienso
con pío y justo celo,
las rodillas prostradas por el suelo:
«¡Oh cielo sancto y justo!,
pues eres protector del que pretende
hacer lo que es tu gusto,
a la salud atiende
de aquel que por servirte amor le ofende.
No lleve este tirano
los despojos a ti solo debidos;
antes, con larga mano
y premios merescidos,
restituye su fuerza a los sentidos».

En acabando de cantar Lenio, fue de todos los pastores cortésmente rescibido, el cual, como oyese nombrar a Damón y a Tirsi, a quien él sólo por fama conoscía, quedó admirado en ver su estremada presencia; y así, les dijo:

—¿Qué encarecimientos bastarían, aunque fueran los mejores que en la elocuencia pudieran hallarse, a poder levantar y encarecer el valor vuestro, famosos pastores, si por ventura las niñerías de amor no se mezclaran con las veras de vuestros celebrados escriptos? Pero, pues ya estáis éticos[299] de amor, enfermedad al parecer incurable, puesto que mi rudeza, con estimar y alabar vuestra rara discreción, os pague lo que os debe, imposible será que yo deje de vituperar vuestros pensamientos.

—Si los tuyos tuvieras, discreto Lenio —respondió Tirsi—, sin las sombras de la vana opinión que los ocupa, vieras luego la claridad de los nuestros, y que, por ser amorosos, merescen más gloria y alabanza que por ninguna otra sutileza o discreción que encerrar pudieran.

—No más, Tirsi, no más —replicó Lenio—, que bien sé que contra tantos y tan obstinados enemigos poca fuerza tendrán mis razones.

—Si ellas lo fueran —respondió Elicio—, tan amigos son de la verdad los que aquí están, que ni aun burlando la contradijeran; y en esto podrás ver, Lenio, cuán fuera vas della, pues no hay ninguno que apruebe tus palabras, ni aun tenga por buenas tus intenciones.

—Pues, a fe —dijo Lenio—, que no te salve a ti la tuya, ¡oh Elicio! Si no, dígalo el aire, a quien contino acrescientas con sospiros, y la yerba destos prados, que va cresciendo con tus lágrimas, y los versos que el otro día en las hayas de aquel bosque escribiste, que en ellos se verá qué es lo que en ti alabas y en mí vituperas.

No quedara Lenio sin respuesta, si no vieran venir hacia donde ellos estaban a la hermosa Galatea con las discretas pastoras Florisa y Teolinda,

la cual, por no ser conoscida de Damón y Tirsi, se había puesto un blanco velo ante su hermoso rostro. Llegaron y fueron de los pastores con alegre acogimiento rescebidas, principalmente de los enamorados Elicio y Erastro, que con la vista de Galatea tan estraño contento rescibieron que, no pudiendo Erastro disimularle, en señal dél, sin mandárselo alguno, hizo señas a Elicio que su zampoña tocase, al son de la cual, con alegres y suaves acentos, cantó los siguientes versos:

Erastro

Vea yo los ojos bellos
deste sol que estoy mirando,
y si se van apartando,
váyase el alma tras ellos.
Sin ellos no hay claridad,
ni mi alma no la espere,
que, ausente dellos, no quiere
luz, salud, ni libertad.

Mire quien puede estos ojos,
que no es posible alaballos;
mas ha de dar por mirallos
de la vida los despojos.
Yo los veo y yo los vi,
y cada vez que los veo
les doy un nuevo deseo
tras el alma que les di.

Ya no tengo más que dar
ni imagino más que dé,
si por premio de mi fe
no se admite el desear.
Cierta está mi perdición
si estos ojos do el bien sobra
los pusieren en la obra
y no en la sana intención.

Aunque durase este día
mil siglos, como deseo,
a mí, que tanto bien veo,
un punto parecería.
No hace el tiempo ligero
curso en alterar mi edad,
mientras miro la beldad
de la vida por quien muero.

En esta vista reposa
mi alma y halla sosiego,
y vive en el vivo fuego
de su luz pura, hermosa.
Y hace amor tan alta prueba
con ella, que en esta llama
a dulce vida la llama
y, cual fénix, la renueva.[300]

Salgo con mi pensamiento

buscando mi dulce gloria,
y al fin hallo en mi memoria
encerrado mi contento.
Allí está y allí se encierra,
no en mandos, no en poderíos,
no en pompas, no en señoríos
ni en riquezas de la tierra.

Aquí acabó su canto Erastro, y se acabó el camino de llegar a la aldea, adonde Tirsi y Damón y Silerio en casa de Elicio se recogieron, por no perder la ocasión de saber en qué paraba el comenzado cuento de Silerio. Las hermosas pastoras Galatea y Florisa, ofreciendo de hallarse el venidero día a las bodas de Daranio, dejaron a los pastores, y todos o los más con el desposado se quedaron, y ellas a sus casas se fueron. Y aquella mesma noche, solicitado Silerio de su amigo Erastro, y por el deseo que le fatigaba de volver a su ermita, dio fin al suceso de su historia, como se verá en el siguiente libro.

FIN DEL SEGUNDO LIBRO

TERCERO LIBRO DE *GALATEA*

El regocijado alboroto que con la ocasión de las bodas de Daranio aquella noche en el aldea había, no fue parte para que Elicio, Tirsi, Damón y Erastro dejasen de acomodarse en parte donde, sin ser de alguno estorbados, pudiese seguir Silerio su comenzada historia. El cual, después que todos juntos grato silencio le prestaron, siguió desta manera:

—«Con las fingidas estancias de Blanca que os he dicho que a Timbrio dije, quedó él satisfecho de que mi pena procedía, no de amores de Nísida, sino de su hermana. Y, con este seguro, pidiéndome perdón de la falsa imaginación que de mí había tenido, me tornó a encargar su remedio. Y así, yo, olvidado del mío, no me descuidé un punto de lo que al suyo tocaba. Algunos días se pasaron, en los cuales la fortuna no me mostró tan abierta ocasión como yo quisiera para descubrir a Nísida la verdad de mis pensamientos, aunque ella siempre me preguntaba cómo a mi amigo en sus amores le iba, y si su dama tenía ya alguna noticia dellos. A lo que yo le dije que todavía el temor de ofenderla no me dejaba aventurar a decirle cosa alguna. De lo cual Nísida se enojaba mucho, y me llamaba cobarde y de poca discreción, añadiendo a esto que, pues yo me acobardaba, o que Timbrio no sentía el dolor que yo dél publicaba, o que yo no era tan verdadero amigo suyo como decía. Todo esto fue parte para que me determinase y en la primera ocasión me descubriese, como lo hice un día que sola estaba, la cual escuchó con estraño silencio todo lo que decirle quise; y yo, como mejor pude, le encarecí el valor de Timbrio, el verdadero amor que le tenía, el cual era de suerte que me había movido a mí a tomar

tan abatido ejercicio como era el de truhán, sólo por tener lugar de decirle lo que le decía, añadiendo a éstas otras razones que a Nísida le debió parecer que lo eran. Mas no quiso mostrar entonces por palabras lo que después con obras no pudo tener cubierto; antes, con gravedad y honestidad estraña, reprehendió mi atrevimiento, acusó mi osadía, afeó mis palabras y desmayó mi confianza; pero no de manera que me desterrase de su presencia, que era lo que yo más temía. Sólo concluyó con decirme que de allí adelante tuviese más cuenta con lo que a su honestidad era obligado, y procurase que el artificio de mi mentido hábito no se descubriese. Conclusión fue esta que cerró y acabó la tragedia de mi vida, pues por ella entendí que Nísida daría oídos a las quejas de Timbrio.

»¿En qué pecho pudo caber ni puede el estremo de dolor que entonces en el mío se encerraba, pues el fin de su mayor deseo era el remate y fin de su contento? Alegrábame el buen principio que al remedio de Timbrio había dado, y esta alegría en mi pesar redundaba, por parecerme, como era la verdad, que en viendo a Nísida en poder ajeno el proprio mío se acababa. ¡Oh fuerza poderosa de verdadera amistad, a cuánto te estiendes y a cuánto me obligaste, pues yo mismo, forzado de tu obligación, afilé con mi industria el cuchillo que había de degollar mis esperanzas, las cuales, muriendo en mi alma, vivieron y resucitaron en la de Timbrio cuando de mí supo todo lo que con Nísida pasado había! Pero ella andaba tan recatada con él y conmigo, que nunca de todo punto dio a entender que de la solicitud mía y amor de Timbrio se contentaba, ni menos se desdeñó de suerte que sus sinsabores y desvíos hiciesen a los dos abandonar la empresa, hasta que, habiendo llegado a noticia de Timbrio cómo su enemigo Pransiles —aquel caballero a quien él había agraviado en Jerez—, deseoso de satisfacer su honra, le enviaba a desafiar, señalándole campo franco y seguro en una tierra del estado del duque de Gravina,[301] dándole término

de seis meses, desde entonces hasta el día de la batalla. El cuidado deste aviso no fue parte para que se descuidase de lo que a sus amores convenía; antes, con nueva solicitud mía y servicios suyos, vino a estar Nísida de manera que no se mostraba esquiva aunque la mirase Timbrio y en casa de sus padres visitase, guardando en todo tan honesto decoro, cuanto a su valor era obligada. Acercándose ya el término del desafío, y viendo Timbrio serle inescusable aquella jornada, determinó de partirse, y, antes que lo hiciese, escribió a Nísida una carta tal, que acabó con ella en un punto lo que yo en muchos meses atrás y en muchas palabras no había comenzado. Tengo la carta en la memoria, y, por hacer al caso de mi cuento, no os dejaré de decir que así decía:

Timbrio a Nísida

Salud te envía aquel que no la tiene,[302]
Nísida, ni la espera en tiempo alguno
si por tus manos mismas no le viene.
El nombre aborrescible de importuno
temo me adquirirán estos renglones,
escriptos con mi sangre de uno en uno.
Mas, la furia cruel de mis pasiones
de tal modo me turba, que no puedo
huir las amorosas sinrazones.
Entre un ardiente osar y un frío miedo,
arrimado a mi fe y al valor tuyo,
mientras ésta rescibes triste quedo,
por ver que en escrebirte me destruyo,
si tienes a donaire lo que digo

y entregas al desdén lo que no es suyo.
El cielo verdadero me es testigo
si no te adoro desde el mesmo punto
que vi ese rostro hermoso y mi enemigo.
El verte y adorarte llegó junto;
porque, ¿quién fuera aquel que no adorara
de un ángel bello el sin igual trasumpto?
Mi alma tu belleza, al mundo rara,
vio tan curiosamente que no quiso
en el rostro parar la vista clara.
Allá en el alma tuya un paraíso
fue descubriendo de bellezas tantas,
que dan de nueva gloria cierto aviso.
Con estas ricas alas te levantas
hasta llegar al cielo, y en la tierra
al sabio admiras y al que es simple espantas.[303]
Dichosa el alma que tal bien encierra,
y no menos dichoso el que por ella
la suya rinde a la amorosa guerra.
En deuda soy a mi fatal estrella,
que me quiso rendir a quien encubre
en tan hermoso cuerpo alma tan bella.
Tu condición, señora, me descubre
el desengaño de mi pensamiento,
y de temor a mi esperanza cubre.
Pero, en fe de mi justo honroso intento,
hago buen rostro a la desconfianza,
y cobro al postrer punto nuevo aliento.

Dicen que no hay amor sin esperanza;
pienso que es opinión, que yo no espero,
y del amor la fuerza más me alcanza.
Por sola tu bondad te adoro y quiero,
atraído también de tu belleza,
que fue la red que amor tendió primero
para atraer con rara subtileza
al alma descuidada libre mía
al amoroso ñudo y su estrecheza.
Sustenta amor su mando y tiranía
con cualquiera belleza en algún pecho;
pero no en la curiosa fantasía,
que mira, no de amor el lazo estrecho
que tiende en los cabellos de oro fino,
dejando al que los mira satisfecho,
ni en el pecho, a quien llama alabastrino[304]
quien del pecho no pasa más adentro,
ni en el marfil del cuello peregrino,
sino del alma el escondido centro
mira, y contempla mil bellezas puras
que le acuden y salen al encuentro.
Mortales y caducas hermosuras
no satisfacen a la inmortal alma,
si de la luz perfecta no anda a escuras.
Tu sin igual virtud lleva la palma
y los despojos de mis pensamientos,
y a los torpes[305] sentidos tiene en calma.
Y en esta subjeción están contentos,

porque miden su dura amarga pena
con el valor de tus merescimientos.
Aro en el mar y siembro en el arena
cuando la fuerza estraña del deseo
a más que a contemplarte me condemna.
Tu alteza entiendo, mi bajeza veo,
y, en estremos que son tan diferentes,
ni hay medio que esperar ni le poseo.
Ofrécense por esto inconvinientes
tantos a mi remedio, cuantas tiene
el cielo estrellas y la tierra gentes.
Conozco lo que al alma le conviene,
sé lo mejor, y a lo peor me atengo,[306]
llevado del amor que me entretiene.
Mas ya, Nísida bella, al paso vengo,
de mí con mortal ansia deseado,
do acabaré la pena que sostengo.
El enemigo brazo levantado
me espera, y la feroz aguda espada,
contra mí con tu saña conjurado.
Presto será tu voluntad vengada
del vano atrevimiento desta mía,
de ti sin causa alguna desechada.
Otro más duro trance, otra agonía,
aunque fuera mayor que de la muerte
no turbara mi triste fantasía,
si cupiera en mi corta amarga suerte
verte de mis deseos satisfecha,

así como al contrario puedo verte.
La senda de mi bien hállola estrecha;
la de mi mal, tan ancha y espaciosa,
cual de mi desventura ha sido hecha.
Por ésta corre airada y presurosa
la muerte, en tu desdén fortalecida,
de triunfar de mi vida deseosa.
Por aquélla mi bien va de vencida,
de tu rigor, señora, perseguido,
qu'es el que ha de acabar mi corta vida.
A términos tan tristes conducido
me tiene mi ventura, que ya temo
al enemigo airado y ofendido,
sólo por ver qu'el fuego en que me quemo
es yelo en ese pecho, y esto es parte
para que yo acobarde al[307] paso estremo;
que si tú no te muestras de mi parte,
¿a quién no temerá mi flaca mano,
aunque más le acompañe esfuerzo y arte?
Pero si me ayudaras, ¿qué romano
o griego capitán me contrastara,[308]
que al fin su intento no saliera vano?
Por el mayor peligro me arrojara,
y de las fieras manos de la muerte
los despojos seguro arrebatara.
Tú sola puedes levantar mi suerte
sobre la humana pompa, o derribarla
al centro do no hay bien con que se acierte;

que, si como ha podido sublimarla
el puro amor, quisiera la fortuna
en la difícil cumbre sustentarla,
subida sobre el cielo de la luna[309]
se viera mi esperanza, que ahora yace
en lugar do no espera en cosa alguna.
Tal estoy ya, que ya me satisface
el mal que tu desdén airado, esquivo,
por tan estraños términos me hace,
sólo por ver que en tu memoria vivo,
y que te acuerdas, Nísida, siquiera
de hacerme mal, que yo por bien rescibo.
Con más facilidad contar pudiera
del mar los granos de la blanca arena,
y las estrellas de la octava esfera,
que no las ansias, el dolor, la pena
a qu'el fiero rigor de tu aspereza,
sin haberte ofendido, me condemna.
No midas tu valor con mi bajeza,
que al respecto de tu ser famoso,
por tier[r]a quedará cualquiera alteza.
Así cual soy te amo, y decir oso
que me adelanto en firme enamorado
al más subido término amoroso.
Por esto no merezco ser tratado
como enemigo; antes, me parece
que debría de ser remunerado.
Mal con tanta beldad se compadece

tamaña crueldad, y mal asienta
ingratitud do tal valor floresce.
Quisiérate pedir, Nísida, cuenta
de un alma que te di: ¿dónde la echaste,
o cómo, estando ausente, me sustenta?
Ser señora de un alma no aceptaste;
pues, ¿qué te puede dar quien más te quiera?
¡Cuán bien tu presumpción aquí mostra[s]te!
Sin alma estoy desde la vez primera
que te vi, por mi mal y por bien mío,
que todo fuera mal si no te viera.
Allí el freno te di de mi albedrío,
tú me gobiernas, por ti sola vivo,
y aun puede mucho más tu poderío.
En el fuego de amor puro me avivo
y me deshago, pues, cual fénix, luego
de la muerte de amor vida rescibo.
En fe desta mi fe, te pido y ruego
sólo que creas, Nísida, que es cierto
que vivo ardiendo en amoroso fuego,
y que tú puedes ya, después de muerto,
reducirme a la vida, y en un punto
del mar airado conducirme al puerto;
que está para conmigo en ti tan junto
el querer y el poder, que es todo uno,
sin discrepar y sin faltar un punto;
y acabo, por no ser más importuno.

»No sé si las razones desta carta, o las muchas que yo antes a Nísida había dicho, asegurándole el verdadero amor que Timbrio la tenía, o los continuos servicios de Timbrio, o los cielos, que así lo tenían ordenado, movieron las entrañas de Nísida para que, en el punto que la acabó de leer, me llamase y con lágrimas en los ojos me dijese: "¡Ay, Silerio, Silerio, y cómo creo que a costa de la salud mía has querido granjear la de tu amigo! Hagan los hados, que a este punto me han traído, con las obras de Timbrio verdaderas tus palabras. Y si las unas y las otras me han engañado, tome de mi ofensa venganza el cielo, al cual pongo por testigo de la fuerza que el deseo me hace, para que no le tenga más encubierto. Mas ¡ay, cuán liviano descargo es éste para tan pesada culpa, pues debiera yo primero morir callando porque mi honra viviera, que, con decir lo que agora quiero decirte, enterrarla a ella y acabar mi vida!". Confuso me tenían estas palabras de Nísida, y más el sobresalto con que las decía; y, queriendo con las mías animarla a que sin temor alguno se declarase, no fue menester importunarla mucho, que al fin me dijo que no sólo amaba, pero que adoraba a Timbrio, y que aquella voluntad tuviera ella cubierta siempre, si la forzosa ocasión de la partida de Timbrio no la forzara a descubrirla.

»Cuál yo quedé, pastores, oyendo lo que Nísida decía y la voluntad amorosa que tener a Timbrio mostraba, no es posible encarecerlo, y aun es bien que carezca de encarecimiento dolor que a tanto se estiende; no porque me pesase de ver a Timbrio querido, sino de verme a mí imposibilitado de tener jamás contento, pues estaba y está claro que ni podía, ni puedo vivir sin Nísida, a la cual, como otras veces he dicho, viéndola en ajenas manos puesta, era enajenarme yo de todo gusto. Y si alguno la suerte en este trance me concedía, era considerar el bien de mi amigo Timbrio, y esto fue parte para que no llegase a un mesmo punto mi muerte. Y la declaración de la voluntad de Nísida escuchéla como pude, y aseguréla como supe de la

entereza del pecho de Timbrio, a lo cual ella me respondió que ya no había necesidad de asegurarle aquello, porque estaba de manera que no podía, ni le convenía, dejar de creerme, y que sólo me rogaba, si fuese posible, procurase de persuadir a Timbrio buscase algún medio honroso para no venir a batalla con su enemigo; y, respondiéndole yo ser esto imposible sin quedar deshonrado, se sosegó, y, quitándose del cuello unas preciosas reliquias, me las dio para que a Timbrio de su parte las diese. Quedó ansimesmo concertado entre los dos que ella sabía que sus padres habían de ir a ver el combate de Timbrio, y que llevarían a ella y a su hermana consigo; mas, porque no le bastaría el ánimo de estar presente al riguroso trance de Timbrio, que ella fingiría estar mal dispuesta, con la cual ocasión se quedaría en una casa de placer[310] donde sus padres habían de posar, que media legua estaba de la villa donde se había de hacer el combate; y que allí esperaría su buena o mala suerte, según la tuviese Timbrio. Mandóme también que, para acortar el deseo que tendría de saber el suceso de Timbrio, que llevase yo conmigo una toca blanca que ella me dio, y que si Timbrio venciese, me la atase al brazo y volviese a darle las nuevas; y si fuese vencido, que no la atase, y así ella sabría por la señal de la toca desde lejos el principio de su contento o el fin de su vida.

»Prometíle de hacer todo lo que me mandaba, y, tomando las reliquias y la toca, me despedí della, con la mayor tristeza y el mayor contento que jamás tuve: mi poca ventura causaba la tristeza, y la mucha de Timbrio el alegría. Él supo de mí lo que de parte de Nísida le llevaba, y quedó con ello tan lozano, contento y orgulloso, que el peligro de la batalla que esperaba por ninguno le tenía, pareciéndole que en ser favorescido de su señora, aun la mesma muerte contrastar no le podría. Paso agora en silencio los encarecimientos que Timbrio hizo para mostrarse agradecido a lo que a mi

solicitud debía, porque fueron tales, que mostraba estar fuera de seso tratando en ello.

»Esforzado, pues, y animado con esta buena nueva, comenzó a aparejar su partida, llevando por padrinos un principal caballero español y otro napolitano. Y a la fama deste particular duelo, se movió a verlo infinita gente del reino, y yendo[311] también allá los padres de Nísida, llevando con ellos a ella y a su hermana Blanca. Y, como a Timbrio tocaba escoger las armas, quiso mostrar que no en la ventaja dellas, sino en la razón que tenía fundaba su derecho; y así, las que escogió fueron espada y daga, sin otra arma defensiva alguna. Pocos días faltaban al término señalado, cuando de la ciudad de Nápoles se partieron, con otros muchos caballeros, Nísida y sus padres, habiendo llegado primero ella, acordá[n]dome[312] muchas veces que no se olvidase nuestro concierto. Pero mi cansada memoria, que jamás sirvió sino de acordarme solas las cosas de mi desgusto, por no mudar su condición, se olvidó tanto de lo que Nísida me había dicho, cuanto vio que convenía para quitarme la vida, o, a lo menos, para ponerme en el miserable estado en que agora me veo.»

Con grande atención estaban los pastores escuchando lo que Silerio contaba, cuando interrompió el hilo de su cuento la voz de un lastimado pastor que entre unos árboles cantando estaba, y no tan lejos de las ventanas de la estancia donde ellos estaban que dejase de oírse todo lo que decía. La voz era de suerte que puso silencio a Silerio, el cual en ninguna manera quiso pasar adelante, antes rogó a los demás pastores que la escuchasen, pues, «para lo poco que de mi cuento quedaba, tiempo habría de acabarlo».[313] Hiciéraseles de mal esto a Tirsi y Damón, si no les dijera Elicio:

—Poco se perderá, pastores, en escuchar al desdichado Mireno —que, sin duda, es el pastor que canta—, y a quien ha traído la fortuna a términos que imagino que no espera él ninguno en su contento.

—¿Cómo le ha de esperar —dijo Erastro—, si mañana se desposa Daranio con la pastora Silveria, con quien él pensaba casarse? Pero en fin, han podido más con los padres de Silveria las riquezas de Daranio que las habilidades de Mireno.[314]

—Verdad dices —replicó Elicio—, pero con Silveria más había de poder la voluntad que de Mireno tenía conocida que otro tesoro alguno; cuanto más, que no es Mireno tan pobre que, aunque Silveria se casara con él, fuera su necesidad notada.

Por estas razones que Elicio y Erastro dijeron, creció el deseo en los pastores de escuchar lo que Mireno cantaba. Y así, rogó Silerio que más no se hablase, y todos con atento oído se pararon a escucharle, el cual, afligido de la ingratitud de Silveria, viendo que otro día con Daranio se desposaba, con la rabia y dolor que le causaba este hecho, se había salido de su casa, acompañado de solo su rabel; y, convidándole la soledad y silencio de un pequeño pradecillo que junto a las paredes de la aldea estaba, y confiado que en tan sosegada noche ninguno le escucharía, se sentó al pie de un árbol, y, templando su rabel, desta manera cantando estaba:

Mireno

Cielo sereno, que con tantos ojos
los dulces amorosos hurtos miras,
y con tu curso alegras o entristeces
a aquel que en tu silencio sus enojos
a quien los causa dice, o al que retiras
de gusto tal y espacio no le ofreces:
si acaso no careces
de tu benignidad para conmigo,

pues ya con sólo hablar me satisfago,
y sabes cuanto hago,
no es mucho que ahora escuches lo que digo,
que mi voz lastimera
saldrá con la doliente ánima fuera.[315]

Ya mi cansada voz, ya mis lamentos
bien poco ofenderán al aire vano,
pues a término tal soy reducido,
que ofrece amor a los airados vientos
mis esperanzas, y en ajena mano
ha puesto el bien que tuve merescido.
Será el fruto cogido
que sembró mi amoroso pensamiento
y regaron mis lágrimas cansadas,
por las afortunadas
manos a quien faltó merescimiento
y sobró la ventura,
que allana lo difícil y asegura.

Pues el que vee su gloria convertida
en tan amarga dolorosa pena,
y tomando su bien cualquier camino,
¿por qué no acaba la enojosa vida?
¿Por qué no rompe la vital cadena
contra todas las fuerzas del destino?
Poco a poco camino
al dulce trance de la amarga muerte,
y así, atrevido aunque cansado brazo,
sufrid el embarazo

del vivir, pues ensalza nuestra suerte
saber que a amor le place
qu'el dolor haga lo qu'el hierro hace.
Cierta mi muerte está, pues no es posible
que viva aquel que tiene la esperanza
tan muerta y tan ajeno está de gloria;
pero temo que amor haga imposible
mi muerte, y que una falsa confianza
dé vida, a mi pesar, a la memoria.
Mas, ¿qué?, si por la historia
de mis pasados bienes la poseo,
y miro bien que todos son pasados,
y los graves cuidados
que triste agora en su lugar poseo,
ella será más parte
para que della y del vivir me aparte.
¡Ay, bien único y solo[316] al alma mía,
sol que mi tempestad aserenaste,
término del valor que se desea!
¿Será posible que se llega el día
donde he de conocer que me olvidaste,
y que permita amor que yo le vea?
Primero que esto sea,
primero que tu blanco hermoso cuello
esté de ajenos brazos rodeado,
primero que el dorado
—oro es mejor decir— de tu cabello
a Daranio enriquezca,

con fenecer mi vida el mal fenezca.
Nadie por fe te tuvo merescida
mejor que yo; mas veo que es fe muerta
la que con obras no se manifiesta.[317]
Si se estimara el entregar la vida
al dolor cierto y a la gloria incierta,
pudiera yo esperar alegre fiesta;
mas no se admite en esta
cruda ley que amor usa el buen deseo,
pues es proverbio antiguo entre amadores,
que son obras amores;[318]
y yo, que por mi mal sólo poseo
la voluntad de hacellas,
¿qué no m'ha de faltar faltando en ellas?
En ti pensaba yo que se rompiera
esta ley del avaro amor usada,
pastora, y que los ojos levantaras
a una alma de la tuya prisionera,
y a tu proprio querer tan ajustada,
que si la conoscieras, la estimaras.
Pensé que no trocaras
una fe que dio muestras de tan buena
por una que quilata sus deseos
con los vanos arreos
de la riqueza, de cuidados llena:
entregástete al oro,
por entregarme a mí contino al lloro.
Abatida pobreza,[319] causadora

deste dolor que me atormenta el alma,
aquel te loa que jamás te mira.
Turbóse en ver tu rostro mi pastora,
a su amor tu aspereza puso en calma;
y así, por no encontrarte, el pie retira.
Mal contigo se aspira
a conseguir intentos amorosos:
tú derribas las altas esperanzas,
y siembras mil mudanzas
en mujeriles pechos codiciosos;
tú jamás perfecionas
con amor el valor de las personas.
Sol es el oro cuyos rayos ciegan
la vista más aguda, si se ceba
en la vana apariencia del provecho.
A liberales manos no se niegan
las que gustan de hacer notoria prueba
de un blando, codicioso, hermoso pecho.
Oro tuerce el derecho
de la limpia intención y fe sincera,
y más que la firmeza de un amante,
acaba un diamante,
pues su dureza vuelve un pecho cera,
por más duro que sea,
pues se le da con él lo que desea.
De ti me pesa, dulce mi enemiga,
que tantas tuyas puras perfectiones
con una avara muestra has afeado.

Tanto del oro te mostraste amiga,
que echaste a las espaldas mis pasiones
y al olvido entregaste mi cuidado.
En fin, ¡que te has casado!
¡Casado te has, pastora! El cielo haga
tan buena tu elección como querrías,
y de las penas mías
injustas no rescibas justa paga;
mas, ¡ay!, que el cielo amigo
da premio a la virtud, y al mal, castigo.

Aquí dio fin a su canto el lastimado Mireno, con muestras de tanto dolor, que le causó a todos los que escuchándole estaban, principalmente a los que le conocían y sabían sus virtudes, gallarda dispusición y honroso trato. Y, después de haber dicho entre los pastores algunos discursos sobre la estraña condición de las mujeres, en especial sobre el casamiento de Silveria, que, olvidada del amor y bondad de Mireno, a las riquezas de Daranio se había entregado, deseosos de que Silerio diese fin a su cuento, puesto silencio a todo, sin ser menester pedírselo, él comenzó a seguir diciendo:

—«Llegado, pues, el día del riguroso trance, habiéndose quedado Nísida media legua antes de la villa en unos jardines, como conmigo había concertado, con escusa que dio a sus padres de no hallarse bien dispuesta, al partirme della me encargó la brevedad de mi tornada[320] con la señal de la toca, porque, en traerla o no, ella entendiese el bueno o el mal suceso de Timbrio. Tornéselo yo a prometer, agraviándome de que tanto me lo encargase; y con esto me despedí della y de su hermana, que con ella se quedaba. Y, llegado al puesto del combate, y llegada la hora de comenzarle, después de haber hecho los padrinos de entrambos las ceremonias y

amonestaciones que en tal caso se requieren, puestos los dos caballeros en el estacado,[321] al temeroso son[322] de una ronca trompeta, se acometieron con tanta destreza y arte que causaba admiración en quien los miraba. Pero el amor, o la razón —que es lo más cierto—, que a Timbrio favorescía, le dio tal esfuerzo que, aunque a costa de algunas heridas, en poco espacio puso a su contrario de suerte que, tiniéndole a sus pies herido y desangrado, le importunaba que si quería salvar la vida, se rindiese. Pero el desdichado Pransiles le persuadía que le acabase de matar, pues le era más fácil a él, y de menos daño, pasar por mil muertes que rendirse una. Mas el generoso ánimo de Timbrio es de manera que, ni quiso matar a su enemigo, ni menos que se confesase por rendido; sólo se contentó con que dijese y conociese que era tan bueno Timbrio como él, lo cual Pransiles confesó de buena gana, pues hacía en esto tan poco que, sin verse en aquel término, pudiera muy bien decirlo.

»Todos los circunstantes, que entendieron lo que Timbrio con su enemigo había pasado, lo alabaron y estimaron en mucho. Y, apenas hube yo visto el feliz suceso de mi amigo, cuando, con alegría increíble y presta ligereza, volví a dar las nuevas a Nísida. Pero, ¡ay de mí!, que el descuido de entonces me ha puesto en el cuidado de agora. ¡Oh memoria, memoria mía! ¿Por qué no la tuviste para lo que tanto me importaba? Mas creo que estaba ordenado en mi ventura que el principio de aquella alegría fuese el remate y fin de todos mis contentos. Yo volví a ver a Nísida con la presteza que he dicho, pero volví sin ponerme la blanca toca al brazo. Nísida, que con crecido deseo estaba esperando y mirando desde unos altos corredores mi tornada, viéndome volver sin la toca, entendió que algún siniestro revés a Timbrio había sucedido, y creyólo y sintiólo de manera que, sin ser parte otra cosa, faltándole todos los espíritus, cayó en el suelo con tan estraño desmayo que todos por muerta la tuvieron. Cuando ya yo llegué, hallé a

toda la gente de su casa alborotada, y a su hermana haciendo mil estremos de dolor sobre el cuerpo de la triste Nísida. Cuando yo la vi en tal estado, creyendo firmemente que era muerta y viendo que la fuerza del dolor me iba sacando de sentido, temeroso que, estando fuera dél, no diese o descubriese algunas muestras de mis pensamientos, me salí de la casa, y poco a poco volvía a dar las desdichadas nuevas al desdichado Timbrio. Pero, como me hubiesen privado las ansias de mi fatiga las fuerzas de cuerpo y alma, no fueron tan ligeros mis pasos que no lo hubiesen sido más otros que la triste nueva a los padres de Nísida llevasen, certificándoles cierto que de un agudo paracismo[323] había quedado muerta. Debió de oír esto Timbrio, y debió de quedar cual yo quedé, si no quedó peor; sólo sé decir que cuando llegué a do pensaba hallarle, era ya algo anochecido, y supe de uno de sus padrinos que con el otro, y por la posta,[324] se había partido a Nápoles, con muestras de tanto descontento, como si de la contienda vencido y deshonrado salido hubiera. Luego imaginé yo lo que ser podía, y púseme luego en camino para seguirle; y, antes que a Nápoles llegase, tuve nuevas ciertas de que Nísida no era muerta, sino que le había dado un desmayo que le duró veinte y cuatro horas, al cabo de las cuales había vuelto en sí con muchas lágrimas y sospiros. Con la certidumbre desta nueva me consolé, y con más contento llegué a Nápoles, pensando hallar allí a Timbrio; pero no fue así, porque el caballero con quien él había venido me certificó que, en llegando a Nápoles, se partió sin decir cosa alguna, y que no sabía a qué parte; sólo imaginaba que, según le vio triste y malencólico después de la batalla, que no podía creer sino que a desesperarse hubiese ido.

»Nuevas fueron estas que me tornaron a mis primeras lágrimas; y aún no contenta mi ventura con esto, ordenó que, al cabo de pocos días, llegasen a Nápoles los padres de Nísida, sin ella y sin su hermana, las cuales, según

supe y según era pública voz, entrambas a dos se habían ausentado una noche viniendo con sus padres a Nápoles, sin que se supiese dellas nueva alguna. Tan confuso quedé con esto, que no sabía qué hacerme ni decirme; y, estando puesto en esta confusión tan estraña, vine a saber, aunque no muy cierto, que Timbrio, en el puerto de Gaeta, en una gruesa nave que para España iba, se había embarcado. Y, pensando que podría ser verdad, me vine luego a España, y en Jerez y en todas las partes que imaginé que podría estar, le he buscado sin hallar dél rastro alguno. Finalmente, he venido a la ciudad de Toledo, donde están todos los parientes de los padres de Nísida, y lo que he alcanzado a saber es que ellos se vuelven a Toledo sin haber sabido nuevas de sus hijas. Viéndome, pues, yo ausente de Timbrio, ajeno de Nísida, y considerando que ya que los hallase, ha de ser para gusto suyo y perdición mía, cansado ya y desengañado de las cosas deste falso mundo en que vivimos, he acordado de volver el pensamiento a mejor norte, y gastar lo poco que de vivir me queda en servicio del que estima los deseos y las obras en el punto que merescen. Y así, he escogido este hábito que veis y la ermita que habéis visto, adonde en dulce soledad reprima mis deseos y encamine mis obras a mejor paradero, puesto que, como viene de tan atrás la corrida de las malas inclinaciones que hasta aquí he tenido, no son tan fáciles de parar que no trascorran[325] algo y vuelva la memoria a combatirme, representándome las pasadas cosas; y, cuando en estos puntos me veo, al son de aquella arpa que escogí por compañera en mi soledad, procuro aliviar la pesada carga de mis cuidados, hasta que el cielo le tenga y se acuerde de llamarme a mejor vida.» Éste es, pastores, el suceso de mi desventura; y si he sido largo en contárosle, es porque no ha sido ella corta en fatigarme. Lo que os ruego es me dejéis volver a mi ermita, porque, aunque vuestra compañía me es agradable, he llegado a términos que

ninguna cosa me da más gusto que la soledad; y de aquí entenderéis la vida que paso y el mal que sostengo.

Acabó con esto Silerio su cuento, pero no las lágrimas con que muchas veces le había acompañado. Los pastores le consolaron en ellas lo mejor que pudieron, especialmente Damón y Tirsi, los cuales con muchas razones le persuadieron a no perder la esperanza de ver a su amigo Timbrio con más contento que él sabría imaginar, pues no era posible sino que tras tanta fortuna[326] aserenase el cielo, del cual se debía esperar que no consintiría que la falsa nueva de la muerte de Nísida a noticia de Timbrio con más verdadera relación no viniese antes que la desesperación le acabase. Y que de Nísida se podía creer y conjecturar que, por ver a Timbrio ausente, se habría partido en su busca; y que si entonces la fortuna por tan estraños accidentes los había apartado, agora por otros no menos estraños sabría juntarlos. Todas estas razones y otras muchas que le dijeron le consolaron algo, pero no de manera que despertase en él la esperanza de verse en vida más contenta; ni aun él la procuraba, por parecerle que la que había escogido era la que más le convenía.

Gran parte era ya pasada de la noche, cuando los pastores acordaron de reposar el poco tiempo que hasta el día quedaba, en el cual se habían de celebrar las bodas de Daranio y Silveria. Mas, apenas había dejado la blanca aurora el enfadoso lecho del celoso marido, cuando dejaron los suyos todos los más pastores de la aldea, y cada cual, como mejor pudo, comenzó por su parte a regocijar la fiesta: cuál trayendo verdes ramos para adornar la puerta de los desposados, y cuál con su tamborino y flauta les daba la madrugada; acullá se oía la regocijada gaita; acá sonaba el acordado rabel; allí, el antiguo salterio; [327] aquí, los cursados albogues; [328] quién con coloradas cintas adornaba sus castañetas para los esperados bailes; quién pulía y repulía sus rústicos aderezos para mostrarse galán a los ojos

de alguna su querida pastorcilla: de modo que, por cualquier parte de la aldea que se fuese, todo sabía a contento, placer y fiesta. Sólo el triste y desdichado Mireno era aquel a quien todas estas alegrías causaban summa tristeza; el cual, habiéndose salido de la aldea por no ver hacer sacrificio de su gloria, se subió en una costezuela que junto al aldea estaba, y allí, sentándose al pie de un antiguo fresno, puesta la mano en la mejilla y la caperuza encajada hasta los ojos, que en el suelo tenía clavados, comenzó a imaginar el desdichado punto en que se hallaba y cuán sin poderlo estorbar, ante sus ojos, había de ver coger el fruto de sus deseos. Y esta consideración le tenía de suerte, que lloraba tan tierna y amargamente, que ninguno en tal trance le viera que con lágrimas no le acompañara. A esta sazón, Damón y Tirsi, Elicio y Erastro se levantaron, y, asomándose a una ventana que al campo salía, lo primero en quien pusieron los ojos fue en el lastimado Mireno; y, en verle de la suerte que estaba, conocieron bien el dolor que padecía, y, movidos a compasión, determinaron todos de ir a consolarle, como lo hicieran si Elicio no les rogara que le dejaran ir a él solo, porque imaginaba que por ser Mireno tan amigo suyo, con él más abiertamente que con otro su dolor comunicaría. Los pastores se lo concedieron, y, yendo allá Elicio, hallóle tan fuera de sí y tan en su dolor trasportado, que ni le conoció Mireno, ni le habló palabra; lo cual visto por Elicio, hizo señal a los demás pastores que viniesen, los cuales, temiendo algún estraño accidente a Mireno sucedido, pues Elicio con priesa los llamaba, fueron luego allá, y vieron que estaba Mireno con los ojos tan fijos en el suelo, y tan sin hacer movimiento alguno, que una estatua semejaba, pues con la llegada de Elicio, ni con la de Tirsi, Damón y Erastro, no volvió de su estraño embelesamiento, si no fue que, a cabo de un buen espacio de tiempo, casi como entre dientes, comenzó a decir:

—¿Tú eres Silveria, Silveria? Si tú lo eres, yo no soy Mireno; y si soy Mireno, tú no eres Silveria: porque no es posible que esté Silveria sin Mireno, o Mireno sin Silveria. Pues, ¿quién soy yo, desdichado? ¿O quién eres tú, desconocida?[329] Yo bien sé que no soy Mireno, porque tú no has querido ser Silveria; a lo menos, la Silveria que ser debías y yo pensaba que fueras.

A esta sazón, alzó los ojos, y, como vio alrededor de sí los cuatro pastores y conoció entre ellos a Elicio, se levantó, y, sin dejar su amargo llanto, le echó los brazos al cuello, diciéndole:

—¡Ay, verdadero amigo mío, y cómo agora no tendrás ocasión de envidiar mi estado, como le envidiabas cuando de Silveria me veías favorescido; pues si entonces me llamaste venturoso, agora puedes llamarme desdichado y trocar todos los títulos alegres que en aquel tiempo me dabas, en los de pesar que ahora puedes darme! Yo sí que te podré llamar dichoso, Elicio, pues te consuela más la esperanza que tienes de ser querido, que no te fatiga el verdadero temor de ser olvidado.

—Confuso me tienes, ¡oh Mireno! —respondió Elicio—, de ver los estremos que haces por lo que Silveria ha hecho, sabiendo que tiene padres a quien ha sido justo haber obedecido.

—Si ella tuviera amor —replicó Mireno—, poco inconviniente era la obligación de los padres para dejar de cumplir con lo que al amor debía; de do vengo a considerar, ¡oh Elicio!, que si me quiso bien, hizo mal en casarse, y si fue fingido el amor que me mostraba, hizo peor en engañarme; y ofréceme el desengaño a tiempo que no puede aprovecharme si no es con dejar en sus manos la vida.

—No está en términos la tuya, Mireno —replicó Elicio—, que tengas por remedio el acabarla, pues podría ser que la mudanza de Silveria no estuviese en la voluntad, sino en la fuerza de la obediencia de sus padres; y

si tú la quisiste limpia y honestamente doncella, también la puedes querer agora casada, correspondiendo ella ahora como entonces a tus buenos y honestos deseos.

—Mal conoces a Silveria, Elicio —respondió Mireno—, pues imaginas della que ha de hacer cosa de que pueda ser notada.[330]

—Esta mesma razón que has dicho te condemna —respondió Elicio—, pues si tú, Mireno, sabes de Silveria que no hará cosa que mal le esté, en la que ha hecho no debe de haber errado.

—Si no ha errado —respondió Mireno—, ha acertado a quitarme todo el buen suceso que de mis buenos pensamientos esperaba, y sólo en esto la culpo: que nunca me advirtió deste daño; antes, temiéndome dél, con firme juramento que me aseguraba que eran imaginaciones mías, y que nunca a la suya había llegado pensar con Daranio casarse, ni se casaría, si conmigo no, con él ni con otro alguno, aunque aventurara en ello quedar en perpetua desgracia con sus padres y parientes; y, debajo deste siguro y prometimiento, faltar y romper la fe agora de la manera que has visto, ¿qué razón hay que tal consienta, o qué corazón que tal sufra?

Aquí tornó Mireno a renovar su llanto, y aquí de nuevo le tuvieron lástima los pastores. A este instante, llegaron dos zagales adonde ellos estaban, que el uno era pariente de Mireno y el otro criado de Daranio, que a llamar a Elicio, Tirsi, Damón y Erastro venía, porque las fiestas de su desposorio querían comenzarse. Pesábales a los pastores de dejar solo a Mireno, pero aquel pastor su pariente se ofreció a quedar con él. Y aun Mireno dijo a Elicio que se quería ausentar de aquella tierra, por no ver cada día a los ojos[331] la causa de su desventura. Elicio le loó su determinación, y le encargó que, doquiera que estuviese, le avisase de cómo le iba. Mireno se lo prometió, y, sacando del seno un papel, le rogó que, en hallando comodidad, se le diese a Silveria; y con esto se despidió de todos

los pastores, no sin muestras de mucho dolor y tristeza. El cual no se hubo bien apartado de su presencia, cuando Elicio, deseoso de saber lo que en el papel venía, viendo que, pues estaba abierto, importaba poco leerle, le descogió, y, convidando a los otros pastores a escucharle, vio que en él venían escriptos estos versos:

Mireno a Silveria

El pastor que te ha entregado
lo más de cuanto tenía,
pastora, agora te envía
lo menos que le'ha quedado;
que es este pobre papel,
adonde claro verás
la fe que en ti no hallarás
y el dolor que queda en él.

Pero poco al caso hace
darte desto cuenta estrecha,
si mi fe no me aprovecha
y mi mal te satisface.
No pienses que es mi intención
quejarme porque me dejas,
que llegan tarde las quejas
de mi temprana pasión.

Tiempo fue ya que escucharas
el cuento de mis enojos,

y aun, si lloraran mis ojos,
las lágrimas enjugaras.
Entonces era Mireno
el que era de ti mirado;
mas ¡ay, cómo te has trocado,
tiempo bueno, tiempo bueno![332]

Si durara aquel engaño,
templárase mi desgusto,
pues más vale un falso gusto,
que un notorio y cierto daño.
Pero tú, por quien se ordena
mi terrible mala andanza,
has hecho con tu mudanza
falso el bien, cierta la pena.

Tus palabras lisonjeras
y mis crédulos oídos,
me han dado bienes fingidos
y males que son de veras.
Los bienes, con su aparencia,
crescieron mi sanidad;
los males, con su verdad,
han doblado mi dolencia.

Por esto juzgo y discierno,
por cosa cierta y notoria,
que tiene el amor su gloria

a las puertas del infierno,
y que un desdén acarrea
y un olvido en un momento
desde la gloria al tormento
al que en amar no se emplea.

Con tanta presteza has hecho
este mudamiento estraño,
que estoy ya dentro del daño
y no salgo del provecho:
porque imagino que ayer
era cuando me querías,
o a lo menos lo fingías,
que es lo que se ha de creer;

y el agradable sonido
de tus palabras sabrosas
y razones amorosas
aún me suena en el oído.
Estas memorias süaves
al fin me dan más tormento,
pues tus palabras el viento
llevó, y las obras, quien sabes.

¿Eras tú la que jurabas
que se acabasen tus días
si a Mireno no querías
sobre todo cuanto amabas?

¿Eres tú, Silveria, quien
hizo de mí tal caudal,
que siendo todo tu mal,
me tenías por tu bien?

¡Oh, qué títulos te diera
de ingrata, como mereces,
si como tú me aborreces,
también yo te aborreciera!
Mas no puedo aprovecharme
del medio de aborrecerte,
que estimo más el quererte
que tú has hecho el olvidarme.

Triste gemido a mi canto
ha dado tu mano fiera;
invierno a mi primavera,
y a mi risa amargo llanto.
Mi gasajo[333] ha vuelto en luto,
y de mis blandos amores
cambio en abrojos las flores
y en veneno el dulce fruto.

Y aun dirás —y esto me daña—
que es el haberte casado
y el haberme así olvidado
una honesta honrosa hazaña.
¡Disculpa fuera admitida,

si no te fuera notorio
que estaba en tu desposorio
el fin de mi triste vida!

Mas, en fin, tu gusto fue
gusto; pero no fue justo,
pues con premio tan injusto
pagó mi inviolable fe;
la cual, por ver que se ofrece
de mostrar la fe que alcanza,
ni la muda tu mudanza,
ni mi mal la desfallece.

Quien esto vendrá a entender
cierto estoy que no se asombr[e],
viendo al fin que yo soy hombre,
y tú, Silveria, mujer,
adonde la ligereza
hace de contino asiento,
y adonde en mí el sufrimiento
es otra naturaleza.

Ya te contemplo casada,
y de serlo arrepentida,
porque ya es cosa sabida
que no estarás firme en nada.
Procura alegre llevallo
el yugo[334] que echaste al cuello,

que podrás aborrecello
y no podrás desechallo.

Mas eres tan inhumana
y de tan mudable ser,
que lo que quisiste ayer
has de aborrecer mañana.
Y así, por estraña cosa,
dirá aquel que de ti hable:
«Hermosa, pero mudable;
mudable, pero hermosa».

No parecieron mal los versos de Mireno a los pastores, sino la ocasión a que se habían hecho, considerando con cuánta presteza la mudanza de Silveria le había traído a punto de desamparar la amada patria y queridos amigos, temeroso cada uno que en el suceso de sus pretensiones lo mesmo le sucediese. Entrados, pues, en el aldea y llegados adonde Daranio y Silveria estaban, la fiesta se comenzó tan alegre y regocijadamente, cuanto en las riberas de Tajo en muchos tiempos se había visto; que, por ser Daranio uno de los más ricos pastores de toda aquella comarca, y Silveria de las más hermosas pastoras de toda la ribera, acudieron a sus bodas toda o la más pastoría de aquellos contornos. Y así, se hizo una célebre junta de discretos pastores y hermosas pastoras, y entre los que a los demás en muchas y diversas habilidades se aventajaron, fueron el triste Orompo, el celoso Orfenio,[335] el ausente Crisio y el desamado Masilio,[336] mancebos todos y todos enamorados, aunque de diferentes pasiones oprimidos; porque al triste Orompo fatigaba la temprana muerte de su querida Listea; y al celoso Orfenio, la insufrible rabia de los celos,[337] siendo enamorado de la

hermosa pastora Eandra; al ausente Crisio, el verse apartado de Claraura, bella y discreta pastora, a quien él por único bien suyo tenía; y al desesperado Marsilio, el desamor que para con él en el pecho de Belisa se encerraba. Eran todos amigos y de una mesma aldea, y la pasión del uno el otro no la ignoraba; antes, en dolorosa competencia, muchas veces se habían juntado a encarecer cada cual la causa de su tormento, procurando cada uno mostrar, como mejor podía, que su dolor a cualquier otro se aventajaba, teniendo por summa gloria ser en la pena mejorado; y tenían todos tal ingenio, o por mejor decir, tal dolor padecían, que comoquiera que le significasen, mostraban ser el mayor que imaginar se podía. Por estas disputas y competencias eran famosos y conocidos en todas las riberas de Tajo, y habían puesto deseo a Tirsi y a Damón de conocerlos; y, viéndolos allí juntos, unos a otros se hicieron corteses y agradables rescibimientos; principalmente, todos con admiración miraban a los dos pastores Tirsi y Damón, hasta allí dellos solamente por fama conocidos.

A esta sazón, salió el rico pastor Daranio a la serrana[338] vestido: traía camisa alta de cuello plegado, almilla de frisa, sayo verde escotado, zaragüelles de delgado lienzo, antiparas azules, zapato redondo, cinto tachonado, y de la color del sayo una cuarteada caperuza. No menos salió bien aderezada su esposa[339] Silveria, porque venía con saya y cuerpos leonados guarnecidos de raso blanco, camisa de pechos labrada de azul y verde, gorguera de hilo amarillo sembrado de argentería (invención de Galatea y Florisa, que la vistieron), garbín turquesado con fluecos de encarnada seda, alcorque dorado, zapatillas justas, corales ricos y sortija de oro; y, sobre todo, su belleza, que más que todo la adornaba. Salió luego tras ella la sin par Galatea, como sol tras el aurora, y su amiga Florisa, con otras muchas y hermosas pastoras que, por honrar las bodas, a ellas habían venido, entre las cuales también iba Teolinda, con cuidado de hurtar el

rostro a los ojos de Damón y Tirsi, por no ser de ellos conocida. Y luego las pastoras, siguiendo a los pastores que guiaban, al son de muchos pastoriles instrumentos, hacia el templo se encaminaron, en el cual espacio le tuvieron Elicio y Erastro de cebar los ojos en el hermoso rostro de Galatea, deseando que durara aquel camino más que la larga peregrinación de Ulises. Y, con el contento de verla, iba tan fuera de sí Erastro que hablando con Elicio le dijo:

—¿Qué miras, pastor, si a Galatea no miras? Pero, ¿cómo podrás mirar el sol de sus cabellos, el cielo de su frente, las estrellas de sus ojos, la nieve de su rostro, la grana de sus mejillas, el color de sus labios, el marfil de sus dientes, el cristal de su cuello, el mármol de su pecho?

—Todo eso he podido ver, ¡oh Erastro! —respondió Elicio—, y ninguna cosa de cuantas has dicho es causa de mi tormento, si no es la aspereza de su condición, que si no fuera tal como tú sabes, todas las gracias y bellezas que en Galatea conoces fueran ocasión de mayor gloria nuestra.

—Bien dices —dijo Erastro—; pero todavía no me podrás negar que a no ser Galatea tan hermosa, no fuera tan deseada, y a no ser tan deseada, no fuera tanta nuestra pena, pues toda ella nace del deseo.[340]

—No te puedo yo negar, Erastro —respondió Elicio—, que todo cualquier dolor y pesadumbre no nazca de la privación y falta de aquello que deseamos; mas juntamente con esto te quiero decir que ha perdido conmigo mucho la calidad del amor con que yo pensé que a Galatea querías; porque si solamente la quieres por ser hermosa, muy poco tiene que agradecerte, pues no habrá ningún hombre, por rústico que sea, que la mire que no la desea, porque la belleza, dondequiera que está, trae consigo el hacer desear. Así que, a este simple deseo, por ser tan natural, ningún premio se le debe, porque si se le debiera, con sólo desear el cielo le tuviéramos merescido; mas ya ves, Erastro, ser esto tan al revés como

nuestra verdadera ley nos lo tiene mostrado. Y, puesto caso que la hermosura y belleza sea una principal parte para atraernos a desearla y a procurar gozarla, el que fuere verdadero enamorado no ha de tener tal gozo por último fin suyo, sino que, aunque la belleza le acarree este deseo, la ha de querer solamente por ser bueno, sin que otro algún interese le mueva. Y éste se puede llamar, aun en las cosas de acá, perfecto y verdadero amor, y es digno de ser agradecido y premiado, como vemos que premia conocida y aventajadamente el Hacedor de todas las cosas a aquellos que sin moverles otro interese alguno de temor, de pena o de esperanza de gloria, le quieren, le aman y le sirven solamente por ser bueno y digno de ser amado; y ésta es la última y mayor perfectión que en el amor divino se encierra, y en el humano también, cuando no se quiere más de por ser bueno lo que se ama, sin haber error de entendimiento; porque muchas veces lo malo nos parece bueno y lo bueno malo; y así, amamos lo uno y aborrecemos lo otro, y este tal amor no meresce premio, sino castigo. Quiero inferir de todo lo que he dicho, ¡oh Erastro!, que si tú quieres y amas la hermosura de Galatea con intención de gozarla, y en esto para el fin de tu deseo, sin pasar adelante a querer su virtud, su acrescentamiento de fama, su salud, su vida y bienes, entiende que no amas como debes, ni debes ser remunerado como quieres.

Quisiera Erastro replicar a Elicio y darle a entender cómo no entendía bien del amor con que a Galatea amaba, pero estorbólo el son de la zampoña del desamorado Lenio, el cual quiso también hallarse a las bodas de Daranio y regocijar la fiesta con su canto. Y así, puesto delante de los desposados, en tanto que al templo llegaban, al son del rabel de Eugenio, estos versos fue cantando:

Lenio

¡Desconocido, ingrato Amor, que asombras[341]
a veces los gallardos corazones,
y con vanas figuras, vanas sombras,
pones al alma libre mil prisiones!,
si de ser dios te precias, y te nombras
con tan subido nombre, no perdones
al que, rendido al lazo de Himineo,[342]
rindiere a nuevo ñudo su deseo.

En conservar la ley pura y sincera
del sancto matrimonio pon tu fuerza;
descoge en este campo tu bandera;
haz a tu condición en esto fuerza,
que bella flor, que dulce fruto espera,
por pequeño trabajo, el que se esfuerza
a llevar este yugo como debe,
que, aunque parece carga, es carga leve.

Tú puedes, si te olvidas de tus hechos
y de tu condición tan desabrida,
hacer alegres tálamos y lechos
do el yugo conyugal a dos anida.
Enciérrate en sus almas y en sus pechos
hasta que acabe el curso de su vida
y vayan a gozar, como se espera,
de la agradable eterna primavera.

Deja las pastoriles cabañuelas,
y al libre pastorcillo hacer su oficio;
vuela más alto ya, pues tanto vuelas,[343]
y aspira a mejor grado y ejercicio.

En vano te fatigas y desvelas
en hacer de las almas sacrificio,
si no las rindes con mejor intento
al dulce de Himineo ayuntamiento.
Aquí puedes mostrar la poderosa
mano de tu poder maravilloso,
haciendo que la nueva tierna esposa
quiera, y que sea querida de su esposo,
sin que aquella infernal rabia celosa
les turbe su contento y su reposo,
ni el desdén sacudido[344] y zahareño
les prive del sabroso y dulce sueño.
Mas si, ¡pérfido Amor!, nunca escuchadas
fueron de ti plegarias de tu amigo,
bien serán estas mías desechadas,
que te soy y seré siempre enemigo.
Tu condición, tus obras mal miradas,
de quien es todo el mundo buen testigo,
hacen que yo no espere de tu mano
contento alegre, venturoso y sano.

Ya se maravillaban los que al desamorado Lenio escuchando iban, de ver con cuánta mansedumbre las cosas de amor trataba, llamándole dios y de mano poderosa, cosa que jamás le habían oído decir. Mas, habiendo oído los versos con que acabó su canto, no pudieron dejar de reírse, porque ya les pareció que se iba colerizando,[345] y, que si adelante en su canto pasara, él pusiera al amor como otras veces solía; pero faltóle el tiempo, porque se acabó el camino. Y así, llegados al templo y hechas en él por los sacerdotes

las acostumbradas ceremonias, Daranio y Silveria quedaron en perpetuo y estrecho ñudo ligados, no sin envidia de muchos que los miraban, ni sin dolor de algunos que la hermosura de Silveria codiciaban; pero a todo dolor sobrepujara el que sintiera el sin ventura Mireno, si a este espectáculo se hallara presente. Vueltos, pues, los desposados del templo con la mesma compañía que habían llevado, llegaron a la plaza de la aldea, donde hallaron las mesas puestas, y adonde quiso Daranio hacer públicamente demostración de sus riquezas, haciendo a todo el pueblo un generoso y sumptuoso convite. Estaba la plaza tan enramada que una hermosa verde floresta parescía, entretejidas las ramas por cima de tal modo, que los agudos rayos del sol en todo aquel circuito no hallaban entrada para calentar el fresco suelo, que cubierto con muchas espadañas y con mucha diversidad de flores se mostraba.

Allí, pues, con general contento de todos, se solemnizó el generoso banquete, al son de muchos pastorales instrumentos, sin que diesen menos gusto que el que suelen dar las acordadas músicas que en los reales palacios se acostumbran. Pero lo que más autorizó la fiesta fue ver que, en alzándose las mesas, en el mesmo lugar, con mucha presteza, hicieron un tablado, para efecto de que los cuatro discretos y lastimados pastores, Orompo, Marsilo, Crisio y Orfenio, por honrar las bodas de su amigo Daranio, y por satisfacer el deseo que Tirsi y Damón tenían de escucharles, querían allí en público recitar una égloga que ellos mesmos de la ocasión de sus mesmos dolores habían compuesto. Acomodados, pues, en sus asientos todos los pastores y pastoras que allí estaban, después que la zampoña de Erastro y la lira de Lenio y los otros instrumentos hicieron prestar a los presentes un sosegado y maravilloso silencio,[346] el primero que se mostró en el humilde teatro fue el triste Orompo, con un pellico negro vestido y un cayado de amarillo boj en la mano, el remate del cual era una fea figura de la muerte; venía con

hojas de funesto ciprés coronado, insinias todas de la tristeza que en él reinaba por la inmatura[347] muerte de su querida Listea; y, después que con triste semblante los llorosos ojos a una y a otra parte hubo tendido, con muestras de infinito dolor y amargura, rompió el silencio con semejantes razones:

OROMPO

Salid de lo hondo del pecho cuitado, [348]
palabras sangrientas, con muerte mezcladas;
y si los sospiros os tienen atadas,
abrid y romped el siniestro costado.
El aire os impide, que está ya inflamado
del fiero veneno de vuestros acentos;
salid, y siquiera os lleven los vientos,
que todo mi bien también me han llevado.
Poco perdéis en veros perdidas,
pues ya os ha faltado el alto subjecto
por quien en estilo grave y perfecto
hablábades cosas de punto subidas;
notadas un tiempo y bien conocidas
fuistes por dulces, alegres, sabrosas;
agora por tristes, amargas, llorosas,
seréis de la tierra y del cielo tenidas.
Pero, aunque salgáis, palabras, temblando,
¿con cuáles podréis decir lo que siento?,
si es incapaz mi fiero tormento
de irse cual es al vivo pintando.

Mas, ya que me falta el cómo y el cuándo
de significar mi pena y mi mengua,
aquello que falta y no puede la lengua,
suplan mis ojos, contino llorando.

¡Oh muerte, que atajas y cortas el hilo
de mil pretensiones gustosas humanas,
y en un volver de ojos las sierras allanas
y haces iguales a Henares y al Nilo![349]

¿Por qué no templaste, traidora, el estilo
tuyo cruel? ¿Por qué a mi despecho,
probaste en el blanco y más lindo pecho,
de tu fiero alfanje la furia y el filo?

¿En qué te ofendían, ¡oh falsa!, los años
tan tiernos y verdes de aquella cordera?
¿Por qué te mostraste con ella tan fiera?
¿Por qué en el suyo creciste mis daños?
¡Oh mi enemiga, y amiga de engaños!,
de mí, que te busco, te escondes y ausentas,
y quieres y trabas razones y cuentas
con el que más teme tus males tamaños.

En años maduros, tu ley, tan injusta,
pudiera mostrar su fuerza crescida,
y no descargar la dura herida
en quien del vivir ha poco que gusta.
Mas esa tu hoz, que todo lo ajusta,
y mando ni ruego jamás la doblega,
así con rigor la flor tierna siega,
como la caña ñudosa y robusta.

Cuando a Listea del suelo quitaste,
tu ser, tu valor, tu fuerza, tu brío,
tu ira, tu mando y tu señorío
con solo aquel triunfo al mundo mostraste.
Llevando a Listea, también te llevaste
la gracia, el donaire, belleza y cordura
mayor de la tierra, y en su sepultura
este bien todo con ella encerraste.
Sin ella, en tiniebla perpetua ha quedado
mi vida penosa, que tanto se alarga,
que es insufrible a mis hombros su carga:
que es muerte la vida del que es desdichado.
Ni espero en fortuna, ni espero en el hado,
ni espero en el tiempo, ni espero en el cielo,
ni tengo de quién espere consuelo,
ni es bien que se espere en mal tan sobrado.
¡Oh vos, que sentís qué cosa es dolores!,
venid y tomad consuelo en los míos;
que en viendo su ahínco, sus fuerzas, sus bríos,
veréis que los vuestros son mucho menores.
¿Dó estáis agora, gallardos pastores?
Crisio, Marsilo y Orfenio, ¿qué hacéis?
¿Por qué no venís? ¿Por qué no tenéis
por más que los vuestros mis daños mayores?
Mas, ¿quién es aquel que asoma y que quiebra
por la encrucijada de aqueste sendero?
Marsilo es, sin duda, de amor prisionero:
Belisa es la causa, a quien siempre celebra.

A éste le roe la fiera culebra
del crudo desdén el pecho y el alma,
y pasa su vida en tormenta sin calma,
y aun no es, cual la mía, su suerte tan negra.
Él piensa qu'el mal qu'el alma le aqueja
es más que el dolor de mi desventura.
Aquí será bien que entre esta espesura
me esconda, por ver si acaso se queja.
Mas, ¡ay!, que a la pena que nunca me deja
pensar igualarla es gran desatino,
pues abre la senda y cierra el camino
al mal que se acerca y al bien que se aleja.

MARSILO

¡Pasos que al de la muerte
me lleváis paso a paso,
forzoso he de acusar vuestra pereza!
Seguid tan dulce suerte,
que en este amargo paso
está mi bien y en vuestra ligereza.
Mirad que la dureza
de la enemiga mía
en el airado pecho,
contrario a mi provecho,
en su entereza está cual ser solía;
huigamos, si es posible,
del áspero rigor suyo terrible.

¿A qué apartado clima,
a qué región incierta
iré a vivir, que pueda asegurarme
del mal que me lastima,
del ansia triste y cierta
que no se ha de acabar hasta acabarme?
Ni estar quedo, o mudarme
a la arenosa Libia,
o al lugar donde habita
el fiero y blanco scita,[350]
un solo punto mi dolor alivia:
que no está mi contento
en hacer de lugares mudamiento.
Aquí y allí me alcanza
el desdén riguroso
de la sin par cruel pastora mía,
sin que amor ni esperanza
un término dichoso
me puedan prometer en tal porfía.
¡Belisa, luz del día,
gloria de la edad nuestra,
si valen ya contigo
ruegos de un firme amigo,
tiempla el rigor airado de tu diestra,
y el fuego deste mío
pueda en tu pecho deshacer el frío!
Más sorda a mi lamento,
más implacable y fiera

que a la voz del cansado marinero
el riguroso viento
qu'el mar turba y altera
y amenaza a la vida el fin postrero;
mármol, diamante, acero,
alpestre[351] y dura roca,
robusta, antigua encina,
roble que nunca inclina
la altiva rama al cierzo que le toca:
todo es blando y suave,
comparado al rigor que'n tu alma cabe.
Mi duro amargo hado,
mi inexorable estrella,
mi voluntad, que todo lo consiente,
me tienen condemnado,
Belisa ingrata y bella,
a que te sirva y ame eternamente.
Y, aunque tu hermosa frente,
con riguroso ceño,
y tus serenos ojos
me anuncien mil enojos,
serás desta alma conocida[352] dueño,
en tanto que en el suelo
la cubriere mortal corpóreo velo.
¿Hay bien que se le iguale
al mal que me atormenta?
¿Y hay mal en todo el mundo tan esquivo?
El uno y otro sale

de toda humana cuenta,
y aun yo sin ella en viva muerte vivo.
En el desdén avivo
mi fe, y allí se enciende
con el helado frío;
mirad qué desvarío,
y el dolor desusado que me ofende,
y si podrá igualarse
al mal que más quisiere aventajarse.
Mas, ¿quién es el que mueve
las ramas intricadas
deste acopado mirto y verde asiento?

OROMPO

Un pastor que se atreve,
con razones fundadas
en la pura verdad de su tormento,
mostrar que el sentimiento
de su dolor crescido
al tuyo se aventaja,
por más que tú le estimes,
levantes y sublimes.

MARSILO

Vencido quedarás en tal baraja,[353]
Orompo, fiel amigo,

y tú mesmo serás dello testigo.
Si de las ansias mías,
si de mi mal insano
la más mínima parte conocieras,
cesaran tus porfías,
Orompo, viendo llano
que tú penas de burla, y yo de veras.

OROMPO

Haz, Marsilo, quimeras
de tu dolor estraño,
y al mío menoscaba
que la vida me acaba,
que yo espero sacarte d'ese engaño,
mostrando al descubierto
que el tuyo es sombra de mi mal, que's cierto.
Pero la voz sonora
de Crisio oigo que suena,
pastor que en la opinión se te parece;
escuchémosle ahora,
que su cansada pena
no menos que la tuya la engrandece.

MARSILO

Hoy el tiempo me ofrece
lugar y coyuntura

donde pueda mostraros
a entrambos y enteraros
de que sola la mía es desventura.

OROMPO

Atiende ahora, Marsilo,
la voz de Crisio y lamentable estilo.

CRISIO[354]

¡Ay dura, ay importuna, ay triste ausencia!,
¡cuán fuera debió estar de conocerte
el que igualó tu fuerza y violencia
al poder invencible de la muerte!
Que, cuando con mayor rigor sentencia,
¿qué puede más su limitada suerte
que deshacer el ñudo y recia liga
que a cuerpo y alma estrechamente liga?
Tu duro alfanje a mayor mal se estiende,
pues un espíritu en dos mitades parte.
¡Oh milagros de amor que nadie entiende,
ni se alcanzan por sciencia ni por arte!
¡Que deje su mitad con quien la enciende
allá mi alma, y traiga acá la parte
más frágil, con la cual más mal se siente
que estar mil veces de la vida ausente!
Ausente[355] estoy de aquellos ojos bellos

que serenaban la tormenta mía;
ojos vida de aquel que pudo vellos,
si de allí no pasó la fantasía:
que verlos y pensar de merescellos
es loco atrevimiento y demasía.
Yo los vi, ¡desdichado!, y no los veo,
y mátame de verlos el deseo.

Deseo, y con razón, ver dividida,
por acortar el término a mi daño,
esta antigua amistad, que tiene unida
mi alma al cuerpo con amor tamaño,
que siendo de las carnes despedida
con ligereza presta y vuelo estraño,
podrá tornar a ver aquellos ojos,
que son descanso y gloria a sus enojos.

Enojos son la paga y recompensa
que amor concede al amador ausente,
en quien se cifra el mayor mal y ofensa
que en los males de amor s'encierra y siente.
Ni poner discreción a la defensa,
ni un querer firme, levantado, ardiente,
aprovecha a templar deste tormento
la dura pena y el furor violento.

Violento es el rigor desta dolencia;
pero junto con esto, es tan durable,
que se acaba primero la paciencia,
y aun de la vida el curso miserable.
Muertes, desvíos, celos, inclemencia

de airado pecho, condición mudable,
no atormentan así ni dañan tanto
como este mal, que'l nombre aun pone espanto.
Espanto fuera si dolor tan fiero
dolores tan mortales no causara;
pero todos son flacos, pues no muero,
ausente de mi vida dulce y cara.
Mas cese aquí mi canto lastimero,
que a compañía tan discreta y rara
como es la que allí veo, será justo
que muestre al verla más sabroso gusto.

OROMPO

Gusto nos da, buen Crisio, tu presencia,
y más viniendo a tiempo que podremos
acabar nuestra antigua diferencia.

CRISIO

Orompo, si es tu gusto, comencemos,
pues que juez de la contienda nuestra
tan recto aquí en Marsilo le tendremos.

MARSILO

Indicio dais y conocida muestra
del error en que os trae tan embebidos

esa vana opinión notoria vuestra,
pues queréis que a los míos preferidos
vuestros dolores, tan pequeños, sean,
harto llorados más que conoscidos.
Mas, porque el suelo y cielo juntos vean
cuánto vuestro dolor es menos grave
que las ansias que el alma me rodean,
la más pequeña que en mi pecho cabe
pienso mostrar en vuestra competencia,
así como mi ingenio torpe sabe;
y dejaré a vosotros la sentencia
y el juzgar si mi mal es muy más fuerte
qu'el riguroso de la larga ausencia,
o el amargo espantoso de la muerte,
de quien entrambos os quejáis sin tiento,
llamando dura y corta a vuestra suerte.

OROMPO

Deso yo, soy, Marsilo, muy contento,
pues la razón que tengo de mi parte
el triunfo le asegura a mi tormento.

CRISIO

Aunque de exagerar me falta el arte,
veréis, cuando yo os muestre mi tristeza,
cómo quedan las vuestras a una parte.

MARSILO

¿Qué ausencia llega a la inmortal dureza
de mi pastora?, que es, con ser tan dura,
señora universal de la belleza.

OROMPO

¡Oh, a qué buen tiempo llega y coyuntura
Orfenio! ¿Veisle?, asoma. Estad atentos:
oiréisle ponderar su desventura.
Celos es la ocasión de sus tormentos:
celos, cuchillo y ciertos turbadores
de las paces de amor y los contentos.

CRISIO

Escuchad, que ya canta sus dolores.

ORFINIO

¡Oh sombra escura que contino sigues
a mi confusa triste fantasía;
enfadosa tiniebla, siempre fría,
que a mi contento y a mi luz persigues!
¿Cuándo será que tu rigor mitigues,

monstruo cruel y rigurosa arpía?
¿Qué ganas en turbarme la alegría,
o qué bien en quitármele consigues?
Mas, si la condición de que te arreas
se estiende a pretender quitar la vida
al que te dio la tuya y te ha engendrado,[356]
no me debe admirar que de mí seas
y de todo mi bien fiero homicida,
sino de verme vivo en tal estado.

OROMPO

Si el prado deleitoso,
Orfinio, te es alegre, cual solía
en tiempo más dichoso,
ven; pasarás el día
en nuestra lastimada compañía.
Con los tristes el triste
bien ves que se acomoda fácilmente;
ven, que aquí se resiste,
par desta[357] clara fuente,
del levantado sol el rayo ardiente.
Ven, y el usado estilo
levanta, y como sueles te defiende
de Crisio y de Marsilio,
que cada cual pretende
mostrar que sólo es mal el que le ofende.
Yo solo, en este caso

contrario habré de ser a ti y a ellos,
pues los males que paso
bien podré encarecellos,
mas no mostrar la menor parte dellos.

ORFINIO

No al gusto le es sabrosa
así a la corderuela deshambrida[358]
la yerba, ni gustosa
salud restituida
a aquel que ya la tuvo por perdida,
como es a mí sabroso
mostrar en la contienda que se ofrece
que el dolor riguroso
que el corazón padece
sobr'el mayor del suelo se engrandece.
Calle su mal sobrado
Orompo; encubra Crisio su dolencia;
Marsilo esté callado:
muerte, desdén ni ausencia
no tengan con los celos competencia.
Pero si el cielo quiere
que hoy salga a campo la contienda nuestra,
comience el que quisiere,
y dé a los otros muestra
de su dolor con torpe lengua o diestra:
que no está en la elegancia

y modo de decir el fundamento
y principal sustancia
del verdadero cuento,[359]
que en la pura verdad tiene su asiento.

CRISIO

Siento, pastor, que tu arrogancia mucha
en esta lucha[360] de pasiones nuestras
dará mil muestras de tu desvarío.

ORFINIO

Tiempla ese brío, o muéstralo a su tiempo;
que es pasatiempo, Crisio, tu congoja:
que el mal que afloja con volver el paso
no hay que hacer caso de su sentimiento.

CRISIO

Es mi tormento tan estraño y fiero,
que presto espero que tú mesmo digas
que a mis fatigas no se iguala alguna.

MARSILO

Desde la cuna soy yo desdichado.

OROMPO

Aun engendrado creo que no estaba,
cuando sobraba en mí la desventura.

ORFINIO

En mí se apura la mayor desdicha.

CRISIO

Tu mal es dicha, comparado al mío.

MARSILO

Opuesto al brío de mi mal estraño,
es gloria el daño que a vosotros daña.

OROMPO

Esta maraña quedará muy clara
cuando a la clara mi dolor descubra.
Ninguno encubra agora su tormento,
que yo del mío doy principio al cuento.

Mis esperanzas, que fueron

sembradas en parte buena,
dulce fruto prometieron,
y cuando darle quisieron
convirtióle el cielo en pena.
Vi su flor maravillosa
en mil muestras deseosa
de darme una rica suerte,
y en aquel punto la muerte
cortómela de envidiosa.

Yo quedé cual labrador
que del trabajo contino
de su espaciosa labor
fruto amargo de dolor
le concede su destino;
y aun le quita la esperanza
de otra nueva buena andanza,
porque cubrió con la tierra
el cielo donde se encierra
de su bien la confianza.

Pues si a término he llegado
que de tener gusto o gloria
vivo ya desesperado,
de que yo soy más penado
es cosa cierta y notoria:
que la esperanza asegura
en la mayor desventura

un dichoso fin que viene;
mas, ¡ay de aquel que la tiene
cerrada en la sepultura!

MARSILO

Yo, qu'el humor de mis ojos
siempre derramado ha sido
en lugar donde han nascido
cien mil espinas y abrojos
qu'el corazón m'han herido;
yo sí soy el desdichado,
pues con nunca haber mostrado
un momento el rostro enjuto,
ni hoja, ni flor, ni fruto
he del trabajo sacado.

Que si alguna muestra viera
de algún pequeño provecho,
sosegárase mi pecho;
y, aunque nunca se cumpliera,
quedara al fin satisfecho,
porque viera que valía
mi enamorada porfía
con quien es tan desabrida,
que a mi yelo está encendida
y a mi fuego helada y fría.

Pues si es el trabajo vano
de mi llanto y sospirar,
y dél no pienso cesar,
a mi dolor inhumano,
¿cuál se le podrá igualar?
Lo que tu dolor concierta
es que está la causa muerta,
Orompo, de tu tristeza;
la mía, en más entereza,
cuanto más me desconcierta.

Crisio

Yo, que tiniendo en sazón
el fruto que se debía
a mi contina pasión,
una súbita ocasión
de gozarle me desvía;
muy bien podré ser llamado
sobre todos desdichado,
pues que vendré a perecer,
pues no puedo parecer
adonde el alma he dejado.

Del bien que lleva la muerte
el no poder recobrallo
en alivio se convierte,
y un corazón duro y fuerte

el tiempo suele ablandallo.
Mas en ausencia se siente,
con un estraño accidente,
sin sombra de ningún bien,
celos, muertes y desdén,
que esto y más teme el ausente.

Cuando tarda el cumplimiento
de la cercana esperanza,
aflige más el tormento,
y allí llega el sufrimiento
adonde ella nunca alcanza.
En las ansias desiguales,
el remedio de los males
es el no esperar remedio;
mas carecen deste medio
las de ausencia más mortales.

ORFINIO

El fruto que fue sembrado
por mi trabajo contino,
a dulce sazón llegado,
fue con próspero destino
en mi poder entregado.
Y apenas pude llegar
a términos tan sin par,
cuando vine a conocer

la ocasión de aquel placer
ser para mí de pesar.

Yo tengo el fruto en la mano,
y el tenerle me fatiga,
porque en mi mal inhumano,
a la más granada espiga
la roe un fiero gusano.
Aborrezco lo que quiero,
y por lo que vivo muero,
y yo me fabrico y pinto
un revuelto laberinto
de do salir nunca espero.

Busco la muerte en mi daño,
que ella es vida a mi dolencia;
con la verdad más me engaño,
y en ausencia y en presencia
va creciendo un mal tamaño.
No hay esperanza que acierte
a remediar mal tan fuerte,
ni por estar ni alejarme
es imposible apartarme
desta triste viva muerte.

Orompo

¿No es error conocido

decir que el daño que la muerte hace,
por ser tan estendido,
en parte satisface,
pues la esperanza quita
qu'el dolor administra y solicita?
Si de la gloria muerta
no se quedara viva la memoria
qu'el gusto desconcierta,
es cosa ya notoria
que el no esperar tenella,
tiempla el dolor en parte de perdella.
Pero si está presente
la memoria del bien ya fenescido,
más viva y más ardiente
que cuando poseído,
¿quién duda que esta pena
no está más que otras de miserias llena?

MARSILO

Si a un pobre caminante
le sucediese, por estraña vía,
huírsele delante,
al fenecer del día,
el albergue esperado
y con vana presteza procurado,
quedaría, sin duda,
confuso del temor que allí le ofrece

la escura noche y muda,
y más si no amanesce,
que el cielo a su ventura
no concede la luz serena y pura.
Yo soy el que camino
para llegar a un albergue venturoso,
y cuando más vecino
pienso estar del reposo,
cual fugitiva sombra,
el bien me huye y el dolor me asombra.

Crisio

Cual raudo y hondo río
suele impedir al caminante el paso,
y al viento, nieve y frío
le tiene en campo raso,
y el albergue delante
se le muestra de allí poco distante,
tal mi contento impide
esta penosa y tan prolija ausencia,
que nunca se comide
a aliviar su dolencia,
y casi ante mis ojos
veo quien remediará mis enojos.
Y el ver de mis dolores
tan cerca la salud, tanto me aprieta,
que los hace mayores,

pues por causa secreta,
cuanto el bien es cercano,
tanto más lejos huye de mi mano.[361]

ORFINIO

Mostróseme a la vista
un rico albergue de mil bienes lleno;
triunfé de su conquista,
y, cuando más sereno
se me mostraba el hado,
vilo en escuridad negra cambiado.
Allí donde consiste
el bien de los amantes bien queridos,
allí mi mal asiste;
allí se ven unidos
los males y desdenes
donde suelen estar todos los bienes.
Dentro desta morada
estoy, de do salir nunca procuro,
por mi dolor fundada
de tan estraño muro,
que pienso que le abaten
cuantos le quieren, miran y combaten.

OROMPO

Antes el sol acabará el camino

que es proprio suyo, dando vuelta al cielo
después de haber tocado en cada signo,[362]
que la parte menor de nuestro duelo
podamos declarar como se siente,
por más q[u]'[e]l bien hablar levante el vuelo.
Tú dices, Crisio, qu'el que vive ausente
muere; yo, que estoy muerto, pues mi vida
a muerte la entregó el hado inclemente.
Y tú, Marsilo, afirmas que perdida
tienes de gusto y bien toda esperanza,
pues un fiero desdén es tu homicida.
Tú repites, Orfinio, que la lanza
aguda de los celos te traspasa,
no sólo el pecho, que hasta el alma alcanza.
Y como el uno lo que el otro pasa
no siente, su dolor solo exagera,
y piensa que al rigor del otro pasa.
Y, por nuestra contienda lastimera,
de tristes argumentos está llena
del caudaloso Tajo la ribera.
Ni por esto desmengua nuestra pena;
antes, por el tratar la llaga tanto,
a mayor sentimiento nos condemna.
Cuanto puede decir la lengua, y cuanto
pueden pensar los tristes pensamientos,
es ocasión de renovar el llanto.
Cesen, pues, los agudos argumentos,
que en fin no hay mal que no fatigue y pene,

ni bien que dé siguros los contentos.
¡Harto mal tiene quien su vida tiene
cerrada en una estrecha sepultura,
y en soledad amarga se mantiene!
¡Desdichado del triste sin ventura
que padece de celos la dolencia,
con quien no valen fuerzas ni cordura,
y aquel que en el rigor de larga ausencia
pasa los tristes miserables días,
llegado al flaco arrimo de paciencia,
y no menos aquel qu'en sus porfías
siente, cuando más arde, en su pastora
entrañas duras e intenciones frías!

CRISIO

Hágase lo que pide Orompo agora,
pues ya de recoger nuestro ganado
se va llegando a más andar la hora;
y, en tanto que al albergue acostumbrado
llegamos, y que el sol claro se aleja,
escondiendo su faz del verde prado,
con voz amarga y lamentable queja,
al son de los acordes instrumentos,
cantemos el dolor que nos aqueja.

MARSILO

Comienza, pues, ¡oh Crisio!, y tus acentos
lleguen a los oídos de Claraura,
llevados mansamente de los vientos,
como a quien todo tu dolor restaura.

CRISIO

Al que ausencia viene a dar
su cáliz triste a beber,
no tiene mal que temer,
ni ningún bien que esperar.
En esta amarga dolencia
no hay mal que no esté cifrado:
temor de ser olvidado,
celos de ajena presencia;
quien la viniere a probar
luego vendrá a conocer
que no hay mal de que temer,
ni menos bien que esperar.

OROMPO

Ved si es mal el que me aqueja
más que muerte conoscida,
pues forma quejas la vida
de que la muerte la deja.
Cuando la muerte llevó
toda mi gloria y contento,

por darme mayor tormento,
con la vida me dejó.
El mal viene, el bien se aleja
con tan ligera corrida,
que forma quejas la vida
de que la muerte la deja.

MARSILO

En mi terrible pesar
ya faltan, por más enojos,
las lágrimas a los ojos
y el aliento al sospirar.
La ingratitud y desdén
me tienen ya de tal suerte,
que espero y llamo a la muerte
por más vida y por más bien.
Poco se podrá tardar,
pues faltan en mis enojos
las lágrimas a los ojos
y el aliento al sospirar.

ORFINIO

Celos, a fe, si pudiera,
que yo hiciera por mejor
que fueran celos amor,
y que el amor celos fuera.

Deste trueco granjeara
tanto bien y tanta gloria,
que la palma y la victoria
de enamorado llevara.
Y aun fueran de tal manera
los celos en mi favor,
que a ser los celos amor,
el amor yo solo fuera.

Con esta última canción del celoso Orfinio dieron fin a su égloga los discretos pastores, dejando satisfechos de su discreción a todos los que escuchado los habían; especialmente a Damón y a Tirsi, que gran contento en oírlos rescibieron, paresciéndoles que más que de pastoril ingenio parescían las razones y argumentos que para salir con su propósito los cuatro pastores habían propuesto. Pero, habiéndose movido contienda entre muchos de los circunstantes sobre cuál de los cuatro había alegado mejor de su derecho, en fin se vino a conformar el parecer de todos con el que dio el discreto Damón, diciéndoles que él para sí tenía que, entre todos los disgustos y sinsabores que el amor trae consigo, ninguno fatiga tanto al enamorado pecho como la incurable pestilencia de los celos; y que no se podían igualar a ella la pérdida de Orompo, ausencia de Crisio, ni la desconfianza de Marsilo.

—La causa es —dijo— que no cabe en razón natural que las cosas que están imposibilitadas de alcanzarse, puedan por largo tiempo apremiar la voluntad a quererlas, ni fatigar al deseo por alcanzarlas, porque el que tuviese voluntad y deseo de alcanzar lo imposible, claro está que, cuanto más el deseo le sobrase, tanto más el entendimiento le faltaría. Y por esta mesma razón digo que la pena que Orompo padece no es sino una lástima y

compasión del bien perdido; y, por haberle perdido de manera que no es posible tornarle a cobrar, esta imposibilidad ha de ser causa para que su dolor se acabe; que, puesto que el humano entendimiento no puede estar tan unido siempre con la razón que deje de sentir la pérdida del bien que cobrar no se puede, y que en efecto, ha de dar muestras de su sentimiento con tiernas lágrimas, ardientes sospiros y lastimosas palabras, so pena de que quien esto no hiciese, antes por bruto que por hombre racional sería tenido; en fin fin, el discurso del tiempo cura esta dolencia, la razón la mitiga y las nuevas ocasiones tienen mucha parte para borrarla de la memoria.

»Todo esto es al revés en el ausencia, como apuntó bien Crisio en sus versos, que, como la esperanza en el ausente ande tan junta con el deseo, dale terrible fatiga la dilación de la tornada, porque, como no le impide otra cosa el gozar su bien sino algún brazo de mar, o alguna distancia de tierra, parécele que tiniendo lo principal, que es la voluntad de la persona amada, que se hace notorio agravio a su gusto que cosas que son tan menos como un poco de agua o tierra le impidan su felicidad y gloria. Júntase asimesmo a esta pena el temor de ser olvidado, las mudanzas de los humanos corazones; y, en tanto que la ausencia dura, sin duda alguna que es estraño el rigor y aspereza con que trata al alma del desdichado ausente; pero, como tiene tan cerca el remedio, que consiste en la tornada, puédese llevar con algún alivio su tormento, y si sucediere ser la ausencia de manera que sea imposible volver a la presencia deseada, aquella imposibilidad viene a ser el remedio, como en el de la muerte.

»El dolor de que Marsilo se queja, puesto que es como el mesmo que yo padezco, y por esta causa me había de parescer mayor que otro alguno, no por eso dejaré de decir lo que en él la razón me muestra, antes que aquello a que la pasión me incita. Confieso que es terrible dolor querer y no ser querido, pero mayor sería amar y ser aborrecido. Y si los nuevos amadores

nos guiásemos por lo que la razón y la experiencia nos enseña, veríamos que todos los principios en cualquier cosa son dificultosos, y que no padece esta regla excepción en los casos de amor, antes en ellos más se confirma y fortalece; así que, quejarse el nuevo amante de la dureza del rebelde pecho de su señora, va fuera de todo razonable término, porque, como el amor sea y ha de ser voluntario, y no forzoso, no debo yo quejarme de no ser querido de quien quiero, ni debo hacer caudal del cargo que le hago, diciéndole que está obligada a amarme porque yo la amo;[363] que, puesto que la persona amada debe, en ley de naturaleza y en buena cortesía, no mostrarse ingrata con quien bien la quiere, no por eso le ha de ser forzoso y de obligación que corresponda del todo y por todo a los deseos de su amante; que si esto así fuese, mil enamorados importunos habría que por su solicitud alcanzasen lo que quizá no se les debría de derecho. Y, como el amor tenga por padre al conocimiento, puede ser que no halle en mí la que es de mí bien querida, partes tan buenas que la muevan e inclinen a quererme; y así, no está obligada, como ya he dicho, a amarme, como yo estaré obligado a adorarla, porque hallé en ella lo que a mí me falta. Y por esta razón no debe el desdeñado quejarse de su amada, sino de su ventura, que le negó las gracias que al conocimiento de su señora pudieran mover a bien quererle. Y así, debe procurar con continos servicios, con amorosas razones, con la no importuna presencia, con las ejercitadas virtudes, adobar y enmendar en él la falta que naturaleza hizo, que éste es tan principal remedio, que estoy por afirmar que será imposible dejar de ser amado el que con tan justos medios procurase granjear la voluntad de su señora. Y, pues este mal del desdén tiene el bien deste remedio, consuélese Marsilo y tenga lástima al desdichado y celoso Orfinio, en cuya desventura se encierra la mayor que en las de amor imaginar se puede.

»¡Oh celos, turbadores de la sosegada paz amorosa; celos, cuchillo de las más firmes esperanzas! No sé yo qué pudo saber de linajes el que a vosotros os hizo hijos del amor, siendo tan al revés, que por el mesmo caso dejara el amor de serlo si tales hijos engendrara. ¡Oh celos, hipócritas y fementidos ladrones, pues, para que se haga cuenta de vosotros en el mundo, en viendo nascer alguna centella de amor en algún pecho, luego procuráis mezclaros con ella, volviéndoos de su color, y aun procuráis usurparle el mando y señorío que tiene! Y de aquí nasce que, como os ven tan unidos con el amor, puesto que por vuestros efectos dais a conoscer que no sois el mesmo amor, todavía procuráis que entienda el ignorante que sois sus hijos, siendo, como lo sois, nascidos de una baja sospecha, engendrados de un vil y desastrado temor, criados a los pechos de falsas imaginaciones, crescidos entre vilísimas envidias, sustentados de chismes y mentiras. Y, porque se vea la destruición que hace en los enamorados pechos esta maldita dolencia de los rabiosos celos, en siendo el amante celoso, conviene —con paz sea dicho de los celosos enamorados—, conviene, digo, que sea, como lo es, traidor, astuto, revoltoso, chismero, antojadizo y aun mal criado; y a tanto se estiende la celosa furia que le señorea, que a la persona que más quiere es a quien más mal desea. Querría el amante celoso que sólo para él su dama fuese hermosa, y fea para todo el mundo; desea que no tenga ojos para ver más de lo que él quisiere, ni oídos para oír, ni lengua para hablar; que sea retirada, desabrida, soberbia y mal acondicionada; y aun a veces desea, apretado desta pasión diabólica, que su dama se muera y que todo se acabe.

»Todas estas pasiones engendran los celos en los ánimos de los amantes celosos; al revés de las virtudes que el puro y sencillo amor multiplica en los verdaderos y comedidos amadores, porque en el pecho de un buen enamorado se encierra discreción, valentía, liberalidad, comedimiento y todo aquello que le puede hacer loable a los ojos de las gentes. Tiene más,

asimesmo, la fuerza deste crudo veneno: que no hay antídoto que le preserve, consejo que le valga, amigo que le ayude, ni disculpa que le cuadre; todo esto cabe en el enamorado celoso, y más: que cualquiera sombra le espanta, cualquiera niñería le turba y cualquier sospecha, falsa o verdadera, le deshace; y a toda esta desventura se le añade otra: que con las disculpas que le dan, piensa que le engañan. Y no habiendo para la enfermedad de los celos otra medicina que las disculpas, y no queriendo el enfermo celoso admitirlas, síguese que esta enfermedad es sin remedio, y que a todas las demás debe anteponerse. Y así, es mi parecer que Orfinio es el más penado, pero no el más enamorado, porque no son los celos señales de mucho amor, sino de mucha curiosidad impertinente;[364] y si son señales de amor, es como la calentura en el hombre enfermo, que el tenerla es señal de tener vida, pero vida enferma y mal dispuesta; y así, el enamorado celoso tiene amor, mas es amor enfermo y mal acondicionado. Y también el ser celoso es señal de poca confianza del valor de sí mesmo. Y que sea esto verdad nos lo muestra el discreto y firme enamorado, el cual, sin llegar a la escuridad de los celos, toca en las sombras del temor, pero no se entra tanto en ellas que le escurezcan el sol de su contento, ni dellas se aparta tanto que le descuiden de andar solícito y temeroso; que si este discreto temor faltase en el amante, yo le tendría por soberbio y demasiadamente confiado, porque, como dice un común proverbio nuestro: "quien bien ama, teme"; teme, y aun es razón que tema el amante que, como la cosa que ama es en estremo buena, o a él le pareció serlo, no parezca lo mesmo a los ojos de quien la mirare, y por la mesma causa se engendre el amor en otro que pueda y venga a turbar el suyo. Teme y tema el buen enamorado las mudanzas de los tiempos, de las nuevas occasiones que en su daño podrían ofrecerse, de que con brevedad no se acabe el dichoso estado que goza; y este temor ha de ser tan secreto que no le salga a

la lengua para decirle, ni aun a los ojos para significarle; y hace tan contrarios efectos este temor del que los celos hacen en los pechos enamorados, que cría en ellos nuevos deseos de acrescentar más el amor, si pudiesen; de procurar con toda solicitud que los ojos de su amada no vean en ellos cosa que no sea digna de alabanza, mostrándose liberales, comedidos, galanes, limpios y bien criados; y tanto cuanto este virtuoso temor es justo se alabe, tanto y más es digno que los celos se vituperen.

Calló en diciendo esto el famoso Damón, y llevó tras la suya las contrarias opiniones de algunos que escuchado le habían, dejando a todos satisfechos de la verdad que con tanta llaneza les había mostrado. Pero no se quedara sin respuesta si los pastores Orompo, Crisio, Marsilo y Orfinio hubieran estado presentes a su plática, los cuales, cansados de la recitada égloga, se habían ido a casa de su amigo Daranio.

Estando todos en esto, ya que los bailes y danzas querían renovarse, vieron que por una parte de la plaza entraban tres dispuestos pastores, que luego de todos fueron conoscidos, los cuales eran el gentil Francenio, el libre Lauso y el anciano Arsindo, el cual venía en medio de los dos pastores con una hermosa guirnalda de verde lauro en las manos; y, atravesando por medio de la plaza, vinieron a parar adonde Tirsi, Damón, Elicio y Erastro y todos los más principales pastores estaban, a los cuales con corteses palabras saludaron, y con no menor cortesía fueron dellos rescebidos, especialmente Lauso de Damón, de quien era antiguo y verdadero amigo. [365] Cesando los comedimientos, puestos los ojos Arsindo en Damón y en Tirsi, comenzó a hablar desta manera:

—La fama de vuestra sabiduría, que cerca y lejos se estiende, discretos y gallardos pastores, es la que a estos pastores y a mí nos trae a suplicaros queráis ser jueces de una graciosa contienda que entre estos dos pastores ha nascido; y es que la fiesta pasada, Francenio y Lauso, que están presentes,

se hallaron en una conversación de hermosas pastoras, entre las cuales, por pasar sin pesadumbre las horas ociosas del día, entre otros muchos juegos, ordenaron el que se llama de los propósitos.[366] Sucedió, pues, que, llegando la vez de proponer y comenzar a uno destos pastores, quiso la suerte que la pastora que a su lado estaba y a la mano derecha tenía, fuese, según él dice, la tesorera de los secretos de su alma, y la que por más discreta y más enamorada en la opinión de todos estaba. Llegándosele, pues, al oído, le dijo: «Huyendo va la esperanza». La pastora, sin detenerse en nada, prosiguió adelante, y al decir después cada uno en público lo que al otro había dicho en secreto, hallóse que la pastora había seguido el propósito, diciendo: «Tenella con el deseo». Fue celebrada por los que presentes estaban la agudeza desta respuesta, pero el que más la solemnizó fue el pastor Lauso; y no menos le pareció bien a Francenio. Y así, cada uno, viendo que lo propuesto y respondido eran versos medidos, se ofreció de glosallos; y, después de haberlo hecho, cada cual procura que su glosa a la del otro se aventaje; y, para asegurarse desto, me quisieron hacer juez dello. Pero, como yo supe que vuestra presencia alegraba nuestras riberas, aconsejéles que a vosotros viniesen, de cuya estremada sciencia y sabiduría questiones de mayor importancia pueden bien fiarse. Han seguido ellos mi parecer, y yo he querido tomar trabajo de hacer esta guirnalda, para que sea dada en premio al que vosotros, pastores, viéredes que mejor ha glosado.

Calló Arsindo y esperó la respuesta de los pastores, que fue agradecerle la buena opinión que dellos tenía, y ofrecerse de ser jueces desapasionados en aquella honrosa contienda. Con este seguro, luego Francenio tornó a repetir los versos y a decir su glosa, que era ésta:

Huyendo va la esperanza;
tenella[367] *con el deseo.*

Glosa

Cuando me pienso salvar
en la fe de mi querer,
me vienen luego a espantar
las faltas del merescer
y las sobras del pesar.
Muérese la confianza,
no tiene pulsos la vida,
pues se ve en mi mala andanza
que, del temor perseguida,
huyendo va la esperanza.

Huye y llévase consigo
todo el gusto de mi pena,
dejando, por más castigo,
las llaves de mi cadena
en poder de mi enemigo.
Tanto se aleja que creo
que presto se hará invisible,
y en su ligereza veo
que, ni puedo, ni es posible
tenerla con el deseo.

Dicha la glosa de Francenio, Lauso comenzó la suya, que así decía:

En el punto que os miré,

como tan hermosa os vi,
luego temí y esperé;
pero, en fin, tanto temí
que con el temor quedé.
De veros, esto se alcanza:
una flaca confianza
y un temor acobardado,
que, por no verle a su lado,
huyendo va la esperanza.

Y, aunque me deja y se va
con tan estraña corrida,
por milagro se verá
que se acabará mi vida
y mi amor no acabará.
Sin esperanza me veo;
mas, por llevar el trofeo
de amador sin interese,
no querría, aunque pudiese,
tenella con el deseo.

En acabando Lauso de decir su glosa, dijo Arsindo:

—Veis aquí, famosos Damón y Tirsi, declarada la causa sobre que es la contienda destos pastores; sólo resta agora que vosotros deis la guirnalda a quien viéredes que con más justo título la meresce: que Lauso y Francenio son tan amigos, y vuestra sentencia será tan justa, que ellos tendrán por bien lo que por vosotros fuere juzgado.

—No entiendas Arsindo —respondió Tirsi—, que con tanta presteza, aunque nuestros ingenios fueran de la calidad que tú los imaginas, se puede ni debe juzgar la diferencia, si hay alguna, destas discretas glosas. Lo que yo sé decir dellas, y lo que Damón no querrá contradecirme, es que igualmente entrambas son buenas, y que la guirnalda se debe dar a la pastora que dio la ocasión a tan curiosa y loable contienda. Y si deste parecer quedáis satisfechos, pagádnosle con honrar las bodas de nuestro amigo Daranio, alegrándolas con vuestras agradables canciones y autorizándolas con vuestra honrosa presencia.

A todos pareció bien la sentencia de Tirsi; los dos pastores la consintieron y se ofrecieron de hacer lo que Tirsi les mandaba. Pero las pastoras y pastores que a Lauso conoscían se maravillaban de ver la libre condición suya en la red amorosa envuelta, porque luego vieron en la amarillez de su rostro, en el silencio de su lengua y en la contienda que con Francenio había tomado, que no estaba su voluntad tan esenta como solía; y andaban entre sí imaginando quién podría ser la pastora que de su libre corazón triunfado había. Quién imaginaba que la discreta Belisa, y quién que la gallarda Leandra, y algunos que la sin par Arminda, moviéndoles a imaginar esto la ordinaria costumbre que Lauso tenía de visitar las cabañas destas pastoras, y ser cada una dellas para subjectar con su gracia, valor y hermosura otros tan libres corazones como el de Lauso. Y desta duda tardaron muchos días en certificarse, porque el enamorado pastor apenas de sí mesmo fiaba el secreto de sus amores. Acabado esto, luego toda la joventud del pueblo renovó las danzas, y los pastoriles instrumentos formaron una agradable música. Pero, viendo que ya el sol apresuraba su carrera hacia el ocaso, cesaron las concertadas voces, y todos los que allí estaban determinaron de llevar a los desposados hasta su casa. Y el anciano Arsindo, por cumplir lo que a Tirsi había prometido, en el espacio que había desde la plaza hasta la

casa de Daranio, al son de la zampoña de Erastro, estos versos fue cantando:

ARSINDO

Haga señales el cielo
de regocijo y contento
en tan venturoso día;
celébrese en todo el suelo
este alegre casamiento
con general alegría.
Cámbiese de hoy más el llanto
en süave y dulce canto,
y, en lugar de los pesares,
vengan gustos a millares
que destierren el quebranto.

Todo el bien suceda en colmo
entre desposados tales,
tan para en uno nascidos:
peras les ofrezca el olmo,
cerezas los carrascales,
guindas los mirtos floridos;
hallen perlas en los riscos,
uvas les den los lentiscos,
manzanas los algarrobos,
y sin temor de los lobos
ensanchen más sus apriscos.

Y sus machorras[368] ovejas
vengan a ser parideras,
con que doblen su ganancia;
las solícitas abejas
en los surcos de sus eras[369]
hagan miel en abundancia;
logren siempre su semilla
en el campo y en la villa,
cogida a tiempo y sazón;
no entre en sus viñas pulgón,
ni en su trigo la neguilla.[370]

Y dos hijos presto tengan,
tan hechos en paz y amor
cuanto pueden desear;
y, en siendo crescidos, vengan
a ser el uno doctor,
y otro, cura del lugar.
Sean siempre los primeros
en virtudes y en dineros,
que sí serán, y aun señores,
si no salen fiadores
de agudos alcabaleros.

Más años que Sarra[371] vivan,
con salud tan confirmada
que dello pese al doctor;

y ningún pesar resciban,
ni por hija mal casada,
ni por hijo jugador.
Y, cuando los dos estén
viejos cual Matusalén,
mueran sin temor de daño,
y háganles su cabo de año[372]
por siempre jamás, amén.

Con grandísimo gusto fueron escuchados los rústicos versos de Arsindo, en los cuales más se alargara si no lo impidiera el llegar a la casa de Daranio, el cual, convidando a todos los que con él venían, se quedó en ella, si no fue que Galatea y Florisa, por temor que Teolinda de Tirsi y Damón no fuese conocida, no quisieron quedarse a la cena de los desposados. Bien quisiera Elicio y Erastro acompañar a Galatea hasta su casa, pero no fue posible que lo consintiese; y así, se hubieron de quedar con sus amigos, y ellas se fueron cansadas de los bailes de aquel día; y Teolinda con más pena que nunca, viendo que en las solemnes bodas de Daranio, donde tantos pastores habían acudido, sólo su Artidoro faltaba. Con esta penosa imaginación, pasó aquella noche en compañía de Galatea y Florisa, que con más libres y desapasionados corazones la pasaron, hasta que, en el nuevo venidero día, les sucedió lo que se dirá en el libro que se sigue.

FIN DEL TERCERO LIBRO

CUARTO LIBRO DE *GALATEA*

Con gran deseo esperaba la hermosa Teolinda el venidero día, para despedirse de Galatea y Florisa y acabar de buscar por todas las riberas de Tajo a su querido Artidoro, con intención de fenecer la vida en triste y amarga soledad, si fuese tan corta de ventura que del amado pastor alguna nueva no supiese. Llegada, pues, la hora deseada, cuando el sol comenzaba a tender sus rayos por la faz de la tierra, ella se levantó, y, con lágrimas en sus ojos, pidió licencia a las dos pastoras para proseguir su demanda, las cuales con muchas razones la persuadieron que en su compañía algunos días más esperase, ofreciéndole Galatea de enviar algún pastor de los de su padre a buscar a Artidoro por todas las riberas de Tajo y por donde se imaginase que podría ser hallado. Teolinda agradeció sus ofrecimientos, pero no quiso hacer lo que le pedían; antes, después de haber mostrado, con las mejores palabras que supo, la obligación en que quedaba de servir todos los días de su vida las obras que dellas había rescebido, abrazándolas con tierno sentimiento, les rogaba que una sola hora no la detuviesen. Viendo, pues, Galatea y Florisa cuán en vano trabajaban en pensar detenerla, le encargaron que de cualquier suceso bueno o malo que en aquella amorosa demanda le sucediese, procurase de avisarlas, certificándola del gusto que de su contento o la pena que de su desgracia rescibirían. Teolinda se ofreció ser ella mesma quien las nuevas de su buena dicha trujese, pues las malas no tendría sufrimiento la vida para resistirlas, y así, sería escusado que della saberse pudiesen. Con esta promesa de Teolinda se satisficieron Galatea y Florisa, y determinaron de acompañarla algún trecho fuera del lugar. Y así,

tomando las dos solos[373] sus cayados, y habiendo proveído el zurrón de Teolinda de algunos regalos para el trabajoso camino, se salieron con ella del aldea a tiempo que ya los rayos del sol más derechos y con más fuerzas comenzaban a herir la tierra.

Y, habiéndola acompañado casi media legua del lugar, al tiempo que ya querían volverse y dejarla, vieron atravesar, por una quebrada que poco desviada dellas estaba, cuatro hombres de a caballo y algunos de a pie, que luego conoscieron ser cazadores en el hábito y en los halcones y perros que llevaban. Y, estándolos con atención mirando, por ver si los conoscían, vieron salir de entre unas espesas matas que cerca de la quebrada estaban, dos pastoras de gallardo talle y brío. Traían los rostros rebozados con dos blancos lienzos; y, alzando la una dellas la voz, pidió a los cazadores que se detuviesen, los cuales así lo hicieron, y, llegándose entrambas a uno dellos, que en su talle y postura[374] el principal de todos parecía, le asieron las riendas del caballo y estuvieron un poco hablando con él, sin que las tres pastoras pudiesen oír palabra de las que decían, por la distancia del lugar, que lo estorbaba. Solamente vieron que, a poco espacio que con él hablaron, el caballero se apeó, y, habiendo, a lo que juzgarse pudo, mandado a los que le acompañaban que se volviesen, quedando sólo un mozo con el caballo, trabó a las dos pastoras de las manos, y poco a poco comenzó a entrar con ellas por medio de un cerrado bosque que allí estaba. Lo cual visto por las tres pastoras, Galatea, Florisa y Teolinda, determinaron de ver, si pudiesen, quién eran las disfrazadas pastoras y el caballero que las llevaba; y así, acordaron de rodear por una parte del bosque, y mirar si podían ponerse en alguna que pudiese serlo[375] para satisfacerles de lo que deseaban. Y, haciéndolo así como pensado lo habían, atajaron al caballero y a las pastoras, y, mirando Galatea por entre las ramas lo que hacían, vio que, torciendo sobre la mano derecha, se emboscaban en lo más espeso del

bosque, y luego por sus mesmas pisadas les fueron siguiendo, hasta que el caballero y las pastoras, pareciéndoles estar bien adentro del bosque, en medio de un estrecho pradecillo, que de infinitas breñas[376] estaba rodeado, se pararon. Galatea y sus compañeras se llegaron tan cerca que, sin ser vistas ni sentidas, veían todo lo que el caballero y las pastoras hacían y decían; las cuales, habiendo mirado a una y a otra parte por ver si podrían ser vistas de alguno, aseguradas desto, la una se quitó el rebozo; y apenas se le hubo quitado cuando de Teolinda fue conoscida, y, llegándose al oído de Galatea, le dijo con la más baja voz que pudo:

—Estrañísima ventura es ésta, porque, si no es que con la pena que traigo he perdido el conoscimiento, sin duda alguna aquella pastora que se ha quitado el rebozo es la bella Rosaura, hija de Roselio, señor de una aldea que a la nuestra está vecina, y no sé qué pueda ser la causa que la haya movido a ponerse en tan estraño traje y a dejar su tierra, cosas que tan en perjuicio de su honestidad se declaran. Mas, ¡ay desdichada! —añadió Teolinda—, que el caballero que con ella está es Grisaldo, hijo mayor del rico Laurencio, que junto a esta vuestra aldea tiene otras dos suyas.

—Verdad dices, Teolinda —respondió Galatea—, que yo le conozco; pero calla y sosiégate, que presto veremos con qué intento ha sido aquí su venida.

Quietóse[377] con esto Teolinda, y con atención se puso a mirar lo que Rosaura hacía, la cual, llegándose al caballero, que de edad de veinte años parecía, con voz turbada y airado semblante, le comenzó a decir:

—En parte estamos, fementido caballero, donde podré tomar de tu desamor y descuido la deseada venganza. Pero, aunque yo la tomase de ti tal que la vida te costase, poca recompensa sería al daño que me tienes hecho. Vesme aquí, desconocido[378] Grisaldo, desconoscida por conoscerte; ves aquí que ha mudado el traje por buscarte la que nunca mudó

la voluntad de quererte. Considera, ingrato y desamorado, que la que apenas en su casa y con sus criadas sabía mover el paso, agora por tu causa anda de valle en valle y de sierra en sierra con tanta soledad buscando tu compañía.

Todas estas razones que la bella Rosaura decía las escuchaba el caballero con los ojos hincados en el suelo y haciendo rayas en la tierra con la punta de un cuchillo de monte que en la mano tenía. Pero, no contenta Rosaura con lo dicho, con semejantes palabras prosiguió su plática:

—Dime: ¿conoces, por ventura, conoces, Grisaldo, que yo soy aquella que no ha mucho tiempo que enjugó tus lágrimas, atajó tus sospiros, remedió tus penas, y sobre todo, la que creyó tus palabras? ¿O, por suerte, entiendes tú que eres aquel a quien parecían cortos y de ninguna fuerza todos los juramentos que imaginarse podían, para asegurarme la verdad con que me engañabas? ¿Eres tú, acaso, Grisaldo, aquel cuyas infinitas lágrimas ablandaron la dureza del honesto corazón mío? Tú eres, que ya te veo, y yo soy, que ya me conozco. Pero si tú eres Grisaldo, el que yo creo, y yo soy Rosaura, la que tú imaginas, cúmpleme la palabra que me diste; darte he yo la promesa que nunca te he negado. Hanme dicho que te casas con Leopersia, la hija de Marcelio, tan a gusto tuyo que eres tú mesmo el que la procuras; si esta nueva me ha dado pesadumbre, bien se puede ver por lo que he hecho por venir a estorbar el cumplimiento della; y si tú la puedes hacer verdadera, a tu consciencia lo dejo. ¿Qué respondes a esto, enemigo mortal de mi descanso? ¿Otorgas, por ventura, callando, lo que por el pensamiento sería justo que no te pasase? Alza los ojos ya, y ponlos en estos que por su mal te miraron; levántalos y mira a quién engañas, a quién dejas y a quién olvidas. Verás que engañas, si bien lo consideras, a la que siempre te trató verdades, dejas a quien ha dejado a su honra y a sí mesma por seguirte, olvidas a la que jamás te apartó de su memoria. Considera, Grisaldo, que en nobleza no te debo nada, y que en riqueza no te soy

desigual, y que te aventajo en la bondad del ánimo y en la firmeza de la fe. Cúmpleme, señor, la que me diste, si te precias de caballero y no te desprecias de cristiano. Mira que si no correspondes a lo que me debes, que rogaré al cielo que te castigue, al fuego que te consuma, al aire que te falte, al agua que te anegue, a la tierra que no te sufra, y a mis parientes que me venguen. Mira que si faltas a la obligación que me tienes, que has de tener en mí una perpetua turbadora de tus gustos en cuanto la vida me durare; y aun después de muerta, si ser pudiere, con continuas sombras espantaré tu fementido espíritu, y con espantosas visiones atormentaré tus engañadores ojos. Advierte que no pido sino lo que es mío, y que tú ganas en darlo lo que en negarlo pierdes. Mueve agora tu lengua para desengañarme de cuantas[379] la has movido para ofenderme.

Calló diciendo esto la hermosa dama, y estuvo un poco esperando a ver lo que Grisaldo respondía; el cual, levantando el rostro, que hasta allí inclinado había tenido, encendido con la vergüenza que las razones de Rosaura le habían causado, con sosegada voz le respondió desta manera:

—Si yo quisiese negar, ¡oh Rosaura!, que no te soy deudor de más de lo que dices, negaría asimesmo que la luz del sol no es clara, y aun diría que el fuego es frío y el aire duro. Así que, en esta parte confieso lo que te debo, y que estoy obligado a la paga. Pero, que yo confiese que puedo pagarte como quieres, es imposible, porque el mandamiento de mi padre lo ha prohibido y tu riguroso desdén imposibilitado; y no quiero en esta verdad poner otro testigo que a ti mesma, como a quien tan bien sabe cuántas veces y con cuántas lágrimas rogué que me aceptases por esposo, y que fueses servida que yo cumpliese la palabra que de serlo te había dado. Y tú, por las causas que te imaginaste, o por parecerte ser bien corresponder a las vanas promesas de Artandro, jamás quisiste que a tal ejecución se llegase; antes, de día en día me ibas entretiniendo y haciendo pruebas de mi firmeza,

pudiendo asegurarla de todo punto con admitirme por tuyo. También sabes, Rosaura, el deseo que mi padre tenía de ponerme en estado y la priesa que daba a ello, trayendo los ricos honrosos casamientos que tú sabes, y cómo yo con mil escusas me apartaba de sus importunaciones, dándotelas siempre a ti para que no dilatases más lo que tanto a ti convenía y yo deseaba; y que al cabo de todo esto, te dije un día que la voluntad de mi padre era que yo con Leopersia me casase; y tú, en oyendo el nombre de Leopersia, con una furia desesperada me dijiste que más no te hablase, y que me casase norabuena con Leopersia o con quien más gusto me diese. Sabes también que te persuadí muchas veces que dejases aquellos celosos devaneos, que yo era tuyo, y no de Leopersia, y que jamás quisiste admitir mis disculpas ni condescender con mis ruegos; antes, perseverando en tu obstinación y dureza, y en favorescer a Artandro, me enviaste a decir que te daría gusto en que jamás te viese. Yo hice lo que me mandaste, y, por no tener ocasión de quebrar tu mandamiento, viendo también que cumplía el de mi padre, determiné de desposarme con Leopersia, o, a lo menos, desposaréme mañana, que así está concertado entre sus parientes y los míos; porque veas, Rosaura, cuán disculpado estoy de la culpa que me pones, y cuán tarde has tú venido en conoscimiento de la sinrazón que conmigo usabas. Mas, porque no me juzgues de aquí adelante por tan ingrato como en tu imaginación me tienes pintado, mira bien si hay algo en que yo pueda satisfacer tu voluntad, que, como no sea casarme contigo, aventuraré por servirte la hacienda, la vida y la honra.[380]

En tanto que estas palabras Grisaldo decía, tenía la hermosa Rosaura los ojos clavados en su rostro, vertiendo por ellos tantas lágrimas que daban bien a entender el dolor que en el alma sentía; pero, viendo ella que Grisaldo callaba, dando un profundo y doloroso sospiro, le dijo:

—Como no puede caber en tus verdes años tener, ¡oh Grisaldo!, larga y conoscida experiencia de los infinitos accidentes amorosos, no me maravillo que un pequeño desdén mío te haya puesto en la libertad que publicas; pero si tú conoscieras que los celosos temores son espuelas que hacen salir al amor de su paso, vieras claramente que los que yo tuve de Leopersia, en que yo más te quisiese redundaban. Mas, como tú tratabas tan de pasatiempo mis cosas, con la menor ocasión que te imaginaste, descubriste el poco amor de tu pecho, y confirmaste las verdaderas sospechas mías, y en tal manera, que me dices que mañana te casas con Leopersia. Pero yo te certifico que, antes que a ella lleves al tálamo, me has de llevar a mí a la sepoltura, si ya no eres tan cruel que niegues de darla al cuerpo de cuya alma fuiste siempre señor absoluto. Y, porque claro conozcas y veas que la que perdió por ti su honestidad y puso en detrimento su honra tendrá en poco perder la vida, este agudo puñal que aquí traigo pondrá en efecto mi desesperado y honroso intento, y será testigo de la crueldad que en ese tu fementido pecho encierras.

Y, diciendo esto, sacó del seno una desnuda daga, y con gran celeridad se iba a pasar el corazón con ella, si con mayor presteza Grisaldo no le tuviera el brazo y la rebozada pastora, su compañera, no aguijara[381] a abrazarse con ella. Gran rato estuvieron Grisaldo y la pastora primero que[382] quitasen a Rosaura la daga de las manos, la cual a Grisaldo decía:

—¡Déjame, traidor enemigo, acabar de una vez la tragedia de mi vida, sin que tantas tu desamorado desdén me haga probar la muerte!

—Ésa no gustarás tú por mi ocasión —replicó Grisaldo—, pues quiero que mi padre falte antes la palabra que por mí a Leopersia tiene dada, que faltar yo un punto a lo que conozco que te debo. Sosiega el pecho, Rosaura, pues te aseguro que este mío no sabrá desear otra cosa que la que fuere de tu contento.

Con estas enamoradas razones de Grisaldo resucitó Rosaura de la muerte de su tristeza a la vida de su alegría, y, sin cesar de llorar, se hincó de rodillas ante Grisaldo, pidiéndole las manos en señal de la merced que le hacía. Grisaldo hizo lo mesmo, y, echándole los brazos al cuello, estuvieron gran rato sin poderse hablar el uno al otro palabra, derramando entrambos cantidad de amorosas lágrimas. La pastora arrebozada, viendo el feliz suceso de su compañera, fatigada del cansancio que había tomado en ayudar a quitar la daga a Rosaura, no pudiendo más sufrir el velo, se le quitó, descubriendo un rostro tan parescido al de Teolinda, que quedaron admiradas de verle Galatea y Florisa; pero más lo fue Teolinda, pues sin poderlo disimular, alzó la voz, diciendo:

—¡Oh cielos!, y ¿qué es lo que veo? ¿No es, por ventura, ésta mi hermana Leonarda, la turbadora de mi reposo? Ella es, sin duda alguna.

Y, sin más detenerse, salió de donde estaba, y con ella Galatea y Florisa. Y, como la otra pastora viese a Teolinda, luego la conosció, y con abiertos brazos se fueron la una a la otra, admiradas de haberse hallado en tal lugar y en tal sazón y coyuntura. Viendo, pues, Grisaldo y Rosaura lo que Leonarda con Teolinda hacía, y que habían sido descubiertos de las pastoras Galatea y Florisa, con no poca vergüenza de que los hubiesen hallado de aquella suerte, se levantaron, y, limpiándose las lágrimas, con disimulación y comedimiento rescibieron a las pastoras, que luego de Grisaldo fueron conoscidas. Mas, la discreta Galatea, por volver en siguridad el disgusto que, quizá, de su vista los dos enamorados habían recibido, con aquel donaire con que ella todas las cosas decía, les dijo:

—No os pese de nuestra venida, venturosos Grisaldo y Rosaura, pues sólo servirá de acrescentar vuestro contento, pues se ha comunicado con quien siempre le tendrá en serviros. Nuestra ventura ha ordenado que os viésemos, y en parte donde ninguna[383] se nos ha encubierto de vuestros

pensamientos; y, pues el cielo los ha traído a término tan dichoso, en satisfación dello, asegurad[384] vuestros pechos y perdonad nuestro atrevimiento.

—Nunca tu presencia, hermosa Galatea —respondió Grisaldo—, dejó de dar gusto doquiera que estuviese; y, siendo esta verdad tan conoscida, antes quedamos en obligación a tu vista que con desabrimiento de tu llegada.

Con éstas, pasaron otras algunas comedidas razones, harto diferentes de las que entre Leonarda y Teolinda pasaban, las cuales, después de haberse abrazado una y dos veces, con tiernas palabras mezcladas con amorosas lágrimas, la cuenta de su vida se demandaban, tiniendo suspensos mirándolas a todos los que allí estaban, porque se parescían tanto que casi no se podían decir semejantes, sino una mesma cosa; y si no fuera porque el traje de Teolinda era diferente del de Leonarda, sin duda alguna que Galatea y Florisa no supieran diferenciallas; y entonces vieron con cuánta razón Artidoro se había engañado en pensar que Leonarda Teolinda fuese. Mas, viendo Florisa que el sol estaba hacia la mitad del cielo, y que sería bien buscar alguna sombra que de sus rayos las defendiese, o, a lo menos, volverse a la aldea, pues, faltándoles la ocasión de apascentar sus ovejas, no debían estarse tanto en el prado, dijo a Teolinda y a Leonarda:

—Tiempo habrá, pastoras, donde con más comodidad podáis satisfacer nuestros deseos y daros más larga cuenta de vuestros pensamientos, y por agora busquemos a do pasar el rigor de la siesta que nos amenaza: o en una fresca fuente que está a la salida del valle que atrás dejamos, o tornándonos a la aldea, donde será Leonarda tratada con la voluntad que tú, Teolinda, de Galatea y de mí conoces. Y si a vosotras, pastoras, hago sólo este ofrecimiento, no es porque me olvide de Grisaldo y Rosaura, sino porque me parece que a su valor y merescimiento no puedo ofrecerles más del deseo.

—Ése no faltará en mí mientras la vida me durare —respondió Grisaldo —, de hacer, pastora, lo que fuere en tu servicio, pues no se debe pagar con menos la voluntad que nos muestras. Mas, por parecerme que será bien hacer lo que dices, y por tener entendido que no ignoráis lo que entre mí y Rosaura ha pasado, no quiero deteneros ni detenerme en referirlo. Sólo os ruego seáis servidas de llevar a Rosaura en vuestra compañía a vuestra aldea, en tanto que yo aparejo en la mía algunas cosas que son necesarias para concluir lo que nuestros corazones desean. Y, porque Rosaura quede libre de sospecha, y no la pueda tener jamás de la fe de mi pensamiento, con voluntad considerada mía, siendo vosotras testigos della, le doy la mano de ser su verdadero esposo.

Y, diciendo esto, tendió la suya y tomó la de la bella Rosaura. Y ella quedó tan fuera de sí de ver lo que Grisaldo hacía, que apenas pudo responderle palabra, sino que se dejó tomar la mano; y, de allí a un pequeño espacio, dijo:

—A términos me había traído el amor, Grisaldo, señor mío, que con menos que por mí hicieras, te quedara perpetuamente obligada; pero, pues tú has querido corresponder antes a ser quien eres que no a mi merescimiento, haré yo lo que en mí es, que es darte de nuevo el alma, en recompensa deste beneficio; y después, el cielo de tan agradescida voluntad te dé la paga.

—No más —dijo a esta sazón Galatea—, no más, señores, que adonde andan las obras tan verdaderas, no han de tener lugar los demasiados comedimientos. Lo que resta es rogar al cielo que traiga a dichoso fin estos principios, y que en larga y saludable paz gocéis vuestros amores. Y en lo que dices, Grisaldo, que Rosaura venga a nuestra aldea, es tanta la merced que en ello nos haces, que nosotras mesmas te lo suplicamos.

—De tan buena gana iré en vuestra compañía —dijo Rosaura—, que no sé con qué la encarezca más que con deciros que no sentiré mucho el ausencia de Grisaldo, estando en vuestra compañía.

—Pues, ¡ea! —dijo Florisa—, que el aldea es lejos y el sol mucho, y nuestra tardanza de volver a ella notada. Vos, señor Grisaldo, podéis ir a hacer lo que os conviniere, que en casa de Galatea hallaréis a Rosaura, y a éstas, una pastora, que no merescen ser llamadas dos las que tanto se parecen.

—Sea como queréis —dijo Grisaldo.

Y, tomando a Rosaura de la mano, se salieron todos del bosque, quedando concertado entre ellos que otro día enviaría Grisaldo un pastor, de los muchos de su padre, a avisar a Rosaura de lo que había de hacer; y que, enviando aquel pastor, sin ser notado, podría hablar a Galatea o a Florisa, y dar la orden que más conviniese. A todas pareció bien este concierto; y, habiendo salido del bosque, vio Grisaldo que le estaba esperando su criado con el caballo; y, abrazando de nuevo a Rosaura y despidiéndose de las pastoras, se fue acompañado de lágrimas y de los ojos de Rosaura, que nunca dél se apartaron hasta que le perdieron de vista. Como las pastoras solas quedaron, luego Teolinda se apartó con Leonarda, con deseo de saber la causa de su venida; y Rosaura asimesmo fue contando a Galatea y Florisa la ocasión que la había movido a tomar el hábito de pastora y a venir a buscar a Grisaldo, diciendo:

—«No os causara admiración, hermosas pastoras, el verme a mí en este traje, si supiérades hasta dó se estiende la poderosa fuerza de amor, la cual no sólo hace mudar el vestido a los que bien quieren, sino la voluntad y el alma de la manera que más es de su gusto; y hubiera yo perdido el mío eternamente si de la invención deste traje no me hubiera aprovechado, porque sabréis, amigas, que, estando yo en el aldea de Leonarda, de quien

mi padre es señor, vino a ella Grisaldo con intención de estarse allí algunos días ocupado en el sabroso ejercicio de la caza; y, por ser mi padre muy amigo del suyo, ordenó de hospedarle en casa y de hacerle todos los regalos que pudiese. Hízolo así; y la venida de Grisaldo a mi casa fue para sacarme a mí della, porque, en efecto, aunque sea a costa de mi vergüenza, os habré de decir que la vista, la conversación, el valor de Grisaldo, hicieron tal impresión en mi alma que, sin saber cómo, a pocos días que él allí estuvo, yo no estuve más en mí, ni quise ni pude estar sin hacerle señor de mi libertad; pero no fue tan arrebatadamente que primero no estuviese satisfecha que la voluntad de Grisaldo de la mía un punto no discrepaba, según él me lo dio a entender con muchas y muy verdaderas señales. Enterada, pues, yo en esta verdad, y viendo cuán bien me estaba tener a Grisaldo por esposo, vine a condescender con sus deseos y a poner en efecto los míos. Y así, con la intercesión de una doncella mía, en un apartado corredor nos vimos Grisaldo y yo muchas veces, sin que nuestra estada solos a más se estendiese que a vernos y a darme él la palabra que hoy con más fuerza delante de vosotras me ha tornado a dar.

»Ordenó, pues, mi triste ventura, que en el tiempo que yo de tan dulce estado gozaba, vino asimesmo a visitar a mi padre un valeroso caballero aragonés que Artandro se llama, el cual, vencido, a lo que él mostró, de mi hermosura —si alguna tengo—, con grandísima solicitud procuró que yo con él me casase sin que mi padre lo supiese. Había en este medio procurado Grisaldo traer a efecto su propósito, y, mostrándome yo algo más dura de lo que fuera menester, le iba entretiniendo con palabras, con intención que mi padre saliese al camino de casarme, y que entonces Grisaldo me pidiese por esposa; pero no quería él hacer esto, porque sabía que la voluntad de su padre era casarle con la rica y hermosa Leopersia, que bien debéis conocerla por la fama de su riqueza y hermosura. Vino esto a mi

noticia, y tomé ocasión de pedirle celos, aunque fingidos, sólo por hacer prueba de la entereza de su fe, y fui tan descuidada, o por mejor decir, tan simple, que, pensando que granjeaba algo en ello, comencé a hacer algunos favores a Artandro, lo cual visto por Grisaldo, muchas veces me significó la pena que rescibía de lo que yo con Artandro pasaba; y aun me avisó que, si no era mi voluntad de que él me cumpliese la palabra que me había dado, que no podía dejar de obedecer a la de su padre. A todas estas amonestaciones y avisos respondí yo sin ninguno, llena de soberbia y arrogancia, confiada en que los lazos que mi hermosura habían echado al alma de Grisaldo no podían tan fácilmente ser rompidos ni aun tocados de otra cualquier belleza. Mas salióme tan al revés mi confianza como me lo mostró presto Grisaldo, el cual, cansado de mis necios y esquivos desdenes, tuvo por bien de dejarme y venir obediente al mandado de su padre. Pero, apenas se hubo él partido de mi aldea y apartado de mi presencia, cuando yo conocí el error en que había caído, y con tanto ahínco me comenzó a fatigar el ausencia de Grisaldo y los celos de Leopersia, que el ausencia dél me acababa y los celos della me consumían.

»Considerando, pues, que si mi remedio se dilataba, había de dejar por fuerza en las manos del dolor la vida, determiné de aventurar a perder lo menos, que a mi parecer era la fama, por ganar lo más, que es a Grisaldo. Y así, con escusa que di a mi padre de ir a ver una tía mía, señora de otra aldea a la nuestra cercana, salí de mi casa acompañada de muchos criados de mi padre; y, llegada en casa de mi tía, le descubrí todo el secreto de mi pensamiento, y le rogué fuese servida de que yo me pusiese en este hábito y viniese a hablar a Grisaldo, certificándole que si yo mesma no venía, que tendrían mal suceso mis negocios. Ella me lo concedió, con condición que trujese a Leonarda conmigo, como persona de quien ella mucho se fiaba; y, enviando por ella a nuestra aldea, y acomodándome destos vestidos, y

advirtiéndonos de algunas cosas que las dos habíamos de hacer, nos despedimos della habrá ocho días; y, habiendo seis que llegamos a la aldea de Grisaldo, jamás hemos podido hallar lugar de hablarle a solas, como yo deseaba, hasta esta mañana que supe que venía a caza, y le aguardé en el mesmo lugar adonde él se despidió. Y he pasado con él todo lo que vosotras, amigas, habéis visto, del cual venturoso suceso quedo tan contenta cuanto es razón lo quede la que tanto lo deseaba.» Esta es, pastoras, la historia de mi vida, y si os he cansado en contárosla, echad la culpa al deseo que teníades de saberla, y al mío, que no pudo hacer menos de satisfaceros.

—Antes quedamos tan obligadas —respondió Florisa— a la merced que nos has hecho que, aunque siempre nos ocupemos en servirla, no saldremos de la deuda.

—Yo soy la que quedo en ella —replicó Rosaura—, y la que procuraré pagarla como mis fuerzas alcanzaren. Pero, dejando esto aparte, volved los ojos, pastoras, y veréis los de Teolinda y Leonarda tan llenos de lágrimas que moverán a los vuestros a no dejar de acompañarlos en ellas.

Volvieron Galatea y Florisa a mirarlas, y vieron ser verdad lo que Rosaura decía; y lo que el llanto de las dos hermanas causaba era que, después de haberle dicho Leonarda a su hermana todo lo que Rosaura había contado a Galatea y a Florisa, le dijo:

—«Sabrás, hermana, que así como tú faltaste de nuestra aldea, se imaginó que te había llevado el pastor Artidoro, que aquel mesmo día faltó él también, sin que de nadie se despidiera. Confirmé yo esta opinión en mis padres, porque les conté lo que con Artidoro había pasado en la floresta. Con este indicio cresció la sospecha, y mi padre procuraba venir en tu busca y de Artidoro, y en efecto lo pusiera por obra si de allí a dos días no viniera a nuestra aldea un pastor que, al momento que fue visto, todos le tuvieron por Artidoro. Llegando estas nuevas a mi padre de que allí estaba el robador

tuyo, luego vino con la justicia adonde el pastor estaba, al cual le preguntaron si te conoscía, o adónde te había llevado. El pastor negó con juramento que en toda su vida te había visto, ni sabía qué era lo que le preguntaban. Todos los que estaban presentes se maravillaron de ver que el pastor negaba conocerte, habiendo estado diez días en el pueblo, y hablado y bailado contigo muchas veces, y sin duda alguna creyeron todos que Artidoro era culpado en lo que se le imputaba; y, sin querer admitir disculpa suya ni escucharle palabra, le llevaron a la prisión, donde estuvo algunos días sin que ninguno le hablase, al cabo de los cuales, yéndole a tomar su confisión, tornó a jurar que no te conoscía y que en toda su vida había estado más de aquella vez en nuestra aldea, y que mirasen —y esto otras veces lo había dicho— que aquel Artidoro que ellos pensaban ser él, por ventura no fuese un hermano suyo que le parecía en tanto estremo, como descubriría la verdad cuando les mostrase que se habían engañado tiniendo a él por Artidoro, porque él se llamaba Galercio, hijo de Briseno, natural de la aldea de Grisaldo. Y, en efecto, tantas demonstraciones dio y tantas pruebas hizo, que conocieron claramente todos que él no era Artidoro, de que quedaron más admirados; y decían que tal maravilla como la de parecernos yo a ti, y Galercio a Artidoro, no se había visto en el mundo.

»Esto que de Galercio se publicaba me movió a ir a verle muchas veces a do estaba preso; y fue la vista de suerte que quedé sin ella, a lo menos para mirar cosas que me den gusto en tanto que a Galercio no viere. Pero lo que más mal hay en esto, hermana, es que él se fue de la aldea sin que supiese que llevaba consigo mi libertad, ni yo tuve lugar jamás de decírselo; y así, me quedé con la pena que imaginarse puede, hasta que la tía de Rosaura me envió a pedir a mi padre por algunos días, todo a fin de venir a acompañar a Rosaura, de lo que recebí summo contento, por saber que veníamos a la aldea de Galercio y que allí le podría hacer sabidor de la deuda en que me

estaba. Pero he sido tan corta de ventura que ha cuatro días que estamos en su aldea y nunca le he visto, aunque he preguntado por él, y me dicen que está en el campo con su ganado. He preguntado también por Artidoro, y hanme dicho que de unos días a esta parte no parece en el aldea; y, por no apartarme de Rosaura, no he tenido lugar de ir a buscar a Galercio, del cual podría ser saber nuevas de Artidoro.» Esto es lo que a mí me ha sucedido, y lo demás que has visto, con Grisaldo, después que faltas, hermana, del aldea.

Admirada quedó Teolinda de lo que su hermana le contaba; pero, cuando llegó a saber que en el aldea de Artidoro no se sabía dél nueva alguna, no pudo tener las lágrimas, aunque en parte se consoló, creyendo que Galercio sabría nuevas de su hermano. Y así, determinó de ir otro día a buscar a Galercio, doquiera que estuviese. Y, habiéndole contado con la más brevedad que pudo a Leonarda todo lo que le había sucedido después que en busca de Artidoro andaba, abrazándola otra vez, se volvió adonde las pastoras estaban, que, un poco desviadas del camino, iban por entre unos árboles, que del calor del sol un poco las defendían. Y, en llegando a ellas, Teolinda les contó todo lo que su hermana le había dicho, con el suceso de sus amores y la semejanza de Galercio y Artidoro, de que no poco se admiraron, aunque dijo Galatea:

—Quien vee la semejanza tan estraña que hay entre ti, Teolinda, y tu hermana, no tiene de qué maravillarse aunque otras vea, pues ninguna, a lo que yo creo, a la vuestra iguala.

—No hay duda —respondió Leonarda— sino que la que hay entre Artidoro y Galercio es tanta que, si a la nuestra no excede, a lo menos en ninguna cosa se queda atrás.

—Quiera el cielo —dijo Florisa—, que así como los cuatro os semejáis unos a otros, así os acomodéis y parezcáis en la ventura, siendo tan buena la

que la fortuna conceda a vuestros deseos, que todo el mundo envidie vuestros contentos, como admira vuestras semejanzas.

Replicara a estas razones Teolinda, si no lo estorbara una voz que oyeron que dentre los árboles salía; y, parándose todas a escucharla, luego conoscieron ser del pastor Lauso, de que Galatea y Florisa grande contento rescibieron, porque en estremo deseaban saber de quién andaba Lauso enamorado, y creyeron que desta duda las sacaría lo que el pastor cantase. Y, por esta ocasión, sin moverse de donde estaban, con grandísimo silencio le escucharon. Estaba el pastor sentado al pie de un verde sauce, acompañado de solos sus pensamientos y de un pequeño rabel, al son del cual desta manera cantaba:[385]

Lauso

Si yo dijere el bien del pensamiento,
en mal se vuelva cuanto bien poseo;
que no es para decirse el bien que siento.
De mí mesmo se encubra mi deseo,
enmudezca la lengua en esta parte
y en el silencio ponga su trofeo.
Pare aquí el artificio, cese el arte
de exagerar el gusto qu'en un alma
con mano liberal amor reparte.
Baste decir que en sosegada calma
paso el mar amoroso, confiado
de honesto triunfo y vencedera palma.
Sin saberse la causa, lo causado
se sepa; que es un bien tan sin medida

que sólo para el alma es reservado.
Ya tengo nuevo ser, ya tengo vida,
ya puedo cobrar nombre en todo el suelo
de ilustre y clara fama conoscida;
qu'el limpio intento, al amoroso celo
que encierra el pecho enamorado mío,
alzarme puede al más subido cielo.
En ti, Silena, espero; en ti confío,
Silena, gloria de mi pensamiento,
norte por quien se rige mi albedrío.
Espero qu'el sin par entendimiento
tuyo levantes a entender que valgo
por fe lo que no está en merescimiento.
Confío que tendrás, pastora, en algo,
después de hacerte cierta la experiencia,
la sana voluntad de un pecho hidalgo.
¿Qué bienes no asegura tu presencia?
¿Qué males no destierra? ¿Y quién sin ella
sufrirá un punto la terrible ausencia?
¡Oh, más que la belleza misma bella,[386]
más que la propria discreción discreta,
sol a mis ojos y a mi mar estrella!
No la que fue de la nombrada Creta
robada por el falso hermoso toro[387]
igualó a tu hermosura tan perfecta;
ni aquella que en sus faldas granos de oro
sintió llover,[388] por quien después no pudo
guardar el virginal rico tesoro;

ni aquella que con brazo airado y crudo,
en la sangre castísima del pecho
tiñó el puñal,[389] en su limpieza, agudo;
ni aquella que a furor movió y despecho
contra Troya los griegos corazones,
por quien fue el Ilión roto y deshecho;[390]
ni la que los latinos escuadrones
hizo mover contra la teucra gente,
a quien Juno causó tantas pasiones;[391]
ni menos la que tiene diferente
fama[392] de la entereza y el trofeo
con que su honestidad guardó excelente:
digo de aquella que lloró a Siqueo,
del mantuano Títiro notada
de vano antojo y no cabal deseo;
no en cuantas tuvo hermosas la pasada
edad, ni la presente tiene agora,
ni en la de por venir será hallada
quien llegase ni llegue a mi pastora
en valor, en saber, en hermosura,
en merecer del mundo ser señora.
¡Dichoso aquel que con firmeza pura
fuere de ti, Silena, bien querido,
sin gustar de los celos la amargura!
¡Amor, que a tanta alteza me has subido,
no me derribes con pesada mano
a la bajeza escura del olvido!
¡Sé conmigo señor, y no tirano!

No cantó más el enamorado pastor, ni por lo que cantado había pudieron las pastoras venir en conocimiento de lo que deseaban; que, puesto que Lauso nombró a Silena en su canto, por este nombre no fue la pastora conoscida. Y así, imaginaron que, como Lauso había andado por muchas partes de España y aun de toda la Asia y Europa, que alguna pastora forastera sería la que había rendido la libre voluntad suya. Mas, volviendo a considerar que le habían visto pocos días atrás triunfar de la libertad y hacer burla de los enamorados, sin duda alguna creyeron que con disfrazado nombre celebraba alguna conocida pastora a quien había hecho señora de sus pensamientos. Y así, sin satisfacerse en su sospecha, se fueron hacia el aldea, dejando al pastor en el mesmo lugar do se estaba. Mas no hubieron andado mucho, cuando vieron venir de lejos algunos pastores, que luego fueron conoscidos, porque eran Tirsi, Damón, Elicio, Erastro, Arsindo, Francenio, Crisio, Orompo, Daranio, Orfinio y Marsilo, con todos los más principales pastores de la aldea, y entre ellos el desamorado Lenio, con el lastimado Silerio, los cuales salían a tener la siesta a la Fuente de las Pizarras, a la sombra que en aquel lugar hacían las entricadas ramas de los espesos y verdes árboles. Y, antes que los pastores llegasen, tuvieron cuidado Teolinda, Leonarda y Rosaura de rebozarse cada una con un blanco lienzo, porque de Tirsi y Damón no fuesen conocidas. Los pastores llegaron haciendo cortés rescibimiento a las pastoras, convidándolas que en su compañía la siesta pasar quisiesen; mas Galatea se escusó con decir que aquellas forasteras pastoras que con ella venían tenían necesidad de ir a la aldea. Con esto se despidió dellos, llevando tras sí las almas de Elicio y Erastro, y aun las encubiertas pastoras los deseos de conoscerlas de cuantos allí estaban.

Ellas se fueron al aldea y los pastores a la fresca fuente, pero, antes que allá llegasen, Silerio se despidió de todos, pidiendo licencia para volverse a su ermita; y, puesto que Tirsi, Damón, Elicio y Erastro le rogaron que por aquel día con ellos se quedase, jamás lo pudieron acabar con él, antes, abrazándolos a todos, se despidió, encargando y rogando a Erastro que no dejase de verle todas las veces que por su ermita pasase. Erastro se lo prometió; y con esto, torciendo el camino, acompañado de su continua pesadumbre, se volvió a la soledad de su ermita, dejando a los pastores no sin dolor de ver la estrecheza de vida que en tan verdes años había escogido; pero más se sentía entre aquellos que le conoscían y sabían la calidad y valor de su persona.

Llegados los pastores a la fuente, hallaron en ella a tres caballeros y a dos hermosas damas que de camino venían, y, fatigados del cansancio y convidados del ameno y fresco lugar, les pareció ser bien dejar el camino que llevaban y pasar allí las calurosas horas de la siesta. Venían con ellos algunos criados, de manera que, en su apariencia, mostraban ser personas de calidad. Quisieran los pastores, así como los vieron, dejarles el lugar desocupado, pero uno de los caballeros, que el principal parescía, viendo que los pastores de comedidos se querían ir a otra parte, les dijo:

—Si era, por ventura, vuestro contento, gallardos pastores, pasar la siesta en este deleitoso sitio, no os lo estorbe nuestra compañía; antes, nos haced merced de que con la vuestra augmentéis nuestro contento, pues no promete menos vuestra gentil dispusición y manera; y, siendo el lugar, como lo es, tan acomodado para mayor cantidad de gente, haréis agravio a mí y a estas damas si no venís en lo que yo en su nombre y el mío os pido.

—Con hacer, señor, lo que nos mandas —respondió Elicio—, cumpliremos nuestro deseo, que por agora no se estendía a más que venir a este lugar a pasar en él en buena conversación las enfadosas horas de la

siesta; y, aunque fuera diferente nuestro intento, lo torciéramos sólo por hacer lo que pides.

—Obligado quedo —respondió el caballero— a muestras de tanta voluntad; y, para más certificarme y obligarme con ella, sentaos, pastores, alrededor desta fresca fuente, donde, con algunas cosas que estas damas traen para regalo del camino, podáis despertar la sed y mitigarla en las frescas aguas que esta clara fuente nos ofrece.

Todos lo hicieron así, obligados de su buen comedimiento. Hasta este punto, habían tenido las damas cubiertos los rostros con dos ricos antifaces; pero, viendo que los pastores se quedaban, se descubrieron, descubriendo una belleza tan estraña que en gran admiración puso a todos los que la vieron, pareciéndoles que, después de la de Galatea, no podía haber en la tierra otra que se igualase. Eran las dos damas igualmente hermosas, aunque la una dellas, que de más edad parescía, a la más pequeña en cierto donaire y brío se aventajaba. Sentado[s], pues, y acomodados todos, el segundo caballero, que hasta entonces ninguna cosa había hablado, dijo:

—Cuando me paro a considerar, agradables pastores, la ventaja que hace al cortesano y soberbio trato el pastoral[393] y humilde vuestro, no puedo dejar de tener lástima a mí mesmo y a vosotros una honesta envidia.

—¿Por qué dices eso, amigo Darinto? —dijo el otro caballero.

—Dígolo, señor —replicó estotro—, porque veo con cuánta curiosidad vos y yo, y los que siguen el trato nuestro, procuramos adornar las personas, sustentar los cuerpos y augmentar las haciendas, y cuán poco viene a lucirnos, pues la púrpura, el oro, el brocado[394] que sobre nuestros cuerpos echamos, como los rostros están marchitos de los mal degiridos manjares, comidos a deshoras, y tan costosos como malgastados, ninguna cosa nos adornan, ni pulen, ni son parte para que más bien parezcamos a los ojos de quien nos mira. Todo lo cual puedes ver diferente en los que siguen el

rústico ejercicio del campo, haciendo experiencia en los que tienes delante, los cuales podría ser, y aun es así, que se hubiesen sustentado y sustentan de manjares simples y en todo contrarios de la vana compostura de los nuestros; y, con todo eso, mira el moreno de sus rostros, que promete más entera salud que la blancura quebrada de los nuestros; y cuán bien les está a sus robustos y sueltos miembros un pellico de blanca lana, una caperuza parda y unas antiparas de cualquier color que sean; y con esto, a los ojos de sus pastoras, deben de parecer más hermosos que los bizarros cortesanos a los de las retiradas damas. ¿Qué te diría, pues, si quisiese, de la sencillez de su vida, de la llaneza de su condición y de la honestidad de sus amores? No te digo más, sino que conmigo puede tanto lo que de la vida pastoral conozco, que de buena gana trocaría la mía con ella.

—En deuda te estamos los pastores —dijo Elicio— por la buena opinión que de nosotros tienes; pero, con todo eso, te sé decir que hay en la rústica vida nuestra tantos resbaladeros y trabajos como se encierran en la cortesana vuestra.

—No podré yo dejar de venir en[395] lo que dices, amigo —replicó Darinto—, porque ya se sabe bien que es una guerra nuestra vida sobre la tierra.[396] Pero, en fin, en la pastoral hay menos que en la ciudadana, por estar más libre de ocasiones que alteren y desasosieguen el espíritu.

—Cuán bien se conforma con tu opinión, Darinto —dijo Damón—, la de un pastor amigo mío que Lauso se llama, el cual, después de haber gastado algunos años en cortesanos ejercicios y algunos otros en los trabajosos del duro Marte, al fin se ha reducido a la pobreza de nuestra rústica vida; y, antes que a ella viniese, mostró desearlo mucho, como parece por una canción que compuso y envió al famoso Larsileo,[397] que en los negocios de la Corte tiene larga y ejercitada experiencia. Y, por haberme a mí

parecido bien, la tomé toda en la memoria, y aun os la dijera si imaginara que a ello diera lugar el tiempo y a vosotros no os cansara el escucharla.

—Ninguna otra cosa nos dará más gusto que escucharte, discreto Damón —respondió Darinto, llamando a Damón por su nombre, que ya le sabía, por haberle oído nombrar a los otros pastores, sus amigos—; y así, yo de mi parte te ruego nos digas la canción de Lauso; que, pues ella es hecha, como dices, a mi propósito y tú la has tomado de memoria, imposible será que deje de ser buena.

Comenzaba Damón a arrepentirse de lo que había dicho y procuraba escusarse de lo prometido; mas, los caballeros y damas se lo rogaron tanto, y todos los pastores, que él no pudo escusar el decirla. Y así, habiéndose sosegado un poco, con gentil donaire y gracia, dijo desta manera:

Damón

El vano imaginar de nuestra mente,
de mil contrarios vientos arrojada
acá y allá con curso presuroso;
la humana condición, flaca, doliente,
en caducos placeres[398] ocupada,
do busca, sin hallarle, algún reposo;
el falso, el mentiroso
mundo, prometedor de alegres gustos;
la voz de sus sirenas,
mal escuchada apenas
cuando cambia su gusto en mil disgustos;
la Babilonia,[399] el caos que miro y leo
en todo cuanto veo;

el cauteloso trato cortesano,
junto con mi deseo,
puesto han la pluma en la cansada mano.
Quisiera yo, señor, que allí llegara
do llega mi deseo, el corto vuelo
de mi grosera mal cortada pluma,
sólo para que luego se ocupara
en levantar el más subido vuelo
vuestra rara bondad y virtud summa.
Mas, ¿quién hay que presuma
echar sobre sus hombros tanta carga,
si no es un nuevo Adlante,[400]
en fuerzas tan bastante
que poco el cielo le fatiga y carga?
Y aun le será forzoso que se ayude
y el grave peso mude
sobre los brazos de otro Alcides[401] nuevo;
y, aunque se encorve y sude,
yo tal fatiga por descanso apruebo.
Ya que a mis fuerzas esto es imposible
y el inútil deseo doy por muestra
de lo que encierra el justo pensamiento,
veamos si, quizá, será posible
mover la flaca mal contenta diestra
a mostrar por enigma algún contento;
mas, tan sin fuerzas siento
mi fuerza en esto, que será forzoso
que apliquéis los oídos

a los tristes gemidos
de un desdeñado pecho congojoso,
a quien el fuego, el aire, el mar, la tierra
hacen contino guerra,
todos en su desdicha conjurados,
que se remata y cierra
con la corta ventura de sus hados.
Si esto no fuera, fácil cosa fuera
tender por la región del gusto el paso,
y reducir cien mil a la memoria,
pintando el monte, el río y la ribera
do amor, el hado, la fortuna y caso
rindieron a un pastor toda su gloria.
Mas desta dulce historia
el tiempo triunfa, y sólo queda della
una pequeña sombra,
que ahora espanta, asombra
al pensamiento que más piensa en ella:
condición propria de la humana suerte,
que el gusto nos convierte
en pocas horas en mortal disgusto,
y nadie habrá que acierte
en muchos años con un firme gusto.
Vuelva y revuelva; en alto suba o baje
el vano pensamiento al hondo abismo;
corra en un punto desde Tile a Batro,[402]
qu'él dirá, cuanto más sude y trabaje,
y del término salga de sí mismo,

puesto en la esfera o en el cruel Báratro:[403]
¡oh, una, y tres, y cuatro,
cinco, y seis y más veces venturoso[404]
el simple ganadero,
que con un pobre apero
vive con más contento y más reposo
qu'el rico Craso o el avariento Mida,[405]
pues con aquella vida
robusta, pastoral, sencilla y sana,
de todo punto olvida
esta mísera, falsa, cortesana!
En el rigor del erizado invierno,
al tronco entero de robusta encina,
de Vulcano[406] abrazada, se calienta
y allí en sosiego trata del gobierno
mejor de su ganado, y determina
dar de sí al cielo no entricada cuenta.
Y cuando ya se ahuyenta
el encogido, estéril, yerto frío,
y el gran señor de Delo
abrasa el aire, el suelo,
en el margen sentado de algún río,
de verdes sauces y álamos cubierto,
con rústico concierto
suelta la voz o toca el caramillo,
y a veces se vee cierto
las aguas detenerse por oíllo.
Poco allí le fatiga el rostro grave

del privado,[407] que muestra en apariencia
mandar allí do no es obedecido,
ni el alto exagerar con voz süave
del falso adulador, que en poca ausencia
muda opinión, señor, bando y partido;
ni el desdén sacudido
del sotil secretario le fatiga,
ni la altivez honrada
de la llave dorada,[408]
ni de los varios príncipes la liga,
ni del manso ganado un punto parte,
porque el furor de Marte
a una y a otra parte suene airado,
regido por tal arte
que apenas su secuaz se ve medrado.
Reduce a poco espacio sus pisadas,
del alto monte al apacible llano,
desde la fresca fuente al claro río,
sin que, por ver las tierras apartadas,
las movibles campañas de Océano
are con loco antiguo desvarío.
No le levanta el brío
saber qu'el gran monarca invicto vive
bien cerca de su aldea,
y, aunque su bien desea,
poco disgusto en no verle rescibe;
no como el ambicioso entremetido,
que con seso perdido

anda tras el favor, tras la privanza,
sin nunca haber teñido
en turca o en mora sangre espada o lanza.
No su semblante o su color se muda
porque mude color, mude semblante,
el señor a quien sirve, pues no tiene
señor que fuerce a que con lengua muda
siga, cual Clicie[409] a su dorado amante,
el dulce o amargo gusto que le viene.
No le veréis que pene
de temor que un descuido, una nonada,
en el ingrato pecho
del señor el derecho
borre de sus servicios, y sea dada
de breve despedida la sentencia.
No muestra en apariencia
otro de lo que encierra el pecho sano;
que la rústica sciencia
no alcanza el falso trato cortesano.
¿Quién tendrá vida tal en menosprecio?
¿Quién no dirá que aquélla sola es vida
que al sosiego del alma se encamina?
El no tenerla el cortesano en precio
hace que su bondad sea conoscida
de quien aspira al bien y al mal declina.
¡Oh vida, do se afina
en soledad el gusto acompañado!
¡Oh pastoral bajeza,

más alta que la alteza
del cetro más subido y levantado!
¡Oh flores olorosas, oh sombríos
bosques, oh claros ríos!
¡Quién gozar os pudiera un breve tiempo,
sin que los males míos
turbasen tan honesto pasatiempo!
¡Canción, a parte vas do serán luego
conocidas tus faltas y tus [s]obras!
Mas di, si aliento cobras,
con rostro humilde enderezado a ruego:
«¡Señor, perdón, porque el que acá me envía,
en vos y en su deseo se confía!».

—Ésta es, señores, la canción de Lauso —dijo Damón en acabándola—, la cual fue tan celebrada de Lariseo,[410] cuanto bien admitida de los que en aquel tiempo la vieron.

—Con razón lo puedes decir —respondió Darinto—, pues la verdad y artificio suyo es digno de justas alabanzas.

—Estas canciones son las de mi gusto —dijo a este punto el desamorado Lenio—, y no aquellas que a cada paso llegan a mis oídos, llenas de mil simples conceptos amorosos, tan mal dispuestos e intricados que osaré jurar que hay algunas que, ni las alcanza quien las oye, por discreto que sea, ni las entiende quien las hizo. Pero no menos fatigan otras que se enzarzan en dar alabanzas a Cupido y en exagerar su poder, su valor, sus maravillas y milagros, haciéndole señor del cielo y de la tierra, dándole otros mil atributos de potencia, de mando y señorío. Y lo que más me cansa de los que las hacen es que, cuando hablan de amor, entienden de un no sé quién

que ellos llaman Cupido, que la mesma significación del nombre nos declara quién es él, que es un apetito sensual y vano, digno de todo vituperio.

Habló el desamorado Lenio, y en fin hubo de parar en decir mal de amor; pero, como todos los más que allí estaban conoscían su condición, no repararon mucho en sus razones, si no fue Erastro, que le dijo:

—¿Piensas, Lenio, por ventura, que siempre estás hablando con el simple Erastro, que no sabe contradecir tus opiniones ni responder a tus argumentos? Pues quiérote advertir que te será sano el callar por agora, o, a lo menos, tratar de otras cosas que de decir mal de amor, si ya no gustas que la discreción y sciencia de Tirsi y de Damón te alumbren de la ceguedad en que estás, y te muestren a la clara lo que ellos entienden y lo que tú debes entender del amor y de sus cosas.

—¿Qué me podrán ellos decir que yo no sepa? —dijo Lenio—. O ¿qué les podré yo replicar que ellos no ignoren?

—Soberbia es esa, Lenio —respondió Elicio—, y en ella muestras cuán fuera vas del camino de la verdad de amor, y que te riges más por el norte de tu parecer y antojo, que no por el que te debías regir, que es el de la verdad y experiencia.

—Antes por la mucha que yo tengo de sus obras —respondió Lenio—, le soy tan contrario como muestro y mostraré mientras la vida me durare.

—¿En qué fundas tu razón? —dijo Tirsi.

—¿En qué, pastor? —respondió Lenio—. En que, por los efectos que hace, conozco cuán mala es la causa que los produce.

—¿Cuáles son los efectos de amor que tú tienes por tan malos? —replicó Tirsi.

—Yo te los diré, si con atención me escuchas —dijo Lenio—; pero no querría que mi plática enfadase los oídos de los que están presentes,

pudiendo pasar el tiempo en otra conversación de más gusto.

—Ninguna cosa habrá que sea más del nuestro —dijo Darinto— que oír tratar desta materia, especialmente entre personas que tan bien sabrán defender su opinión; y así, por mi parte, si la destos pastores no lo estorba, te ruego, Lenio, que sigas adelante la comenzada plática.

—Eso haré yo de buen grado —respondió Lenio—, porque pienso mostrar claramente en ella cuántas razones me fuerzan a seguir la opinión que sigo y a vituperar cualquiera otra que a la mía se opusiere.

—Comienza, pues, ¡oh Lenio! —dijo Damón—, que no estarás más en ella de cuanto mi compañero Tirsi descubra la suya.

A esta sazón, ya que Lenio se preparaba a decir los vituperios de amor, llegaron a la fuente el venerable Aurelio, padre de Galatea, con algunos pastores, y con él asimesmo venían Galatea y Florisa, con las tres rebozadas pastoras, Rosaura, Teolinda y Leonarda, a las cuales, habiéndolas topado a la entrada de la aldea y sabiendo dellas la junta de pastores que en la Fuente de las Pizarras quedaba, a ruego suyo las hizo volver, fiadas las forasteras pastoras en que, por sus rebozos, no serían de alguno conoscidas. Levantáronse todos a rescebir a Aurelio y a las pastoras, las cuales se sentaron con las damas, y Aurelio y los pastores con los demás pastores. Pero, cuando las damas vieron la singular belleza de Galatea, quedaron tan admiradas que no podían apartar los ojos de mirarla. No lo fue menos Galatea de la hermosura dellas, especialmente de la que de mayor edad parescía. Pasó entre ellas algunas palabras de comedimiento; pero todo cesó cuando supieron lo que entre el discreto Tirsi y el desamorado Lenio estaba concertado, de lo que se holgó infinito el venerable Aurelio, porque en estremo deseaba ver aquella junta y oír aquella disputa; y más entonces, donde tendría Lenio quien tan bien le supiese responder. Y así, sin más

esperar, sentándose Lenio en un tronco de un desmochado olmo, con voz al principio baja y después sonora, desta manera comenzó a decir: [411]

Lenio

—Ya casi adivino, valerosa y discreta compañía, cómo ya en vuestro entendimiento me vais juzgando por atrevido y temerario, pues con el poco ingenio y menos experiencia que puede prometer la rústica vida en que yo algún tiempo me he criado, quiero tomar contienda, en materia tan ardua como ésta, con el famoso Tirsi, cuya crianza en famosas academias[412] y cuyos bien sabidos estudios no pueden asegurar en mi pretensión sino segura pérdida. Pero confiado que, a las veces, la fuerza del natural ingenio, adornado con algún tanto de experiencia, suele descubrir nuevas sendas con que facilitan las sciencias por largos años sabidas, quiero atreverme hoy a mostrar en público las razones que me han movido a ser tan enemigo de amor, que he merescido por ello alcanzar renombre de desamorado. Y, aunque otra cosa no me moviera a hacer esto sino vuestro mandamiento, no me escusara de hacerla; cuanto más, que no será pequeña la gloria que de aquí he de granjear, aunque pierda la empresa, pues al fin dirá la fama que tuve ánimo para competir con el nombrado Tirsi. Y así, con este presupuesto,[413] sin querer ser favorescido si no es de la razón que tengo, a ella sola invoco y ruego dé tal fuerza a mis palabras y argumentos, que se muestre en ellas y en ellos la que tengo para ser tan enemigo del amor como publico. Es, pues, amor, según he oído decir a mis mayores, un deseo de belleza, y esta difinición le dan, entre otras muchas, los que en esta questión han llegado más al cabo. Pues, si se me concede que el amor es deseo de belleza, forzosamente se me ha de conceder que, cual fuere la belleza que se amare, tal será el amor con que se ama. Y, porque la belleza es en dos

maneras, corpórea a incorpórea, el amor que la belleza corporal amare como último fin suyo, este tal amor no puede ser bueno, y éste es el amor de quien yo soy enemigo. Pero, como la belleza corpórea se divide asimesmo en dos partes, que son en cuerpos vivos y en cuerpos muertos, también puede haber amor de belleza corporal que sea bueno. Muéstrase la una parte de la belleza corporal en cuerpos vivos de varones y de hembras, y ésta consiste en que todas las partes del cuerpo sean de por sí buenas, y que todas juntas hagan un todo perfecto y formen un cuerpo proporcionado de miembros y suavidad de colores. La otra belleza de la parte corporal no viva consiste en pinturas, estatuas, edificios, la cual belleza puede amarse sin que el amor con que se amare se vitupere. La belleza incorpórea se divide también en dos partes, en las virtudes y sciencias del ánima; y el amor que a la virtud se tiene, necesariamente ha de ser bueno, y ni más ni menos el que se tiene a las virtuosas sciencias y agradables estudios. Pues, como sean estas dos suertes de belleza la causa que engendra el amor en nuestros pechos, síguese que en el amar la una a la otra, consista ser el amor bueno o malo. Pero, como la belleza incorpórea se considera con los ojos del entendimiento, limpios y claros, y la belleza corpórea se mire con los ojos corporales, en comparación de los incorpóreos, turbios y ciegos, y, como sean más prestos los ojos del cuerpo a mirar la belleza presente corporal, que agrada, que no los del entendimiento a considerar la ausente incorpórea, que glorifica, síguese que más ordinariamente aman los mortales la caduca y mortal belleza, que los destruye, que no la singular y divina, que los mejora. Pues deste amor o desear la corporal belleza, han nascido, nascen y nascerán en el mundo asolación de ciudades, ruina de estados, destruición de imperios y muertes de amigos; y, cuando esto generalmente no suceda, ¿qué desdichas mayores, qué tormentos más graves, qué incendios, qué celos, qué penas, qué muertes puede imaginar el

humano entendimiento que a las que padece el miserable amante puedan compararse? Y es la causa desto que, como toda la felicidad del amante consista en gozar la belleza que desea, y esta belleza sea imposible poseerse y gozarse enteramente, aquel no poder llegar al fin que se desea, engendra en él los sospiros, las lágrimas, las quejas y desabrimientos. Pues, que sea verdad que la belleza de quien hablo no se puede gozar perfecta y enteramente, está manifiesto y claro, porque no está en mano del hombre gozar cumplidamente cosa que esté fuera dél y no sea toda suya; porque las estrañas,[414] conoscida cosa es que están siempre debajo del arbitrio de la que llamamos fortuna[415] y caso, y no en poder de nuestro albedrío. Y así, se concluye que, donde hay amor, hay dolor, y quien esto negase negaría asimesmo que el sol es claro y que el fuego abrasa. Mas, porque se venga con más facilidad en conocimiento de la amargura que amor encierra, por las pasiones del ánimo discurriendo se verá clara la verdad que sigo. Son, pues, las pasiones del ánimo, como mejor vosotros sabéis, discretos caballeros y pastores, cuatro generales, y no más: desear demasiado, alegrarse mucho, gran temor de las futuras miserias, gran dolor de las presentes calamidades; las cuales pasiones, por ser como vientos contrarios que la tranquilidad del ánima perturban, con más proprio vocablo, perturbaciones son llamadas. Y destas perturbaciones la primera es propria del amor, pues el amor no es otra cosa que deseo; y así, es el deseo principio y origen de do todas nuestras pasiones proceden, como cualquier arroyo de su fuente; y de aquí viene que todas las veces que el deseo de alguna cosa se enciende en nuestros corazones luego nos mueve a seguirla y a buscarla; y, buscándola y siguiéndola, a mil desordenados fines nos conduce. Este deseo es aquel que incita al hermano a procurar de la amada hermana los abominables abrazos,[416] la madrastra del alnado,[417] y lo que peor es, el mesmo padre de la propria hija. Este deseo es el que nuestros

pensamientos a dolorosos peligros acarrea: ni aprovecha que le hagamos obstáculo con la razón, que, puesto que nuestro mal claramente conozcamos, no por eso sabemos retirarnos dél. Y no se contenta amor de tenernos a una sola voluntad atentos; antes, como del deseo de las cosas, como ya está dicho, todas las pasiones nascen, así, del primer deseo que nasce en nosotros, otros mil se derivan; y éstos son en los enamorados no menos diversos que infinitos. Y, aunque todas las más de las veces miren a un solo fin, con todo eso, como son diversos los objectos y diversa la fortuna de cada uno de los amadores, sin duda alguna, diversamente se desea. Hay algunos que, por llegar a alcanzar lo que desean, ponen toda su fuerza en una carrera, en la cual ¡oh cuántas y cuán duras cosas se encuentran, cuántas veces se cae, y cuántas agudas espinas atormentan sus pies, y cuántas veces primero se pierde la fuerza y el aliento, que den alcance a lo que procuran! Algunos otros hay que ya de la cosa amada son poseedores, y ninguna otra desean, ni piensan sino en mantenerse en aquel estado; y, tiniendo en esto sólo ocupados sus pensamientos, y en esto sólo todas sus obras y tiempo consumido, en la felicidad son míseros, en la riqueza pobres y en la ventura desventurados. Otros, que ya están fuera de la posesión de sus bienes, procuran tornar a ellos, usando para ello mil ruegos, mil promesas, mil condiciones, infinitas lágrimas, y al cabo, en estas miserias ocupándose, se ponen a términos de perder la vida. Mas no se ven estos tormentos en la entrada de los primeros deseos, porque entonces el engañoso amor nos muestra una senda por do entremos, al parecer ancha y espaciosa, la cual después poco a poco se va cerrando, de manera que para volver ni pasar adelante ningún camino se ofrece. Y así, engañados y atraídos los míseros amantes con una dulce y falsa risa, con un solo volver de ojos, con dos malformadas palabras que en sus pechos una falsa y flaca esperanza engendran, arrójanse luego a caminar tras ella, aguijados del

deseo; y después, a poco trecho y a pocos días, hallando la senda de su remedio cerrada y el camino de su gusto impedido, acuden luego a regar su rostro con lágrimas, a turbar el aire con sospiros, a fatigar los oídos con lamentables quejas; y lo peor es que, si acaso con las lágrimas, con los sospiros y con las quejas no puede venir al fin de lo que desea, luego muda estilo y procura alcanzar por malos medios lo que por buenos no puede. De aquí nascen los odios, las iras, las muertes, así de amigos como de enemigos; por esta causa se han visto, y se veen a cada paso, que las tiernas y delicadas mujeres se ponen a hacer cosas tan estrañas y temerarias que aun sólo el imaginarlas pone espanto; por ésta se veen los sanctos y conyugales lechos de roja sangre bañados, ora de la triste mal advertida esposa, ora del incauto y descuidado marido. Por venir al fin deste deseo, es traidor el hermano al hermano, el padre al hijo y el amigo al amigo. Éste rompe enemistades, atropella respectos, traspasa leyes, olvida obligaciones y solicita parientas. Mas, porque claramente se vea cuánta es la miseria de los enamorados, ya se sabe que ningún apetito tiene tanta fuerza en nosotros, ni con tanto ímpetu al objecto propuesto nos lleva, como aquel que de las espuelas de amor es solicitado; y de aquí viene que ninguna alegría o contento pasa tanto del debido término, como aquella del amante cuando viene a conseguir alguna cosa de las que desea. Y esto se vee porque, ¿qué persona habrá de juicio, si no es el amante, que tenga a summa felicidad un tocar la mano de su amada, una sortijuela suya, un breve amoroso volver de ojos y otras cosas semejantes, de tan poco momento cual las considera un entendimiento desapasionado? Y no por estos gustos tan colmados que, a su parecer, los amantes consiguen, se ha de decir que son felices y bienaventurados, porque no hay ningún contento suyo que no venga acompañado de innumerables disgustos y sinsabores, con que amor se los agua y turba, y nunca llegó gloria amorosa adonde llega y alcanza la

pena. Y es tan mala el alegría de los amantes, que los saca fuera de sí mesmos, tornándolos descuidados y locos, porque, como ponen todo su intento y fuerzas en mantenerse en aquel gustoso estado que ellos se imaginan, de toda otra cosa se descuidan, de que no poco daño se les sigue, así de hacienda como de honra y vida, pues, a trueco de lo que he dicho, se hacen ellos mesmos esclavos de mil congojas y enemigos de sí proprios; pues que, cuando sucede que en medio de la carrera de sus gustos les toca el hierro frío de la pesada lanza de los celos, allí se les escurece el cielo, se les turba el aire y todos los elementos se les vuelven contrarios. No tienen entonces de quién esperar contento, pues no se le puede dar el conseguir el fin que desean; allí acude el temor contino, la desesperación ordinaria, las agudas sospechas, los pensamientos varios, la solicitud sin provecho, la falsa risa y el verdadero llanto, con otros mil estraños y terribles accidentes que le consumen y atierran.[418] Todas las ocasiones de la cosa amada les fatigan: si mira, si ríe, si torna, si vuelve, si calla, si habla; y, finalmente, todas las gracias que le movieron a querer bien, son las mesmas que atormentan al amante celoso. ¿Y quién no sabe que si la ventura a manos llenas no favoresce a los amorosos principios, y con presta diligencia a dulce fin los conduce, cuán costosos le son al amante cualesquier otros medios que el desdichado pone para conseguir su intento? ¿Qué de lágrimas derrama, qué de sospiros esparce, cuántas cartas escribe, cuántas noches no duerme, cuántos y cuán contrarios pensamientos le combaten, cuántos recelos le fatigan y cuántos temores le sobresaltan? ¿Hay, por ventura, Tántalo[419] que más fatiga tenga entre las aguas y el manzano puesto, que la que tiene el miserable amante entre el temor y la esperanza colocado? Son los servicios del amante no favorescido los cántaros de las hijas de Dánao, tan sin provecho derramados que jamás llegan a conseguir una mínima parte de su intento. ¿Hay águila que así destruya las entrañas de

Ticio, como destruyen y roen los celos las del amante celoso? ¿Hay piedra que tanto cargue las espaldas de Sísifo, como carga el temor contino los pensamientos de los enamorados? ¿Hay rueda de Ixión que más presto se vuelva y atormente, que las prestas y varias imaginaciones de los temerosos amantes? ¿Hay Minos ni Radamanto que así castiguen y apremien las desdichadas condemnadas almas, como castiga y apremia el amor al enamorado pecho que al insufrible mando suyo está subjeto? No hay cruda Megera, ni rabiosa Tesifón, ni vengadora Alecto que así maltraten el ánima do se encierran, como maltrata esta furia, este deseo, a los sin ventura que le reconocen por señor y se le humillan como vasallos; los cuales, por dar alguna disculpa de las locuras que hacen, dicen, o a lo menos dijeron los antiguos gentiles, que aquel instinto que incita y mueve al enamorado para amar más que a su propria vida la ajena, era un dios a quien pusieron por nombre Cupido, y que así, forzados de su deidad, no podían dejar de seguir y caminar tras lo que él quería. Movióles a decir esto y a dar nombre de dios a este deseo, el ver los efectos sobrenaturales que hace en los enamorados. Sin duda, parece que es sobrenatural cosa estar un amante en un instante mesmo temeroso y confiado, arder lejos de su amada y helarse cuando más cerca della, mudo cuando parlero y parlero cuando mudo. Estraña cosa es asimesmo seguir a quien me huye, alabar a quien me vitupera, dar voces a quien no me escucha, servir a una ingrata y esperar en quien jamás promete ni puede dar cosa que buena sea. ¡Oh amarga dulzura, oh venenosa medicina de los amantes no sanos, oh triste alegría, oh flor amorosa que ningún fruto señalas, si no es de tardo arrepentimiento! Éstos son los efectos deste dios imaginado, éstas son sus hazañas y maravillosas obras. Y aun también puede verse en la pintura con que figuraban a este su vano dios cuán vanos ellos andaban: pintábanle[420] niño, desnudo, alado, vendados los ojos, con arco y saetas en las manos, por darnos a entender,

entre otras cosas, que, en siendo uno enamorado, se vuelve de la condición de un niño simple y antojadizo, que es ciego en las pretensiones, ligero en los pensamientos, cruel en las obras, desnudo y pobre de las riquezas del entendimiento. Decían asimesmo que entre las saetas suyas tenía dos, la una de plomo y la otra de oro, con las cuales diferentes efectos hacía, porque la de plomo engendraba odio en los pechos que tocaba, y la de oro, crescido amor en los que hería, por sólo avisarnos que el oro rico es aquel que hace amar, y el plomo pobre aborrecer. Y, por esta ocasión, no en balde cantan los poetas Atalante[421] vencida de tres hermosas manzanas de oro, y a la bella Dánae preñada de la dorada lluvia, y al piadoso Eneas descender al infierno con el ramo de oro[422] en la mano. En fin, el oro y la dádiva es una de las más fuertes saetas que el amor tiene y con la que más corazones subjeta; bien al revés de la de plomo, metal bajo y menospreciado, como lo es la pobreza, la cual antes engendra odio y aborrecimiento donde llega, que otra benevolencia alguna. Pero si las razones hasta agora por mí dichas no bastan a persuadir la que yo tengo de estar mal con este pérfido amor de quien trato, oí[423] en algunos ejemplos[424] verdaderos y pasados los efectos suyos, y veréis, como yo veo, que no vee ni tiene ojos de entendimiento el que no alcanza la verdad que sigo. Veamos, pues: ¿quién, sino este amor, es aquel que al justo Loth[425] hizo romper el casto intento y violar a las proprias hijas suyas? Éste es, sin duda, el que hizo que el escogido David fuese adúltero y homicida;[426] y el que forzó al libidinoso Amón a procurar el torpe ayuntamiento de Tamar,[427] su querida hermana; y el que puso la cabeza del fuerte Sansón en las traidoras faldas de Dalida, [428] por do, perdiendo él su fuerza, perdieron los suyos su amparo, y al cabo, él y otros muchos la vida; éste fue el que movió la lengua de Herodes para prometer a la bailadora niña[429] la cabeza del precursor de la vida; éste hace que se dude de la salvación del más s[a]bio y rico rey[430] de los reyes,

y aun de todos los hombres; éste redujo los fuertes brazos del famoso Hércules, acostumbrados a regir la pesada maza,[431] a torcer un pequeñuelo huso y a ejercitarse en mujeriles ejercicios; éste hizo que la furiosa y enamorada Medea esparciese por el aire los tiernos miembros de su pequeño hermano;[432] éste cortó la lengua a Progne,[433] arrastró a Hipólito,[434] infamó a Pasífae,[435] destruyó a Troya, mató a Egisto;[436] éste hizo cesar las comenzadas obras de la nueva Cartago, y que su primera reina[437] pasase su casto pecho con la aguda espada; éste puso en las manos de la nombrada y hermosa Sofonisba[438] el vaso del mortífero veneno que le acabó la vida; éste quitó la suya al valiente Turno,[439] y el reino a Tarquino,[440] el mando a Marco Antonio, y la vida y la honra a su amiga; [441] éste, en fin, entregó nuestras Españas a la bárbara furia agarena, llamada a la venganza del desordenado amor del miserable Rodrigo.[442] Mas, porque pienso que primero nos cubriría la noche con su sombra, que yo acabase de traeros a la memoria los ejemplos que se ofrecen a la mía de las hazañas que el amor ha hecho y cada día hace en el mundo, no quiero pasar más adelante en ellos, ni aun en la comenzada plática, por dar lugar a que el famoso Tirsi me responda, rogándoos primero, señores, no os enfade oír una canción que días ha tengo hecha en vituperio deste mi enemigo, la cual, si bien me acuerdo, dice desta manera:

Sin que me pongan miedo el yelo y fuego,
el arco y flechas del amor tirano,
en su deshonra he de mover mi lengua;
que ¿quién ha de temer a un niño ciego,
de vario antojo y de juicio insano,
aunque más amenace daño y mengua?
Mi gusto cresce y el dolor desmengua

cuando la voz levanto
al verdadero canto
qu'en vituperio del amor se forma,
con tal verdad, con tal manera y forma,
que a todo el mundo su maldad descubre,
y claramente informa
del cierto daño qu'el amor encubre.
Amor es fuego que consume al alma,
yelo que yela, flecha que abre el pecho
que de sus mañas vive descuidado;
turbado mar do no se ha visto calma,
ministro de ira, padre del despecho,
enemigo en amigo disfrazado,
dador de escaso bien y mal colmado,
afable, lisonjero,
tirano crudo y fiero,
y Circe[443] engañadora que nos muda
en varios mostruos, sin que humana ayuda
pueda al pasado ser nuestro volvernos,
aunque ligera acuda
la luz de la razón a socorrernos;
yugo que humilla al más erguido cuello,
blanco a do se encaminan los deseos
del ocio blando sin razón nascidos,
red engañosa de sotil cabello
que cubre y prende en torpes actos feos
los que del mundo son en más tenidos,
sabroso mal de todos los sentidos,

ponzoña disfrazada
cual píldora dorada,
rayo que adonde toca abrasa y hiende,
airado brazo que a traición ofende,
verdugo del captivo pensamiento
y del que se defiende
del dulce halago de su falso intento;
daño que aplace en los principios, cuando
se regala la vista en el subjeto,
que, cual el cielo, bello le parece;
mas tanto cuanto más pasa mirando,
tanto más pena en público y secreto
el corazón, que todo lo padece.
Mudo hablador, parlero que enmudece,
cuerdo que desatina,
pura total ruïna
de la más concertada alegre vida,
sombra de bien en males convertida,
vuelo que nos levanta hasta la esfera,[444]
para que en la caída
quede vivo el pesar y el gusto muera;
invisible ladrón que nos destruye
y roba lo mejor de nuestra hacienda,
llevándonos el alma a cada paso;
ligereza que alcanza al que más huye,
enigma que ninguno hay que la entienda,
vida que de contino está en traspaso,[445]
guerra elegida y que nasce acaso,

tregua que poco dura,
amada desventura,
preñez que por jamás a sazón llega,
enfermedad que al ánima se pega,
cobarde que se arroja al mal y atreve,
deudor que siempre niega
la deuda averiguada que nos debe,
cercado laberinto do se anida
una fiera crüel que se sustenta
de rendidos humanos corazones,
lazo donde se enlaza nuestra vida,
señor que al mayordomo pide cuenta
de las obras, palabras e intenciones;
codicia de mil varias pretensiones,
gusano que fabrica
estancia pobre o rica,
do poco espacio habita, y al fin muere;
querer que nunca sabe lo que quiere,
nube que los sentidos escurece,
cuchillo que nos hiere.
Éste es el amor.[446] ¡Seguidle, si os parece!

Con esta canción acabó su razonamiento el desamorado Lenio, y con ella y con él dejó admirados a algunos de los que presentes estaban, especialmente a los caballeros, pareciéndoles que lo que Lenio había dicho de más caudal que de pastoril ingenio parecía; y con gran deseo y atención estaban esperando la respuesta de Tirsi, prometiéndose todos en su imaginación que, sin duda alguna, a la de Lenio haría ventaja, por la que

Tirsi le hacía en la edad y en la experiencia y en los más acostumbrados estudios; y asimesmo les aseguraba esto porque deseaban que la opinión desamorada de Lenio no prevaleciese. Bien es verdad que la lastimada Teolinda, la enamorada Leonarda, la bella Rosaura y aun la dama que con Darinto y su compañero venía claramente vieron figurados en el discurso de Lenio mil puntos de los sucesos de sus amores, y esto fue cuando llegó a tratar de lágrimas y sospiros y de cuán caros se compraban los contentos amorosos. Solas la hermosa Galatea y la discreta Florisa iban fuera desta cuenta, porque hasta entonces no se la había tomado amor de sus hermosos y rebeldes pechos; y así, estaban atentas, no más de a escuchar la agudeza con que los dos famosos pastores disputaban, sin que de los efectos de amor que oían viesen alguno en sus libres voluntades. Pero, siendo la de Tirsi reducir a mejor término la opinión del desamorado pastor, sin esperar ser rogado, tiniendo de su boca colgados los ánimos de los circunstantes, puniéndose frontero de[447] Lenio, con suave y levantado tono, desta manera comenzó a decir:

TIRSI

—Si la agudeza de tu buen ingenio, desamorado pastor, no me asegurara que con facilidad puede alcanzar la verdad, de quien tan lejos agora se halla, antes que ponerme en trabajo de contradecir tu opinión, te dejara con ella por castigo de tus sinrazones. Mas, porque me advierten las que en vituperio del amor has dicho los buenos principios que tienes para poder reducirte a mejor propósito, no quiero dejar con mi silencio, a los que nos oyen, escandalizados; al amor, desfavorescido, y a ti, pertinaz y vanaglorioso. Y así, ayudado del amor, a quien llamo, pienso en pocas palabras dar a entender cuán otras son sus obras y efectos de los que tú dél

has publicado, hablando sólo del amor que tú entiendes, el cual tú definiste diciendo que era un deseo de belleza, declarando asimesmo qué cosa era belleza, y poco después desmenuzaste todos los efectos que el amor, de quien hablamos, hacía en los enamorados pechos, confirmándolo al cabo con varios y desdichados sucesos por el amor causados. Y, aunque la difinición que del amor hiciste sea la más general que se suele dar, todavía no lo es tanto que no se pueda contradecir, porque amor y deseo son dos cosas diferentes: que no todo lo que se ama se desea, ni todo lo que se desea se ama. La razón está clara en todas las cosas que se poseen, que entonces no se podrá decir que se desean, sino que se aman, como el que tiene salud no dirá que desea la salud, sino que la ama, y el que tiene hijos no podrá decir que desea hijos, sino que ama los hijos; ni tampoco las cosas que se desean se pueden decir que se aman, como la muerte de los enemigos, que se desea y no se ama. Y así, que, por esta razón, el amor y deseo vienen a ser diferentes afectos de la voluntad. Verdad es que amor es padre del deseo, y entre otras difiniciones que del amor se dan, ésta es una: amor es aquella primera mutación que sentimos hacer en nuestra mente, por el apetito que nos conmueve y nos tira a sí, y nos deleita y aplace; y aquel placer engendra movimiento en el ánimo, el cual movimiento se llama deseo; y, en resolución, deseo es movimiento del apetito acerca de lo que se ama, y un querer de aquello que [no] se posee, y el objecto suyo es el bien; y como se hallan diversas especies de deseos, y el amor es una especie de deseo que atiende y mira al bien que se llama bello. Pero para más clara difinición y diversión[448] del amor, se ha de entender que en tres maneras se divide: en amor honesto, en amor útil y en amor deleitable. Y a estas tres suertes de amor se reducen cuantas maneras de amar y desear pueden caber en nuestra voluntad, porque el amor honesto mira a las cosas del cielo, eternas y divinas; el útil, a las de la tierra, alegres y perecederas, como son

las riquezas, mandos y señoríos; el deleitable, a las gustosas y placenteras, como son las bellezas corporales vivas, que tú, Lenio, dijiste. Y cualquiera suerte destos amores que he dicho no debe ser de ninguna lengua vituperada, porque el amor honesto siempre fue, es y ha de ser limpio, sencillo, puro y divino, y que sólo en Dios para y sosiega; el amor provechoso, por ser, como es, natural, no debe condemnarse; ni menos el deleitable, por ser más natural que el provechoso. Que sean naturales estas dos suertes de amor en nosotros la experiencia nos lo muestra claro, porque luego que el atrevido primer padre nuestro pasó el divino mandamiento, y de señor quedó hecho siervo, y de libre esclavo, luego conosció la miseria en que había caído y la pobreza en que estaba; y así, tomó en el momento las hojas de los árboles que le cubriesen, y sudó y trabajó,[449] rompiendo la tierra para sustentarse y vivir con la menos incomodidad que pudiese; y, tras esto, obedeciendo mejor a su Dios en ello que en otra cosa, procuró tener hijos y perpetuar y dilatar en ellos la generación humana; y, así como por su inobediencia entró la muerte en él y por él en todos sus descendientes, así heredamos juntamente todos sus afectos y pasiones, como heredamos su mesma naturaleza; y, como él procuró remediar su necesidad y pobreza, también nosotros no podemos dejar de procurar y desear remediar la nuestra. Y de aquí nasce el amor que tenemos a las cosas útiles a la vida humana, y tanto cuanto más alcanzamos dellas, tanto más nos parece que remediamos nuestra falta, y por el mesmo consiguiente heredamos el deseo de perpetuarnos en nuestros hijos; y deste deseo se sigue el que tenemos de gozar la belleza viva corporal, como solo y verdadero medio que tales deseos a dichoso fin conduce. Así que, este amor deleitable, solo y sin mezcla de otro accidente, es digno antes de alabanza que de vituperio, y éste es el amor que tú, Lenio, tienes por enemigo; y cáusalo que no le entiendes ni conoces, porque nunca le has visto solo y en su mesma figura,

sino siempre acompañado de deseos perniciosos, lascivos y mal colocados. Y esto no es culpa de amor, que siempre es bueno, sino de los accidentes que se le llegan, como vemos que acaece en algún caudaloso río, el cual tiene su nascimiento de alguna líquida y clara fuente que siempre claras y frescas aguas le va ministrando, y, a poco espacio que de la limpia madre se aleja, sus dulces y cristalinas aguas en amargas y turbias son convertidas, por los muchos y no limpios arroyos que de una y otra parte se le juntan. Así que, este primer movimiento —amor o deseo, como llamarlo quisieres — no puede nascer sino de buen principio; y aun dellos es el conocimiento de la belleza, la cual, conoscida por tal, casi parece imposible que de amar se deje. Y tiene la belleza tanta fuerza para mover nuestros ánimos, que ella sola fue parte para que los antiguos filósofos, ciegos y sin lumbre de fe que los encaminase, llevados de la razón natural, y traídos de la belleza que en los estrellados cielos y en la máquina y redondez de la tierra contemplaban, admirados de tanto contento y hermosura, fueron con el entendimiento rastreando, haciendo escala por estas causas segundas, hasta llegar a la primera causa de las causas; y conoscieron que había un solo principio sin principio de todas las cosas. Pero lo que más los admiró y levantó la consideración, fue ver la compostura del hombre, tan ordenada, tan perfecta y tan hermosa, que le vinieron a llamar mundo abreviado;[450] y así es verdad, que en todas las obras hechas por el mayordomo de Dios, naturaleza,[451] ninguna es de tanto primor ni que más descubra la grandeza y sabiduría de su Hacedor, porque en la figura y compostura del hombre se cifra y cierra la belleza que en todas las otras partes della se reparte, y de aquí nasce que esta belleza conoscida se ama, y como toda ella más se muestre y resplandezca en el rostro, luego como se ve un hermoso rostro, llama y tira la voluntad a amarle. De do se sigue que, como los rostros de las mujeres hagan tanta ventaja en hermosura al de los varones, ellas son las

que son de nosotros más queridas, servidas y solicitadas, como a cosa en quien consiste la belleza que naturalmente más a nuestra vista contenta. Pero, viendo el hacedor y criador nuestro que es propria naturaleza del ánima nuestra estar contino en perpetuo movimiento y deseo, por no poder ella parar sino en Dios, como en su proprio centro, quiso, porque no se arrojase a rienda suelta a desear las cosas perecederas y vanas, y esto sin quitarle la libertad del libre albedrío, ponerle encima de sus tres potencias[452] una despierta centinela que la avisase de los peligros que la contrastaban y de los enemigos que la perseguían, la cual fue la razón, que corrige y enfrena nuestros desordenados deseos. Y, viendo asimesmo que la belleza humana había de llevar tras sí nuestros afectos e inclinaciones, ya que no le pareció quitarnos este deseo, a lo menos quiso templarle y corregirle, ordenando el sancto yugo del matrimonio, debajo del cual al varón y a la hembra los más de los gustos y contentos amorosos naturales le[s] son lícitos y debidos.[453] Con estos dos remedios, puestos por la divina mano, se viene a templar la demasía que puede haber en el amor natural, que tú, Lenio, vituperas, el cual amor de sí es tan bueno que si en nosotros faltase, el mundo y nosotros acabaríamos. En este mesmo amor de quien voy hablando están cifradas todas las virtudes, porque el amor es templanza que el amante, conforme la casta voluntad de la cosa amada, la suya tiempla; es fortaleza, porque el enamorado cualquier variedad puede sufrir por amor de quien ama; es justicia, porque con ella a la que bien quiere sirve, forzándole la mesma razón a ello; es prudencia, porque de toda sabiduría está el amor adornado. Mas yo te demando, ¡oh Lenio!, tú que has dicho que el amor es causa de ruina de imperios, destruición de ciudades, de muertes de amigos, de sacrílegos hechos, inventor de traiciones, transgresor de leyes, digo que te demando que me digas cuál loable cosa hay hoy en el mundo, por buena que sea, que el uso della no pueda en mal ser convertida.

Condémnese la filosofía, porque muchas veces nuestros defectos descubre, y muchos filósofos han sido malos; abrásense las obras de los heroicos poetas, porque con sus sátiras y versos los vicios reprehenden y vituperan; vitupérese la medicina, porque los venenos descubre; llámese inútil la elocuencia, porque algunas veces ha sido tan arrogante que ha puesto en duda la verdad conoscida; no se forjen armas, porque los ladrones y los homicidas las usan; no se fabriquen casas, porque puedan caer sobre sus habitadores; prohíbanse la variedad de los manjares, porque suelen ser causa de enfermedad; ninguno procure tener hijos, porque Edipo,[454] instigado de cruelísima furia, mató a su padre, y Oreste[455] hirió el pecho de la madre propria; téngase por malo el fuego, porque suele abrasar las casas y consumir las ciudades; desdéñese el agua, porque con ella se anegó toda la tierra; condémnense, en fin, los elementos, porque pueden ser de algunos perversos perversamente usados; y desta manera cualquier cosa buena puede ser en mala convertida, y proceder della efectos malos, si en las manos de aquéllos son puestas que, como irracionales sin mediocridad, [456] del apetito gobernar se dejan. Aquella antigua Cartago, émula del imperio romano; la belicosa Numancia, la adornada Corinto, la soberbia Tebas, la docta Atenas y la ciudad de Dios, Hierusalém, que fueron vencidas y asoladas: digamos por eso que el amor fue causa de su destruición y ruina. Así que, debrían los que tienen por costumbre de decir mal del amor, decirlo dellos mesmos, porque los dones de amor, si con templanza se usan, son dignos de perpetua alabanza, pues siempre los medios fueron alabados en todas las cosas, como vituperados los estremos; que si abrazamos la virtud más de aquello que basta, el sabio granjeará nombre de loco y el justo de inicuo. Del antiguo Cremo[457] trágico fue opinión que, como el vino mezclado con el agua es bueno, así el amor templado es provechoso, lo que es al revés en el immoderado. La

generación[458] de los animales racionales y brutos sería ninguna si el amor no procediese,[459] y, faltando en la tierra, quedaría desierta y vacua. Los antiguos creyeron que el amor era obra de los dioses, dada para conservación y cura de los hombres. Pero, viniendo a lo que tú, Lenio, dijiste de los tristes y estraños efectos que el amor en los enamorados pechos hace, tiniéndolos siempre en continas lágrimas, profundos sospiros, desesperadas imaginaciones, sin co[n]cederles jamás una hora de reposo, veamos, por ventura, ¿qué cosa puede desearse en esta vida que el alcanzarla no cueste fatiga y trabajo? Y tanto cuanto más es de valor la cosa, tanto más se ha de padecer y se padece por ella, porque el deseo presupone falta de lo deseado, y hasta conseguirlo es forzosa la inquietud del ánimo nuestro, pues si todos los deseos humanos se pueden pagar y contentarse sin alcanzar de todo punto lo que desean, con que se les dé parte dello, y con todo eso se padece por cons[e]guirla, ¿qué mucho es que, por alcanzar aquello que no puede satisfacer ni contentar al deseo sino con ello mesmo, se padezca, se llore, se tema y se espere? El que desea señoríos, mandos, honras y riquezas, ya que ve que no puede subir al último grado que quisiera, como llegue a ponerse en algún buen punto, queda en parte satisfecho, porque la esperanza que le falta de no poder subir a más, le hace parar donde puede y como mejor puede, todo lo cual es contrario en el amor, porque el amor no tiene otra paga ni otra satisfación sino el mesmo amor, y él proprio es su propria y verdadera paga. Y por esta razón es imposible que el amante esté contento hasta que a la clara conozca que verdaderamente es amado, certificándole desto las amorosas señales que ellos saben. Y así, estiman en tanto un regalado volver de ojos, una prenda cualquiera que sea de su amada, un no sé qué[460] de risa, de habla, de burlas, que ellos de veras toman, como indicios que le[s] van asegurando la paga que desean, y así, todas las veces que ven señales en contrario déstas,

esle fuerza al amante lamentarse y afligirse, sin tener medio en sus dolores, pues no le puede tener en sus contentos, cuando la favorable fortuna y el blando amor se los concede. Y, como sea hazaña de tanta dificultad reducir una voluntad ajena a que sea una propria con la mía, y juntar dos diferentes almas en tan disoluble[461] ñudo y estrecheza que de las dos sean uno los pensamientos y una todas las obras, no es mucho que, por conseguir tan alta empresa, se padezca más que por otra cosa alguna, pues, después de conseguida, satisface y alegra sobre todas las que en esta vida se desean. Y no todas veces son las lágrimas con razón y causa derramadas, ni esparcidos los sospiros de los enamorados, porque si todas sus lágrimas y sospiros se causaron de ver que no se responde a su voluntad como se debe y con la paga que se requiere, habría de considerar primero adónde levantaron la fantasía, y si la subieron más arriba de lo que su merescimiento alcanza, no es maravilla que, cual nuevos Ícaros,[462] caigan abrasados en el río de las miserias, de las cuales no tendrá la culpa amor, sino su locura. Con todo eso, yo no niego, sino afirmo, que el deseo de alcanzar lo que se ama por fuerza ha de causar pesadumbre, por la razón de la carestía que presupone, como ya otras veces he dicho; pero también digo que el conseguirla sea de grandísimo gusto y contento, como lo es al cansado el reposo y la salud al enfermo. Junto con esto, confieso que si los amantes señalasen, como en el uso antiguo, con piedras blancas y negras sus tristes o dichosos días,[463] sin duda alguna que serían más las infelices; mas, también conozco que la calidad de sola una blanca piedra haría ventaja a la cantidad de otras infinitas negras. Y, por prueba desta verdad, vemos que los enamorados jamás de serlo se arrepienten; antes, si alguno les prometiese librarles de la enfermedad amorosa, como a enemigo le desecharían, porque aun el sufrirla les es suave. Y por esto, ¡oh amadores!, no os impida ningún temor para dejar de ofreceros y dedicaros a amar lo que más os pareciere dificultoso, ni

os quejéis ni arrepintáis si a la grandeza vuestra las cosas bajas habéis levantado, que amor iguala lo pequeño a lo sublime, y lo menos a lo más; y con justo acuerdo tiempla las diversas condiciones de los amantes, cuando con puro afecto la gracia suya en sus corazones rescibe.[464] No cedáis a los peligros, porque la gloria será tanta que quite el sentimiento de todo dolor. Y, como a los antiguos capitanes y emperadores, en premio de sus trabajos y fatigas, les eran, según la grandeza de sus victorias, aparejados triunfos, así a los amantes les están guardados muchedumbre de placeres y contentos, y, como a aquéllos el glorioso rescibimiento les hacía olvidar todos los incómodos y disgustos pasados, así al amante de la amada amado. Los espantosos sueños, el dormir no seguro, las veladas noches, los inquietos días, en summa tranquilidad y alegría se convierten. De manera, Lenio, que si por sus efectos tristes les condemnas, por los gustosos y alegres les debes de absolver; y a la interpretación que diste de la figura de Cupido, estoy por decir que vas tan engañado en ella, como casi en las demás cosas que contra el amor has dicho. Porque, píntanle niño, ciego, desnudo, con las alas y saetas, no quiere significar otra cosa, sino que el amante ha de ser niño en no tener condición doblada, sino pura y sencilla; ha de ser ciego a todo cualquier otro objecto que se le ofreciere, sino es a aquel a quien ya supo mirar y entregarse; ha de ser desnudo, porque no ha de tener cosa que no sea de la que ama; ha de tener alas de ligereza, para estar prompto a todo lo que por su parte se le quisiere mandar; píntanle con saetas, porque la llaga del enamorado pecho ha de ser profunda y secreta, y que apenas se descubra sino a la mesma causa que ha de remedialla. Que el amor hiera con dos saetas, las cuales obran en diferentes maneras, es darnos a entender que en el perfecto amor, no ha de haber medio de querer y no querer en un mesmo punto, sino que el amante ha de amar enteramente, sin mezcla de alguna tibieza. En fin, ¡oh Lenio!, este amor es el que si

consumió a los troyanos, engrandeció a los griegos; si hizo cesar las obras de Cartago, hizo crescer los edificios de Roma; si quitó el reino a Tarquino, redujo a libertad la república. Y, aunque pudiera traer aquí muchos ejemplos en contrario de los que tú trujiste de los efectos buenos que el amor hace, no me quiero ocupar en ellos, pues de sí son tan notorios; sólo quiero rogarte te dispongas a creer lo que he mostrado, y que tengas paciencia para oír una canción mía, que parece que en competencia de la tuya se hizo; y si por ella y por lo que te he dicho no quisieres reducirte a ser de la parte de amor, y te pareciere que no quedas satisfecho de las verdades que dél he declarado, si el tiempo de agora lo concede, o en otro cualquiera que tú escogieres y señalares, te prometo de satisfacer a todas las réplicas y argumentos que en contrario de los míos decir quisieres. Y, por agora, estáme atento y escucha:

Canción de Tirsi

Salga del limpio enamorado pecho
la voz sonora, y en süave acento
cante de amor las altas maravillas,
de modo que contento y satisfecho
quede el más libre y suelto pensamiento,
sin que las sienta con no más de oíllas.
Tú, dulce amor, que puedes referillas
por mi lengua, si quieres,
tal gracia le concede,
que con la palma quede
de gusto y gloria por decir quién eres,
que si me ayudas, como yo confío,
veráse en presto vuelo

subir al cielo[465] tu valor y el mío.

Es el amor principio del bien nuestro,
medio por do se alcanza y se granjea
el más dichoso fin que se pretende;
de todas sciencias sin igual maestro;
fuego que, aunque de yelo un pecho sea,
en claras llamas de virtud le enciende;
poder que al flaco ayuda, al fuerte ofende;
raíz de adonde nasce
la venturosa planta
que al cielo nos levanta,
con tal fruto que al alma satisface
de bondad, de valor, de honesto celo,
de gusto sin segundo,
que alegra al mundo y enamora al cielo;

cortesano, galán, sabio, discreto,
callado, liberal, manso, esforzado;
de aguda vista, aunque de ciegos ojos;
guardador verdadero del respecto,
capitán que en la guerra do ha triunfado
sola la honra quiere por despojos;
flor que cresce entre espinas y entre abrojos,
que a vida y alma adorna;
del temor enemigo,
de la esperanza amigo;
huésped que más alegra cuando torna;
instrumento de honrosos ricos bienes,
por quien se mira y medra

la honrosa yedra en las honradas sienes;
instinto natural que nos conmueve
a levantar los pensamientos, tanto
que apenas llega allí la vista humana;
escala por do sube, el que se atreve,
a la dulce región del cielo sancto;
sierra en su cumbre deleitosa y llana,
facilidad que lo intricado allana,
norte por quien se guía
en este mar insano
el pensamiento sano,
alivio de la triste fantasía,
padrino que no quiere nuestra afrenta;
farol[466] que no se encubre,
mas nos descubre el puerto en la tormenta;
pintor que en nuestras ánimas retrata,
con apacibles sombras y colores,
ora mortal, ora inmortal belleza;
sol que todo ñublado desbarata,
gusto a quien son sabrosos los dolores;
espejo en quien se ve naturaleza
liberal, que en su punto la franqueza
pone con justo medio;
espíritu de fuego
que alumbra al que es más ciego;
del odio y del temor solo remedio;
Argos que nunca puede estar dormido,
por más que a sus orejas

lleguen consejas de algún dios fingido;[467]
ejército de armada infantería
que atropella cien mil dificultades,
y siempre queda con victoria y palma;
morada adonde asiste el alegría;
rostro que nunca encubre las verdades,
mostrando claro lo que está en el alma;
mar donde la tormenta es dulce calma
con sólo que se espere
tenerla en tiempo alguno;
refrigerio oportuno
que cura al desdeñado cuando muere;
en fin, amor es vida, es gloria, es gusto,
almo[468] feliz sosiego.
¡Seguilde luego, qu'el seguirle es justo!

El fin del razonamiento y canción de Tirsi fue principio para confirmar de nuevo en todos la opinión que de discreto tenía, si no fue en el desamorado Lenio, a quien no pareció tan bien su respuesta que le satisficiese al entendimiento y le mudase de su primer propósito. Viose esto claro, porque ya iba dando muestras de querer responder y replicar a Tirsi, si las alabanzas que a los dos daban Darinto y su compañero, y todos los pastores y pastoras presentes, no lo estorbaran, porque, tomando la mano[469] el amigo de Darinto, dijo:

—En este punto acabo de conoscer cómo la potencia y sabiduría de amor por todas las partes de la tierra se estiende, y que donde más se afina y apura es en los pastorales pechos, como nos lo ha mostrado lo que hemos oído al desamorado Lenio y al discreto Tirsi, cuyas razones y argumentos

más parescen de ingenios entre libros y las aulas criados, que no de aquellos que entre pajizas cabañas son crescidos. Pero no me maravillaría yo tanto desto si fuese de aquella opinión del que dijo que el saber de nuestras almas era acordarse de lo que ya sabían,[470] prosuponiendo que todas se crían enseñadas; mas, cuando veo que debo seguir el otro mejor parecer del que afirmó que nuestra alma era como una tabla rasa,[471] la cual no tenía ninguna cosa pintada, no puedo dejar de admirarme de ver cómo haya sido posible que en la compañía de las ovejas, en la soledad de los campos, se puedan aprender las sciencias que apenas saben disputarse en las nombradas universidades, si ya no quiero persuadirme a lo que primero dije, que el amor por todo se estiende y a todos se comunica, al caído levanta, al simple avisa y al avisado perfeciona.

—Si conoscieras, señor —respondió a esta sazón Elicio—, cómo la crianza del nombrado Tirsi no ha sido entre los árboles y florestas, como tú imaginas, sino en las reales cortes y conoscidas escuelas, no te maravillaras de lo que ha dicho, sino de lo que ha dejado de decir.[472] Y, aunque el desamorado Lenio, por su humildad, ha confesado que la rusticidad de su vida pocas prendas de ingenio puede prometer, con todo eso, te aseguro que los más floridos años de su edad gastó, no en el ejercicio de guardar las cabras en los montes, sino en las riberas del claro Tormes, en loables estudios y discretas conversaciones. Así que, si la plática que los dos han tenido de más que de pastores te parece, contémplalos como fueron y no como agora son. Cuanto más, que hallarás pastores en estas nuestras riberas que no te causarán menos admiración, si los oyes, que los que ahora has oído, porque en ellas apascientan sus ganados los famosos y conoscidos Eranio, Siralbo, Filardo, Silvano, Lisardo y los dos Matuntos, padre y hijo, uno en la lira y otro en la poesía sobre todo estremo estremados. Y, para remate de todo, vuelve los ojos y conoce al conoscido Damón, que presente

tienes, donde puede parar tu deseo, si desea conoscer el estremo de discreción y sabiduría.

Responder quería el caballero a Elicio, cuando una de aquellas damas que con él venían dijo a la otra:

—Paréceme, señora Nísida, que, pues el sol va ya declinando, que sería bien que nos fuésemos, si habemos de llegar mañana adonde dicen que está nuestro padre.

No hubo bien dicho esto la dama, cuando Darinto y su compañero la miraron, mostrando que les había pesado de que hubiese llamado por su nombre a la otra. Pero, ansí como Elicio oyó el nombre de Nísida, le dio el alma si era aquella Nísida de quien el ermitaño Silerio tantas cosas había contado, y el mismo pensamiento les vino a Tirsi, Damón y a Erastro; y, por certificarse Elicio de lo que sospechaba, dijo:

—Pocos días ha, señor Darinto, que yo y algunos de los que aquí estamos oímos nombrar el nombre de Nísida, como aquella dama agora ha hecho; pero de más lágrimas acompañado y con más sobresaltos referido.

—Por ventura —respondió Darinto—, ¿hay alguna pastora en estas vuestras riberas que se llame Nísida?

—No —respondió Elicio—; pero esta que yo digo en ellas nasció y en las apartadas del famoso Sebeto[473] fue criada.

—¿Qué es lo que dices, pastor? —replicó el otro caballero.

—Lo que oyes —respondió Elicio—, y lo que más oirás si me aseguras una sospecha que tengo.

—Dímela —dijo el caballero—, que podría ser se te satisficiese.

A esto replicó Elicio:

—¿A dicha, señor, tu proprio nombre es Timbrio?

—No te puedo negar esa verdad —respondió el otro—, porque Timbrio me llamo, el cual nombre quisiera encubrir hasta otra sazón más oportuna;

mas la voluntad que tengo de saber por qué sospechaste que así me llamaba me fuerza a que no te encubra nada de lo que de mí saber quisieres.

—Según eso, tampoco me negarás —dijo Elicio— que esta dama que contigo traes se llame Nísida, y aun, por lo que yo puedo conjeturar, la otra se llama Blanca, y es su hermana.

—En todo has acertado —respondió Timbrio—; pero, pues yo no te he negado nada de lo que me has preguntado, no me niegues tú la causa que te ha movido a preguntármelo.

—Ella es tan buena y será tan de tu gusto —replicó Elicio— cual lo verás antes de muchas horas.

Todos los que no sabían lo que el ermitaño Silerio a Elicio, Tirsi, Damón y Erastro había contado, estaban confusos oyendo lo que entre Timbrio y Elicio pasaba; mas a este punto dijo Damón, volviéndose a Elicio:

—No entretengas, ¡oh Elicio!, las buenas nuevas que puedes dar a Timbrio.

—Y aun yo —dijo Erastro— no me detendré un punto de ir a dárselas al lastimado Silerio del hallazgo de Timbrio.

—¡Sanctos cielos! ¿Y qué es lo que oigo —dijo Timbrio—, y qué es lo que dices, pastor? ¿Es por ventura ese Silerio que has nombrado el que es mi verdadero amigo, el que es la mitad de mi alma, el que yo deseo ver más que otra cosa que me pueda pedir el deseo? ¡Sácame desta duda luego, así crezcan y multipliquen tus rebaños de manera que te tengan envidia todos los vecinos ganaderos!

—No te fatigues tanto, Timbrio —dijo Damón—, que el Silerio que Erastro dice es el mesmo que tú dices, y el que desea saber más de tu vida que sostener y augmentar la suya propria; porque, después que te partiste de Nápoles, según él nos ha contado, ha sentido tanto tu ausencia que la pena della, con la que le causaban otras pérdidas que él nos contó, le ha reducido

a términos que en una pequeña ermita que poco menos de una legua está de aquí distante, pasa la más estrecha vida que imaginarse puede, con determinación de esperar allí la muerte, pues de saber el suceso de tu vida no podía ser satisfecho. Esto sabemos cierto Tirsi, Elicio, Erastro y yo, porque él mesmo nos ha contado la amistad que contigo tenía, con toda la historia de los casos a entrambos sucedidos hasta que la fortuna por tan estraños accidentes os apartó, para apartarle a él a vivir en tan estraña soledad que te causará admiración cuando le veas.

—Véale yo, y llegue luego el último remate de mis días —dijo Timbrio —; y así, os ruego, famosos pastores, por aquella cortesía que en vuestros pechos mora, que satisfagáis este mío con decirme adónde está esa ermita adonde Silerio vive.

—Adonde muere, podrás mejor decir —dijo Erastro—; pero de aquí adelante vivirá con las nuevas de tu venida; y, pues tanto su gusto y el tuyo deseas, levántate y vamos, que antes que el sol se ponga, te pondré con Silerio; mas ha de ser con condición que en el camino nos cuentes todo lo que te ha sucedido después que de Nápoles te partiste, que de todo lo demás, hasta aquel punto, satisfechos están algunos de los presentes.

—Poca paga me pides —respondió Timbrio— para tan gran cosa como me ofreces, porque, no digo yo contarte eso, pero todo aquello que de mí saber quisieres.

Y más, volviéndose a las damas que con él venían, les dijo:

—Pues con tan buena ocasión, querida y señora Nísida, se ha rompido el prosupuesto que traíamos de no decir nuestros proprios nombres, con el alegría que requiere la buena nueva que nos han dado, os ruego que no nos detengamos, sino que luego vamos a ver a Silerio, a quien vos y yo debemos las vidas y el contento que poseemos.

—Escusado es, señor Timbrio —respondió Nísida—, que vos me roguéis que haga cosa que tanto deseo y que tan bien me está el hacerla. Vamos en hora buena, que ya cada momento que tardare de verle se me hará un siglo.

Lo mesmo dijo la otra dama, que era su hermana Blanca, la mesma que Silerio había dicho, y la que más muestras dio de contento. Sólo Darinto, con las nuevas de Silerio, se puso tal que los labios no movía; antes, con un estraño silencio, se levantó, y mandando a un su criado que le trujese el caballo en que allí había venido, sin despedirse de ninguno, subió en él, y, volviendo las riendas, a paso tirado[474] se desvió de todos. Cuando esto vio Timbrio, subió en otro caballo, y con mucha priesa siguió a Darinto hasta que le alcanzó; y, trabando por las riendas del caballo, le hizo estar quedo, y allí estuvo con él hablando un buen rato, al cabo del cual Timbrio se volvió adonde los pastores estaban, y Darinto siguió su camino, enviando a disculparse con Timbrio del haberse partido sin despedirse dellos. En este tiempo Galatea, Rosaura, Teolinda, Leonarda y Florisa a las hermosas Nísida y Blanca se llegaron; y la discreta Nísida, en breves razones, les contó la amistad tan grande que entre Timbrio y Silerio había, con mucha parte de los sucesos por ellos pasados; pero, con la vuelta de Timbrio, todos quisieron ponerse en camino para la ermita de Silerio; sino que a la mesma sazón llegó a la fuente una hermosa pastorcilla de hasta edad de quince años, con su zurrón al hombro y cayado en la mano; la cual, como vio tanta y tan agradable compañía, con lágrimas en los ojos, les dijo:

—Si por ventura hay entre vosotros, señores, quien de los estraños efectos y casos de amor tenga alguna noticia, y las lágrimas y sospiros amorosos le suelen enternecer el pecho, acuda quien esto siente a ver si es posible remediar y detener las más amorosas lágrimas y profundos sospiros que jamás de ojos y pechos enamorados salieron. Acudid, pues, pastores, a

lo que os digo: veréis cómo, con la experiencia de lo que os muestro, hago verdaderas mis palabras.

Y, en diciendo esto, volvió las espaldas, y todos cuantos allí estaban la siguieron. Viendo, pues, la pastora que la seguían, con presuroso paso se entró por entre unos árboles que a un lado de la fuente estaban; y no hubo andado mucho cuando, volviéndose a los que tras ella iban, les dijo:

—Veis allí, señores, la causa de mis lágrimas; porque aquel pastor que allí parece es un hermano mío, que por aquella pastora ante quien está hincado de hinojos, sin duda alguna, él dejará la vida en manos de su crueldad.

Volvieron todos los ojos a la parte que la pastora señalaba, y vieron que al pie de un verde sauce estaba arrimada una pastora, vestida como cazadora ninfa, con una rica aljaba que del lado le pendía y un encorvado arco en las manos, con sus hermosos y rubios cabellos cogidos con una verde guirnalda. El pastor estaba ante ella de rodillas, con un cordel echado a la garganta y un cuchillo desenvainado en la derecha mano, y con la izquierda tenía asida a la pastora de un blanco cendal[475] que encima de los vestidos traía. Mostraba la pastora ceño en su rostro, y estar disgustada de que el pastor allí por fuerza la detuviese. Mas, cuando ella vio que la estaban mirando, con grande ahínco procuraba desasirse de la mano del lastimado pastor, que con abundancia de lágrimas, tiernas y amorosas palabras, la estaba rogando que siquiera le diese lugar para poderle significar la pena que por ella padecía. Pero la pastora, desdeñosa y airada, se apartó dél, a tiempo que ya todos los pastores llegaban cerca, tanto, que oyeron al enamorado mozo que en tal manera a la pastora hablaba:

—¡Oh ingrata y desconocida Gelasia, y con cuán justo título has alcanzado el renombre de cruel que tienes! Vuelve, endurescida, los ojos a mirar al que por mirarte está en el estremo de dolor que imaginarse puede.

¿Por qué huyes de quien te sigue? ¿Por qué no admites a quien te sirve? ¿Y por qué aborreces al [que] te adora? ¡Oh, sin razón enemiga mía, dura cual levantado risco, airada cual ofendida sierpe, sorda cual muda selva, esquiva como rústica, rústica como fiera, fiera como tigre, tigre que en mis entrañas se ceba! ¿Será posible que mis lágrimas no te ablanden, que mis sospiros no te apiaden y que mis servicios no te muevan? Sí que será posible, pues ansí lo quiere mi corta y desdichada suerte, y aun será también posible que tú no quieras apretar este lazo que a la garganta tengo, ni atravesar este cuchillo por medio deste corazón que te adora. Vuelve, pastora, vuelve, y acaba la tragedia de mi miserable vida, pues con tanta facilidad puedes añudar este cordel a mi garganta o ensangrentar este cuchillo en mi pecho.

Estas y otras semejantes razones decía el lastimado pastor, acompañadas de tantos sollozos y lágrimas que movía a compasión a todos cuantos le escuchaban. Pero no por esto la cruel y desamorada pastora dejaba de seguir su camino, sin querer aun volver los ojos a mirar al pastor que por ella en tal estado quedaba, de que no poco se admiraron todos los que su airado desdén conoscieron; y fue de manera que hasta al desamorado Lenio le pareció mal la crueldad de la pastora. Y ansí, él, con el anciano Arsindo, se adelantaron a rogarla tuviese por bien de volver a escuchar las quejas del enamorado mozo, aunque nunca tuviese intención de remediarlas. Mas no fue posible mudarla de su propósito; antes, les rogó que no la tuviesen por descomedida en no hacer lo que le mandaban, porque su intención era de ser enemiga mortal del amor y de todos los enamorados, por muchas razones que a ello la movían, y una dellas era haberse desde su niñez dedicado a seguir el ejercicio de la casta Diana;[476] añadiendo a éstas tantas causas para no hacer el ruego de los pastores, que Arsindo tuvo por bien de dejarla y volverse, lo que no hizo el desamorado Lenio, el cual, como vio que la pastora era tan enemiga del amor como parecía, y que tan de todo en

todo con la condición desamorada suya se conformaba, determinó de saber quién era y de seguir su compañía por algunos días. Y así, le declaró cómo él era el mayor enemigo que el amor y los enamorados tenían, rogándole que, pues tanto en las opiniones se conformaban, tuviese por bien de no enfadarse con su compañía, que no sería más de lo que ella quisiese.

La pastora se holgó de saber la intención de Lenio, y le concedió que con ella viniese hasta su aldea, que dos leguas de la de Lenio era. Con esto, se despidió Lenio de Arsindo, rogándole que le disculpase con todos sus amigos y les dijese la causa que le había movido a irse con aquella pastora, y sin esperar más, él y Gelasia alargaron el paso, y en poco rato desaparecieron. Cuando Arsindo volvió a decir lo que con la pastora había pasado, halló que todos aquellos pastores habían llegado a consolar al enamorado pastor, y que las dos de las tres rebozadas pastoras, la una estaba desmayada en las faldas de la hermosa Galatea y la otra abrazada con la bella Rosaura, que asimesmo el rostro cubierto tenía. La que con Galatea estaba era Teolinda, y la otra, su hermana Leonarda; las cuales, así como vieron al desesperado pastor que con Gelasia hallaron, un celoso y enamorado desmayo les cubrió el corazón, porque Leonarda creyó que el pastor era su querido Galercio, y Teolinda tuvo por verdad que era su enamorado Artidoro; y, como las dos le vieron tan rendido y perdido por la cruel Gelasia, llególes tan al alma el sentimiento que, sin sentido alguno, la una en las faldas de Galatea, la otra en los brazos de Rosaura, desmayadas cayeron. Pero de allí a poco rato, volviendo en sí Leonarda, a Rosaura dijo:

—¡Ay, señora mía, y cómo creo que todos los pasos de mi remedio me tiene tomados la fortuna, pues la voluntad de Galercio está tan ajena de ser mía, como se puede ver por las palabras que aquel pastor ha dicho a la desamorada Gelasia! Porque te hago saber, señora, que aquél es el que ha robado mi libertad y aun el que ha de dar fin a mis días.

Maravillada quedó Rosaura de lo que Leonarda decía, y más lo fue cuando, habiendo también vuelto en sí Teolinda, ella y Galatea la llamaron; y, juntándose todas con Florisa y Leonarda, Teolinda dijo cómo aquel pastor era el su deseado Artidoro. Pero aún no le hubo bien nombrado, cuando su hermana le respondió que se engañaba, que no era sino Galercio, su hermano.

—¡Ay, traidora Leonarda! —respondió Teolinda—. ¿Y no te basta haberme una vez apartado de mi bien, sino agora que le hallo quieres decir que es tuyo? Pues desengáñate que en esto no te pienso ser hermana, sino declarada enemiga.

—Sin duda que te engañas, hermana —respondió Leonarda—, y no me maravillo, que en ese mesmo error cayeron todos los de nuestra aldea, creyendo que este pastor era Artidoro, hasta que claramente vinieron a entender que no era sino su hermano Galercio, que tanto se parece el uno al otro como nosotras la una a la otra, y aun, si puede haber mayor semejanza, mayor semejanza tienen.

—No lo quiero creer —respondió Teolinda—, porque, aunque nosotras nos parecemos tanto, no tan fácilmente se hallan estos milagros en naturaleza; y así, te hago saber que en tanto que la esperiencia no me haga más cierta de la verdad que tus palabras me hacen, yo no pienso dejar de creer que aquel pastor que allí veo es Artidoro; y si alguna cosa me lo pudiera poner en duda, es no pensar que de la condición y firmeza que yo de Artidoro tengo conocida, se puede esperar o temer que tan presto haya hecho mudanza y me olvide.

—Sosegaos, pastoras —dijo entonces Rosaura—, que yo os sacaré presto de la duda en que estáis.

Y, dejándolas a ellas, se fue adonde el pastor estaba dando a aquellos pastores cuenta de la estraña condición de Gelasia y de las infinitas

sinrazones que con él usaba. A su lado tenía el pastor la hermosa pastorcilla que decía que era su hermano, a la cual llamó Rosaura, y, apartándose con ella a un cabo, la importunó y rogó le dijese cómo se llamaba su hermano y si tenía otro alguno que le pareciese, a lo cual la pastora respondió que se llamaba Galercio y que tenía otro, llamado Artidoro, que le parecía tanto que apenas se diferenciaban, si no era por alguna señal de los vestidos o por el órgano de la voz, que en algo difería. Preguntóle también qué se había hecho Artidoro. Respondióle la pastora que andaba en unos montes algo de allí apartados, repastando parte del ganado de Grisaldo con otro rebaño de cabras suyas, y que nunca había querido entrar en el aldea ni tener conversación con hombre alguno después que de las riberas de Henares había venido. Y con éstas le dijo otras particularidades, tales que Rosaura quedó satisfecha de que aquel pastor no era Artidoro, sino Galercio, como Leonarda había dicho y aquella pastora decía, de la cual supo el nombre, que se llamaba Maurisa; y, trayéndola consigo adonde Galatea y las otras pastoras estaban, otra vez, en presencia de Teolinda y Leonarda, contó todo lo que de Artidoro y Galercio sabía, con lo que quedó Teolinda sosegada y Leonarda descontenta, viendo cuán descuidadas estaban las mientes de Galercio de pensar en cosas suyas. En las pláticas que las pastoras tenían, acertó que Leonarda llamó por su nombre a la encubierta Rosaura, y oyéndolo Maurisa, dijo:

—Si yo no me engaño, señora, por vuestra causa ha sido aquí mi venida y la de mi hermano.

—¿En qué manera? —dijo Rosaura.

—Yo os lo diré si me dais licencia de que a solas os lo diga —respondió la pastora.

—De buena gana —replicó Rosaura.

Y, apartándose con ella, la pastora le dijo:

—Sin duda alguna, hermosa señora, que a vos y a la pastora Galatea mi hermano y yo con un recaudo[477] de nuestro amo Grisaldo venimos.

—Así debe ser —respondió Rosaura.

Y, llamando a Galatea, entrambas escucharon lo que Maurisa de Grisaldo decía, que fue avisarles cómo de allí a dos días vendría con dos amigos suyos a llevarla en casa de su tía, adonde en secreto celebrarían sus bodas, y juntamente con esto dio de parte de Grisaldo a Galatea unas ricas joyas de oro, como en agradecimiento de la voluntad que de hospedar a Rosaura había mostrado. Rosaura y Galatea agradecieron a Maurisa el buen aviso, y en pago dél, la discreta Galatea quería partir con ella el presente que Grisaldo le había enviado, pero nunca Maurisa quiso rescebirlo. Allí de nuevo se tornó a informar Galatea de la semejanza estraña que entre Galercio y Artidoro había. Todo el tiempo que Galatea y Rosaura gastaban en hablar a Maurisa, le entretenían Teolinda y Leonarda en mirar a Galercio; porque, cebados los ojos de Teolinda en el rostro de Galercio, que tanto al de Artidoro semejaba, no podía apartarlos de mirar, y, como los de la enamorada Leonarda sabían lo que miraban, también le era imposible a otra parte volverlos.

A esta sazón ya los pastores habían consolado a Galercio, aunque, para el mal que él padecía, cualesquier consejos y consuelos tenía por vanos y escusados, todo lo cual redundaba en daño de Leonarda. Rosaura y Galatea, viendo que los pastores hacia ella[s] se venían, despidieron a Maurisa, diciéndole que dijese a Grisaldo cómo Rosaura estaría en casa de Galatea. Maurisa se despidió dellas, y, llamando a su hermano en secreto, le contó lo que con Rosaura y Galatea pasado había; y [a]sí, con buen comedimiento, se despidió de ellas y de los pastores, y con su hermana dio la vuelta a su aldea. Pero las enamoradas hermanas Teolinda y Leonarda, que vieron que en irse Galercio se les iba la luz de sus ojos y la vida de su vida, entrambas

a dos se llegaron a Galatea y a Rosaura y les rogaron les diesen licencia para seguir a Galercio, dando por escusa Teolinda que Galercio le diría adónde Artidoro estaba, y Leonarda que podría ser que la voluntad de Galercio se trocase, viendo la obligación en que la estaba. Las pastoras se la concedieron, con la condición que antes Galatea a Teolinda había pedido, que era que de todo su bien o su mal la avisase. Tornóselo a prometer Teolinda de nuevo, y de nuevo despidiéndose, siguió el camino que Galercio y Maurisa llevaban. Lo mesmo hicieron luego, aunque por diferente parte, Timbrio, Tirsi, Damón, Orompo, Crisio, Marsilo y Orfinio, que a la ermita de Silerio con las hermosas hermanas Nísida y Blanca se encaminaron, habiendo primero ellos y ellas despedídose del venerable Aurelio, y de Galatea, Rosaura y Florisa, y ansimismo de Elicio y Erastro, que no quisieron dejar de volver con Galatea, ofreciéndose Aurelio que, en llegando a su aldea, iría luego con Elicio y Erastro a buscarlos a la ermita de Silerio, y llevaría algo con que satisfacer la incomodidad que para agasajar tales huéspedes Silerio tendría. Con este prosupuesto, unos por una y otros por otra parte se apartaron, y, echando al despedirse menos al anciano Arsindo, miraron por él y vieron que, sin despedirse de ninguno, iba ya lejos por el mesmo camino que Galercio y Maurisa y las rebozadas pastoras llevaban, de que se maravillaron. Y, viendo que ya el sol apresuraba su carrera para entrarse por las puertas de occidente, no quisieron detenerse allí más, por llegar al aldea antes que las sombras de la noche. Viéndose, pues, Elicio y Erastro ante la señora de sus pensamientos, por mostrar en algo lo que encubrir no podían, y por aligerar el cansancio del camino, y aun por cumplir el mandado de Florisa, que les mandó que, en tanto que a la aldea llegaban, algo cantasen, al son de la zampoña de Florisa, desta manera comenzó a cantar Elicio, y a responderle Erastro:

ELICIO ERASTRO

ELICIO

El que quisiere ver la hermosura
mayor que tuvo, o tiene o terná[478] el suelo;
el fuego y el crisol donde se apura
la blanca castidad, el limpio celo;
todo lo que es valor, ser y cordura,
y cifrado en la tierra un nuevo cielo,
juntas en uno alteza y cortesía,
venga a mirar a la pastora mía.

ERASTRO

Venga a mirar a la pastora mía[479]
quien quisiere contar de gente en gente
que vio otro sol que daba luz al día,
más claro qu'el que sale del oriente.
Podrá decir cómo su fuego enfría
y abrasa al alma que tocar se siente
del vivo rayo de sus ojos bellos,
y que no hay más que ver después de vellos.

ELICIO

Y que no hay más que ver después de vellos

sábenlo bien estos cansados ojos,
ojos que, por mi mal, fueron tan bellos,
ocasión principal de mis enojos.
Vilos y vi que se abrasaba en ellos
mi alma, y que entregaba los despojos
de todas sus potencias a su llama,
que me abrasa y me yela, arroja y llama.

ERASTRO

Que me abrasa y me yela, arroja y llama
esta dulce enemiga de mi gloria,
de cuyo ilustre ser puede la fama
hacer estraña y verdadera historia.
Sólo sus ojos, do el amor derrama
toda su gracia y fuerza más notoria,
darán materia que levante al cielo
la pluma del más bajo humilde vuelo.

ELICIO

La pluma del más bajo humilde vuelo,
si quiere levantarse hasta la esfera,
cante la cortesía y justo celo
desta fénix sin par, sola y primera,
gloria de nuestra edad, honra del suelo,
valor del claro Tajo y su ribera,
cordura sin igual, rara belleza

donde más se estremó naturaleza.

ERASTRO

Donde más se estremó naturaleza,
donde ha igualado al pensamiento el arte,[480]
donde juntó el valor y gentileza
que en diversos subjetos se reparte,
y adonde la humildad con la grandeza
ocupan solas una mesma parte,
y adonde tiene amor su albergue y nido,
la bella ingrata mi enemiga ha sido.

ELICIO

La bella ingrata mi enemiga ha sido
quien quiso, pudo y supo en un momento
tenerme de un sotil cabello asido
el libre vagaroso pensamiento.
Y, aunque al estrecho lazo estoy rendido,
tal gusto y gloria en las prisiones siento,
que estiendo el pie y el cuello a las cadenas,
llamando dulces tan amargas penas.

ERASTRO

Llamando dulces tan amargas penas
paso la corta fatigada vida,

del alma triste sustentada apenas,
y aun apenas del cuerpo sostenida.
Ofrecióle fortuna a manos llenas
a mi breve esperanza fe cumplida:
¿qué gusto, pues, qué gloria o bien se ofrece,
do mengua la esperanza y la fe crece?

ELICIO[481]

Do mengua la esperanza y la fe crece
se descubre y parece el alto intento
del firme pensamiento enamorado,
que sólo confiado en amor puro,
vive cierto y seguro de una paga
que al alma satisfaga limpiamente.

ERASTRO

El mísero doliente a quien subjeta
la enfermedad y aprieta, se contenta,
cuando más le atormenta el dolor fiero,
con cualquiera ligero breve alivio;
mas, cuando ya más tibio el daño toca,
a la salud invoca y busca entera.
Así, desta manera, el tierno pecho
del amador, deshecho en llanto triste,
dice que el bien consiste de su pena
en que la luz serena de los ojos,

a quien dio los despojos de su vida,
le mire con fingida o cierta muestra;
mas luego amor le adiestra y le desmanda
y más cosas demanda que primero.

ELICIO

Ya traspone el otero el sol hermoso,
Erastro, y a reposo nos convida
la noche denegrida[482] que se acerca.

ERASTRO

Y el aldea está cerca, y yo cansado.

ELICIO

Pongamos, pues, silencio al canto usado.

Bien tomaran por partido los que escuchando a Elicio y a Erastro iban que más el camino se alargara, por gustar más del agradable canto de los enamorados pastores. Pero el cerrar de la noche, y el llegar a la aldea, hizo que dél cesasen, y que Aurelio, Galatea, Rosaura y Florisa en su casa se recogiesen. Elicio y Erastro hicieron lo mesmo en las suyas, con intención de irse luego adonde Tirsi y Damón y los demás pastores estaban, que así quedó concertado entre ellos y el padre de Galatea. Sólo esperaban a que la blanca luna desterrase la escuridad de la noche, y así como ella mostró su hermoso rostro, ellos se fueron a buscar a Aurelio, y todos juntos la vuelta

de[483] la ermita se encaminaron, donde les sucedió lo que se verá en el siguiente libro.

FIN DEL CUARTO LIBRO

QUINTO LIBRO DE *GALATEA*

Era tanto el deseo que el enamorado Timbrio y las dos hermosas hermanas Nísida y Blanca llevaban de llegar a la ermita de Silerio, que la ligereza de los pasos, aunque era mucha, no era posible que a la de la voluntad llegase; y, por conoscer esto, no quisieron Tirsi y Damón importunar a Timbrio cumpliese la palabra que había dado de contarles en el camino todo lo por él sucedido después que se apartó de Silerio. Pero todavía, llevados del deseo que tenían de saberlo, se lo iban ya a preguntar, si en aquel punto no hiriera en los oídos de todos una voz de un pastor que, un poco apartado del camino, entre unos verdes árboles, cantando estaba, que luego, en el son no muy concertado de la voz y en lo que cantaba, fue de los más que allí venían conoscido, principalmente de su amigo Damón, porque era el pastor Lauso el que, al son de un pequeño rabel, unos versos decía; y, por ser el pastor tan conoscido y saber ya todos la mudanza que de su libre voluntad había hecho, de común parecer recogieron el paso y se pararon a escuchar lo que Lauso cantaba, que era esto:

LAUSO

¿Quién mi libre pensamiento
me le vino a sujetar?
¿Quién pudo en flaco cimiento
sin ventura fabricar
tan altas torres de viento?

¿Quién rindió mi libertad,
estando en seguridad
de mi vida satisfecho?
¿Quién abrió y rompió mi pecho,
y robó mi voluntad?

¿Dónde está la fantasía
de mi esquiva condición?
¿Dó el alma que ya fue mía,
y dónde mi corazón,
que no está donde solía?
Mas, yo todo, ¿dónde estoy,
dónde vengo, o adónde voy?
A dicha, ¿sé yo de mí?
¿Soy, por ventura, el que fui,
o nunca he sido el que soy?

Estrecha cuenta me pido,
sin poder averigualla,
pues a tal punto he venido,
que aquello que en mí se halla,
es sombra de lo que he sido.
No me entiendo de entenderme,
ni me valgo por valerme,
y en tan ciega confusión,
cierta está mi perdición,
y no pienso de perderme.

La fuerza de mi cuidado
y el amor que lo consiente
me tienen en tal estado,
que adoro el tiempo presente,
y lloro por el pasado.
Véome en éste morir,
y en el pasado, vivir;
y en éste adoro mi muerte,
y en el pasado, la suerte,
que ya no puede venir.

En tan estraña agonía,
el sentido tengo ciego,
pues viendo que amor porfía
y que estoy dentro del fuego,
aborrezco el agua fría;
que si no es la de mis ojos,
qu'el fuego augmenta y despojos,
en esta amorosa fragua,[484]
no quiero ni busco otro agua
ni otro alivio a mis enojos.

Todo mi bien comenzara,
todo mi mal feneciera,
si mi ventura ordenara
que de ser mi fe sincera
Silena se asegurara.
Sospiros, aseguralda;

ojos míos, enteralda
llorando en esta verdad;
pluma, lengua, voluntad,
en tal razón confirmalda.

No pudo ni quiso el presuroso Timbrio aguardar a que más adelante el pastor Lauso con su canto pasase, porque, rogando a los pastores que el camino de la ermita le enseñasen, si ellos quedarse querían, hizo muestras de adelantarse; y así, todos le siguieron, y pasaron tan cerca de donde el enamorado Lauso estaba, que no pudo dejar de sentirlo y de salirles al encuentro, como lo hizo, con cuya compañía todos se holgaron, especialmente Damón, su verdadero amigo, con el cual se acompañó todo el camino que desde allí a la ermita había, razonando en diversos y varios acaecimientos que a los dos habían sucedido después que dejaron de verse, que fue desde el tiempo que el valeroso y nombrado pastor Astraliano había dejado los cisalpinos pastos[485] por ir a reducir aquellos que del famoso hermano y de la verdadera religión se habían rebelado; y al cabo, vinieron a reducir su razonamiento a tratar de los amores de Lauso, preguntándole ahincadamente Damón que le dijese quién era la pastora que con tanta facilidad la libre voluntad le había rendido. Y, cuando esto no pudo saber de Lauso, le rogó que, a lo menos, le dijese en qué estado se hallaba, si era de temor o de esperanza, si le fatigaba ingratitud o si le atormentaban celos. A todo lo cual le satisfizo bien Lauso, contándole algunas cosas que con su pastora le habían sucedido; y, entre otras, le dijo cómo, hallándose un día celoso y desfavorescido, había llegado a términos de desesperarse[486] o de dar alguna muestra que en daño de su persona y en el del crédito y honra de su pastora redundase; pero que todo se remedió con haberla él hablado, y haberle ella asegurado ser falsa la sospecha que tenía, confirmando todo

esto con darle un anillo de su mano, que fue parte para volver a mejor discurso su entendimiento y para solemnizar aquel favor con un soneto, que de algunos que le vieron fue por bueno estimado. Pidió entonces Damón a Lauso que le dijese. Y así, sin poder escusarse, le hubo de decir; que era éste:

LAUSO

¡Rica y dichosa prenda que adornaste
el precioso marfil, la nieve pura!
¡Prenda que de la muerte y sombra escura
a la nueva[487] luz y vida me tornaste!

El claro cielo de tu bien trocaste
con el infierno de mi desventura,
porque viviese en dulce paz segura
la esperanza que en mí resuscitaste.

Sabes cuánto me cuestas, dulce prenda,
el alma, y aun no quedo satisfecho,
pues menos doy de aquello que rescibo.

Mas, porque el mundo tu valor entienda,
sé tú mi alma, enciérrate en mi pecho,
verán cómo por ti sin alma vivo.

Dijo Lauso el soneto, y Damón le tornó a rogar que, si otra alguna cosa a su pastora había escripto, se la dijese, pues sabía de cuánto gusto le eran a él oír sus versos. A esto respondió Lauso:

—Eso será, Damón, por haberme sido tú maestro en ellos, y el deseo que tienes de ver lo que en mí aprovechaste[488] te hace desear oírlos; pero sea

lo que fuere, que ninguna cosa de las que yo pudiere te ha de ser negada. Y ansí, te digo que, en estos mesmos días, cuando andaba celoso y mal seguro, envié estos versos a mi pastora:

Lauso a Silena

En tan notoria simpleza,
nascida de intento sano,
el amor rige la mano,
y la intención tu belleza.
El amor y tu hermosura,
Silena, en esta ocasión,
juzgarán a discreción
lo que tendrás tú a locura.

Él me fuerza y ella mueve
a que te adore y escriba;
y como en los dos estriba
mi fe, la mano se atreve.
Y, aunque en esta grave culpa
me amenaza tu rigor,
mi fe, tu hermosura, amor,
darán del yerro disculpa.

Pues con un arrimo tal,
puesto que culpa me den,
bien podré decir el bien
que ha nascido de mi mal;

el cual bien, según yo siento,
no es otra cosa, Silena,
sino que tenga en la pena
un estraño sufrimiento.

Y no lo encarezco poco
este bien de ser sufrido,
que si no lo hubiera sido,
ya el mal me tuviera loco.
Mas mis sentidos, de acuerdo
todos, han dado en decir
que, ya que haya de morir,
que muera sufrido y cuerdo.

Pero, bien considerado,
mal podrá tener paciencia
en la amorosa dolencia
un celoso y desamado;
que, en el mal de mis enojos,
todo mi bien desconcierta
tener la esperanza muerta
y el enemigo a los ojos.

Goces, pastora, mil años
el bien de tu pensamiento,
que yo no quiero contento
granjeado con tus daños.
Sigue tu gusto, señora,

pues te parece tan bueno,
que yo por el bien ajeno
no pienso llorar agora.

Porque fuera liviandad
entregar mi alma al alma
que tiene por gloria y palma
el no tener libertad.
Mas, ¡ay!, que fortuna quiere
y el amor que viene en ello,[489]
que no pueda huir el cuello
del cuchillo que me hiere.

Conozco claro que voy
tras quien ha de condemnarme,
y cuando pienso apartarme,
más quedo y más firme estoy.
¿Qué lazos, qué redes tienen,
Silena, tus ojos bellos,
que cuanto más huigo dellos,
más me enlazan y detienen?

¡Ay, ojos, de quien recelo
que si soy de vos mirado,
es por crecerme el cuidado
y por menguarme el consuelo!
Ser vuestras vistas fingidas
conmigo, es pura verdad,

pues pagan mi voluntad
con prendas aborrecidas.

¡Qué recelos, qué temores
persiguen mi pensamiento,
y qué de contrarios siento
en mis secretos amores!
Déjame, aguda memoria;
olvídate, no te acuerdes
del bien ajeno, pues pierdes
en ello tu propria gloria.

Con tantas firmas afirmas
el amor que está en tu pecho,
Silena, que a mi despecho,
siempre mis males confirmas.
¡Oh pérfido amor cruel!
¿Cuál ley tuya me condemna
que dé yo el alma a Silena
y que me niegue un papel?

No más, Silena, que toco
en puntos de tal porfía,
qu'el menor dellos podría
dejarme sin vida o loco.
No pase de aquí mi pluma,
pues tú la haces sentir
que no puede reducir

tanto mal a breve summa.

En lo que se detuvo Lauso en decir estos versos y en alabar la singular hermosura, discreción, donaire, honestidad y valor de su pastora, a él y a Damón se les aligeró la pesadumbre del camino y se les pasó el tiempo sin ser sentido, hasta que llegaron junto de la ermita de Silerio, en la cual no querían entrar Timbrio, Nísida y Blanca, por no sobresaltarle con su no pensada venida. Mas la suerte lo ordenó de otra manera, porque, habiéndose adelantado Tirsi y Damón a ver lo que Silerio hacía, hallaron la ermita abierta y sin ninguna persona dentro; y, estando confusos, sin saber dónde podría estar Silerio a tales horas, llegó a sus oídos el son de su arpa, por do entendieron que él no debía estar lejos; y, saliendo a buscarle, guiados por el sonido de la arpa, con el resplandor claro de la luna vieron que estaba sentado en el tronco de un olivo, solo y sin otra compañía que la de su arpa, la cual tan dulcemente tocaba que, por gozar de tan suave armonía, no quisieron los pastores llegar luego a hablarle, y más cuando oyeron que con estremada voz estos versos comenzó a cantar:

SILERIO

Ligeras horas del ligero tiempo,
para mí perezosas y cansadas:
si no estáis en mi daño conjuradas,[490]
parézcaos ya que es de acabarme tiempo.
Si agora me acabáis, haréislo a tiempo
que están mis desventuras más colmadas;
mirad que menguarán si sois pesadas,
qu'el mal se acaba si da tiempo al tiempo.

No os pido que vengáis dulces, sabrosas,
pues no hallaréis camino, senda o paso
de reducirme al ser que ya he perdido.
¡Horas a cualquier otro venturosas,
aquella dulce del mortal traspaso,
aquella de mi muerte sola os pido!

Después que los pastores escucharon lo que Silerio cantado había, sin que él los viese, se volvieron a encontrar los demás que allí venían, con intención que Timbrio hiciese lo que agora oiréis: que fue que, habiéndole dicho de la manera que habían hallado a Silerio y en el lugar do quedaba, le rogó a Tirsi que, sin que ninguno dellos se le diese a conoscer, se fuesen llegando poco a poco hacia él, ora les viese o no, porque aunque la noche hacía clara, no por eso sería alguno conoscido; y que hiciese ansimesmo que Nísida o él algo cantasen; y todo esto hacía por entretener el gusto que de su venida había de rescibir Silerio. Contentóse Timbrio dello, y, diciéndoselo a Nísida, vino en su mesmo parescer. Y así, cuando a Tirsi le paresció que estaban ya tan cerca que de Silerio podían ser oídos, hizo a la bella Nísida que comenzase, la cual, al son del rabel del celoso Orfino, desta manera comenzó a cantar:

NÍSIDA

Aunque es el bien que poseo
tal que al alma satisface,
le turba en parte y deshace
otro bien que vi y no veo;
que amor y fortuna escasa,

enemigos de mi vida,
me dan el bien por medida[491]
y el mal sin término o tasa.

En el amoroso estado,
aunque sobre el merescer,
tan solo viene el placer,
cuanto el mal acompañado.
Andan los males unidos,[492]
sin un momento apartarse;
los bienes, por acabarse,
en mil partes divididos.

Lo que cuesta, si se alcanza,
del amor algún contento,
declárelo el sufrimiento,
el amor y la esperanza.
Mil penas cuesta una gloria;
un contento, mil enojos:
sábenlo bien estos ojos
y mi cansada memoria;

la cual se acuerda contino
de quien pudo mejoralla,
y para hallarle no halla
alguna senda o camino.
¡Ay, dulce amigo de aquel
que te tuvo por tan suyo

cuanto él se tuvo por tuyo
y cuanto yo lo soy dél!

Mejora con tu presencia
nuestra no pensada dicha,
y no la vuelva en desdicha
tu tan larga esquiva ausencia.
A duro mal me provoca
la memoria, que me acuerda
que fuiste loco y yo cuerda,
y eres cuerdo y yo estoy loca.

Aquel que, por buena suerte,
tú mesmo quisiste darme
no ganó tanto en ganarme
cuanto ha perdido en perderte.
Mitad de su alma fuiste,
y medio por quien la mía
pudo alcanzar la alegría
que tu ausencia tiene triste.

Si la estremada gracia con que la hermosa Nísida cantaba causó admiración a los que con ella iban, ¿qué causaría en el pecho de Silerio, que, sin faltar punto, notó y escuchó todas las circunstancias de su canto? Y, como tenía tan en el alma la voz de Nísida, apenas llegó a sus oídos el acento suyo, cuando él se comenzó a alborotar, y a suspender y enajenar de sí mesmo, elevado en lo que escuchaba. Y, aunque verdaderamente le pareció que era la voz de Nísida aquélla, tenía tan perdida la esperanza de

verla, y más en semejante lugar, que en ninguna manera podía asegurar su sospecha. Desta suerte llegaron todos donde él estaba, y, en saludándole, Tirsi le dijo:

—Tan aficionados nos dejaste, amigo Silerio, de la condición y conversación tuya, que, atraídos Damón y yo de la experiencia, y toda esta compañía de la fama della, dejando el camino que llevábamos, te hemos venido a buscar a tu ermita, donde, no hallándote, como no te hallamos, quedara sin cumplirse nuestro deseo, si el son de tu arpa y el de tu estimado canto aquí no nos hubiera encaminado.

—Harto mejor fuera, señores —respondió Silerio—, que no me hallárades, pues en mí no hallaréis sino ocasiones que a tristeza os mueva[n], pues la que yo padezco en el alma, tiene cuidado el tiempo cada día renovarla, no sólo con la memoria del bien pasado, sino con las sombras del presente, que al fin lo serán, pues de mi ventura no se puede esperar otra cosa que bienes fingidos y temores ciertos.

Lástima pusieron las razones de Silerio en todos los que le conoscían, principalmente en Timbrio, Nísida y Blanca, que tanto le amaban, y luego quisieran dársele a conoscer, si no fuera por no salir de lo que Tirsi les había rogado; el cual hizo que todos sobre la verde yerba se sentasen, y de manera que los rayos de la clara luna hiriesen de espaldas los rostros de Nísida y Blanca, porque Silerio no los conosciese. Estando, pues, desta suerte, y después que Damón a Silerio había dicho algunas palabras de consuelo, porque el tiempo no se pasase todo en tratar en cosas de tristeza, y por dar principio a que la de Silerio feneciese, le rogó que su arpa tocase, al son de la cual el mesmo Damón cantó este soneto:

Damón

Si el áspero furor del mar airado
por largo tiempo en su rigor durase,
mal se podría hallar quien entregase
su flaca nave al piélago[493] alterado.
No permanesce siempre en un estado
el bien ni el mal, que el uno y otro vase;
porque si huyese el bien y el mal quedase,
ya sería el mundo a confusión tornado.
La noche al día, y el calor al frío,
la flor al fruto van en seguimiento,
formando de contrarios igual tela.
La sujeción se cambia en señorío,
en placer el pesar, la gloria en viento,
che per tal variar natura è bella.[494]

Acabó Damón de cantar, y luego hizo de señas a Timbrio que lo mesmo hiciese; el cual, al proprio son de la arpa de Silerio, dio principio a un soneto que en el tiempo del hervor[495] de sus amores había hecho, el cual de Silerio era tan sabido como del mesmo Timbrio:

TIMBRIO

Tan bien fundada[496] tengo la esperanza,
que, aunque más sople riguroso viento,
no podrá desdecir de su cimiento:
tal fe, tal suerte[497] y tal valor alcanza.

No pudo acabar Timbrio el comenzado soneto, porque el oír Silerio su voz y el conocerle todo fue uno; y, sin ser parte a otra cosa, se levantó de do sentado estaba y se fue a abrazar del cuello de Timbrio, con muestras de tan estraño contento y sobresalto que, sin hablar palabra, se transpuso y estuvo un rato sin acuerdo, con tanto dolor de los presentes, temerosos de algún mal suceso, que ya condemnaban por mala el astucia de Tirsi; pero quien más estremos de dolor hacía era la hermosa Blanca, como aquella que tiernamente le amaba. Acudió luego Nísida y su hermana a remediar el desmayo de Silerio, el cual, a cabo de poco espacio, volvió en sí diciendo:

—¡Oh poderoso cielo! ¿Y es posible que el que tengo presente es mi verdadero amigo Timbrio? ¿Es Timbrio el que oigo? ¿Es Timbrio el que veo? Sí es, si no me burla mi ventura, y mis ojos no me engañan.

—Ni tu ventura te burla, ni tus ojos te engañan, dulce amigo mío —respondió Timbrio—, que yo soy el que sin ti no era, y el que no lo fuera jamás si el cielo no permitiera que te hallara. Cesen ya tus lágrimas, Silerio amigo, si por mí las has derramado, pues ya me tienes presente; que yo atajaré las mías, pues te tengo delante, llamándome el más dichoso de cuantos viven en el mundo, pues mis desventuras y adversidades han traído tal descuento,[498] que goza mi alma de la posesión de Nísida, y mis ojos de tu presencia.

Por estas palabras de Timbrio, entendió Silerio que la que cantado había y la que allí estaba era Nísida; pero certificóse más en ello cuando ella mesma le dijo:

—¿Qué es esto, Silerio mío? ¿Qué soledad y qué hábito es éste, que tantas muestras dan de tu descontento? ¿Qué falsas sospechas o qué engaños te han conducido a tal estremo, para que Timbrio y yo le tuviésemos de dolor toda la vida, ausentes de ti, que nos la diste?

—Engaños fueron, hermosa Nísida —respondió Silerio—; mas, por haber traído tales desengaños, serán celebrados de mi memoria el tiempo que ella me durare.

Lo más deste tiempo tenía Blanca asida una mano de Silerio, mirándole atentamente al rostro, derramando algunas lágrimas que de la alegría y lástima de su corazón daban manifiesto indicio. Largo sería de contar las palabras de amor y contento que entre Silerio, Timbrio, Nísida y Blanca pasaron, que fueron tan tiernas y tales, que todos los pastores que las escuchaban tenían los ojos bañados en lágrimas de alegría. Contó luego Silerio brevemente la ocasión que le había movido a retirarse en aquella ermita, con pensamiento de acabar en ella la vida, pues de la dellos no había podido saber nueva alguna; y todo lo que dijo fue ocasión de avivar más en el pecho de Timbrio el amor y amistad que a Silerio tenía, y en el de Blanca la lástima de su miseria. Y, así como acabó de contar Silerio lo que después que partió de Nápoles le había sucedido; y así,[499] rogó a Timbrio que lo mesmo hiciese, porque en estremo lo deseaba, y que no se recelase de los pastores que estaban presentes, que todos ellos, o los más, sabían ya su mucha amistad y parte de sus sucesos. Holgóse Timbrio de hacer lo que Silerio pedía, y más se holgaron los pastores, que ansimesmo lo deseaban; que ya, porque Tirsi se lo había contado, todos sabían los amores de Timbrio y Nísida, y todo aquello que el mesmo Tirsi de Silerio había oído. Sentados, pues, todos, como ya he dicho, en la verde yerba, con maravillosa atención estaban esperando lo que Timbrio diría, el cual dijo:

—«Después que la fortuna me fue tan favorable y tan adversa, que me dejó vencer a mi enemigo y me venció con el sobresalto de la falsa nueva de la muerte de Nísida, con el dolor que pensar se puede, en aquel mesmo instante me partí para Nápoles, y, confirmándose allí el desdichado suceso de Nísida, por no ver las casas de su padre, donde yo la había visto, y

porque las calles, ventanas y otras partes donde yo la solía ver no me renovasen continuamente la memoria de mi bien pasado, sin saber qué camino tomase y sin tener algún discurso mi albedrío, salí de la ciudad, y a cabo de dos días llegué a la fuerte Gaeta, donde hallé una nave que ya quería desplegar las velas al viento para partirse a España. Embarquéme en ella, no más de por huir la odiosa tierra donde dejaba mi cielo; mas, apenas los diligentes marineros zarparon los ferros[500] y descogieron las velas, y al mar algún tanto se alargaron, cuando se levantó una no pensada y súbita borrasca, y una ráfiga[501] de viento imbistió las velas del navío con tanta furia que rompió el árbol del trinquete,[502] y la vela mezana[503] abrió de arriba abajo. Acudieron luego los prestos marineros al remedio, y, con dificultad grandísima, amainaron todas las velas, porque la borrasca crescía, y la mar comenzaba a alterarse, y el cielo daba señales de durable y espantosa fortuna.[504] No fue volver al puerto posible, porque era maestral[505] el viento que soplaba, y con tan grande violencia que fue forzoso poner la vela de trinquete al árbol mayor y amollar[506] —como dicen— en popa, dejándose llevar donde el viento quisiese. Y así, comenzó la nave, llevada de su furia, a correr por el levantado mar con tanta ligereza que, en dos días que duró el maestral, discurrimos por todas las islas de aquel derecho,[507] sin poder en ninguna tomar abrigo, pasando siempre a vista dellas, sin que Estrómbalo[508] nos abrigase, ni Lípar nos acogiese, ni el Cimbalo, Lampadosa ni Pantanalea sirviesen para nuestro remedio; y pasamos tan cerca de Berbería que los recién derribados muros de la Goleta[509] se descubrían y las antiguas ruinas de Cartago se manifestaban. No fue pequeño el miedo de los que en la nave iban, temiendo que, si el viento algo más reforzaba, era forzoso embestir en la enemiga tierra; mas, cuando desto estaban más temerosos, la suerte, que mejor nos la tenía guardada, o el cielo, que escuchó los votos y promesas que allí se hicieron,

ordenó que el maestral se cambiase en un mediodía[510] tan reforzado, y que tocaba en la cuarta del jaloque,[511] que en otros dos días nos volvió al mesmo puerto de Gaeta, donde habíamos partido, con tanto consuelo de todos que algunos se partieron a cumplir las romerías y promesas que en el peligro pasado habían hecho.

»Estuvo allí la nave otros cuatro días, reparándose de algunas cosas que le faltaban, al cabo de los cuales tornó a seguir su viaje con más sosegado mar y próspero viento, llevando a vista la hermosa ribera de Génova, llena de adornados jardines, blancas casas y relumbrantes capiteles, que, heridos de los rayos del sol, reverberan con tan encendidos rayos que apenas dejan mirarse. Todas estas cosas que desde la nave se miraban pudieran causar contento, como le causaban a todos los que en la nave iban, sino a mí, que me era ocasión de más pesadumbre. Sólo el descanso que tenía era entretenerme lamentando mis penas, cantándolas o, por mejor decir, llorándolas al son de un laúd de uno de aquellos marineros. Y una noche, me acuerdo —y aun es bien que me acuerde, pues en ella comenzó a amanecer mi día— que, estando sosegado el mar, quietos los vientos, las velas pegadas a los árboles, y los marineros, sin cuidado alguno, por diferentes partes del navío tendidos, y el timonero[512] casi dormido por la bonanza que había y por la que el cielo le aseguraba, en medio deste silencio y en medio de mis imaginaciones, como mis dolores no me dejaban entregar los ojos al sueño, sentado en el castillo de popa, tomé el laúd y comencé a cantar unos versos que habré de repetir agora, porque se advierta de qué estremo de tristeza y cuán sin pensarlo me pasó la suerte al mayor de alegría que imaginar supiera. Era, si no me acuerdo mal, lo que cantaba esto:

TIMBRIO

Agora que calla el viento
y el sesgo mar está en calma,
no se calle mi tormento:
salga con la voz el alma,
para mayor sentimiento.
Que, para contar mis males,
mostrando en parte que son,
por fuerza han de dar señales
el alma y el corazón
de vivas ansias mortales.

Llevóme el amor en vuelo
por uno y otro dolor
hasta ponerme en el cielo,
y agora muerte y amor
me han derribado en el suelo.
Amor y muerte ordenaron
una muerte y amor tal,
cual en Nísida causaron,
y de mi bien y su mal
eterna fama ganaron.

Con nueva voz y terrible,
de hoy más, y en son espantoso,
hará la fama creíble
qu'el amor es poderoso
y la muerte es invencible.

De su poder satisfecho
quedará el mundo, si advierte
qué hazaña los dos han hecho,
qué vida llevó la muerte,
qué tal tiene amor mi pecho.

Mas creo, pues no he venido
a morir o estar más loco
con el daño que he sufrido,
o que muerte puede poco
o que no tengo sentido.
Que si sentido tuviera,
según mis penas crescidas
me persiguen dondequiera,
aunque tuviera mil vidas,
cien mil veces muerto fuera.

Mi victoria tan subida,
fue con muerte celebrada
de la más ilustre vida
que en la presente o pasada
edad fue ni es conoscida.
Della llevé por despojos
dolor en el corazón,
mil lágrimas en los ojos,
en el alma confusión
y en el firme pecho enojos.

¡Oh fiera mano enemiga!
¡Cómo, si allí me acabaras,
te tuviera por amiga,
pues, con matarme, estorbaras
las ansias de mi fatiga!
¡Oh!, ¡cuán amargo descuento
trujo la victoria mía,
pues pagaré, según siento,
el gusto solo de un día
con mil siglos de tormento!

¡Tú, mar, que escuchas mi llanto;
tú, cielo, que le ordenaste;
amor, por quien lloro tanto;
muerte, que mi bien llevaste;
acabad ya mi quebranto!
¡Tú, mar, mi cuerpo rescibe;
tú, cielo, acoge mi alma;
tú, amor, con la fama escribe
que muerte llevó la palma
desta vida que no vive!

¡No os descuidéis de ayudarme,
mar, cielo, amor y la muerte!
¡Acabad ya de acabarme,
que será la mejor suerte
que yo espero y podréis darme!
Pues si no me anega el mar,

y no me recoge el cielo,
y el amor ha de durar,
y de no morir recelo,
no sé en qué habré de parar.

»Acuérdome que llegaba a estos últimos versos que he dicho, cuando, sin poder pasar adelante, interrompido de infinitos sospiros y sollozos que de mi lastimado pecho despedía, aquejado de la memoria de mis desventuras, del puro sentimiento dellas, vine a perder el sentido, con un parasismo tal que me tuvo un buen rato fuera de todo acuerdo; pero ya, después que el amargo accidente hubo pasado, abrí mis cansados ojos y halléme puesta la cabeza en las faldas de una mujer vestida en hábito de peregrina, y a mi lado estaba otra con el mesmo traje adornada, la cual, estando de mis manos asida, la una y la otra tiernamente lloraban. Cuando yo me vi de aquella manera, quedé admirado y confuso, y estaba dudando si era sueño aquello que veía, porque nunca tales mujeres había visto jamás en la nave después que en ella andaba; pero desta confusión me sacó presto la hermosa Nísida, que aquí está, que era la peregrina que allá estaba, diciéndome: "¡Ay, Timbrio, verdadero señor y amigo mío! ¿Qué falsas imaginaciones o qué desdichados accidentes han sido parte para poneros donde agora estáis, y para que yo y mi hermana tuviésemos tan poca cuenta con lo que a nuestras honras debíamos, y que, sin mirar en inconviniente alguno, hayamos querido dejar nuestros amados padres y nuestros usados trajes, con intención de buscaros y desengañaros de tan incierta muerte mía que pudiera causar la verdadera vuestra?". Cuando yo tales razones oí, de todo punto acabé de creer que soñaba, y que era alguna visión aquella que delante los ojos tenía, y que la continua imaginación, que de Nísida no se apartaba, era la causa que allí a los ojos viva la representase. Mil preguntas

les hice, y a todas ellas enteramente me satisficieron, primero que pudiese sosegar el entendimiento y enterarme que ellas eran Nísida y Blanca. Mas, cuando yo fui conosciendo la verdad, el gozo que sentí fue de manera que también me puso en condición de perder la vida, como el dolor pasado había hecho. Allí supe de Nísida cómo el engaño y descuido que tuviste, ¡oh Silerio!, en hacer la señal de la toca fue la causa para que, creyendo algún mal suceso mío, le sucedi[e]se el parasismo y desmayo, tal que todos creyeron que era muerta, como yo lo pensé, y tú, Silerio, lo creíste. Díjome también cómo, después de vuelta en sí, supo la verdad de la victoria mía, junto con mi súbita y arrebatada partida, y la ausencia tuya, cuyas nuevas la pusieron en estremo de hacer verdaderas las de su muerte. Pero ya que al último término no la llegaron, hicieron con ella y con su hermana, por industria de una ama suya que con ellas venía, que vistiéndose en hábitos de peregrinas, desconocidamente[513] se saliesen de con sus padres una noche que llegaban junto a Gaeta, a la vuelta que a Nápoles se volvían; y fue a tiempo que la nave donde yo estaba embarcado, después de reparada de la pasada tormenta, estaba ya para pa[r]tirse. Y, diciendo al capitán que querían pasar en España para ir a Sanctiago de Galicia, se concertaron con él y se embarcaron, con prosupuesto de venir a buscarme a Jerez, do pensaban hallarme o saber de mí nueva alguna, y en todo el tiempo que en la nave estuvieron, que sería cuatro días, no habían salido de un aposento que el capitán en la popa les había dado, hasta que, oyéndome cantar los versos que os he dicho, y conosciéndome en la voz y en lo que en ellos decía, salieron al tiempo que os he contado, donde, solemnizando con alegres lágrimas el contento de habernos hallado, estábamos mirando los unos a los otros, sin saber con qué palabras engrandecer nuestra nueva y no pensada alegría, la cual se acrescentara más y llegara al término y punto que agora llega, si de ti, amigo Silerio, allí supiéramos nueva alguna; pero,

como no hay placer que venga tan entero que de todo en todo al corazón satisfaga, en el que entonces teníamos, no sólo nos faltó tu presencia, pero aun las nuevas della. La claridad de la noche, el fresco y agradable viento, que en aquel instante comenzó a herir las velas próspera y blandamente, el mar tranquilo y desembarazado cielo, parece que todos juntos, y cada uno por sí, ayudaban a solemnizar la alegría de nuestros corazones.

»Mas la fortuna variable, de cuya condición no se puede prometer firmeza alguna, envidiosa de nuestra ventura, quiso turbarla con la mayor desventura que imaginar se pudiera, si el tiempo y los prósperos sucesos no la hubieran reducido a mejor término. Sucedió, pues, que a la sazón que el viento comenzaba a refrescar, los solícitos marineros izaron más todas las velas, y con general alegría de todos, seguro y próspero viaje se aseguraban. Uno dellos, que a una parte de la proa iba sentado, descubrió, con la claridad de los bajos rayos de la luna, que cuatro bajeles de remo, a larga y tirada[514] boga, con gran celeridad y priesa, hacia la nave se encaminaban, y al momento conosció ser de contrarios, y con grandes voces comenzó a gritar: "¡Arma, arma, que bajeles turquescos se descubren!". Esta voz y súbito alarido puso tanto sobresalto en todos los de la nave que, sin saber darse maña en el cercano peligro, unos a otros se miraban; mas el capitán della, que en semejantes ocasiones algunas veces se había visto, viniéndose a la proa, procuró reconoscer qué tamaño de bajeles y cuántos eran, y descubrió dos más que el marinero, y conosció que eran galeotas forzadas, [515] de que no poco temor debió de rescibir; pero, disimulando lo mejor que pudo, mandó luego alistar[516] la artillería y cargar las velas todo lo más que se pudiese la vuelta de los contrarios bajeles, por ver si podría entrarse entre ellos y jugar[517] de todas bandas la artillería. Acudieron luego todos a las armas, y repartidos por sus postas[518] como mejor se pudo, la venida de los enemigos esperaban.

»¡Quién podrá significaros, señores, la pena que yo a esta sazón tenía, viendo con tanta celeridad turbado mi contento y tan cerca de poder perderle, y más cuando vi que Nísida y Blanca se miraban, sin hablarse palabra, confusas del estruendo y vocería que en la nave andaba y viéndome a mí rogarles que en su aposento se encerrasen y rogasen a Dios que de las enemigas manos nos librase! Paso y punto fue este que desmaya la imaginación cuando dél se acuerda la memoria. Sus descubiertas lágrimas, y la fuerza que yo me hacía por no mostrar las mías, me tenían de tal manera, que casi me olvidaba de lo que debía hacer, o quién era, y a lo que el peligro obligaba. Mas, en fin, las hice retraer a su estancia casi desmayadas, y, cerrándolas por defuera, acudí a ver lo que el capitán ordenaba, el cual, con prudente solicitud, todas las cosas al caso necesarias estaba proveyendo; y, dando cargo a Darinto —que es aquel caballero que hoy se partió de nosotros— de la guarda del castillo de proa y encomendándome a mí el de popa, él con algunos marineros y pasajeros, por todo el cuerpo de la nave, a una y a otra parte discurría. No tardaron mucho en llegar los enemigos, y tardó harto menos en calmar el viento, que fue la total causa de la perdición nuestra. No osaron los enemigos llegar a bordo, porque, viendo que el viento calmaba, les pareció mejor aguardar el día para embestirnos. Hiciéronlo así, y, el día venido, aunque ya los habíamos contado, acabamos de ver que eran quince bajeles gruesos los que cercados nos tenían, y entonces se acabó de confirmar en nuestros pechos el temor de perdernos. Con todo eso, no desmayando el valeroso capitán ni alguno de los que con él estaban, esperó a ver lo que los contrarios harían, los cuales, luego como vino la mañana, echaron de su capitana una barquilla al agua, y con un renegado enviaron a decir a nuestro capitán que se rindiese, pues veía ser imposible defenderse de tantos bajeles; y más, que eran todos los mejores de Argel, amenazándole de parte de Arnaut Mamí,

[519] su general, que si disparaba alguna pieza el navío, que le había de colgar de una entena en cogiéndole, y añadiendo a éstas otras amenazas. El renegado le persuadió que se rindiese; mas, no quiriéndolo hacer el capitán, respondió al renegado que se alargase de la nave, si no, que le echaría a fondo con la artillería. Oyó Arnaute esta respuesta, y luego, cebando el navío por todas partes, comenzó a jugar desde lejos el artillería con tanta priesa, furia y estruendo que era maravilla. Nuestra nave comenzó a hacer lo mesmo, tan venturosamente, que a uno de los bajeles que por la popa la combatían echó a fondo, porque le acertó con una bala junto a la cinta,[520] de modo que, sin ser socorrido, en breve espacio se le sorbió el mar. Viendo esto los turcos, apresuraron el combate, y en cuatro horas nos embistieron cuatro veces, y otras tantas se retiraron, con mucho daño suyo y no con poco nuestro.

»Mas, por no iros cansando contándoos particularmente las cosas sucedidas en este combate, sólo diré que, después de habernos combatido diez y seis horas, y después de haber muerto nuestro capitán y toda la más gente del navío, a cabo de nueve asaltos que nos dieron, al último dellos entraron furiosamente en el navío. Tampoco, aunque quiera, no podré encarecer el dolor que a mi alma llegó cuando vi que las amadas prendas mías, que ahora tengo delante, habían de ser entonces entregadas y venidas a poder de aquellos crueles carniceros. Y así, llevado de la ira que este temor y consideración me causaba, con pecho desarmado me arrojé por medio de las bárbaras espadas, deseoso de morir al rigor de sus filos, antes que ver a mis ojos lo que esperaba. Pero sucedióme al revés mi pensamiento, porque, abrazándose conmigo tres membrudos turcos, y yo forcejando con ellos, de tropel venimos a dar todos en la puerta de la cámara donde Nísida y Blanca estaban; y con el ímpetu del golpe se rompió y abrió la puerta, que hizo manifiesto el tesoro que allí estaba encerrado, del

cual codiciosos los enemigos, el uno dellos asió a Nísida y el otro a Blanca; y yo, que de los dos me vi libre, al otro que me tenía hice dejar la vida a mis pies, y de los dos pensaba hacer lo mesmo, si ellos, advertidos del peligro, no dejaran la presa de las damas y con dos grandes heridas no me derribaran en el suelo; lo cual visto por Nísida, arrojándose sobre mi herido cuerpo, con lamentables voces pedía a los dos turcos que la acabasen.

»En este instante, atraído de las voces y lamento[s] de Blanca y Nísida, acudió a aquella estancia Arnaute, el general de los bajeles, e, informándose de los soldados de lo que pasaba, hizo llevar a Nísida y a Blanca a su galera, y, a ruegos de Nísida, mandó también que a mí me llevasen, pues no estaba aún muerto. Desta manera, sin tener yo sentido alguno, me llevaron a la enemiga galera capitana, donde fui luego curado con alguna diligencia, porque Nísida había dicho al capitán que yo era hombre principal y de gran rescate,[521] con intención que, cebados de la codicia y del dinero que de mí podrían haber, con algo más recato mirasen por la salud mía. Sucedió, pues, que estando curándome las heridas, con el dolor dellas volví en mi acuerdo, y, volviendo los ojos a una parte y a otra, conoscí que estaba en poder de mis enemigos y en el bajel contrario; pero ninguna cosa me llegó tan al alma como fue ver en la popa de la galera a Nísida y Blanca, sentadas a los pies del perro general, derramando por sus ojos infinitas lágrimas, indicios del interno dolor que padecían. No el temor de la afrentosa muerte que esperaba cuando tú della, buen amigo Silerio, en Cataluña me libraste; no la falsa nueva de la muerte de Nísida, de mí por verdadera creída; no el dolor de mis mortales heridas ni otra cualquiera aflición que imaginar pudiera me causó ni causará más sentimiento que el que me vino de ver a Nísida y Blanca en poder de aquel bárbaro descreído, donde a tan cercano y claro peligro estaban puestas sus honras. El dolor deste sentimiento hizo tal operación en mi alma, que torné de nuevo a perder los sentidos y a quitar la

esperanza de mi salud y vida al cirujano[522] que me curaba, de tal modo que, creyendo que era muerto, paró en medio de la cura, certificando a todos que ya yo desta vida había pasado. Oídas estas nuevas por las dos desdichadas hermanas, digan ellas lo que sintieron, si se atreven; que yo sólo sé decir que después supe que, levantándose las dos de do estaban, tirando de sus rubios cabellos y arañando sus hermosos rostros, sin que nadie pudiese detenerlas, vinieron adonde yo desmayado estaba, y allí comenzaron a hacer tan lastimero llanto que a los mesmos pechos de los crueles bárbaros enternecieron. Con las lágrimas de Nísida que en el rostro me caían, o por las ya frías y enconadas heridas, que gran dolor me causaban, torné a volver de nuevo en mi acuerdo, para acordarme de mi nueva desventura. Pasaré en silencio agora las lastimeras y amorosas palabras que en aquel desdichado punto entre mí y Nísida pasaron, por no entristecer tanto el alegre en que ahora nos hallamos, ni quiero decir por extenso los trances que ella me contó que con el capitán había pasado, el cual, vencido de su hermosura, mil promesas, mil regalos, mil amenazas le hizo porque viniese a condecender con la desordenada[523] voluntad suya; pero, mostrándose ella con él tan esquiva como honrada, y tan honrada como esquiva, pudo todo aquel día y otra noche siguiente defenderse de las pesadas importunaciones del cosario. Mas, como la continua presencia de Nísida iba cresciendo en él por puntos el libidinoso deseo, sin duda alguna se pudiera temer, como yo temía, que, dejando los ruegos y usando la fuerza, Nísida perdiera su honra, o la vida, que era lo más cierto que de su bondad se podía esperar.

»Pero, cansada ya la fortuna de habernos puesto en el más bajo estado de miseria, quiso darnos a entender ser verdad lo que de la instabilidad suya se pregona, por un medio que nos puso en términos de rogar al cielo que en aquella desdichada suerte nos mantuviese, a trueco de no perder la vida

sobre las hinchadas ondas del mar airado, el cual, a cabo de dos días que captivos fuimos, y a la sazón que llevábamos el derecho viaje de Berbería, movido de un furioso jaloque, comenzó a hacer montañas de agua y a azotar con tanta furia la cosaria armada que, sin poder los cansados remeros aprovecharse de los remos, afrenillaron[524] y acudieron al usado remedio de la vela del trinquete al árbol, y a dejarse llevar por donde el viento y mar quisiese; y de tal manera cresció la tormenta que en menos de media hora esparció y apartó a diferentes partes los bajeles, sin que ninguno pudiese tener cuenta con seguir su capitán; antes, en poco rato divididos todos, como he dicho, vino nuestro bajel a quedar solo y a ser el que más el peligro amenazaba, porque comenzó a hacer tanta agua por las costuras que, por mucho que por todas las cámaras de popa, proa y medianía le agotaban, siempre en la centina[525] llegaba el agua a la rodilla; y añadióse a toda esta desgracia sobrevenir la noche, que en semejantes casos, más que en otros algunos, el medroso temor acrescienta; y vino con tanta escuridad y nueva borrasca que, de todo en todo, todos desesperamos de remedio. No queráis más saber, señores, sino que los mesmos turcos rogaban a los cristianos que iban al remo captivos que invocasen y llamasen a sus sanctos y a su Cristo para que de tal desventura los librase; y no fueron tan en vano las plegarias de los míseros cristianos que allí iban, que, movido el alto cielo dellas, dejase sosegar el viento; antes, le cresció con tanto ímpetu y furia que al amanescer del día, que sólo pudo conoscerse por las horas del reloj de arena por quien se rigen, se halló el mal gobernado bajel en la costa de Cataluña, tan cerca de tierra y tan sin poder apartarse della, que fue forzoso alzar un poco más la vela para que con más furia embistiese en una ancha playa que delante se nos ofrecía: que el amor de la vida les hizo parecer dulce a los turcos la esclavitud que esperaban.

»Apenas hubo la galera embestido en tierra, cuando luego acudió a la playa mucha gente armada, cuyo traje y lengua dio a entender ser catalanes y ser de Cataluña aquella costa, y aun aquel mesmo lugar donde, a riesgo de la tuya, amigo Silerio, la vida mía escapaste.[526] ¡Quién pudiera exagerar agora el gozo de los cristianos, que del insufrible y pesado yugo del amargo captiverio veían libres y desembarazados sus cuellos, y las plegarias y ruegos que los turcos, poco antes libres y señores, hacían a sus mesmos esclavos, rogándoles fuesen parte para que de los indignados cristianos maltratados no fuesen, los cuales ya en la playa los esperaban, con deseo de vengarse de la ofensa que estos mesmos turcos les habían hecho, saqueándoles su lugar, como tú, Silerio, sabes! Y no les salió vano el temor que tenían, porque, en entrando los del pueblo en la galera, que encallada en la arena estaba, hicieron tan cruel matanza en los cosarios, que muy pocos quedaron con la vida; y si no fuera que les cegó la codicia de robar la galera, todos los turcos en aquel primero ímpetu fueran muertos. Finalmente, los turcos que quedaron y cristianos captivos que allí veníamos, todos fuimos saqueados, y si los vestidos que yo traía no estuvieran sangrentados, creo que aun no me los dejaran. Darinto, que también allí venía, acudió luego a mirar por Nísida y Blanca y a procurar que me sacasen a tierra donde fuese curado.

»Cuando yo salí y reconocí el lugar donde estaba, y consideré el peligro en que en él me había visto, no dejó de darme alguna pesadumbre, causada de temor no fuese conoscido y castigado por lo que no debía; y así, rogué a Darinto que, sin poner dilación alguna, procurase que a Barcelona nos fuésemos, diciéndole la causa que me movía a ello; pero no fue posible, porque mis heridas me fatigaban de manera que me forzaron a que allí algunos días estuviese, como estuve, sin ser de más de un cirujano visitado. En este entretanto fue Darinto a Barcelona, donde proveyéndose de lo que

menester habíamos, dio la vuelta; y, hallándome mejor y con más fuerza, luego nos pusimos en camino para la ciudad de Toledo, por saber de los parientes de Nísida que sí sabían de sus padres, a quien ya hemos escripto todo el suceso de nuestras vidas, pidiéndole perdón de nuestros pasados yerros. Y todo el contento y dolor destos buenos y malos sucesos, lo ha acrescentado o diminuido la ausencia tuya, Silerio. Mas, pues el cielo agora con tantas ventajas ha dado remedio a nuestras calamidades, no resta otra cosa sino que, dándole las debidas gracias por ello, tú, Silerio amigo, deseches la tristeza pasada con la ocasión de la alegría presente, y procures darla a quien ha muchos días que por tu causa vive sin ella, como lo sabrás cuando más a solas y contigo las comunique. Otras algunas cosas me quedan por decir que me han sucedido en el discurso desta mi peregrinación; pero dejarlas he por agora, por no dar con la prolijidad dellas disgusto a estos pastores, que han sido el instrumento de todo mi placer y gusto.» Éste es, pues, Silerio amigo y amigos pastores, el suceso de mi vida: ved si, por la que he pasado y por la que agora paso, me puedo llamar el más lastimado y venturoso hombre de los que hoy viven.

Con estas últimas palabras dio fin a su cuento el alegre Timbrio, y todos los que presentes estaban se alegraron del felice suceso que sus trabajos habían tenido, pasando el contento de Silerio a todo lo que decir se puede; el cual, tornando de nuevo a abrazar a Timbrio, forzado del deseo de saber quién era la persona que por su causa sin contento vivía, pidiendo licencia a los pastores, se apartó con Timbrio a una parte, donde supo dél que la hermosa Blanca, hermana de Nísida, era la que más que a sí le amaba desde el mesmo día y punto que ella supo quién él era y el valor de su persona; y que jamás, por no ir contra aquello que a su honestidad estaba obligada, había querido descubrir este pensamiento sino a su hermana, por cuyo medio esperaba tenerle honrado en el cumplimiento de sus deseos. Díjole

asimismo Timbrio cómo aquel caballero Darinto, que con él venía, y de quien él había hecho mención en la plática pasada, conosciendo quién era Blanca y llevado de su hermosura, se había enamorado della con tantas veras que la pidió por esposa a su hermana Nísida, la cual le desengañó que Blanca no lo haría en manera alguna, y que, agraviado desto Darinto, creyendo que por el poco valor suyo le desechaban, y por sacarle desta sospecha, le hubo de decir Nísida cómo Blanca tenía ocupados los pensamientos en Silerio; mas, que no por esto Darinto había desmayado ni dejado la empresa, «porque,[527] como supo que de ti, Silerio, no se sabía nueva alguna, imaginó que los servicios que él pensaba hacer a Blanca, y el tiempo, la apartarían de su intención primera; y con este presupuesto jamás nos quiso dejar, hasta que ayer, oyendo a los pastores las ciertas nuevas de tu vida y conosciendo el contento que con ellas Blanca había rescibido, y considerando ser imposible que, paresciendo Silerio, pudiese Darinto alcanzar lo que deseaba, sin despedirse de ninguno, se había, con muestras de grandísimo dolor, apartado de todos.» Junto con esto, aconsejó Timbrio a su amigo fuese contento de que Blanca le tuviese, escogiéndola y aceptándola por esposa, pues ya la conoscía y no ignoraba su valor y honestidad, encareciéndole el gusto y placer que los dos tendrían viéndose con tales dos hermanas casados. Silerio le respondió que le diese espacio para pensar en aquel hecho, aunque él sabía que al cabo era imposible dejar de hacer lo que él le mandase.

A esta sazón, comenzaba ya la blanca aurora a dar señales de su nueva venida, y las estrellas poco a poco iban escondiendo la claridad suya; y a este mesmo punto llegó a los oídos de todos la voz del enamorado Lauso, el cual, como su amigo Damón había sabido que aquella noche la habían de pasar en la ermita de Silerio, quiso venir a hallarse con él y con los demás pastores; y, como todo su gusto y pasatiempo era cantar al son de su rabel

los sucesos prósperos o adversos de sus amores, llevado de la condición suya, y convidado de la soledad del camino y de la sabrosa armonía de las aves, que ya comenzaban con su dulce y concertado canto a saludar el venidero día, con baja voz, semejantes versos venía cantando:

Lauso

Alzo la vista a la más noble parte
que puede imaginar el pensamiento,
donde miro el valor, admiro el arte
que suspende el más alto entendimiento.
Mas, si queréis saber quién fue la parte
que puso fiero yugo al cuello esento,
quién me entregó, quién lleva mis despojos,
mis ojos son, Silena, y son tus ojos.

Tus ojos son, de cuya luz serena
me viene la que al cielo me encamina:
luz de cualquiera escuridad ajena,
segura muestra de la luz divina.
Por ella el fuego, el yugo y la cadena
que me consume, carga y desatina,
es refrigerio, alivio, es gloria, es palma
al alma, y vida que te ha dado el alma.

¡Divinos ojos, bien del alma mía,
término y fin de todo mi deseo;
ojos que serenáis el turbio día,
ojos por quien yo veo si algo veo!
En vuestra luz mi pena y mi alegría

ha puesto amor; en vos contemplo y leo
la dulce, amarga, verdadera historia
del cierto infierno, de mi incierta gloria.
En ciega escuridad andaba cuando
vuestra luz me faltaba, ¡oh bellos ojos!;
acá y allá, sin ver el cielo, errando
entre agudas espinas y entre abrojos;
mas luego, en el momento que tocando
fueron al alma mía los manojos
de vuestros rayos claros, vi a la clara
la senda de mi bien abierta y clara.
Vi que sois y seréis, ojos serenos,
quien me levanta y puede levantarme
a que entre el corto número de buenos
venga como mejor a señalarme.
Esto podréis hacer no siendo ajenos
y con pequeño acuerdo de mirarme,
que el gusto del más bien enamorado
consiste en el mirar y ser mirado.
Si esto es verdad, Silena, ¿quién ha sido,
es ni será que, con firmeza pura,
cual yo te quiera ni te habrá querido,
por más que amor le ayude y la ventura?
La gloria de tu vista he merescido
por mi inviolable fe; mas es locura
pensar que pueda merecerse aquello
que apenas puede contemplarse en ello.

El canto y el camino acabó en un mesmo punto el enamorado Lauso, el cual de todos los que con Silerio estaban fue amorosamente recibido, acrescentando con su presencia el alegría que todos tenían por el buen suceso que los trabajos de Silerio habían tenido. Y, estándoselos Damón contando, vieron asomar por junto a la ermita al venerable Aurelio, que, con algunos de sus pastores, traía algunos regalos con que regalar y satisfacer a los que allí estaban, como lo había prometido el día antes que dellos se partió. Maravillados quedaron Tirsi y Damón de verle venir sin Elicio y Erastro; y más lo fueron cuando vinieron a entender la causa del haberse quedado. Llegó Aurelio, y su llegada augmentara más el contento de todos, si no dijera, encaminando su razón a Timbrio:

—Si te precias, como es razón que te precies, valeroso Timbrio, de ser verdadero amigo del que lo es tuyo, agora es tiempo de mostrarlo, acudiendo a remediar a Darinto, que no lejos de aquí queda tan triste y apasionado, y tan fuera de admitir consuelo alguno en el dolor que padece, que algunos que yo le di no fueron parte para que él los tuviese por tales. Hallámosle Elicio, Erastro y yo, habrá dos horas, en medio de aquel monte que a esta mano derecha se descubre, el caballo arrendado[528] a un pino, y él en el suelo boca abajo tendido, dando tiernos y dolorosos sospiros, y de cuando en cuando decía algunas palabras que a maldecir su ventura se encaminaban; al son lastimero de las cuales, llegamos a él, y con el rayo de la luna, aunque con dificultad, fue de nosotros conoscido; e importunado que la causa de su mal nos dijese, díjonosla, y por ella entendimos el poco remedio que tenía. Con todo eso, se han quedado con él Elicio y Erastro, y yo he venido a darte las nuevas del término en que le tienen sus pensamientos; y, pues a ti te son tan manifiestos, procura remediarlos con obras, o acude a consolarlos con palabras.

—Palabras serán todas, buen Aurelio —respondió Timbrio—, las que yo en esto gastaré, si ya él no quiere aprovecharse de la ocasión del desengaño y disponer sus deseos a que el tiempo y la ausencia hagan en él sus acostumbrados efectos. Mas, porque no se piense que no correspondo a lo que a su amistad estoy obligado, enséñame, Aurelio, a qué parte le dejaste, que yo quiero ir luego a verle.

—Yo iré contigo —respondió Aurelio.

Y luego, al momento, se levantaron todos los pastores para acompañar a Timbrio y saber la causa del mal de Darinto, dejando a Silerio con Nísida y Blanca, con tanto contento de los tres que no se acertaban a hablar palabra. En el camino que había desde allí adonde Aurelio a Darinto había dejado, contó Timbrio a los que con él iban la ocasión de la pena de Darinto y el poco remedio que della se podría esperar, pues la hermosa Blanca, por quien él penaba, tenía ocupados sus deseos en su buen amigo Silerio; diciéndoles, asimesmo, que había de procurar con toda su industria y fuerzas que Silerio viniese en lo que Blanca deseaba, suplicándoles que todos fuesen en ayudar a favorescer su intención, porque, en dejando a Darinto, quería que todos a Silerio rogasen diese el sí de rescibir a Blanca por su ligítima esposa. Los pastores se ofrecieron de hacer lo que se les mandaba, y en estas pláticas llegaron adonde creyó Aurelio que Elicio, Darinto y Erastro estarían; pero no hallaron alguno, aunque rodearon y anduvieron gran parte de un pequeño bosque que allí estaba, de que no poco pesar rescibieron todos. Pero, estando en esto, oyeron un tan doloroso sospiro que les puso en confusión y deseo de saber quién le había dado; mas sacóles presto desta duda otro que oyeron no menos triste que el pasado, y, acudiendo todos a aquella parte adonde el sospiro venía, vieron estar no lejos dellos, al pie de un crescido nogal, dos pastores: el uno sentado sobre la yerba verde, y el otro tendido en el suelo y la cabeza puesta sobre las

rodillas del otro. Estaba el sentado con la cabeza inclinada, derramando lágrimas y mirando atentamente al que en las rodillas tenía; y, así por esto como por estar el otro con color perdida y rostro desmayado, no pudieron luego conoscer quién era; mas, cuando más cerca llegaron, luego conoscieron que los pastores eran Elicio y Erastro: Elicio, el desmayado, y Erastro, el lloroso. Grande admiración y tristeza causó en todos los que allí venían la triste semblanza de los dos lastimados pastores, por ser tan amigos suyos y por ignorar la causa que de tal modo los tenía; pero el que más se maravilló fue Aurelio, por ver que tan poco antes los había dejado en compañía de Darinto con muestras de todo placer y contento, como si él no hubiera sido la causa de toda su desdicha. Viendo, pues, Erastro, que los pastores a él se llegaban, estremeció a Elicio, diciéndole:

—Vuelve en ti, lastimado pastor; levántate y busca lugar donde puedas a solas llorar tu desventura, que yo pienso hacer lo mesmo hasta acabar la vida.

Y, diciendo esto, cogió con las dos manos la cabeza de Elicio, y, quitándola de sus rodillas, la puso en el suelo, sin que el pastor pudiese volver en su acuerdo; y, levantándose Erastro, volvía las espaldas para irse, si Tirsi y Damón y los demás pastores no se lo impidieran. Llegó Damón adonde Elicio estaba, y, tomándole entre los brazos, le hizo volver en sí. Abrió Elicio los ojos, y, porque conosció a todos los que allí estaban, tuvo cuenta con que su lengua, movida y forzada del dolor, no dijese algo que la causa dél manifestase; y, aunque ésta le fue preguntada por todos los pastores, jamás respondió sino que no sabía otra cosa de sí mismo sino que, estando hablando con Erastro, le había tomado un recio desmayo. Lo proprio decía Erastro, y a esta causa los pastores dejaron de preguntarle más la causa de su pasión; antes, le rogaron que con ellos a la ermita de Silerio se volviese, y que desde allí le llevarían a la aldea o a su cabaña; mas no fue

posible que con él esto se acabase, sino que le dejasen volver a la aldea. Viendo, pues, que ésta era su voluntad, no quisieron contradecírsela; antes, se ofrecieron de ir con él; pero de ninguno quiso compañía, ni la llevara si la porfía de su amigo Damón no le venciera; y así, se hubo de partir con él, dejando concertado Damón con Tirsi que se viesen aquella noche en el aldea o cabaña de Elicio, para dar orden de volverse a la suya. Aurelio y Timbrio preguntaron a Erastro por Darinto, el cual les respondió que, ansí como Aurelio se había apartado dellos, le tomó el desmayo a Elicio, y que entretanto que él le socorría, Darinto se había partido con toda priesa, y que nunca más le habían visto. Viendo, pues, Timbrio y los que con él venían que a Darinto no hallaban, determinaron de volver a la ermita a rogar a Silerio aceptase a la hermosa Blanca por su esposa, y con esta intención se volvieron todos, excepto Erastro, que quiso seguir a su amigo Elicio. Y así, despidiéndose dellos, acompañado de solo su rabel, se apartó por el mesmo camino que Elicio había ido, el cual, habiéndose un rato apartado con su amigo Damón de la demás compañía, con lágrimas en los ojos y con muestras de grandísima tristeza, así le comenzó a decir:

—Bien sé, discreto Damón, que tienes de los efectos de amor tanta experiencia que no te maravillarás de los que agora pienso contarte, que son tales que, a la cuenta de mi opinión, los estimo y tengo por de los más desastrados que en el amor se hallan.

Damón, que no deseaba otra cosa que saber la causa del desmayo y tristeza suya, le aseguró que ninguna cosa le sería a él nueva, como tocase a los males que el amor suele hacer. Y así, Elicio, con este seguro, y con el mayor que de su amistad tenía, prosiguió diciendo:

—Ya sabes, amigo Damón, cómo la buena suerte mía —que este nombre de buena le daré siempre, aunque me cueste la vida el haberla tenido—; digo, pues, que la buena suerte mía quiso, como todo el cielo y todas estas

riberas saben, que yo amase, ¿qué digo amase?, que adorase a la sin par Galatea, con tan limpio y verdadero amor cual a su merescimiento se debe; juntamente te confieso, amigo, que, en todo el tiempo que ha que ella tiene noticia de mi cabal deseo, no ha correspondido a él con otras muestras que las generales que suele y debe dar un casto y agradescido pecho; y así, ha algunos años que, sustentada mi esperanza con una honesta correspondencia amorosa, he vivido tan alegre y satisfecho de mis pensamientos, que me juzgaba por el más dichoso pastor que jamás apascentó ganado, contentándome sólo de mirar a Galatea y de ver que, si no me quería, no me aborrecía, y que otro ningún pastor no se podría alabar que aun della fuese mirado; que no era poca satisfación de mi deseo tener puestos mis pensamientos en tan segura parte que de otros algunos no me recelaba, confirmándome en esta verdad la opinión que conmigo tiene el valor de Galatea, que es tal, que no da lugar a que se le atreva el mesmo atrevimiento. Contra este bien que tan a poca costa el amor me daba, contra esta gloria tan sin ofensa de Galatea gozada, contra este gusto tan justamente de mi deseo merescido, se ha dado hoy irrevocable sentencia: que el bien se acabe, que la gloria fenezca, que el gusto se cambie y que, finalmente, se concluya la tragedia de mi dolorosa vida. Porque sabrás, Damón, que esta mañana, viniendo con Aurelio, padre de Galatea, a buscaros a la ermita de Silerio, en el camino me dijo cómo tenía concertado de casar a Galatea con un pastor lusitano que en las riberas del blando Lima[529] gran número de ganado apascienta. Pidióme que le dijese qué me parescía, porque, de la amistad que me tenía y de mi entendimiento, esperaba ser bien aconsejado. Lo que yo le respondí fue que me parescía cosa recia poder acabar con su voluntad privarse de la vista de tan hermosa hija, desterrándola a tan apartadas tierras, y que si lo hacía llevado y cebado de las riquezas del estranjero pastor, que considerase que no carecía él tanto

dellas que no tuviese para vivir en su lugar mejor que cuantos en él de ricos presumían, y que ninguno de los mejores de cuantos habitan las riberas de Tajo dejaría de tenerse por venturoso cuando alcanzase a Galatea por esposa. No fueron mal admitidas mis razones del venerable Aurelio; pero, en fin, se resolvió diciendo que el rabadán mayor[530] de todos los aperos se lo mandaba, y él era el que lo había concertado y tratado, y que era imposible deshacerse. Preguntéle con qué semblante Galatea había rescibido las nuevas de su destierro. Díjome que se había conformado con su voluntad, y que disponía la suya a hacer todo lo que él quisiese, como obediente hija. Esto supe de Aurelio, y ésta es, Damón, la causa de mi desmayo, y la que será de mi muerte, pues de ver a Galatea en poder ajeno y ajena de mi vista, no se puede esperar otra cosa que el fin de mis días.

Acabó su razón el enamorado Elicio y comenzaron sus lágrimas, derramadas en tanta abundancia que, enternecido el pecho de su amigo Damón, no pudo dejar de acompañarle en ellas; más, a cabo de poco espacio, comenzó, con las mejores razones que supo, a consolar a Elicio; pero todas sus palabras en ser palabras paraban, sin que ningún otro efecto hiciesen. Todavía quedaron de acuerdo que Elicio a Galatea hablase y supiese della si de su volun[t]ad consintía en el casamiento que su padre le trataba; y que, cuando no fuese con el gusto suyo, se le ofreciese de librarla de aquella fuerza,[531] pues para ello no le faltaría ayuda. Parecióle bien a Elicio lo que Damón decía, y determinó de ir a buscar a Galatea, para declararle su voluntad y saber la que ella en su pecho encerraba. Y así, trocando el camino que de su cabaña llevaban, hacia el aldea se encaminaron; y, llegando a una encrucijada que junto a ella cuatro caminos dividía, por uno dellos vieron venir hasta ocho dispuestos pastores, todos con azagayas[532] en las manos, excepto uno dellos, que a caballo venía sobre una hermosa yegua, vestido con un gabán morado, y los demás a pie,

y todos rebozados los rostros con unos pañizuelos. Damón y Elicio se pararon hasta que los pastores pasasen, los cuales, pasando junto a ellos, bajando las cabezas, cortésmente les saludaron, sin que alguno alguna palabra hablase. Maravillados quedaron los dos de ver la estrañeza de los ocho, y estuvieron quedos por ver qué camino seguían; pero luego vieron que el de la aldea tomaban, aunque por otro diferente que por el que ellos iban. Dijo Damón a Elicio que los siguiesen, mas no quiso, diciendo que por aquel camino que él quería seguir, junto a una fuente que no lejos dél estaba, solía estar muchas veces Galatea con algunas pastoras del lugar, y que sería bien ver si la dicha se la ofrescía tan buena que allí la hallasen. Contentóse Damón de lo que Elicio quería; y así, le dijo que guiase por do quisiese. Y sucedióle la suerte como él mesmo se había imaginado, porque no anduvieron mucho cuando llegó a sus oídos la zampoña de Florisa, acompañada de la voz de la hermosa Galatea, que, como de los pastores fue oída, quedaron enajenados de sí mesmos. Entonces acabó de conoscer Damón cuánta verdad decían todos los que las gracias de Galatea alababan, la cual estaba en compañía de Rosaura y Florisa, y de la hermosa y recién casada Silveria, con otras dos pastoras de la mesma aldea. Y, puesto que Galatea vio venir a los pastores, no por eso quiso dejar su comenzado canto; antes, pareció dar muestras de que recibía contento en que los pastores la escuchasen, los cuales ansí lo hicieron con toda la atención posible; y lo que alcanzaron a oír de lo que la pastora cantaba fue lo siguiente:

Galatea

¿A quién volveré los ojos
en el mal que se apareja,
si, cuanto mi bien se aleja,

se acercan más mis enojos?
A duro mal me condemna
el dolor que me destierra,
que si me acaba en mi tierra,
¿qué bien me hará en el ajena?

¡Oh justa amarga obediencia,
que por cumplirte he de dar
el sí que ha de confirmar
de mi muerte la sentencia!
Puesta estoy en tanta mengua,
que por gran bien estimara
que la vida me faltara,
o, por lo menos, la lengua.

Breves horas y cansadas
fueron las de mi contento;
eternas las del tormento,
mas confusas y pesadas.
Gocé de mi libertad
en mi temprana sazón;
pero ya la subjeción
anda tras mi voluntad.

Ved si es el combate fiero
que dan a mi fantasía,
si al cabo de su porfía
he de querer y no quiero.

¡Oh fastidioso gobierno,
que a los respectos humanos
tengo de cruzar las manos
y abajar el cuello tierno!

¿Que tengo de despedirme
de ver el Tajo dorado?
¿Que ha de quedar mi ganado,
y yo, triste, he de partirme?
¿Que estos árboles sombríos
y estos anchos verdes prados
no serán ya más mirados
de los tristes ojos míos?

Severo padre, ¿qué haces?
Mira que es cosa sabida
que a mí me quitas la vida
con lo que a ti satisfaces.
Si mis sospiros no valen
a descubrirte mi mengua,
lo que no puede mi lengua
mis ojos te lo señalen.

Ya triste se me figura
el punto de mi partida,
la dulce gloria perdida
y la amarga sepultura.
El rostro que no se alegra

del no conoscido esposo,
el camino trabajoso,
la antigua enfadosa suegra,

y otros mil inconvinientes,
todos para mí contrarios;
los gustos extraordinarios
del esposo y sus parientes.
Mas todos estos temores
que me figura mi suerte
se acabarán con la muerte,
que es el fin de los dolores.

No cantó más Galatea, porque las lágrimas que derramaba le impidieron la voz, y aun el contento a todos los que escuchado la habían, porque luego supieron claramente lo que en confuso imaginaban del casamiento de Galatea con el lusitano pastor, y cuán contra su voluntad se hacía; pero a quien más sus lágrimas y sospiros lastimaron fue a Elicio, que diera él por remediarlas su vida, si en ella consistiera el remedio dellas; pero, aprovechándose de su discreción y disimulando el rostro el dolor que el alma sentía, él y Damón se llegaron adonde las pastoras estaban, a las cuales cortésmente saludaron, y con no menos cortesía fueron dellas rescibidos. Preguntó luego Galatea a Damón por su padre, y respondióle que en la ermita de Silerio quedaba, en compañía de Timbrio y Nísida y de todos los otros pastores que a Timbrio acompañaron; y asimesmo le dio cuenta del conoscimiento de Silerio y Timbrio y de los amores de Darinto y Blanca, la hermana de Nísida, con todas las particularidades que Timbrio

había contado de lo que en el discurso de sus amores le había sucedido, a lo cual Galatea dijo:

—Dichoso Timbrio y dichosa Nísida, pues en tanta felicidad han parado los desasosiegos hasta aquí padecidos, con la cual pondréis en olvido los pasados desastres; antes servirán ellos de acrescentar vuestra gloria, pues se suele decir que la memoria de las pasadas calamidades augmenta el contento en las alegrías presentes. Mas, ¡ay del alma desdichada que se vee puesta en términos de acordarse del bien perdido, y con temor del mal que está por venir, sin que vea ni halle remedio ni medio alguno para estorbar la desventura que le está amenazando, pues tanto más fatigan los dolores cuanto más se temen!

—Verdad dices, hermosa Galatea —dijo Damón—, que no hay duda sino que el repentino y no esperado dolor que viene no fatiga tanto, aunque sobresalta, como el que con largo discurso de tiempo amenaza y quita todos los caminos de remediarse. Pero, con todo eso, digo, Galatea, que no da el cielo tan apurados los males que quite de todo en todo el remedio dellos, principalmente cuando nos los deja ver primero, porque parece que entonces quiere dar lugar al discurso de nuestra razón para que se ejercite y ocupe en templar o desviar las venideras desdichas, y muchas veces se contenta de fatigarnos con sólo tener ocupados nuestros ánimos con algún espacioso temor, sin que se venga a la ejecución del mal que se teme; y, cuando a ella se viniese, como no acabe la vida, ninguno, por ningún mal que padezca, debe desesperar del remedio.

—No dudo yo deso —replicó Galatea—, si fuesen tan ligeros los males que se temen o se padecen, que dejasen libre y desembarazado el discurso de nuestro entendimiento; pero bien sabes, Damón, que, cuando el mal es tal que se le puede dar este nombre, lo primero que hace es añublar[533] nuestro sentido y aniquilar las fuerzas de nuestro albedrío, descaeciendo

nuestra virtud de manera que apenas puede levantarse aunque más la solicite la esperanza.

—No sé yo, Galatea —respondió Damón—, cómo en tus verdes años puede caber tanta experiencia de los males, si no es que quieres que entendamos que tu mucha discreción se estiende a hablar por sciencia[534] de las cosas; que, por otra manera, ninguna noticia dellas tienes.

—Pluguiera al cielo, discreto Damón —replicó Galatea—, que no pudiera contradecirte lo que dices, pues en ello granjeara dos cosas: quedar en la buena opinión que de mí tienes, y no sentir la pena que me hace hablar con tanta experiencia en ella.

Hasta este punto estuvo callando Elicio; pero, no pudiendo sufrir más ver a Galatea dar muestras del amargo dolor que padecía, le dijo:

—Si imaginas, por ventura, sin par Galatea, que la desdicha que te amenaza puede por alguna[535] ser remediada, por lo que debes a la voluntad que para servirte de mí tienes conoscida, te ruego me la declares; y si esto no quisieres, por cumplir con lo que a la paternal obediencia debes, dame, a lo menos, licencia para que yo me oponga contra quien quisiere llevarnos destas riberas el tesoro de tu hermosura, que en ellas se ha criado. Y no entiendas, pastora, que presumo yo tanto de mí mesmo, que solo me atreva a cumplir con las obras lo que agora por palabras te ofrezco; que, puesto que el amor que te tengo para mayor empresa me da aliento, desconfío de mi ventura; y así, la habré de poner en las manos de la razón y en las de todos los pastores que por estas riberas de Tajo apascientan sus ganados, los cuales no querrán consentir que se les arrebate y quite delante de sus ojos el sol que los alumbra, y la discreción que los admira, y la belleza que los incita y anima a mil honrosas competencias. Ansí que, hermosa Galatea, en fe de la razón que he dicho y de la que tengo de adorarte, te hago este ofrescimiento, el cual te ha de obligar a que tu

voluntad me descubras, para que yo no caiga en error de ir contra ella en cosa alguna; pero, considerando que la bondad y honestidad incomparable tuya te ha de mover a que correspondas antes al querer de tu padre que al tuyo, no quiero, pastora, que me le declares, sino tomar a mi cargo hacer lo que me pareciere, con presupuesto de mirar por tu honra con el cuidado que tú mesma has mirado siempre por ella.

Iba Galatea a responder a Elicio y a agradecerle su buen deseo, mas estorbólo la repentina llegada de los ocho rebozados pastores que Damón y Elicio habían visto pasar poco antes hacia el aldea. Llegaron todos donde las pastoras estaban, y, sin hablar palabra, los seis dellos, con increíble celeridad, arremetieron a abrazarse con Damón y con Elicio, teniéndolos tan fuertemente apretados que en ninguna manera pudieron desasirse. En este entretanto, los otros dos, que era el uno el que a caballo venía, se fueron adonde Rosaura estaba dando gritos por la fuerza que a Damón y a Elicio se les hacía; pero, sin aprovecharle defensa alguna, uno de los pastores la tomó en brazos y púsola sobre la yegua y en los del que en ella venía, el cual, quitándose el rebozo, se volvió a los pastores y pastoras, diciendo:

—No os maravilléis, buenos amigos, de la sinrazón que al parecer aquí se os ha hecho, porque la fuerza de amor y la ingratitud de esta dama han sido causa della; ruégoos me perdonéis, pues no está más en mi mano; y si por estas partes llegare, como creo que presto llegará, el conoscido Grisaldo, diréisle cómo Artandro se lleva a Rosaura, porque no pudo sufrir ser burlado della; y que si el amor y esta injuria le movieren a querer vengarse, que ya sabe que Aragón es mi patria y el lugar donde vivo.

Estaba Rosaura desmayada sobre el arzón de la silla, y los demás pastores no querían dejar a Elicio ni a Damón, hasta que Artandro mandó que los dejasen, los cuales, viéndose libres, con valeroso ánimo sacaron sus

cuchillos y arremetieron contra los siete pastores, los cuales todos juntos les pusieron las azagayas que traían a los pechos, diciéndoles que se tuviesen, pues veían cuán poco podían ganar en la empresa que tomaban.

—Harto menos podrá ganar Artandro —les respondió Elicio— en haber cometido tal traición.

—No la llames traición —respondió uno de los otros—, porque esta señora ha dado la palabra de ser esposa de Artandro, y agora, por cumplir con la condición mudable de mujer, la ha negado y entregádose a Grisaldo, que es agravio tan manifiesto, y tal, que no pudo ser disimulado de nuestro amo Artandro. Por eso, sosegaos, pastores, y tenednos en mejor opinión que hasta aquí, pues el servir a nuestro amo en tan justa ocasión nos disculpa.

Y, sin decir más, volvieron las espaldas, recelándose todavía de los malos semblantes con que Elicio y Damón quedaron, los cuales estaban con tanto enojo por no poder deshacer aquella fuerza, y por hallarse inhabilitados de vengarse de lo que a ellos se les hacía, que ni sabían qué decirse ni qué hacerse. Pero los estremos que Galatea y Florisa hacían, por ver llevar de aquella manera a Rosaura, eran tales, que movieron a Elicio a poner su vida en manifiesto peligro de perderla, porque, sacando su honda, y haciendo Damón lo mesmo, a todo correr fue siguiendo a Artandro, y desde lejos, con mucho ánimo y destreza, comenzaron a tirarles tantas piedras que les hicieron detener y tornarse a poner en defensa. Pero, con todo esto, no dejara de sucederles mal a los dos atrevidos pastores, si Artandro no mandara a los suyos que se adelantaran y los dejaran, como lo hicieron, hasta entrarse por un espeso montezuelo que a un lado del camino estaba, y con la defensa de los árboles hacían poco efecto las hondas y piedras de los enojados pastores. Y, con todo esto, los siguieran, si no vieran que Galatea y Florisa y las otras dos pastoras a más andar hacia donde ellos estaban se venían, y por esto se detuvieron, haciendo fuerza al enojo que los incitaba y

a la deseada venganza que pretendían; y, adelantándose a rescebir a Galatea, ella les dijo:

—Templad vuestra ira, gallardos pastores, pues a la ventaja de nuestros enemigos no puede igualar vuestra diligencia, aunque ha sido tal, cual nos la ha mostrado el valor de vuestros ánimos.

—El ver el tuyo descontento, Galatea —dijo Elicio—, creí yo que diera tales fuerzas al mío, que no se alabaran aquellos descomedidos pastores de la que nos han hecho; pero en mi ventura cabe no tenerla en cuanto deseo.

—El amoroso que Artandro tiene —dijo Galatea— fue el que le movió a tal descomedimiento; y así, conmigo en parte queda desculpado.

Y luego, punto por punto, les contó la historia de Rosaura, y cómo estaba esperando a Grisaldo para rescebirle por esposo, lo cual podría haber llegado a noticia de Artandro, y que la celosa rabia le hubiese movido a hacer lo que habían visto.

—Si así pasa como dices, discreta Galatea —dijo Damón—, del descuido de Grisaldo, y atrevimiento de Artandro, y mudable condición de Rosaura, temo que han de nascer algunas pesadumbres y diferencias.

—Eso fuera —respondió Galatea— cuando Artandro residiera en Castilla, pero si él se encierra en Aragón, que es su patria, quedarse ha Grisaldo con sólo el deseo de vengarse.

—¿No hay quien le pueda avisar deste agravio? —dijo Elicio.

—Sí —respondió Florisa—; que yo seguro que,[536] antes que la noche llegue, él tenga dél noticia.

—Si eso así fuese —respondió Damón—, podría ser cobrar su prenda antes que a Aragón llegasen; porque un pecho enamorado no suele ser perezoso.

—No creo yo que lo será el de Grisaldo —dijo Florisa—; y, porque no le falte tiempo y ocasión para mostrarlo, suplícote, Galatea, que al aldea nos

volvamos, porque yo quiero enviar a avisar a Grisaldo de su desdicha.

—Hágase como lo mandas, amiga —respondió Galatea—, que yo te daré un pastor que lleve la nueva.

Y con esto se querían despedir de Damón y de Elicio, si ellos no porfiaran a querer ir con ellas; y ya que se encaminaban al aldea, a su mano derecha sintieron la zampoña de Erastro, que luego de todos fue conoscida, el cual venía en siguimiento de su amigo Elicio. Paráronse a escucharlo, y oyeron que, con muestras de tierno dolor, esto venía cantando:

Erastro

Por ásperos caminos voy siguiendo[537]
el fin dudoso de mi fantasía,
siempre en cerrada noche escura y fría
las fuerzas de la vida consumiendo.
Y, aunque morir me veo, no pretendo
salir un paso de la estrecha vía;
que en fe de la alta fe sin igual mía,
mayores miedos contrastar entiendo.
Mi fe es la luz que me señala el puerto
seguro a mi tormenta, y sola es ella
quien promete buen fin a mi viaje,
por más que el medio se me muestre incierto,
por más que el claro rayo de mi estrella
me encubra amor, y el cielo más me ultraje.

Con un profundo sospiro acabó el enamorado canto el lastimado pastor, y, creyendo que ninguno le oía, soltó la voz a semejantes razones:

—¡Amor, cuya poderosa fuerza, sin hacer ninguna a mi alma, fue parte para que yo la tuviese de tener tan bien ocupados mis pensamientos! Ya que tanto bien me heciste, no quieras mostrarte agora, haciéndome el mal en que me amenazas, que es más mudable tu condición que la de la variable Fortuna. Mira, señor, cuán obediente he estado a tus leyes, cuán prompto a seguir tus mandamientos, y cuán subjeta he tenido mi voluntad a la tuya. Págame esta obediencia con hacer lo que a ti tanto importa que hagas: no permitas que estas riberas nuestras queden desamparadas de aquella hermosura que la ponía y la daba a sus frescas y menudas yerbas, a sus humildes plantas y levantados árboles; no consientas, señor, que al claro Tajo se le quite la prenda que le enriquece y por quien él tiene más fama que no por las arenas de oro[538] que en su seno cría; no quites a los pastores destos prados la luz de sus ojos, la gloria de sus pensamientos y el honroso estímulo que a mil honrosas y virtuosas empresas les incitaba. Considera bien que, si desta a la ajena tierra consientes que Galatea sea llevada, que te despojas del dominio que en estas riberas tienes, pues por Galatea sola le usas, y si ella falta, ten por averiguado que no serás en todos estos prados conoscido, que todos cuantos en ellos habitan te negarán la obediencia y no te acudirán con el usado tributo. Advierte que lo que te suplico es tan conforme y llegado a razón, que irías de todo en todo fuera della si no me lo concedieses. Porque, ¿qué ley ordena, o qué razón consiente que la hermosura que nosotros criamos, la discreción que en estas selvas y aldeas nuestras tuvo principio, el donaire por particular don del cielo a nuestra patria concedido, agora que esperábamos coger el honesto fruto de tantos bienes y riquezas, se haya de llevar a estraños reinos, a ser poseído y tratado de ajenas y no conoscidas manos? No, no quiera el cielo piadoso hacernos tan notable daño. ¡Oh verdes prados, que con su vista os alegrábades! ¡Oh flores olorosas, que de sus pies tocadas, de mayor

fragancia érades llenas! ¡Oh plantas, oh árboles desta deleitosa selva!, haced todos, en la mejor forma que pudiéredes, aunque a vuestra naturaleza no se conceda, algún género de sentimiento que mueva al cielo a concederme lo que le suplico!

Decía esto derramando tantas lágrimas el enamorado pastor, que no pudo Galatea disimular las suyas, ni menos ninguno de los que con ella iban, haciendo todos un tan notable sentimiento, como si lloraran en las obsequias de su muerte. Llegó a este punto a ellos Erastro, a quien rescibieron con agradable comedimiento, el cual, como vio a Galatea con señales de haberle acompañado en las lágrimas, sin apartar los ojos della, la estuvo atento mirando por un rato, al cabo del cual dijo:

—Agora acabo de conoscer, Galatea, que ninguno de los humanos se escapa de los golpes de la variable Fortuna, pues tú, de quien yo entendía que, por particular privilegio, habías de estar esenta dellos, veo que con mayor ímpetu te acometen y fatigan, de donde averiguo que ha querido el cielo con un solo golpe lastimar a todos los que te conoscen y a todos los que del valor tuyo tienen alguna noticia; pero, con todo eso, tengo esperanza que no se ha de estender tanto su rigor que lleve adelante la comenzada desgracia, viniendo tan en perjuicio de tu contento.

—Antes, por esa mesma razón —respondió Galatea— estoy yo menos segura de mi desdicha, pues jamás la tuve en lo que desease; mas, porque no está bien a la honestidad de que me precio que tan a la clara descubra cuán por los cabellos me lleva tras sí la obediencia que a mis padres debo, ruégote, Erastro, que no me des ocasión de renovar mi sentimiento, ni de ti ni de otro alguno se trate cosa que antes de tiempo despierte en mí la memoria del disgusto que temo. Y con esto asimesmo os ruego, pastores, me dejéis adelantar a la aldea, porque, siendo avisado Grisaldo, le quede tiempo para satisfacerse del agravio que Artandro le ha hecho.

Ignorante estaba Erastro del suceso de Artandro, pero la pastora Florisa, en breves razones, se lo contó todo; de que se maravilló Erastro, estimando que no debía de ser poco el valor de Artandro, pues a tan dificultosa empresa se había puesto. Querían ya los pastores hacer lo que Galatea les mandaba, si en aquella sazón no descubrieran toda la compañía de caballeros, pastores y damas que la noche antes en la ermita de Silerio se quedaron, los cuales, en señal de grandísimo contento, a la aldea se venían, trayendo consigo a Silerio con diferente traje y gusto que hasta allí había tenido, porque ya había dejado el de ermitaño, mudándole en el de alegre desposado, como ya lo era de la hermosa Blanca, con igual contento y satisfación de entrambos y de sus buenos amigos Timbrio y Nísida, que se lo persuadieron, dando con aquel casamiento fin a todas sus miserias, y quietud y reposo a los pensamientos que por Nísida le fatigaban. Y así, con el regocijo que tal suceso les causaba, venían todos dando muestras dél con agradable música y discretas y amorosas canciones, de las cuales cesaron cuando vieron a Galatea y a los demás que con ella estaban, rescibiéndose unos a otros con mucho placer y comedimiento, dándole Galatea a Silerio el parabién de su suceso, y a la hermosa Blanca el de su desposorio; y lo mesmo hicieron los pastores Damón, Elicio y Erastro, que en estremo a Silerio estaban aficionados. Luego que cesaron entre ellos los parabienes y cortesías, acordaron de proseguir su camino al aldea; y para entretenerle, rogó Tirsi a Timbrio que acabase el soneto que había comenzado a decir cuando de Silerio fue conoscido; y, no escusándose Timbrio de hacerlo, al son de la flauta del celoso Orfinio, con estremada y suave voz, le cantó y acabó; que era éste:

TIMBRIO

Tan bien fundada tengo la esperanza,
que, aunque más sople riguroso viento,
no podrá desdecir de su cimiento:
tal fe, tal fuerza[539] y tal valor alcanza.

Tan lejos voy de consentir mudanza
en mi firme amoroso pensamiento,
cuan cerca de acabar en mi tormento
antes la vida que la confianza.

Que si al contraste del amor vacila
el pecho enamorado, no meresce
del mesmo amor la dulce paz tranquila.

Por esto el mío, que su fe engrandece,
rabie Caribdis o amenace Cila,[540]
al mar se arroja y al amor se ofresce.

Pareció bien el soneto de Timbrio a los pastores, y no menos la gracia con que cantado le había, y fue de manera que le rogaron que otra alguna cosa dijese; mas escusóse con decir a su amigo Silerio respondiese por él en aquella causa, como lo había hecho siempre en otras más peligrosas. No pudo Silerio dejar de hacer lo que su amigo le mandaba; y así, con el gusto de verse en tan felice estado, al son de la mesma flauta de Orfinio, cantó lo que se sigue:

SILERIO

Gracias al cielo doy, pues he escapado
de los peligros deste mar incierto,
y al recogido favorable puerto,

tan sin saber por dónde, he ya llegado.
Recójanse las velas del cuidado,
repárese el navío pobre abierto,
cumpla los votos quien con rostro muerto
hizo promesas en el mar airado.
Beso la tierra, reverencio al cielo,
mi suerte abrazo mejorada y buena,
llamo dichoso a mi fatal destino,
y a la nueva sin par blanda cadena,
con nuevo intento y amoroso celo,
el lastimado cuello alegre inclino.

Acabó Silerio y rogó a Nísida fuese servida de alegrar aquellos campos con su canto, la cual, mirando a su querido Timbrio, con los ojos le pidió licencia para cumplir lo que Silerio le pedía; y, dándosela él ansimesmo con la vista, ella, sin más esperar, con mucho donaire y gracia, cesando el son de la flauta de Orfinio, al de la zampoña de Orompo, cantó este soneto:

Nísida

Voy contra la opinión de aquel que jura
que jamás del amor llegó el contento
a do llega el rigor de su tormento,
por más que al bien ayude la ventura.
Yo sé qué es bien, yo sé qué es desventura,
y sé de sus efectos claro, y siento
que cuanto más destruye el pensamiento
el mal de amor, el bien más lo asegura.

No el verme en brazos de la amarga muerte,
por la mal referida triste nueva,
ni a los cosarios bárbaros rendida,
fue dura pena, fue dolor tan fuerte,
que agora no conozca y haga prueba
que es más el gusto de mi alegre vida.

Admiradas quedaron Galatea y Florisa de la estremada voz de la hermosa Nísida, la cual, por parecerle que por entonces en cantar Timbrio y los de su parte habían tomado la mano, no quiso que su hermana quedase sin hacerlo; y así, sin importunarle mucho, con no menos gracia que Nísida, haciendo señal a Orfinio que su flauta tocase, al son della, cantó desta manera:

Blanca

Cual si estuviera en la arenosa Libia,
o en la apartada Citia[541] siempre helada,
tal vez del frío temor me vi asaltada,
y tal del fuego que jamás se entibia.
Mas la esperanza, que el dolor alivia,
en uno y otro estremo, disfrazada
tuvo la vida en su poder guardada,
cuándo con fuerzas, cuándo flaca y tibia.
Pasó la furia del invierno helado,
y, aunque el fuego de amor quedó en su punto,
llegó la deseada primavera,
donde, en un solo venturoso punto,
gozo del dulce fruto deseado,

con largas pruebas de una fe sincera.

No menos contentó a los pastores la voz y lo que cantó Blanca, que todas las demás que habían oído. Y, ya que ellos querían dar muestras de que no toda la habilidad se encerraba en los cortesanos caballeros, y para esto, casi de un mesmo pensamiento movidos, Orompo, Crisio, Orfinio y Marsilo comenzaban a templar sus instrumentos, les forzó a volver las cabezas un ruido que a sus espaldas sintieron, el cual causaba un pastor que con furia iba atravesando por las matas del verde bosque, el cual fue de todos conoscido, que era el enamorado Lauso, de que se maravilló Tirsi, porque la noche antes se había despedido dél, diciendo que iba a un negocio que importaba el acabarle acabar su pesar y comenzar su gusto, y que, sin decirle más, con otro pastor su amigo se había partido, y que no sabía qué podía haberle sucedido agora, que con tanta priesa caminaba. Lo que Tirsi dijo movió a Damón a querer llamar a Lauso, y así, le dio voces que viniese; mas, viendo que no las oía y que ya a más andar iba traspuniendo un recuesto,[542] con toda ligereza se adelantó, y desde encima de otro collado le tornó a llamar con mayores voces, las cuales oídas por Lauso, y conosciendo quién le llamaba, no pudo dejar de volver, y, en llegando a Damón, le abrazó con señales de estraño contento, y tanto, que admiraron a Damón las muestras que de estar alegre daba; y así, le dijo:

—¿Qué es esto, amigo Lauso? ¿Has, por ventura, alcanzado el fin de tus deseos, o hante desde ayer acá correspondido a ellos de manera que halles con facilidad lo que pretendes?

—Mucho mayor es el bien que traigo, Damón, verdadero amigo —respondió Lauso—, pues la causa que a otros suele ser desesperación y muerte, a mí me ha servido de esperanza y vida; y ésta ha sido de un desdén y desengaño, acompañado de un melindroso donaire que en mi pastora he

visto, que me ha restituido a mi ser primero. Ya, ya, pastor, no siente mi trabajado cuello el pesado yugo amoroso, ya se han deshecho en mi sentido las encumbradas máquinas de pensamientos que desvanecido me traían, ya tornaré a la perdida conversación de mis amigos, ya me parescerán lo que son las verdes yerbas y olorosas flores destos apacibles campos, ya tendrán treguas mis sospiros, vado[543] mis lágrimas y quietud mis desasosiegos; porque consideres, Damón, si es causa ésta bastante para mostrarme alegre y regocijado.

—Sí es, Lauso —respondió Damón—, pero temo que alegría tan repentinamente nascida no ha de ser duradera, y tengo ya experiencia que todas las libertades que de desdenes son engendradas se deshacen como el humo, y torna luego la enamorada intención con mayor priesa a seguir sus intentos. Así que, amigo Lauso, plega al cielo que sea más firme tu contento de lo que yo imagino, y goces largos tiempos la libertad que pregonas; que no sólo me holgaría por lo que debo a nuestra amistad, sino por ver un no acostumbrado milagro en los deseos amorosos.

—Comoquiera que sea, Damón —respondió Lauso—, yo me siento agora libre y señor de mi voluntad; y, porque se satisfaga la tuya de ser verdad lo que digo, mira qué quieres que haga en prueba dello. ¿Quieres que me ausente? ¿Quieres que no visite más las cabañas donde imaginas que puede estar la causa de mis pasadas penas y presentes alegrías? Cualquiera cosa haré por satisfacerte.

—La importancia está en que tú, Lauso, estés satisfecho —respondió Damón—; y veré yo que lo estás cuando de aquí a seis días te vea en ese mesmo propósito. Y por agora no quiero otra cosa de ti sino que dejes el camino que llevabas y te vengas conmigo adonde todos aquellos pastores y damas nos esperan, y que la alegría que traes la solemnices con entretenernos con tu canto mientras que al aldea llegamos.

Fue contento Lauso de hacer lo que Damón le mandaba, y así, volvió con él a tiempo que Tirsi estaba haciendo señas a Damón que se volviese; y, en llegando que él y Lauso llegaron, sin gastar palabras de comedimiento, Lauso dijo:

—No vengo, señores, para menos que para fiestas y contentos; por eso, si le rescibiréis de escucharme, suene Marsilo su zampoña, y aparejaos a oír lo que jamás pensé que mi lengua tuviera ocasión de decirlo, ni aun mi pensamiento para imaginarlo.

Todos los pastores respondieron a una que les sería de gran gusto el oírle. Y luego Marsilo, con el deseo que tenía de escucharle, tocó su zampoña, al son de la cual Lauso comenzó a cantar desta manera:

Lauso

¡Con las rodillas en el suelo hincadas,
las manos en humilde modo puestas
y el corazón de un justo celo lleno,
te adoro, desdén sancto, en quien cifradas
están las causas de las dulces fiestas
que gozo en tiempo sosegado y bueno!
¡Tú del rigor del áspero veneno
que el mal de amor encierra
fuiste la cierta y presta medicina;
tú mi total ruïna
volviste en bien, en sana paz mi guerra,
y así como a mi rico almo tesoro,
no una vez sola, mas cien mil te adoro!
Por ti la luz de mis cansados ojos,

tanto tiempo turbada, y aun perdida,
al ser primero ha vuelto que tenía;
por ti torno a gozar de los despojos
que de mi voluntad y de mi vida
llevó de amor la antigua tiranía;
por ti la noche de mi error en día
de sereno discurso
se ha vuelto, y la razón, que antes estaba
en posesión de esclava,
con sosegado y advertido curso,
siendo agora señora, me conduce
do el bien eterno más se muestra y luce.

Mostrásteme, desdén, cuán engañosas,
cuán falsas y fingidas habían sido
las señales de amor que me mostraban,
y que aquellas palabras amorosas,
que tanto regalaban el oído
y al alma de sí mesma enajenaban,
en falsedad y en burla se forjaban,
y el regalado y tierno
mirar de aquellos ojos sólo era
porque mi primavera
se convirtiese en desabrido invierno,
cuando llegase el claro desengaño;
mas tú, dulce desdén, curaste el daño.

¡Desdén, que sueles ser espuela aguda
que hace caminar al pensamiento
tras la amorosa deseada empresa!

En mí tu efecto y condición se muda,
que yo por ti me aparto del intento
tras quien corría con no vista priesa,
y, aunque contino el fiero amor no cesa,
mal de mí satisfecho,
tender de nuevo el lazo por cogerme,
y por más ofenderme,
encarar mil saetas a mi pecho,
tú, desdén, solo, sólo tú bien puedes
romper sus flechas y rasgar sus redes.

No era mi amor tan flaco, aunque sencillo,
que pudiera un desdén echarle a tierra;
cien mil han sido menester primero:
que fue, cual suele, sin poder sufrillo,
venir al suelo el pino que le atierra,
en virtud de otros golpes, el postrero.
Grave desdén, de parecer severo,
en desamor fundado
y en poca estimación de ajena suerte:
dulce me ha sido el verte,
el oírte y tocarte, y que gustado
haya sido del alma en coyuntura
que derribas y acabas mi locura.

Derribas mi locura y das la mano
al ingenio, desdén, que se levante
y sacuda de sí el pesado sueño,
para que con mejor intento sano,
nuevas grandezas, nuevos loores cante

de otro, si le halla, agradescido dueño.
Tú has quitado las fuerzas al beleño[544]
con que el amor ingrato
adormecía a mi virtud doliente,
y con la tuya ardiente,
soy reducido a nueva vida y trato:
que ahora entiendo que yo soy quien puedo
temer con tasa, y esperar sin miedo.

No cantó más Lauso, aunque bastó lo que cantado había para poner admiración en los presentes; que, como todos sabían que el día antes estaba tan enamorado y tan contento de estarlo, maravillábales verle en tan pequeño espacio de tiempo tan mudado y tan otro del que solía. Y, considerando bien esto, su amigo Tirsi le dijo:

—No sé si te dé el parabién, amigo Lauso, del bien en tan breves horas alcanzado, porque temo que no debe de ser tan firme y seguro como tú imaginas; pero todavía me huelgo de que goces, aunque sea pequeño espacio, del gusto que acarrea al alma la libertad alcanzada, pues podría ser que, conosciendo agora en lo que se debe estimar, aunque tornases de nuevo a las rotas cadenas y lazos, hicieses más fuerza para romperlos, atraído de la dulzura y regalo que goza un libre entendimiento y una voluntad desapasionada.

—No tengas temor alguno, discreto Tirsi —respondió Lauso—, que ninguna otra nueva asechanza sea bastante a que yo torne a poner los pies en el cepo amoroso, ni me tengas por tan liviano y antojadizo que no me haya costado ponerme en el estado en que estoy infinitas consideraciones, mil averiguadas sospechas y mil cumplidas promesas hechas al cielo porque

a la perdida luz me tornase; y, pues en ella veo agora cuán poco antes veía, yo procuraré conservarla en el mejor modo que pudiere.

—Ninguno otro será tan bueno —dijo Tirsi— como no volver a mirar lo que atrás dejas, porque perderás, si vuelves, la libertad que tanto te ha costado, y quedarás cual quedó aquel incauto amante,[545] con nuevas ocasiones de perpetuo llanto. Y ten por cierto, Lauso amigo, que no hay tan enamorado pecho en el mundo, a quien los desdenes y arrogancias escusadas no entibien y aun le hagan retirar de sus mal colocados pensamientos; y háceme creer más esta verdad, saber yo quién es Silena, aunque tú jamás no me lo has dicho, y saber ansimesmo la mudable condición suya, sus acelerados ímpetus y la llaneza, por no darle otro nombre, de sus deseos; cosas que, a no templarlas y disfrazarlas con la sin igual hermosura de que el cielo la ha dotado, fuera por ellas de todo el mundo aborrescida.

—Verdad dices, Tirsi —respondió Lauso—, porque, sin duda alguna, la singular belleza suya y las aparencias de la incomparable honestidad de que se arrea, son partes para que no sólo sea querida, sino adorada de todos cuantos la miraren; y así, no debe maravillarse alguno que la libre voluntad mía se haya rendido a tan fuertes y poderosos contrarios: sólo es justo que se maraville de cómo me he podido escapar dellos, que, puesto que salgo de sus manos tan maltratado, estragada la voluntad, turbado el entendimiento, descaecida la memoria,[546] todavía me parece que puedo triunfar de la batalla.

No pasaron más adelante en su plática los dos pastores, porque a este punto vieron que, por el mesmo camino que ellos iban, venía una hermosa pastora, y poco desviado della un pastor, que luego fue conoscido que era el anciano Arsindo, y la pastora era la hermana de Galercio, Maurisa; la cual, como fue conoscida de Galatea y de Florisa, entendieron que con algún

recaudo de Grisaldo para Rosaura venía; y, adelantándose las dos a rescebirla, Maurisa llegó a abrazar a Galatea, y el anciano Arsindo saludó a todos los pastores y abrazó a su amigo Lauso, el cual estaba con grande deseo de saber lo que Arsindo había hecho después que le dijeron que en seguimiento de Maurisa se había partido; y, viéndole agora volver con ella, luego comenzó a perder con él y con todos el crédito que sus blancas canas le habían adquirido; y aun le acabara de perder, si los que allí venían no supieran tan de experiencia adónde y a cuánto la fuerza del amor[547] se estendía; y así, en los mesmos que le culpaban halló la disculpa de su yerro. Y paresce que, adivinando Arsindo lo que los pastores dél adivinaban, como en satisfación y disculpa de su cuidado, les dijo:

—Oíd, pastores, uno de los más estraños sucesos amorosos que por largos años en estas nuestras riberas ni en las ajenas se habrá visto. Bien creo que conoscéis y conoscemos todos al nombrado pastor Lenio, aquel cuya desamorada condición le adquirió renombre de desamorado; aquel que no ha muchos días que, por sólo decir mal de amor, osó tomar competencia con el famoso Tirsi, que está presente; aquel, digo, que jamás supo mover la lengua que para decir mal de amor no fuese; aquel que con tantas veras reprehendía a los que de la amorosa dolencia veía lastimados. Éste, pues, tan declarado enemigo del amor, ha venido a término que tengo por cierto que no tiene el amor quien con más veras le siga, ni aun él tiene vasallo a quien más persiga, porque le ha hecho enamorar de la desamorada Gelasia, aquella cruel pastora que al hermano désta —señalando a Maurisa—, que tanto en la condición se le parece, tuvo el otro día, como vistes, con el cordel a la garganta, para fenecer a manos de su crueldad sus cortos y mal logrados días. Digo, en fin, pastores, que Lenio el desamorado muere por la endurescida Gelasia, y por ella llena el aire de sospiros y la tierra de lágrimas; y lo que hay más malo en esto es que me parece que el amor ha

querido vengarse del rebelde corazón de Lenio, rindiéndole a la más dura y esquiva pastora que se ha visto, y conosciéndolo él, procura agora en cuanto dice y hace reconciliarse con el amor, y por los mesmos términos que antes le vituperaba, ahora le ensalza y honra; y, con todo esto, ni el amor se mueve a favorescerle, ni Gelasia se inclina a remediarle, como lo he visto por los ojos, pues no ha muchas horas que, viniendo yo en compañía desta pastora, le hallamos en la Fuente de las Pizarras, tendido en el suelo, cubierto el rostro de un sudor frío y anhelando[548] el pecho con una estraña priesa. Lleguéme a él y conocíle, y con el agua de la fuente le rocié el rostro, con que cobró los perdidos espíritus; y, sentándome junto a él, le pregunté la causa de su dolor, la cual él me dijo sin faltar punto, contándomela con tan tierno sentimiento que le puso en esta pastora, en quien creo que jamás cupo señal de compasión alguna. Encarecióme la crueldad de Gelasia y el amor que la tenía, y la sospecha que en él reinaba de que el amor le había traído a tal estado por vengarse en un solo punto de las muchas ofensas que le había hecho. Consoléle yo lo mejor que supe, y, dejándole libre del pasado parasismo, [vengo] acompañando a esta pastora, y a buscarte a ti, Lauso, para que si fueres servido, volvamos a nuestras cabañas, pues ha ya diez días que dellas nos partimos, y podrá ser que nuestros ganados sientan el ausencia nuestra más que nosotros la suya.

—No sé si te responda, Arsindo —respondió Lauso—, que creo que más por cumplimiento que por otra cosa me convidas a que a nuestras cabañas nos volvamos, teniendo tanto que hacer en las ajenas, cuanto la ausencia que de mí has hecho estos días lo ha mostrado. Pero, dejando lo más que en esto te pudiera decir para mejor sazón y coyuntura, tórname a decir si es verdad lo que de Lenio dices, porque, si así es, podré yo afirmar que ha hecho amor en estos días de los mayores milagros que en todos los de su

vida ha hecho, como son rendir y avasallar el duro corazón de Lenio y poner en libertad el tan subjeto mío.

—Mira lo que dices —dijo entonces Orompo—, amigo Lauso, que si el amor te tenía subjeto, como hasta aquí has significado, ¿cómo el mesmo amor ahora te ha puesto en la libertad que publicas?

—Si me quieres entender, Orompo —replicó Lauso—, verás que en nada me contradigo, porque digo, o quiero decir, que el amor que reinaba y reina en el pecho de aquella a quien yo tan en estremo quería, como se encamina a diferente intento que el mío, puesto que todo es amor, el efecto que en mí ha hecho es ponerme en libertad, y a Lenio en servidumbre; y no me hagas, Orompo, que cuente con estos otros milagros.

Y, diciendo esto, volvió los ojos a mirar al anciano Arsindo, y con ellos dijo lo que con la lengua callaba, porque todos entendieron que el tercero milagro que pudiera contar fuera ver enamoradas las canas de Arsindo de los pocos y verdes años de Maurisa, la cual todo este tiempo estuvo hablando aparte con Galatea y Florisa, diciéndoles cómo otro día sería Grisaldo en el aldea en hábito de pastor, y que allí pensaba desposarse con Rosaura en secreto, porque en público no podía, a causa que los parientes de Leopersia, con quien su padre tenía concertado de casarle, habían sabido que Grisaldo quería faltar en la prometida palabra, y en ninguna manera querían que tal agravio se les hiciese; pero que, con todo esto, estaba Grisaldo determinado de corresponder antes a lo que a Rosaura debía, que no a la obligación en que a su padre estaba.

—Todo esto que os he dicho, pastoras —prosiguió Maurisa—, mi hermano Galercio me dijo que os lo dijese, el cual a vosotras con este recaudo venía; pero la cruel Gelasia, cuya hermosura lleva siempre tras sí el alma de mi desdichado hermano, fue la causa que él no pudiese venir a deciros lo que he dicho, pues, por seguir a ella, dejó de seguir el camino que

traía, fiándose de mí como de hermana. Ya habéis entendido, pastoras, a lo que vengo; decidme dó está Rosaura, para decírselo, o decídselo vosotras, porque la angustia en que mi hermano queda puesto no consiente que un punto más aquí me detenga.

En tanto que la pastora esto decía, estaba Galatea considerando la amarga respuesta que pensaba darle, y las tristes nuevas que habían de llegar a los oídos del desdichado Grisaldo; pero, viendo que no escusaba de darlas y que era peor detenerla, luego le contó todo lo que a Rosaura había sucedido, y cómo Artandro la llevaba, de que quedó maravillada Maurisa; y al instante quisiera dar la vuelta a avisar a Grisaldo, si Galatea no la detuviera, preguntándole qué se habían hecho las dos pastoras que con ella y con Galercio se habían ido, a lo que respondió Maurisa:

—Cosas te pudiera contar dellas, Galatea, que te pusieran en mayor admiración que no es la en que a mí me ha puesto el suceso de Rosaura, pero el tiempo no me da lugar a ello; sólo te digo que, la que se llamaba Leonarda se ha desposado con mi hermano Artidoro por el más sotil engaño que jamás se ha visto, y Teolinda, la otra, está en término de acabar la vida o de perder el juicio, y sólo la entretiene la vista de Galercio, que, como se parece tanto a la de mi hermano Artidoro, no se aparta un punto de su compañía, cosa que es a Galercio tan pesada y enojosa, cuanto le es dulce y agradable la compañía de la cruel Gelasia. El modo como esto pasó te contaré más despacio, cuando otra vez nos veamos, porque no será razón que por mi tardanza se impida el remedio que Grisaldo puede tener en su desgracia, usando en remediarla la diligencia posible, porque si no ha más que esta mañana que Artandro robó a Rosaura, no se podrá haber alejado tanto destas riberas que quite la esperanza a Grisaldo de cobrarla, y más si yo aguijo los pies, como pienso.

Parecióle bien a Galatea lo que Maurisa decía; y así, no quiso más detenerla; sólo le rogó que fuese servida de tornarla a ver lo más presto que pudiese, para contarle el suceso de Teolinda y lo que haría en el hecho de Rosaura. La pastora se lo prometió, y, sin más detenerse, despidiéndose de los que allí estaban, se volvió a su aldea, dejando a todos satisfechos de su donaire y hermosura; pero quien más sintió su partida fue el anciano Arsindo, el cual, por no dar claras muestras de su deseo, se hubo de quedar tan solo sin Maurisa, cuanto acompañado de sus pensamientos. Quedaron también las pastoras suspensas de lo que de Teolinda habían oído, y en estremo deseaban saber su suceso. Y, estando en esto, oyeron el claro son de una bocina que a su diestra mano sonaba, y, volviendo los ojos a aquella parte, vieron encima de un recuesto algo levantado dos ancianos pastores, que en medio tenían un antiguo sacerdote, que luego conoscieron ser el anciano Telesio; y, habiendo uno de los pastores tocado otra vez la bocina, todos tres se bajaron del recuesto y se encaminaron hacia otro que allí junto estaba, donde subidos, de nuevo tornaron a tocarla, a cuyo son de diferentes partes se comenzaron a mover muchos pastores, para venir a ver lo que Telesio quería, porque con aquella señal solía él convocar todos los pastores de aquella ribera cuando quería hacerles algún provechoso razonamiento, o decirles la muerte de algún conoscido pastor de aquellos contornos, o para traerles a la memoria el día de alguna solemne fiesta o el de algunas tristes obsequias. Tiniendo, pues, Aurelio, y casi los más pastores que allí venían, conoscida la costumbre y condición de Telesio, todos se fueron acercando adonde él estaba, y cuando llegaron, ya se habían juntado. Pero, como Telesio vio venir tantas gentes y conosció cuán principales todos eran, bajando de la cuesta, los fue a rescebir con mucho amor y cortesía, y con la mesma fue de todos rescibido, y, llegándose Aurelio a Telesio, le dijo:

—Cuéntanos, si fueres servido, honrado y venerable Telesio, qué nueva causa te mueve a querer juntar los pastores destos prados. ¿Es, por ventura, de alegres fiestas o de tristes y fúnebres sucesos? ¿O quiéresnos mostrar alguna cosa pertenesciente al mejoramiento de nuestras vidas? Dinos, Telesio, lo que tu voluntad ordena, pues sabes que no saldrán las nuestras de todo aquello que la tuya quisiere.

—Págueos el cielo, pastores —respondió Telesio—, la sinceridad de vuestras intenciones, pues tanto se conforman con la de aquel que sólo vuestro bien y provecho pretende. Mas, por satisfacer el deseo que tenéis de saber lo que quiero, quiéroos traer a la memoria la que debéis tener perpetuamente del valor y fama del famoso y aventajado pastor Meliso,[549] cuyas dolorosas obsequias se renuevan y se irán renovando de año en año tal día como mañana, en tanto que en nuestras riberas hubiere pastores y en nuestras almas no faltare el conoscimiento de lo que se debe a la bondad y valor de Meliso. A lo menos, de mí os sé decir que, en tanto que la vida me durare, no dejaré de acordaros a su tiempo la obligación en que os tiene puestos la habilidad, cortesía y virtud del sin par Meliso; y así, agora os la acuerdo, y os advierto que mañana es el día en que se ha de renovar el desdichado, donde tanto bien perdimos, como fue perder la agradable presencia del prudente pastor Meliso. Por lo que a la bondad suya debéis, y por lo que a la intención que tengo de serviros estáis obligados, os ruego, pastores, que mañana, al romper del día, os halléis todos en el Valle de los Cipreses, donde está el sepulcro de las honradas cenizas de Meliso, para que allí, con tristes cantos y piadosos sacrificios, procuremos alegerar la pena, si alguna padece, a aquella venturosa alma, que en tanta soledad nos ha dejado.

Y, diciendo esto, con el tierno sentimiento que la memoria de la muerte de Meliso le causaba, sus venerables ojos se llenaron de lágrimas,

acompañándole en ellas casi los más de los circunstantes; los cuales, todos de una mesma conformidad, se ofrecieron de acudir otro día adonde Telesio les mandaba, y lo mesmo hicieron Timbrio y Silerio, Nísida y Blanca, por parecerles que no sería bien dejar de hallarse en ocasión tan piadosa y en junta de tan célebres pastores como allí imaginaron que se juntarían. Con esto se despidieron de Telesio y tornaron a seguir el comenzado camino de la aldea; mas no se habían apartado mucho de aquel lugar, cuando vieron venir hacia ellos al desamorado Lenio, con semblante tan triste y pensativo que puso admiración en todos; y tan transportado en sus imaginaciones venía, que pasó lado con lado de los pastores, sin que los viese; antes, torciendo el camino a la izquierda mano, no hubo andado muchos pasos, cuando se arrojó al pie de un verde sauce, y, dando un recio y profundo sospiro, levantó la mano, y, puniéndola por el collar[550] del pellico, tiró tan recio que le hizo pedazos hasta abajo, y luego se quitó el zurrón del lado, y, sacando dél un pulido rabel, con grande atención y sosiego se le puso a templar, y, a cabo de poco espacio, con lastimada y concertada voz, comenzó a cantar, de manera que forzó a todos los que le habían visto a que se parasen a escucharle hasta el fin de su canto, que fue éste:

Lenio

¡Dulce amor, ya me arrepiento
de mis pasadas porfías;
ya de hoy más confieso y siento
que fue sobre burlerías
levantado su cimiento;
ya el rebelde cuello erguido
humilde pongo y rendido

al yugo de tu obediencia;
ya conozco la potencia
de tu valor estendido!

Sé que puedes cuanto quieres,
y que quieres lo imposible;
sé que muestras bien quién eres
en tu condición terrible,
en tus penas y placeres;
y sé, en fin, que yo soy quien
tuvo siempre a mal tu bien,
tu engaño por desengaño,
tus certezas por engaño,
por caricias tu desdén.

Estas cosas, bien sabidas,
han agora descubierto
en mis entrañas rendidas
que tú solo eres el puerto
do descansan nuestras vidas;
tú la implacable tormenta
que al alma más atormenta[551]
vuelves en serena calma;
tú eres gusto y luz del alma,
y manjar que la sustenta.

Pues esto juzgo y confieso,
aunque tarde vengo en ello,

tiempla tu rigor y exceso,
amor, y del flaco cuello
aligera un poco el peso.
Al ya rendido enemigo,
no se ha de dar el castigo
como a aquel que se defiende;
cuanto más, que aquí se ofende
quien ya quiere ser tu amigo.

Salgo de la pertinacia
do me tuvo mi malicia
y el estar en tu desgracia,
y apelo de tu justicia
ante el rostro de tu gracia;
que si a mi poco valor
no le quilata en favor
de tu gracia conoscida,
presto dejaré la vida
en las manos del dolor.

Las de Gelasia me han puesto
en tan estraña agonía,
que si más porfía en esto,
mi dolor y su porfía
sé que acabarán bien presto.
¡Oh dura Gelasia, esquiva,
zahareña, dura, altiva!,
¿por qué gustas, di, pastora,

que el corazón que te adora
en tantos tormentos viva?

Poco fue lo que cantó Lenio, pero lo que lloró fue tanto que allí quedara deshecho en lágrimas, si los pastores no acudieran a consolarle. Mas, como él los vio venir, y conosció entre ellos a Tirsi, sin más detenerse, se levantó y fue a arrojar a sus pies, abrazándole estrechamente las rodillas; y, sin dejar las lágrimas, le dijo:

—Ahora puedes, famoso pastor, tomar justa venganza del atrevimiento que tuve de competir contigo, defendiendo la injusta causa que mi ignorancia me proponía. Ahora digo que puedes levantar el brazo y con algún agudo cuchillo traspasar este corazón, donde cupo tan notoria simpleza como era no tener al amor por universal señor del mundo. Pero de una cosa te quiero advertir: que si quieres tomar al justo la venganza de mi yerro, que me dejes con la vida que sostengo, que es tal, que no hay muerte que se le compare.

Había ya Tirsi levantado del suelo al lastimado Lenio, y, teniéndole abrazado, con discretas y amorosas palabras procuraba consolarle, diciéndole:

—La mayor culpa que hay en las culpas, Lenio amigo, es el estar pertinaces en ellas, porque es de condición de demonios el nunca arrepentirse de los yerros cometidos, y, asimesmo, una de las principales causas que mueve y fuerza a perdonar las ofensas es ver el ofendido arrepentimiento en el que ofende; y más cuando está el perdonar en manos de quien no hace nada en hacerlo, pues su noble condición le tira y compele a que lo haga, quedando más rico y satisfecho con el perdón que con la venganza, como se ve esto a cada paso en los grandes señores y reyes, que más gloria granjean en perdonar las injurias que en vengarlas. Y, pues tú,

Lenio, confiesas el error en que has estado, y conosces agora las poderosas fuerzas del amor, y entiendes dél que es señor universal de nuestros corazones, por este nuevo conoscimiento, y por el arrepentimiento que tienes, puedes estar confiado y vivir seguro que el generoso y blando amor te reducirá presto a sosegada y amorosa vida; que si ahora te castiga con darte la penosa que tienes, hácelo porque le conozcas y porque después tengas y estimes en más la alegre que sin duda piensa darte.

A estas razones añadieron otras muchas Elicio y los demás pastores que allí estaban, con las cuales pareció que quedó Lenio algo más consolado. Y luego les contó cómo moría por la cruel pastora Gelasia, exagerándoles la esquiva y desamorada condición suya, y cuán libre y esenta estaba de pensar en ningún efecto amoroso, encareciéndoles también el insufrible tormento que por ella el gentil pastor Galercio padecía; de quien ella hacía tan poco caso, que mil veces le había puesto en términos de desesperarse. Mas, después que por un rato en estas cosas hubieron razonado, tornaron a seguir su camino, llevando consigo a Lenio; y, sin sucederles otra cosa, llegaron al aldea, llevándose consigo Elicio a Tirsi, Damón, Erastro, Lauso y Arsindo. Con Daranio se fueron Crisio, Orfinio, Marsilo y Orompo. Florisa y las otras pastoras se fueron con Galatea y con su padre, Aurelio, quedando primero concertado que otro día, al salir del alba, se juntasen para ir al Valle de los Cipreses, como Telesio les había mandado, para celebrar las obsequias de Meliso, en las cuales, como ya está dicho, quisieron hallarse Timbrio, Silerio, Nísida y Blanca, que con el venerable Aurelio aquella noche se fueron.

FIN DEL LIBRO QUINTO

SEXTO Y ÚLTIMO LIBRO DE *GALATEA*

Apenas habían los rayos del dorado Febo[552] comenzado a dispuntar por la más baja línea de nuestro horizonte, cuando el anciano y venerable Telesio hizo llegar a los oídos de todos los que en el aldea estaban el lastimero son de su bocina, señal que movió a los que le escucharon a dejar el reposo de los pastorales lechos y acudir a lo que Telesio pedía. Pero los primeros que en esto tomaron la mano fueron Elicio, Aurelio, Daranio y todos los pastores y pastoras que con ellos estaban, no faltando las hermosas Nísida y Blanca y los venturosos Timbrio y Silerio, con otra cantidad de gallardos pastores y bellas pastoras que a ellos se juntaron y al número de treinta llegarían, entre los cuales iban la sin par Galatea, nuevo milagro de hermosura, y la recién desposada Silveria, la cual llevaba consigo a la hermosa y zahareña Belisa, por quien el pastor Marsilo tan amorosas y mortales angustias padecía. Había venido Belisa a visitar a Silveria y darle el parabién del nuevo rescibido estado, y quiso ansimesmo hallarse en tan célebres obsequias como esperaba serían las que tantos y tan famosos pastores celebraban.

Salieron, pues, todos juntos de la aldea, fuera de la cual hallaron a Telesio con otros muchos pastores que le acompañaban, todos vestidos y adornados de manera que bien mostraban que para triste y lamentable negocio habían sido juntados. Ordenó luego Telesio, porque con intenciones más puras y pensamientos más reposados se hiciesen aquel día los solemnes sacrificios, que todos los pastores fuesen juntos por su parte y desviados de las pastoras, y que ellas lo mesmo hiciesen, de que los menos quedaron

contentos y los más no muy satisfechos, especialmente el apasionado Marsilo, que ya había visto a la desamorada Belisa, con cuya vista quedó tan fuera de sí y tan suspenso, cual lo conoscieron bien sus amigos Orompo, Crisio y Orfinio, los cuales, viéndole tal, se llegaron a él, y Orompo le dijo:

—Esfuerza, amigo Marsilo, esfuerza y no des ocasión con tu desmayo a que se descubra el poco valor de tu pecho. ¿Qué sabes si el cielo, movido a compasión de tu pena, ha traído a tal tiempo a estas riberas a la pastora Belisa para que las remedie?

—Antes para más acabarme, a lo que yo creo —respondió Marsilo—, habrá ella venido a este lugar, que de mi ventura esto y más se debe temer; pero yo haré, Orompo, lo que mandas, si acaso puede conmigo en este duro trance más la razón que mi sentimiento.

Y con esto volvió algo más en sí Marsilo, y luego los pastores por una parte y las pastoras por otra, como de Telesio estaba ordenado, se comenzaron a encaminar al Valle de los Cipreses, llevando todos un maravilloso silencio, hasta que, admirado Timbrio de ver la frescura y belleza del claro Tajo, por do caminaba, vuelto a Elicio, que al lado le venía, le dijo:

—No poca maravilla me causa, Elicio, la incomparable belleza destas frescas riberas; y no sin razón, porque quien ha visto, como yo, las espaciosas del nombrado Betis y las que visten y adornan al famoso Ebro y al conoscido Pisuerga, y en las apartadas tierras ha paseado las del sancto Tíber y las amenas del Po, celebrado por la caída del atrevido mozo,[553] sin dejar de haber rodeado las frescuras del apascible Sebeto,[554] grande ocasión había de ser la que a maravilla me moviese de ver otras algunas.

—No vas tan fuera de camino en lo que dices, según yo creo, discreto Timbrio —respondió Elicio—, que con los ojos no veas la razón que de decirlo tienes; porque, sin duda, puedes creer que la amenidad y frescura de

las riberas deste río hace notoria y conoscida ventaja a todas las que has nombrado, aunque entrase en ellas las del apartado Janto, y del conoscido Anfriso y el enamorado Alfeo;[555] porque tiene y ha hecho cierto la experiencia que, casi por derecha línea, encima de la mayor parte destas riberas se muestra un cielo luciente y claro, que con un largo movimiento y con vivo resplandor, parece que convida a regocijo y gusto al corazón que dél está más ajeno. Y si ello es verdad que las estrellas y el sol se mantienen, como algunos dicen, de las aguas de acá bajo,[556] creo firmemente que las deste río sean en gran parte ocasión de causar la belleza del cielo que le cubre, o creeré que Dios, por la mesma razón que dicen que mora en los cielos, en esta parte haga lo más de su habitación. La tierra que lo abraza, vestida de mil verdes ornamentos, parece que hace fiesta y se alegra de poseer en sí un don tan raro y agradable, y el dorado río, como en ca[m]bio, en los abrazos della dulcemente entretejiéndose, forma como de industria mil entradas y salidas, que a cualquiera que las mira llenan el alma de placer maravilloso, de donde nasce que, aunque los ojos tornen de nuevo muchas veces a mirarle, no por eso dejan de hallar en él cosas que les causen nuevo placer y nueva maravilla. Vuelve, pues, los ojos, valeroso Timbrio, y mira cuánto adornan sus riberas las muchas aldeas y ricas caserías que por ellas se ven fundadas. Aquí se vee en cualquiera sazón del año andar la risueña primavera con la hermosa Venus en hábito subcinto y amoroso, y Céfiro que la acompaña, con la madre Flora delante, esparciendo a manos llenas varias y odoríferas flores. Y la industria de sus moradores ha hecho tanto, que la naturaleza, encorporada con el arte, es hecha artífice[557] y connatural del arte, y de entrambas a dos se ha hecho una tercia naturaleza, a la cual no sabré dar nombre. De sus cultivados jardines, con quien los huertos Hespérides[558] y de Alcino[559] pueden callar; de los espesos bosques, de los pacíficos olivos, verdes laureles y

acopados mirtos; de sus abundosos pastos, alegres valles y vestidos collados, arroyos y fuentes que en esta ribera se hallan, no se espere que yo diga más, sino que, si en alguna parte de la tierra los Campos Elíseos[560] tienen asiento, es, sin duda, en ésta. ¿Qué diré de la industria de las altas ruedas,[561] con cuyo continuo movimiento sacan las aguas del profundo río y humedecen abundosamente las eras que por largo espacio están apartadas? Añádese a todo esto criarse en estas riberas las más hermosas[562] y discretas pastoras que en la redondez del suelo pueden hallarse, para cuyo testimonio, dejando aparte el que la experiencia nos muestra y lo que tú, Timbrio, ha que estás en ellas y que has visto, bastará traer por ejemplo a aquella pastora que allí ves, ¡oh Timbrio!

Y, diciendo esto, señaló con el cayado a Galatea; y, sin decir más, dejó admirado a Timbrio de ver la discreción y palabras con que había alabado las riberas de Tajo y la hermosura de Galatea. Y, respondiéndole que no se le podía contradecir ninguna cosa de las dichas, en aquellas y en otras entretenían la pesadumbre del camino, hasta que, llegados a vista del Valle de los Cipreses, vieron que dél salían casi otros tantos pastores y pastoras como los que con ellos iban. Juntáronse todos, y con sosegados pasos comenzaron a entrar por el sagrado valle, cuyo sitio era tan estraño y maravilloso que, aun a los mesmos que muchas veces le habían visto, causaba nueva admiración y gusto. Levántanse en una parte de la ribera del famoso Tajo, en cuatro diferentes y contrapuestas partes, cuatro verdes y apacibles collados, como por muros y defensores de un hermoso valle que en medio contienen, cuya entrada en él por otros cuatro lugares es concedida, los cuales mesmos collados estrechan de modo que vienen a formar cuatro largas y apacibles calles, a quien hacen pared de todos lados altos e infinitos cipreses, puestos por tal orden y concierto que hasta las mesmas ramas de los unos y de los otros paresce que igualmente van

cresciendo, y que ninguna se atreve a pasar ni salir un punto más de la otra. Cierran y ocupan el espacio que entre ciprés y ciprés se hace, mil olorosos rosales y suaves jazmines, tan juntos y entretejidos como suelen estar en los vallados de las guardadas viñas las espinosas zarzas y puntosas cambroneras.[563] De trecho en trecho destas apacibles entradas, se ven correr por entre la verde y menuda yerba claros y frescos arroyos de limpias y sabrosas aguas, que en las faldas de los mesmos collados tienen su nascimiento. Es el remate y fin destas calles una ancha y redonda plaza, que los recuestos y los cipreses forman, en medio de la cual está puesta una artificiosa fuente de blanco y precioso mármol fabricada, con tanta industria y artificio hecha, que las vistosas del conoscido Tíbuli y las soberbias de la antigua Tinacria[564] no le pueden ser comparadas. Con el agua desta maravillosa fuente se humedecen y sustentan las frescas yerbas de la deleitosa plaza; y lo que más hace a este agradable sitio digno de estimación y reverencia es ser previlegiado de las golosas bocas de los simples corderuelos y mansas ovejas, y de otra cualquier suerte de ganado: que sólo sirve de guardador y tesorero de los honrados huesos de algunos famosos pastores que, por general decreto de todos los que quedan vivos en el contorno de aquellas riberas, se determina y ordena ser digno y merescedor de tener sepultura en este famoso valle. Por esto se veían, entre los muchos y diversos árboles que por las espaldas de los cipreses estaban, en el lugar y distancia que había dellos hasta las faldas de los collados, algunas sepulturas, cuál de jaspe y cuál de mármol fabricada, en cuyas blancas piedras se leían los nombres de los que en ellas estaban sepultados. Pero la que más sobre todas resplandecía, y la que más a los ojos de todos se mostraba, era la del famoso pastor Meliso, la cual, apartada de las otras, a un lado de la ancha plaza, de lisas y negras pizarras y de blanco y bien labrado alabastro hecha parecía. Y, en el mesmo punto que los ojos de

Telesio la miraron, volviendo el rostro a toda aquella agradable compañía, con sosegada voz y lamentables acentos, les dijo:

—Veis allí, gallardos pastores, discretas y hermosas pastoras; veis allí, digo, la triste sepultura donde reposan los honrados huesos del nombrado Meliso, honor y gloria de nuestras riberas. Comenzad, pues, a levantar al cielo los humildes corazones, y con puros afectos, abundantes lágrimas y profundos sospiros, entonad los sanctos himnos y devotas oraciones, y rogalde tenga por bien de acoger en su estrellado asiento la bendita alma del cuerpo que allí yace.

Y, en diciendo esto, se llegó a un ciprés de aquéllos, y, cortando algunas ramas, hizo dellas una funesta guirnalda con que coronó sus blancas y veneradas sienes, haciendo señal a los demás que lo mesmo hiciesen; de cuyo ejemplo movidos todos, en un momento se coronaron de las tristes ramas, y, guiados de Telesio, llegaron a la sepultura, donde lo primero que Telesio hizo fue inclinar las rodillas y besar la dura piedra del sepulcro. Hicieron todos lo mesmo, y algunos hubo que, tiernos[565] con la memoria de Meliso, dejaban regado con lágrimas el blanco mármol que besaban. Hecho esto, mandó Telesio encender el sacro fuego, y en un momento, alrededor de la sepultura, se hicieron muchas, aunque pequeñas, hogueras, en las cuales solas ramas de ciprés se quemaban; y el venerable Telesio, con graves y sosegados pasos, comenzó a rodear la pira y a echar en todos los ardientes fuegos alguna cantidad de sacro y oloroso incienso, diciendo cada vez que lo esparcía alguna breve y devota oración, a rogar por el alma de Meliso encaminada, al fin de la cual levantaba la tremante[566] voz, y todos los circunstantes, con triste y piadoso acento, respondían: «Amén, amén», tres veces; a cuyo lamentable sonido resonaban los cercanos collados y apartados valles, y las ramas de los altos cipreses y de los otros muchos árboles de que el valle estaba lleno, heridas de un manso céfiro que soplaba,

hacían y formaban un sordo y tristísimo susurro, casi como en señal de que por su parte ayudaban a la tristeza del funesto sacrificio.

Tres veces rodeó Telesio la sepultura, y tres veces dijo las piadosas plegarias, y otras nueve se escucharon los llorosos acentos del «amén», que los pastores repitían. Acabada esta ceremonia, el anciano Telesio se arrimó a un subido ciprés que a la cabecera de la sepultura de Meliso se levantaba, y con volver el rostro a una y otra parte, hizo que todos los circunstantes estuviesen atentos a lo que decir quería; y luego, levantando la voz todo lo que pudo conceder la antigüedad de sus años, con maravillosa elocuencia comenzó a alabar las virtudes de Meliso, la integridad de su inculpable[567] vida, la alteza de su ingenio, la entereza de su ánimo, la graciosa gravedad de su plática y la excelencia de su poesía; y, sobre todo, la solicitud de su pecho en guardar y cumplir la sancta religión que profesado había, juntando a estas otras tantas y tales virtudes de Meliso, que, aunque el pastor no fuera tan conoscido de todos los que a Telesio escuchaban, sólo por lo que él decía, quedaran aficionados a amarle si fuera vivo, y a reverenciarle después de muerto. Concluyó, pues, el viejo su plática diciendo:

—Si a do llegaron, famosos pastores, las bondades de Meliso, y adonde llega el deseo que tengo de alabarlas, llegara la bajeza de mi corto entendimiento, y las flacas y pocas fuerzas adquiridas de mis tantos y tan cansados años no me acortaran la voz y el aliento, primero este sol que nos alumbra le viérades bañar una y otra vez en el grande océano, que yo cesara de la comenzada plática; mas, pues esto en mi marchita edad no se permite, suplid vosotros mi falta, y mostraos agradecidos a las frías cenizas de Meliso, celebrándolas en la muerte como os obliga el amor que él os tuvo en la vida. Y, puesto que a todos en general nos toca y cabe parte desta obligación, a quien en particular más obliga es a los famosos Tirsi y Damón, como a tan conoscidos amigos y familiares suyos; y así, les ruego,

cuan encarecidamente puedo, correspondan a esta deuda supliendo y cantando ellos con más reposada y sonora voz lo que yo he faltado llorando con la trabajosa mía.

No dijo más Telesio, ni aun fuera menester decirlo para que los pastores se moviesen a hacer lo que se les rogaba; porque luego, sin replicar cosa alguna, Tirsi sacó su rabel y hizo señal a Damón que lo mesmo hiciese, a quien acompañaron luego Elicio y Lauso y todos los pastores que allí instrumentos tenían, y a poco espacio formaron una tan triste y agradable música que, aunque regalaba los oídos, movía los corazones a dar señales de tristeza con lágrimas que los ojos derramaban. Juntábase a esto la dulce armonía de los pintados y muchos pajarillos que por los aires cruzaban, y algunos sollozos que las pastoras, ya tiernas y movidas con el razonamiento de Telesio y con lo que los pastores hacían, de cuando en cuando, de sus hermosos pechos arrancaban; y era de suerte que, concordándose el son de la triste música y el de la alegre armonía de los jilguerillos, calandrias y ruiseñores, y el amargo de los profundos gemidos, formaba todo junto un tan estraño y lastimoso concento[568] que no hay lengua que encarecerlo pueda. De allí a poco espacio, cesando los demás instrumentos, solos los cuatro de Tirsi, Damón, Elicio y de Lauso se escucharon, los cuales, llegándose al sepulcro de Meliso, a los cuatro lados del sepulcro,[569] señal por donde todos los presentes entendieron que alguna cosa cantar querían; y así, les prestaron un maravilloso y sosegado silencio; y luego el famoso Tirsi, con levantada, triste y sonora voz, ayudándole Elicio, Damón y Lauso, desta manera comenzó a cantar:

Tirsi

Tal cual es la ocasión de nuestro llanto,

no sólo nuestro, más de todo el suelo,
pastores, entonad el triste canto.

DAMÓN

El aire rompan, lleguen hasta el cielo
los sospiros dolientes, fabricados
entre justa piedad y justo duelo.

ELICIO

Serán de tierno humor siempre bañados
mis ojos, mientras viva la memoria,
Meliso, de tus hechos celebrados.

LAUSO

Meliso, digno de inmortal historia,
digno que goces en el cielo sancto
de alegre vida y de perpetua gloria.

TIRSI

Mientras que a las grandezas me levanto
de cantar sus hazañas, como pienso,
pastores, entonad el triste canto.

DAMÓN

Como puedo, Meliso, recompenso
a tu amistad: con lágrimas vertidas,
con ruegos píos y sagrado incienso.

ELICIO

Tu muerte tiene en llanto convertidas
nuestras dulces pasadas alegrías,
y a tierno sentimiento reducidas.

LAUSO

Aquellos claros, venturosos días,
donde el mundo gozó de tu presencia,
se han vuelto en noches miserables frías.

TIRSI

¡Oh muerte, que con presta violencia
tal vida en poca tierra reduciste!
¿A quién no alcanzará tu diligencia?

DAMÓN

Después, ¡oh muerte!, que aquel golpe diste

que echó por tierra nuestro fuerte arrimo,
de yerba el prado ni de flor se viste.

ELICIO

Con la memoria deste mal reprimo
el bien, si alguno llega a mi sentido,
y con nueva aspereza me lastimo.

LAUSO

¿Cuándo suele cobrarse el bien perdido?
¿Cuándo el mal sin buscarle no se halla?
¿Cuándo hay quietud en el mortal ruïdo?

TIRSI

¿Cuándo de la mortal fiera batalla
triunfó la vida, y cuándo contra el tiempo
se opuso o fuerte arnés o dura malla?[570]

DAMÓN

Es nuestra vida un sueño, un pasatiempo,
un vano encanto que desaparece
cuando más firme pareció en su tiempo.

ELICIO

Día que al medio curso se escuresce,
y le sucede noche tenebrosa,
envuelta en sombras qu'el temor ofrece.

LAUSO

Mas tú, pastor famoso, en venturosa
hora pasaste deste mar insano
a la dulce región maravillosa.

TIRSI

Después que en el aprisco veneciano[571]
las causas y demandas decidiste
del gran pastor del ancho suelo hispano.

DAMÓN

Después también que con valor sufriste
el trance de fortuna acelerado
que a Italia hizo, y aun a España, triste.

ELICIO

Y después que, en sosiego reposado,

con las nueve doncellas[572] solamente
tanto tiempo estuviste retirado.

LAUSO

Sin que las fieras armas del oriente
ni la francesa furia inquietase
tu levantada y sosegada mente.

TIRSI

Entonces quiso el cielo que llegase
la fría mano de la muerte airada,
y en tu vida el bien nuestro arrebatase.

DAMÓN

Quedó tu suerte entonces mejorada,
quedó la nuestra a un triste amargo lloro
perpetua, eternamente condemnada.

ELICIO

Viose el sacro virgíneo hermoso coro
de aquellas moradoras del Parnaso
romper llorando sus cabellos de oro.

LAUSO

A lágrimas movió el doliente caso
al gran competidor del niño ciego,
que entonces de dar luz se mostró escaso.[573]

TIRSI

No entre las armas y el ardiente fuego
los tristes teucros[574] tanto se afligieron
con el engaño del astuto griego,[575]
como lloraron, como repitieron
el nombre de Meliso los pastores
cuando informados de su muerte fueron.

DAMÓN

No de olorosas varïadas flores
adornaron sus frentes, ni cantaron
con voz suave algún cantar de amores.
De funesto ciprés se coronaron,
y en triste repetido amargo llanto
lamentables canciones entonaron.

ELICIO

Y así, pues hoy el áspero quebranto

y la memoria amarga se renueva,
pastores, entonad el triste canto,
qu'el duro caso que a doler nos lleva
es tal, que será pecho de diamante
el que a llorar en él no se conmueva.

LAUSO

El firme pecho, el ánimo constante,
qu'en las adversidades siempre tuvo
este pastor por mil lenguas se cante,
como al desdén que de contino hubo
en el pecho de Filis[576] indignado
cual firme roca contra el mar estuvo.

TIRSI

Repítanse los versos que ha cantado,
queden en la memoria de las gentes
por muestras de su ingenio levantado.

DAMÓN

Por tierras de las nuestras diferentes,
lleve su nombre la parlera fama
con pasos prestos y alas diligentes.

ELICIO

Y de su casta y amorosa llama
ejemplo tome el más lascivo pecho
y el que en ardor menos cabal se inflama.

LAUSO

¡Venturoso Meliso, que a despecho
de mil contrastes fieros de fortuna,
vives ahora alegre y satisfecho!

TIRSI

Poco te cansa, poco te importuna
esta mortal bajeza que dejaste,
llena de más mudanzas que la luna.

DAMÓN

Por firme alteza la humildad trocaste,
por bien el mal, la muerte por la vida
tan seguro temiste y esperaste.

ELICIO

Desta mortal, al parecer, caída,

quien vive bien, al cabo se levanta,
cual tú, Meliso, a la región florida,
donde por más de una inmortal garganta
se despide la voz, que gloria suena,
gloria repite, dulce gloria canta;
donde la hermosa clara faz serena
se ve, en cuya visión se goza y mira
la summa gloria más perfecta y buena.
Mi flaca voz a tu alabanza aspira,
y tanto cuanto más cresce el deseo,
tanto, Meliso, el miedo le retira.
Que aquello que contemplo agora, y veo
con el entendimiento levantado,
del sacro tuyo sobrehumano arreo,
tiene mi entendimiento acobardado,
y sólo paro[577] en levantar las cejas
y en recoger los labios de admirado.

LAUSO

Con tu partida, en triste llanto dejas
cuantos con tu presencia se alegraban,
y el mal se acerca porque tú te alejas.

TIRSI

En tu sabiduría se enseñaban
los rústicos pastores, y en un punto,

con nuevo ingenio y discreción quedaban.
Pero llegóse aquel forzoso punto
donde tú te partiste y do quedamos
con poco ingenio y corazón difunto.
Esta amarga memoria celebramos
los que en la vida te quisimos tanto,
cuanto ahora en la muerte te lloramos.
Por esto, al son de tan confuso llanto,
cobrando de contino nuevo aliento,
pastores, entonad el triste canto.
Lleguen do llega el duro sentimiento
las lágrimas vertidas y sospiros,
con quien se augmenta el presuroso viento.
Poco os encargo, poco sé pediros;
más habéis de sentir que cuanto ahora
puede mi atada lengua referiros.
Mas, pues Febo se ausenta, y descolora
la tierra, que se cubre en negro manto,
hasta que venga la esperada aurora,
pastores, cesad ya del triste canto.

Tirsi, que comenzado había la triste y dolorosa elegía, fue el que la puso fin, sin que le pusiesen por un buen espacio a las lágrimas todos los que el lamentable canto escuchado habían. Mas, a esta sazón, el venerable Telesio les dijo:

—Pues habemos cumplido en parte, gallardos y comedidos pastores, con la obligación que al venturoso Meliso tenemos, poned por agora silencio a vuestras tiernas lágrimas, y dad algún vado a vuestros dolientes sospiros,

pues ni por ellas ni ellos podemos cobrar la pérdida que lloramos; y, puesto que el humano sentimiento no pueda dejar de mostrarle en los adversos acaecimientos, todavía es menester templar la demasía de sus accidentes con la razón que al discreto acompaña; y, aunque las lágrimas y sospiros sean señales del amor que se tiene al que se llora, más provecho consiguen las almas por quien se derraman con los píos sacrificios y devotas oraciones que por ellas se hacen, que si todo el mar océano por los ojos de todo el mundo hecho lágrimas se destilase. Y, por esta razón, y por la que tenemos de dar algún alivio a nuestros cansados cuerpos, será bien que, dejando lo que nos resta de hacer para el venidero día, por agora visitéis vuestros zurrones y cumpláis con lo que naturaleza os obliga.

Y, en diciendo esto, dio orden como todas las pastoras estuviesen a una parte del valle, junto a la sepultura de Meliso, dejando con ellas seis de los más ancianos pastores que allí había, y los demás, poco desviados dellas, en otra parte se estuvieron. Y luego, con lo que en los zurrones traían, y con el agua de la clara fuente, satisficieron a la común necesidad de la hambre, acabando a tiempo que ya la noche vestía de una mesma color todas las cosas debajo de nuestro horizonte contenidas, y la luciente luna mostraba su rostro hermoso y claro en toda la entereza que tiene cuando más el rubio hermano sus rayos le comunica.[578] Pero, de allí a poco rato, levantándose un alterado viento, se comenzaron a ver algunas negras nubes, que algún tanto la luz de la casta diosa encubrían, haciendo sombras en la tierra, señales por donde algunos pastores que allí estaban, en la rústica astrología maestros, algún venidero turbión y borrasca esperaban. Mas todo paró en no más de quedar la noche parda y serena, y en acomodarse ellos a descansar sobre la fresca yerba, entregando los ojos al dulce y reposado sueño, como lo hicieron todos, si no algunos que repartieron como en centinelas la guarda de las pastoras, y el de algunas antorchas que alrededor de la

sepultura de Meliso ardiendo quedaban. Pero, ya que el sosegado silencio se estendió por todo aquel sagrado valle, y ya que el perezoso Morfeo había con el bañado ramo[579] tocado las sienes y párpados de todos los presentes, a tiempo que a la redonda de nuestro polo buena parte las errantes estrellas andado habían, señalando los puntuales cursos de la noche, en aquel instante, de la mesma sepultura de Meliso se levantó un grande y maravilloso fuego, tan luciente y claro que en un momento todo el escuro valle quedó con tanta claridad como si el mesmo sol le alumbrara; por la cual improvisa maravilla, los pastores que despiertos junto a la sepultura estaban, cayeron atónitos en el suelo, deslumbrados y ciegos con la luz del transparente fuego, el cual hizo contrario efecto en los demás que durmiendo estaban, porque, heridos de sus rayos, huyó dellos el pesado sueño, y, aunque con dificultad alguna, abrieron los dormidos ojos, y, viendo la estrañeza de la luz que se les mostraba, confusos y admirados quedaron. Y así, cuál en pie, cuál recostado, y cuál sobre las rodillas puesto, cada uno, con admiración y espanto, el claro fuego miraba. Todo lo cual visto por Telesio, adornándose en un punto de las sacras vestiduras, acompañado de Elicio, Tirsi, Damón, Lauso y otros animosos pastores, poco a poco se comenzó a llegar al fuego, con intención de, con algunos lícitos y acomodados exorcismos, procurar deshacer o entender de dó procedía la estraña visión que se les mostraba. Pero, ya que llegaban cerca de las encendidas llamas, vieron que, dividiéndose en dos partes, en medio dellas parecía una tan hermosa y agraciada ninfa, que en mayor admiración les puso que la vista del ardiente fuego. Mostraba estar vestida de una rica y sotil tela de plata, recogida y retirada a la cintura, de modo que la mitad de las piernas se descubrían, adornadas con unos coturnos,[580] o calzado justo, dorados, llenos de infinitos lazos de listones de diferentes colores; sobre la tela de plata traía otra vestidura de verde y delicado cendal, que, llevado a

una y a otra parte por un ventecillo que mansamente soplaba, estremadamente parecía; por las espaldas traía esparcidos los más luengos y rubios cabellos que jamás ojos humanos vieron, y sobre ellos una guirnalda sólo de verde laurel compuesta; la mano derecha ocupaba con un alto ramo de amarilla y vencedora palma, y la izquierda con otro de verde y pacífica oliva, con los cuales ornamentos tan hermosa y admirable se mostraba, que a todos los que la miraban tenía colgados de su vista; de tal manera que, desechando de sí el temor primero, con seguros pasos alrededor del fuego se llegaron, persuadiéndose que, de tan hermosa visión, ningún daño podía sucederles. Y estando, como se ha dicho, todos transportados en mirarla, la bella ninfa abrió los brazos a una y a otra parte, y hizo que las apartadas llamas más se apartasen y dividiesen, para dar lugar a que mejor pudiese ser mirada; y luego, levantando el sereno rostro, con gracia y gravedad estraña, a semejantes razones dio principio:

—Por los efectos que mi improvisa vista ha causado en vuestros corazones, discreta y agradable compañía, podéis considerar que no en virtud de malignos espíritus ha sido formada esta figura mía que aquí se os representa; porque una de las razones por do se conosce ser una visión buena o mala es por los efectos que hace en el ánimo de quien la mira; porque la buena, aunque cause en él admiración y sobresalto, el tal sobresalto y admiración viene mezclado con un gustoso alboroto, que a poco rato le sosiega y satisface; al revés de lo que causa la visión perversa, la cual sobresalta, descontenta, atemoriza y jamás asegura. Esta verdad os aclarará la experiencia cuando me conozcáis y yo os diga quién soy y la ocasión que me ha movido a venir de mis remotas moradas a visitaros. Y, porque no quiero teneros colgados del deseo que tenéis de saber quién yo sea, sabed, discretos pastores y bellas pastoras, que yo soy una de las nueve doncellas que en las altas y sagradas cumbres de Parnaso tienen su propria y

conoscida morada. Mi nombre es Calíope; mi oficio y condición es favorescer y ayudar a los divinos espíritus, cuyo loable ejercicio es ocuparse en la maravillosa y jamás como debe alabada sciencia de la poesía. Yo soy la que hice cobrar eterna fama al antiguo ciego natural de Esmirna,[581] por él solamente famosa; la que hará vivir el mantuano Títiro[582] por todos los siglos venideros, hasta que el tiempo se acabe; y la que hace que se tengan en cuenta, desde la pasada hasta la edad presente, los escriptos tan ásperos como discretos del antiquísimo Enio.[583] En fin, soy quien favoresció a Catulo,[584] la que nombró a Horacio, eternizó a Propercio,[585] y soy la que con inmortal fama tiene conservada la memoria del conoscido Petrarca, y la que hizo bajar a los escuros infiernos y subir a los claros cielos al famoso Dante.[586] Soy la que ayudó a tejer al divino Ariosto la variada y hermosa tela[587] que compuso; la que en esta patria vuestra tuvo familiar amistad con el agudo Boscán y con el famoso Garcilaso, con el docto y sabio Castillejo[588] y el artificioso Torres Naharro,[589] con cuyos ingenios, y con los frutos dellos, quedó vuestra patria enriquescida y yo satisfecha. Yo soy la que moví la pluma del celebrado Aldana,[590] y la que no dejó jamás el lado de don Fernando de Acuña,[591] y la que me precio de la estrecha amistad y conversación que siempre tuve con la bendita alma del cuerpo que en esta sepultura yace, cuyas obsequias, por vosotros celebradas, no sólo han alegrado su espíritu, que ya por la región eterna se pasea, sino que a mí me han satisfecho de suerte que, forzada, he venido a agradeceros tan loable y piadosa costumbre como es la que entre vosotros se usa; y así, os prometo, con las veras que de mi virtud pueden esperarse, que en pago del beneficio que a las cenizas de mi querido y amado Meliso habéis hecho, de hacer siempre que en vuestras riberas jamás falten pastores que en la alegre sciencia de la poesía a todos los de las otras riberas se aventajen; favoresceré ansimesmo siempre

vuestros consejos, y guiaré vuestros entendimientos, de manera que nunca deis torcido[592] voto cuando decretéis quién es merescedor de enterrarse en este sagrado valle; porque no será bien que, de honra tan particular y señalada, y que sólo es merescida de los blancos y canoros cisnes, la vengan a gozar los negros y roncos cuervos. Y así, me parece que será bien daros alguna noticia agora de algunos señalados varones que en esta vuestra España viven, y algunos en las apartadas Indias a ella subjetas; los cuales, si todos o alguno dellos su buena ventura le trujere a acabar el curso de sus días en estas riberas, sin duda alguna le podéis conceder sepultura en este famoso sitio. Junto con esto, os quiero advertir que no entendáis que los primeros que nombrare son dignos de más honra que los postreros, porque en esto no pienso guardar orden alguna: que, puesto que yo alcanzo la diferencia que el uno al otro y los otros a los otros hacen, quiero dejar esta declaración en duda, porque vuestros ingenios en entender la diferencia de los suyos tengan en qué ejercitarse, de los cuales darán testimonio sus obras. Irélos nombrando como se me vinieren a la memoria, sin que ninguno se atribuya a que ha sido favor que yo le he hecho en haberme acordado dél primero que de otro; porque, como digo, a vosotros, discretos pastores, dejo que después les deis el lugar que os paresciere que de justicia se les debe. Y, para que con menos pesadumbre y trabajo a mi larga relación estéis atentos, haréla de suerte que sólo sintáis disgusto por la brevedad della.

Calló diciendo esto la bella ninfa, y luego tomó una arpa que junto a sí tenía, que hasta entonces de ninguno había sido vista; y, en comenzándola a tocar, parece que comenzó a esclarecerse el cielo, y que la luna, con nuevo y no usado resplandor, alumbraba la tierra; los árboles, a despecho de un blando céfiro que soplaba, tuvieron quedas las ramas; y los ojos de todos los que allí estaban no se atrevían a abajar los párpados, porque aquel breve

punto que se tardaban en alzarlos, no se privasen de la gloria que en mirar la hermosura de la ninfa gozaban; y aun quisieran todos que todos sus cinco sentidos se convirtieran en el del oír solamente: con tal estrañeza, con tal dulzura, con tanta suavidad tocaba la arpa la bella musa; la cual, después de haber tañido un poco, con la más sonora voz que imaginarse puede, en semejantes versos dio principio: [593]

Canto de Calíope

Al dulce son de mi templada lira,
prestad, pastores, el oído atento:
oiréis cómo en mi voz y en él respira
de mis hermanas el sagrado aliento.
Veréis cómo os suspende, y os admira,
y colma vuestras almas de contento,
cuando os dé relación, aquí en el suelo,
de los ingenios que ya son del cielo.

Pienso cantar de aquellos solamente
a quien la Parca el hilo aún no ha cortado,
de aquellos que son dignos justamente
d'en tal lugar tenerle señalado,
donde, a pesar del tiempo diligente,
por el laudable oficio acostumbrado
vuestro, vivan mil siglos sus renombres,
sus claras obras, sus famosos nombres.

Y el que con justo título meresce
gozar de alta y honrosa preeminencia,
un don Alonso[594] es, en quien floresce

del sacro Apolo la divina sciencia;
y en quien con alta lumbre resplandece
de Marte el brío y sin igual potencia,
DE LEIVA tiene el sobrenombre ilustre,
que a Italia ha dado, y aun a España, lustre.

Otro del mesmo nombre, que de Arauco
cantó las guerras y el valor de España,
el cual los reinos donde habita Glauco[595]
pasó y sintió la embravescida saña.
No fue su voz, no fue su acento rauco,[596]
que uno y otro fue de gracia estraña,
y tal, que ERCIL[L]A,[597] en este hermoso asiento
meresce eterno y sacro monumento.

Del famoso don JUAN DE SILVA[598] os digo
que toda gloria y todo honor meresce,
así por serle Febo tan amigo,
como por el valor que en él floresce.
Serán desto sus obras buen testigo,
en las cuales su ingenio resplandece
con claridad que al ignorante alumbra
y al sabio agudo a veces le deslumbra.

Crezca el número rico desta cuenta
aquel con quien la tiene tal el cielo,
que con febeo aliento[599] le sustenta,
y con valor de Marte acá en el suelo.
A Homero iguala si a escrebir intenta,
y a tanto llega de su pluma el vuelo,
cuanto es verdad que a todos es notorio

el alto ingenio de don DIEGO OSORIO.[600]

Por cuantas vías la parlera fama
puede loar un caballero ilustre,
por tantas su valor claro derrama,
dando sus hechos a su nombre lustre.
Su vivo ingenio, su virtud, inflama
más de una lengua, a que de lustre en lustre,
sin que cursos de tiempos las espanten,
de don FRANCISCO DE MENDOZA[601] canten.

¡Feliz don DIEGO DE SARMIENTO, ilustre,
Y CARVAJAL,[602] famoso, producido
de nuestro coro y de Hipocrene[603] lustre,
mozo en la edad, anciano en el sentido,[604]
de siglo en siglo irá, de lustre en lustre,
a pesar de las aguas del olvido,[605]

tu nombre, con tus obras excelentes,
de lengua en lengua y de gente en gentes!

Quiéro[o]s mostrar por cosa soberana,
en tierna edad, maduro entendimiento,
destreza y gallardía sobrehumana,
cortesía, valor, comedimiento,
y quien puede mostrar en la toscana
como en su propria lengua aquel talento
que mostró el que cantó la casa d'Este:[606]
un don GUTIERRE CARVAJAL[607] es éste.

Tú, don LUIS DE VARGAS,[608] en quien veo
maduro ingenio en verdes pocos días,

procura de alcanzar aquel trofeo
que te prometen las hermanas mías;
mas tan cerca estás dél, que, a lo que creo,
ya triunfas, pues procuras por mil vías
virtuosas y sabias que tu fama
resplandezca con viva y clara llama.

Del claro Tajo la ribera hermosa
adornan mil espíritus divinos,
que hacen nuestra edad más venturosa
que aquella de los griegos y latinos.
Dellos pienso decir sola una cosa:
que son de vuestro valle y honra dignos
tanto cuanto sus obras nos lo muestran,
que al camino del cielo nos adiestran.[609]

Dos famosos doctores, presidentes
en las sciencias de Apolo, se me ofrescen,
que no más que en la edad son diferentes,
y en el trato e ingenio se parecen.
Admíranlos ausentes y presentes,

y entre unos y otros tanto resplandecen
con su saber altísimo y profundo,
que presto han de admirar a todo el mundo.

Y el nombre que me viene más a mano,
destos dos que a loar aquí me atrevo,
es del doctor famoso CAMPUZANO,[610]
a quien podéis llamar segundo Febo.
El alto ingenio suyo, el sobrehumano

discurso nos descubre un mundo nuevo,
de tan mejores Indias y excelencias,
cuanto mejor qu'el oro son las sciencias.
Es el doctor SUÁREZ, que DE SOSA[611]
el sobrenombre tiene, el que se sigue,
que de una y otra lengua[612] artificiosa
lo más cendrado y lo mejor consigue.
Cualquiera que en la fuente milagrosa,
cual él la mitigó, la sed mitigue,
no tendrá que envidiar al docto griego,[613]
ni a aquel que nos cantó el troyano fuego.[614]
Del doctor VACA,[615] si decir pudiera
lo que yo siento dél, sin duda creo
que cuantos aquí estáis os suspendiera:
tal es su sciencia, su virtud y arreo.
Yo he sido en ensalzarle la primera
del sacro coro, y soy la que deseo
eternizar su nombre en cuanto al suelo
diere su luz el gran señor de Delo.[616]
Si la fama os trujere a los oídos
de algún famoso ingenio maravillas,
conceptos bien dispuestos y subidos,
y sciencias que os asombren en oíllas,
cosas que paran sólo en los sentidos
y la lengua no puede referillas,
el dar salida a todo dubio[617] y traza,
sabed que es el licenciado DAZA.[618]
Del maestro GARAY [619] las dulces obras

me incitan sobre todos a alabarle;
tú, Fama, que al ligero tiempo sobras,
ten por heroica empresa el celebrarle.
Verás cómo en él más fama cobras,
Fama, que está la tuya en ensalzarle,
que hablando desta fama, en verdadera
has de trocar la fama de parlera.

Aquel ingenio que al mayor humano
se deja atrás, y aspira al que es divino,
y, dejando a una parte el castellano,
sigue el heroico verso del latino;
el nuevo Homero, el nuevo mantuano,[620]
es el maestro CÓRDOBA,[621] que es digno
de celebrarse en la dichosa España,
y en cuanto el sol alumbra y el mar baña.

De ti, el doctor FRANCISCO DÍAZ,[622] puedo
asegurar a estos mis pastores
que con seguro corazón y ledo,[623]
pueden aventajarse en tus loores.
Y si en ellos yo agora corta quedo,
debiéndose a tu ingenio los mayores,
es porque el tiempo es breve y no me atrevo
a poderte pagar lo que te debo.

LUJÁN,[624] que con la toga merescida
honras el proprio y el ajeno suelo,
y con tu dulce musa conoscida
subes tu fama hasta el más alto cielo,
yo te daré después de muerto vida,

haciendo que, en ligero y presto vuelo,
la fama de tu ingenio único, solo,
vaya del nuestro hasta el contrario polo.
El alto ingenio y su valor declara
un licenciado tan amigo vuestro
cuanto ya sabéis que es JUAN DE VERGARA,[625]
honra del siglo venturoso nuestro.
Por la senda qu'él sigue, abierta y clara,
yo mesma el paso y el ingenio adiestro,
y adonde él llega, de llegar me pago,
y en su ingenio y virtud me satisfago.
Otros quiero nombrar, porque se estime
y tenga en precio mi atrevido canto,
el cual hará que ahora más le anime
y llegue allí donde el deseo levanto.
Y es este que me fuerza y que me oprime
a decir sólo dél, y cantar cuanto
canto de los ingenios más cabales,
el licenciado ALONSO DE MORALES.[626]
Por la difícil cumbre va subiendo
al temp[l]o de la Fama, y se adelanta,
un generoso mozo, el cual, rompiendo
por la dificultad que más espanta,
tan presto ha de llegar allá, que entiendo
que en profecía ya la fama canta
del lauro que le tiene aparejado
al licenciado HERNANDO MALDONADO.[627]
La sabia frente del laurel honroso

adornada veréis de aquel que ha sido
en todas sciencias y artes tan famoso
que es ya por todo el orbe conoscido.
Edad dorada, siglo venturoso,
que gozar de tal hombre has merescido:
¿cuál siglo, cuál edad ahora te llega,
si en ti está MARCO ANTONIO DE LA VEGA?[628]
Un DIEGO se me viene a la memoria,
que DE MENDOZA[629] es cierto que se llama,
digno que sólo dél se hiciera historia
tal que llegara allí donde su fama.
Su sciencia y su virtud, que es tan notoria,
que ya por todo el orbe se derrama,
admira a los ausentes y presentes
de las remotas y cercanas gentes.
Un conoscido el alto Febo tiene;
¿qué digo un conoscido?, un verdadero
amigo, con quien sólo se entretiene,
que es de toda sciencia tesorero.
Y es este que de industria se detiene
a no comunicar su bien entero,
DIEGO DURÁN,[630] en quien contino dura
y durará el valor, ser y cordura.
¿Quién pensáis que es aquel que en voz sonora
sus ansias canta regaladamente,
aquel en cuyo pecho Febo mora,
el docto Orfeo y Arïón[631] prudente?
Aquel que de los reinos del aurora

hasta los apartados de occidente
es conoscido, amado y estimado
por el famoso LÓPEZ MALDONADO.[632]
¿Quién pudiera loaros, mis pastores,
un pastor vuestro amado y conoscido,
pastor mejor de cuantos son mejores,
que de Fílida tiene el apellido?
La habi[li]dad, la sciencia, los primores,
el raro ingenio y el valor subido
de LUIS DE MONTALVO,[633] le aseguran
gloria y honor mientras los cielos duran.
El sacro Ibero,[634] de dorado acanto,
de siempre verde yedra y blanca oliva
su frente adorne, y en alegre canto
su gloria y fama para siempre viva,
pues su antiguo valor ensalza tanto
que al fértil Nilo de su nombre priva
de PEDRO DE LIÑÁN[635] la sotil pluma,
de todo el bien de Apolo cifra y suma.
De ALONSO DE VALDÉS[636] me está incitando
el raro y alto ingenio a que dél cante,
y que os vaya, pastores, declarando
que a los más raros pasa, y va adelante.
Halo mostrado ya, y lo va mostrando
en el fácil estilo y elegante
con que descubre el lastimado pecho
y alaba el mal qu'el fiero amor l'ha hecho.
Admíreos un ingenio en quien se encierra

todo cuanto pedir puede el deseo,
ingenio que, aunque vive acá en la tierra,
del alto cielo es su caudal y arreo.
Ora trate de paz, ora de guerra,
todo cuanto yo miro, escucho y leo
del celebrado PEDRO DE PADILLA,[637]
me causa nuevo gusto y maravilla.

Tú, famoso GASPAR ALFONSO,[638] ordenas,
según aspiras a inmortal subida,
que yo no pueda celebrarte apenas,
si te he de dar loor a tu medida.
Las plantas fertilísimas amenas
que nuestro celebrado monte anida,
todas ofrescen ricas laureolas[639]
para ceñir y honrar tus sienes solas.

De CRISTÓBAL DE MESA[640] os digo cierto
que puede honrar vuestro sagrado valle;
no sólo en vida, más después de muerto
podéis con justo título alaballe.
De sus heroicos versos el concierto,
su grave y alto estilo, pueden dalle
alto y honroso nombre, aunque callara
la fama dél, y yo no me acordara.

Pues sabéis cuánto adorna y enriquece
vuestras riberas PEDRO DE RIBERA,[641]
dalde el honor, pastores, que meresce,
que yo seré en honrarle la primera.
Su dulce musa, su virtud, ofresce

un subjeto cabal donde pudiera
la fama y cien mil famas ocuparse,
y en solos sus loores estremarse.
Tú, que de Luso el sin igual tesoro
trujiste en nueva forma a la ribera
del fértil río, a quien el lecho de oro
tan famoso le hace adonde quiera,
con el debido aplauso y el decoro
debido a ti, BENITO DE CALDERA,[642]
y a tu ingenio sin par, prometo honrarte
y de lauro y de yedra coronarte.
De aquel que la cristiana poesía
tan en su punto ha puesto en tanta gloria,
haga la fama y la memoria mía
famosa para siempre su memoria.
De donde nasce adonde muere el día,
la sciencia sea y la bondad notoria
del gran FRANCISCO DE GUZMÁN,[643] qu'el arte
de Febo sabe, ansí como el de Marte.
Del capitán SALCEDO[644] está bien claro
que llega su divino entendimiento
al punto más subido, agudo y raro
que puede imaginar el pensamiento.
Si le comparo, a él mesmo le comparo,
que no hay comparación que llegue a cuento
de tamaño valor, que la medida
ha de mostrar ser falta o ser torcida.
Por la curiosidad y entendimiento

de TOMÁS DE GRACIÁN,[645] dadme licencia
que yo le escoja en este valle asiento
igual a su virtud, valor y sciencia,
el cual, si llega a su merescimiento,
será de tanto grado y preeminencia,
que, a lo que creo, pocos se le igualen:
tanto su ingenio y sus virtudes valen.

Agora, hermanas bellas, de improviso,
BAPTISTA DE VIVAR[646] quiere alabaros
con tanta discreción, gala y aviso,
que podáis, siendo musas, admiraros.
No cantará desdenes de Narciso,
que a Eco[647] solitaria cuestan caros,
sino cuidados suyos que han nascido
entre alegre esperanza y triste olvido.

Un nuevo espanto, un nuevo asombro y miedo
me acude y sobresalta en este punto,
sólo por ver que quiero y que no puedo
subir de honor al más subido punto
al grave BALTASAR, que DE TOLEDO[648]
el sobrenombre tiene, aunque barrunto
que de su docta pluma el alto vuelo
le ha de subir hasta el impíreo cielo.[649]

Muestra en un ingenio la experiencia
que en años verdes y en edad temprana
hace su habitación ansí la sciencia,
como en la edad madura, antigua y cana.
No entraré con alguno en competencia

que contradiga una verdad tan llana,
y más si acaso a sus oídos llega
que lo digo por vos, LOPE DE VEGA.[650]

De pacífica oliva coronado,
ante mi entendimiento se presenta
agora el sacro Betis, indignado,
y de mi inadvertencia se lamenta.
Pide que en el discurso comenzado,
de los raros ingenios os dé cuenta
que en sus riberas moran, y yo ahora
harélo con la voz muy más sonora.

Mas, ¿qué haré, que en los primeros pasos
que doy descubro mil estrañas cosas,
otros mil nuevos Pindos[651] y Parnasos,
otros coros de hermanas más hermosas,
con que mis altos bríos quedan lasos,[652]
y más cuando, por causas milagrosas,
oigo cualquier sonido servir de eco,
cuando se nombra el nombre de PACHECO?[653]

Pacheco es éste, con quien tiene Febo
y las hermanas tan discretas mías
nueva amistad, discreto trato y nuevo
desde sus tiernos y pequeños días.
Yo desde entonces hasta agora llevo
por tan estrañas desusadas vías
su ingenio y sus escriptos, que han llegado
al título de honor más encumbrado.

En punto estoy donde, por más que diga

en alabanza del divino HERRERA,[654]
será de poco fruto mi fatiga,
aunque le suba hasta la cuarta esfera.[655]
Mas, si soy sospechosa por amiga,
sus obras y su fama verdadera
dirán que en sciencias es HERNANDO solo
del Gange al Nilo, y de uno al otro polo.

De otro FERNANDO quiero daros cuenta,
que DE CANGAS[656] se nombra, en quien se admira
el suelo, y por quien vive y se sustenta
la sciencia en quien al sacro lauro aspira.
Si al alto cielo algún ingenio intenta
de levantar y de poner la mira,
póngala en éste sólo, y dará al punto
en el más ingenioso y alto punto.

De don CRISTÓBAL, cuyo sobrenombre
es de VILLAR[R]OEL,[657] tened creído
que bien meresce que jamás su nombre
toque las aguas negras del olvido.
Su ingenio admire, su valor asombre,
y el ingenio y valor sea conoscido
por el mayor estremo que descubre
en cuanto mira el sol o el suelo encubre.

Los ríos de elocuencia que del pecho
del grave antiguo Cicerón manaron;
los que al pueblo de Atenas satisfecho
tuvieron y a Demóstenes honraron;
los ingenios qu'el tiempo ha ya deshecho,

que tanto en los pasados se estimaron,
humíllense a la sciencia alta y divina
del maestro FRANCISCO DE MEDINA.[658]

Puedes, famoso Betis, dignamente
al Mincio,[659] al Arno, al Tibre aventajarte,
y alzar contento la sagrada frente
y en nuevos anchos senos dilatarte,
pues quiso el cielo, que en tu bien consiste,
tal gloria, tal honor, tal fama darte,
cual te la adquiere a tus riberas bellas
BALTASAR DEL ALCÁZAR,[660] que está en ellas.

Otro veréis en quien veréis cifrada
del sacro Apolo la más rara sciencia,
que en otros mil subjectos derramada,
hace en todos de sí grave aparencia.
Mas, en este subjeto mejorada,
asiste en tantos grados de excelencia,
que bien puede MOSQUERA,[661] el licenciado,
ser como el mesmo Apolo celebrado.

No se desdeña aquel varón prudente,
que de sciencias adorna y enriquesce
su limpio pecho, de mirar la fuente
que en nuestro monte en sabias aguas cresce;
antes, en la sin par clara corriente
tanto la sed mitiga, que floresce
por ello el claro nombre acá en la tierra
del gran doctor DOMINGO DE BECERRA.[662]

Del famoso ESPINEL[663] cosas diría

que exceden al humano entendimiento,
de aquellas sciencias que en su pecho cría
el divino de Febo sacro aliento;
mas, pues no puede de la lengua mía
decir lo menos de lo más que siento,
no diga más sino que al cielo aspira,
ora tome la pluma, ora la lira.

Si queréis ver en una igual balanza
al rubio Febo y colorado Marte,
procurad de mirar al gran CARRANZA,[664]
de quien el uno y otro no se parte.
En él veréis, amigas, pluma y lanza
con tanta discreción, destreza y arte,
que la destreza, en partes dividida,
la tiene a sciencia y arte reducida.

De LÁZARO LUIS IRANZO,[665] lira
templada había de ser más que la mía,
a cuyo son cantase el bien que inspira
en él el cielo, y el valor que cría.
Por las sendas de Marte y Febo aspira
a subir do la humana fantasía
apenas llega; y él, sin duda alguna,
llegará contra el hado y la fortuna.

BALTASAR DE ESCOBAR,[666] que agora adorna
del Tíber las riberas tan famosas,
y con su larga ausencia desadorna
las del sagrado Betis espaciosas;
fértil ingenio, si por dicha torna

al patrio amado suelo, a sus honrosas
y juveniles sienes les ofrezco
el lauro y el honor que yo merezco.
¿Qué título, qué honor, qué palma o lauro
se le debe a JUAN SANZ, que DE ZUMETA[667]
se nombra, si del Indo al Rojo Mauro[668]
cual su musa no hay otra tan perfecta?
Su fama aquí de nuevo le restauro
con deciros, pastores, cuán acepta[669]
será de Apolo cualquier honra y lustre
que a Zumeta hagáis que más le lustre.
Dad a JUAN DE LAS CUEVAS[670] el debido
lugar, cuando se ofrezca en este asiento,
pastores, pues lo tiene merescido
su dulce musa y raro entendimiento.
Sé que sus obras del eterno olvido,
a despecho y pesar del violento
curso del tiempo, librarán su nombre,
quedando con un claro alto renombre.
Pastores, si le viéredes, honraldo
al famoso varón que os diré ahora
y en graves dulces versos celebraldo,
como a quien tanto en ellos se mejora.
El sobrenombre tiene DE VIVALDO;
de ADAM[671] el nombre, el cual ilustra y dora
con su florido ingenio y excelente
la venturosa nuestra edad presente.
Cual suele estar de variadas flores

adorno[672] y rico el más florido mayo,
tal de mil varias sciencias y primores
está el ingenio de don JUAN AGUAYO.[673]
Y, aunque más me detenga en sus loores,
sólo sabré deciros que me ensayo
ahora, y que otra vez os diré cosas
tales que las tengáis por milagrosas.
De JUAN GUTIÉRREZ RUFO[674] el claro nombre
quiero que viva en la inmortal memoria,
y que al sabio y al simple admire, asombre
la heroica que compuso ilustre historia.
Déle el sagrado Betis el renombre
que su estilo meresce; denle gloria
los que pueden y saben; déle el cielo
igual la fama a su encumbrado vuelo.
En don LUIS DE GÓNGORA[675] os ofrezco
un vivo raro ingenio sin segundo;
con sus obras me alegro y enriquezco
no sólo yo, mas todo el ancho mundo.
Y si, por lo que os quiero, algo merezco,
haced que su saber alto y profundo
en vuestras alabanzas siempre viva
contra el ligero tiempo y muerte esquiva.
Ciña el verde laurel, la verde yedra,
y aun la robusta encina, aquella frente
de GONZALO CERVANTES SAAVEDRA,[676]
pues la deben ceñir tan justamente.
Por él la sciencia más de Apolo medra;

en él Marte nos muestra el brío ardiente
de su furor, con tal razón medido
que por él es amado y es temido.

Tú, que de Celidón, con dulce plectro[677]
heciste resonar el nombre y fama,
cuyo admirable y bien limado metro
a lauro y triunfo te convida y llama,
rescibe el mando, la corona y cetro,
GONZALO GÓMEZ,[678] desta que te ama,
en señal que meresce tu persona
el justo señorío de Helicona.[679]

Tú, Dauro,[680] de oro conoscido río,
cual bien agora puedes señalarte,
y con nueva corriente y nuevo brío
al apartado Idaspe[681] aventajarte,
pues GONZALO MATEO DE BERRÍO[682]
tanto procura con su ingenio honrarte,
que ya tu nombre la parlera fama,
por él, por todo el mundo le derrama.

Tejed de verde lauro una corona,
pastores, para honrar la digna frente
del licenciado SOTO BARAHONA,[683]
varón insigne, sabio y elocuente.
En él el licor sancto de Helicona,
si se perdiera en la sagrada fuente,[684]
se pudiera hallar, ¡oh estraño caso!,
como en las altas cumbres del Parnaso.

De la región antártica podría

eternizar ingenios soberanos,
que si riquezas hoy sustenta y cría,
también entendimientos sobrehumanos.
Mostrarlo puedo en muchos este día,
y en dos os quiero dar llenas las manos:
uno, de Nueva España y nuevo Apolo;
del Perú, el otro, un sol único y solo.

FRANCISCO, el uno, DE TERRAZAS,[685] tiene
el nombre acá y allá tan conoscido,
cuya vena caudal nueva Hipocrene
ha dado al patrio venturoso nido.
La mesma gloria al otro igual le viene,
pues su divino ingenio ha producido
en Arequipa eterna primavera,
que éste es DIEGO MARTÍNEZ DE RIBERA.[686]

Aquí, debajo de felice estrella,
un resplandor salió tan señalado,
que de su lumbre la menor centella
nombre de oriente al occidente ha dado.
Cuando esta luz nasció, nasció con ella
todo el valor, nasció ALONSO PICADO;[687]
nasció mi hermano y el de Palas junto,
que ambas vimos en él vivo transumpto.

Pues si he de dar la gloria a ti debida,
gran ALONSO DE ESTRADA,[688] hoy eres digno
que no se cante así tan de corrida
tu ser y entendimiento peregrino.
Contigo está la tierra enriquescida

que al Betis mil tesoros da contino,
y aun no da el cambio igual: que no hay tal paga
que a tan dichosa deuda satisfaga.

Por prenda rara desta tierra ilustre,
claro don JUAN, te nos ha dado el cielo,
DE ÁVALOS gloria, Y DE RIBERA[689] lustre,
honra del proprio y del ajeno suelo.
Dichosa España, do por más de un lustre
muestra serán tus obras y modelo
de cuanto puede dar naturaleza
de ingenio claro y singular nobleza.

El que en la dulce patria está contento,
las puras aguas de Limar[690] gozando,
la famosa ribera, el fresco viento
con sus divinos versos alegrando,
venga, y veréis por summa deste cuento,
su heroico brío y discreción mirando,
que es SANCHO DE RIBERA,[691] en toda parte
Febo primero, y sin segundo Marte.

Este mesmo famoso insigne valle
un tiempo al Betis usurpar solía
un nuevo Homero, a quien podemos dalle
la corona de ingenio y gallardía.
Las Gracias le cortaron a su talle,
y el cielo en todas lo mejor le envía;
éste, ya en vuestro Tajo conoscido,
PEDRO DE MONTESDOCA[692] es su apellido.

En todo cuanto pedirá el deseo,

un DIEGO ilustre DE AGUILAR[693] admira,
un águila real que en vuelo veo
alzarse a do llegar ninguno aspira.
Su pluma entre cien mil gana trofeo,
que, ante ella, la más alta se retira;
su estilo y su valor tan celebrado
Guánuco lo dirá, pues lo ha gozado.

Un GONZALO FERNÁNDEZ se me ofresce,
gran capitán[694] del escuadrón de Apolo,
que hoy DE SOTOMAYOR[695] ensoberbece
el nombre, con su nombre heroico y solo.
En verso admira, y en saber floresce
en cuanto mira el uno y otro polo;
y si en la pluma en tanto grado agrada,
no menos es famoso por la espada.

De un ENRIQUE GARCÉS,[696] que al piruano
reino enriquece, pues con dulce rima,
con subtil, ingeniosa y fácil mano,
a la más ardua empresa en él dio cima,
pues en dulce español al gran toscano
nuevo lenguaje ha dado y nueva estima,
¿quién será tal que la mayor le quite,
aunque el mesmo Petrarca resucite?

Un RODRIGO FERNÁNDEZ DE PINEDA,[697]
cuya vena inmortal, cuya excelente
y rara habilidad gran parte hereda
del licor sacro de la equina fuente,[698]
pues cuanto quiere dél no se le veda,

pues de tal gloria goza en occidente,
tenga también aquí tan larga parte,
cual la merescen hoy su ingenio y parte.
Y tú, que al patrio Betis has tenido
lleno de envidia, y con razón quejoso
de que otro cielo y otra tierra han sido
testigos de tu canto numeroso,[699]
alégrate, que el nombre esclarescido
tuyo, JUAN DE MESTANZA,[700] generoso,
sin segundo será por todo el suelo
mientras diere su luz el cuarto cielo.
Toda la suavidad que en dulce vena
se puede ver, veréis en uno solo,
que al son sabroso de su musa enfrena
la furia al mar, el curso al dios Eolo.
El nombre déste es BALTASAR DE ORENA,[701]
cuya fama del uno al otro polo
corre ligera, y del oriente a ocaso,
por honra verdadera de Parnaso.
Pues de una fértil y preciosa planta,
de allá traspuesta en el mayor collado[702]
que en toda la Tesalia se levanta,
planta que ya dichoso fruto ha dado,
callaré yo lo que la fama canta
del ilustre don PEDRO DE ALVARADO,[703]
ilustre, pero ya no menos claro,
por su divino ingenio, al mundo raro.
Tú, que con nueva musa extraordinaria,

CAIRASCO,[704] cantas del amor el ánimo
y aquella condición del vulgo varia
donde se opone al fuerte el pusilánimo;
si a este sitio de la Gran Canaria
vinieres, con ardor vivo y magnánimo
mis pastores ofrecen a tus méritos
mil lauros, mil loores beneméritos.
¿Quién es, ¡oh anciano Tormes!, el que niega
que no puedes al Nilo aventajarte,
si puede sólo el licenciado VEGA
más que Títiro al Mincio[705] celebrarte?
Bien sé, DAMIÁN,[706] que vuestro ingenio llega
do alcanza deste honor la mayor parte,

pues sé, por muchos años de experiencia,
vuestra tan sin igual virtud y sciencia.
Aunque el ingenio y la elegancia vuestra,
FRANCISCO SÁNCHEZ,[707] se me concediera,
por torpe me juzgara y poco diestra,
si a querer alabaros me pusiera.
Lengua del cielo única y maestra
tiene de ser la que por la carrera
de vuestras alabanzas se dilate,
que hacerlo humana lengua es disparate.
Las raras cosas y en estilo nuevas
que un espíritu muestran levantado,
en cien mil ingeniosas, arduas pruebas,
por sabio conoscido y estimado,

hacen que don FRANCISCO DE LAS CUEVAS[708]
por mí sea dignamente celebrado,
en tanto que la fama pregonera
no detuviere su veloz carrera.
Quisiera rematar mi dulce canto
en tal sazón, pastores, con loaros
un ingenio que al mundo pone espanto
y que pudiera en éstasis robaros.
En él cifro y recojo todo cuanto
he mostrado hasta aquí y he de mostraros:
FRAY LUIS DE LEÓN[709] es el que digo,
a quien yo reverencio, adoro y sigo.
¿Qué modos, qué caminos o qué vías
de alabar buscaré para qu'el nombre
viva mil siglos de aquel gran MATÍAS
que DE ZÚÑIGA[710] tiene el sobrenombre?
A él se den las alabanzas mías,
que, aunque yo soy divina y él es hombre,
por ser su ingenio, como lo es, divino,
de mayor honra y alabanza es digno.
Volved el presuroso pensamiento
a las riberas de Pisuerga bellas:
veréis que augmentan este rico cuento[711]
claros ingenios con quien se honran ellas.
Ellas no sólo, sino el firmamento,
do lucen las clarísicas estrellas,
honrarse puede bien cuando consigo
tenga allá los varones que aquí digo.

Vos, DAMASIO DE FRÍAS,[712] podéis solo
loaros a vos mismo, pues no puede
hacer, aunque os alabe el mesmo Apolo,
que en tan justo loor corto no quede.
Vos sois el cierto y el seguro polo
por quien se guía aquel que le sucede
en el mar de las sciencias buen pasaje,
propicio viento y puerto en su viaje.

ANDRÉS SANZ DE PORTILLO,[713] tú me envía
aquel aliento con que Febo mueve
tu sabia pluma y alta fantasía,
porque te dé el loor que se te debe.
Que no podrá la ruda lengua mía,
por más caminos que aquí tiente y pruebe,
hallar alguno así cual le deseo
para loar lo que en ti siento y veo.

Felicísimo ingenio, que te encumbras
sobre el que más Apolo ha levantado,
y con tus claros rayos nos alumbras
y sacas del camino más errado;
y, aunque ahora con ella me deslumbras
y tienes a mi ingenio alborotado,
yo te doy sobre muchos palma y gloria,
pues a mí me la has dado, doctor SORIA.[714]

Si vuestras obras son tan estimadas,
famoso CANTORAL,[715] en toda parte,
serán mis alabanzas escusadas,
si en nuevo modo no os alabo, y arte.

Con las palabras más calificadas,
con cuanto ingenio el cielo en mí reparte,
os admiro y alabo aquí callando,
y llego do llegar no puedo hablando.
Tú, HIERÓNIMO VACA Y DE QUIÑONES,[716]
si tanto me he tardado en celebrarte,
mi pasado descuido es bien perdones,
con la enmienda que ofrezco de mi parte.
De hoy más en claras voces y pregones,
en la cubierta y descubierta parte
del ancho mundo, haré con clara llama
lucir tu nombre y estender tu fama.
Tu verde y rico margen, no de nebro,[717]
ni de ciprés funesto enriquescido,
claro, abundoso y conoscido Ebro,
sino de lauro y mirto florescido,
ahora como puedo le celebro,
celebrando aquel bien qu'han concedido
el cielo a tus riberas, pues en ellas
moran ingenios claros más que estrellas.
Serán testigo desto dos hermanos,
dos luceros, dos soles de poesía,
a quien el cielo con abiertas manos
dio cuanto ingenio y arte dar podía.
Edad temprana, pensamientos canos,
maduro trato, humilde fantasía,
labran eterna y digna laureola
a LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA.[718]

Con sancta envidia y competencia sancta
parece qu'el menor hermano aspira
a igualar al mayor, pues se adelanta
y sube do no llega humana mira.
Por esto escribe y mil sucesos canta
con tan suave y acordada lira,
que este BARTOLOMÉ menor meresce
lo que al mayor, Lupercio, se le ofresce.

Si el buen principio y medio da esperanza
que el fin ha de ser raro y excelente,
en cualquier caso ya mi ingenio alcanza
qu'el tuyo has de encumbrar, COSME PARIENTE.[719]
Y así, puedes, con cierta confianza,
prometer a tu sabia honrosa frente
la corona que tiene merescida
tu claro ingenio, tu inculpable vida.

En soledad, del cielo acompañado,
vives, ¡oh gran MORILLO!,[720] y allí muestras
que nunca dejan tu cristiano lado
otras musas más sanctas y más diestras.
De mis hermanas fuiste alimentado,
y ahora, en pago dello, nos adiestras
y enseñas a cantar divinas cosas,
gratas al cielo, al suelo provechosas.

Turia, tú que otra vez con voz sonora
cantaste[721] de tus hijos la excelencia,
si gustas de escuchar la mía ahora,
formada no en envidia o competencia,

oirás cuánto tu fama se mejora
con los que yo diré, cuya presencia,
valor, virtud, ingenio, te enriquecen
y sobre el Indo y Gange te engrandecen.
¡Oh tú, don JUAN COLOMA,[722] en cuyo seno
tanta gracia del cielo se ha encerrado,
que a la envidia pusiste en duro freno
y en la fama mil lenguas has criado,
con que del gentil Tajo al fértil Reno[723]
tu nombre y tu valor va levantado!
Tú, conde de Elda, en todo tan dichoso,
haces el Turia más qu'el Po famoso.
Aquel en cuyo pecho abunda y llueve
siempre una fuente que es por él divina,
y a quien el coro de sus lumbres nueve
como a señor con gran razón se inclina,
a quien único nombre se le debe
de la etíope hasta la gente austrina,[724]
don LUIS GARCERÁN[725] es sin segundo,
maestre de Montesa y bien del mundo.
Meresce bien en este insigne valle
lugar ilustre, asiento conoscido,
aquel a quien la fama quiere dalle
el nombre que su ingenio ha merescido.
Tenga cuidado el cielo de loalle,
pues es del cielo su valor crescido:
el cielo alabe lo que yo no puedo
del sabio don ALONSO REBOLLEDO.[726]

Alzas, doctor FALCÓN,[727] tan alto el vuelo,
que al águila caudal atrás te dejas,
pues te remontas con tu ingenio al cielo
y deste valle mísero te alejas.
Por esto temo y con razón recelo
que, aunque te alabe, formarás mil quejas
de mí, porque en tu loa noche y día
no se ocupa la voz y lengua mía.

Si tuviera, cual tiene la Fortuna,
la dulce poesía varia rueda,
ligera y más movible que la luna,
que ni estuvo, ni está, ni estará queda,
en ella, sin hacer mudanza alguna,
pusiera sólo a MICER ARTIEDA,[728]
y el más alto lugar siempre ocupara,
por sciencias, por ingenio y virtud rara.

Todas cuantas bien dadas alabanzas
diste a raros ingenios, ¡oh GIL POLO!,[729]
tú las mereces solo y las alcanzas,
tú las alcanzas y mereces solo.
Ten ciertas y seguras esperanzas
que en este valle un nuevo mauseolo[730]
te harán estos pastores, do guardadas
tus cenizas serán y celebradas.

CRISTÓBAL DE VIRUÉS,[731] pues se adelanta
tu sciencia y tu valor tan a tus años,
tú mesmo aquel ingenio y virtud canta
con que huyes del mundo los engaños.

Tierna, dichosa y bien nascida planta,
yo haré que en proprios reinos y en estraños
el fruto de tu ingenio levantado
se conozca, se admire y sea estimado.
Si conforme al ingenio que nos muestra
SILVESTRE DE ESPINOSA,[732] así se hubiera
de loar, otra voz más viva y diestra,
más tiempo y más caudal menester fuera.
Mas, pues la mía a su intención adiestra,
yo [le] daré por paga verdadera,
con el bien que del dios de Delo tiene,
el mayor de las aguas de Hipocrene.
Entre éstos, como Apolo, venir veo,
hermoseando al mundo con su vista,
al discreto galán GARCÍA ROMEO,[733]
dignísimo de estar en esta lista.
Si la hija del húmido Peneo,[734]
de quien ha sido Ovidio coronista,
en campos de Tesalia le hallara,
en él y no en laurel se transformara.
Rompe el silencio y sancto encerramiento,
traspasa el aire, al cielo se levanta
de fray PEDRO DE HUETE[735] aquel acento
de su divina musa, heroica y sancta.
Del alto suyo raro entendimiento
cantó la fama, ha de cantar y canta,
llevando, para dar al mundo espanto,
sus obras por testigos de su canto.

Tiempo es ya de llegar al fin postrero,
dando principio a la mayor hazaña
que jamás emprendí, la cual espero
que ha de mover al blando Apolo a saña,
pues, con ingenio rústico y grosero,
a dos soles que alumbran vuestra España
—no sólo a España, mas al mundo todo—
pienso loar, aunque me falte el modo.

De Febo la sagrada honrosa sciencia,
la cortesana discreción madura,
los bien gastados años, la experiencia,
que mil sanos consejos asegura;
la agudeza de ingenio, el advertencia
en apuntar y en descubrir la escura
dificultad y duda que se ofrece,
en estos soles dos sólo floresce.

En ellos un epílogo, pastores,
del largo canto mío ahora hago,
y a ellos enderezo los loores
cuantos habéis oído, y no los pago:
que todos los ingenios son deudores
a estos de quien yo me satisfago;
satisfácese dellos todo el suelo,
y aun los admira, porque son del cielo.

Éstos quiero que den fin a mi canto,
y a nueva admiración comienzo;
y si pensáis que en esto me adelanto,
cuando os diga quién son, veréis que os venzo.

Por ellos hasta el cielo me levanto,
y sin ellos me corro[736] y me avergüenzo:
tal es LAÍNEZ,[737] tal es FIGUEROA,[738]
dignos de eterna y de incesable loa.

No había aún bien acabado la hermosa ninfa los últimos acentos de su sabroso canto, cuando, tornándose a juntar las llamas, que divididas estaban, la cerraron en medio, y luego poco a poco consumiéndose, en breve espacio desapareció el ardiente fuego y la discreta musa delante de los ojos de todos, a tiempo que ya la clara aurora comenzaba a descubrir sus frescas y rosadas mejillas por el espacioso cielo, dando alegres muestras del venidero día. Y luego el venerable Telesio, puniéndose encima de la sepultura de Meliso, y rodeado de toda la agradable compañía que allí estaba, prestándole todos una agradable atención y estraño silencio, desta manera comenzó a decirles:

—Lo que esta pasada noche en este mesmo lugar y por vuestros mesmos ojos habéis visto, discretos y gallardos pastores y hermosas pastoras, os habrá dado a entender cuán acepta es al cielo la loable costumbre que tenemos de hacer estos anales[739] sacrificios y honrosas obsequias por las felices almas de los cuerpos que por decreto vuestro en este famoso valle tener sepultura merescieron. Dígoos esto, amigos míos, porque de aquí adelante con más fervor y diligencia acudáis a poner en efecto tan sancta y famosa obra, pues ya veis de cuán raros y altos espíritus nos ha dado noticia la bella Calíope, que todos son dignos, no sólo de las vuestras, pero de todas las posibles alabanzas. Y no penséis que es pequeño el gusto que he rescibido en saber por tan verdadera relación cuán grande es el número de los divinos ingenios que en nuestra España hoy viven, porque siempre ha estado y está en opinión de todas las naciones estranjeras que no son

muchos, sino pocos, los espíritus que en la sciencia de la poesía en ella muestran que le tienen levantado, siendo tan al revés como se parece, pues cada uno de los que la ninfa ha nombrado al más agudo estranjero se aventaja, y darían claras muestras dello, si en esta nuestra España se estimase en tanto la poesía como en otras provincias se estima. Y así, por esta causa, los insignes y claros ingenios que en ella se aventajan, con la poca estimación que dellos los príncipes y el vulgo hacen, con solos sus entendimientos comunican sus altos y estraños conceptos, sin osar publicarlos al mundo; y tengo para mí que el cielo debe de ordenarlo desta manera, porque no meresce el mundo ni el mal considerado siglo nuestro gozar de manjares al alma tan gustosos. Mas, porque me parece, pastores, que el poco sueño desta pasada noche y las largas ceremonias nuestras os tendrán algún tanto fatigados y deseosos de reposo, será bien que, haciendo lo poco que nos falta para cumplir nuestro intento, cada uno se vuelva a su cabaña o al aldea, llevando en la memoria lo que la musa nos deja encomendado.

Y, en diciendo esto, se abajó de la sepultura; y, tornándose a coronar de nuevas y funestas ramas, tornó a rodear la pira tres veces, siguiéndole todos y acompañándole en algunas devotas oraciones que decía. Esto acabado, teniéndole todos en medio, volvió el grave rostro a una y otra parte, y, bajando la cabeza y mostrando agradescido semblante y amorosos ojos, se despidió de toda la compañía, la cual, yéndose quién por una y quién por otra parte de las cuatro salidas que aquel sitio tenía, en poco espacio se deshizo y dividió toda, quedando solos los del aldea de Aurelio, y con ellos Timbrio, Silerio, Nísida y Blanca, con los famosos pastores Elicio, Tirsi, Damón, Lauso, Erastro, Daranio, Arsindo y los cuatro lastimados Orompo, Marsilo, Crisio y Orfinio, con las pastoras Galatea, Florisa, Silveria y su amiga Belisa, por quien Marsilo moría. Juntos, pues, todos éstos, el

venerable Aurelio les dijo que sería bien partirse luego de aquel lugar, para llegar a tiempo de pasar la siesta en el Arroyo de las Palmas, pues tan acomodado sitio era para ello. A todos pareció bien lo que Aurelio decía; y luego, con reposados pasos, hacia donde él dijo se encaminaron. Mas, como la hermosa vista de la pastora Belisa no dejase reposar los espíritus de Marsilo, quisiera él, si pudiera y le fuera lícito, llegarse a ella y decirle la sinrazón que con él usaba; mas, por no perder el decoro que a la honestidad de Belisa se debía, estábase el triste más mudo de lo que había menester su deseo. Los mesmos efectos y accidentes hacía amor en las almas de los enamorados Elicio y Erastro, que cada cual por sí quisiera decir a Galatea lo que ya ella bien sabía. A esta sazón, dijo Aurelio:

—No me parece bien, pastores, que os mostréis tan avaros que no queráis corresponder y pagar lo que debéis a las calandrias y ruiseñoles[740] y a los otros pintados pajarillos que por entre estos árboles con su no aprendida y maravillosa armonía os van entretiniendo y regocijando. Tocad vuestros instrumentos y levantad vuestras sonoras voces, y mostraldes que el arte y destreza vuestra en la música a la natural suya se aventaja; y con tal entretenimiento sentiremos menos la pesadumbre del camino y los rayos del sol, que ya parece que van amenazando el rigor con que esta siesta han de herir la tierra.

Poco fue menester para ser Aurelio obedecido, porque luego Erastro tocó su zampoña y Arsindo su rabel, al son de los cuales instrumentos, dando todos la mano a Elicio, él comenzó a cantar desta manera:

Elicio

Por lo imposible peleo,
y si quiero retirarme,

ni paso ni senda veo;
que hasta vencer o acabarme,
tras sí me lleva el deseo.
Y, aunque sé que aquí es forzoso
antes morir que vencer,
cuando estoy más peligroso,[741]
entonces vengo a tener
mayor fe en lo más dudoso.

El cielo que me condemna
a no esperar buena andanza,
me da siempre a mano llena,
sin las sombras de esperanza,
mil certidumbres de pena.
Mas mi pecho valeroso,
que se abrasa y se resuelve
en vivo fuego amoroso,
en contracambio, le vuelve
mayor fe en lo más dudoso.

Inconstancia, firme duda,
falsa fe, cierto temor,
voluntad de amor desnuda,
nunca turban el amor
que de firme no se muda.
Vuele el tiempo presuroso,
suceda ausencia o desdén,
crezca el mal, mengüe el reposo,

que yo tendré por mi bien
mayor fe en lo más dudoso.

¿No es conoscida locura
y notable desvarío
querer yo lo que ventura
me niega, y el hado mío
y la suerte no asegura?
De todo estoy temeroso;
no hay gusto que me entretenga,
y en trance tan peligroso,
me hace el amor que tenga
mayor fe en lo más dudoso.

Alcanzo de mi dolor
que está en tal término puesto,
que llega donde el amor;
y el imaginar en esto,
tiempla en parte su rigor.
De pobre y menesteroso,
doy a la imaginación
alivio tan congojoso,
porque tenga el corazón
mayor fe en lo más dudoso.

Y más agora, que vienen
de golpe todos los males;
y para que más me penen,

aunque todos son mortales,
en la vida me entretienen.
Mas, en fin, si un fin hermoso
nuestra vida en honra sube,
el mío me hará famoso,
porque en muerte y vida tuve
mayor fe en lo más dudoso.

Parecióle a Marsilo que lo que Elicio había cantado tan a su propósito hacía, que quiso seguirle en el mesmo concepto; y así, sin esperar que otro le tomase la mano, al son de los mesmos instrumentos, desta manera comenzó a cantar:

MARSILO

¡Cuán fácil cosa es llevarse
el viento las esperanzas
que pudieron fabricarse
de las vanas confianzas
que suelen imaginarse!
Todo concluye y fenece:
las esperanzas de amor,
los medios qu'el tiempo ofresce;
mas en el buen amador
sola la fe permanece.

Ella en mí tal fuerza alcanza,
que, a pesar de aquel desdén,

lleno de desconfianza,
siempre me asegura un bien
que sustenta la esperanza.
Y, aunqu'el amor desfallece
en el blanco, airado pecho
que tanto mis males cresce,
en el mío, a su despecho,
sola la fe permanece.

Sabes, amor, tú, que cobras
tributo de mi fe cierta,
y tanto en cobrarle sobras,
que mi fe nunca fue muerta,
pues se aviva con mis obras.
Y sabes bien que descrece
toda mi gloria y contento
cuanto más tu furia cresce,
y que en mi alma de asiento
sola la fe permanece.

Pero si es cosa notoria,
y no hay poner duda en ella,
que la fe no entra en la gloria,
yo, que no estaré sin ella,
¿qué triunfo espero o victoria?
Mi sentido desvanece
con el mal que se figura;
todo el bien desaparece;

y entre tanta desventura,
sola la fe permanece.

Con un profundo sospiro dio fin a su canto el lastimado Marsilo; y luego Erastro, dando su zampoña, sin más detenerse, desta manera comenzó a cantar:

ERASTRO

En el mal que me lastima
y en el bien de mi dolor,
es mi fe de tanta estima
que ni huye del temor,
ni a la esperanza se arrima.
No la turba o desconcierta
ver que está mi pena cierta
en su difícil subida,
ni que consumen la vida
fe viva, esperanza muerta.

Milagro es éste en mi mal;
mas eslo porque mi bien,
si viene, venga a ser tal,
que, entre mil bienes, le den
la palma por principal.
La fama, con lengua experta,
dé al mundo noticia cierta
qu'el firme amor se mantiene

en mi pecho, adonde tiene
fe viva, esperanza muerta.

Vuestro desdén riguroso
y mi humilde merescer,
me tienen tan temeroso
que, ya que os supe querer,
ni puedo hablaros, ni oso.
Veo de contino abierta
a mi desdicha la puerta,
y que acabo poco a poco,
porque con vos valen poco
fe viva, esperanza muerta.

No llega a mi fantasía
un tan loco desvaneo,
como es pensar que podría
el menor bien que deseo
alcanzar por la fe mía.
Podéis, pastora, estar cierta
qu'el alma rendida acierta
a amaros cual merecéis,
pues siempre en ella hallaréis
fe viva, esperanza muerta.

Calló Erastro; y luego, el ausente Crisio, al son de los mesmos instrumentos, desta suerte comenzó a cantar:

Crisio

Si a las veces desespera
del bien la firme afición,
quien desmaya en la carrera
de la amorosa pasión,
¿qué fruto o qué premio espera?
Yo no sé quién se asegura
gloria, gustos y ventura
por un ímpetu amoroso,
si en él y en el más dichoso
no es fe la fe que no dura.

En mil trances ya sabidos
se han visto, y en los de amores,
los soberbios y atrevidos,
al principio vencedores,
y a la fin quedar vencidos.
Sabe el que tiene cordura
que en la firmeza se apura
el triunfo de la batalla,
y sabe que, aunque se halla,
no es fe la fe que no dura.

En el que quisiere amar
no más de por su contento,
es imposible durar
en su vano pensamiento

la fe que se ha de guardar.
Si en la mayor desventura
mi fe tan firme y segura
como en el bien no estuviera,
yo mismo della dijera:
no es fe la fe que no dura.

El ímpetu y ligereza
de un nuevo amador insano,
los llantos y la tristeza,
son nubes que en el verano
se deshacen con presteza.
No es amor el que le apura,
sino apetito y locura,
pues cuando quiere, no quiere:
no es amante el que no muere,
no es fe la fe que no dura.

A todos pareció bien la orden que los pastores en sus canciones guardaban, y con deseo atendían a que Tirsi o Damón comenzasen; mas presto se le cumplió Damón, pues, en acabando Crisio, al son de su mesmo rabel, cantó desta manera:

Damón

Amarili, ingrata y bella,
¿quién os podrá enternecer,
si os vienen a endurescer

las ansias de mi querella
y la fe de mi querer?
¡Bien sabéis, pastora, vos
que en el amor que mantengo
a tan alto estremo vengo
que, después de la de Dios,
sola es fe la fe que os tengo!

Y, puesto que subo tanto
en amar cosa mortal,
tal bien encierra mi mal,
que al alma por él levanto
a su patria natural.
Por esto conozco y sé
que tal es mi amor, tan luengo[742]
como muero y me entretengo,
y que, si en amor hay fe,
sola es fe la fe que os tengo.

Los muchos años gastados
en amorosos servicios,
del alma los sacrificios,
de mi fe y de mis cuidados
dan manifiestos indicios.
Por esto no os pediré
remedio al mal que sostengo;
y si a pedírosle vengo,
es, Amarili, porque

sola es fe la fe que os tengo.

En el mar de mi tormenta
jamás he visto bonanza,
y aquella alegre esperanza
con quien la fe se sustenta,
de la mía no se alcanza.
Del amor y de fortuna
me quejo; mas no me vengo,
pues por ellas a tal vengo
que, sin esperanza alguna,
sola es fe la fe que os tengo.

El canto de Damón acabó de confirmar en Timbrio y en Silerio la buena opinión que del raro ingenio de los pastores que allí estaban habían concebido; y más cuando, a persuasión de Tirsi y de Elicio, el ya libre y desdeñoso Lauso, al son de la flauta de Arsindo, soltó la voz en semejantes versos:

LAUSO

Rompió el desdén tus cadenas,
falso amor, y a mi memoria
el mesmo ha vuelto la gloria
de la ausencia de tus penas.
Llame mi fe quien quisiere
antojadiza, y no firme,
y en su opinión me confirme

como más le pareciere.

Diga que presto olvidé,
y que de un sotil cabello,
que un soplo pudo rompello,
colgada estaba mi fe.
Digan que fueron fingidos
mis llantos y mis sospiros,
y que del Amor los tiros
no pasaron mis vestidos.

Que no el ser llamado vano
y mudable me atormenta,
a trueco de ver esenta
mi cerviz del yugo insano.
Sé yo bien quién es Silena
y su condición estraña,
y que asegura y engaña
su apacible faz serena.

A su estraña gravedad
y a sus bajos[743] bellos ojos,
no es mucho dar los despojos
de cualquiera voluntad.
Esto en la vista primera;
mas, después de conoscida,
por no verla, dar la vida,
y más, si más se pudiera.

Silena del cielo y mía,
muchas veces la llamaba
porque tan hermosa estaba
que del cielo parecía;
Mas ahora, sin recelo,
mejor la podré llamar
serena[744] falsa del mar,
que no Silena del cielo.

Con los ojos, con la pluma,
con las veras y los juegos,
de amantes vanos y ciegos
prende innumerable suma.
Siempre es primero el postrero;
mas el más enamorado
al cabo es tan maltratado
cuanto querido primero.

¡Oh cuánto más se estimara
de Silena la hermosura,
si el proceder y cordura
a su belleza igualara!
No le falta discreción;
mas empléala tan mal,
que le sirve de dogal
que ahoga su presumpción.

Y no hablo de corrido,
pues sería apasionado,
pero hablo de engañado
y sin razón ofendido.
Ni me ciega la pasión,
ni el deseo de su mengua:
que siempre siguió mi lengua
los términos de razón.

Sus muchos antojos varios,
su mudable pensamiento,
le vuelven cada momento
los amigos en contrarios.
Y pues hay por tantos modos
enemigos de Silena,
o ella no es toda buena,
o son ellos malos todos.

Acabó Lauso su canto; y, aunque él creyó que ninguno le entendía, por ignorar el disfrazado nombre de Silena, más de tres de los que allí iban la conoscieron, y aun se maravillaron que la modestia de Lauso a ofender alguno se estendiese: principalmente a la disfrazada pastora, de quien tan enamorado le habían visto. Pero en la opinión de Damón, su amigo, quedó bien disculpado, porque conoscía el término de Silena y sabía el que con Lauso había usado, y de lo que no dijo se maravillaba. Acabó, como se ha dicho, Lauso; y, como Galatea estaba informada del estremo de la voz de Nísida, quiso, por obligarla, cantar ella primero; y por esto, antes que otro

pastor comenzase, haciendo señal a Arsindo que en tañer su flauta procediese, al son della, con su estremada voz, cantó desta manera:

Galatea

Tanto cuanto el amor convida y llama
al alma con sus gustos de aparencia,
tanto más huye su mortal dolencia
quien sabe el nombre que le da la fama.
Y el pecho opuesto a su amorosa llama,
armado de una honesta resistencia,
poco puede empecerle su inclemencia,
poco su fuego y su rigor le inflama.
Segura está, quien nunca fue querida
ni supo querer bien, de aquella lengua
que en su deshonra se adelgaza y lima;
mas si el querer y el no querer da mengua,
¿en qué ejercicios pasará la vida
la que más que al vivir la honra estima?

Bien se echó de ver en el canto de Galatea que respondía al malicioso de Lauso, y que no estaba mal con las voluntades libres, sino con las lenguas maliciosas y los ánimos dañados, que, en no alcanzando lo que quieren, convierten el amor que un tiempo mostraron en un odio malicioso y detestable, como ella en Lauso imaginaba; pero quizá saliera deste engaño, si la buena condición de Lauso conosciera y la mala de Silena no ignorara. Luego que Galatea acabó de cantar, con corteses palabras rogó a Nísida que

lo mesmo hiciese; la cual, como era tan comedida como hermosa, sin hacerse de rogar, al son de la zampoña de Florisa, cantó desta suerte:

Nísida

Bien puse yo valor a la defensa
del duro encuentro y amoroso asalto;
bien levanté mi presumpción en alto
contra el rigor de la notoria ofensa.
Mas fue tan reforzada y tan intensa
la batería, y mi poder tan falto,
que sin cogerme amor de sobresalto,
me dio a entender su potestad inmensa.
Valor, honestidad, recogimiento,
recato, ocupación, esquivo pecho,
amor con poco premio lo conquista.
Ansí que, para huir el vencimiento,
consejos jamás fueron de provecho:
desta verdad testigo soy de vista.

Cuando Nísida acabó de cantar y acabó de admirar a Galatea y a los que escuchado la habían, estaban ya bien cerca del lugar adonde tenían determinado de pasar la siesta; pero en aquel poco espacio le tuvo Belisa para cumplir lo que Silveria le rogó, que fue que algo cantase; la cual, acompañándola el son de la flauta de Arsindo, cantó lo que se sigue:

Belisa

Libre voluntad esenta,
atended a la razón
que nuestro crédito augmenta;
dejad la vana afición,
engendradora de afrenta;
que cuando el alma se encarga
de alguna amorosa carga,
a su gusto es cualquier cosa
compusición venenosa
con jugo de adelfa amarga.

Por la mayor cantidad
de la riqueza subida
en valor y en calidad,
no es bien dada ni vendida
la preciosa libertad.[745]
¿Pues, quién se pondrá a perdella
por una simple querella
de un amador porfiado,
si cuanto bien hay crïado
no se compara con ella?

Si es insufrible dolor
tener en prisión esquiva
el cuerpo libre de amor,
tener el alma captiva
¿no será pena mayor?
Sí será, y aun de tal suerte,

que remedio a mal tan fuerte
no se halla en la paciencia,
en años, valor o sciencia,
porque sólo está en la muerte.

Vaya, pues, mi sano intento
lejos deste desvarío;
huiga tan falso contento;
rija mi libre albedrío
a su modo el pensamiento;
mi tierna cerviz esenta
no permita ni consienta
sobre sí el yugo amoroso,
por quien se turba el reposo
y la libertad se ausenta.

Al alma del lastimado Marsilo llegaron los libres versos de la pastora, por la poca esperanza que sus palabras prometían de ser mejoradas sus obras; pero, como era tan firme la fe con que la amaba, no pudieron las notorias muestras de libertad que había oído hacer que él no quedase tan sin ella como hasta entonces estaba. Acabóse en esto el camino de llegar al Arroyo de las Palmas, y, aunque no llevaran intención de pasar allí la siesta, en llegando a él y en viendo la comodidad del hermoso sitio, él mismo a no pasar adelante les forzara. Llegados, pues, a él, luego el venerable Aurelio ordenó que todos se sentasen junto al claro y espejado arroyo, que por entre la menuda yerba corría, cuyo nascimiento era al pie de una altísima y antigua palma, que por no haber en todas las riberas de Tajo sino aquélla y otra que junto a ella estaba, aquel lugar y arroyo el de las Palmas era

llamado. Y, después de sentados, con más voluntad y llaneza que de costosos manjares, de los pastores de Aurelio fueron servidos, satisfaciendo la sed con las claras y frescas aguas que el limpio arroyo les ofrescía; y, en acabando la breve y sabrosa comida, algunos de los pastores se dividieron y apartaron a buscar algún apartado y sombrío lugar donde restaurar pudiesen las no dormidas horas de la pasada noche; y sólo se quedaron solos los de la compañía y aldea de Aurelio, con Timbrio, Silerio, Nísida y Blanca, Tirsi y Damón, a quien les pareció ser mejor gustar de la buena conversación que allí se esperaba, que de cualquier otro gusto que el sueño ofrecerles podía. Adivinada, pues, y casi conoscida esta su intención de Aurelio, les dijo:

—Bien será, señores, que los que aquí estamos, ya que entregarnos al dulce sueño no habemos querido, que este tiempo que le hurtamos no dejemos de aprovecharle en cosa que más de nuestro gusto sea; y la que a mí me parece que no podrá dejar de dárnosle, es que cada cual, como mejor supiere, muestre aquí la agudeza de su ingenio, proponiendo alguna pregunta o enigma,[746] a quien esté obligado a responder el compañero que a su lado estuviere; pues con este ejercicio se granjearán dos cosas: la una, pasar con menos enfado las horas que aquí estuviéremos; la otra, no cansar tanto nuestros oídos con oír siempre lamentaciones de amor y endechas enamoradas.

Conformáronse todos luego con la voluntad de Aurelio; y, sin mudarse del lugar do estaban, el primero que comenzó a preguntar fue el mesmo Aurelio, diciendo desta manera:

AURELIO

¿Cuál es aquel poderoso
que desde oriente a occidente

es conoscido y famoso?
A veces, fuerte y valiente:
otras, flaco y temeroso;
quita y pone la salud,
muestra y cubre la virtud
en muchos más de una vez,
es más fuerte en la vejez
que en la alegre joventud.

Múdase en quien no se muda
por estraña preeminencia,
hace temblar al que suda,
y a la más rara elocuencia
suele tornar torpe y muda;
con diferentes medidas,
anchas, cortas y estendidas,
mide su ser y su nombre,
y suele tomar renombre
de mil tierras conoscidas.

Sin armas vence al armado,
y es forzoso que le venza,
y aquel que más le ha tratado,
mostrando tener vergüenza,
es el más desvergonzado.
Y es cosa de maravilla
que en el campo y en la villa,
a capitán de tal prueba

cualquier hombre se le atreva,
aunque pierda en la rencilla.

Tocó la respuesta desta pregunta al anciano Arsindo, que junto a Aurelio estaba; y, habiendo un poco considerado lo que significar podía, al fin le dijo:

—Paréceme, Aurelio, que la edad nuestra nos fuerza a andar más enamorados de lo que significa tu pregunta que no de la más gallarda pastora que se nos pueda ofrecer, porque si no me engaño, el poderoso y conoscido que dices es el vino, y en él cuadran todos los atributos que le has dado.

—Verdad dices, Arsindo —respondió Aurelio—, y estoy para decir que me pesa de haber propuesto pregunta que con tanta facilidad haya sido declarada; mas di tú la tuya, que al lado tienes quien te la sabrá desatar, por más añudada que venga.

—Que me place —dijo Arsindo.

Luego propuso la siguiente:

ARSINDO

¿Quién es quien pierde el color
donde se suele avivar,
y luego torna a cobrar
otro más vivo y mejor?
Es pardo en su nascimiento,
y después negro atezado,
y al cabo tan colorado,
que su vista da contento.

No guarda fueros ni leyes,
tiene amistad con las llamas,
visita a tiempos las camas
de señores y de reyes.
Muerto, se llama varón,
y vivo, hembra se nombra;
tiene el aspecto de sombra;
de fuego, la condición.

Era Damón el que al lado de Arsindo estaba, el cual, apenas había acabado Arsindo su pregunta, cuando le dijo:

—Paréceme, Arsindo, que no es tan escura tu demanda como lo que significa, porque si mal no estoy en ella, el carbón es por quien dices que muerto se llama varón y encendido y vivo brasa, que es nombre de hembra, y todas las demás partes le convienen en todo como ésta; y si quedas con la mesma pena que Aurelio, por la facilidad con que tu pregunta ha sido entendida, yo os quiero tener compañía en ella, pues Tirsi, a quien toca responderme, nos hará iguales.

Y luego dijo la suya:

DAMÓN

¿Cuál es la dama polida,
aseada y bien compuesta,
temerosa y atrevida,
vergonzosa y deshonesta,
y gustosa y desabrida?

Si son muchas —porque asombre—,
mudan de mujer el nombre
en varón; y es cierta ley
que va con ellas el rey
y las lleva cualquier hombre.

—Bien es, amigo Damón —dijo luego Tirsi—, que salga verdadera tu porfía, y que quedes con la pena de Aurelio y Arsindo, si alguna tienen, porque te hago saber que sé que lo que encubre tu pregunta es la carta y el pliego de cartas.

Concedió Damón lo que Tirsi dijo, y luego Tirsi propuso desta manera:

TIRSI

¿Quién es la que es toda ojos
de la cabeza a los pies,
y a veces, sin su interés,
causa amorosos enojos?
También suele aplacar riñas,
y no le va ni le viene,
y, aunque tantos ojos tiene,
se descubren pocas niñas.
Tiene nombre de un dolor
que se tiene por mortal,
hace bien y hace mal,
enciende y tiempla el amor.

En confusión puso a Elicio la pregunta de Tirsi, porque a él tocaba responder a ella, y casi estuvo por darse, como dicen, por vencido; pero, a cabo de poco, vino a decir que era la celosía; y, concediéndolo Tirsi, luego Elicio preguntó lo siguiente:

ELICIO

Es muy escura y es clara;
tiene mil contrariedades:
encúbrenos las verdades,
y al cabo nos las declara.
Nasce, a veces, de donaire,
otras, de altas fantasías,
y suele engendrar porfías
aunque trate cosas de aire.

Sabe su nombre cualquiera,
hasta los niños pequeños;
son muchas y tiene dueños
de diferente manera.
No hay vieja que no se abrace
con una destas señoras;
son de gusto algunas horas:
cuál cansa, cuál satisface.

Sabios hay que se desvelan
por sacarles los sentidos,
y algunos quedan corridos

cuanto más sobre ello velan.
Cuál es nescia, cuál curiosa,
cuál fácil, cuál intricada,
pero sea o no sea nada,
decidme qué es cosa y cosa.

No podía Timbrio atinar con lo que significaba la pregunta de Elicio, y casi comenzó a correrse de ver que más que otro alguno se tardaba en la respuesta, mas ni aun por eso venía en el sentido della; y tanto se detuvo, que Galatea, que estaba después de Nísida, dijo:

—Si vale a romper la orden que está dada, y puede responder el que primero supiere, yo por mí digo que sé lo que significa la propuesta enigma, y estoy por declararla, si el señor Timbrio me da licencia.

—Por cierto, hermosa Galatea —respondió Timbrio—, que conozco yo que, así como a mí me falta, os sobra a vos ingenio para aclarar mayores dificultades; pero, con todo eso, quiero que tengáis paciencia hasta que Elicio la torne a decir, y si desta vez no la acertare, confirmarse ha con más veras la opinión que de mi ingenio y del vuestro tengo.

Tornó Elicio a decir su pregunta, y luego Timbrio declaró lo que era, diciendo:

—Con lo mesmo que yo pensé que tu demanda, Elicio, se escurescía, con eso mesmo me parece que se declara, pues el último verso dice que te digan qué es cosa y cosa, y así yo te respondo a lo que me dices, y digo que tu pregunta es el «qué es cosa y cosa»; y no te maravilles haberme tardado en la respuesta, porque más me maravillara yo de mi ingenio si más presto respondiera, el cual mostrará quién es en el poco artificio de mi pregunta, que es ésta:

TIMBRIO

¿Quién es [el] que, a su pesar,
mete sus pies por los ojos,
y sin causarles enojos,
les hace luego cantar?
El sacarlos es de gusto,
aunque, a veces, quien los saca,
no sólo su mal no aplaca,
mas cobra mayor disgusto.

A Nísida tocaba responder a la pregunta de Timbrio, mas no fue posible que la adevinasen ella ni Galatea, que se le seguían. Y, viendo Orompo que las pastoras se fatigaban en pensar lo que significaba, les dijo:

—No os canséis, señora[s], ni fatiguéis vuestros entendimientos en la declaración desta enigma, porque podría ser que ninguna de vosotras en toda su vida hubiese visto la figura que la pregunta encubre; y así, no es mucho que no deis en ella; que si de otra suerte fuera, bien seguros estábamos de vuestros entendimientos, que en menos espacio, otras más dificultosas hubiérades declarado. Y por esto, con vuestra licencia, quiero yo responder a Timbrio y decirle que su demanda significa un hombre con grillos, pues cuando saca los pies de aquellos ojos que él dice, o es para ser libre, o para llevarle al suplicio. Porque veáis, pastoras, si tenía yo razón de imaginar que quizá ninguna de vosotras había visto en toda su vida cárceles ni prisiones.

—Yo por mí sé decir —dijo Galatea— que jamás he visto aprisionado alguno.

Lo mesmo dijeron Nísida y Blanca; y luego Nísida propuso su pregunta en esta forma:

NÍSIDA

Muerde el fuego, y el bocado
es daño y bien del mordido;
no pierde sangre el herido,
aunque se ve acuchillado;
mas, si es profunda la herida,
y de mano que no acierte,
causa al herido la muerte,
y en tal muerte está su vida.

Poco se tardó Galatea en responder a Nísida, porque luego le dijo:

—Bien sé que no me engaño, hermosa Nísida, si digo que a ninguna cosa se puede mejor atribuir tu enigma que a las tijeras de despabilar[747] y a la vela o cirio que despabilan. Y si esto es verdad, como lo es, y quedas satisfecha de mi respuesta, escucha ahora la mía, que no con menos facilidad espero que será declarada de tu hermana, que yo he hecho la tuya.

Y luego la dijo; que fue ésta:

GALATEA

Tres hijos que de una madre
nascieron con ser perfecto,
y de un hermano era nieto
el uno, y el otro padre;

y estos tres tan sin clemencia
a su madre ma[l]trataban
que mil puñadas la daban,
mostrando en ello su sciencia.

Considerando estaba Blanca lo que podía significar la enigma de Galatea, cuando vieron atravesar corriendo, por junto al lugar donde estaban, dos gallardos pastores, mostrando en la furia con que corrían que alguna cosa de importancia les forzaba a mover los pasos con tanta ligereza; y luego, en el mismo instante, oyeron unas dolorosas voces, como de personas que socorro pedían. Y con este sobresalto se levantaron todos, y siguieron el tino donde las voces sonaban; y, a pocos pasos, salieron de aquel deleitoso sitio y dieron sobre la ribera del fresco Tajo, que por allí cerca mansamente corría; y, apenas vieron el río, cuando se les ofreció a la vista la más estraña cosa que imaginar pudieran, porque vieron dos pastoras, al parecer de gentil donaire, que tenían a un pastor asido de las faldas del pellico con toda la fuerza a ellas posible porque el triste no se ahogase, porque tenía ya el medio cuerpo en el río y la cabeza debajo del agua, forcejando con los pies por desasirse de las pastoras, que su desesperado intento estorbaban, las cuales ya casi querían soltarle, no pudiendo vencer al tesón de su porfía con las débiles fuerzas suyas. Mas, en esto, llegaron los dos pastores que corriendo habían venido, y, asiendo al desesperado, le sacaron del agua a tiempo que ya todos los demás llegaban, espantándose del estraño espectáculo, y más lo fueron cuando conoscieron que el pastor que quería ahogarse era Galercio, el hermano de Artidoro, y las pastoras eran Maurisa, su hermana, y la hermosa Teolinda; las cuales, como vieron a Galatea y a Florisa, con lágrimas en los ojos corrió Teolinda a abrazar a Galatea, diciendo:

—¡Ay, Galatea, dulce amiga y señora mía, cómo ha cumplido esta desdichada la palabra que te dio de volver a verte y a decirte las nuevas de su contento!

—De que le tengas, Teolinda —respondió Galatea—, holgaré yo tanto cuanto te lo asegura la voluntad que de mí para servirte tienes conoscida; mas parésceme que no acreditan tus ojos tus palabras, ni aun ellas me satisfacen de modo que imagine buen suceso de tus deseos.

En tanto que Galatea con Teolinda esto pasaba, Elicio y Arsindo, con los otros pastores, habían desnudado a Galercio; y, al desceñirle el pellico, que con todo el vestido mojado estaba, se le cayó un papel del seno, el cual alzó Tirsi, y abriéndole, vio que eran versos, y por no poderlos leer, por estar mojados, encima de una alta rama le puso al rayo del sol para que se enjugase. Pusieron a Galercio un gabán de Arsindo, y el desdichado mozo estaba como atónito y embelesado, sin hablar palabra alguna, aunque Elicio le preguntaba qué era la causa que a tan estraño término le había conducido; mas por él respondió su hermana Maurisa, diciendo:

—Alzad los ojos, pastores, y veréis quién es la ocasión que al desgraciado de mi hermano en tan estraños y desesperados puntos ha puesto.

Por lo que Maurisa dijo, alzaron los pastores los ojos, y vieron encima de una pendiente roca que sobre el río caía una gallarda y dispuesta pastora, [748] sentada sobre la mesma peña, mirando con risueño semblante todo lo que los pastores hacían, la cual fue luego de todos conoscida por la cruel Gelasia.

—Aquella desamorada, aquella desconoscida —siguió Maurisa—, es, señores, la enemiga mortal deste desventurado hermano mío, el cual, como ya todas estas riberas saben y vosotras no ignoráis, la ama, la quiere y la adora; y, en cambio de los continuos servicios que siempre le ha hecho y de

las lágrimas que por ella ha derramado, esta mañana, con el más esquivo y desamorado desdén que jamás en la crueldad pudiera hallarse, le mandó que de su presencia se partiese y que ahora ni nunca jamás a ella tornase. Y quiso tan de veras mi hermano obedecerla, que procuraba quitarse la vida, por escusar la ocasión de nunca traspasar su mandamiento; y si, por dicha, estos pastores tan presto no llegaran, llegado fuera ya el fin de mi alegría y el de los días de mi lastimado hermano.

En admiración puso lo que Maurisa dijo a todos los que la escucharon, y más admirados quedaron cuando vieron que la cruel Gelasia, sin moverse del lugar donde estaba, y sin hacer cuenta de toda aquella compañía, que los ojos en ella tenía puestos, con un estraño donaire y desdeñoso brío, sacó un pequeño rabel de su zurrón, y, parándosele a templar muy despacio, a cabo de poco rato, con voz en estremo buena, comenzó a cantar desta manera:

Gelasia

¿Quién dejará del verde prado umbroso
las frescas yerbas y las frescas fuentes?
¿Quién de seguir con pasos diligentes
la suelta liebre o jabalí cerdoso?
¿Quién, con el son amigo y sonoroso,
no detendrá las aves inocentes?
¿Quién, en las horas de la siesta ardiente[s],
no buscará en las selvas el reposo,
por seguir los incendios, los temores,
los celos, iras, rabias, muertes, penas
del falso amor, que tanto aflige al mundo?
Del campo son y han sido mis amores;

rosas son y jazmines mis cadenas;
libre nascí, y en libertad me fundo.

Cantando estaba Gelasia, y en el movimiento y ademán de su rostro, la desamorada condición suya descubría. Mas, apenas hubo llegado al último verso de su canto, cuando se levantó con una estraña ligereza, y, como si de alguna cosa espantable huyera, así comenzó a correr por la peña abajo, dejando a los pastores admirados de su condición y confusos de su corrida. Mas luego vieron qué era la causa della con ver al enamorado Lenio, que con tirante paso, por la mesma peña subía, con intención de llegar adonde Gelasia estaba; pero no quiso ella aguardarle, por no faltar de corresponder en un solo punto a la crueldad de su propósito. Llegó el cansado Lenio a lo alto de la peña cuando ya Gelasia estaba al pie della, y, viendo que no detenía el paso, sino que con más presteza por la espaciosa campaña le tendía, con fatigado aliento y laso espíritu, se sentó en el mesmo lugar donde Gelasia había estado, y allí comenzó con desesperadas razones a maldecir su ventura y la hora en que alzó la vista a mirar a la cruel pastora Gelasia; y en aquel mesmo instante, como arrepentido de lo que decía, tornaba a bendecir sus ojos y a tener por dichosa y buena la ocasión que en tales términos le tenía. Y luego, incitado y movido de un furioso accidente, arrojó lejos de sí el cayado, y, desnudándose el pellico, le entregó a las aguas del claro Tajo, que junto al pie de la peña corría, lo cual visto por los pastores que mirándole estaban, sin duda creyeron que la fuerza de la enamorada pasión le sacaba de juicio; y así, Elicio y Erastro comenzaron a subir la peña para estorbarle que no hiciese algún otro desatino que le costase más caro. Y, puesto que Lenio los vio subir, no hizo otro movimiento alguno si no fue sacar de su zurrón su rabel, y con un nuevo y estraño reposo se tornó asentar; y, vuelto el rostro hacia donde su pastora

huía, con voz suave y de lágrimas acompañada, comenzó a cantar desta suerte:

LENIO

¿Quién te impele, crüel? ¿Quién te desvía?
¿Quién te retira del amado intento?
¿Quién en tus pies veloces alas cría,
con que corres ligera más qu'el viento?
¿Por qué tienes en poco la fe mía,
y desprecias el alto pensamiento?
¿Por qué huyes de mí ¿Por qué me dejas?
¡Oh, más dura que mármol a mis quejas![749]

¿Soy, por ventura, de tan bajo estado
que no merezca ver tus ojos bellos?
¿Soy pobre? ¿Soy avaro? ¿Hasme hallado
en falsedad desde que supe vellos?
La condición primera no he mudado.
¿No pende del menor de tus cabellos
mi alma? ¿Pues, por qué de mí te alejas?
¡Oh, más dura que mármol a mis quejas!

Tome escarmiento tu altivez sobrada
de ver mi libre voluntad rendida,
mira mi antigua presumpción trocada
y en amoroso intento convertida.
Mira que contra amor no puede nada
la más esenta descuidada vida.
Detén el paso ya: ¿por qué le aquejas?

¡Oh, más dura que mármol a mis quejas!
Vime cual tú te ves, y ahora veo
que como fui jamás espero verme:
tal me tiene la fuerza del deseo;
tal quiero, que se estrema en no quererme.
Tú has ganado la palma, tú el trofeo
de que amor pueda en su prisión tenerme;
tú me rendiste: ¿y tú de mí te quejas?
¡Oh, más dura que mármol a mis quejas!

En tanto que el lastimado pastor sus dolorosas quejas entonaba, estaban los demás pastores reprehendiendo a Galercio su mal propósito, afeándole el dañado intento que había mostrado. Mas el desesperado mozo a ninguna cosa respondía, de que no poco Maurisa se fatigaba, creyendo que, en dejándole solo, había de poner en ejecución su mal pensamiento. En este medio, Galatea y Florisa, apartándose con Teolinda, le preguntaron qué era la causa de su tornada y si por ventura había sabido ya de su Artidoro; a lo cual ella respondió llorando:

—«No sé qué os diga, amigas y señoras mías, sino que el cielo quiso que yo hallase a Artidoro para que enteramente le perdiese; porque habréis de saber que aquella mal considerada y traidora hermana mía, que fue el principio de mi desventura, aquella mesma ha sido la ocasión del fin y remate de mi contento; porque, sabiendo ella, así como llegamos con Galercio y Maurisa a su aldea, que Artidoro estaba en una montaña no lejos de allí con su ganado, sin decirme nada, se partió a buscarle. Hallóle, y, fingiendo ser yo —que para sólo este daño ordenó el cielo que nos pareciésemos—, con poca dificultad le dio a entender que la pastora que en nuestra aldea le había desdeñado era una su hermana que en estremo le

parecía. En fin, le contó por suyos todos los pasos que yo por él he dado, y los estremos de dolor que he padecido; y, como las entrañas del pastor estaban tan tiernas y enamoradas, con harto menos que la traidora le dijera fuera dél creída, como la creyó, tan en mi perjuicio que, sin aguardar que la Fortuna mezclase en su gusto algún nuevo impedimento, luego en el mesmo instante dio la mano a Leonarda de ser un legítimo esposo, creyendo que se la daba a Teolinda. Veis aquí, pastoras, en qué ha parado el fruto de mis lágrimas y sospiros; veis aquí ya arrancada de raíz toda mi esperanza; y lo que más siento es que haya sido por la mano que a sustentarla estaba más obligada. Leonarda goza de Artidoro por el medio del falso engaño que os he contado, y, puesto que ya él lo sabe, aunque debe de haber sentido la burla, hala disimulado, como discreto.

»Llegaron luego al aldea las nuevas de su casamiento, y con ellas las del fin de mi alegría. Súpose también el artificio de mi hermana, la cual dio por disculpa ver que Galercio, a quien tanto ella amaba, por la pastora Gelasia se perdía, y que así le pareció más fácil reducir a su voluntad la enamorada de Artidoro que no la desesperada de Galercio; y que, pues los dos eran uno solo en cuanto a la apariencia y gentileza, que ella se tenía por dichosa y bien afortunada con la compañía de Artidoro. Con esto se disculpa, como he dicho, la enemiga de mi gloria. Y así, yo, por no verla gozar de la que de derecho se me debía, dejé el aldea y la presencia de Artidoro, y, acompañada de las más tristes imaginaciones que imaginar se pueden, venía a daros las nuevas de mi desdicha en compañía de Maurisa, que ansimesmo viene con intención de contaros lo que Grisaldo ha hecho después que supo el hurto de Rosaura. Y esta mañana, al salir del sol, topamos con Galercio, el cual, con tiernas y enamoradas razones, estaba persuadiendo a Gelasia que bien le quisiese; mas ella, con el más estraño desdén y esquiveza que decir se puede, le mandó que se le quitase delante y que no fuese osado de

jamás hallarla, y el desdichado pastor, apretado de tan recio mandamiento y de tan estraña crueldad, quiso cumplirle, haciendo lo que habéis visto. Todo esto es lo que por mí ha pasado, amigas mías, después que de vuestra presencia me partí.» Ved ahora si tengo más que llorar que antes, y si se ha augmentado la ocasión para que vosotras os ocupéis en consolarme, si acaso mi mal recibiese consuelo.

No dijo más Teolinda, porque la infinidad de lágrimas que le vinieron a los ojos, y los sospiros que del alma arrancaba, impidieron el oficio a la lengua; y, aunque las de Galatea y Florisa quisieron mostrarse expertas y elocuentes en consolarla, fue de poco efecto su trabajo. Y en el tiempo que entre las pastoras estas razones pasaban, se acabó de enjugar el papel que Tirsi a Galercio del seno sacado había, y deseoso de leerle, le tomó, y vio que desta manera decía:

Galercio a Gelasia

¡Ángel de humana figura,
furia con rostro de dama,
fría y encendida llama
donde mi alma se apura!
Escucha las sinrazones,
de tu desamor causadas,
de mi alma trasladadas
en estos tristes renglones.

No escribo por ablandarte,
pues con tu dureza estraña
no valen ruegos ni maña,

ni servicios tienen parte.
Escríbote porque veas
la sinrazón que me haces,
y cuán mal que satisfaces
al valor de que te arreas.

Que alabes la libertad
es muy justo, y razón tienes;
mas mira que la mantienes
sólo con la crueldad;
y no es justo lo que ordenas:
querer, sin ser ofendida,
sustentar tu libre vida
con tantas muertes ajenas.

No imagines que es deshonra
que te quieran todos bien,
ni que está en usar desdén
depositada tu honra.
Antes, templando el rigor
de los agravios que haces,
con poco amor satisfaces
y cobras nombre mejor.

Tu crueldad me da a entender
que las sierras te engendraron,
o que los montes formaron
tu duro, indomable ser;

que en ellos es tu recreo,
y en los páramos y valles,
do no es posible que halles
quien te enamore el deseo.

En una fresca espesura
una vez te vi sentada,
y dije: «Estatua es formada
aquélla de piedra dura».
Y, aunque el moverte después
contradijo a mi opinión,
«en fin, en la condición
—dije—, más que estatua es».

¡Y ojalá que estatua fueras
de piedra, que yo esperara
qu'el cielo por mí cambiara
tu ser, y en mujer volvieras!
Que Pigmaleón[750] no fue
tanto a la suya rendido,
como yo te soy y he sido,
pastora, y siempre seré.

Con razón, y de derecho,
del mal y bien me das pago:
pena por el mal que hago,
gloria por el bien que he hecho.
En el modo que me tratas

tal verdad es conoscida:
con la vista me das vida,
con la condición me matas.

Dese pecho que se atreve
a esquivar de Amor los tiros,
el fuego de mis sospiros
deshaga un poco la nieve.
Concédase al llanto mío,
y al nunca admitir descanso,
que vuelva agradable y man[s]o
un solo punto tu brío.

Bien sé que habrás de decir
que me alargo, y yo lo creo;
pero acorta tú el deseo,
y acortaré yo el pedir.
Mas, según lo que me das
en cuantas demandas toco,
a ti te importa muy poco
que pida menos o más.

Si de tu estraña dureza
pudiera reprehenderte,
y aquella señal ponerte
que muestra nuestra flaqueza,
dijera, viendo tu ser,
y no así como se enseña:

«Acuérdate que eres peña,
y en peña te has de volver».[751]

Mas seas peña o acero,
duro mármol o diamante,
de un acero soy amante,
a una peña adoro y quiero.
Si eres ángel disfrazado,
o furia, que todo es cierto,
por tal ángel vivo muerto,
y por tal furia penado.

Mejor le parecieron a Tirsi los versos de Galercio que la condición de Gelasia; y, quiriéndoselos mostrar a Elicio, viole tan mudado de color y de semblante que una imagen de muerto parescía. Llegóse a él, y cuando le quiso preguntar si algún dolor le fatigaba, no fue menester esperar su respuesta para entender la causa de su pena, porque luego oyó publicar entre todos los que allí estaban cómo los dos pastores que a Galercio socorrieron eran amigos del pastor lusitano con quien el venerable Aurelio tenía concertado de casar a Galatea, los cuales venían a decirle cómo de allí a tres días el venturoso pastor vendría a su aldea a concluir el felicísimo desposorio, y luego vio Tirsi que estas nuevas más nuevos y estraños accidentes de los causados habían de causar en el alma de Elicio. Pero, con todo esto, se llegó a él y le dijo:

—Ahora es menester, buen amigo, que te sepas valer de la discreción que tienes, pues en el peligro mayor se muestran los corazones valerosos; y asegúrote que no sé quién a mí me asegura que ha de tener mejor fin este negocio de lo que tú piensas. Disimula y calla, que si la voluntad de Galatea

no gusta de corresponder de todo en todo a la de su padre, tú satisfarás la tuya, aprovechándote de las nuestras, y aun de todo el favor que te puedan ofrescer cuantos pastores hay en las riberas deste río y en las del manso Henares, el cual favor yo te ofrezco, que bien imagino que el deseo que todos han conocido que yo tengo de servirles, les obligará a hacer que no salga en vano lo que aquí te prometo.

Suspenso quedó Elicio viendo el gallardo y verdadero ofrescimiento de Tirsi, y no supo ni pudo responderle más que abrazarle estrechamente y decirle:

—El cielo te pague, discreto Tirsi, el consuelo que me has dado, con el cual, y con la voluntad de Galatea, que, a lo que creo, no discrepará de la nuestra, sin duda entiendo que tan notorio agravio como el que se hace a todas estas riberas en desterrar dellas la rara hermosura de Galatea, no pase adelante.

Y, tornándole a abrazar, tornó a su rostro la color perdida. Pero no tornó al de Galatea, a quien fue oír la embajada de los pastores como si oyera la sentencia de su muerte. Todo lo notaba Elicio y no lo podía disimular Erastro, ni menos la discreta Florisa, ni aun fue gustosa la nueva a ninguno de cuantos allí estaban. A esta sazón, ya el sol declinaba a su acostumbrada carrera, y, así por esto como por ver que el enamorado Lenio había seguido a Gelasia, y que allí no quedaba otra cosa que hacer, trayendo a Galercio y a Maurisa consigo, toda aquella compañía movió los pasos hacia el aldea, y, al llegar junto a ella, Elicio y Erastro se quedaron en sus cabañas, y con ellos Tirsi, Damón, Orompo, Crisio, Marsilo, Arsindo y Orfinio se quedaron, con otros algunos pastores; y de todos ellos, con corteses palabras y ofrescimientos, se despidieron los venturosos Timbrio, Silerio, Nísida y Blanca, diciéndoles que otro día se pensaban partir a la ciudad de Toledo, donde había de ser el fin de su viaje; y, abrazando a todos los que

con Elicio quedaban, se fueron con Aurelio, con el cual iban Florisa, Teolinda y Maurisa, y la triste Galatea, tan congojada y pensativa que, con toda su discreción, no podía dejar de dar muestras de estraño descontento. Con Daranio se fueron su esposa Silveria y la hermosa Belisa. Cerró en esto la noche y parecióle a Elicio que con ella se le cerraban todos los caminos de su gusto; y si no fuera por agasajar con buen semblante a los huéspedes que tenía aquella noche en su cabaña, él la pasara tan mala que desesperara de ver el día. La mesma pena pasaba el mísero Erastro, aunque con más alivio, porque sin tener respecto a nadie, con altas voces y lastimeras palabras maldecía su ventura y la acelerada determinación de Aurelio.

Estando en esto, ya que los pastores habían satisfecho a la hambre con algunos rústicos manjares, y algunos dellos entregádose en los brazos del reposado sueño, llegó a la cabaña de Elicio la hermosa Maurisa; y, hallando a Elicio a la puerta de su cabaña, le apartó y le dio un papel, diciéndole que era de Galatea, y que le leyese luego, que, pues ella a tal hora le traía, entendiese que era de importancia lo que en él debía de venir. Admirado el pastor de la venida de Maurisa, y más de ver en sus manos papel de su pastora, no pudo sosegar un punto hasta leerle. Y, entrándose en su cabaña, a la luz de una raja[752] de teoso pino, le leyó, y vio que ansí decía:

Galatea a Elicio

En la apresurada determinación de mi padre está la que yo he tomado de escrebirte, y en la fuerza que me hace la que a mí mesma me he hecho hasta llegar a este punto. Bien sabes en el que estoy, y sé yo bien que quisiera verme en otro mejor, para pagarte algo de lo mucho que conozco que te debo; mas, si el cielo quiere que yo quede con esta deuda, quéjate dél, y no de la voluntad mía. La de mi padre quisiera mudar, si fuera posible, pero veo que no lo es; y así, no lo intento. Si algún remedio por allá imaginas, como en él no intervengan ruegos, ponle en efecto, con el miramiento que a tu crédito debes y a mi honra estás obligado. El que me dan por esposo, y el que

me ha de dar sepultura, viene pasado mañana: poco tiempo te queda para aconsejarte, aunque a mí me quedará harto para arrepentirme. No digo más, sino que Maurisa es fiel y yo desdichada.

En estraña confusión pusieron a Elicio las razones de la carta de Galatea, pareciéndole cosa nueva, ansí el escribirle, pues hasta entonces jamás lo había hecho, como el mandarle buscar remedio a la sinrazón que se le hacía; mas, pasando por todas estas cosas, sólo paró en imaginar cómo cumpliría lo que le era mandado, aunque en ello aventurase mil vidas si tantas tuviera. Y, no ofreciéndosele otro algún remedio sino el que de sus amigos esperaba, confiado en ellos, se atrevió a responder a Galatea con una carta que dio a Maurisa, la cual desta manera decía:

Elicio a Galatea

Si las fuerzas de mi poder llegaran al deseo que tengo de serviros, hermosa Galatea, ni la que vuestro padre os hace, ni las mayores del mundo, fueran parte para ofenderos; pero, comoquiera que ello sea, vos veréis ahora, si la sinrazón pasa adelante, cómo yo no me quedo atrás en hacer vuestro mandamiento por la vía mejor que el caso pidiere. Asegúreos esto la fe que de mí tenéis conoscida, y haced buen rostro a la fortuna[753] presente, confiada en la bonanza venidera; que el cielo, que os ha movido a acordaros de mí y a escribirme, me dará valor para mostrar que en algo merezco la merced que me habéis hecho; que, como sea obedeceros, ni recelo ni temor serán parte para que yo no ponga en efecto lo que a vuestro gusto conviene y al mío tanto importa. No más, pues lo más que en esto ha de haber sabréis de Maurisa, a quien yo he dado cuenta dello; y si vuestro parecer con el mío no se conforma, sea yo avisado, porque el tiempo no se pase, y con él la sazón de nuestra ventura, la cual os dé el cielo como puede y como vuestro valor meresce.

Dada esta carta a Maurisa, como está dicho, le dijo asimesmo cómo él pensaba juntar todos los más pastores que pudiese, y que todos juntos irían a hablar al padre de Galatea, pidiéndole por merced señalada fuese servido de no desterrar de aquellos prados la sin par hermosura suya; y, cuando esto no bastase, pensaba poner tales inconvinientes y miedos al lusitano pastor,

que él mesmo dijese no ser contento de lo concertado; y, cuando los ruegos y astucias no fuesen de provecho alguno, determinaba usar la fuerza y con ella ponerla en su libertad; y esto con el miramiento de su crédito que se podía esperar de quien tanto la amaba. Con esta resolución se fue Maurisa, y esta mesma tomaron luego todos los pastores que con Elicio estaban, a quien él dio cuenta de sus pensamientos y pidió favor y consejo en tan arduo caso. Luego Tirsi y Damón se ofrescieron de ser aquellos que al padre de Galatea hablarían. Lauso, Arsindo y Erastro, con los cuatro amigos, Orompo, Marsilo, Crisio y Orfinio, prometieron de buscar y juntar para el día siguiente sus amigos, y poner en obra con ellos cualquiera cosa que por Elicio les fuese mandada.

En tratar lo que más al caso convenía y en tomar este apuntamiento,[754] se pasó lo más de aquella noche, y, la mañana venida, todos los pastores se partieron a cumplir lo que prometido habían, si no fueron Tirsi y Damón, que con Elicio se quedaron. Y aquel mesmo día tornó a venir Maurisa a decir a Elicio cómo Galatea estaba determinada de seguir en todo su parecer. Despidióla Elicio con nuevas promesas y confianzas, y con alegre semblante y estraño alborozo estaba esperando el siguiente día, por ver la buena o mala salida que la fortuna daba a su hecho. Llegó en esto la noche, y, recogiéndose con Damón y Tirsi a su cabaña, casi todo el tiempo della pasaron en tantear y advertir las dificultades que en aquel negocio podían suceder, si acaso no movían a Aurelio las razones que Tirsi pensaba decirle. Mas Elicio, por dar lugar a los pastores que reposasen, se salió de su cabaña y se subió en una verde cuesta que frontero de[755] ella se levantaba; y allí, con el aparejo de la soledad, revolvía en su memoria todo lo que por Galatea había padecido y lo que temía padecer si el cielo a sus intentos no favorescía. Y, sin salir desta imaginación, al son de un blando céfiro que mansamente soplaba, con voz suave y baja, comenzó a cantar desta manera:

ELICIO

Si deste herviente mar y golfo insano,
donde tanto amenaza la tormenta,
libro la vida de tan dura afrenta
y toco el suelo venturoso y sano,
al aire alzadas una y otra mano,
con alma humilde y voluntad contenta,
haré que amor conozca, el cielo sienta,
qu'el bien les agradezco soberano.
Llamaré venturosos mis sospiros,
mis lágrimas tendré por agradables,
por refrigerio el fuego en que me quemo.
Diré que son de Amor los recios tiros
dulces al alma, al cuerpo saludables,
y que en su bien no hay medio, sino estremo.

Cuando Elicio acabó su canto, comenzaba a descubrirse por las orientales puertas la fresca aurora con sus hermosas y variadas mejillas, alegrando el suelo, aljofarando[756] las yerbas y pintando los prados, cuya deseada venida comenzaron luego a saludar las parleras aves con mil suertes de concertadas cantilenas. Levantóse en esto Elicio, y tendió los ojos por la espaciosa campaña; descubrió no lejos dos escuadras de pastores, los cuales, según le paresció, hacia su cabaña se encaminaban, como era la verdad, porque luego conosció que eran sus amigos Arsindo y Lauso, con otros que consigo traían, y los otros, Orompo, Marsilo, Crisio y Orfinio, con todos los más amigos que juntar pudieron. Conoscidos, pues, de Elicio, bajó

de la cuesta para ir a recebirlos; y, cuando ellos llegaron junto de la cabaña, ya estaban fuera della Tirsi y Damón, que a buscar a Elicio iban. Llegaron en esto todos los pastores, y con alegre semblante unos a otros se rescibieron. Y luego Lauso, volviéndose a Elicio, le dijo:

—En la compañía que traemos puedes ver, amigo Elicio, si comenzamos a dar muestras de querer cumplir la palabra que te dimos. Todos los que aquí vees vienen con deseo de servirte, aunque en ello aventuren las vidas; lo que falta es que tú no la hagas en lo que más conviniere.

Elicio, con las mejores razones que supo, agradeció a Lauso y a los demás la merced que le hacían, y luego les contó todo lo que con Tirsi y Damón estaba concertado de hacerse para salir bien con aquella empresa. Parecióles bien a los pastores lo que Elicio decía; y así, sin más detenerse, hacia el aldea se encaminaron, yendo delante Tirsi y Damón, siguiéndoles todos los demás, que hasta veinte pastores serían, los más gallardos y bien dispuestos que en todas las riberas de Tajo hallarse pudieran, y todos llevaban intención de que, si las razones de Tirsi no movían a que Aurelio la hiciese en lo que le pedían, de usar en su lugar la fuerza y no consentir que Galatea al forastero pastor se entregase, de que iba tan contento Erastro, como si el buen suceso de aquella demanda en sólo su contento de redundar hubiera; porque, a trueco de no ver a Galatea ausente y descontenta, tenía por bien empleado que Elicio la alcanzase, como lo imaginaba, pues tanto Galatea le había de quedar obligada.

El fin deste amoroso cuento y historia, con los sucesos de Galercio, Lenio y Gelasia, Arsindo y Maurisa, Grisaldo, Artandro y Rosaura, Marsilo y Belisa, con otras cosas sucedidas a los pastores hasta aquí nombrados, en la segunda parte[757] desta historia se prometen, la cual, si con apacibles

voluntades esta primera viere rescibida, tendrá atrevimiento de salir con brevedad a ser vista y juzgada de los ojos y entendimiento de las gentes.

FIN

Actividades en torno a *La Galatea*, (apoyos para la lectura)

1. Estudio y análisis

1.1. Género, relaciones e influencias

Presentada como «égloga» ya desde sus preliminares y clausurada como «amoroso cuento» inacabado desde su final, *La Galatea* se inscribe abiertamente en la tradición bucólica, en la pastoral, de tan rica y autorizada ascendencia clásica y renacentista. Más en concreto, se acoge al modelo genérico de los denominados «libros de pastores» o —con menos miramientos preceptivos— «novelas pastoriles», la fórmula narrativa idealista de moda en la época. Y lo hace —decíamos— con todas las consecuencias, asumiendo de lleno, al menos de partida, la configuración literaria estándar vigente en esa corriente renacentista.

Se trata de una corriente novelesca, por cierto, tan nítidamente aislable de sus contemporáneas (sentimental, caballeresca, bizantina, morisca, picaresca, etc.), por su férrea codificación arcádica y neoplatónica, como difusa en sus perfiles genéricos (entre poéticos, cuentísticos y tratadísticos), que, no obstante, consiguió crear tendencia popular en torno a la figura del pastor, generando un buen número de títulos, a la zaga del éxito obtenido por Montemayor con su fundacional y arquetípica *Diana*, entre los que no pueden faltar —según los últimos listados propuestos por los especialistas — los siguientes:

- Jorge de Montemayor, *Los siete libros de la Diana* (Valencia, *c.* 1559).
- Alonso Pérez, *Diana segunda* (Valencia, 1563).
- Gaspar Gil Polo, *Diana enamorada* (Valencia, 1564).
- Antonio de Lofrasso, *Los diez libros de Fortuna de Amor* (Barcelona, 1573).
- Luis Gálvez de Montalvo, *El pastor de Fílida* (Madrid, 1582).
- Miguel de Cervantes, *La Galatea* (Alcalá, 1585).
- Bartolomé López de Enciso, *Desengaño de celos* (Madrid, 1586).
- Bernardo González de Bobadilla, *Ninfas y pastores de Henares* (Alcalá, 1587).
- Bernardo de la Vega, *El pastor de Iberia* (Sevilla, 1591).
- Jerónimo de Covarrubias Herrera, *Los cinco libros intitulados: La enamorada Elisea* (Valladolid, 1594).
- Lope de Vega, *Arcadia* (Madrid, 1598).
- Gaspar Mercader, *El prado de Valencia* (Valencia, 1600).
- Juan Arce Solórzeno, *Tragedias de amor... del enamorado Acrisio y su zagala Luzidora* (Madrid, 1607).
- Bernardo de Valbuena, *Siglos de Oro en las selvas de Erifile* (Madrid, 1608).
- Cristóbal Suárez de Figueroa, *La constante Amarilis* (Valencia, 1609).
- Jacinto de Espinel Adorno, *El premio de la constancia y pastores de sierra Bermeja* (Madrid, 1620).
- Miguel Botelho Carvalho, *Prosas y versos del pastor de Clenarda* (Madrid, 1622).
- Jerónimo de Tejeda, *Diana tercera* (París, 1627).
- Gabriel de Corral, *La Cintia de Aranjuez* (Madrid, 1629).
- Gonzalo de Saavedra, *Los pastores del Betis* (Nápoles, 1633).

Con independencia, pues, de las razones que lo impulsasen a ello y al margen de cómo se valore su incursión —según dejamos comentado en la introducción—, el hecho es que Cervantes se acogió a esa corriente de moda para iniciar su extraordinaria trayectoria narrativa y, de resultas, *La Galatea* quedó inscrita para siempre como novela pastoril. Y no sólo inscrita, sino también configurada a imagen y semejanza del patrón genérico, como vasta miscelánea de «prosas y versos» —como subtitularía Lope de Vega su *Arcadia*—, cuyos rasgos y claves «poéticas», más o menos alteradas o enriquecidas, permite identificar claramente en sus páginas: protagonismo pastoril en clave sociológica, ambientación arcádica, alternancia de verso y prosa, mezcolanza genérica, idealismo amoroso neoplatónico, estilización formal, etc. Y una vez identificadas, tampoco esconden su peculiar factura cervantina, dejando entrever no pocos distingos geniales (erradicación de lo fantástico inverosímil, contaminación de lo poético universal con lo histórico individual, castellanización nacionalista, potenciación de las funciones narrativas de las canciones, etc.); pero eso viene después y en nada altera la filiación genérica nítidamente pastoril de la novela, que no debe abordarse —a nuestro entender— desde un enfoque quijotesco, pues *La Galatea* no es a la pastoril —ni muchísimo menos— lo que el *Quijote* a la caballeresca.

Siendo así, la primera incursión cervantina en la prosa novelesca entronca directamente con una vetusta tradición, de viva actualidad renovadora en su tiempo, y establece relaciones con multitud de sus manifestaciones, no sólo a nivel global del relato, sino también a través de sus componentes más pequeños —según podrá documentarse en la anotación al texto—: relatos cortos intercalados, disquisiciones filosóficas, enumeraciones laudatorias, etc.

Limitando a lo esencial el amplio abanico de vínculos detectados por la bibliografía especializada, acaso lo que más resuena poéticamente en sus páginas a nivel general sean los ecos garcilasistas, no sólo por la magnífica cantidad de versos y motivos del gran poeta toledano recuperados, sino también por la elección de las riberas del «dorado» Tajo como escenario eclógico y por la asociación nominalmente inevitable de Elicio-Galatea con Salicio-Galatea de la *Égloga I* de Garcilaso; aspectos todos que podemos evocar aquí de un plumazo recordando los siguientes versos de ésta: «¡Oh más dura que mármol a mis quejas / y al encendido fuego en que me quemo / más helada que nieve, Galatea!» (vv. 57-59), que Lenio glosa, por cierto, en VI («¿Quién te impele, crüel? ¿Quién te desvía?»).

Y otro tanto ocurre —desde el punto de vista novelesco—, también a nivel global, con *La Diana* de Montemayor, que se deja reconocer y aun identificar como patrón narrativo utilizado, si le quitamos «todo aquello que trata de la sabia Felicia y de la agua encantada, y casi todos los versos mayores» —según quería el cura quijotesco cuando el escrutinio (I-VI)—, en múltiples similitudes: en el arranque mismo de la narración;

> Bajaba de las montañas de León el olvidado Sireno, a quien Amor, la fortuna, el tiempo trataban de manera que del menor mal que en tan triste vida padecía, no se esperaba menos que perderla. Ya no lloraba el desventurado pastor el mal que la ausencia le prometía, ni los temores del olvido le importunaban, porque vía cumplidas las profecías de su recelo, tan en perjuicio suyo, que ya no tenía más infortunios con que amenazalle (*Diana*, I).

en el paralelismo del triángulo amoroso protagonista de la historia principal, Sireno-Diana-Silvano, con Elicio-Galatea-Erastro, por ese orden; en el enmarañamiento de los casos amorosos (Ysmenia, Alanio, Selvagia y Montano [I] o Felismena, don Felis y Celia [II], por ejemplo); en la

inclusión de enumeraciones laudatorias («Canto de Orfeo», IV); en la presencia de dialécticas filográficas (Amor/Razón, IV); etc. Y ello sin perjuicio de las posibles aportaciones hechas por títulos menos sobresalientes de la misma serie, como la *Segunda parte de la Diana* de Alonso Pérez (quizá presente en el tratamiento gemelar que se les da a Delicio y Partenio en su relación con Stela y Crimene o en el bizantinismo del largo episodio de Sagastes, Disteo y Dardanea), la *Diana enamorada*, de Gil Polo (donde se elogian los ingenios poéticos valencianos en el «Canto de Turia», como los españoles en el de Calíope) o *El pastor de Fílida* de su buen amigo Gálvez de Montalvo (con una égloga representada por Fanio, Delio y Liria comparable a la de Orompo, Marsilo, Orfenio y Crisio), por no multiplicar los ejemplos.

Ya a menor escala, las novelitas cortas intercaladas establecen posibles vínculos o relaciones un tanto variopintas: la *Novella* II-9 de Mateo Bandello, en la línea de *Romeo y Julieta*, y la fábula de *Píramo y Tisbe* podrían estar detrás de la enemiga familiar y del encuentro final de los amantes narrados en la historia de LISANDRO y LEONIDA, si es que no se atiene exclusivamente a la de Belisa y Arsileo incluida en *La Diana*; el tema de los *menecmos*, de ascendencia plautina y amplísima difusión, tanto fuera como dentro de nuestras fronteras (Lope de Rueda, Timoneda, Tirso de Molina, etc.), está presente en las parejas TEOLINDA-LEONARDA y ARTIDORO-GALERCIO, cuya identidad gemelar provoca sus intrincados enredos amorosos; al cuento segundo de la primitiva *Disciplina clericalis* de Pedro Alfonso, pasando por la historia X-8 del *Decamerón*, entre otros antecedentes incluso pastoriles, se remonta el no menos difundido motivo de «los dos amigos», tan utópicamente recreado en la trama de TIMBRIO-NÍSIDA y SILERIO-BLANCA; etc.

En fin, pasando ya a los contenidos teóricos y disquisiciones filosóficas, salta a la vista que nuestro autor —según declara él mismo en el prólogo— ha introducido «razones de filosofía entre algunas amorosas de pastores», a partir de las fuentes filográficas más difundidas durante el seiscientos, ya mencionadas en la introducción (*Gli Asolani*, de Pietro Bembo; *Dialoghi d'amore*, de León Hebreo; *Libro de natura de amore*, de Mario Equicola), sin olvidarnos, por supuesto, de *Il Cortegiano*, de Baldassare Castiglione. Todas ellas subyacen al razonar amoroso de los pastores, dejándose imitar y parafrasear, a veces casi literalmente, en la disputa sostenida por LENIO y TIRSI, según ilustran —a título de simple muestra— los siguientes pasajes: «Porque como quiera que él [el deseo] se enciende de alguna cosa en nosotros, luego nos apremia a seguirla y procurarla, y así, siguiéndola y buscándola, nos hace incurrir en peligros exorbitantes y desordenados y en mil miserias. Éste instiga al hermano a procurar los abominables abrazos de la mal amada hermana, la madrastra a su entenado. Y algunas veces [...] al mismo padre de la tierna hija virgen, cosas más monstruosas que fieras» (Bembo, *Asolanos*, I); «La diversidad que se halla en amar y desear en las tres suertes que me has dicho: útil, deleitable y honesto [...] El amor [...] de las cosas honestas, que es el más excelente y el más digno [...] la verdadera honestidad, la cual precede a la utilidad de lo útil y al deleite de lo deleitable, por estar lo deleitable principalmente en el sentimiento, y lo útil en el pensamiento, y lo honesto en el entendimiento, que excede a todas las otras potencias, y porque lo honesto es el fin para el cual los otros dos fueron ordenados; porque lo útil se busca para lo deleitable, que mediante las riquezas y los bienes adquiridos se pueden gozar los deleites de la naturaleza humana» (Hebreo, *Diálogos de amor*, I).

Pero acaso más interesantes que esa tupida madeja de relaciones bibliográficas, aquí sólo apuntada en esbozo, sean las que podemos

denominar «recreaciones cervantinas», elaboradas en otros títulos suyos a partir de los materiales contenidos en *La Galatea*, que no dejan de trenzarla sólidamente con el resto de su obra. Y no nos referimos exclusivamente —aunque también— a la consabida continuidad, mencionada en la introducción, de lo pastoril en uno y otro *Quijote* (Grisóstomo y Marcela, Camacho-Quiteria-Basilio, Arcadia fingida, etc.), en *La casa de los celos* (Lauso, Corinto, Rústico y Clori) o en *El coloquio de los perros*, ni tampoco a la omnipresencia futura de diferentes «casos amorosos» —auténtico principio rector de la práctica totalidad de sus títulos, desde *La Galatea* al *Persiles*—, sino, principalmente, a la cuidada reelaboración aventajada que Cervantes dispensa a varios episodios y motivos de la novela, que tampoco podremos más que aludir de forma somera.

Así, las bodas de Daranio (III) se retoman en las de Camacho (*Quijote*, II-XIX-XX) en términos de casi absoluto paralelismo, respetando el entorno rústico (ahora son labradores), manteniendo tanto los papeles del triángulo amoroso (Darinto-Silveria-Mireno y Camacho-Quiteria-Basilio, por el mismo orden) como las causas del conflicto (inclinación de los padres de la novia a favor de la riqueza de Daranio y Camacho) e incluso introduciendo sendos espectáculos (égloga iniciada por Orompo y danza abierta por Cupido), pero la recreación se anuncia ya centrada en la dialéctica pobreza/riqueza («las bodas de Camacho el rico, con el suceso de Basilio el pobre») y se resuelve, en contra del desenlace conformista de los pastores y aunque no sin engaño rebelde («¡No "milagro, milagro", sino industria, industria!»), a favor del pobre «por justa y favorable disposición de los cielos».

Como ejemplo más, el caso de «los dos amigos», aquí protagonizado por Timbrio y Silerio (II-V), prefigura incluso literalmente («porque no son los celos señales de mucho amor, sino de mucha *curiosidad impertinente*») a la

novelita de *El curioso impertinente* (*Quijote*, I-XXXIII-XXXV), que replantea, también en términos comparables (amistad fraternal, el amigo hace posible la unión, conflicto interior de Silerio/Lotario), la dialéctica amistad/amor vivida en Florencia por Anselmo y Lotario en torno a Camila, para inclinarla —con mucho más verismo y crudeza— a favor del «deseo» y desenlazarla trágicamente («Éste fue el fin que tuvieron todos, nacido de un tan desatinado principio»). Eso, sin espacio aquí para tantear siquiera la relación indudable que guarda la parte de la historia contada por Timbrio (V) con la otra gran novelita intercalada en el *Quijote* (*El cautivo*, I-XXXIX-XLI), pues lo accidentado de su regreso a España por mar, el asalto de los corsarios argelinos capitaneados por Arnaut Mamí y muchos otros detalles alcanzan ecos quijotescos, y aun autobiográficos, aunque ni su desarrollo ni su alcance son parangonables con la novelita en cuestión.

Y por esa vía, bien podríamos dar entrada a las canas del «anciano Arsindo» (III) tras los pasos de la «hermosa pastorcilla de hasta edad de quince años» (IV) (aquí sólo tanteada y pendiente de final, pero cabalmente desarrollada —como bien es sabido— en las *Ejemplares*, en los *Entremeses* o en el *Persiles*), o a la ampliación —sin duda más comprometida— del «Canto de Calíope» en el *Viaje del Parnaso*, por no descender a la continuidad que alcanzarían motivos mucho más concretos como, por ejemplo, la intromisión paterna en las decisiones matrimoniales o la obsesión por los celos.

1.2. El autor en el texto

Es de sobra conocida la tendencia cervantina a dejarse entrever, más o menos velada y escurridizamente, en sus textos, hasta el punto de que sus

biógrafos de antaño acostumbraban a reconstruir buena parte de su peripecia existencial a partir de las supuestas autoalusiones desperdigadas a lo largo y ancho de sus escritos. Sin incurrir en las fabulaciones de otros tiempos, aquí bastará con evocar su amistad con el cura del «lugar de la Mancha» («Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos», *Quijote*, I-VI), el trato de favor que —según el Cautivo— le otorga Azán Agá durante el cautiverio («Sólo libró bien con él un soldado español, llamado tal de Saavedra, el cual [...] jamás le dio palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra», *Quijote*, I-XL) o el misterioso abrazo de Promontorio en el *Viaje del Parnaso* («llamóme padre, y yo llaméle hijo; / quedó con esto la verdad en punto», VIII, vv. 280-281), para refrescar el hecho en cuestión. Y siendo así, nada tiene de extraño ni sorprendente que en los inicios de su carrera novelesca se viese tentado a colarse entre «los disfrazados pastores» de *La Galatea*, a la zaga de algunos de sus mejores amigos, máxime cuando se inscribía en un género convencionalmente codificado como «novela en clave», que invitaba a semejantes transfiguraciones literarias.

Es muy posible —queremos decir— que Cervantes se oculte en la novela «en el hábito» de LAUSO, así como Figueroa lo hace en el de TIRSI y Laínez en el de DAMÓN —según suele ser aceptado por buena parte de los estudiosos—, sin que ello autorice, empero, ninguna conclusión con alcance autobiográfico incontrovertible. Aun relativizando al máximo la identificación, no puede negarse que los datos proporcionados en el texto sobre el personaje concuerdan llamativamente con los perfiles bio-bibliográficos del poeta soldado, necesitado de patronazgo oficial, bien relacionado con el mundillo literario y acaso metido en líos de faldas que era Cervantes allá por los comienzos de la década de 1580: se nos presenta como poeta de todos conocido, pero particularmente amigo de DAMÓN-

Laínez («con no menor cortesía fueron dellos rescebidos, especialmente Lauso de Damón, de quien era antiguo y verdadero amigo», III) y de TIRSI-Figueroa («considerando bien esto, su amigo Tirsi le dijo», V); atraviesa un estado sentimental un tanto revuelto («le rogó que, a lo menos, le dijese en qué estado se hallaba, si era de temor o de esperanza, si le fatigaba ingratitud o si le atormentaban celos», V); se menciona su pasado inmediato, entre cortesano y militar, sin dejar de aludir a alguna carta relacionable con Mateo Vázquez («un pastor amigo mío que Lauso se llama, el cual, después de haber gastado algunos años en cortesanos ejercicios y algunos otros en los trabajosos del duro Marte [...] una canción que compuso y envió al famoso Larsileo», IV); etc. Y ello sin apenas rasguñar el asunto.

En todo caso, lo cierto es que a Lauso se le reserva un papel privilegiado en la novela y a su «caso» amoroso se le aplica una exquisita elaboración; extremos ambos no poco sospechosos —y un tanto indicativos de lo personal que podrían esconder— que pasamos a exponer sucintamente.

Lauso, en efecto, se incorpora a las riberas del Tajo, en plenas bodas de Daranio —tras la égloga iniciada por Orompo—, ya en el libro III, durante el cuarto día —como si no estuviera prevista su participación en la novela desde el principio—, pero lo hace con la calurosa acogida de todos los presentes —especialmente de DAMÓN— para permanecer en el escenario narrado hasta el final, haciendo resonar permanentemente su voz («en el son no muy concertado de la voz y en lo que cantaba, fue de los más que allí venían conoscido», V) hasta llegar a erigirse en el portavoz, ante Elicio, de las «dos escuadras de pastores» que acuden al final para impedir el inminente matrimonio de Galatea («Todos los que aquí vees vienen con deseo de servirte, aunque en ello aventuren las vidas», VI); en el camino deja un abundante e interesante número de canciones («En el punto que os

miré», III; «¿Quién mi libre pensamiento», V; «¡Rica y dichosa prenda que adornaste», V; «¡Con las rodillas en el suelo hincadas», V; etc.) cuya calidad justifica su participación en la elegía a cuatro voces dedicada a Meliso en las ceremoniosas exequias («Meliso, digno de inmortal historia», VI).

Y mucho más interesante, desde todos los puntos de vista, es el peculiar caso, historia o trama amorosa que protagoniza, pues sus rasgos distintivos asoman por doquier dotándola de una profundidad y verismo marcadamente individualizadores: se trata de una fugaz experiencia sentimental compartida con una misteriosa Silena («En ti, Silena, espero; en ti confío, / Silena, gloria de mi pensamiento, / norte por quien se rige mi albedrío», IV) cuya identidad no acaba de resolverse narrativamente («y andaban entre sí imaginando quién podría ser la pastora que de su libre corazón triunfado había», III; «en estremo deseaban saber de quién andaba Lauso enamorado», IV; «puesto que Lauso nombró a Silena en su canto, por este nombre no fue la pastora conoscida», IV), aunque parece ser *vox populi* en el entorno novelesco («aunque él creyó que ninguno le entendía, por ignorar el disfrazado nombre de Silena, más de tres de los que allí iban la conoscieron», VI) y no sale precisamente bien parada («saber yo quién es Silena [...] la mudable condición suya, sus acelerados ímpetus y la llaneza, por no darle otro nombre, de sus deseos; cosas que, a no templarlas y disfrazarlas con la sin igual hermosura de que el cielo la ha dotado, fuera por ellas de todo el mundo aborrescida», V); ocurre al margen de lo contado, aunque paralelamente, de modo que a la narración sólo llega algún dato suelto de su trama («le satisfizo bien Lauso, contándole algunas cosas que con su pastora le habían sucedido; y, entre otras, le dijo cómo, hallándose un día celoso y desfavorescido, había llegado a términos de desesperarse», V), delegando en las canciones del protagonista el verdadero

«relato lírico» de la trama o limitándola a una versión puramente sentimental, un tanto incoherente, que no deja de provocar la sorpresa de los oyentes («como todos sabían que el día antes estaba tan enamorado y tan contento de estarlo, maravillábales verle en tan pequeño espacio de tiempo tan mudado y tan otro del que solía», V); se desarrolla en tres fases claramente diferenciadas a partir de la exención amorosa del protagonista («el libre Lauso», III), seguida de su repentino y arrebatador enamoramiento («¿Dónde está la fantasía / de mi esquiva condición? / ¿Dó el alma que ya fue mía, / y dónde mi corazón, / que no está donde solía?», V) y rematada con su inmediata ruptura («Mas ahora, sin recelo, / mejor la podré llamar / serena falsa del mar, / que no Silena del cielo», VI), que se ven comprimidas en el increíble plazo de dos días (el quinto y el sexto: «temo que alegría tan repentinamente nascida no ha de ser duradera, y tengo ya experiencia que todas las libertades que de desdenes son engendradas se deshacen como el humo», V); en fin, representa una especie de liberación sentimental definitiva, gestionada por la razón a causa de un «desdén» («la causa que a otros suele ser desesperación y muerte, a mí me ha servido de esperanza y vida; y ésta ha sido de un desdén y desengaño, acompañado de un melindroso donaire que en mi pastora he visto, que me ha restituido a mi ser primero», V), contraviniendo con ello una de las claves fundacionales de la más longeva tradición amorosa que sustenta a este tipo de montajes literarios.

Desde luego, si Cervantes no está tras de Lauso, bien podría haberlo estado, pues su liberación final —que subrayamos *ex professo*— está entintada con pluma quijotesca:

> Ya, ya, pastor, no siente mi trabajado cuello el pesado yugo amoroso, *ya se han deshecho en mi sentido las encumbradas máquinas de pensamientos que desvanecido me traían*, ya tornaré a la perdida conversación de mis amigos, *ya me parescerán lo que son* las verdes yerbas y olorosas

> flores destos apacibles campos, ya tendrán treguas mis sospiros, vado mis lágrimas y quietud mis desasosiegos... (V).

1.3. Características generales (argumento, estructura, personajes, temas, ideas)

Pese al elevado número y a la notable diversidad de materiales que aglutina —de prosas y versos, decíamos en la introducción—, el argumento de *La Galatea* es de una simplicidad y un estatismo pasmosos, que bien podríamos resumir de un plumazo: relata la incondicional servidumbre amorosa, aunque no correspondida, de Elicio y Erastro hacia Galatea —pastores los tres en las riberas del Tajo—, hasta que su padre la compromete matrimonialmente, contra su voluntad, con un pastor lusitano y éstos planifican impedirlo a toda costa. Ello es así porque no está concebida —al menos en estos seis primeros libros— como «cuento amoroso» autónomo de cara al desarrollo argumental de su trama, sino más bien —de acuerdo con el patrón genérico pastoril fijado por Montemayor en su *Diana*— como «historia marco» destinada a albergar en su seno al resto de los materiales, y si lo consigue es, precisamente, gracias a la estratégica manipulación de su argumento de cara a ese fin.

Por tanto, si tuviésemos que resumir el argumento de *La Galatea*, diríamos que desarrolla narrativamente diez días del cotidiano deambular poético-pastoril de Elicio, Erastro y Galatea por las riberas del Tajo, desde el alba hasta el anochecer, aprovechando cada uno de sus movimientos para ir dando entrada a multitud de nuevos personajes que van incorporando sus historias, sus canciones, sus filosofías, sus festejos, sus tradiciones... Esto es, la verdadera urdimbre argumental de *La Galatea* radica en la alteración del sosegado bucolismo cotidiano de las riberas del Tajo por la intromisión

ajetreada de múltiples visitantes, que Elicio, Erastro y Galatea se limitan a catalizar y facilitar con sus permanentes salidas agrestes al alba, regresos vespertinos a la aldea, «siestas» diurnas, veladas nocturnas y demás encuentros colectivos. En consecuencia, la supuesta historia principal se ve argumentalmente desplazada *sine die* hacia el final —para terminar casi expulsada de la novela y pendiente de continuación—, cediendo su espacio narrativo a una hábil concatenación de componentes misceláneos que deberían figurar en cualquier sinopsis. Pero quizá mejor si visualizamos esquemáticamente la sucesión y el acoplamiento de los diferentes materiales (la enumeración no pretende ser completa y desplaza al margen derecho las digresiones y los relatos intercalados, numerando sus diversos fragmentos):

LIBRO	DÍA/NOCHE		SUCESOS Y CONTENIDOS
I	1	día	Canciones de Elicio y Erastro. Lisandro apuñala a Carino. Sepultura del cadáver y regreso a la aldea.
		noche	Elicio descubre a Lisandro: LISANDRO-LEONIDA
	2	día	Galatea y Florisa descubren a Teolinda: 1. TEOLINDA-ARTIDORO Cacería de Aurelio y comida. Regreso a la aldea y encuentro con Lenio.
II		noche	Galatea y Florisa se reúnen con Teolinda: 2. TEOLINDA-ARTIDORO
	3	día	Canciones de Tirsi y Damón y encuentro con los pastores. Regreso a la aldea con Silerio, hallado en una ermita: 1. TIMBRIO-NÍSIDA-SILERIO Incorporación de Daranio y Lenio al grupo.
III		noche	Reunión de Elicio, Tirsi, Damón y Erastro con Silerio: 2. TIMBRIO-NÍSIDA-SILERIO Interrupción por lamento de Mireno contra Silveria. 3. TIMBRIO-NÍSIDA-SILERIO
	4	día	Bodas de Daranio-Silveria. Situación de algunos invitados. Canto nupcial de Lenio. ÉGLOGA DE OROMPO-ORFENIO-CRISIO-MARSILIO SENTENCIA DE DAMÓN A FAVOR DE LOS CELOS Llegada de Arsindo, Francenio y Lauso: JUEGO DE LOS PROPÓSITOS Recogida nocturna.
IV	5	día	Encuentro al amanecer de Galatea, Florisa y Teolinda con Rosaura, Grisaldo y Leonarda: 1. ROSAURA-GRISALDO 3. TEOLINDA-ARTIDORO / LEONARDA-GALERCIO Regreso a la aldea y canción de Lauso, ya enamorado de Silena. Los pastores hacia la Fuente de las Pizarras para pasar la siesta. Allí se encuentran con Timbrio, Nísida, Blanca y Darinto: MENOSPRECIO DE CORTE Y CARTA DE LAUSO A LARSILEO Llegada de Aurelio con las pastoras. DISPUTA DE LENIO / TIRSI Reconocimiento de los extranjeros y noticia de Silerio. Irrupción de Maurisa: rechazo de Gelasia hacia Galercio. Atardecer y distribución de los personajes: aldea de Grisaldo, ermita de Silerio y casa de Galatea.

LIBRO	DIA/NOCHE		SUCESOS Y CONTENIDOS
V		noche	Camino de la ermita, vuelve a escucharse a Lauso-Silena. Reencuentro de Timbrio y las hermanas con Silerio: 4. Timbrio-Nísida-Silerio Planes de Timbrio para Silerio-Blanca.
	6	día	Vuelve a sonar Lauso-Silena. Noticia de los planes de boda para Galatea y reunión con ella. Secuestro de Rosaura por parte de Artandro: 2. Rosaura-Grisaldo Incorporación del grupo de Silerio y regreso a la aldea. Aparición de Arsindo, con nuevas de Lenio enamorado de Gelasia, y Maurisa, anunciando la llegada de Grisaldo para desposarse. Se oye la bocina de Telesio convocando las exequias de Meliso. Regreso a la aldea y canción de Lenio.
VI	7	día	Hacia el Valle de los Cipreses al amanecer: riberas del Tajo. Enclave del valle y sepultura de Meliso. Ceremonial de Telesio y elegía de Tirsi, Elicio, Damón y Lauso. Cena y descanso.
		noche	Aparición visionaria de Calíope: Canto de Calíope
	8	día	Camino poético hacia el Arroyo de las Palmas. Comida y adivinanzas poéticas de sobremesa. Intento de suicidio de Galercio, impedido por Maurisa, Teolinda y dos pastores extranjeros. Gelasia cruel, sobre un peñasco, y Lenio desesperado. 4. Teolinda-Artidoro / Leonarda-Galercio Emisarios de la llegada del pastor lusitano prometido de Galatea. Regreso a la aldea y despedida del grupo de Timbrio.
		noche	Carta de Galatea a Elicio y alianza de los pastores.
	9	día	Maurisa comunica a Elicio la conformidad de Galatea.
		noche	Elicio lamenta su estado.
	10	día	Llegada de los escuadrones de pastores al amanecer.

De lo antedicho y esquematizado se desprende, por su propio peso visual, que la estructura de *La Galatea* no depende ni del caso amoroso principal —antinovelesco a todas luces— ni tampoco de los materiales misceláneos adjuntos, sino más bien de la hábil imbricación del primero con los segundos y, en primera instancia, del sabio acoplamiento de ambos al entorno comunitario, pastoril y aldeano, capitalizado por los tres protagonistas.

De hecho, todos los personajes, sucesos y componentes varios, acarreados mediante el deambular del triángulo amoroso central, terminan desembocando en dos acontecimientos colectivos, entre festivos y conmemorativos, situados de modo estratégico en el conjunto de los seis libros y en el cronograma narrativo —como bien suele destacar la crítica en general—, para que se alcen como factores determinantes de la estructura global de la novela: las bodas de Camacho y Silveria primero y las exequias de Meliso después. Dos sucesos —no se pase por alto— en todo ajenos y casi independientes de la historia marco —al menos, no provocados por ella ni vinculados a ésta de manera especial—, capaces de absorberla compositivamente con todos sus adláteres, introduciendo otras tantas concentraciones aglutinadoras en su devenir, cabalmente graduadas en su alcance y significado: la primera, festiva y mundana; la segunda, ritual y mítica:

Las bodas de Daranio y Silveria, celebradas durante el cuarto día con el que se cierra el libro tercero, funcionan como receptáculo aglutinador de cuanto se ha contado en la primera mitad de la novela, concentrando circularmente en la plaza de la aldea («Estaba la plaza tan enramada que una hermosa verde floresta parescía») a cuantos personajes y motivos se venían mencionando. El trazado deja lugar a pocas dudas, pues el evento se venía anunciando desde el comienzo del día anterior sin dejar de anticipar

tanto la relación de invitados como los contenidos previstos: Tirsi y Damón habían llegado al amanecer del tercer día con tal motivo; Damón y sus amigos se habían cruzado al atardecer con el grupo que escuchaba la relación de Silerio; poco antes de la ceremonia, se individualizaba la situación sentimental de algunos asistentes para justificar la égloga central («al triste Orompo fatigaba la temprana muerte de su querida Listea; y al celoso Orfenio, la insufrible rabia de los celos, siendo enamorado de la hermosa pastora Eandra; al ausente Crisio, el verse apartado de Claraura, bella y discreta pastora, a quien él por único bien suyo tenía; y al desesperado Marsilio, el desamor que para con él en el pecho de Belisa se encerraba»); sólo faltaba la incorporación tras ésta del juego de los propósitos glosado por Francenio y Lauso, a instancias de Arsindo, para cerrar el círculo, sin dejarnos en el tintero a Teolinda o Lenio y sin necesidad de especificar a los demás personajes centrales. Por eso, las bodas en sí se despachan de un plumazo («Daranio y Silveria quedaron en perpetuo y estrecho ñudo ligados»), sin llegar ni siquiera a describirlas con el más mínimo detallismo, circunscribiéndolas a sus funciones estructuradoras («Pero lo que más autorizó la fiesta fue ver que, en alzándose las mesas, en el mesmo lugar, con mucha presteza, hicieron un tablado, para efecto de que los cuatro discretos y lastimados pastores, Orompo, Marsilo, Crisio y Orfenio, por honrar las bodas de su amigo Daranio»). Y no vaya a pasarse por alto la participación llamativamente tangencial de Elicio, Erastro y Galatea en los festejos, que justifica cuanto venimos diciendo.

Otro tanto ocurre, a efectos estructurales, con las exequias dedicadas a Meliso por la comunidad pastoril, durante el séptimo día, con las que culmina la otra mitad de la novela bien avanzado el libro VI, pues también funciona como ensanchamiento circular capaz de acoger cuanto se ha

contado hasta el momento, proyectándolo, en este caso, más allá de lo mundano. También ahora se recurre a la anticipación del encuentro colectivo, efectuada al atardecer del día anterior, mediante el extraordinario poder de convocatoria que tiene la bocina del venerable Telesio («a cuyo son de diferentes partes se comenzaron a mover muchos pastores, para venir a ver lo que Telesio quería, porque con aquella señal solía él convocar todos los pastores de aquella ribera»), cuidándose muy mucho de incluir entre los concurrentes, no sólo a los asistentes a las bodas de Daranio, sino también a cuantos otros personajes han ido apareciendo después: Rosaura, Timbrio, Nísida, Blanca, etc., sin olvidar a la novia de entonces, Silveria, ni a Belisa —la desdeñosa amada de Marsilio— que se ha incorporado para la ocasión. El propio texto deja clarísimo por dónde van los tiros organizativos: «Pero los primeros [...] fueron Elicio, Aurelio, Daranio y todos los pastores y pastoras que con ellos estaban, no faltando las hermosas Nísida y Blanca y los venturosos Timbrio y Silerio, con otra cantidad de gallardos pastores y bellas pastoras que a ellos se juntaron y al número de treinta llegarían, entre los cuales iban la sin par Galatea, nuevo milagro de hermosura, y la recién desposada Silveria, la cual llevaba consigo a la hermosa y zahareña Belisa, por quien el pastor Marsilo tan amorosas y mortales angustias padecía». Y, por la misma vía, así como en las bodas se había dado entrada a la égloga, ahora se aprovecha la concurrencia colectiva para introducir nada menos que el «Canto de Calíope» —según dejamos comentado en la introducción— y sublimar el entorno aldeano proyectándolo hasta las más altas cimas mitificadoras. Y —aun pecando de reiterativos—, tampoco dejaremos de insistir aquí en la repercusión sólo ancilar del triángulo amoroso base en los rituales (aunque ahora Elicio interviene en la elegía).

Diríamos incluso que ambos bloques, acaso estratégicamente separados por la concentración no poco numerosa de personajes en la Fuente de las Pizarras —también aprovechada para insertar materiales extranarrativos (menosprecio de Corte y disputa Lenio/Tirsi)—, vertebran a gran escala la estructura de la novela, dejando fuera tan sólo algunos flecos (acertijos poéticos, Gelasia-Galercio-Lenio, etc.) encaminados a planificar una hipotética continuación, pues los tres días que faltan parecen destinados a remarcar la inminente llegada del prometido de Galatea.

Que todo lo antedicho desde un enfoque estructural podría ser así, que todo depende de la utilización de la historia marco para acarrear materiales destinados a su integración en el entorno aldeano, lo demuestra claramente el acumulativo incremento de personajes que aquélla va provocando y —mucho más importante— el llamativo acarreo —íbamos a decir casi «pastoreo»— de éstos por parte del narrador de un escenario a otro. Dado que la práctica totalidad de los que incorpora el caso amoroso central suelen permanecer en el escenario bucólico (excepción hecha de Lisandro, Mireno, Darinto y algún otro), el narrador ha de afanarse, cada vez con más ansias, en moverlos de acá para allá recurriendo a permanentes recuentos. Recuentos que, por cierto, se alzan como clave estructuradora fundamental del devenir narrativo de los componentes esquematizados en la tabla anterior. Repárese, si no, en pasajes como los siguientes para hacerse cargo de su funcionalidad organizativa: «Teolinda [...] siguió el camino que Galercio y Maurisa llevaban. Lo mesmo hicieron luego [...] Timbrio, Tirsi, Damón, Orompo, Crisio, Marsilo y Orfinio, que a la ermita de Silerio con [...] Nísida y Blanca se encaminaron, habiendo primero ellos y ellas despedídose del venerable Aurelio, y de Galatea, Rosaura y Florisa, y ansimismo de Elicio y Erastro [...] y, echando al despedirse menos al anciano Arsindo, miraron por él y vieron que, sin despedirse de ninguno,

iba ya lejos por el mesmo camino que Galercio y Maurisa» (IV); «quedando solos los del aldea de Aurelio, y con ellos Timbrio, Silerio, Nísida y Blanca, con los famosos pastores Elicio, Tirsi, Damón, Lauso, Erastro, Daranio, Arsindo y los cuatro lastimados Orompo, Marsilo, Crisio y Orfinio, con las pastoras Galatea, Florisa, Silveria y su amiga Belisa, por quien Marsilo moría» (VI).

Siendo así, las riberas del Tajo se van superpoblando, al mismo ritmo que las páginas de *La Galatea*, para alcanzar la nada desdeñable cantidad de ochenta personajes aproximadamente, en su inmensa mayoría pastores, bien es cierto, pero con unos perfiles tan disímiles que difícilmente se dejan abordar desde un enfoque único y uniforme. Podremos enumerarlos, clasificarlos o contrastarlos, atendiendo a su procedencia, intervención, conducta o cualquier otro criterio que se nos ocurra, pero no lograremos sino otros tantos listados taxonómicos carentes de relevancia alguna. De hecho, los hay de la más diversa envergadura y condición: referidos y omnipresentes, principales y secundarios, protagonistas y antagonistas, nobles y campesinos, ricos y pobres, cultos y rústicos, crueles y piadosos, fieles y traidores, jóvenes y viejos, naturales y extranjeros, etc. Si acaso, podríamos abordarlos desde el punto de vista amoroso, atendiendo a sus diferentes estados sentimentales, pues es algo de lo que participan la gran mayoría de ellos, pero no pasaríamos de reincidir en la casuística amorosa ya tratada en la introducción, que, al fin y al cabo, viene predeterminada por el género pastoril. Por tanto, nos limitaremos a dar alguna pincelada suelta ilustradora de diferentes perfiles.

El personaje más notable es, a todas luces, GALATEA, y no precisamente porque dé título a la obra ni porque inaugure la galería cervantina de retratos femeninos deslumbrantes, sino por la exquisitez de trazado y profundidad semántica que alcanza en sus páginas. Por una parte, está

descrita con «todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan a sus damas» —como diría don Quijote (I-XIII), como un portento de hermosura («¿cómo podrás mirar el sol de sus cabellos, el cielo de su frente, las estrellas de sus ojos, la nieve de su rostro, la grana de sus mejillas, el color de sus labios, el marfil de sus dientes, el cristal de su cuello, el mármol de su pecho?» III) y un dechado de discreción («de tan alto y subido entendimiento, que las discretas damas, en los reales palacios crescidas y al discreto tracto de la Corte acostumbradas, se tuvieran por dichosas de parescerla en algo», I), que la ponen a la cabeza de cuantas «damas» poéticas podamos rastrear en la tradición amorosa. Por otra, se identifica como icono de las riberas del Tajo («Estas riberas, amigo Damón, son en las que la hermosa Galatea apascienta su ganado», II), sin cuya presencia se verían menoscabadas («tan notorio agravio como el que se hace a todas estas riberas en desterrar dellas la rara hermosura de Galatea», VI), hasta el punto de que el Amor sería destronado («si desta a la ajena tierra consientes que Galatea sea llevada, que te despojas del dominio que en estas riberas tienes, pues por Galatea sola le usas», VI). Y conjugando ambos extremos, termina capitalizando el universo literario de la novela hasta el punto de simbolizar al Tajo, a Castilla, a España..., no sin implicaciones políticas más que sugeridas: «El donaire por particular don del cielo a nuestra patria concedido, agora que esperábamos coger el honesto fruto de tantos bienes y riquezas, se haya de llevar a estraños reinos, a ser poseído y tratado de ajenas y no conoscidas manos?» (V).

Quizá le siga en trascendencia, por el peculiar solapamiento entre vida y literatura que implican y por la autoridad intelectual que aportan, la terna de personajes históricos infiltrados en el espacio narrativo bajo disfraz pastoril: Figueroa, Laínez y el propio Cervantes, o Tirsi, Damón y Lauso, si se admiten tales identificaciones; particularmente, los dos primeros, pues el

tercero responde a un enfoque distinto ya antes explicado en relación con el autor. Ambos se integran maravillosamente en el entorno rural, como paisanos —nótese bien— de Teolinda y buenos amigos de sus pobladores (de Elicio, de Lauso, de Daranio, etc.), sin dejar por ello de ser descritos en toda su excelencia intelectual («tenéis hoy en vuestras riberas a los dos nombrados y famosos pastores Tirsi y Damón, naturales de mi patria [...] tan aventajados los dos en todo género de discreción, sciencia y loables ejercicios, que no sólo en el circuito de nuestra comarca son conocidos, pero por todo el de la tierra conocidos y estimados», II), que —por cierto— no dejan de ejercer y demostrar en su relevante aportación poética y, sobre todo, tratadística o filosófica (sobre los celos, Damón [III] y a favor del amor, Tirsi [IV]), para terminar cifrando la grandeza de la poesía española al final del «Canto de Calíope».

Atendiendo a las novelitas intercaladas, no estaría por demás realzar —sobre el impactante asesinato perpetrado por LISANDRO en el escenario bucólico (I) — la relevancia que adquieren TIMBRIO, como representante del estamento nobiliario sometido a los códigos del honor («Con esto cesaron los bandos entre los parientes de entrambos, y ordenóse que a igual y mortal batalla el ofendido caballero, que Pransiles se llamaba, a Timbrio desafiase, y que, en hallando campo seguro para la batalla, se avisase a Timbrio», II), y NÍSIDA, como dama nobiliaria o principal no menos fascinante que la mismísima Galatea («Su nombre era Nísida y su hermosura tanta, que me atrevo a decir que la naturaleza cifró en ella el estremo de sus pe[r]fectiones; y andaban tan a una en ella la honestidad y belleza», II); ambos convertidos, por lo demás, en punto de referencia obligada desde su incorporación al espacio narrativo (IV), acaso por el marcado contraste que aporta el mundo nobiliario, cortesano y bizantino del que proceden.

Y así interminablemente, podríamos centrar la atención casi en cualquier nombre (como, por ejemplo, en el papel focalizador que desempeñan personajes, en apariencia secundarios, como AURELIO, DARANIO o TELESIO, auténticas cabezas visibles de la comunidad pastoril novelizada) para terminar concluyendo siempre lo mismo: la magistral individualización otorgada por Cervantes a tan numerosa y enmarañada nómina de criaturas literarias.

Lo contrario ocurre, sin embargo, con los temas tratados en la novela, pues se estará de acuerdo en la supremacía, casi monotemática, del amor por encima de cualquier otro, en tanto en cuanto —excepción hecha del «Canto de Calíope»— monopoliza a la práctica totalidad de sus prosas y versos (relatos intercalados, casos sentimentales, églogas, debates, canciones, etc.) y, de resultas, queda expuesto desde múltiples enfoques: narrativo, vivencial, filosófico, lírico, etc. Esto es, concebida como «amoroso cuento y historia» desde el propio texto (VI), al calor de la tradición pastoril («escrebir églogas», prólogo), *La Galatea* gravita en torno al tema amoroso, ateniéndose teóricamente al eje central petrarquista y neoplatónico institucionalizado por las corrientes renacentistas, pero arrastrando en la práctica numerosos satélites que lo diversifican y problematizan un tanto. Por eso, ateniéndonos a la configuración compositiva de la novela, podemos diferenciar, metodológicamente, entre la concepción «académica» de lo amoroso, expuesta en los pasajes tratadísticos o dialogísticos y respetada en la historia marco, y la aplicación «vivencial» representada por los demás casos amorosos.

La concepción canónica del tema en este ámbito está cabalmente novelizada en el dolorido sentir que entraña la incondicional servidumbre

amorosa hacia Galatea pactada por Elicio y Erastro desde el comienzo, aun a sabiendas de su gratuidad («—Bien puedes creerle, amigo Damón —dijo Elicio—, porque el valor de Galatea no da lugar a que della otra cosa se desee ni se espere; y aun ésta es tan difícil de obtenerse, que a veces a Erastro se entibia la esperanza y a mí se enfría, de manera que él tiene por cierto, y yo por averiguado, que primero ha de llegar la muerte que el cumplimiento della», II), según se encargará de refrendar el propio protagonista después («Y, puesto caso que la hermosura y belleza sea una principal parte para atraernos a desearla y a procurar gozarla, el que fuere verdadero enamorado no ha de tener tal gozo por último fin suyo, sino que, aunque la belleza le acarree este deseo, la ha de querer solamente por ser bueno, sin que otro algún interese le mueva. Y éste se puede llamar, aun en las cosas de acá, perfecto y verdadero amor», III), lo que explica el estatismo de su imposible devenir narrativo. Asimismo, tal situación neoplatónica medular está arquetípicamente representada en la relación de Tirsi y Damón —«éticos de amor, enfermedad al parecer incurable», según Lenio (II)— con sus respectivas amadas («Fili de Tirsi, Amarili de Damón, tan amadas [...] de sus encendidos y honestos amores», II) y subyace, en líneas generales, a lo largo y ancho de la obra —en las canciones sobre todo — pertrechada de toda su parafernalia tópica, como, por ejemplo: «todos mis sentidos estaban trocados del ser que primero tenían, ni el alma obraba por ellos como era acostumbrada» (I); «comenzó a discurrir por todas mis venas un yelo que me encendía» (I); «Más blando fui que no la blanda cera, / cuando imprimí en mi alma la figura / de la bella Amarili, esquiva y dura» (II); «El verte y adorarte llegó junto; / porque, ¿quién fuera aquel que no adorara / de un ángel bello el sin igual trasumpto?» (III); «fuego que, aunque de yelo un pecho sea, / en claras llamas de virtud le enciende» (IV);

«Tus ojos son, de cuya luz serena / me viene la que al cielo me encamina» (V); «¡Oh, más dura que mármol a mis quejas! (VI); etc.

Paralelamente, esa peculiar filosofía sentimental subyacente se concentrará, por vía amebea o eclógica, en la representación escenificada por Orompo, Orfenio, Crisio y Marsilo durante las bodas de Daranio (III) —abundando en alguno de sus motivos más socorridos, como el «desdén» o la «ausencia», por ejemplo—, y se sustanciará, digamos que «académicamente», al amparo de los tratados filográficos más difundidos y autorizados, en la disputa sostenida por Lenio y Tirsi (IV): auténtico epicentro temático de toda la novela. Se arranca —como era de esperar— del llevado y traído «deseo de belleza» como causa primera del sentimiento amoroso («aunque la difinición que del amor hiciste sea la más general que se suele dar»), procurando darle un empaque filosófico altamente silogístico («la belleza es en dos maneras, corpórea a incorpórea [...] la belleza corpórea se divide asimesmo en dos partes [...] La belleza incorpórea se divide también en dos partes»), para terminar polarizándolo entre las posturas encontradas e irreconciliables de Lenio, negativa («aquel instinto que incita y mueve al enamorado para amar más que a su propria vida la ajena»), y de Damón, positiva («En este mesmo amor de quien voy hablando están cifradas todas las virtudes»), que, no obstante, se resuelven a favor del segundo bajo unos supuestos que rebasan ortodoxamente al neoplatonismo de fondo:

> Pero, viendo el hacedor y criador nuestro que es propria naturaleza del ánima nuestra estar contino en perpetuo movimiento y deseo, por no poder ella parar sino en Dios, como en su proprio centro, quiso, porque no se arrojase a rienda suelta a desear las cosas perecederas y vanas, y esto sin quitarle la libertad del libre albedrío, ponerle encima de sus tres potencias una despierta centinela que la avisase de los peligros que la contrastaban y de los enemigos que la perseguían, la cual fue la razón, que corrige y enfrena nuestros desordenados deseos. Y, viendo asimesmo que la belleza humana había de llevar tras sí nuestros afectos e inclinaciones, ya que no le pareció

> quitarnos este deseo, a lo menos quiso templarle y corregirle, ordenando el sancto yugo del matrimonio, debajo del cual al varón y a la hembra los más de los gustos y contentos amorosos naturales le[s] son lícitos y debidos.

Claro que el tema amoroso no se circunscribe en la obra a esa visión, más o menos convencional pero del todo intelectualizada, sino que se complementa y enriquece con los casos concretos narrados en sus páginas, con los comportamientos amorosos protagonizados por otros personajes, no siempre atenidos, precisamente, a tales códigos. Más bien, en el salto de la teoría a la práctica —de la literatura a la vida, si se prefiere— el armonioso idealismo sentimental no sale bien parado, ni siquiera en el caso de la mismísima Galatea, «a quien fue oír la embajada de los pastores como si oyera la sentencia de su muerte» (VI). Las conductas amorosas novelizadas —decimos—, aunque impregnadas en muchos sentidos del idealismo convencional (recuérdese, por ejemplo, la «pasión» de Teolinda por Artidoro), parecen responder a impulsos más mundanos y desarrollarse en términos más prosaicos: Lisandro no vacila en conseguir a Leonida tramando un matrimonio secreto, ni le tiembla el pulso cuando asesina a quien se lo impidió (I); Leonarda no tiene ningún reparo en hacerse pasar por su hermana con tal de unirse a Artidoro, ni éste en asumir el cambiazo, mientras que Teolinda paga caro su sentimentalismo (VI); Timbrio y Silerio, aunque experimentan un enamoramiento del todo enfermizo por Nísida, terminan acomodándose amigablemente con las dos hermanas, sin consideración alguna hacia Darinto; Rosaura se echa al monte, ni corta ni perezosa, para recuperar a Grisaldo, que se entrega sin rechistar, aunque está prometido con Leopersia (IV); Lenio y Gelasia, enemigos mortales del amor, pagan su rebeldía de modo muy disímil; Lauso —ya dijimos—, termina cayendo en la red pero supera sin ningún problema el «mando y tiranía» (III) del amor; etc.

Después del amor —o mejor, al par que el amor—, también por impositivo genérico, la naturaleza se alza como el otro tema mayor de *La Galatea*. Pero no en términos absolutos, porque se le dé un tratamiento filosófico acorde con la mentalidad renacentista —que no deja de asomar alguna vez: «las obras hechas por el mayordomo de Dios, naturaleza», IV —, ni tampoco puramente geográficos o ambientales, porque aporte los escenarios requeridos por el bucolismo imprescindible, sino, en concreto, por el esplendor con que se manifiesta en las «riberas del Tajo»: el verdadero tema desde este enfoque, como desde tantos otros. Reflejada en «la amenidad y frescura de las riberas deste río» (VI), la naturaleza, aliada con el arte, alcanza una nueva dimensión, sencillamente, inefable («la naturaleza, encorporada con el arte, es hecha artífice y connatural del arte, y de entrambas a dos se ha hecho una tercia naturaleza, a la cual no sabré dar nombre», VI), que se magnifica hasta el punto de considerarlas morada de Dios y auténticos Campos Elíseos («De sus cultivados jardines, con quien los huertos Hespérides y de Alcino pueden callar; de los espesos bosques, de los pacíficos olivos, verdes laureles y acopados mirtos; de sus abundosos pastos, alegres valles y vestidos collados, arroyos y fuentes que en esta ribera se hallan, no se espere que yo diga más, sino que, si en alguna parte de la tierra los Campos Elíseos tienen asiento, es, sin duda, en ésta», VI), para acabar mitificándolas a más no poder en el Valle de los Cipreses —según explicamos en la introducción—. Bastará con añadir que su más acabada obra es Galatea para calibrar el alcance simbólico del planteamiento cervantino: «desta fénix sin par, sola y primera, / gloria de nuestra edad, honra del suelo, / valor del claro Tajo y su ribera, / cordura sin igual, rara belleza / donde más se estremó naturaleza» (IV).

En fin, también ahora —obvio es decirlo— podría incrementarse considerablemente la relación de temas más o menos desarrollados en la

novela, ya fuera desgranando los subtemas relacionados con el amor, ya abundando en la «vida retirada» del bucolismo pastoril o en el «menosprecio de Corte y alabanza de aldea», ya realzando algún otro en particular, como por ejemplo la amistad, que disfruta de un tratamiento tan sostenido como relevante: preside las relaciones de la comunidad pastoril casi en su totalidad, posibilita la integración inmediata de los visitantes, agrupa a los personajes por parejas inseparables (Elicio y Erastro, Galatea y Florisa, Tirsi y Damón, etc.), introduce el motivo de «los dos amigos», condiciona la laudatio del «Canto de Calíope», etc.

1.4. Forma y estilo

Las expectativas estilísticas perseguidas por Cervantes en *La Galatea* nos vienen expresadas de su puño y letra —por así decirlo— en sus preliminares y no dejan de ser un tanto ambiciosas: «enseñorearse del artificio de la elocuencia [...] con facilidad y dulzura, con gravedad y elocuencia, [...] descubriendo la diversidad de conceptos agudos, graves, sotiles y levantados» (prólogo) de la lengua española. Sin embargo, no negaremos que alcanzó cumplidamente sus objetivos, pues si se trata de «elocuencia artificiosa y levantada», la novela da la talla —aunque no disonante— esperable en los libros de pastores; mantiene —también— su ampulosidad expresiva, su alambicamiento retórico y —por qué no reconocerlo— su empalagoso amaneramiento, por mucho que intentemos atenuarlo:

> Y así, yéndose poco a poco gustando de un templado céfiro que en el rostro le hería, lleno del suavísimo olor que de las olorosas flores, de que el verde suelo estaba colmado, al pasar por ellas

> blandamente robaba, envuelta en el aire delicado, oyó una voz como de persona que dolorosamente se quejaba (I).

De hecho, los estudiosos suelen detectar, ya en la prosa discursiva ya en la narrativa, modos y maneras estilísticas afines, *grosso modo*, a la oratoria ciceroniana y a la retórica petrarquizante, que cuajan en procedimientos propios del estilo elevado, como por ejemplo el desplazamiento del verbo hasta el final de la frase («si habrá sido causa de darte pesadumbre el amor que a Galatea tengo; y si lo ha sido, debes perdonarme, porque jamás imaginé de enojarte, ni de Galatea quise otra cosa que servirla», I), la anteposición del adjetivo con valor de epíteto («se sentaron sobre la menuda yerba, dejando andar a sus anchuras el ganado despuntando con los rumiadores dientes las tiernas yerbezuelas del herboso llano», I) o la tendencia a la plurimembración («en el silencio de las sosegadas noches, o en el calor de las ardientes siestas, a la fresca sombra de los verdes árboles», I; «concordándose el son de la triste música y el de la alegre armonía de los jilguerillos, calandrias y ruiseñores, y el amargo de los profundos gemidos, formaba todo junto un tan estraño y lastimoso concento que no hay lengua que encarecerlo pueda», VI) frecuentemente dilatada mediante la *amplificatio rerum* («andaba de ribera en ribera, de valle en valle, cogiendo aquí la blanca azucena, allí el cárdeno lirio, acá la colorada rosa, acullá la olorosa clavellina, haciendo de todas suertes de odoríferas flores una tejida guirnalda, con que adornaba y recogía mis cabellos», I) o *verborum* («rogaré al cielo que te castigue, al fuego que te consuma, al aire que te falte, al agua que te anegue, a la tierra que no te sufra, y a mis parientes que me venguen», IV).

Ésa es la tónica más generalizada a lo largo del libro, que tampoco deja de incorporar un registro léxico —como ya se habrá notado— salpicado de cultismos («alabastrino», «catálogo», «circunstantes», «inmatura»,

«interrota», «obsequias», «odorífero», «piélago», «sempiterna», «tálamo», etc.) y de tópicos procedentes de esa cantera —con el subsiguiente alambicamiento idealista—, como, por ejemplo, el «amanecer mitológico», que fuerza día a día a la «blanca Aurora» (segundo y cuarto días) a abandonar el «lecho del celoso marido» (segundo y cuarto días) para mostrar sus «frescas y rosadas mejillas» (octavo día) a la luz de los «rayos del dorado Febo» (séptimo día), según se compendia —como muestra inequívoca de por dónde van los tiros— en la última jornada (décimo día) narrada:

> comenzaba a descubrirse por las orientales puertas la fresca aurora con sus hermosas y variadas mejillas, alegrando el suelo, aljofarando las yerbas y pintando los prados, cuya deseada venida comenzaron luego a saludar las parleras aves con mil suertes de concertadas cantilenas (VI).

Con yuxtaponer al pasaje el comienzo que don Quijote imaginaba para la venidera historia de sus hechos contada por algún «sabio», bastará para evidenciar la opinión que a Cervantes le merecerían tales lindezas:

> Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus arpadas lenguas habían saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada aurora, que, dejando la blanda cama del celoso marido, por las puertas y balcones del manchego horizonte a los mortales se mostraba... (*Quijote*, I-II).

Y todo ello, sin necesidad de agravar lo dicho con el reiterativo enfrentamiento conceptista de contrarios, encaminado a verbalizar petrarquesca y neoplatónicamente el sentimiento amoroso,

> Yo ardo y no me abraso, vivo y muero;
> estoy lejos y cerca de mí mismo;
> espero en solo un punto y desespero;

súbome al cielo, bájome al abismo (I),

o la ocasional verborrea prosística tendente al mismo fin: «—¿Tú eres Silveria, Silveria? Si tú lo eres, yo no soy Mireno; y si soy Mireno, tú no eres Silveria: porque no es posible que esté Silveria sin Mireno, o Mireno sin Silveria. Pues ¿quién soy yo, desdichado? ¿O quién eres tú, desconocida? Yo bien sé que no soy Mireno, porque tú no has querido ser Silveria; a lo menos, la Silveria que ser debías y yo pensaba que fueras» (III).

Por lo demás, esa «artificiosa elocuencia» generalizada y conscientemente buscada —que ha de valorarse de forma positiva en sí misma—, se ve complementada y enriquecida por cierta variedad estilística, dependiendo de la tipología discursiva (narrativa, oratoria, dialógica, etc.) o de los interlocutores (Tirsi, Damón o Calíope, frente a Erastro, por ejemplo); por la intercalación de algún que otro rusticismo («agarrochado», ««ocino», «sigures», etc.), que puede cuajar en pasajes llenos de colorido aldeano («Mala rabia o cruda roña consuma y acabe mis retozadores chivatos, y mis ternezuelos corderillos, cuando dejaren las tetas de las queridas madres, no hallen en el verde prado para sustentarse sino amargas tueras y ponzoñosas adelfas», I); o en fin, por la incorporación de algunos refranes y frases proverbiales («echar de todo punto el sello a nuestra enemistad», I; «quien es cojo, con el más mínimo traspié da de ojos», I; «por sacarle a barrera», II; «anda la esperanza, como decirse suele, entre dos aguas», II; «tomé ocasión de pedirle celos», IV) que llegan a deslizarse, incluso, en el verso («pues es proverbio antiguo entre amadores, / que son obras amores», III; «Más años que Sarra vivan», III).

En fin, no estará por demás cerrar este breve apunte formal refiriéndonos —sin necesidad de insistir demasiado— a la oralidad que se «enseñorea» del conjunto de la novela, pues sus personajes están en el relato,

fundamentalmente, para «contar», para «cantar» y para «escuchar», en tanto que el narrador se conforma con ir eslabonando las distintas situaciones comunicativas (sobremesas, veladas, alivios de caminantes, reuniones festivas, visiones, etc.) que propician y albergan tales funciones. Las canciones, en concreto, van incluso más allá de la pura oralidad y dotan a la novela de una tonalidad musical, al son de zampoñas, rabeles o liras, tan marcada como rica en procedimientos métricos y estróficos.

2. Trabajos para la exposición oral y escrita

2.1. Cuestiones fundamentales sobre la obra

1. *La Galatea* fue concebida, históricamente, en pleno reinado de Felipe II y, literariamente, a caballo entre el Renacimiento y el Barroco; digamos que más bien dentro del Manierismo. Con ayuda de algún manual de historia y de literatura, procúrese ubicar la obra en sus coordenadas desde ambos puntos de vista y relacionarla con los sucesos y títulos más próximos a ella.

2. Según advertimos en la introducción, Cervantes compuso la novela en unas circunstancias biográficas excepcionales (recién liberado del cautiverio, bien integrado en el mundillo literario, dramaturgo de éxito, etc.) que bien pudieron influir en la selección del género y en el tratamiento de sus contenidos. Echando mano de alguna biografía autorizada (Astrana, Canavaggio, Alvar, etc.), amplíe los datos de esta naturaleza correspondientes a la década de 1580 y pronúnciese sobre el particular.

3. Aunque la obra —dada su adscripción cultural— no abunda precisamente en datos históricos, tiene el atractivo —como todas las de su serie— de introducir personajes reales encubiertos bajo apelativos pastoriles (Figueroa como TIRSI, Laínez como DAMÓN, Cervantes como LAUSO, etc.) que enriquecen considerablemente las relaciones recíprocas entre vida y literatura, tan importantes para nuestro creador. Complete las identificaciones de esta naturaleza, recurriendo a la bibliografía recomendada, y comente sus implicaciones en general.

4. Analizada en el panorama de la obra completa cervantina, como título primerizo obligado a competir directamente con el *Quijote* o con las *Novelas ejemplares*, *La Galatea* suele salir perdiendo para quedar relegada a segundo plano. Sin embargo, es en esa doble circunstancia donde radica su mayor mérito, pues inaugura una serie novelesca magistral y anticipa algunos de sus logros fundamentales. Identifique cuáles y pronúnciese sobre su continuidad, al menos, en el *Quijote*.

5. Todavía en el marco de la obra completa, es sobradamente conocido que nuestro autor, aun sin reincidir nunca en un nuevo título de esta naturaleza, no dejó nunca de merodear el tema pastoril a lo largo y ancho de sus escritos (en la «Arcadia fingida» del segundo *Quijote*, en *El coloquio de los perros*, en la *Casa de los celos*, etc.). Complétese la relación de recreaciones para comentar brevemente después los perfiles de cada una en relación con la primera manifestación.

6. *La Galatea* se inscribe abiertamente en la tradición pastoril, tan en boga entonces, acogiéndose a la fórmula de los «libros de pastores» o «novela pastoril» (a la zaga de *La Arcadia* y sobre todo de *La Diana*), pero

la identidad genérica de tal corriente dista mucho de estar clara. Elabórese, con ayuda de la bibliografía recomendada, una breve sinopsis del género en cuestión y de su «poética» para aplicarla después a la aportación cervantina.

7. Al margen de lo que se concluya en la cuestión anterior, el hecho es que Cervantes se atiene en su incursión narrativa a la combinación equilibrada de «prosas» y «versos» sancionada por el modelo elegido, incorporando gran diversidad de unas («novelas cortas», por ejemplo) y de otros (como la «égloga»). Complétese la tipología incluida en ambas series —puede recurrirse a la introducción— para cuestionar después la naturaleza miscelánea del conjunto resultante.

8. Precisamente por eso, por la abundancia y diversidad de los materiales integrados, su imbricación es fundamental y la organicidad del conjunto se alza como todo un reto para el creador, que el nuestro superó —ahí radica el mérito fundamental de la obra— magistralmente. Identifique las técnicas utilizadas para lograr el acoplamiento recíproco de lo narrativo, lo dramático, lo lírico y aun lo histórico-literario.

9. Como buena pastoril, *La Galatea* está diseñada argumentalmente en torno a la historia central protagonizada por Elicio, Erastro y Galatea, pero se trata de un peculiar triángulo amoroso, estancado en el estatismo sentimental neoplatónico, en el que nada ocurre hasta el final. Resúmase su argumento intentando dar cuenta mediante él de la totalidad de la novela.

10. Esta *Primera parte* de la obra se nos ofrece dividida en seis libros, que se reparten hasta diez días de la historia central, con un diseño compositivo supuestamente orgánico y muy bien pensado (tres más tres,

día/noche, etc.). A partir del croquis que presentamos en el apartado 1.3., coméntese críticamente la adecuación distributiva de los materiales en tal marco.

11. Más en concreto, aunque en la misma línea, analícese detalladamente alguno de los días —el segundo sería preferible—, atendiendo a su desarrollo narrativo en torno a tres momentos esenciales (amanecer, siesta y atardecer), o a tres acciones básicas (salida al campo, reunión en un *locus* y retorno a la aldea), para identificar después los componentes que se introducen en cada uno de ellos. ¿Radica ahí la clave de la historia marco y su funcionalidad integradora?

12. Las novelitas cortas, en mayor o menor medida intercaladas, destacan frente a los demás componentes desde todos los puntos de vista: por su diversidad genérica, por su complejo entrelazamiento, por su contraste ambiental con lo bucólico, etc. Ensáyese una tipología, atendiendo tanto a su ascendencia y orientación genérica como a los diferentes grados y modalidades de su intercalación en la historia principal.

13. Además del caso amoroso central y de los aportados por las novelas cortas, por las riberas del Tajo pululan algunos otros, mucho menos desarrollados pero no por eso menos significativos (Lenio, Lauso, Arsindo, Gelasia, etc.) para la cabal comprensión de la obra. Analícese, sobre todo, lo que tienen de excepcional frente a los casos mayores para intentar justificar luego su presencia en la novela.

14. Especial atención merece, aunque sólo fuera por su naturaleza dramática, la «égloga» representada por los cuatro pastores con motivo de

las bodas de Daranio y Silveria —aquí elegida como motivo del comentario de textos—, pues se inserta a la perfección, tanto formal como semánticamente, y es uno de los pilares compositivos de todo el libro. Coméntese críticamente lo antedicho, en todas sus dimensiones, recurriendo al comentario de textos final.

15. Acaso el componente más anómalo de la obra, desde un enfoque novelesco —que no genérico—, sea el tedioso capítulo de historia literaria endilgado so capa de «Canto de Calíope» para enumerar laudatoriamente a unos cien ingenios poéticos españoles. Sin perder de vista su contexto intercalador (exequias de Meliso), valórese su pertinencia en el marco de la novela y, atendiendo a los poetas mencionados, evalúense los juicios emitidos por Cervantes.

16. Aunque suele abordarse atendiendo más a lo novelesco, *La Galatea* incluye un auténtico cancionero sentimental, con unos ochenta poemas diseminados en los permanentes cantos de sus pobladores, que rellenan el espacio narrativo y diseccionan líricamente el macrotema amoroso en todos sus matices. Repárese en las circunstancias intercaladoras, en los motivos amorosos, en la diversidad métrica..., pero no se pase por alto su aprovechamiento novelesco: ¿en qué consiste?

17. El amor se enseñorea hasta tal punto de la obra (relatos amorosos, certámenes amorosos representados, disputas teóricas amorosas, etc.) que se alza como auténtico macrotema —por no decir «monotema»—, presidido por el petrarquismo y el neoplatonismo, pero la concepción cervantina última sobre este asunto no es tan monocorde. Ensáyese una definición del tema intentando sustanciar su planteamiento global en la novela.

18. Más en concreto, podrían contraponerse las conductas amorosas específicas novelizadas en los diferentes casos sentimentales, sin dejar de contrastarlas también entre ellas, a la filografía expuesta teóricamente —sobre todo en el debate de Lenio y Tirsi— para comprobar su adecuación recíproca. ¿Se compadece —digamos— la teoría con la práctica en el terreno amoroso?

19. Tras el amor, o junto al amor, al movernos en el marco de la bucólica pastoril, decíamos que la naturaleza también es tratada como tema mayor en la novela, pues, concebida al calor de la mentalidad renacentista, aporta mucho más que el simple escenario idílico de los hechos e infunde a las riberas del Tajo una dimensión espiritual altamente simbólica. Identifique los pasajes más significativos al respecto y pronúnciese sobre su orientación y alcance simbólico.

20. *La Galatea*, como libro de pastores que es, está presidida por un idealismo consustancial —más o menos alterado por su autor—, aparentemente vacuo desde el punto de vista semántico y ajeno a mayores compromisos ideológicos, pero al final del relato ocurre algo que complica gravemente la situación: el inminente casamiento de Galatea, contra su voluntad, con un pastor lusitano. Calibre la repercusión del hecho de cara al sentido último de la novela: ¿podría entrañar una reacción política contra Felipe II de corte nacionalista y castellanista?

21. La protagonista, Galatea, está descrita en la novela con una singularidad y profundidad muy superior a la de cualquier otro de los ochenta personajes, hasta el punto de que encabeza legítimamente la gran

terna de retratos femeninos cervantinos (con Dulcinea y Sigismunda), pero el sin par personaje va mucho más allá y parece encarnar el mundo que habita. ¿En qué sentido y hasta qué punto se cifra el significado de la obra en el personaje?

22. La lengua y el estilo desplegados en el texto responden —nuevamente en la línea de lo pastoril— a una artificiosa elocuencia un tanto llamativa para el lector acostumbrado a las prosas del *Quijote* o a los cuentos de las *Ejemplares*. Ejemplifíquense los recursos léxicos y estilísticos utilizados para lograr semejante retoricismo formal.

23. Desde el punto de vista métrico, la elaboración de los casi ochenta poemas cantados en la novela no es precisamente menor, pues ofrecen una amplia diversidad de metros y estrofas que van desde lo castellano más autorizado hasta lo italianizante más afamado. Elabórese un repertorio de los moldes métricos diferenciando ambas corrientes.

24. Aunque nunca cumpliría su palabra —pese a haber retomado lo pastoril varias veces— Cervantes cerró su relato anunciando una segunda parte de su primera novela, que luego reiteraría en varios preliminares de otros títulos (*Quijote*, *Ocho comedias*, *Persiles*, etc.). ¿Cómo explicar tanta insistencia frente al incumplimiento de lo anunciado? ¿Era continuable la *Primera parte de La Galatea* a partir de su final? ¿Se propuso Cervantes realmente continuarla? Justifíquense las respuestas.

25. En fin, la continuación anunciada en el cierre de esta parte promete el desarrollo de varias historias inacabadas, comenzando por la de Galatea (Arsindo-Maurisa, Galercio-Lenio-Gelasia, Marsilo-Belisa, etc.). Analícese

el planteamiento de todas ellas y razónese si eran lógicamente continuables o si se trata de otro juego cervantino con el lector.

2.2. TEMAS PARA EXPOSICIÓN Y DEBATE

1. *La Galatea* en el contexto literario de los Siglos de Oro: Renacimiento, Manierismo y Barroco.

2. Circunstancias biográficas del autor en la década de 1580 y posibles motivaciones para iniciar su andadura novelesca por veredas pastoriles: ¿estéticas, promocionales, económicas o políticas?

3. Defiéndase la presencia de Cervantes en la novela bajo el disfraz de Lauso, contrastando los datos que se dan sobre el pastor con los que conocemos del autor, para debatir después colectivamente la coherencia de la identificación.

4. Personajes históricos presentes en la obra como criaturas de ficción: ¿conservan su entidad real o se reducen a puros entes literarios? Arguméntese a favor y en contra de ambas opciones.

5. *La Galatea* como obra larga primeriza de nuestro autor: similitudes y contrastes, desde el punto de vista creativo, respecto a los demás títulos (el contraste se podría limitar al *Quijote*).

6. Expónganse las directrices generales de las recreaciones cervantinas de lo pastoril en otros títulos para pronunciarse luego sobre la continuidad o

ruptura del idealismo bucólico.

7. Entidad genérica de los relatos pastoriles: ¿libros o novelas?

8. Tradición e invención: calíbrese la originalidad cervantina en este título a partir de la renovación aplicada a los modelos utilizados que suelen defender la mayoría de los estudiosos (podría limitarse a *La Diana*).

9. Previa enumeración descriptiva de los diferentes materiales integrados en la novela, arguméntese a favor y en contra de la organicidad o de la desarticulación miscelánea resultante.

10. Analícese meticulosamente el vacío argumental provocado por el estatismo sentimental del caso amoroso central (Elicio-Erastro-Galatea) para dilucidar después si está concebido como historia marco o, más bien, como simple recurso organizativo de los materiales introducidos.

11. Cuestiónese el convencionalismo tópico (sobremesa, alivio de caminantes, etc.) de los mecanismos narrativos (amaneceres, reuniones durante la siesta, retornos a la aldea, etc.) utilizados en la novela para integrar los diversos materiales.

12. La intercalación de componentes misceláneos como recurso creativo de la novela larga: pericia y maestría cervantina.

13. A partir de la recreación cervantina del cuento de «los dos amigos» (Timbrio y Silerio) llevada a cabo en *El curioso impertinente* (*Quijote*), razónese a favor o en contra de la excelencia artística de ambas versiones.

14. La casuística amorosa tipificada en la novela: convergencias y divergencias entre la teoría y las conductas de los personajes.

15. Gelasia y Marcela: similitudes y contrastes.

16. Resúmanse las funciones organizativas de la égloga representada por los cuatro pastores como remate del libro III para defender luego su perfecta integración en la novela, sin cerrar la puerta a su consideración como interpolación digresiva.

17. Pertinencia o impropiedad del «Canto de Calíope» en el cuerpo narrativo de la obra: técnicas de intercalación, criterios enumerativos y distributivos, valoraciones laudatorias, etc.

18. El poemario sentimental cantado: unidad o dispersión temática y adecuación o quiebra entre fondo y forma.

19. La naturaleza del amor en *La Galatea*: perfiles mundanos y espirituales del «deseo de belleza» con un juicio crítico sobre su prevalencia.

20. Entre vida y literatura: verismo histórico o convencionalismo idealista del cotidiano existir bucólico pastoril.

21. Las riberas del Tajo como escenario espacial (riberas, bosques, Fuente de las Pizarras, Valle de los Cipreses, etc.) de la ficción narrativa: geografía o *locus* poético mitificado.

22. Previa descripción pormenorizada e integral de Galatea, debátase si está pensada sólo como amada arquetípica y como personaje central o, más bien, como símbolo de su entorno geográfico, cultural y aun político.

23. Lectura de la «sublevación» pastoril con que termina la novela: argumentos a favor de que se trata sólo de un revulsivo argumental encaminado a generar intriga de cara a su continuación o, por el contrario, de cierta rebeldía política de cuño castellanista en clave amorosa.

24. Defiéndase la estilización, a todos los niveles (formal, temática, ambiental, etc.), como eje significativo global de la novela.

25. Arguméntese en contra de la posible continuación de las relaciones amorosas que quedan pendientes para abogar por la *Primera parte de La Galatea* como historia acabada, sin dejar de someter a debate tal lectura.

2.3. Motivos para redacciones escritas

1. Un poeta ex cautivo metido a novelista: Cervantes hacia 1580.

2. El tirón de la moda pastoril y el primer fracaso editorial.

3. Un novelista primerizo deambula por su propio libro: Lauso y Cervantes.

4. Colegas históricos se codean con y como personajes ficticios.

5. Pervivencia del idealismo imperialista cervantino tras Lepanto.

6. Pastores idílicos y caballeros andantes: de *La Galatea* al *Quijote*.

7. El universo literario de la novela pastoril.

8. Un lector desconcertado por la mezcolanza: narración, poesía, teatro, etc.

9. Elicio, Erastro y Galatea: un triángulo amoroso muy particular.

10. El deleitoso existir de los pastores: salidas, encuentros y retornos.

11. La violencia criminal perturba el sosiego bucólico (Lisandro).

12. Los enredos amorosos de dos gemelas: Leonarda contra Teolinda.

13. La amistad y el amor frente a frente (Timbrio-Nísida-Silerio).

14. Los dos amigos veinte años después: *El curioso impertinente*.

15. Unas bodas rústicas por interés (Daranio-Silveria-Mireno).

16. Las mismas bodas treinta años más tarde (Camacho-Quiteria-Basilio).

17. El dolorido sentir de los pastores (muerte, ausencia, desdén y celos).

18. La incurable pestilencia de los celos.

19. Suenan canciones sentimentales permanentemente (Lenio y Lauso).

20. Gelasia o la libertad de amar.

21. El conflictivo deseo de belleza.

22. Las riberas del Tajo, entre veredas y Campos Elíseos.

23. Excelencias de la poesía española según Calíope.

24. La sin par Galatea como centro.

25. Unas bodas conflictivas entre lusitanos y castellanos.

2.4. Sugerencias para trabajos en grupo

1. Los estudiantes podrían elaborar en equipo una cronología de la vida y obra cervantinas, encargando a distintos grupos los aspectos históricos, culturales, literarios, etc., para luego conjugarlos en una tabla global.

2. Más en concreto, cabría ampliar la información intrahistórica de la década de 1580 —sobre todo en lo relativo a nuestro autor— para intentar arrojar luz sobre la génesis de *La Galatea*.

3. Encárguese a varios estudiantes, o grupos de ellos, que analicen por separado las posturas y criterios artísticos expresados por Cervantes en los preliminares de otros títulos (*Quijote*, *Ejemplares*, *Ocho comedias* y *Persiles*) para contrastarlos con los ofrecidos en su novela pastoril y matizar así la perspectiva que la preside.

4. Distintos estudiantes se encargarán de elaborar un perfil histórico-literario de los autores reales incorporados a la novela bajo disfraz pastoril (Figueroa, Laínez, Cervantes, Hurtado de Mendoza, etc.) y de contrastar la información con los datos ofrecidos por el texto, para debatir luego en común la adecuación entre ambos.

5. Lo mismo podría hacerse respecto a los personajes históricos (don Juan de Austria, Mateo Vázquez, Felipe II, etc.), sin dejar de asociarlos con los anteriores, para esclarecer el posible trasfondo político subyacente en la obra.

6. A partir de un manual autorizado sobre prosa novelesca del Siglo de Oro, encárguese a los estudiantes que se repartan los géneros más difundidos en el período (sentimental, caballeresca, picaresca, bizantina, cortesana, etc.) para sintetizar la «poética» de cada uno de ellos y contrastarla con la de la «pastoril».

7. Elabórese en equipo una pequeña historia de la «novela pastoril» que dé cuenta, como mínimo, de los siguientes aspectos: definición, antecedentes, integrantes, cronología, rasgos genéricos, evolución y posteridad. Después se perfilará en común el lugar de *La Galatea* en la serie.

8. Dado que Cervantes retomó —según dejamos dicho— la materia pastoril en varias de sus obras posteriores, podría elaborarse en equipo una antología de tales pasajes, pensando en un posible apéndice textual para la edición de nuestra novela.

9. Recurriendo a una edición crítica bien anotada, los estudiantes podrían esbozar un catálogo de fuentes o modelos literarios utilizados por nuestro creador en su novela que debería incluir, como mínimo, los antecedentes genéricos (Sannazaro, Montemayor...), los tratados filográficos (Bembo, Hebreo...) y los cuentos o novelas cortas (los gemelos, los dos amigos, la *novella* a la italiana...).

10. En la misma línea, pero más en concreto, encárguese al grupo una lectura de *La Diana* —como modelo arquetípico y más influyente— encaminada a rastrear similitudes (relatos intercalados, por ejemplo) y contrastes (presencia de elementos mágicos, por ejemplo) de todo tipo respecto al título cervantino.

11. A partir de una selección de grandes tópicos literarios presentes en la obra (como el «amanecer mitológico», el «*locus amoenus*», el «menosprecio de Corte y alabanza de aldea», etc.), puede encomendarse a varios estudiantes que los definan y ejemplifiquen —dada su gran difusión — en otros autores de la época.

12. Elabórese colectivamente un catálogo completo de grandes motivos presentes en la obra que el autor retoma luego en otros títulos (bodas de

Camacho, *El curioso impertinente*, *El cautivo*, etc.) para elaborar una antología de recreaciones cervantinas basadas en su primera novela.

13. Distintos grupos de estudiantes se encargarán de comparar tanto las historias intercaladas como las técnicas utilizadas para lograrlo en *La Galatea* con las del *Quijote* y el *Persiles*, sin dejar de pronunciarse sobre sus simetrías y contrastes.

14. Podría ensayarse la creación de una ficha o plantilla general, con todo tipo de *ítems* (sexo, tipo de pasión, conducta, desenlace, etc.), que englobase la casuística amorosa contenida en la novela, a partir del análisis concreto de cada personaje llevado a cabo por distintos estudiantes.

15. No sería demasiado complicado confeccionar un diccionario de personajes de *La Galatea*, pensado como apéndice para su edición, encargando a cada estudiante el rastreo y la definición de uno o varios de ellos.

16. Distribúyanse entre otros tantos grupos de estudiantes las cuatro «pasiones» sentimentales (muerte, ausencia, desdén y celos) debatidas en la égloga del libro III, asignándoles que rastreen su presencia en otros casos amorosos relatados en la obra (Lisandro-Leonida, Teolinda-Artidoro, Galercio-Gelasia y Grisaldo-Rosaura; por ese orden y como ejemplo).

17. Si es viable, podría llevarse a cabo, implicando a toda la clase, un catálogo completo de los ingenios poéticos mencionados en el «Canto de Calíope», preferiblemente alfabético, acompañado de una breve ficha histórico-literaria de cada autor.

18. En la misma línea y con idéntica implicación colectiva, cabría elaborar un repertorio completo de los poemas desperdigados a lo largo del texto, a partir de los primeros versos pero aplicándole también tablas por metros, estrofas, temas y autores o personajes.

19. Puesto que están traducidos y son de fácil localización, sendos grupos de estudiantes podrían rastrear en los *Diálogos de amor* y en *Los Asolanos* los pasajes especialmente manejados por Cervantes como fuente del debate teórico mantenido por Lenio y Tirsi en el libro IV.

20. El rastreo, por grupos, de motivos de la novela procedentes de las distintas obras de Garcilaso de la Vega (de las églogas y los sonetos, fundamentalmente), arrojaría una buena cosecha de concomitancias.

21. La bucólica en general, a partir de los datos del texto, sería un buen tema de trabajo colectivo distribuyendo la investigación de los estudiantes en diferentes áreas: histórica, sociológica, literaria, poética, pictórica, musical, etc.

22. Encárguese a dos estudiantes o grupos de ellos la realización de un estudio comparativo de Galatea con Dulcinea y con Sigismunda, pero no sólo de los personajes femeninos como tales sino también de sus funciones literarias en general.

23. El grupo en conjunto podría investigar con alguna profundidad las relaciones políticas de Cervantes para fundamentar la pretendida dimensión

castellanista y nacionalista de *La Galatea* por encima de su marcado idealismo estetizante.

24. Distribúyanse las historias amorosas que se dejan inconclusas al final del relato entre otros tantos grupos para que propongan sus posibles continuaciones, pero sin perder de vista —cuando haya correspondencia— el resto de la obra cervantina (Arsindo-Maurisa y *El celoso extremeño*, por ejemplo).

25. En fin, partiendo de la bibliografía consultada, los estudiantes del grupo podrían reunir una selección antológica de fragmentos críticos dedicados a la novela, intentando ilustrar sus aspectos más sobresalientes.

2.5. Trabajos interdisciplinares

1. Consúltese algún manual o enciclopedia ilustrada sobre la historia, la cultura y el arte de la segunda mitad del siglo XVI y rastréense motivos de todo tipo (arquitectónicos, escultóricos, pictóricos, etc.) relacionables con *La Galatea*.

2. Todos los retratos de Cervantes son apócrifos y parecen estar hechos a partir de los rasgos proporcionados por sus obras. Previa lectura minuciosa del prólogo a las *Novelas ejemplares*, podría esbozarse un dibujo del rostro cervantino tal y como se describe allí.

3. Dado que en la novela se nos proporcionan numerosos detalles relativos al mundo pastoril, aunque un tanto literaturizado, podría tantearse

un ensayo sociológico sobre la vida y costumbres de los pastores basado en tal información (jerarquización estamental, relaciones sociales, festejos y celebraciones, rituales, pasatiempos, etc.).

4. En la misma línea, pero más en concreto, cabría elaborar un estudio detallado de los trajes o vestidos pastoriles en la época, a partir de los mencionados en el texto (*almilla de frisa, sayo, zaragüelles, antiparas, tachonado, cuerpos leonados, camisa de pechos, argentería, garbín turquesado, pellico*, etc.), incluyendo una definición léxica acompañada, si fuese posible, por su correspondiente ilustración gráfica.

5. Por otro lado, las descripciones concernientes a la geografía de las riberas del Tajo, por mitificadas que estén, se prestan a la preparación de todo tipo de trabajos desde ese punto de vista: mapas localizativos, itinerarios de los pastores entre los *locus* novelizados, representaciones gráficas de los escenarios, etc.

6. Desde el punto de vista musical, *La Galatea* ofrece enorme interés, no sólo por la continua presencia de la música en el relato y por las frecuentes danzas y bailes que se refieren, sino, principalmente, por la gran diversidad de instrumentos musicales que se mencionan (*albogues, arpa, caramillo, castañetas, flauta, gaita, laúd, lira, rabel, salterio, tamborino, zampoña*, etc.), de modo que convendría hacer un estudio de estos instrumentos incluyendo la definición léxica y la correspondiente ilustración gráfica de cada uno.

7. Aunque nuestra novela está a cien años luz de haber despertado el interés que suscitó el *Quijote* en el terreno de la ilustración y de la pintura,

podría intentarse una recopilación de materiales de esta naturaleza, comenzando por los doce grabados que acompañaron a la edición de Antonio de Sancha en 1784 (a partir de los dibujos de Joseph Ximeno), disponibles en la siguiente dirección web: http://bivaldi.gva.es/es/consulta/registro.cmd?id=3455, pero cuidando de no mezclarlos ni confundirlos con los pertenecientes a la nereida o ninfa del mismo nombre en sus relaciones con Acis, Polifemo o Pigmalión.

8. Aunque en el mundillo de las tablas tampoco dio mucho juego la obra, eso no significa que carezca de interés teatral, pues la potencialidad dramática y el efectismo visual de algunas escenas es evidente (encuentro final de Lisandro con Leonida, localización de Silerio desmayado en la ermita, aparición de Calíope, etc.), de modo que cabría realizar un estudio de secuencias como esas desde este enfoque. Y puestos a ello, los estudiantes bien podrían «representar» la égloga de Orompo y los demás pastores.

9. Lo que, en cambio, sí podría dar más juego —aunque sonará un tanto extraño— es practicar, con ayuda de algún manual especializado en la materia, una aproximación médica, entre sicológica y siquiátrica, a determinadas conductas sentimentales reflejadas en la novela (Leonarda, Lauso o Galercio podrían servir de muestra).

10. En fin, pues nos movemos en el terreno de las tareas interdisciplinares para estudiantes, podría proponérseles que desarrollasen por escrito posibles continuaciones de las historias amorosas que se dejan pendientes al final de la obra.

2.6. BÚSQUEDA BIBLIOGRÁFICA EN INTERNET Y OTROS RECURSOS ELECTRÓNICOS

1. Los estudiantes podrían distribuirse el trabajo para elaborar una bibliografía, lo más completa posible, sobre Miguel de Cervantes y su obra, con especial atención a *La Galatea*, agrupando los estudios encontrados en los siguientes bloques: I) biografías, II) obra completa y III) *La Galatea* (conviene diferenciar siempre las ediciones de los estudios y, dentro de éstos, las monografías de los artículos). Puede recurrirse a las bibliografías ya existentes, a las ediciones más difundidas, a las revistas periódicas (*Anales cervantinos*, *Actas de la Asociación Internacional de Cervantistas*, etc.) o a los repertorios de internet.

2. Consúltense las grandes enciclopedias digitales para rastrear en ellas la información relativa a la época, a Cervantes, a su obra completa y a *La Galatea*. Luego se contrastará la información obtenida con la localizable en soporte impreso para discutir los pros y los contras de uno y otro soporte.

3. Cervantes cuenta ya, más específicamente, con varios CD dedicados a su vida y obra que pueden emplearse como herramientas de consulta, de edición, de investigación o de ilustración. Por ejemplo: *El Quijote interactivo* (Interacción Multimedia, 1995), *Miguel de Cervantes Saavedra. Obras completas* (Micronet-CEC, 1995), *El «Quijote» en el arte* (CEC-CDarte, 1997), *Cervantes y su obra. 450 aniversario* (SLABON-CEC, 1997), *Bibliografía del «Quijote»* (Jaime Fernández, CEC, 1998), etc.

4. Naturalmente, también internet está inundado por múltiples páginas —su interés al margen— dedicadas a Cervantes y su obra; al *Quijote*, sobre

todo. Los estudiantes podrían elaborar un catálogo describiendo los contenidos de las que encuentren en la red, con especial atención hacia *La Galatea*. Recomendamos que se comience por las siguientes: http://www.cervantesvirtual.com («Biblioteca de Autor Miguel de Cervantes»); http://cervantes.uah.es/; http://cervantes.tamu.edu/V2/CPI/index.html, etc. En el caso concreto de nuestra novela, convendría puntualizar con todo cuidado su presencia en cada sitio virtual, pues no siempre se le dedica la atención que merece.

5. Puesto que en las páginas recomendadas se encontrarán diversas copias electrónicas de *La Galatea* (está editada incluso en disquetes de 3,5 en Alianza Editorial, Madrid, 1996), los estudiantes podrían llevar a cabo un cotejo electrónico de éstas para establecer listas de variantes y discutir después su autoridad.

6. También a partir de cualquier copia electrónica autorizada, podría ensayarse una modernización gráfica del texto mediante la aplicación de sucesivas secuencias de búsqueda y reemplazo («agora» por «ahora», «deste» por «de este», «mesmo» por «mismo», «paresc-» por «parec-», etc.), sin perder nunca de vista el estado ortográfico original de la edición príncipe, también disponible en medios virtuales.

7. Combinando una copia digital y un repertorio electrónico de ilustraciones previamente localizadas en internet, podría elaborarse una edición ilustrada de *La Galatea,* acoplando las imágenes elegidas (históricas, geográficas, arquitectónicas, pictóricas, literarias, etc.) a los distintos pasajes de la novela.

8. De modo más ambicioso, podría elaborarse una edición multimedia —sin necesidad de concebirla hipertextualmente— que incluyese todo tipo de enlaces con asuntos relacionados con los motivos de la obra, una amplia galería de retratos de los autores mencionados, ilustraciones de los objetos, alguna pieza musical, etc.

9. Mediante búsquedas automáticas, los estudiantes pueden elaborar cómodamente un macrodiccionario de *La Galatea* que incluya (copiando y pegando) los pasajes esenciales dedicados en la obra a los temas, los personajes, los lugares, los autores, etc., que menciona.

10. Para terminar, cabría grabar un CD o esbozar una página web, entre toda la clase, con todos los materiales digitales (textuales, bibliográficos, históricos, léxicos, ilustrativos...) recabados por el grupo de estudiantes, bajo el título «*La Galatea* y las nuevas tecnologías» o algo parecido.

3. Comentario de textos

Hemos elegido como objeto de análisis para este comentario la égloga representada por Orompo, Marsilo, Crisio y Orfenio, tras el banquete nupcial, en las bodas de Daranio y Silveria, incluido su contexto narrativo más inmediato (III): tanto la presentación en prosa que le da paso (desde «Allí, pues, con general contento de todos, se solemnizó el generoso banquete...») como el veredicto de Damón a favor de los celos que se le anexa (hasta «cansados de la recitada égloga, se habían ido a casa de su amigo Daranio»). La elección obedece no tanto al interés de la égloga en sí misma como a su alto valor representativo de la tradición pastoril, así como

la inclusión del contexto pretende evidenciar la maestría cervantina a la hora de integrar en el relato materiales extranovelescos.

3.1. El texto y su marco

El núcleo textual de nuestro comentario viene dado —decimos— por un componente medular en la tradición pastoril, desde su misma génesis clásica hasta su reverdecer renacentista, y habitualmente presente en sus manifestaciones novelescas más relevantes (*La Arcadia*, *La Diana*, etc.): el canto amebeo pastoril, más o menos desarrollado y dramatizado. En este caso, la convencional disputa a dos voces, más o menos tensa, se ha complicado con la participación de los cuatro intervinientes mencionados y se ha enriquecido configurándola como égloga previamente escrita y ahora representada. Égloga que, en consecuencia, bien podríamos entender como concesión más al patrón genérico elegido como modelo, para abordarla en suelta, en tanto que digresión pegadiza o intercalación mostrenca en el devenir narrativo.

Y en tal caso, efectivamente, se nos ofrece como un largo poema pastoril —677 versos—, a cuatro voces, enredadas en demostrar, cada una frente a las demás, la supremacía de sus respectivas penalidades sentimentales, la gravedad incomparable de su atormentado sentir amoroso o la legitimidad de su quejumbroso existir, según el siguiente reparto «pasional» previamente anticipado al introducirlas en el relato:

> el triste Orompo, el celoso Orfenio, el ausente Crisio y el desamado Masilio, mancebos todos y todos enamorados, aunque de diferentes pasiones oprimidos; porque al triste Orompo fatigaba la temprana muerte de su querida Listea; y al celoso Orfenio, la insufrible rabia de los celos, siendo enamorado de la hermosa pastora Eandra; al ausente Crisio, el verse apartado de

Claraura, bella y discreta pastora, a quien él por único bien suyo tenía; y al desesperado Marsilio, el desamor que para con él en el pecho de Belisa se encerraba.

Como una especie de certamen pastoril, centrado en sobredimensionar el dolor amoroso provocado por la muerte, los celos, la ausencia y el desdén, sin mayor elaboración dramática que las imprescindibles alusiones a las entradas de las distintas voces —tímidamente esbozadas a modo de acotaciones inmanentes—, y sin otro soporte compositivo que la agrupación o distribución de la materia poética —según explicaremos en el apartado siguiente— en torno a los cuatro motivos sentimentales en cuestión.

Aun así, la égloga se sustentaría perfectamente por sí misma, incluso en su dimensión «dramática», pues —sin perder de vista la dimensión puramente verbal y dialéctica del «género»— ofrece un desarrollo que arranca del «planteamiento» de los cuatro casos amorosos, pasa por el «nudo» de su enfrentamiento dialógico y termina «desenlazándolos» en un resumen final, sin descuidar nunca las correspondientes indicaciones escénicas, ya relativas a los movimientos de los «representantes» («Mas, ¿quién es aquel que asoma y que quiebra / por la encrucijada de aqueste sendero?», vv. 73-74), ya encaminadas a acotar sucintamente las circunstancias de la «acción» («Mas, ¿quién es el que mueve / las ramas intricadas / deste acopado mirto y verde asiento?», vv. 167-69).

Sin embargo, no tendría ningún sentido descontextualizar el poema eclógico —ni se ve por qué ni para qué proceder así—, conformándonos con un análisis puramente inmanente de éste, sobre todo porque Cervantes lo concibió en el marco novelesco de *La Galatea* y —más importante— porque es, precisamente, el contexto narrativo que lo envuelve el que determina su configuración literaria desde todos los puntos de vista; incluido —no se pase por alto— su diseño genérico como égloga. El contexto narrativo —recalquemos— configura a la supuesta pieza

intercalada a todos los niveles y potencia su valor hasta el punto de convertirla en toda una clave del conjunto de *La Galatea*:

1. La égloga representa el caso histórico en la ficción narrativa, famoso en las riberas del Tajo («Por estas disputas y competencias eran famosos y conocidos en todas las riberas de Tajo»), de cuatro amigos, continuamente enzarzados en disputas sobre sus padecimientos sentimentales («en dolorosa competencia, muchas veces se habían juntado a encarecer cada cual la causa de su tormento, procurando cada uno mostrar, como mejor podía, que su dolor a cualquier otro se aventajaba, teniendo por summa gloria ser en la pena mejorado»), que ahora han compuesto una pieza literaria en la que basan su «actuación» («querían allí en público recitar una égloga que ellos mesmos de la ocasión de sus mesmos dolores habían compuesto»). Esto es, lo que se recita es una composición literaria, basada en hechos de la realidad cotidiana y ofrecida como espectáculo en el mismo entorno que los genera. En *La Galatea*, entonces, y gracias a la égloga, resulta que la vida genera un texto literario que se devuelve, como representación, a la misma vida... Así, al menos, consta incluso en el propio verso: «Y, por nuestra contienda lastimera, / de tristes argumentos está llena / del caudaloso Tajo la ribera» (vv. 593-595).

2. El caso sentimental de «los cuatro discretos y lastimados» amigos, ya famoso y previamente literaturizado, se incluye en el relato, además, como eje central de las bodas de Daranio, tras el banquete nupcial («lo que más autorizó la fiesta fue ver que, en alzándose las mesas, en el mesmo lugar, con mucha presteza, hicieron un tablado») y en presencia de toda la comunidad pastoril («haciendo a todo el pueblo un generoso y sumptuoso convite»). Eso significa, por una parte, que la égloga se alza como núcleo

del primer evento utilizado como soporte estructural del relato, como foco aglutinador de los tres primeros libros, y, por otra, que la disputa de los pastores se socializa públicamente, sometiéndola al veredicto de su comunidad, que acabará dirimiéndola.

3. En efecto, apenas acabada la representación, el contexto narrativo da cuenta de cierta polémica suscitada entre los espectadores («habiéndose movido contienda entre muchos de los circunstantes sobre cuál de los cuatro había alegado mejor de su derecho»), que termina resolviéndose unánimemente a favor de la opinión de Damón («se vino a conformar el parecer de todos con el que dio el discreto Damón»), quien se inclina por los celos como el peor de los sinsabores amorosos («ninguno fatiga tanto al enamorado pecho como la incurable pestilencia de los celos»). Pero la cuestión no acaba ahí, pues el buen Damón justifica su veredicto en un largo excurso oratorio, claramente deliberatorio, que se convierte en auténtico desenlace de la égloga recitada. Digamos que una especie de versión en prosa de la polémica mantenida sobre el tablado, pues no deja de reincidir en los cuatro casos sentimentales, alternando la argumentación con la refutación.

4. En fin, el contexto narrativo se enseñorea de la égloga hasta el punto —anticipábamos— de imponerle su configuración escénica, comenzando por la primera acotación en prosa, abundante en detalles descriptivos del cuadro inicial («Orompo, con un pellico negro vestido y un cayado de amarillo boj en la mano, el remate del cual era una fea figura de la muerte; venía con hojas de funesto ciprés coronado [...] con triste semblante los llorosos ojos»), e incluso su desarrollo dramático general. De hecho, la pieza está realmente diseñada como una especie de *Galatea* en miniatura,

como representación de un día cualquiera en el existir cotidiano de los pastores de las riberas del Tajo: así como los días narrados en la novela se organizan en torno a los cantos matinales, seguidos de las siestas dialogísticas y clausurados con los retornos a la aldea, la égloga acopla perfectamente el devenir dialéctico de las cuatro voces (exposición, debate y conclusión) a esas tres apoyaturas compositivas:

a) Encuentro matinal («¡Oh, a qué buen tiempo llega y coyuntura / Orfenio! ¿Veisle?, asoma. Estad atentos», vv. 295-296).

b) Reunión durante la siesta («ven, que aquí se resiste, / par desta clara fuente, / del levantado sol el rayo ardiente», vv. 324-326).

c) Regreso al atardecer («y, en tanto que al albergue acostumbrado / llegamos, y que el sol claro se aleja, / [...] / cantemos el dolor que nos aqueja», vv. 620-625).

Huelga, en suma, seguir argumentando a favor de lo evidente, pues se nos concederá que la imbricación del texto poético elegido con su contexto narrativo es perfecta e integral desde todos los puntos de vista: argumental, compositivo, temático, etc.

3.2. Tema y organización del contenido

El tema del fragmento elegido es —según se desprende de lo antedicho— el sufrimiento amoroso, que incorpora cuatro subtemas menores: muerte, ausencia, desdén y celos. Se plantea desde un enfoque globalizador nítidamente pastoril, desde el dolorido sentir garcilasista compartido por todos los intervinientes, y se sustancia como certamen dialéctico de cuatro

contendientes individualizados empeñados en imponer la preeminencia de su padecimiento personal (Orompo, Marsilo, Crisio y Orfinio), para terminar sentenciándolo a favor de los celos.

Aunque tanto el tema como sus derivados son, dada su filiación tradicional entre petrarquesca y neoplatónica, de un lirismo probado y de un estatismo insuperable, Cervantes logra infundirles un tratamiento poliédrico (narrativo, teatral, poético, tratadístico, etc.), combinando multitud de enfoques (personal, colectivo, filosófico, etc.), cabalmente integrados para dinamizarlos y enriquecerlos de forma considerable. Desde luego, el acoplamiento de los contenidos temáticos a los diferentes enfoques o planos discursivos es tan evidente como magistral:

1. El contexto narrativo se limita a anticipar asépticamente el tema central, aunque lo anuncia ya circunstanciado históricamente como polémica centrada en los cuatro subtemas mencionados, pero sin aludir siquiera a la prioridad de ninguno.

2. El núcleo dramático central, representado por la égloga, incorpora la argumentación particular —siempre hiperbólica frente a las demás— a favor de cada uno de los estados sentimentales, así como la refutación parcial de los otros y —sobre todo— el enfrentamiento dialéctico de las cuatro posturas que, no obstante, deja sin resolver la polémica.

3. La adenda tratadística final, aportada por el juicio de Damón, agrega un replanteamiento filosófico del tema y los subtemas, que incluye la refutación de los descartados y sentencia a favor de los celos, en veredicto consensuado públicamente por los asistentes que dirime la disputa.

Podríamos cifrar el entramado global de planos discursivos y contenidos agrupados en torno al «caso» de los cuatro pastores mediante el siguiente esquema, que visualiza claramente la organización general de los contenidos:

a) Presentación narrativa socioambiental.
b) Exposición y desarrollo dramático público mediante la égloga.
c) Resolución tratadística consensuada.

Centrándonos ya más concretamente en la égloga —como núcleo del fragmento elegido—, es de sobra conocido en ámbitos críticos que responde a una distribución tripartita de sus contenidos organizada en torno a tres fases: presentación individual de las diferentes situaciones sentimentales, debate en común de las posturas y resumen final de los contenidos. No obstante, ya anticipamos que el diseño compositivo de la pieza no responde sólo a criterios temáticos, sino también escénicos e incluso narrativos, e intentaremos abordar la organización de sus contenidos combinando todos esos factores. Desde ese enfoque totalizador, obtendríamos la siguiente secuencia:

A. EXPOSICIÓN MONOLÓGICA matinal de las cuatro pasiones amorosas, realizada sucesivamente por los personajes, de camino, mientras se dirigen al lugar de encuentro escénico, y flanqueada por otras tantas acotaciones intermedias que dan paso a encuentros dialógicos parciales (1-382):

1. OROMPO: *muerte* de su amada Listea (1-72):
   1.1. Acotación: entrada de Marsilo (73-88).
2. MARSILO: *desdén* de su amada Belisa (89-166):

2.1. Acotación: encuentro Marsilo-Orompo (167-169).
2.2. Oposición Orompo/Marsilo (170-193).
2.3. Acotación: entrada de Crisio (194-206).

3. CRISIO: *ausencia* de la amada (207-258):
3.1. Acotación: encuentro con Orompo y Marsilo (259-262).
3.2. Oposición Orompo-Marsilo-Crisio (263-295).
3.3. Acotación: entrada de Crisio (296-302).

4. ORFINIO: *celos* (303-316):
4.1. Acotación: reunión con Orompo-Marsilo-Crisio en un *locus* (317-335).
4.2. Oposición Orompo-Marsilo-Crisio-Orfinio (336-378).
4.3. Propuesta del debate por parte de Orompo (379-382).

B. ENFRENTAMIENTO DIALÉCTICO de las cuatro posturas, mantenido en un *locus amoenus* a la hora de la siesta, mediante un debate organizado en torno a dos motivos poéticos: el «fruto» y el «albergue» (383-574):

1. Exposición en torno al FRUTO (383-503):
1.1. Orompo: la muerte corta el fruto en flor (383-412).
1.2. Marsilo: el desdén no obtiene fruto (413-442).
1.3. Crisio: la *ausencia* impide gozar el fruto (443-472).
1.4. Orfinio: los *celos* corroen el fruto (473-502).

2. Orompo: la memoria de la fallecida agrava la pena (503-520).

3. Exposición en torno al ALBERGUE (521-574):
3.1. Marsilo: el *desdén* aleja cada vez más el albergue (521-538).
3.2. Crisio: la *ausencia* es un río que impide llegar al albergue (539-556).

3.3. Orfinio: los *celos* convierten el albergue en morada oscura (557-574).

C. SÍNTESIS CONCILIADORA vespertina, consensuada por los cuatro contendientes y ratificada de regreso a la aldea mientras abandonan la escena (575-677):

1. Orompo resume las distintas posturas y remata el debate con una síntesis conciliadora (575-616).
2. Acotación: atardecer y retorno poético al albergue (617-629):
   2.1. Crisio: la *ausencia* cifra todos los males (630-641).
   2.2. Orompo: la *muerte* no quita la propia vida (642-653).
   2.3. Marsilo: el *desdén* pone al borde de la muerte (654-665).
   2.4. Orfinio: los *celos* deberían trocarse por el amor (666-677).

Por supuesto, semejante planteamiento y desarrollo del tema apuestan por una concepción del sufrimiento amoroso como una experiencia por completo personal, dependiente de la perspectiva de cada uno y, en consecuencia, legitimable desde los sentimientos personales, más allá de razonamientos filosóficos o de doctrinas amatorias. Por eso las cuatro pasiones contempladas se ven individualmente sublimadas como culmen del padecimiento sentimental («Y como el uno lo que el otro pasa / no siente, su dolor solo exagera, / y piensa que al rigor del otro pasa», vv. 590-592), pero también refutadas colectivamente cada una frente a todas las demás, para terminar legitimándose armoniosamente atendiendo a su dimensión personal («Cesen, pues, los agudos argumentos, / que en fin no hay mal que no fatigue y pene», vv. 602-603).

Por lo que respecta al largo discurso oratorio de Damón, que se le añade a la égloga —decíamos— a modo de veredicto colectivamente consensuado a favor de los celos como el mayor de los tormentos amorosos imaginables, cabe añadir aquí que si incorpora una perspectiva nueva, racional y puramente argumentativa, también quiebra el perspectivismo individualista que acabamos de comentar, pues refuta la validez de las posturas personales descartadas (muerte, ausencia y desdén) anteponiendo la fundamentación lógica de —nótese bien— lo pasional. Los planteamientos, más o menos originales, son expeditivos:

1. OROMPO-MUERTE: «la pena que Orompo padece no es sino una lástima y compasión del bien perdido; y, por haberle perdido de manera que no es posible tornarle a cobrar, esta imposibilidad ha de ser causa para que su dolor se acabe».

2. CRISIO-AUSENCIA: «Todo esto es al revés en el ausencia, como apuntó bien Crisio [...] pero, como tiene tan cerca el remedio, que consiste en la tornada, puédese llevar con algún alivio su tormento».

3. MARSILO-DESDÉN: «quejarse el nuevo amante de la dureza del rebelde pecho de su señora, va fuera de todo razonable término, porque, como el amor sea y ha de ser voluntario, y no forzoso, no debo yo quejarme de no ser querido de quien quiero».

Cervantes relativiza, afirma y niega, se contradice —ya sabemos—, pero el caso de los celos parece ser aquí harina de otro costal, y no sólo porque se sentencie a su favor sino porque se hace con una vehemencia tan contundente («¡Oh celos, turbadores de la sosegada paz amorosa; celos,

cuchillo de las más firmes esperanzas! [...] ¡Oh celos, hipócritas y fementidos ladrones [...] porque se vea la destruición que hace en los enamorados pechos esta maldita dolencia de los rabiosos celos») que parece responder a un encono íntimo especialmente sentido —y no por Damón precisamente—. En realidad, la afección pasional de los celos no se valora sólo en competencia con las otras tres, sino que se independiza para dedicarle toda una invectiva, más que ampulosa retóricamente, anticipadora —queremos dar a entender— de la insistencia obsesiva con la que Cervantes reincidiría en el tema a lo largo y ancho de sus obras.

3.3. Aspectos formales

Naturalmente, el fragmento seleccionado responde, desde el punto de vista formal, a las coordenadas lingüístico-estilísticas antes esbozadas para la totalidad de las prosas y versos de la novela, de modo que remitimos al capítulo correspondiente para ratificar aquí la artificiosa elocuencia y el lirismo nítidamente pastoril, en tanto que nos limitaremos a añadir alguna puntualización concreta referida al fragmento seleccionado.

Quizá lo que más llame la atención desde este enfoque sea la extraordinaria polimetría desplegada en la égloga, en la línea integradora de metros y estrofas castellanos tradicionales con las tendencias italianizantes que apuntábamos para la totalidad de la novela, capaz en este caso de incorporar en la cabecera (vv. 1-88) nada menos que la «copla de arte mayor» cuatrocentista a imagen y semejanza del *Laberinto de Fortuna* de Juan de Mena. Desde luego, el repertorio métrico es bastante completo y su diversidad no poco llamativa:

- Copla de arte mayor (1-88).
- Canción petrarquista en estancias (89-206).
- Octavas reales (207-262).
- Tercetos encadenados (263-302).
- Soneto (303-316).
- Liras (317-361).
- Endecasílabos con rima interna (362-382).
- Coplas reales (383-502).
- Sextetos alirados (503-574).
- Tercetos encadenados (575-625).
- Serventesio (626-629).
- Canciones trovadorescas en redondillas (630-677).

También es destacable, en la misma línea, la estrategia combinatoria de los diferentes moldes métricos en función de los contenidos e incluso del entorno escénico de cada pasaje: mientras que las exposiciones individuales de las respectivas pasiones diversifican el cauce métrico para reforzar su enfrentamiento, reservándoles empero formas estróficas acordes con la gravedad de los sentimientos (Orompo, copla de arte mayor; Marsilo, estancia; Crisio, octava real, y Orfenio, soneto), cuando los cuatro pastores se reúnen para debatir utilizan todos el mismo tipo de estrofa (la copla real para el «fruto», el sexteto alirado para el «albergue» y la redondilla para el cierre final) e incluso el mismo número de ellas en cada intervención.

Gracias a tal planteamiento métrico se logra, por otro lado, la armoniosa convivencia de viejos motivos poéticos nítidamente cancioneriles, como es el caso del poder igualador de la muerte («y en un volver de ojos las sierras allanas / y haces iguales a Henares y al Nilo!») o de la salvaje Libia («a la arenosa Libia, / o al lugar donde habita / el fiero y blanco scita»), con la

tópica amorosa renacentista y sus consabidas paradojas sentimentales («la dureza / de la enemiga mía», «deje su mitad con quien la enciende / allá mi alma», «allí se enciende / con el helado frío», «que a mi yelo está encendida / y a mi fuego helada y fría», etc.).

Más allá de las formas métricas, el pretendido artificio de la elocuencia manifestado por el autor en los preliminares de la novela está presente tanto en el verso como en la prosa del fragmento seleccionado. En el verso, aporta bastantes metáforas más o menos efectistas («aquella cordera», «fiera culebra», «mortal corpóreo velo», «monstruo cruel y rigurosa arpía», «fiero gusano», etc.) pero, sobre todo, multiplica las iteraciones con llamativa recurrencia («abrid y romped», «tiernos y verdes», «blando y suave», «fuerza y violencia», «ñudo y recia liga», «descanso y gloria», «paga y recompensa», «y quieres y trabas razones y cuentas», etc.) e incorpora permanentes amplificaciones léxicas de todo tipo y extensión («ni un querer firme, levantado, ardiente», «ni hoja, ni flor, ni fruto», «la gracia, el donaire, belleza y cordura», «que en viendo su ahínco, sus fuerzas, sus bríos», «tu ser, tu valor, tu fuerza, tu brío, / tu ira, tu mando y tu señorío», «Ni espero en fortuna, ni espero en el hado, / ni espero en el tiempo, ni espero en el cielo»), sin descartar alguna que otra correlación de la misma naturaleza («fuistes por dulces, alegres, sabrosas; / agora por tristes, amargas, llorosas»). Y en la prosa no digamos, pues el discurso oratorio de Damón se engalana con una abundancia verbal más que elocuente, atento a su máxima amplificación retórica, de modo que la *amplificatio rerum* («nascidos de una baja sospecha, engendrados de un vil y desastrado temor, criados a los pechos de falsas imaginaciones, crescidos entre vilísimas envidias, sustentados de chismes y mentiras», «que cualquiera sombra le espanta, cualquiera niñería le turba y cualquier sospecha, falsa o verdadera, le deshace», «no hay antídoto que le preserve, consejo que le valga, amigo

que le ayude, ni disculpa que le cuadre», etc.) o *verborum* («traidor, astuto, revoltoso, chismero, antojadizo y aun mal criado», «discreción, valentía, liberalidad, comedimiento», «liberales, comedidos, galanes, limpios y bien criados», etc.) van *in crescendo* en el transcurso de su enunciación.

Publicada en 1585, *La Galatea* es la primera e inacabada novela de Miguel de Cervantes. Se suele clasificar como novela pastoril, género en auge durante el Renacimiento; sin embargo, y aunque ciertamente sus personajes son pastores, sirven de hecho al verdadero propósito del autor: hacer un estudio psicológico del amor. Así, poemas y canciones breves se intercalan en la historia de Elicio y Erastro, enfrentados en lírica disputa por la bella zagala Galatea, hilo conductor de la obra.

Esta nueva edición de *La Galatea* ha estado al cuidado de Florencio Sevilla Arroyo, catedrático de la Universidad Autónoma de Madrid, quien ha elaborado una introducción que incluye, entre otros aspectos, una breve semblanza del autor y un análisis de las circunstancias de la publicación de la novela. Los apéndices finales, a su vez, constituyen un análisis del estilo, los personajes y los temas que recorren la obra

«No hay cosa más fuera de remedio que nuestra desventura.»

Miguel de Cervantes (1547-1616) ejerció las más variadas profesiones antes de dedicarse plenamente a la literatura. Entró en Roma al servicio del cardenal Acquaviva, fue soldado en la batalla de Lepanto (1571), estuvo cinco años cautivo en Argel y ejerció como comisario real de abastos para la Armada Invencible. Tales oficios le reportaron una experiencia humana que supo plasmar magistralmente en todas sus obras. De su producción poética cabe destacar *Viaje del Parnaso* (1614), un verdadero testamento literario y espiritual. En el campo teatral cultivó la tragedia, la tragicomedia, la comedia y el entremés. Pero sin duda es en el terreno de la narrativa donde Cervantes se impuso a sus contemporáneos y obtuvo logros que le valdrían el título de creador de la novela moderna, con libros como *La Galatea* (1585), *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* (1605), *Novelas ejemplares* (1613), *El ingenioso caballero don Quijote de la Mancha* (segunda parte de su obra cumbre, 1615) y, póstumamente, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* (1617).

Florencio Sevilla Arroyo es catedrático de la Universidad Autónoma de Madrid, además de un reconocido experto en literatura española del Siglo de Oro. Destaca, en su larga trayectoria, la primera recopilación completa de la obra de Miguel de Cervantes, que realizó junto con el también catedrático Antonio Rey Hazas en 1996.

Edición en formato digital: febrero de 2016

PENGUIN, el logo de Penguin y la imagen comercial asociada son marcas registradas de Penguin Books Limited y se utilizan bajo licencia.

© 2016, Florencio Sevilla Arroyo, por la introducción, edición y actividades
© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9105-228-9

Composición digital: M.I. maqueta, S.C.P.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

[1] *Tasa:* junto con la *Aprobación* (‘censura’), el *Privilegio* (‘licencia y derechos de autor’) y la *Fe de erratas*, la *Tasa* (‘precio de venta al público’) era uno de los cuatro requisitos legales necesarios para imprimir un libro en la época.

[2] *Los... Galatea:* éste pudo ser el título primitivo, pues se repite en la *Aprobación* y remeda al de *La Diana* («*Los siete...*»), pero la *Fe de erratas* lleva «*Primera parte...*» y el *Privilegio* «*Galatea*», de modo que no es seguro.

[3] *maravedís:* por término medio, un *real* equivalía a 34 maravedís.

[4] *en molde:* o *en papel*, ‘en [letras] de imprenta’, pero sin encuadernar.

[5] *Gracián de Antisco:* Lucas Gracián Dantisco fue autor de éxito a finales del XVI (*Galateo español*, Tarragona, 1593). Era amigo de Cervantes y de su círculo: Gálvez de Montalvo, Padilla, Juan Rufo, López Maldonado, Vargas Manrique, etc.

[6] *pregmática: pregmática*, *premática* o *pragmática:* ‘ley, edicto, disposición’.

[7] *desuso:* ‘arriba, más arriba’.

[8] *en:* así el texto, por *de*.

[9] *Antonio de Eraso:* hijo de Francisco de Eraso, el secretario del Emperador, ejerció como secretario del Consejo de Indias y a él se dirigió Cervantes, mientras componía *La Galatea*, solicitando una vacante en Indias que nunca se le otorgaría.

[10] *Ascanio Colona:* Ascanio Colonna, hijo del también mencionado Marco Antonio Colonna (duque de Pagliano), tras cursar estudios en Salamanca, llegó a ser Abad de Santa Sofía, Cardenal y Virrey de Aragón. Cervantes pudo conocerle en Roma, cuando servía a monseñor Acquaviva.

[11] *sciencia... poesía:* la poesía entendida como ciencia es uno de los grandes tópicos áureos (Herrera, Pinciano, Lope de Vega, etc.), especialmente querido por Cervantes, que suele recrearlo con frecuencia (*Quijote*, *Gitanilla*, *Persiles*, etc.).

[12] *bueno:* ‘buen [acogimiento]’, según el zeugma.

[13] *padre:* se refiere a Marco Antonio Colonna.

[14] *Aquaviva:* el cardenal Giulio de Acquaviva y Aragón, camarero de Pío V, a cuyo servicio estaba Cervantes en Roma sobre 1570 —fecha a la que debe de aludir—, antes de alistarse en la milicia.

[15] *do:* ‘de donde; donde’.

[16] El presente prólogo —frente a la brillantez habitual en los demás del autor— no pasa de amasijo anodino de los tópicos más comunes en tales prefacios: falsa modestia, obra como empresa peligrosa, maledicencia del vulgo, *captatio benevolentiae*, etc.

[17] *S.:* es abreviatura de *Salutem* o *Salud*.

[18] *églogas:* con el valor de ‘obras que versan sobre materia bucólica, sobre las cosas de los pastores’, más allá de especificaciones formales, incluyendo, pues, los relatos pastoriles en general.

[19] *la poesía:* aquí, ‘la literatura’ en general.

[20] *mueven:* ‘aventuran, deciden’.

[21] *juventud:* Cervantes tenía ya 38 años en 1585.

[22] *De más de que:* ‘además de que’.

[23] *su propria lengua...:* Cervantes se hace eco de la polémica renacentista entre «antiguos» y «modernos», rompiendo ya una lanza a favor del empleo «poético» de la lengua romance, que luego repetiría, por ejemplo, en el *Quijote* de 1615.

[24] *levantados:* 'elevados; sublimes, retóricos, cultos'.

[25] *deseo de gloria:* no se olvide el «deseo de alabanza» del prólogo del *Lazarillo de Tormes*.

[26] *vulgo... engañado:* se recordarán los dicterios contra el mismo que Mateo Alemán estampó al frente del *Guzmán de Alfarache*.

[27] *patria:* 'lugar de nacimiento, patria chica'.

[28] *príncipe... latina:* Virgilio, a quien Cervantes nunca regatearía elogios.

[29] *disfrazados pastores:* suelen aceptarse los siguientes: *Tirsi* (Francisco de Figueroa), *Meliso* (Diego Hurtado de Mendoza), *Astraliano* (don Juan de Austria), *Damón* (Pedro Laínez), *Lauso* (el propio Cervantes), *Siralvo* (Luis Gálvez de Montalvo), *Larsileo* (Alonso de Ercilla o Mateo Vázquez), etc.

[30] *las demás... poner:* recuérdese que se las puso el propio Cervantes en el escrutinio quijotesco (*Quijote*, I-VI).

[31] *otras ofresce:* si no otras, al menos «la segunda parte desta historia» se anuncia desde el final de la misma *Galatea* y se seguirá prometiendo insistentemente en varios preliminares (*Ocho comedias*, *Ingenioso caballero*, *Persiles*, etc.), aunque nunca se publicaría.

[32] *Luis Gálvez de Montalvo:* autor, con nombre poético de *Siralvo*, de *El pastor de Fílida* (Madrid, 1582), novela pastoril muy tenida en cuenta en *La Galatea*, que se salva del «escrutinio» quijotesco «como joya preciosa» (*Quijote*, I-VI). Será elogiado en el «Canto de Calíope».

[33] *Mientra:* 'mientras', referido a los cinco años de cautiverio argelino sufrido por Cervantes.

[34] *Luis de Vargas Manrique:* Luis de Vargas (1566?-1590?), uno de los poetas más celebrados por sus contemporáneos, especialmente por su gran amigo Lope de Vega, que también será alabado en el «Canto de Calíope».

[35] *Jove:* Júpiter.

[36] *las hermanas... nueve:* o «las nueve doncellas», como las llamará en VI, son 'las Musas' (las *nueve hijas* de Zeus y Mnemosine que presidían las artes liberales: Clío, Euterpe, Talía, Melpómene, Terpsícore, Erato, Polimnia, Urania y Calíope).

[37] *el dios silvestre:* se refiere a Pan, el dios griego de los pastores y los rebaños.

[38] *López Maldonado:* el toledano Gabriel López Maldonado, otro de los amigos celebrados en el «Canto de Calíope» y muy elogiado por sus contemporáneos, cuyo *Cancionero* (Madrid, 1586) se salvó de la «quema» quijotesca (*Quijote*, I-VI).

[39] *lamentable:* los ecos de Garcilaso resuenan ya desde el comienzo (*Égloga II*, v. 557) y sólo los recordaremos ocasionalmente.

[40] *acorde:* 'concorde, conforme, armonioso'.

[41] *en eco amarga:* así el original, salvo *Eco*, lo que explica el femenino del adjetivo por asociación con la ninfa amada por Narciso.

[42] *Crece el humor:* ‘el llanto aumenta; las lágrimas hacen que crezca’.
[43] *hallo:* el endecasílabo exige, como otras veces, la aspiración de la *h-*.
[44] *el niño alado:* ‘Cupido, el Amor’, con sus atributos habituales (*lazo*, *red*, *fuego* y *flecha*), continuamente aludidos a lo largo de *La Galatea* (sobre todo en IV).
[45] *de Tajo:* sin artículo, por ser nombre fluvial.
[46] *subido:* ‘elevado, sublime, agudo’.
[47] *estado:* remite al soneto I de Garcilaso*:* «Cuando me paro a contemplar mi *'stado*».
[48] *suceso:* ‘desenlace, resultado; éxito’.
[49] *tener sombra de:* ‘tener visos de; parecer’.
[50] *murmurio:* ‘murmullo producido por la corriente del agua’, como es propio del *locus amoenus* poético.
[51] *rabel:* ‘instrumento músico pastoril, de dos o tres cuerdas y arquillo, pequeño y todo de una pieza, cuyo tono es muy agudo’.
[52] *corrida:* ‘rápida y ajetreada’.
[53] *se arrea:* ‘se adorna, hace gala’.
[54] *defendiese:* ‘impidiese, vedase’.
[55] *puesto que:* ‘aunque’, según el uso de la época.
[56] *enrobrescida:* ‘enroblecida, convertida en roble; durísima’.
[57] *a sus anchuras:* ‘a sus anchas, a rienda suelta’.
[58] *servirla:* ‘ayudarla y agasajarla’, sin mayor pretensión.
[59] *cruda:* ‘cruel; feroz’ (*crueza*, leeremos en II).
[60] *roña:* ‘especie de sarna del ganado’.
[61] *tueras:* ‘calabacillas de sabor amargo’.
[62] *lo cura... locura:* es juego léxico común, más bien aplicado al tiempo.
[63] *conversación:* ‘trato’.
[64] *zampoña:* ‘instrumento músico pastoril de viento, a modo de flauta rústica’.
[65] *trabajos:* ‘penalidades, sufrimientos’.
[66] *acordemos:* ‘concordemos, armonicemos’.
[67] *cabellos... / ...del sol:* porque ‘los rayos del sol’ se identificaban poéticamente con «los cabellos de Apolo» (‘los rayos de Apolo», se lee más adelante).
[68] *tósigo:* ‘veneno’.
[69] *saetas de oro:* según la tópica al uso, Cupido infunde amor lanzando saetas de oro, en tanto que las usa de plomo para provocar odio.
[70] *efectos... / ...modos:* los efectos contradictorios del todopoderoso Amor generan un sinfín de paradojas amorosas —como veremos con frecuencia—; todo un lugar común en este tipo de literatura.
[71] *figurados:* ‘reflejados, retratados, representados’.
[72] *cuidados:* ‘preocupaciones, desvelos’.

[73] *colorada rosa:* recuérdese «el *blanco* lirio y *colorada rosa»* (Garcilaso, *Égloga I*, v. 103).
[74] *Orfeo... infierno:* cuando baja a los infiernos para recuperar a su esposa Eurídice, muerta por una mordedura de víbora, según las *Metamorfosis* (X, 80-83 y 89-95).
[75] *parasismo:* 'paroxismo, desmayo'.
[76] *signo:* 'sino, destino, hado'.
[77] *el cabezón del pellico:* 'el cuello del zamarro'.
[78] *con tirado paso:* 'con paso largo y rápido, muy deprisa'.
[79] *obsequias:* 'exequias, cantos fúnebres'.
[80] *vale:* 'adiós', en latín.
[81] *Diana:* 'la luna'.
[82] *céfiro:* 'viento suave de poniente'.
[83] *interrota:* 'interrumpida, entrecortada'.
[84] *humano velo:* 'el cuerpo, la materia mundana'.
[85] *la luz... ojos:* es motivo poético difundidísimo.
[86] *facinoroso:* es la forma común en la época por *facineroso*.
[87] *contina:* 'continua'.
[88] *...rico tesoro:* los ecos son ahora de Fray Luis de León.
[89] *teatro:* aquí, en sentido literal, del latín *theatrum*.
[90] *romper por:* 'adentrarse en, abrirse paso entre'.
[91] *y quien:* entiéndase 'y [es a] quien'.
[92] *moverte:* 'convencerte, persuadirte; conmoverte'.
[93] *colmo:* 'rebosante, colmado', usado como adjetivo o participio.
[94] *con su... podía:* esto es, 'con el resplandor del sol', porque Apolo (el sol) era hermano de Diana (la luna).
[95] *Vandalia:* 'Andalucía', según la denominación pastoril.
[96] *pluviera:* así el original, 'pluguiera' (de *placer*, 'agradar').
[97] *parcialidades:* 'facciones, bandos'.
[98] *echar... el sello:* 'rematar, concluir'.
[99] *industria:* 'astucia, sagacidad, maña'.
[100] *principios... dificultosos:* es lugar común muy utilizado por Cervantes.
[101] *pareció:* 'echó de ver, mostró, manifestó'.
[102] *compañero familiar:* 'amigo íntimo; colega'.
[103] *bizarría:* aquí, 'arrogancia, bravuconería'.
[104] *ministró:* 'suministró, procuró'.
[105] *inimicicia:* 'enemistad' (cultismo arcaizante).
[106] *acordarme... triste:* es tópico documentable ya en el «Infierno» de *La divina comedia:* «Nessun maggior dolore / che ricordarsi del tempo felice / nella miseria» (V, vv. 121-123).
[107] *ardimiento:* 'atrevimiento, osadía'.

[108] *compadecer:* ‘armonizar, corresponder’.
[109] *respecto:* ‘miramiento, consideración’.
[110] *agarrochado:* ‘alanceado y embravecido’.
[111] *rancor:* alternaba con *rencor* en la época.
[112] *haciendo del:* ‘fingiéndose, haciéndose pasar por’.
[113] *pasaba:* ‘trataba, conversaba’.
[114] *referidas:* parece faltar algo en el texto —muy apretado tipográficamente a esta altura de la plana—, a no ser que el antecedente sea *veces* o, mejor, un sujeto mental (*nuestras entrevistas*).
[115] *En... medio:* ‘entre tanto, en este tiempo’.
[116] *apuntamiento:* ‘acuerdo, concierto’ y ‘prevención, advertimiento’.
[117] *ordenó:* ‘organizó, urdió, tramó’.
[118] *paso:* ‘lance, suceso, trance’.
[119] *aficionada:* ‘enamorada’.
[120] *présaga:* ‘agorera, predictora’ (más adelante, en el mismo sentido, *présago*).
[121] *celada:* ‘trampa, emboscada’.
[122] *luego:* ‘al punto, inmediatamente’.
[123] *Píramo y Tisbe:* la conocida fábula mitológica procedente de las *Metamorfosis* (IV, 55-166) que Cervantes recordaría también en varios pasajes del *Quijote*.
[124] *celoso marido:* ‘Titón’, como es habitual en el tópico *amanecer mitológico*.
[125] *a la serrana:* en III se describirán los trajes de Daranio y Silveria.
[126] *vislumbre:* ‘reflejo, resplandor, destello’.
[127] *este soneto:* el soneto parece recreado a partir de ciertas octavas dedicadas a su compañero de cautiverio, Antonio Veneziano («Si el lazo, el fuego, el dardo, el puro hielo»).
[128] *la voluntad:* sobra una sílaba; podría suprimirse *la*.
[129] *mover los árboles:* es motivo garcilasista basado en un cultismo semántico: *movere* latino, en la acepción de ‘conmover’.
[130] *Anfión... Tebas:* porque la tradición solía atribuir a la lira de Anfión la construcción de las murallas de Tebas y a la de Apolo, las de Troya; Orfeo parece fuera de lugar a la sazón.
[131] *las hermanas... amante:* el *incauto amante* es Orfeo (ídem en V), ya mencionado y anotado atrás («Orfeo... furias del infierno»), cuya voz ablandó el corazón de las tres Furias, o Euménides (Alecto, Tesífone y Mégera), habitantes de los infiernos.
[132] *las tres Gracias:* según la mitología, eran Aglae, Eufrosina y Talía, y, efectivamente, como diosas de la belleza, se las representaba desnudas.
[133] *comarcanas:* ‘circunvecinas; vecinas, cercanas’.
[134] *ojos... perdición:* también es lugar común (como «la luz de aquellos ojos» de líneas atrás).
[135] *Fortuna...:* es el tópico de siempre, de la diosa «voltaria» que altera caprichosamente los estados de las gentes con el incesante girar de su rueda, según formulara Juan de Mena en su *Laberinto de Fortuna* y Cervantes gusta de recordar, pero aquí mediatizado por ecos de *La Diana*.

[136] *desamorado:* ‘esquivo, desdeñoso, sin amor’.

[137] *Artidoro: Arfildo* trae el original, sólo esta vez, que parece descuido de cajista no equiparable a la variabilidad onomástica de *Orfinio*/*Orfenio* o *Marsilo*/*Marsilio*.

[138] *aceda:* ‘áspera, desdeñosa’.

[139] *tiempo... /...vida:* se trata de un difundido lugar común de cuño cancioneril.

[140] *manida:* ‘guarida’.

[141] *plática:* aquí, ‘práctica’.

[142] *acopados:* ‘redondos y frondosos’.

[143] *dorado Tajo:* ‘aurífero Tajo’; aunque Cervantes se burlaría socarronamente del tópico en el prólogo al primer *Quijote*, aquí nada hay de eso, pues las *riberas* son el marco central de la bucólica (*Sebeto*, Sannazaro; *Tajo,* Garcilaso; *Mondego*, Montemayor; *Turia*, Gil Polo, etc.).

[144] *selvas:* ‘bosques, montañas’.

[145] *odoríferas:* ‘olorosas, aromáticas’ (latinismo puro también usado en el *Quijote*).

[146] *rabadán:* ‘mayoral al mando de todos o de algún hato de la cabaña pastoril’.

[147] *fementido:* ‘falto de fe y palabra’.

[148] *acabar conmigo de:* ‘lograr de mí mismo; conseguir’.

[149] *Mía fe:* ‘a fe mía, por mi fe’.

[150] *riyendo:* ‘riendo’.

[151] *juncia:* ‘juncos aromáticos’.

[152] *hocinos:* ‘especie de hoces con la hoja más ancha’.

[153] *yelo... encendía:* es una de las paradojas amorosas petrarquistas más difundidas.

[154] *salteado:* ‘asaltado’.

[155] *de todo en todo:* ‘entera, completa, absolutamente’.

[156] *avisos:* ‘advertencias, consejos’.

[157] *villancico:* ‘cantarcillo popular’.

[158] *deudo:* ‘pariente, familiar’.

[159] *estranjeros:* ‘forasteros’ («forastero» se le llamará luego).

[160] *mitad de mi alma:* es tópico horaciano, y garcilasista, muy del gusto cervantino.

[161] *su figura:* ‘su imagen’.

[162] *impresas en el alma:* nuevo tópico amoroso de extraordinaria difusión.

[163] *aplauso:* ‘aprobación; celebración’.

[164] *oblaciones:* ‘ofrendas, sacrificios’.

[165] *antiguos:* ‘viejos, vetustos’.

[166] *octavario:* ‘los ocho días de celebración religiosa’.

[167] *quedada:* ‘estancia, permanencia’.

[168] *al fin fin:* ‘finalmente, en definitiva, en resumidas cuentas’.

[169] *aljofarado:* ‘semejante a perlas menudas’.

[170] *tamborino:* ‘tamborcito’.

[171] *confusa:* 'compleja, complicadamente'.

[172] *...tal gracia:* recuérdese la afirmación del *Viaje del Parnaso*: «Por parecer que tengo de poeta/la gracia que no quiso darme el cielo» (I, vv. 26-27).

[173] *desdichado:* 'desdichado [punto ('estado')]', en zeugma dilógico.

[174] El artificio métrico, entre trovadoresco y petrarquista, del siguiente poema es extremo: basa su rima en tres oposiciones (*noche/día, llanto/risa, muerte/vida*; o en una correlación: *noche-llanto-muerte / día-risa-vida*) cuyos términos se distribuyen con bastante regularidad en cada estrofa respecto a la anterior: 1 = 6, 2 = 1, 3 = 5, 4 = 2, 5 = 4 y 6 = 3 (salvo en la estrofa II: 5 = 3 y 6 = 4).

[175] *contino:* 'continuo'.

[176] *temerosa liebre...:* recuérdese el pasaje, muy similar, del *Quijote* (II-LXXIII).

[177] *imperfecto:* 'inacabado, incompleto', como pide el contexto.

[178] *concepto:* 'juego léxico y de pensamiento'; la oposición *cielo/tierra* en lo referente al amor.

[179] *...causa primera:* según la escala amorosa neoplatónica, que permite ascender desde la belleza terrena hasta la divina, tal y como se especifica después.

[180] *momento:* 'importancia, trascendencia, consideración'.

[181] *que tan:* entiéndase 'que [a] tan'.

[182] *requintar:* 'revalorizar, sobrepujar' o 'subir de punto', tal y como sigue.

[183] *afeitadas:* 'compuestas, artificiosas, retóricas'.

[184] *ministros:* 'criados, sirvientes; administradores, lugartenientes'.

[185] *da de ojos:* 'cae'.

[186] *escogidos... llamados:* procede de *San Mateo*, XX, 16.

[187] *nos apareamos:* 'nos pusimos a la par; caminamos juntos, nos emparejamos'.

[188] *sacarle a barrera:* 'darle pie a que hablase'.

[189] *conforma:* 'coincide, se corresponde'.

[190] *me dieron... mano:* 'me otorgaron el primer lugar, me invitaron a comenzar'.

[191] *quedas:* 'quietas, calladas y con tiento o miramiento'.

[192] *tercería:* 'alcahuetería; embajada'.

[193] *no pensados:* 'inesperados, imprevistos'.

[194] *desconocido:* 'confundido; no reconocido'.

[195] *advertida:* 'prevenida, cautelosa'.

[196] *otro día:* 'al otro día, al día siguiente', con el valor propio de la época.

[197] *solo:* 'solitario, vacío; sin nadie'.

[198] *que de mí:* 'en las que por mí, donde por mí'.

[199] *cortecido:* 'cortezudo'.

[200] *...unas letras:* la escritura en las cortezas de los árboles es tópico bucólico ampliamente difundido desde Virgilio.

[201] *crueza:* 'crueldad'.

[202] *estrecheza:* 'estrechez, apretura, rigor'.

[203] *pasas:* ‘sobrepasas, aventajas’.
[204] *...condición:* por su incesante y tópica mutabilidad.
[205] *nada... cale:* ‘no se te dé nada’.
[206] *...diamante dura:* es término tópico de comparación con la crueldad de la mujer, que reaparecerá varias veces en la obra.
[207] *desamparar:* ‘dejar el amparo, olvidar; abandonar’.
[208] *habitación:* ‘morada’.
[209] *se doliera:* ‘se compadeciera’.
[210] *naturalmente:* ‘por naturaleza; ya de por sí’.
[211] *estrellado carro:* el ‘carro de la luna’, naturalmente, o la Osa Mayor.
[212] *usado:* ‘habitual, cotidiano’.
[213] *por términos:* ‘a plazos, poco a poco’.
[214] *se acordaba:* ‘se templaba o afinaba y se acompasaba’.
[215] *Tirsi y Damón:* son nombres de honda raigambre pastoril —como los de sus amadas luego aludidas—, que aquí parecen encubrir a Francisco de Figueroa y a Pedro Laínez, respectivamente; los dos amigos de Cervantes que cierran, precisamente, el «Canto de Calíope».
[216] *Compluto:* ‘Alcalá de Henares’.
[217] *Mantua Carpentanea:* ‘Madrid’.
[218] *...divino:* se refiere a Figueroa.
[219] *leonado:* ‘rubio oscuro’, como la melena del león.
[220] *embebecidos:* ‘embebidos; absortos, ensimismados’.
[221] *mitad del alma:* ‘mitad de mi alma’ salió ya en I.
[222] *tiempo... vuela:* es el viejo tópico manriqueño del *tempus fugit*.
[223] *...intelecto:* es uno de tantos motivos neoplatónicos.
[224] *ábrego:* ‘viento del sudoeste que trae la lluvia’.
[225] *huiga:* ‘huya’ (*huigo* en V y *huigamos* en III).
[226] *aína:* ‘antes; más pronto’.
[227] *vagarosos:* ‘perezosos, pausados, lentos’.
[228] *nos lleguemos:* ‘nos acerquemos, nos aproximemos’.
[229] *notada:* ‘memorizada y admirada; apuntada’.
[230] *lazos:* ‘trampas’ (como en I).
[231] *el golpe:* entiéndase ‘[a] el golpe’.
[232] *...encierra el cielo:* es otro de los grandes tópicos neoplatónicos.
[233] *improvisa muestra:* ‘imprevista y repentina aparición; inesperado alarde’.
[234] *parlera... pregona:* son atributos tradicionales de la Fama.
[235] *de hoy más:* o *desde...*: ‘de hoy en adelante, desde hoy; en lo sucesivo’.
[236] *estada:* ‘estancia, permanencia’ (similar a *quedada* en I).

[237] *respondió Elicio:* Elicio le acaba de *replicar* a Tirsi, de modo que o habla Damón o falta una intervención de Tirsi ante ésta.

[238] *¡Ay, ... encogido!:* esta y las dos citas siguientes recogen literalmente los primeros versos de tres poemas auténticos de Francisco de Figueroa (dos sonetos y la canción I).

[239] *a regla:* 'a raya'.

[240] *señor de Delo:* 'Apolo', nacido en la isla de Delos.

[241] *blanda cera:* es tópico filográfico muy frecuente en Cervantes.

[242] *no el:* entiéndase 'no el [humor (lágrimas)]' (como en I).

[243] *raro:* 'singular, extraordinario'.

[244] *pintados:* 'coloridos'.

[245] *que... temo:* se calca el v. 60 de la *Égloga I* de Garcilaso.

[246] *Injustas... justas:* mantenemos la hipermetría original.

[247] *buenas... saetas:* 'saetas de oro y de plomo', según vimos en I.

[248] *dulce mi enemiga:* es lugar común, vinculado a unos versos de Serafino Aquilano, que Cervantes utilizó con frecuencia hasta en el *Persiles*.

[249] *a un cabo:* 'en un extremo, en un rincón'.

[250] *buriel:* 'paño rústico muy basto, del color de la lana'.

[251] *desacordado:* 'sin conocimiento; desconcertado, aturdido'.

[252] *recordaba:* 'despertaba', en acepción manriqueña.

[253] *echa... plazas:* 'publica, difunde'.

[254] *descomodidad:* 'incomodidad; trastorno'.

[255] *os haré ciertos:* 'os informaré, os haré conocedores'.

[256] *cuento:* la siguiente historia de Timbrio y Silerio es una versión más del «cuento de los dos amigos», documentado desde la alta Edad Media y muy difundido, que el propio Cervantes reutilizaría en *El curioso impertinente* (*Quijote,* I-XXXIII-XXXV).

[257] *de Minerva y Marte:* 'por las letras y las armas', representadas por esas deidades mitológicas.

[258] *en el... Marte:* esto es 'en el ejercicio de las armas', pues Marte es el dios de la guerra.

[259] *parentales:* 'parentelas, familias; bandos familiares', según se aclara a continuación.

[260] *zarpando las áncoras:* 'levando las anclas'.

[261] *sesgo:* 'tranquilo, sereno, sosegado'.

[262] *marina:* 'costa, playa'.

[263] *aquella:* entiéndase '[a] aquella', con la preposición embebida.

[264] *protestando:* 'advirtiendo, previniendo'.

[265] *sinrazón:* 'injusticia'.

[266] *fue parte:* 'contribuyó; bastó'.

[267] *en peso:* 'en el aire, en volandas'.

[268] *iglesia:* porque los delincuentes esquivaban a la justicia refugiándose en las iglesias, «se acogían a sagrado», al no estar sujetas éstas a la jurisdicción civil.

[269] *luego luego:* ‘al punto, inmediatamente’.

[270] *de nuevo:* ‘por primera vez, en este instante’.

[271] *reino... Perpiñán:* porque la ciudad perteneció a Cataluña hasta 1659, cuando fue cedida a Francia (Paz de los Pirineos).

[272] *bandoleros... catalán:* recuérdese que Cervantes recreó el conocido fenómeno histórico en el encuentro de don Quijote con el mismísimo Roque Guinart (*Quijote*, II-LX).

[273] *señal de seguro:* ‘salvoconducto’.

[274] *¡Al arma... tierra!:* es circunstancia histórica bien conocida, y aun vivida, por Cervantes, que no dejaría de evocar en otros títulos, como *Los baños de Argel* o el *Quijote*, por ejemplo.

[275] *alfanjes:* ‘sables corvos, con corte sólo por el lado convexo’.

[276] *sigures:* o *segures*, ‘especie de destral o hacha con doble hoja’.

[277] *santimonia:* ‘santidad’.

[278] *perros: perro*, *galgo* y *can* eran insultos comunes entre cristianos y moros o judíos.

[279] *hiciese rostro:* ‘plantase cara; se enfrentase’; *muestra el rostro*, más adelante.

[280] *seguramente:* ‘sin riesgo, con seguridad’.

[281] *hacienda... honra:* el pasaje es de inevitable asociación con *El alcalde de Zalamea:* «Al rey la hacienda y la vida / se ha de dar; pero el honor / es patrimonio del alma, / y el alma sólo es de Dios» (I, vv. 873-876).

[282] *el más estraño:* no tanto, al menos en Cervantes, si recordamos al Loaysa de *El celoso extremeño*.

[283] *...truhán:* con el valor de ‘bufón, histrión, chocarrero’.

[284] *continuada:* ‘frecuentada’.

[285] *Ay, que:* así el original, que parece estragado.

[286] *posible:* con el valor de ‘imposible’.

[287] *otra:* entiéndase ‘una’.

[288] *...entendimiento: voluntad*, *memoria* y *entendimiento* son las tres potencias del alma.

[289] *de alinde:* ‘de aumento’.

[290] *sacaría... maña:* ‘entretendría la negociación’.

[291] *desesperarse:* ‘suicidarse’.

[292] *estancias:* ‘octavas reales’.

[293] *Blanca... ducado:* la disemia se construye asignando a *Blanca* el sentido de ‘moneda de ínfimo valor’, frente al *ducado*, que valía unos once reales.

[294] *blanca:* en doble sentido: ‘Blanca’ y ‘buena, venturosa; sin trampa’.

[295] *Juan de Espera en Dios:* entre disemias amorosas y económicas, se alude a la versión española (*Juan de Espera en Dios* o *Juan de Votadiós* o *Juan de los Tiempos*) de la leyenda del *judío errante*, según la cual, el eterno peregrino hallaría siempre cinco blancas en su bolsa.

[296] *caramillos:* ‘flautas pastoriles delgadas, de tono muy agudo’.

[297] *aplauso:* ‘solemnidad, gravedad’.

[298] *dichoso...:* se evocan vagamente el *menosprecio de Corte...* Y el *Beatus ille* horaciano, que luego se desarrollarán en IV.

[299] *éticos:* 'flacos, tísicos'.

[300] *...renueva:* porque, según el conocido lugar común (procedente de Plinio, *Natural historia*, X-II), el ave Fénix renacía de sus propias cenizas.

[301] *Gravina:* municipio de Bari (la Puglia) en la Italia meridional.

[302] *Salud... tiene:* se recordará el comienzo de la carta a Dulcinea del Toboso (*Quijote*, I-XXV).

[303] *espantas:* 'asombras, admiras'.

[304] *alabastrino:* 'de alabastro'.

[305] *torpes:* 'libidinosos, concupiscentes, lujuriosos'.

[306] *sé... atengo:* se parafrasea el tópico ovidiano: *Video meliora proboque, deteriora sequor*.

[307] *al:* 'ante el'.

[308] *contrastara:* 'resistiera, soportara'.

[309] *el cielo de la luna:* 'el primer cielo o esfera', en tanto que la *octava esfera*, que se alude después, es 'la de las estrellas', según las ideas cosmográficas cervantinas.

[310] *casa de placer:* 'casa de campo'.

[311] *y yendo:* así el original.

[312] *acordá[n]dome:* 'recordándome'.

[313] *de mi... acabarlo:* como es común en Cervantes, el estilo directo se cruza con el indirecto sin advertencia previa.

[314] *Daranio... Mireno:* el planteamiento es idéntico al de las bodas de Camacho (*Quijote*, II-XX y XXI), sin más que cambiar el triángulo: *Daranio*-Camacho, *Silveria*-Quiteria y *Mireno*-Basilio.

[315] *...ánima fuera:* es motivo garcilasista (*Égloga II*, v. 606) muy utilizado por Cervantes.

[316] *único y solo:* 'singular y extraordinario'.

[317] *fe... manifiesta:* recuerda la *Epístola de Santiago*, II-26.

[318] *son... amores:* «Obras son amores, que no buenas razones» dice el refrán.

[319] *Abatida pobreza:* es lugar común y motivo emblemático muy recurrido por Cervantes.

[320] *tornada:* 'regreso, vuelta'.

[321] *estacado:* 'estacada, palenque'.

[322] *temeroso son:* 'temible sonido'.

[323] *paracismo:* así el original, por *parasismo* o *paroxismo:* 'síncope'.

[324] *por la posta:* 'rápidamente, a toda prisa' (utilizando caballos de relevo).

[325] *trascorran:* 'perduren, pervivan'.

[326] *fortuna:* aquí, 'borrasca, tempestad; desdicha'.

[327] *salterio:* 'especie de clavicordio con muchas cuerdas que se tocan con púa'.

[328] *albogues:* 'instrumento de viento formado por una o dos cañas paralelas agujereadas con cuernos en sus extremos', pero no se olvide la definición de don Quijote: «Unas chapas a modo de candeleros de azófar, que, dando una con otra por lo vacío y hueco, hace un son, si no muy agradable

ni armónico, no descontenta, y viene bien con la rusticidad de la gaita y del tamborín» (*Quijote*, II-LXVII).

[329] *desconocida:* 'ingrata, desagradecida'.

[330] *notada:* 'censurada, criticada, recriminada; acusada'.

[331] *a los ojos:* 'con sus propios ojos; a ojos vistas'.

[332] *tiempo... bueno:* es el verso inicial de una copla anónima muy difundida en la época.

[333] *gasajo:* 'alegría, contento, disfrute'.

[334] *el yugo:* la consideración del matrimonio como «carga» o «yugo» es todo un lugar común en los textos de la época, especialmente acogido por Cervantes (*Quijote*, *Gitanilla, Persiles*, etc.).

[335] *Orfenio:* mantenemos la oscilación onomástica del personaje: *Orfenio*/*Orfinio*.

[336] *Masilio:* así el original, que parece errata por *Marsilio*, pues la oscilación ahora —que también mantenemos— no va más allá de *Marsilio*/*Marsilo*.

[337] *rabia de los celos:* la enemiga cervantina contra los celos es uno de los motivos más recurrentes a lo largo y ancho de su producción (desde la *Galatea* hasta el *Persiles*), cuyo rastreo arroja una riquísima nomenclatura para zaherirlos con verdadera obsesión: «Amarga pestilencia y dura espada» (*Gitanilla*), «endemoniada enfermedad» (*Persiles*, II-XI), «desesperación rabiosa» (*Persiles*, IV-IV), etc.

[338] *a la serrana:* Daranio lleva: *almilla de frisa:* 'camisa o jubón de lana o bayeta'; *sayo:* 'casaca o túnica'; *zaragüelles:* 'calzones anchos con pliegues'; *antiparas:* 'polainas o medias calzas con avampiés'; *tachonado:* 'con adornos metálicos'. Silveria, por su parte: *cuerpos leonados:* 'la parte alta del vestido de color amarillo oscuro'; *camisa de pechos*: 'camisa escotada'; *argentería:* 'bordaduras de plata o de oro con resaltes brillantes'; *garbín turquesado:* 'cofia de red azulada'; *fluecos:* 'flecos'; *alcorque:* 'zueco'.

[339] *esposa:* 'prometida'.

[340] *pena... deseo:* es el meollo de la filografía al uso, según se argumentará en IV, que sigue aportando tópicos a continuación.

[341] *asombras:* 'ensombreces; entristeces'.

[342] *lazo de Himineo:* 'lazo de Himeneo; matrimonio', pues *Himeneo* es el dios mitológico de los casamientos, por lo que enseguida dirá «*Himineo* ayuntamiento».

[343] *tanto vuelas:* es decir, 'pues tanto cambias y mudas' (por lo ya explicado en I).

[344] *sacudido:* 'desabrido, desdeñoso, airado'.

[345] *colerizando:* '[en]colerizando, enfureciendo'.

[346] *maravilloso silencio:* es recurso muy cervantino para realzar la solemnidad del discurso.

[347] *...inmatura:* 'prematura'.

[348] Nótese que la égloga comienza con el metro y la estrofa (ABBAACCA) de *arte mayor*, según el patrón de la poesía culta cuatrocentista, a la manera del *Laberinto de Fortuna*.

[349] *muerte... Nilo:* huelga recordar los conocidos versos manriqueños: «Allí los ríos caudales, / allí los otros medianos / e más chicos, / allegados, son iguales» (*Coplas*, vv. 32-35).

[350] *arenosa... / ...scita:* es lugar común archirrepetido en la época y en Cervantes, que suele oponer el desierto de Libia (al norte de África) a la fiereza de los habitantes de la helada *Citia* o *Escitia* (al norte del mar Negro).

[351] *alpestre:* 'escarpada'.

[352] *conocida:* 'reconocida, agradecida, aceptada', por oposición a *desconocida* ('ingrata').

[353] *baraja:* 'contienda, reyerta; disputa, debate'.

[354] Las dos octavas siguientes fueron refundidas por Cervantes en un soneto de *La entretenida* («¡Ay dura, ay importuna, ay triste ausencia!»; I, vv. 539-552).

[355] *...Ausente:* nótese el curioso *leixaprén* que encadena el final y el comienzo de las próximas estrofas: *ausente*, *deseo*, *enojos*, *violento*, *espanto* y *gusto*.

[356] *...engendrado:* se refiere al Amor, tópicamente considerado el padre de los celos.

[357] *par desta:* 'junto a, al lado de, cerca de esta'.

[358] *deshambrida:* 'hambrienta, muerta de hambre'.

[359] *elegancia... cuento:* es lugar recurrente de la teoría literaria cervantina, aunque no siempre mantendría los mismos postulados.

[360] *lucha:* obsérvese la rima interna aplicada en los siguientes versos (*mucha*/*lucha*, *nuestras*/*muestras*, *desvarío*/*brío*, *tiempo*/*pasatiempo*, *congoja*/*afloja*, *paso*/*caso*, etc.).

[361] *...huye de mi mano:* subyace el mito de Tántalo, condenado a no poder alcanzar ni el agua ni los frutos, pese a estar sumergido en una laguna y rodeado de árboles frutales.

[362] *signo:* entiéndase 'signo [del Zodíaco]'.

[363] *obligada... amo:* se recordará el impresionante alegato, en el mismo sentido, defendido por Marcela en el *Quijote* (I-XIV).

[364] *curiosidad impertinente:* sin duda, aquí se prefigura la novelita que luego se intercalaría en el primer *Quijote: El curioso impertinente* (XXXIII-XXXV); tan próxima, por otro lado, a la historia de Timbrio y Silerio que leeremos enseguida.

[365] *...verdadero amigo:* dado que Lauso encubre a Cervantes, su amistad con Laínez está probada.

[366] *...de los propósitos:* es entretenimiento de doncellas o niños (aquí desarrollado en forma de glosa): cada jugador va ampliando el discurso a partir de lo que le dice el anterior.

[367] *tenella:* 'detenerla, contenerla'.

[368] *machorras:* 'estériles'.

[369] *eras:* 'huertos'.

[370] *neguilla:* o *agenuz*, es planta silvestre muy perjudicial para el trigo.

[371] *Sarra:* forma común de *Sara* o *Saray*, la esposa de Abrahán, cuya longevidad (*Génesis*, XXIII, I) era proverbial, como la de *Matusalén*, mencionado a continuación.

[372] *cabo de año:* 'aniversario del fallecimiento'.

[373] *solos:* con valor adverbial, 'solamente'.

[374] *postura:* 'apostura', como se ha dicho hasta ahora.

[375] *alguna... serlo:* ‘alguna [parte] que pudiese ser [parte]’; esto es: ‘algún sitio que permitiese y contribuyese’.
[376] *breñas:* ‘matorrales; maleza’.
[377] *Quietóse:* ‘[a]quietóse, tranquilizóse, sosegóse’.
[378] *desconocido:* disémicamente: ‘irreconocible’ e ‘ingrato’; de ahí lo que sigue.
[379] *cuantas:* entiéndase ‘cuantas [veces]’.
[380] *hacienda... honra:* se utilizó en II.
[381] *aguijara:* ‘se apresurara’.
[382] *primero que:* ‘antes [de] que’.
[383] *ninguna:* ‘ninguna [parte]’, de nuevo, según el zeugma dilógico: ‘lugar’ y ‘circunstancia’.
[384] *asegurad:* ‘sosegad, tranquilizad’.
[385] *cantaba...:* en el *Viaje del Parnaso* se alude a la *Silena* de esta canción de Lauso (IV, vv. 52-54).
[386] *...bella:* recuerda a Garcilaso (*Égloga II*, v. 172).
[387] *la que fue... toro:* se refiere a Europa, raptada por Júpiter convertido en toro.
[388] *aquella... llover:* ahora se trata de Dánae, poseída por Zeus en forma de lluvia de oro.
[389] *aquella... puñal:* Lucrecia, ultrajada por Sexto, hijo de Tarquino el Soberbio, se quitó la vida con un puñal ante su padre y esposo.
[390] *aquella... Ilión... deshecho:* se refiere a Helena de Troya (*Ilión*).
[391] *ni la que... pasiones:* alude a Lavinia, la hija del rey Latino, por quien Turno se enfrentó a Eneas, a la vez que a los sufrimientos impuestos por Juno a los troyanos (*teucra gente*) como venganza por el juicio de Paris.
[392] *...diferente fama:* se trata de Dido, reina de Cartago y esposa de Siqueo, por ser fiel a cuya memoria murió en una pira, aunque su castidad sería puesta en entredicho por Virgilio (*el mantuano Títiro*) al retratarla en la *Eneida* perdidamente enamorada de Eneas.
[393] *ventaja... pastoral:* a partir de aquí, se recrea el «menosprecio de Corte y alabanza de aldea», ya aludido en II y sobradamente conocido a partir de Antonio de Guevara o Fray Luis.
[394] *brocado:* ‘tela entretejida con seda, oro o plata’.
[395] *venir en:* ‘asentir con, estar de acuerdo con’.
[396] *guerra... tierra:* recuerda al *Libro de Job* (VII, [1]).
[397] *Larsileo...:* bien podría tratarse —según se cree— de Mateo Vázquez de Leca, el secretario de Felipe II a quien Cervantes dedicara su famosa *Epístola...* —que no deja de resonar en varios pasajes de esta canción—, sin dejar de aludir aquí a sus años como soldado.
[398] *caducos placeres...:* los ecos de las *Coplas* manriqueñas son evidentes, aquí y en lo que sigue.
[399] *Babilonia:* se refiere a Madrid, convertida en «Corte de las Españas» por Felipe II.
[400] *Adlante:* ‘Atlante, Atlas’, con grafía frecuente en la época.
[401] *Alcides:* es el nombre primitivo del griego *Heracles* —el romano *Hércules*.

[402] *desde Tile a Batro:* 'por el mundo entero, de norte a sur', pues *Tyle*, o *Thule*, se identificaba como la isla nórdica más remota y *Batro*, o *Bactro*, es el río de Irán (en la Bactriana).

[403] *la esfera... Báratro:* 'la última esfera, el cielo... abismo infernal'.

[404] *¡oh... venturoso!:* al *menosprecio de Corte...* se le suma ahora el *Beatus ille* horaciano.

[405] *Craso... Mida:* suelen citarse juntos como símbolos de riqueza extrema, aludiendo al hombre más rico de Roma, Marco Licinio Craso, y al rey que convertía en oro cuanto tocaba, Midas.

[406] *Vulcano:* 'el fuego', porque Vulcano era el dios latino de los herreros.

[407] *privado:* 'valido; lugarteniente'.

[408] *de la llave dorada:* 'del caballero de Cámara de Su Majestad'.

[409] *Clicie...:* porque, según el mito, Clicie, enamorada del Sol (*su dorado amante*), fue convertida en girasol.

[410] *Lariseo:* quizá sea errata por *Larsileo*, pero así consta en la príncipe.

[411] Cervantes recurre frecuentemente, en los dos discursos que siguen, a las fuentes filográficas más autorizadas en su tiempo (*Il Cortegiano*, de Baldassare Castiglione; *Gli Asolani*, de Pietro Bembo; *Dialoghi d'amore*, de León Hebreo; *Libro de natura de amore*, de Mario Equicola; etc.), cuyos tópicos no deja de incorporar abiertamente, aunque aquí no anotaremos las coincidencias.

[412] *academias:* 'universidades'.

[413] *presupuesto:* o *prosupuesto:* 'causa o pretexto con el que se hace algo'.

[414] *estrañas:* aquí*:* 'externas, ajenas a él; materiales'.

[415] *arbitrio... fortuna:* porque, según el tópico, el poder de la Fortuna se limita a lo material.

[416] *hermana... abrazos:* quizá se esté pensando en Amnón y Tamar (*II Samuel*, XIII, [1-18).

[417] *alnado:* 'hijastro, bastardo'.

[418] *atierran:* 'abaten, destrozan'.

[419] *Tántalo...:* la serie mitológica que sigue, archiconocida y explicada en el propio texto, procede de un pasaje muy concreto de Ovidio: «do *Titio* las entrañas da al tormento, / tres veces tres yugadas ocupando / su cuerpo de increíble crecimiento. / *Tántalo* está las aguas deseando / que a la boca le llegan, y desea / el árbol cuya fruta está tocando. / *Sísifo* tras la piedra va en pelea / que se ha de caer, y con la rueda / *Ixión* tras sí mismo se rodea. / Y las *hijas de Dánao* [...] / cogiendo en baño el agua está ocupada, / pues toda cuanta cogen se las vierte» (*Metamorfosis*, IV, vv. 787-802 [trad. Sánchez de Viana]). De los restantes, *Minos* y *Radamanto* son dos de los jueces infernales, en tanto que *Megera*, *Tesifón* y *Alecto*, las *Erinias* o *Furias*.

[420] *pintábanle...:* el pasaje es tópico donde los haya y documentable, incluso, en los *Emblemas* (CXIII) de Alciato.

[421] *Atalante: Atalanta* fue derrotada en la carrera por Melanión, o Hipómenes, por detenerse a recoger tres manzanas de oro que aquél, aconsejado por Afrodita, iba arrojando mientras corría.

[422] *ramo de oro:* según la *Eneida* (VI), Eneas recurre al ramo de oro, aconsejado por la Sibila de Cumas, para acceder al mundo de los muertos.

[423] *oí:* con valor imperativo: 'oíd, escuchad'.

[424] *algunos ejemplos:* la siguiente relación de «casos amorosos funestos» no pasa de mero batiburrillo de lugares comunes —ello aligerará la anotación—, donde se mezclan personajes bíblicos con otros históricos y mitológicos. «Listas» similares podrán hallarse en multitud de obras: *Infierno de los enamorados*, *Laberinto de Fortuna*, *Celestina*, etc.

[425] *Loth...:* de cuya relación nacerían Moab y Amón (*Génesis*, XIX, [31-38).

[426] *escogido... homicida:* 'ungido', *adúltero* con Betsabé (*II Samuel*, XI, [1-26), y *homicida* porque asesinó a Urías, marido de aquélla, y a Amnón.

[427] *Amón... Tamar:* remiten a *II Samuel*, XIII, [1-18.

[428] *Dalida:* o *Dalila* y Sansón (*Jueces*, XVI).

[429] *bailadora niña...:* Salomé, hija de Herodías (*San Mateo*, XIII) y de Herodes Filipo, por la que decapitó Herodes Antipas a San Juan Bautista (*el precursor de la vida*).

[430] *s[a]bio... rey:* Salomón, no poco mujeriego.

[431] *pesada maza:* la celebrada *clava* de Hércules, o Heracles, quien, pese a superar con éxito los «doce trabajos», fue esclavizado por el amor de Onfale, reina de Lidia.

[432] *...hermano:* Absirto, cuyo cuerpo fue descuartizado y arrojado al mar por Medea.

[433] *Progne: Procne*, según el mito (*Metamorfosis*, VI), se limitó a vengar a su hermana Filomela, a quien su cuñado Tereo cortó la lengua, tras haberla violado, para evitar que lo descubriese.

[434] *Hipólito:* Hipólito pereció arrastrado por sus propios caballos, cuando Poseidón los espantó incitado por los ruegos de su propio padre, Teseo, ante quien había sido acusado por su madrastra Fedra, despechada, de haber atentado contra su honor.

[435] *Pasífae:* Pasife, esposa del legendario rey de Creta, Minos, mantuvo relaciones sexuales con un toro, incitada por Neptuno, de las que nacería el Minotauro (*Metamorfosis*, VIII).

[436] *Egisto:* murió a manos de Orestes, hijo de Agamenón y Clitemnestra, instigado por Apolo a vengar la muerte de su padre que Egisto perpetrase con ayuda de ella.

[437] *primera reina:* Dido, cuya «diferente fama» antes se mencionó.

[438] *Sofonisba:* o *Sofonisbe*, murió, en efecto, envenenada por una copa que le envió Masinisa, su primer prometido y luego esposo, para evitar que volviese con su anterior marido Sifax.

[439] *Turno:* según la *Eneida*, Turno murió en combate singular contra Eneas, cuya recompensa sería la mano de Lavinia, la hija del rey Latino.

[440] *Tarquino:* se trata de Tarquino el Soberbio, expulsado del trono cuando su hijo Sexto violó a Lucrecia.

[441] *su amiga:* Cleopatra, por cuya causa Marco Antonio perdió el *mando* de Egipto.

[442] *Rodrigo:* según la legendaria atribución de la caída de España en manos musulmanas a causa de la relación mantenida por don Rodrigo con la Cava, hija del conde don Julián.

[443] *Circe:* es la célebre maga o hechicera de la *Odisea*, que transformó en cerdos a los hombres de Ulises.

[444] *la esfera:* por antonomasia, es la última del sistema tolemaico, la del *primum mobile*.

[445] *en traspaso:* 'en trance de muerte'.

[446] *el amor:* sobra una sílaba.
[447] *frontero de:* 'frente a, enfrente de'.
[448] *diversión:* 'diversificación, división'.
[449] *sudó y trabajó:* se recuerda el *Génesis*.
[450] *mundo abreviado:* la consideración del hombre como «microcosmos» es una de las ideas más difundidas en nuestra literatura a partir del mapamundi incluido en *Las Etimologías* de San Isidoro.
[451] *mayordomo... naturaleza:* es el conocido tópico de la *Natura naturans*.
[452] *tres potencias:* salió en II.
[453] *debidos:* 'permitidos, autorizados'.
[454] *Edipo:* mató a su padre (Layo, rey de Tebas) y casó luego con su madre (Yocasta).
[455] *Oreste: Orestes*, junto con su hermana Electra, mató a su madre (Clitemnestra) y al cómplice de ésta (Egisto) para vengar la muerte de su padre (Agamenón), según anotamos antes a propósito de *Egisto*.
[456] *mediocridad:* aquí, 'justa medida, justo medio, mesura'.
[457] *Cremo: Cheremon*, o *Queremón*, es mencionado en las retóricas y poéticas clásicas como gran mezclador de todo tipo de versos (por ejemplo: Aristóteles, *Poética*, 1447^{b} y 1460^{a}).
[458] *generación:* 'procreación, reproducción'.
[459] *procediese:* 'actuase, interviniese'.
[460] *un no sé qué:* la muletilla salió ya en I.
[461] *disoluble:* 'indisoluble'.
[462] *Ícaros:* porque Ícaro, según el mito, se acercó tanto al sol con las alas de cera fabricadas por su padre Dédalo, que éstas se derritieron y cayó al mar.
[463] *piedras... días:* se trata de la costumbre tracia de echar piedras blancas o negras en una urna, según el día hubiese sido feliz o desdichado, muy difundida como lugar común.
[464] *rescibe:* '[se] recibe'.
[465] *cielo:* nótese cómo los versos finales de cada estrofa riman internamente con el verso anterior (*vuelo*/*cielo*, *segundo*/*mundo*, *medra*/*yedra*, *encubre*/*descubre*, *orejas*/*consejas* y *sosiego*/*luego*).
[466] *farol:* 'faro'.
[467] *Argos... dios fingido:* según el mito y lugar común, Argos, dotado de cien ojos, la mitad de los cuales permanecían siempre abiertos, fue encargado por Juno de la custodia de Ío convertida en ternera, pero Mercurio, habiéndolo adormecido antes con su flauta, lo decapitó y Juno sembró sus ojos en la cola del pavo real, su ave favorita.
[468] *almo:* 'vivificador, benéfico, excelso'.
[469] *tomando la mano:* 'adelantándose a los demás, anticipándose'.
[470] *almas... sabían:* es la idea central del *Fedón* de Platón.
[471] *tabla rasa:* ahora se refiere a Aristóteles (*Analytica posteriora*, I-I), según la cultura de la época.
[472] *...dejado de decir:* como Cide Hamete, en el *Quijote* (II-XLIV).

[473] *Sebeto:* es un riachuelo próximo a Nápoles, famoso por *La Arcadia* de Iacopo Sannazaro.

[474] *a paso tirado:* 'con paso largo y rápido'.

[475] *cendal:* 'tela muy delgada y transparente, de seda o lino'.

[476] *ejercicio... Diana:* 'la caza', el ejercicio favorito de Diana, según la mitología, que permaneció eternamente joven y virgen; de ahí su indumentaria, «vestida como cazadora ninfa» con arco y aljaba; y de ahí también su condición desamorada.

[477] *recaudo:* 'recado'.

[478] *ternâ:* 'tendrá (<tener ha, tenerá)'.

[479] Nótese el curioso *leixaprén* paralelístico que enlaza las siguientes octavas (repetición del último verso de la estrofa al comienzo de la siguiente), parecido al que ya encontramos en III.

[480] *...el arte:* la contienda arte/naturaleza por la belleza es rasgo común del petrarquismo.

[481] Lo que sigue ahora son endecasílabos con rima interna (*crece*/*parece*, *intento*/*pensamiento*, *enamorado*/*confiado*, etc.).

[482] *denegrida:* 'negruzca'.

[483] *la vuelta de:* 'en dirección hacia'.

[484] *amorosa fragua:* es lugar común (Garcilaso, *Elegía II*, vv. 49-51, por ejemplo).

[485] *Astraliano... pastos:* se refiere a don Juan de Austria, quien partió del Milanesado (*cisalpinos pastos*) en 1567, para encargarse del gobierno de Flandes, en rebelión desde el Compromiso de Breda (1565).

[486] *desesperarse:* 'suicidarse' (como en II).

[487] *a la nueva:* sobra una sílaba, por lo que suele editarse *a nueva*.

[488] *aprovechaste:* 'conseguiste, lograste; me enseñaste'.

[489] *viene en ello:* 'está de acuerdo, contribuye'.

[490] *...conjuradas:* recuerda al soneto X (vv. 1-4) de Garcilaso.

[491] *por medida:* 'medido, racionado; con cuentagotas'.

[492] *males unidos:* los males, como cobardes, vienen siempre juntos, según el tópico.

[493] *piélago:* 'alta mar, mar profundo'.

[494] *che... bella:* es el célebre verso de Serafino dell'Aquila, Aquilano, tantas y tantas veces empleado en los textos áureos para reincidir en el tópico de la *variedad como fuente de belleza*.

[495] *hervor:* 'fervor'.

[496] *fundada:* 'cimentada, asegurada'.

[497] *suerte:* el soneto se acabará más adelante, aunque allí se lee *fuerza* en lugar de *suerte.*

[498] *descuento:* 'compensación, contrapartida'.

[499] *y así:* ambas partículas son redundantes y podrían suprimirse.

[500] *zarparon los ferros:* 'cortaron las amarras'.

[501] *ráfiga:* 'ráfaga'.

[502] *árbol del trinquete:* 'mástil de proa'.

[503] *mezana:* 'de proa'.

[504] *fortuna:* 'tempestad' (como en III).
[505] *maestral:* o *mistral*, 'del noroeste; muy fuerte'.
[506] *amollar:* 'soltar o aflojar cabos'.
[507] *derecho:* 'derrotero, rumbo; ribera'.
[508] *Estrómbalo...:* se refiere, por este orden, a las siguientes islas mediterráneas: *Stromboli* (una de las Lipari, en el Tirreno), *Lipari* (el archipiélago siciliano), *Zimbrano* (próxima a la Goleta), *Lampedusa* (entre Malta y Túnez) y *Pantellaria* o *Pantelleria* (entre Sicilia y Túnez).
[509] *Goleta:* aunque considerada inexpugnable, esta fortaleza que cubría el puerto de Túnez fue tomada por los turcos el 23 de agosto de 1574, y Cervantes la magnifica un tanto al compararla nada menos que con las ruinas de Cartago resultantes de las Guerras Púnicas.
[510] *mediodía:* 'viento del sur'.
[511] *en la... jaloque:* 'en la división de la rosa náutica correspondiente al sudeste'.
[512] *timonero:* 'timonel', según la forma habitual en la época.
[513] *desconocidamente:* 'irreconociblemente, sin ser reconocidas'.
[514] *larga y tirada:* 'amplia y rápida' (como *paso tirado* en IV).
[515] *galeotas forzadas:* 'galeotas con remeros cautivos'.
[516] *alistar:* 'poner a punto, preparar'.
[517] *jugar:* 'utilizar, disparar'.
[518] *postas:* aquí, 'puestos, posiciones'.
[519] *Arnaut Mamí:* se trata del renegado y corsario albanés que apresó a la galera *Sol*, en la que viajaba Cervantes, frente a las costas catalanas, luego recordado en el *Quijote* (I-XLI) y en *La española inglesa*.
[520] *cinta:* 'madero de refuerzo exterior de la tablazón del vientre del navío, de proa a popa'.
[521] *de gran rescate:* 'que podía pagar una cantidad elevada por mi libertad'.
[522] *cirujano:* 'practicante, enfermero'.
[523] *desordenada:* 'lujuriosa, libidinosa'.
[524] *afrenillaron:* 'levantaron los remos amarrándolos por los mangos'.
[525] *centina:* 'sentina; cavidad inferior de la nave'.
[526] *escapaste:* 'libraste, liberaste, salvaste'.
[527] *«porque...:* sigue Nísida, en estilo directo.
[528] *arrendado:* 'atado por las riendas'.
[529] *Lima:* pequeño río al norte de Portugal.
[530] *el rabadán mayor:* se refiere al rey, Felipe II.
[531] *fuerza:* 'imposición, abuso, sinrazón, atropello'.
[532] *azagayas:* 'lanzas pequeñas de montañeses'.
[533] *añublar:* 'anublar, nublar; oscurecer'.
[534] *por sciencia:* 'por ciencia infusa', diríamos hoy.
[535] *por alguna:* entiéndase 'por alguna [vía]'; o 'por alguna [ventura]', como pide el zeugma.

[536] *yo seguro que:* 'yo [a]seguro que, yo garantizo que'.

[537] *Por... siguiendo:* se recordará el soneto VI de Garcilaso («Por *ásperos caminos* he llegado»).

[538] *arenas de oro:* por eso, «el dorado Tajo», parodiado en el prólogo al primer *Quijote*.

[539] *fuerza:* antes dijo *suerte*.

[540] *rabie... Cila:* el verso viene a significar 'contra viento y marea, por encima de cualquier riesgo o peligro', pues *Scila* y *Caribdis* son el cabo y el remolino del estrecho de Mesina, cuya peligrosa travesía se simboliza tópicamente mediante esos dos monstruos mitológicos.

[541] *Libia... Citia:* el lugar común salió ya en III.

[542] *recuesto:* 'loma, montículo'.

[543] *vado:* 'descanso, alivio, sosiego'.

[544] *beleño:* 'planta narcótica que produce sueño'.

[545] *incauto amante:* Orfeo, ya nombrado así en I, que no logró rescatar a Eurídice del inframundo por haberse vuelto a mirarla casi a punto de lograrlo (*Metamorfosis*, X).

[546] *voluntad... entendimiento... memoria:* esto es, las «tres potencias», como vimos en II y en IV.

[547] *la fuerza del amor:* porque *Omnia vincit amor*, según el tópico.

[548] *anhelando:* 'respirando, suspirando'.

[549] *Meliso:* se le identifica, unánimemente, con el célebre poeta y diplomático granadino don Diego Hurtado de Mendoza (1503-1575), autor de una importante producción poética, tan comprometida con lo tradicional como con lo italianizante, y sempiterno candidato a la presunta autoría del *Lazarillo de Tormes*.

[550] *collar:* 'cuello' (al *cabezón del pellico* se refirió en I).

[551] *atormenta:* entiéndase 'atormentada, afligida'.

[552] *...Febo:* nuevo amanecer mitológico.

[553] *atrevido mozo:* alude al mito de Faetón o Faetonte, quien, según las *Metamorfosis* (II), empeñado en conducir el carro del Sol, cayó en el río Po.

[554] *Sebeto:* se mencionó en IV.

[555] *Janto... Anfriso... Alfeo:* los dos primeros son ríos de Licia y Tesalia, en tanto que *Alfeo*, de Siracusa, pero convertido en tal por amor a la ninfa Aretusa, previamente convertida en agua.

[556] *estrellas... bajo:* la idea está ya en Plinio el Mayor (*Historia Natural*, II-IX).

[557] *naturaleza... artífice:* es el tópico de la *natura naturans* ya comentado en IV.

[558] *huertos Hespérides:* el Huerto o Jardín de las Hespérides, al pie del Atlas, es el jardín mitológico en el que Hera sembró las manzanas de oro que le regalara la Tierra, con motivo de su boda con Zeus, dejándolo al cuidado de un dragón que nunca dormía y de las Hespérides (Egle, Eritia y Hesperaretusa; o Hesperia y Aretusa).

[559] *Alcino:* Alcínoo es el padre de Nausícaa y rey de los feacios, que acogió a Ulises en su casa tras el naufragio de éste, ofreciéndole una nave para regresar a Ítaca (*Odisea*, VII), cuyos jardines son elogiados por Homero, Ovidio, Virgilio, etc.

[560] *Campos Elíseos:* en la época son mero tópico, si bien remiten al Edén o al Paraíso, muy del gusto cervantino (recuérdense «los elíseos jerezanos prados» del primer *Quijote*, XVIII).

[561] *altas ruedas:* 'especie de norias para sacar el agua', muy célebres gracias al «artificio de Juanelo», inventado por el ingeniero Juanelo Turriano y capaz de subir el agua del Tajo al Alcázar.

[562] *más hermosas...:* la hermosura de las toledanas es tópica en los textos de la época.

[563] *puntosas cambroneras:* 'punzantes zarzas; arbustos espinosos'.

[564] *Tíbuli... Tinacria: Tívoli* y *Sicilia*, cuyas fuentes eran célebres en extremo.

[565] *tiernos:* 'enternecidos, acongojados'.

[566] *tremante:* o *tremente:* 'temblorosa y retumbante'.

[567] *inculpable:* 'sin culpa; intachable, ejemplar'.

[568] *concento:* 'canto de diversas voces concertadas'.

[569] *a los cuatro... sepulcro:* parece que falta un verbo en el original: *se colocaron* o *se situaron*.

[570] *arnés... malla:* 'armadura... cota metálica'.

[571] *aprisco veneciano:* se refiere al papel desempeñado por don Diego Hurtado de Mendoza en Venecia, como embajador de Carlos V (*el gran pastor*).

[572] *las nueve doncellas:* 'las Musas', ya nombradas «las hermanas todas nueve» por Vargas Manrique en los preliminares, para referirse al destierro en Granada, entre 1568 y 1574.

[573] *...se mostró escaso:* esto es, 'Apolo, que compite con Cupido porque lleva sus mismas armas (arco y saetas), oscureció la luz solar por el luto'.

[574] *teucros:* 'troyanos' (como en IV).

[575] *el engaño... griego:* 'el caballo de Troya ideado por Ulises', ya aludido varias veces en IV.

[576] *Filis:* es el nombre poético de la amada en las canciones del poeta.

[577] *paro:* 'reparo; acierto'.

[578] *...comunica:* porque la luna era Diana (*la casta diosa*, que dice luego), hermana de Apolo (*el rubio hermano*), el sol, según vimos ya en I.

[579] *Morfeo... ramo: s*e refiere al 'ramo de adormidera' con el que se solía representar a Morfeo, el dios del sueño, bañado en el agua del olvido.

[580] *coturnos:* 'botines o borceguíes de suela alta'.

[581] *antiguo... Esmirna:* Homero, muy citado por Cervantes.

[582] *mantuano Títiro:* Virgilio.

[583] *Enio:* Quinto Ennio (239-169 a. de J. C.), el historiador y poeta trágico latino.

[584] *Catulo:* Caius Valerius Catullus (*c.* 87-*c.* 54 a. de J. C.), el poeta latino, célebre por sus epigramas satíricos y por sus poemas elegíacos.

[585] *Propercio:* Sextus Aurelius Propertius (*c.* 47-*c.* 15 a. de J. C.), poeta latino célebre también por sus elegías.

[586] *...Dante:* en su *Divina comedia*, se entiende.

[587] *hermosa tela:* el *Orlando furioso* (1533), del italiano Ludovico Ariosto (1474-1533).

[588] *Castillejo:* Cristóbal de Castillejo (*c.* 1494-1550), el poeta renacentista de Ciudad-Rodrigo, muy celebrado por sus poemas amorosos octosilábicos y sus diálogos (*Diálogo de mujeres*).

[589] *Torres Naharro:* Bartolomé de Torres Naharro (Badajoz, 1485?-1540?), el poeta y dramaturgo más sobresaliente del primer Renacimiento, cuya *Propalladia* (1517), o recopilación de sus comedias y poesías fundamentales (*Soldadesca*, *Tinellaria*, *Serafina*, *Himenea*, etc.) supone una aportación capital a la historia de nuestro teatro.

[590] *Aldana:* el capitán y poeta renacentista Francisco de Aldana (Nápoles, 1537-Alcazarquivir, 1578), tan celebrado en su tiempo que alcanzó el sobrenombre de El Divino» por sus obras amorosas, religiosas y mitológicas.

[591] *Acuña:* Hernando de Acuña (Valladolid, 1518-1580?), también poeta y soldado, cuya viuda publicó póstumamente sus *Varias poesías*, de corte claramente petrarquesco.

[592] *torcido:* 'equívoco, errado, engañoso'.

[593] El *Canto de Calíope* que sigue, atenido al patrón del «Canto de Orpheo» de *La Diana* de Jorge de Montemayor (IV) o del «Canto de Turia» de la *Diana enamorada* de Gil Polo (III), contiene una enumeración laudatoria de cien poetas vivos, agrupados casi todos en torno a los ríos mencionados. Dada la cantidad, limitaremos al máximo los datos.

[594] *Alonso:* Alonso Martínez de Leyva, destacado hombre de armas y de letras, según dice el texto, si bien nada se sabe de su poesía, aunque se conocen sus hazañas en la *Invencible* (1588, donde murió), en la rebelión de Granada o en Flandes.

[595] *Glauco:* pescador de Beocia convertido en divinidad marina con cola de pez (*Metamorfosis*, VII, 233) que las leyendas suelen relacionar con *Escila*. Bien podría habitar en la zona de *Arauco*, pues allí unen sus aguas el Atlántico y el Pacífico.

[596] *rauco:* 'ronco, bronco; afónico'.

[597] *Ercil[l]a:* don Alonso de Ercilla y Zúñiga (1533-1594), cuya *Araucana* (1569-1590) es uno «de los mejores [libros] que, en verso heroico, en lengua castellana están escritos», según el escrutinio quijotesco (*Quijote*, I-VI).

[598] *Juan de Silva:* puede tratarse de don Juan de Silva, cuarto conde de Portalegre, embajador de Felipe II en Portugal y luego gobernador general.

[599] *febeo aliento:* 'soplo de Febo o de Apolo'.

[600] *Diego Osorio:* el leonés don Diego de Santisteban Osorio, continuador de *La Araucana* (cuarta y quinta parte; Salamanca, 1597) y autor de la *Primera y segunda parte de las guerras de Malta y toma de Rodas* (Madrid, 1599).

[601] *Francisco de Mendoza:* quizá el almirante de Aragón don Francisco de Mendoza (1547-1623), hijo de don Íñigo López de Mendoza (III Marqués de Mondéjar) y, por tanto, sobrino de don Diego Hurtado de Mendoza, o bien don Francisco Lasso de Mendoza, IV señor de Junquera, del que se conserva un soneto al frente de *El pastor de Fílida*.

[602] *Diego de Sarmiento y Carvajal:* podría ser don Diego de Carvajal, correo mayor del Perú, de quien sólo se conoce algún poema de circunstancias.

[603] *Hipocrene:* también conocida como la «Fuente del Caballo», al haber sido creada por una coz de Pegaso —*la equina fuente* la llamará más adelante—, es la fuente poética por excelencia, consagrada a las Musas (*nuestro coro*) en el monte Helicón.

[604] *mozo... sentido:* se trata del bien conocido tópico del *puer senex* o *puer senilis*.

[605] *aguas del olvido:* las que bebían los muertos en la Fuente del Olvido —o en el *Leteo*—, situada en los infiernos, para olvidar su vida terrena.

[606] *el que... Este:* Ariosto, antes mencionado, en el *Orlando furioso*.

[607] *Gutierre Carvajal:* nada se sabe de tan joven poeta.

[608] *Luis de Vargas:* Luis de Vargas Manrique, autor de un soneto preliminar para *La Galatea*.

[609] *adiestran:* 'guían, conducen'.

[610] *Campuzano:* don Francisco Campuzano, médico de la Casa Real y celebrado poeta, al menos en ámbitos pastoriles (por Lope de Vega, o por Gálvez de Montalvo, entre otros).

[611] *Suárez... de Sosa:* Alonso Suárez, médico de Talavera y autor de una *Recopilación... de la excelencia y generación de los caballos* (Toledo, 1564), o bien el doctor Suárez de Sosa, médico de Cámara fallecido en 1610.

[612] *una y otra lengua:* 'el griego y el latín', según aclara a continuación el propio texto.

[613] *docto griego:* Homero, ya aludido como «antiguo ciego».

[614] *troyano fuego:* Virgilio, en la *Eneida*.

[615] *doctor Vaca:* quizá se trate del cura y beneficiado toledano, autor dramático de finales del XVI que colaboró con Gaspar de Porres en la representación de unos autos sacramentales.

[616] *señor de Delo:* Apolo, según anotamos en II.

[617] *dubio:* 'duda'.

[618] *licenciado Daza:* posiblemente, Bernardino Daza Pinciano, traductor de *Los emblemas* de Alciato «en rimas castellanas» (1549), que parecen aludirse en el elogio.

[619] *maestro Garay:* el doctor soriano Francisco Garay —*Fabio* de seudónimo—, muy elogiado por Lope de Vega y por Vicente Espinel, aunque sólo se conservan algunas poesías manuscritas.

[620] *mantuano:* «mantuano Títiro», ha llamado a Virgilio poco antes.

[621] *maestro Córdoba:* Juan de Córdoba, maestro y amigo de Lope de Vega, quien lo elogia repetidamente, y también amigo de Espinel, para cuyas *Diversas rimas* compuso un poema laudatorio.

[622] *Francisco Díaz:* otro cirujano de Felipe II, alcalaíno y autor de un *Tratado... de todas las enfermedades de los riñones...* (Madrid, 1588), al frente del cual iba un soneto laudatorio de Cervantes.

[623] *ledo:* 'contento, alegre'.

[624] *Luján:* podría ser el doctor Suárez de Luján, médico de Cámara del archiduque Alberto de Austria, arzobispo de Toledo y gobernador de Portugal y Flandes.

[625] *Juan de Vergara:* poeta y médico en Segovia, compuso varios poemas para obras de Pedro de Padilla, Lope de Vega, etc. Cervantes vuelve a elogiarlo en el *Viaje del Parnaso* (IV, vv. 394-396).

[626] *Alonso de Morales:* Alonso de Morales Salado, de quien no se conocen sino dos sonetos.

[627] *Hernando Maldonado:* acaso el doctor Hernando Maldonado de Matute, autor de un *Memorial y discurso que la villa de Madrid dio al rey don Felipe III...* (1600).

[628] *Marco Antonio de la Vega:* casi nada se sabe de este poeta, salvo que estudió teología en Alcalá y que debió de morir antes de 1622, pese a que Lope de Vega lo elogia en repetidas ocasiones.

[629] *Diego... de Mendoza:* el capitán Diego de Mendoza de Barros, autor de dos composiciones incluidas en las *Flores de poetas ilustres* (1605) de Pedro de Espinosa.

[630] *Diego Durán:* Diego González Durán, de quien sólo se conocen dos poemas de circunstancias.

[631] *Orfeo y Arión:* al primero se le citó en I, junto con Apolo y Anfión. Arión es el poeta y músico griego que logró escapar de la muerte a lomos de un delfín.

[632] *López Maldonado:* ya vimos un soneto suyo al frente de *La Galatea*.

[633] *Luis de Montalvo:* también aportó un soneto laudatorio a la novela.

[634] *Ibero:* es el nombre poético del Ebro.

[635] *Pedro de Liñán:* Pedro Liñán de Riaza (1556?-1607), toledano aunque tenido por aragonés, fue considerado en su tiempo como uno de los mejores poetas —«Riselo»—, destacable por sus romances y sonetos, así como por *La vida del pícaro*. Se le ha identificado con Lenio.

[636] *Alonso de Valdés:* compuso el «Prólogo en alabanza de las musas» para las *Diversas rimas* de Vicente Espinel, donde consta: «Gentilhombre de la Cámara de Su Majestad, Secretario de don Rodrigo Mendoza».

[637] *Pedro de Padilla:* el fraile carmelita (Linares, 1550-1605?), autor de varios tomos poéticos (*Églogas pastoriles*, *Romancero* y *Jardín espiritual*) y muy elogiado también por Lope de Vega, Espinel o López Maldonado, aunque Cervantes no dejaría de mofarse en el escrutinio del primer *Quijote* de la gran extensión de su *Tesoro de varias poesías* (1580).

[638] *Gaspar Alfonso:* según Schevill y Bonilla, podría ser Gaspar Alonso, a quien se le dedica una elegía en el *Desengaño de amor en rimas* (1623), de Pedro Soto de Rojas.

[639] *laureolas:* 'coronas de laurel'.

[640] *Cristóbal de Mesa:* natural de Zafra (1561-1633) y capellán del duque de Béjar, fue poeta épico (*Las Navas de Tolosa,* 1594) y traductor infatigable (de Homero y de Virgilio), pero de escaso mérito, aunque Cervantes vuelve a recordarlo en el *Viaje del Parnaso* (III, vv. 127-129).

[641] *Pedro de Ribera:* ninguno de los propuestos parece responder al elogiado.

[642] *Benito de Caldera:* portugués, es conocido por su traducción al castellano (Alcalá, 1580), en octava rima, de *Os Lusiadas* de Camoens. Por eso Cervantes alude a *Luso*, el hijo o compañero de

Baco que dio nombre a Lusitania, y al Tajo (*fértil río*).

[643] *Francisco de Guzmán:* muy posiblemente el capitán sevillano autor de una *Glosa* de las *Coplas* de Manrique y de los *Triunphos morales* (1575).

[644] *Salcedo:* el capitán y poeta, instalado en Perú, Juan de Salcedo Villandrando, del que no se conoce sino algún que otro poema laudatorio al frente de obras ajenas.

[645] *Tomás de Gracián:* es el conocido censor de libros Tomás Gracián Dantisco (Valladolid, 1558-1621), hermano de Lucas, que aprobó *El peregrino en su patria*, donde Lope de Vega lo calificaba de «peregrino» en todo tipo de ingeniosidades (IV). Cervantes lo pinta en el *Viaje* (VII, vv. 220-226) manco debido a un librazo propinado por López de Úbeda al arrojarle *La pícara Justina*.

[646] *Baptista de Vivar:* Juan Bautista de Vivar, celebrado en su tiempo por sus habilidades como romancista e improvisador de versos. Fue buen amigo de Lope de Vega y hay poemas suyos en el *Libro de la conversión de la Magdalena* (Alcalá, 1596), de P. Malón de Chaide.

[647] *Eco:* se mencionó en I.

[648] *Baltasar... de Toledo:* Avalle-Arce cree que se trata de Baltasar de Toledo, padre del dramaturgo Juan de Quirós y Toledo y escribano de tal ciudad entre 1557 y 1600.

[649] *impíreo cielo»:* 'el más elevado de todos', según la cosmografía geocéntrica.

[650] *Lope de Vega:* Cervantes reconoce, ya desde su primera obra, el talento literario del Fénix y es actitud que no variaría —rencillas futuras al margen— a lo largo de su vida, como prueban los nuevos elogios contenidos en el *Viaje del Parnaso* (II, vv. 388-390) o en el prólogo a *Ocho comedias*.

[651] *Pindos:* aquí, 'montes poéticos', o 'mitológicos', en general (como el *Parnaso*, el *Helicón* o el *Olimpo*), por alusión al monte de Tesalia consagrado a Febo y a las Musas.

[652] *lasos:* 'flojos'.

[653] *Pacheco:* se refiere a Francisco Pacheco (1535-1599), canónigo de la catedral de Sevilla y tío del célebre poeta y pintor del mismo nombre.

[654] *Herrera:* como se aclara más adelante, Fernando de Herrera, el célebre autor de las monumentales *Obras de Garcilaso de la Vega con anotaciones* (Sevilla, 1580), aunque sólo publicase en vida *Algunas obras de Fernando de Herrera* (Sevilla, 1582).

[655] *la cuarta esfera:* 'la del sol' (Febo).

[656] *Fernando... de Cangas:* fue muy elogiado por sus contemporáneos (Cueva, Mesa, etc.).

[657] *Cristóbal... de Villarroel:* licenciado y poeta de Úbeda, compuso varios poemas laudatorios para obras ajenas y aportó un soneto a las *Flores de poetas ilustres*.

[658] *Francisco de Medina:* sevillano (1544-1615) y discípulo de Juan de Mal Lara, es uno de los humanistas más celebrados, sobre todo por su prefacio a las *Anotaciones* de Herrera.

[659] *Mincio:* es el río que atravesaba Mantua, la patria de Virgilio.

[660] *Baltasar de Alcázar:* también sevillano (1530-1606), fue uno de los poetas más célebres, por su ingenio y jocosidad, de la escuela sevillana, llegando a ser conocido como el «Marcial sevillano» por sus epigramas. Figura en el *Libro de retratos* de Pacheco.

[661] *Mosquera:* se trata del licenciado Cristóbal Mosquera de Figueroa (Sevilla, 1547-Écija, 1610), autor de un *Comentario... de disciplina militar* (Madrid, 1596), al que Cervantes aportó un soneto laudatorio, acaso porque era auditor de las Galeras de España.

[662] *Domingo de Becerra:* como es sabido, el tal doctor y presbítero sevillano fue cautivo y rescatado de Argel al mismo tiempo que Cervantes. Tradujo (Venecia, 1585) el *Galateo, o tratado de costumbres*, de Giovani della Casa.

[663] *Espinel:* es el famoso poeta, novelista y músico Vicente Espinel (1550-1624), sobradamente conocido por la invención de la «décima» o «espinela» y por su novela picaresca *Marcos de Obregón* (Madrid, 1618). Por lo que ahora interesa, imitó el *Canto de Calíope* en *La casa de la Memoria*.

[664] *Carranza:* el sevillano Jerónimo Sánchez de Carranza, autor, entre otras obras, del *Libro que trata de la filosofía de las armas y de su destreza* (Sanlúcar de Barrameda, 1582); de ahí lo que sigue.

[665] *Lázaro Luis Iranzo:* normalmente llamado *Liranzo*, este soldado y poeta es conocido sólo a través de algunos poemas sueltos incluidos en obras ajenas.

[666] *Baltasar de Escobar:* debió de ser poeta de algún prestigio en su tiempo, pues Pacheco lo incluye en su *Libro de retratos* y Espinosa en sus *Flores de poetas*.

[667] *Juan Sanz... de Zumeta:* o Sáez, sevillano (*c.* 1533), también «retratado» por Pacheco, de quien sólo se conservan fragmentos poéticos laudatorios.

[668] *Rojo Mauro:* 'Mar Rojo'.

[669] *acepta:* 'agradable, bien recibida'.

[670] *Juan de las Cuevas:* el poeta y dramaturgo sevillano Juan de la Cueva (1543-1612), muy conocido por *El infamador* y *Los siete Infantes de Lara;* había recopilado su teatro en la *Primera parte de las comedias y tragedias* (1583) y su poesía en unas *Obras* (1582).

[671] *Vivaldo... Adam:* Adán Vivaldo, banquero sevillano y amigo de Cervantes, sin que se conserven de él sino algunos sonetos. Se recordará al Vivaldo del *Quijote* (I-XIII).

[672] *adorno:* 'adornado'.

[673] *Juan Aguayo:* Juan de Castilla y Aguayo, veinticuatro de Córdoba y autor de *El perfecto regidor* (Salamanca, 1586).

[674] *Juan Gutiérrez Rufo:* Juan Rufo y Gutiérrez, más conocido como Juan Rufo (Córdoba, 1547?-1625?) sin más, es autor de *La Austriada* (*la heroica... ilustre historia;* Madrid, 1584) y de *Las seiscientas apotegmas y otras obras en verso* (Toledo, 1596).

[675] *Luis de Góngora:* Cervantes intuye tempranamente una excelencia poética en Góngora (Córdoba, 1561-1627) que encumbraría a más no poder en el *Viaje del Parnaso* (II, vv. 55-60).

[676] *Gonzalo Cervantes Saavedra:* pariente lejano de nuestro autor, fue soldado (también sirvió en las galeras de don Juan de Austria) y poeta cordobés, de quien sólo se conservan algunos versos en *El perfecto regidor* del ya citado Juan de Castilla y Aguayo.

[677] *plectro:* 'inspiración, estilo'.

[678] *Gonzalo Gómez:* Gonzalo Gómez de Luque, poeta cordobés, autor del libro de caballerías en verso titulado *Libro primero de los famosos hechos del príncipe Celidón de Iberia* (Alcalá, 1583); de ahí el contenido de la estrofa.

[679] *Helicona:* o *Helicón*, el monte poético ya mencionado.

[680] *Dauro:* el Darro, afluente del Genil, de arenas áureas en la tradición poética, como el Tajo.

[681] *Idaspe:* o *Hidaspe*, en Asia, con desembocadura en el Indo.

[682] *Gonzalo Mateo de Berrío:* granadino (1554-1628?), fue jurisconsulto y poeta celebrado por muchos de sus contemporáneos, hasta el punto de que Rojas Villandrando le atribuye la invención de las comedias de moros y cristianos (*El viaje entretenido*, I, Loa).

[683] *Soto Barahona:* el licenciado granadino Luis Barahona de Soto (*c.* 1548-1595), reputado en el *Quijote* como «uno de los famosos poetas del mundo» (I-VI), donde, además, son frecuentemente aludidas sus *Lágrimas de Angélica* (Granada, 1586).

[684] *sagrada fuente:* se refiere a *Hipocrene*, ya mencionada.

[685] *Francisco de Terrazas:* hijo de conquistador, es el más antiguo (1525?-1600?) poeta mexicano conocido, del que se conservan algunos poemas sueltos y varios fragmentos de un poema épico titulado *El nuevo mundo y su conquista* (*c.* 1580).

[686] *Martínez de Ribera:* sólo se sabe que debió de residir en el Perú y que murió hacia 1600.

[687] *Alonso Picado:* también asentado en Arequipa, fue general y secretario del marqués don Francisco Pizarro, y sólo se conoce de él algún soneto laudatorio.

[688] *Alonso de Estrada:* nacido en Sevilla (1540?), pasó su vida en Moquegua (Perú), donde murió en 1610, sin que se conserve ningún poema suyo.

[689] *Juan... de Ribera:* Juan de Ávalos y Ribera (Lima, 1553?-1622), hijo de conquistador que pasó en España hasta finales del siglo XVI.

[690] *Limar: Limac* o *Rimac*, el río de Lima.

[691] *Sancho de Ribera:* también natural de Lima (1545-1591), nada ha quedado de su poesía.

[692] *Pedro de Montesdeoca:* sevillano, vivió en el Perú desde 1576, donde fue corregidor de Huánuco; murió hacia 1626. Cervantes lo trata de «amigo» en el *Viaje del Parnaso* (IV, vv. 448-450).

[693] *Diego de Aguilar:* nacido en Córdoba (*c.* 1550), de la casa de Guadalcázar, don Diego de Aguilar y Córdoba fue soldado en España y luego en el Perú; murió después de 1613. En 1599, en Huánuco (Venezuela), firmó la dedicatoria de su obra histórica *El Marañón*.

[694] *gran capitán:* por la homonimia de este autor con el Gran Capitán —Gonzalo Fernández de Córdoba—, tantas veces citado en el *Quijote* (I-XXXII, por ejemplo).

[695] *Gonzalo... de Sotomayor:* de Gonzalo Fernández de Sotomayor sólo se conoce un poema laudatorio al frente de *El Marañón* antes citado.

[696] *Erique Garcés:* natural de Oporto (*c.* 1530), pasó al Perú y murió como canónigo de la catedral de México. Tradujo (*c.* 1591) a Camoens, Petrarca (el *gran toscano*) y Francisco Patricio.

[697] *Rodrigo Fernández de Pineda:* se conserva un soneto suyo en los preliminares a la traducción de *Los sonetos y canciones del poeta Francisco Petrarcha* hecha por Enrique Garcés.

[698] *la equina fuente:* 'la Fuente del Caballo', Hipocrene, ya comentada.

[699] *numeroso:* 'armonioso, rítmico'.

[700] *Juan de Mestanza:* Juan de Mestanza de Ribera, manchego de origen, pasó a Indias en 1555, donde llegó a ser fiscal de la Audiencia de Guatemala.

[701] *Baltasar de Orena:* sólo se sabe que fue alcalde ordinario de la ciudad de Guatemala en 1591.

[702] *planta... collado:* 'el laurel... en el Olimpo'.

[703] *Pedro de Alvarado:* nada se conserva de tal poeta, que se relaciona con el conquistador Pedro de Alvarado.

[704] *Cairasco:* el canónigo Bartolomé Cairasco de Figueroa (Gran Canaria, *c.* 1538-1610), célebre por sus versos esdrújulos y autor de un voluminoso *Templo militante* (1602-1614).

[705] *Títiro al Mincio:* 'Virgilio al río de Mantua', según antes comentamos.

[706] *Vega... Damián:* el salmantino Damián de Vega, de quien sólo se conserva algún poema suelto.

[707] *Francisco Sánchez:* se trata de *el Brocense* (Francisco Sánchez de las Brozas, 1523-1600), catedrático de retórica y de griego en la Universidad de Salamanca, bien conocido por sus *Comentarios* a Juan de Mena y a Garcilaso de la Vega.

[708] *Francisco de las Cuevas:* don Francisco de la Cueva y Silva (Medina del Campo, 1550? -1628), jurisconsulto y poeta muy reconocido que compuso la *Tragedia de Narciso*.

[709] *Fray Luis de León:* la admiración y deuda cervantina aquí reconocida hacia el gran humanista y poeta conquense queda cabalmente probada a lo largo y ancho de *La Galatea*, especialmente cercana —como toda pastoril— a la «vida retirada» y particularmente apegada a las «riberas del Tajo».

[710] *Matias... de Zúñiga:* nada sabemos de tan *divino ingenio*.

[711] *cuento:* 'cuenta, relación'.

[712] *Damasio de Frías:* es Damasio de Frías y Balboa, poeta vallisoletano y célebre autor de unos *Diálogos de diferentes materias*.

[713] *Andrés Sanz de Portillo:* según Schevill y Bonilla, su nombre poético fue *Delio* y celebró en sus poemas a *Alcida*, sin que se sepa nada más de él.

[714] *doctor Soria:* se trata de Pedro Sanz de Soria, médico y catedrático en Valladolid, muy elogiado por sus contemporáneos, de quien sólo se conoce algún poema suelto.

[715] *Cantoral:* Jerónimo de Lomas Cantoral (1542-1600), uno de los más célebres poetas vallisoletanos, que publicó sus *Obras* en 1578.

[716] *Hierónimo... Quiñones:* es el abogado de la Audiencia y Cancillería de Valladolid, Jerónimo Quiñones Vaca, de quien sólo se conoce algún poema suelto.

[717] *nebro:* '[e]nebro'.

[718] *Lupercio Leonardo de Argensola:* el mayor (1559-1613), junto con Bartolomé (1562-1631) —se cita a continuación— de los hermanos Argensola, que publicaron sus *Rimas* juntos en Zaragoza (1634). Cervantes vuelve a elogiarlos en el *Viaje del Parnaso* (VII, vv. 250 y ss.) y las tragedias de Lupercio en el *Quijote* (I-XLVIII), aunque —como es sabido— impidió que Cervantes formase parte del séquito que acompañó al conde de Lemos a Nápoles.

[719] *Cosme Pariente:* Cosme Damián Pariente, de quien sólo se conserva un soneto y un romance, este último dedicado a la fuga de Antonio Pérez.

[720] *Morillo:* Fray Diego Morillo, o Murillo, franciscano y Guardián del convento de Nuestra Señora de Jesús, en Zaragoza, es autor de varios títulos sacros en verso (*Divina, dulce y provechosa poesía*, Zaragoza, 1616) y en prosa (*Escala espiritual para la perfección evangélica*, Zaragoza, 1598).

[721] *Turia... cantaste:* se alude al *Canto de Turia*, introducido por Gaspar Gil Polo en el libro tercero de su *Diana enamorada*, donde se elogia a los poetas valencianos.

[722] *Juan Coloma:* también poeta y soldado, Juan Coloma y Cardona (1522?-1586) fue conde de Elda, virrey y capitán general de Cerdeña, además de autor de algún título religioso.

[723] *Reno:* Rin.

[724] *austrina:* 'del austro; del polo sur'.

[725] *Luis Garcerán:* se trata de don Pedro Luis Garcerán de Borja, último maestre de Montesa, que ocupó, con Felipe II, el cargo de virrey y capitán general de varias plazas.

[726] *Alonso Rebolledo:* don Alonso Girón y de Rebolledo, fue autor de varias obras sacras y de numerosos poemas sueltos.

[727] *doctor Falcón:* el valenciano Jaime Juan Falcó y Segura (1522-1594), célebre poeta por sus epigramas y matemático a vueltas con la cuadratura del círculo.

[728] *Micer Artieda:* el conocido dramaturgo (*Los amantes*, Valencia, 1581) y poeta (*Discursos, epístolas y epigramas de Artermidoro*, Zaragoza, 1605) Micer Andrés Rey de Artieda (Valencia, 1549-1613), herido, como Cervantes, en Lepanto y conocido como *Centinela* en la valenciana *Academia de los Nocturnos*.

[729] *Gil Polo:* es el autor de la tantas veces citada aquí *Diana enamorada* (Valencia, 1564), que el cura quijotesco quería guardar «como si fuera del mesmo Apolo» (*Quijote*, I-VI).

[730] *mauseolo:* entiéndase 'mausoleo'.

[731] *Cristóbal de Virués:* poeta y dramaturgo valenciano (1550?-1614?) que también participó en la batalla de Lepanto, celebrado por su largo poema épico *El Monserrate* (1587), al que Cervantes libraría de la «quema» en el *Quijote* (I-VI). Su obra dramática, de gran importancia para la historia de nuestro teatro, fue publicada en 1609 bajo el título *Obras trágicas y líricas del capitán Cristóbal de Virués* (*La gran Semíramis*, *La cruel Casandra*, etc.).

[732] *Silvestre de Espinosa:* podría tratarse de Nicolás de Espinosa, autor de una *Segunda parte del Orlando* (Zaragoza, 1555).

[733] *García Romeo:* nada se sabe a ciencia cierta de tal poeta.

[734] *...Peneo:* se refiere a la archiconocida conversión de Dafne en laurel, operada por su padre, el río Peneo de Tesalia, para librarla del acoso de Apolo, según cuenta Ovidio en las *Metamorfosis* (I, 804 y ss.; trad. Sánchez de Viana) y poetizaría magistralmente Garcilaso en el soneto XIII («A Dafne ya los brazos le crecían»).

[735] *fray Pedro de Huete:* tan sólo se conserva algún soneto suelto de este que fuera procurador general de la Orden de San Jerónimo en la Corte.

[736] *me corro:* 'me afrento, me sonrojo'.

[737] *Lainez:* Pedro Laínez, el *Damón* de la novela.

[738] *Figueroa:* Francisco de Figueroa, *Tirsi* en la obra.

[739] *anales:* 'anuales'.

[740] *ruiseñoles:* así el original.

[741] *peligroso:* 'expuesto al riesgo, en peligro de muerte'.

[742] *luengo:* 'lejano, alejado; distante'.

[743] *bajos:* 'humildes; que miran al suelo'.

[744] *serena:* 'sirena'.

[745] *Por la... libertad:* se desarrolla poéticamente la sentencia latina que el propio Cervantes recordaría en el prólogo al primer *Quijote* («*Non bene pro toto libertas venditur auro*») como muestra de lugar común archirrepetido.

[746] *...enigma:* 'adivinanza, acertijo'. Es entretenimiento típico y tópico en el género.

[747] *despabilar:* 'cortar el pábilo'.

[748] *encima... pastora:* la similitud de esta aparición de Gelasia con la que hace Marcela en el *Quijote* es evidente («por cima de la peña donde se cavaba la sepultura, pareció la pastora Marcela», I-XIV), como buscada por el autor es la conexión entre ambos pasajes.

[749] *Oh... quejas:* el verso de Garcilaso salió ya en II.

[750] *Pigmaleón:* porque Pigmalión —(*Metamorfosis*, X, 243 y ss.)— se enamoró de una estatua que él mismo había esculpido, y casó con ella una vez que Afrodita le otorgase el don de la vida.

[751] *en peña… volver:* se seculariza el dicho bíblico (*Génesis*, III, 19).

[752] *raja:* 'astilla'.

[753] *fortuna:* 'tempestad' (como en III).

[754] *apuntamiento:* 'advertimiento, resolución'.

[755] *frontero de:* 'frente a, enfrente de'.

[756] *aljofarando: aljofarado* salió en I.

[757] *segunda parte:* Cervantes no dejaría nunca de anunciar la continuación de su *Galatea:* además de aquí, en el primer *Quijote* (VI), en la dedicatoria a las *Ocho comedias*, en el prólogo al segundo *Quijote* y en la dedicatoria al *Persiles*, pero sabido es que nunca vería la luz; acaso porque nunca se propuso siquiera continuarla...

Índice

La Galatea

Introducción

1. Perfiles de la época
2. Cronología
3. Vida y obra de Miguel de Cervantes
4. *La Galatea*
5. Opiniones sobre la obra
6. Bibliografía esencial
7. La edición

La Galatea

Libro primero

Libro segundo

Libro tercero

Libro cuarto

Libro quinto

Libro sexto

Actividades en torno a *La Galatea* (apoyos para la lectura)

1. Estudio y análisis

1.1. Género, relaciones e influencias

1.2. El autor en el texto

1.3. Características generales (argumento, estructura, personajes, temas, ideas)

1.4. Forma y estilo

2. Trabajos para la exposición oral y escrita

2.1. Cuestiones fundamentales sobre la obra

2.2. Temas para exposición y debate

2.3. Motivos para redacciones escritas

2.4. Sugerencias para trabajos en grupo

2.5. Trabajos interdisciplinares

2.6. Búsqueda bibliográfica en internet y otros recursos electrónicos

3. Comentario de textos

3.1. El texto y su marco

3.2. Tema y organización del contenido

3.3. Aspectos formales

Sobre este libro

Sobre los autores

Créditos

Notas